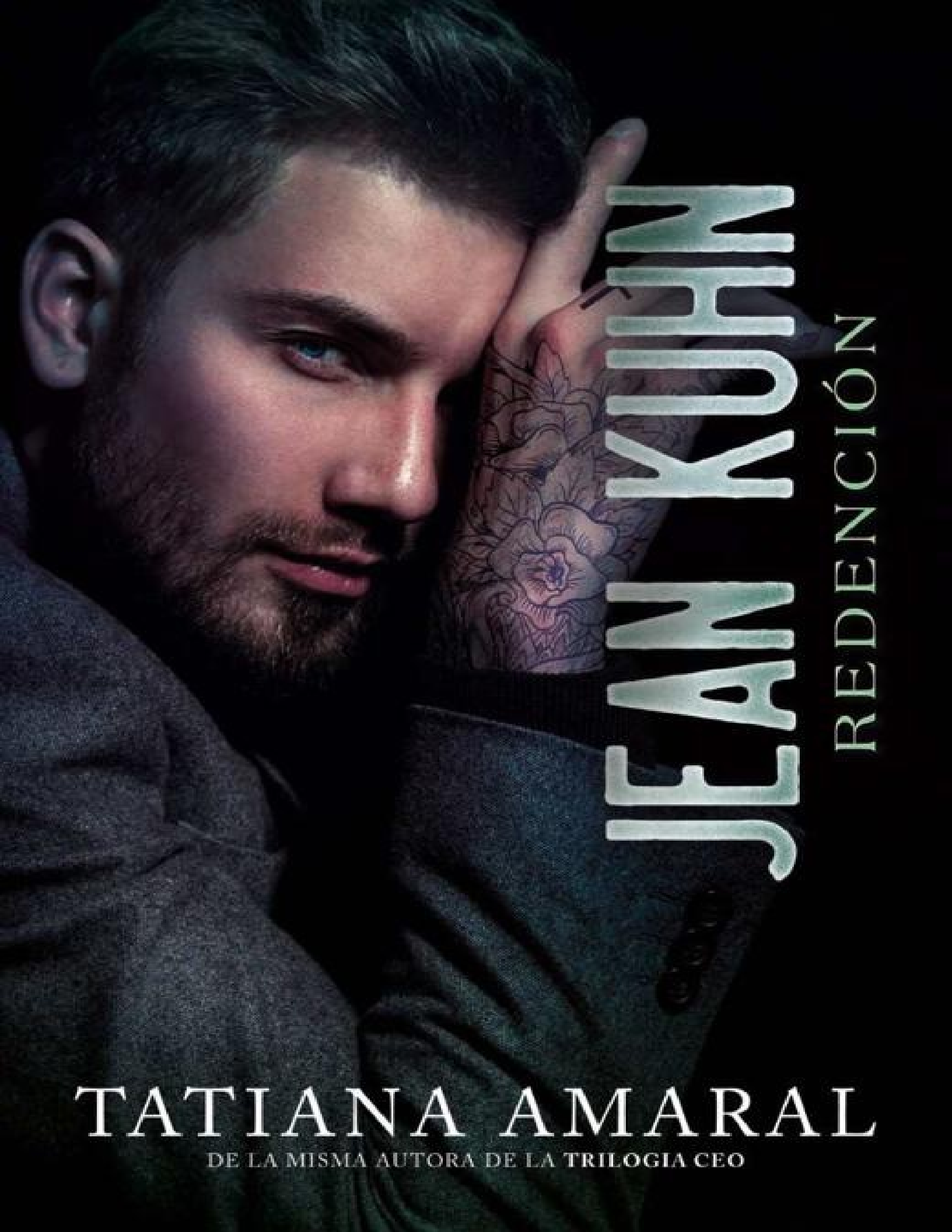




JEAN KUHN

REDENCIÓN

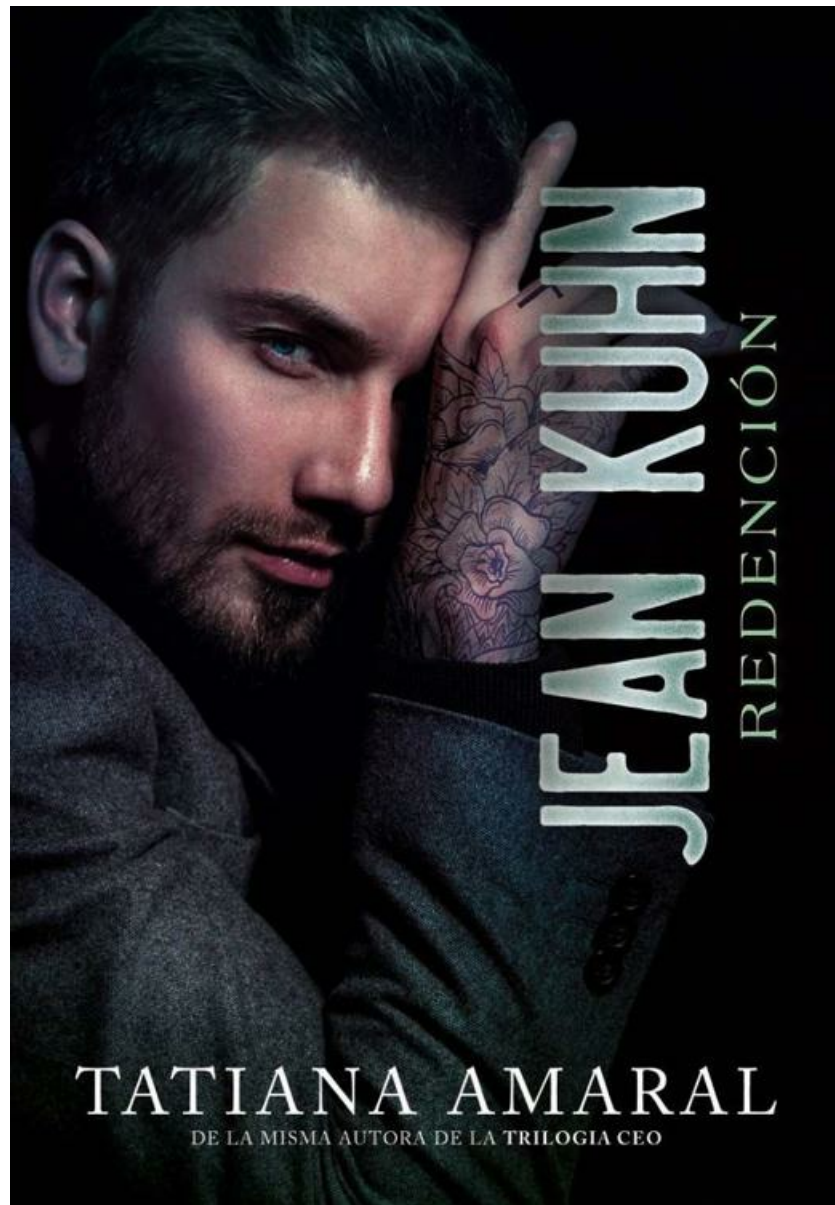
TATIANA AMARAL

DE LA MISMA AUTORA DE LA TRILOGIA CEO

Jean Kuhn

Redención

Tatiana Amaral



Copyright © 2024 Tatiana Amaral

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Renato Klisman
Printed in the United States of America

**"Estoy hecho de viento, fuego y acero
No me preocupa el mal tiempo, renazco del tiempo"
Canción a Oyá - Rosa Amarila**

Dedico este libro a mi gran amiga, hermana del alma y maravillosa escritora, Ary Nascimento, por haberme tendido la mano cuando me atreví a escribir sobre un tema del que no sabía mucho. Por haberme guiado y ayudado con todas mis dudas, y sobre todo por haberme prestado un poco de sus personajes para validar los míos. Ary, ¡te quiero!
¡Gracias por todo!

NOTA DEL AUTOR

Este libro cuenta la historia de Jean Kuhn y Heidi, personajes de mi libro Noah Moretti, pero son libros independientes, en universos diferentes. Mientras Noah es un director general que no creía en el amor hasta que conoció a Carina, Jean era el villano, el Capo que luchaba con todas sus fuerzas para que Giullia se quedara a su lado.

Escribir a Jean se hizo necesario por su redención. Lo escribí como villano y, cuando terminé el libro, quería que tuviera un final feliz. Y eso es lo que hice, escribí una historia para Jean, llena de sus errores y pecados, pero también con su verdadera redención.

Es la primera vez que me reto a escribir sobre algo que temo. No es fácil escribir sobre un personaje de la mafia. No cuando conoces la realidad que se esconde tras la fantasía de una novela. Pero Jean se lo merecía por mi parte, y asumí la misión de contar su historia.

Me ha encantado este libro, me han encantado todos los retos, me han encantado todas las situaciones que he tenido que superar para poder plasmarlas en el papel y entregároslas ahora a vosotros. Espero que os encante Jean, pero no olvidéis que es sólo una fantasía.

1

HEIDI

OCHO MESES DESPUÉS

"Me voy a morir".

Es lo único que podía pensar cuando me ingresaron en el hospital. Sola, con gente a la que ni siquiera podía considerar amigos, todo lo que tenía era el transporte al lugar donde daría a luz y un montón de "buena suerte", "mantén la calma", "todo irá bien".

Pero dentro de mí, con el dolor atroz que me golpeó en el momento en que me caí de la tela acrobática en mi ensayo diario, aunque sobre una red de seguridad, embarazada de ocho meses de gemelos, estaba la certeza de que no sobrevivíamos.

Y por un segundo, un instante de agudo dolor, pensé que sería lo mejor. Aquellos niños no tendrían ninguna oportunidad contra el mundo, igual que yo no la había tenido. Y aunque todo en mí sufría por la caída y el parto prematuro, no podía dejar de pensar en lo que sería de nosotros si sobrevivíamos.

Con un trabajo temporal en un circo, que no me acogiera como si tuviera mis derechos de mujer, de madre, de partera, no me quedaba otra cosa que volver a casa con dos niños en el regazo y enfrentarme a una madre a la que había evitado durante todo este tiempo. Por todo: por miedo, por vergüenza, por no querer admitir que tenía razón.

No había padre para mis hijos. No había nada en el futuro que me hiciera creer que todo iría bien.

— Tienes que estarte quieta — me dijo la enfermera mientras me colocaba en posición fetal para que la anestesista pudiera empezar a trabajar. — El dolor pasará. Los bebés están bien.

Me alisó el pelo, intentó quitarme los mechones pegados a la frente por el sudor y los metió dentro del gorro. Yo temblaba, no sabía si de miedo o de dolor, pero aunque mi mente estaba revuelta, aún encontraba espacio para temer la anestesia.

Desde que me fui, no por voluntad propia, y confieso que ni siquiera por amor a mí misma, decidí que a pesar de todo, de la tristeza, de la desesperación, del corazón roto, no volvería jamás. Salí de aquella casa sin nada. No me llevé los regalos que me había hecho, nada de lo que su mentira me había hecho creer alguna vez. Me llevé los documentos y el dolor. Ni siquiera me despedí de mi madre. Así fue como abrí la puerta y desaparecí.

Y eso era lo que quería, desaparecer. Olvidarme de él, de los sueños, de las promesas que sólo existían en mi cabeza. Tenía que morir al mundo, pero sobre todo a mí misma. La Heidi ingenua y apasionada, que amaba a un hombre que amaba a otra mujer, murió aquel día.

Me fui con un circo que se iba de la ciudad y me convertí en Jade, la chica que aprendía rápido y que pronto se convirtió en una sensación desfilando por el cielo, como decían, atada a telas acrobáticas. Luego, poco más de tres meses después, me enteré de que estaba embarazada y mi mundo se vino abajo. Iba a ser Jade el resto de mi vida. Me encantaba ser ella y no Heidi.

Anny, la amante del señor Klaus — y nadie sabía si ese era realmente su nombre o si el hombre de mediana edad se lo inventaba para añadir opulencia a sus actuaciones — el dueño del circo y jefe de todos, quien me remitió al hospital universitario, donde aceptaban voluntarias

embarazadas para que los estudiantes residentes pudieran realizar pruebas y aplicar lo que habían aprendido. Y así empezó mi destino.

El señor Klaus no me echó por dos razones: no había nada en mi cuerpo que indicara que estaba embarazada y, cuando lo estaba, a la gente le encantaba ver a la embarazada desfilando por el cielo como si no pesara nada. Mi barriga se convirtió en parte del espectáculo, pero ni Anny ni yo sabíamos lo que pasaría después.

Y le oculté a todo el mundo que había dos bebés dentro de mí, no sólo uno. Podría decir que no sé por qué lo hice, pero la verdad es que lo sabía muy bien. El señor Klaus no veía con buenos ojos un bebé entre sus empleados, aunque hubiera niños en el grupo. Dos, golpearía el mazo y haría que me echara en el instante siguiente.

Con una estructura corporal delgada, mi barriga debería haberme delatado, pero mi cuerpo aguantó el embarazo y mis caderas acogieron a los bebés, que se acomodaron y me permitieron quedarme todo el tiempo que pude.

Y entonces caí.

Sucedió sin que me lo esperara. Liam, que hacía de payaso en los espectáculos, era el encargado de montar la estructura para que los artistas ensayaran. Aquella mañana nada indicaba que algo fuera a ir mal. Me dijo que todo estaba listo y esperándome. Saqué las telas, probé cada una sujeta a los aros. Subí, me envolví las piernas y los brazos, subí, bajé, me estiré, giré, hice todo lo que iba a hacer esa tarde, cuando, inexplicablemente, me caí.

Y no fue una caída cualquiera. Como ya he dicho: a pesar de la red de seguridad, la caída de más de seis metros debería haberme matado no sólo a mí, sino también a los bebés. El dolor me desgarraba por dentro. Cada segundo contaba mientras todos gritaban pidiendo una ambulancia y bajaban la red.

— No se ha roto nada — dijo alguien.

— Espero que no muera aquí — oí decir al Sr. Klaus sin miedo a ser censurado. — ¿Esta chica tiene familia?

Desconecté y volví. Todo daba vueltas, revoloteaba, nublando mi mente con tanto dolor.

— Ponerle un respirador — sugirió alguien en la ambulancia.

— "No se preocupe, a sus bebés no les pasa nada", me dijo una de las enfermeras con una sonrisa que me pareció extraña, como una mueca que se forma en medio de una pesadilla con payasos.

— Me voy a morir — murmuré, insegura de si realmente estaba viva o viajaba hacia el infierno, que era a donde pertenecía.

— Jade, necesito que hables conmigo — dijo el obstetra, pero yo no tenía ni idea de dónde estaba. — Mueve los pies.

No lo hice. Mi cuerpo no obedeció. Mi mente me atrapó en un juego morboso y extraño.

— Doctor, sus latidos...

Después de eso, no oí nada más. Me desmayé como quien se hunde en una bañera de agua tibia. El dolor había desaparecido, mi cuerpo había desaparecido, nada más existía. Quería sonreír y no podía.

La muerte habría sido la mejor solución para mí y para los bebés.

Pero Dios no lo quiso así.

Así que todo lo que imaginé que había experimentado en el infierno era en realidad sólo una muestra gratuita de lo que estaba por venir.

2

HEIDI

— ¡Son preciosos!

Dijo alguien a mi lado cuando mi conciencia me alertó de que había vida en alguna parte. O moría, pero la vida seguía, o me quedaba allí, en aquel mundo, en aquel universo, en aquel pozo de incertidumbre y dolor.

Abrí los ojos y al principio sólo había un borrón. Una luz amorfa y móvil. Volví a cerrarlos. El pitido casi imperceptible me decía que seguía en el hospital. También el malestar en mi mano.

— ¿Cómo está?

Era la voz de mi madre, la reconocí de inmediato, y eso hizo que mi corazón se acelerara y que la atención de quienquiera que estuviera allí se volviera hacia mí.

— ¿Jade? — gritó Anny.

— Se llama Heidi — regañó mi madre a la mujer.

— Lo siento. La conocemos como Jade, sólo yo sabía su verdadero nombre, nadie más — Anny, con su forma dulce y amable, se disculpó con mi madre, una mujer seria y severa, pero con un gran corazón.

— Heidi, hija — me llamó.

Por obligación, abrí los ojos y forcejeé hasta que los rostros de ella y de Anny se enfocaron frente a mí.

— ¿Cómo te encuentras? — dijo Anny con una gran sonrisa.

— Como si me hubiera caído en una trituradora — dije con cierto esfuerzo.

Miré a mi madre. En ningún momento, cada vez que imaginaba aquel reencuentro, creía que ella sonreiría o se alegraría de haberme encontrado de nuevo. Desaparecí sin decir nada. Simplemente abrí la puerta y me fui. Y sabía que eso la heriría, que la desesperaría, pero había una desesperación mayor dentro de mí, la misma que no me permitía volver y despedirme.

Así que cuando mi madre volvió a mirarme, reconocí todo el dolor, la tristeza y las preguntas que no haría mientras Anny estuviera allí. Y recé a los cielos para que Anny no se fuera tan pronto.

— ¿Qué tal estoy? — le pregunté a Anny.

— Tus hijos están bien — respondió mi madre. — Los dos. Un niño y una niña.

Respiré hondo. Un niño y una niña. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Habían sido ocho meses de dudas, incertidumbres y angustia que me habían hecho decir al equipo médico que no quería saber el sexo de los bebés. Me planteé darlos en adopción y seguir adelante con el circo, que planeaba trasladarse a otra ciudad.

Sin embargo, cuando me creció la barriga y empezaron a moverse, me invadió una sensación extraña y no pude pensar en otra cosa que en encontrar la manera de seguir adelante con ellos, con los dos.

— ¿Ya sabes cómo se llaman? — dijo Anny emocionada.

— No, todavía no. — Me aclaré la garganta y me di cuenta de la sed que tenía. — ¿Puedo beber un poco de agua?

— Sí. Ha venido el médico y te ha autorizado la dieta líquida — Anny me dio un poco de agua en un vaso colocado en la mesa, a mi lado. — Pensé que estabas... que tú...

— ¿Cuánto tiempo llevo aquí? — impedí que Anny continuara con el drama.

— Los niños han nacido esta mañana, pero ya es de noche.

— ¿He dormido todo este tiempo?

— Fue un parto difícil — me dijo mi madre. — Tu amiga se puso en contacto cuando pensó que ibas a morir.

Miré a Anny amenazadoramente. Debería haber esperado a que me muriera antes de llamar a mi madre y llevarla allí. ¿De qué le serviría a mi madre encontrarme? ¿Para saber de mí y de los niños? No volvería con ella. Nunca lo haría.

— Debido a tus abrasiones, el médico ha dicho que te va a tener aquí tres días — dijo Anny como para desviar mi atención.

— ¿Tres días?

— No te preocupes, he traído las cosas de los niños.

— Y el resto está conmigo, en mi coche — añadió mi madre.

— ¿Qué?

Miré a unos y a otros en busca de respuestas. Anny se encogió de hombros, pero mi madre se mantuvo firme.

— Lo siento — susurró Anny. — El señor Klaus lo desmontó todo. Hoy nos vamos de viaje.

— ¿Hoy? Pero yo...

— Lo siento — repitió.

Eso era todo. Estaba fuera de la ciudad. Esa era la forma que tenía el señor Klaus de no asumir ninguna responsabilidad por lo que había pasado. Se libraría de la culpa, de la mujer con dos bebés que no podría trabajar durante unos meses y de la obligación de alimentar tres bocas.

— Te quedas conmigo, Heidi — le informó mi madre.

— No voy a volver a Florianópolis — le dije.

— Yo tampoco. Desde que te fuiste y nadie pudo encontrarte, me fui de aquella casa. Creí que estabas muerta. Que te había matado. Pero... no importa. Nos vamos a Pelotas. Compré una casa con mis ahorros. Reconstruiremos nuestras vidas allí.

Cerré los ojos y respiré hondo. Me dolían las costillas y las caderas. En ese mismo momento, uno de los bebés lloró.

— Debe de tener hambre — anunció Anny.

— Toma — dije con los brazos extendidos, aunque el dolor iba en aumento. — Déjame cogerlo. Es el niño, ¿verdad? Quiero darle el pecho.

— No puedes — anunció mi madre. — Está tomando leche materna del banco de donaciones.

— Pero... ¿por qué?

— Te has fracturado tres costillas y tienes un pequeño problema en la clavícula, así como en las caderas. Estás tomando demasiada medicación. Los médicos te han recomendado el banco de leche materna.

— Pero... — Cayó la primera lágrima.

Hasta entonces, había pensado en la lactancia y en lo mucho que me asustaba, pero aun así lo haría, por elección y deseo. Fantaseaba con lo loco que sería alimentarlos a los dos y me hacía a la idea. Saber que mis hijos se alimentarían de la leche de otra madre me dolía. ¿Qué tipo de vínculo crearía con ellos? ¿Cómo me sentiría una madre de verdad?

— Aunque quisiera — me explicó mi madre cuando me vio deprimida. — La leche se seca con las medicinas. Y no puedes llevarlos.

Cogió al niño en brazos y sacó un biberón de un termo, el que había comprado en mi

última compra, para alimentar a mi hijo.

Si no podía darles el pecho, cogerlos en brazos, ¿qué iba a hacer?

Entraron la enfermera y tres médicos muy jóvenes, todavía estudiantes, que me habían acompañado durante todo el embarazo, y el obstetra que atendió el parto, el Dr. Ezequiel, que era mayor y tenía más experiencia, y además era el que dirigía el proyecto en el que trabajaban.

— ¿Cómo te encuentras? — me preguntó.

— Frustrada. No puedo amamantar a mis hijos, no puedo llevarlos en brazos.

Sonrió con condescendencia.

— Es sólo por poco tiempo.

— Mi madre decía que los medicamentos secan la leche materna.

— En algunos casos es así. En cualquier caso, mientras los estés tomando, es mejor que no des el pecho. Sin embargo, una vez terminado el tratamiento, todo irá bien. ¿Ha venido la traumatóloga?

— Sí, pero todavía estaba durmiendo — me ha dicho mi madre.

— He echado un vistazo a tu radiografía, Jade. Las fracturas eran graves. El traumatólogo vendrá y te explicará cómo tratarlas. Por ahora, quiero ver cómo están tus puntos.

— Está bien.

Sin ningún pudor, esperé a que el médico levantara la sábana que me cubría y examinara el corte hecho en mi vientre. Los bebés nacieron por cesárea, pero aunque el doctor Ezequiel había programado un parto que no llegaría a las cuarenta semanas, porque eran gemelos, nadie había previsto que sucediera tan pronto.

— ¿Y los bebés? — quise saber cuando me tocó el vientre hinchado.

— Están bien — me aseguró, sin mirarme. — Mañana haremos las pruebas de los oídos y los pies, como habíamos acordado, con todas las especificaciones necesarias para demostrar la importancia de la prevención desde el principio.

No dije nada. Me examinó los pechos, las constantes vitales, me recomendó que hablara poco a causa de los gases y se marchó con los tres médicos residentes, que se limitaron a sonreír y mirar.

— Tengo que irme — anunció Anny, con uno de los recién nacidos en brazos. El bebé, me di cuenta, mientras mi madre sostenía al otro y lo alimentaba con un biberón. — Es preciosa. Se parece a ti. Y tan tranquila. Apenas llora.

— Las dos se parecen a ti — señaló mi madre. Aunque mantenía los rasgos serios, había un brillo especial en sus ojos mientras miraba a mi hijo.

Anny dejó a la niña en su cuna y se acercó a mi cama con los ojos llorosos.

— Tengo que irme o se irán sin mí.

Mis ojos también se llenaron de lágrimas. Durante ocho meses, aquellos desconocidos fueron la única familia que tuve. No sabían nada de mí y yo no quería saber nada de su pasado. Lo que importaba estaba dentro de la lona, en las furgonetas adaptadas para ser nuestros hogares. No pude despedirme de ellos y no tenía ni idea de cuándo volvería a verlos.

— Hazte una cuenta de Instagram — me pidió, socarrona. — Así podré seguir el crecimiento de los niños.

— Lo haré — mentí.

Mi vida nunca estaría en las redes sociales o en cualquier lugar donde él pudiera encontrarme fácilmente. Si es que alguna vez me buscó.

Anny se fue sin una verdadera despedida. Agitó los dedos en un "adiós" que podría haber sido un "ahora vuelvo", y se deslizó por la puerta abierta, desapareciendo de mi vida de una vez.

por todas.

Conté los segundos para que mi madre empezara a hacer preguntas, pero no hizo más que dar de comer al niño y luego a la niña. Mientras pude mantenerme despierta, la vi cambiar pañales, amamantar, alimentar y hacer todo lo que los bebés necesitaban. Los llevaba uno a uno a mi cama y me dejaba admirarlos.

Tenían hilos dorados como los míos, pero cuando el pequeño abrió los ojos vi el inquietante azul del que tanto deseaba alejarme. Mi madre también se dio cuenta, pero no hizo ningún comentario. Sabía que en algún momento tendríamos esta conversación, pero gracias a Dios me la ahorró.

— Tenemos que encontrar nombres para estos niños — comentó mientras llevaba a la niña de vuelta a su cuna. También tenía unos ojos que daban miedo.

— John y Mary — dije de mala gana.

Por un momento me permití sentirme traicionado. Eran mis hijos. Sólo míos. No debería haber nada suyo en esos bebés, sobre todo porque él nunca los conocería.

— ¿Qué tal Sion para él?

— Parece un nombre de los ThunderCats — respondí a regañadientes.

— Es diferente.

— Es extraño.

— Así que... Lorenzo y Lorena.

— Brega — rabieta. — Lorenzo podría ser. Lo pensaré. No quiero nombres iguales. Eso es malo para los niños.

Mi madre se rió por primera vez desde que abrí los ojos y volví a verla.

— Entonces serás Lorenzo — le dijo al niño. — Y encontraremos un nombre bonito para ti — le dijo a su nieta, que permanecía callada, tranquila, casi como si no existiera.

— Tengo algo que decirte — dije, llena de valor. — Ahora me llamo Jade y así seguiré.

— Serás Heidi para mí, aunque te moleste — me retó. — ¿Y Ayla? Lorenzo y Ayla. Bonitos nombres.

— Lorenzo y Ayla — repetí. — Los hijos de Jade.

— ¿Y Jade tiene apellido o podemos bautizarlos con el apellido que te di?

— Melcher — decidí, molesta, después de todo, durante ocho meses sólo fui Jade, sin apellido, pasado ni historia que contar. Sin embargo, mi madre tenía razón, los bebés necesitaban un registro de nacimiento en el que figurara únicamente mi apellido. — Lorenzo y Ayla Melcher.

Mi madre no dijo nada, pero yo percibí su aliento aliviado. Y supe que había más por venir, que no sería tan sencillo que yo desapareciera durante ocho meses y que ella volviera a encontrarme con dos niños gemelos. No. Mi madre pasó años en una casa donde cada detalle importaba, vivió con la peor clase de gente. Sabía cómo y cuándo actuar.

Por eso necesitaba prepararme para el choque.

Sólo que no me daba cuenta de que encima de mi infierno privado habría otro, uno nuevo, fresco, dispuesto a desequilibrarme para siempre.

3

HEIDI

Mis hijos lloraron como imaginaba que lo harían cuando las enfermeras vinieron aquella mañana a hacerles las pruebas. El Dr. Ezequiel me había dicho que les harían las pruebas lo antes posible, no una semana más tarde como ocurría en algunos hospitales públicos. Formaba parte de sus estudios confirmar esta necesidad.

Pasé una mala noche, incómoda, dependiente de la medicación y moviéndome constantemente por la habitación, a pesar de que no había otra persona que compartiera la sala conmigo. No podía hacer casi nada. Me bañaban en la cama, me llevaban la comida a la boca, cuidaban y acurrucaban a los bebés en brazos que no eran los míos.

Así que esa mañana en particular, mi humor agrio era todo lo que podía manejar.

— Vamos a llevarla a que le hagan una resonancia magnética — dijo la enfermera mientras entraba a cambiarle la medicación. — El traumatólogo quiere saber si hubo algún problema interno con la caída.

— No pasa nada.

— Mientras tanto, los niños se someterán a pruebas. Tu madre puede acompañarlos.

— Está bien — me limité a decir.

— ¿Cuándo estarán listas las pruebas? — preguntó mi madre. — Vamos a Pelotas, por eso estoy preocupada. Y el médico que acompañó a mi hija dijo que estaría aquí tres días. Hoy es el tercer día.

— Son exámenes específicos, más detallados, no sólo los triviales que se suelen hacer. Este estudio trata de detectar cualquier enfermedad que pueda desarrollarse más adelante, en las primeras horas de vida. Por eso lleva tanto tiempo. Pero creo que con los resultados de la resonancia magnética, todos serán dados de alta hoy.

— ¿Sin los resultados?

— Sí, tendrás los resultados a tu regreso, cuando tu médico te haga una revisión para asegurarse de que todo va bien.

Mi madre se alejó con cara de preocupación, pero no dijo nada. Minutos después entraron dos camilleros para llevarme a la exploración. Tardaron más de lo que había imaginado. Me sentía mal y débil, pero cuando volví a mi habitación, el doctor Ezequiel me estaba esperando y hablaba con mi madre.

— Jade — dijo con cierta alegría. — Acabo de daros el alta a ti y a los bebés. Pero todavía te tiene que dar el alta el traumatólogo.

— ¿Y si no lo hace? — pregunté asustada. — Mis hijos ya tienen el alta.

— Normalmente, cuando ocurre esto, el recién nacido es hospitalizado con la madre, pero no creo que te retenga aquí. He visto tus análisis y no hay de qué preocuparse. Sólo tienes que seguir el tratamiento y tomártelo con calma, al fin y al cabo, aparte de la caída, tuviste un parto por cesárea. Sólo tienes que seguir las recomendaciones. De todos modos, les he pedido que te den cita para dentro de una semana.

— ¿Y las pruebas?

— Todo está bien con la prueba del oído. Son bebés sanos. Ahora esperemos los resultados de las pruebas de punción del talón.

— Todo bien. Gracias, doctor.

Se fue y mi madre se acercó a la cama donde los camilleros me ayudaron a acomodarme.

— Tiene que rellenar estos papeles. Es para el registro de niños. Dicen que puedo llevarlos yo, ya que tú aún no puedes hacer ningún esfuerzo.

— Ah, claro.

Fingí indiferencia mientras rellenaba los datos, pero sabía que mi madre me seguía de cerca y esperaba que pusiera el nombre del padre de los niños, pero le indiqué que era un padre desconocido y eso la hizo resoplar y alejarse.

— Vamos a un hotel cercano — dijo. — Esperaremos a que puedas hacer el viaje en coche.

— Tengo dinero ahorrado. Puedo pagar el precio de la habitación.

Ella aceptó sin decir nada.

Y así lo hicimos. Cuando llegaron los resultados de la resonancia magnética, me dieron el alta con una lista de medicamentos y recomendaciones. Mi madre ya había buscado un hotel cerca del hospital que fuera tranquilo y barato, después de todo, no me hice rica trabajando en el circo y aún necesitaba el dinero para cuidar de mis hijos hasta que pudiera volver a trabajar.

Pasó una semana sin que habláramos de otra cosa que no fuera cómo cuidar a los gemelos, lo cansados que estábamos y cómo sería la vida en Pelotas. Mi madre empaquetó todas nuestras cosas con poca ayuda mía. Nos proporcionó dos sillas para el coche, así como el cochecito doble para que pudiéramos transportar a los bebés sin esfuerzo. A pesar de seguir todas las instrucciones del médico, intenté hacerlo lo mejor posible.

Lo metimos todo en el coche y nos dirigimos al hospital. El grupo de investigación contaba con quince mujeres que formaban parte del proyecto de voluntariado, pero ese día sólo yo estaba esperando a que me vieran, y aun así tardé más de lo que habíamos podido planear.

Cuando el Dr. Ezequiel abrió la puerta y me hizo pasar, pude ver en su cara que algo iba mal. Todos los estudiantes implicados en aquella investigación estaban en aquella pequeña habitación, que se hizo aún más pequeña y sofocante por dos personas más y un cochecito con dos bebés.

— ¿Cómo estás, Jade? — dijo con tono preocupado. — ¿Qué tal tu primera semana como madre?

— Aún no lo sé. No puedo llevar a mis hijos en brazos ni darles el pecho —respondí apresuradamente. Quería saltarme ese paso y entender por qué estabas preocupada.

— Tengo que revisarte los puntos. Por favor, póngase la bata mirando hacia delante y tumbese en la camilla — me pidió.

Uno de los médicos me acompañó al pequeño cuarto de baño, donde tuve que quitarme la bata de maternidad que aún llevaba puesta y hacer lo que me pedían. Había un total de ocho médicos, hombres y mujeres, mirando cómo el Dr. Ezequiel revisaba mis puntos "perfectos", como él decía, todos internos con sólo un pequeño punto negro en el otro lado.

— Tu cicatrización es excelente, Jade — advirtió. — ¿Sientes algún dolor, alguna molestia?

— No, doctor.

— ¿Y tu dieta?

— Como me recomendó la nutricionista, aunque no estoy dando el pecho.

Se rió torpemente y me pidió que me vistiera. Lo hice con cierta inquietud, porque sabía que si a mí no me pasaba nada, seguro que le pasaba a uno de los bebés o a los dos.

Cuando salí del pequeño cuarto de baño, había tensión en la cara de todos.

— ¿Y bien? — pregunté, sin molestarme en sentarme.

— Como ya he dicho, nuestro estudio pretende demostrar la importancia de incluir

determinadas pruebas en la prueba del talón, para poder detectar y tratar rápidamente ciertas enfermedades — repitió lo que yo ya sabía. — La prueba de Lorenzo no mostró nada. Y eso está muy bien — intentó sonreír, pero lo único que pude entender es que sólo había dicho la prueba de Lorenzo. Y si señalaba que la prueba de mi hijo no mostraba nada, sin incluir a Ayla, era porque a mi hija le pasaba algo.

— ¿Y Ayla? — pregunté con voz temblorosa.

Hacía mucho tiempo que no era aquella mujer frágil y llorosa, temerosa de lo que me deparara la vida. Sin embargo, había pasado varios meses viviendo con aquella gente. Escuchaba y aprendía todo lo que decían sobre el proyecto, sobre cada examen y cada consulta. Por eso tenía esa sensación. Esa certeza de que algo iba mal. De que realmente habían identificado lo que había que diagnosticar en los primeros días para que ella pudiera recibir el tratamiento adecuado.

Y por eso sentía un escalofrío que me recorría la espalda, el ligero escalofrío de la certeza de que lo que había imaginado que se había convertido en una fuerza en mí no era más que una brisa.

— Siéntate un poco — sugirió.

— ¿Qué le pasa? — fui incisivo.

— Hemos identificado que Ayla tiene A.M.E — dijo con cuidado. — Atrofia muscular espinal.

— ¿Qué es eso? — preguntó mi madre asombrada.

— Una alteración en el gen — respondí antes que el médico.

— Así es — asintió con cuidado. — Una alteración en el gen que produce la proteína SMN, la que protege las neuronas motoras.

— No lo entiendo — continuó mi madre. — ¿Es grave?

— Sí — dije sin esperar a que el médico lo confirmara.

— Pero lo hemos detectado pronto — intentó mostrarse optimista. — Esto nos da la oportunidad de demostrar que tenemos razón.

— Mi hija va a morir — dije, imperturbable por las lágrimas que caían. — Nunca la he cargado.

— No es así... — intentó calmarme uno de los médicos.

— Siéntate un poco, Jade — insistió el doctor Ezequiel.

— ¿Se va a morir mi nieta? — preguntó mi madre, siempre dura, con desesperación en la voz.

— No, no se va a morir — continuó el doctor Ezequiel. — Si me dejas explicarte...

— Sé todo lo que necesito — respondí, confusa, dolorida, con ganas de salir corriendo y, al mismo tiempo, de cargar a mi hija y acunarla. — Las neuronas motoras mueren — expliqué, mirando fijamente a la niña en el cochecito, que estaba tan quieta que me pregunté si ya estaba ocurriendo. — Su cuerpo se para poco a poco. Con el tiempo, ni siquiera podrá respirar.

— ¡Dios mío! — susurró mi madre.

— Pero lo descubrimos antes de que ocurriera, Jade. Por favor, escúchame. Hay un medicamento.

— Eso cuesta seis millones — le corté.

— Pero tienes derecho a ello a través del SUS. Con la nueva ley... — me reí. Me burlé de su inocente forma de verlo. — Te pondremos en la lista para recibir la medicación.

— ¿Y qué hago yo mientras tanto? ¿Ver morir a mi hija?

— Jade, aún no tiene nada. Seamos optimistas.

— ¿Seis millones? — Mi madre continuó como si el médico no hubiera dicho nada. —

¿La medicina que podría salvarla cuesta seis millones?

— Nada la salvará — concluí. Apática. No entendía por qué tenía que quitarle tanto a la vida.

— No lo sabemos, Jade.

— Se llama Heidi — dijo mi madre en voz baja, desconectada, con los ojos puestos en mi hija.

— No hay pruebas. Lo que sí sabemos es que el medicamento impide que las neuronas mueran y así el niño se desarrolla lo más cerca posible de la normalidad. Todavía no hay nada que indique la necesidad de otra dosis en otra etapa. Todo es nuevo, aunque revolucionario, y Ayla tendrá esa oportunidad — continuó el doctor Ezequiel en su vano intento de hacerme creer, pero todo en mí era desesperanza.

Cuando me incorporé a ese programa de investigación, tuvimos varias conferencias sobre las enfermedades cartografiadas y la A.M.E. fue una de ellas. Era genética, porque no me engañaba. Se hicieron todos los esfuerzos posibles para que el gobierno cumpliera con su obligación, recientemente conseguida, de que los niños de hasta seis meses que no estuvieran en ventilación mecánica recibieran la medicación, pero, como todo en Brasil, no fue rápido ni fácil. Ayla pasaría a engrosar una lista en el país con un número absurdo de bebés nacidos con A.M.E. a pesar de que se considera rara en el mundo.

— ¿Hasta cuándo? — pregunté. El silencio en la habitación me hizo un agujero en el pecho.

— Aún no lo sabemos. Ayla necesita monitorización constante. Si es de tipo 1, hasta seis meses, si es de tipo 2 podría ser hasta dieciocho meses. Pero todo depende de cómo y cuándo empiece a mostrar síntomas, lo que puede ocurrir incluso en la edad adulta.

— Con mi suerte... — murmuré.

— Conseguiremos la medicación, Jade — insistió.

— Mientras tanto — señaló mi madre. — Vamos a hacer todo lo que podamos, de todas las maneras posibles, para asegurarnos de que la niña reciba la medicina, ya sea a través del gobierno o de nuestros propios esfuerzos.

Son seis millones, quise decir, pero me callé. Porque para que Ayla tuviera esa medicina, me iría al infierno si pudiera. O volvería a ella.

4

JEAN

TRES MESES DESPUÉS

— Ya están casi todos los miembros confirmados, señor.

Dijo Flavia, la responsable de las chicas que manteníamos en la isla y persona de mi confianza desde que reorganicé el desorden dejado por mi hermano, desde algún lugar de mi despacho a mis espaldas. Dejé salir el humo atrapado en mis pulmones, con los ojos fijos en la cubierta iluminada por antorchas donde llegaban los últimos miembros.

— Dile a Álvaro que venga — dije sin mirarla y bebí el resto de mi whisky.

— Sí, señor.

La puerta se cerró, indicando que estaba solo. No había ninguna duda. Nadie se atrevería a entrar en mi despacho, ni en ningún otro lugar donde yo estuviera, sin mi permiso.

Eché otro vistazo al paisaje. Mis hombres estaban repartidos, casi imperceptiblemente, por todo el recinto, garantizando la seguridad. Dos helicópteros y drones vigilaban el cielo por encima de nosotros y, en el mar, lanchas rápidas escrutaban todos los ángulos. Nadie se acercaba sin autorización. Otros hombres estaban a la vista. Era necesario que todos comprendieran que, aunque trabajáramos en la prostitución, las reglas habían cambiado.

Joel actuaba como le habían enseñado, y como mi padre seguía haciendo en Alemania. Tráfico de mujeres, explotación sexual, todo lo extraño que nuestro mundo permitía hacer a hombres como nosotros. Cuando me hice cargo, mis reglas entraron en vigor. Así que antes incluso de sacar a Joel del medio, y todavía tenía pesadillas al respecto, limpiamos a los que no querían cooperar.

Cambié nuestro *modus operandi* y empezaron a llamarme el "rey de las putas". Que así sea. Ninguna mujer se prostituiría contra su voluntad conmigo. Por eso todos nuestros "clubes" tenían las mejores mujeres. Se las cuidaba bien, se las trataba bien y eso hacía que siguieran fielmente las normas, lo que también, para regocijo de todos mis socios y de mi padre, aumentaba nuestras ganancias.

Sin embargo, aquel lugar, conocido sólo como "La Isla", era nuestra mina de oro. Compré la isla con la intención de hacer algo más privado, reservado, exclusivo, casi anónimo. Los miembros, cuidadosamente seleccionados, eran las figuras más importantes no sólo de Brasil, sino de casi todo el mundo. Saltamos a la fama rápidamente y el dinero entraba a raudales como si hubiera un grifo abierto.

"La Isla" era una isla, pequeña, rodeada de rocas, separada del continente lo suficiente como para que no hubiera forma de identificar quién iba allí y qué hacía. Allí se cerraban importantes tratos. Las mejores drogas, las fantasías más increíbles y las mujeres más espectaculares formaban parte de nuestro menú.

Construí un castillo medieval con todo lo que se nos ocurría, y quizá esa fuera nuestra característica más interesante. Por fuera era una fortaleza, por dentro era de lo más lujoso y confortable para que los socios se animaran a dejar grandes sumas de dinero en nuestras cuentas, así como regalos de valor incalculable para nuestras chicas.

Esa noche en particular, tendríamos nuestro primer baile anual. Celebraríamos un año de hogar y éxitos con todo tipo de atracciones para que nuestros miembros deslumbraran. El salón principal acogería a los hombres y a nuestras chicas. Las exclusivas sabían cómo proceder, las libres tomarían sus propias decisiones.

No nos obligaban a nada, pero todas las chicas que aceptaban formar parte de nuestro *métier* comprendían que los sacrificios significaban dinero. Por eso casi nunca tenía que mediar en los desacuerdos.

— ¿Me mandaste llamar?

Habló Álvaro. No le oí llamar, pero como era mi primo y mi mejor amigo, sabía que era poco probable que hubiera actuado como los demás.

— ¿Cómo está nuestra seguridad?

Aparté la mirada del paisaje exterior y me encaré con mi jefe. Álvaro sonreía, tan relajado como siempre. Vestido con pulcritud para asistir al baile, no tenía ni la mitad de la tensión que yo llevaba auestas. Ni podía tenerla. No tenía que matar a su hermano, enfrentarse a lo que la Ndrangheta representaba en Brasil. No tenía que eliminar a un buen número de hombres para garantizar la lealtad de los demás.

Álvaro, a pesar de que, como jefe, conviví con el lado malo de nuestro trabajo, tuvo que resolver cosas como encontrarme en una fosa poco profunda después de que Joel intentara matarme y me enterrara viva, mató a hombres con los que trabajaba y se comprometió con mi fallida misión de mantener a Giulia y Matheus con nosotros, seguía siendo ligero, sonriente y bromista.

Era como si toda aquella podredumbre no le hubiera endurecido el alma como a mí.

No, Jean, tú sabes lo que endureció su alma, susurró mi conciencia en mi mente y un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

— Sabes que si algo estuviera fuera de lugar, serías el primero en denunciarlo — me aseguró con una leve sonrisa.

Odiaba y amaba eso de mi primo.

— Tenía razón. — Dejo el vaso sobre la mesa y apago el cigarrillo. — Es el primer baile. Hasta el vicepresidente de los Estados Unidos está aquí, así que no puedo dejar que nada se me vaya de las manos.

— Y no lo hará. Relájate, Jean.

Y quería hacerlo, aunque esa palabra no estaba en mi vocabulario desde hacía casi dos años.

— Hablando del vicepresidente...

Álvaro se acercó a mí, cogió un cigarrillo de mi pitillera, un movimiento atrevido e imperdonable si no fuera mi mejor amigo, lo encendió y le dio la primera calada mientras se acercaba a la ventana donde antes había estado observando el movimiento del exterior.

— Hoy deberías quitarle la exclusividad a Scarlett — sugirió.

— No tengo motivos para hacerlo.

— Es nuestra mejor chica y llevas tres meses manteniéndola en exclusiva, Jean. Si no te conociera, diría que estás enamorado.

— Si no te conociera, diría que estás celoso — me burlé.

No estaba enamorado, sólo... Scarlett era nuestra mejor chica, la que todos querían y la única que me hacía no pensar en... no pensar en quien no debía pensar. Al menos durante unas horas.

— Hoy entra en el salón con mi piedra al cuello — advertí.

Álvaro sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

— Que se haga tu voluntad, rey de las putas. ¿O es que ahora eres el rey de las putas?

— Ve a la sala de seguridad y asegúrate de que tenemos todo bajo control —ordené.

— Ya lo he hecho.

Álvaro ni se movió. Tragó el humo y se quedó de pie frente a la ventana, con los ojos fijos en la noche que casi nos ocultaba del mundo.

— Hazlo otra vez.

— Te debo lealtad y obediencia, Jean, pero que te jodan.

Cualquier otro hombre habría muerto en ese momento. Sin embargo, me reí y mi primo hizo lo mismo.

— ¿Se va a presentar, al menos?

— Como siempre.

— ¿Y después qué?

— Lo de siempre — advertí.

— Es por tu cuenta y riesgo. Scarlett haría una fortuna para la casa esta noche, pero...

— Ella hace una fortuna. La mía. ¿O es que has olvidado que también pago por mantenerla en exclusiva?

Álvaro me dedicó una sonrisa cínica.

— Eres demasiado bueno con estas chicas, Jean. No deberías comportarte así como propietario.

— Si voy a mantenerla en exclusiva, ella tiene que ganar como si estuviera con cualquier otro.

— Y por eso eres el rey de las putas.

— Y tienes suerte de no ser hombre muerto.

Volvió a reírse, terminó su cigarrillo y lo apagó en el cenicero de mi escritorio.

— Sé que no deberíamos hablar de esto — empezó, y de nuevo, como si fuera una advertencia, un escalofrío me recorrió la espalda.

— Entonces no lo hagas — advertí.

— Me pediste que me asegurara de que...

— Sé lo que pedí, Álvaro. Sólo tú y yo lo sabemos. Sólo dime que está bien. Que lo están.

— Bueno... — mi amigo se encogió de hombros mientras me miraba. — Están bien, Jean. Y están en el campo.

— Joder.

Cerré los ojos con fuerza. Los recuerdos me golpearon como un puñetazo. Aquella noche, Álvaro no estaba conmigo. Si lo hubiera estado, quizá no habría tenido el valor de dejarlos marchar. Por vergüenza, me lo dije a mí misma durante los primeros meses, pero la verdad era que, delante de mis hombres, tenía la obligación de ser fuerte, y aunque Álvaro era mi mejor amigo, no tendría el valor de flaquear delante de él.

Le conté la verdad más tarde. Mucho después. Cuando fui capaz de vivir con mi elección. Y entonces le di la misión de asegurarse de que Giullia y Matheus permanecieran muertos para todos en nuestra familia.

- Alguien...
- No, Jean. Sigue siendo discreta. No han salido del piso del tipo desde que llegaron y usan nombres falsos. He vigilado las conversaciones y nadie sospecha.
- Estupendo. ¿Cuándo se van?
- Pasado mañana.
- Estaré en el salón.
- Estaré en el salón.

Álvaro se fue y una vez más me dejó solo con los recuerdos. Encendí otro cigarrillo, me serví otro chupito y sólo después de haberme saciado de ambos salí a recibir a los invitados de la noche.

Una sala enorme, algo más de treinta hombres, todos socios, y el número exacto de cuarenta y nueve chicas disponibles, que desfilaron con sus mejores galas, se comportaron como jóvenes de la más alta sociedad en comportamiento y actitudes, y se pusieron a disposición de los hombres que las eligieron.

En medio del evento, el personal se aseguró de que no faltara de nada. Una orquesta tocó de espaldas a la sala y detrás de una fina cortina, para evitar que reconocieran a los hombres en el escenario.

En el castillo, las mujeres se aseguraron de que el lugar fuera tan funcional como si trabajaran en un hotel de lujo. Flavia hizo todo lo posible para que las chicas tuvieran los mejores preparativos y mantuvo a su equipo organizado y funcional.

Por todas partes viajaban hombres que velaban por la seguridad de todas las personas de la isla.

Las presentaciones fueron preciosas. Las chicas dieron lo mejor de sí mismas sin caer nunca en la vulgaridad. Incluso las actuaciones sincronizadas de pole dance tenían la magia de la seducción, de lo intocable, que era humanamente imposible hacer con el cuerpo.

Pero lo que todos los presentes esperaban era el momento en que aparecería Scarlett. Con su máscara azul cian y su larga melena negra y rizada, aquella noche ofrecería una actuación especial, descendiendo por telas acrobáticas con arcos instaladas en el techo de la sala principal.

Sentado en mi cómodo sillón, flanqueado por los hombres más importantes para mi negocio, no me sorprendí cuando las luces se atenuaron, un foco señaló la actuación y ella apareció. Los murmullos resonaron en el lugar, como siempre.

Y Scarlett hizo su magia. Se movía por el aire como si no tuviera peso en el cuerpo, coreografiada como un hada que se desliza sin sacrificio. Hermosa con un atuendo especial que conformaba su personaje. Nadie tuvo el valor de hablar mientras ella estaba en el aire, y cuando terminó, todos la ovacionaron.

Mostrando el collar con mi piedra, azul como la máscara que ocultaba su rostro a todos los allí presentes, hizo lo que debía, se acercó a mí y se acomodó tranquilamente a mi lado, como una exclusiva necesitaba actuar.

— Señor Kuhn, después de tan espléndida actuación, ¿sería usted tan generoso de liberar a Scarlett sólo por esta noche, para que pueda elegir con quién quedarse?

El gobernador del estado más importante del país hablaba en voz alta, ebrio, sediento de la mujer que sería mía.

— Scarlett no es mi prisionera, gobernador — anuncié tras soltar una bocanada de humo.
— La exclusividad es un acuerdo que implica a ambas partes. Si ella mantiene mi piedra

alrededor de su cuello, es porque está contenta con ello.

Otros hombres se rieron. Yo me limité a sonreír. Aunque la mujer que estaba a mi lado ya no quisiera seguir siendo mi exclusiva, le impediría que se liara con ese hombre. Conocía sus gustos, su crueldad que trataba de imponer con dinero y joyas que impedían que muchas chicas de mis "clubes" lo denunciaran. Scarlett no se merecía eso, no mientras estuviera bajo mi protección.

— Si me permite... — me levanté y le ofrecí la mano a Scarlett para que me acompañara.
— Hemos pasado una velada memorable, caballeros, pero ahora tengo que dedicar la poca energía que me queda a hacer que me envidien.

Se rieron, pero me envidiaron. Scarlett era poderosa en la cama, aunque no hubiera emoción de por medio. Sabía qué hacer y cómo. Era su trabajo. Satisfacía a griegos y troyanos y, de todas las chicas que teníamos allí, era la que amasaba la mayor fortuna, entre dietas, regalos y joyas.

Yo estaba satisfecho con ella. Dejé que devorara mi mente y me confundiera mientras follábamos. Sin embargo, cuando todo terminaba, cuando yo había agotado sus fuerzas y la dejaba dormirse, mis fantasmas me abrazaban.

Me senté en el sillón, desnudo, con un vaso de whisky en una mano y un cigarrillo en la otra. Uno u otro me mataría algún día. Ya fueran ellos dos, o mi mitad. No me importaba.

Miré a Scarlett desnuda, dormida en mi cama. De todas las chicas que había reclamado en aquella isla, ella era la única que tenía ese permiso. Sobre todo porque yo la agotaba, pero también porque ella tenía lo mismo de mí. Esa noche, estaba más atormentado que de costumbre. El sexo no me agotó. El sueño no me tragó. La bebida no me humedeció.

Y supe por qué nada en mí se apagaba, aunque evitara pensar en él a toda costa.

Me serví otro vaso, me bebí el líquido y renuncié a ser civilizada. La botella hizo su trabajo. Hasta que ya no hubo nada que hacer. Nada me tranquilizaba y cuanto más el silencio llenaba la noche, más me encontraba envuelta en esta idea loca, que nunca debería permitirme.

Aun así, me puse algo de ropa, cogí lo que necesitaba y salí de la habitación con Scarlett en mi cama. Caminé por el espacio reservado a los que no necesitaban ser vistos. Y me topé con mi soldado raso, que se apresuraba como siempre que salía de mis aposentos.

— Vuelve — le dije.

— Pero, señor...

— No te necesito ahora, Ernandes. Y estoy armado. No se preocupe.

Me obedeció y le seguí. A esa hora del día, nadie recorría el castillo. Los miembros se divertían en sus habitaciones o dormían. Mis soldados mantenían la seguridad en el exterior y vigilaban todo en el interior.

Tomé la ruta que pocos conocían, reservada para poder entrar y salir rápidamente, cuando fuera necesario, en caso de una huida rápida; al fin y al cabo, los amigos estaban cerca, pero los enemigos aún más.

La fría noche no me intimidó, ni siquiera la cantidad de alcohol ingerida me impidió embarcar en aquella lancha rápida y surcar el mar hasta pisar tierra firme. Volé despreocupadamente hasta la pista donde estaba mi avión, siempre listo para mí, y di la orden.

— Vamos a São Paulo. Sin registros.

Nadie me desafiaría ni se atrevería a decir nada. Si Jean Kuhn apareciese en medio de la noche, solo y con una orden, eso es lo que harían.

Y así me rendí una vez más a mi desgracia. Porque aquella pesadilla no acabaría nunca.

5

JEAN

El coche se detuvo frente al edificio en el que estaban. Noah Moretti no se había molestado en cambiar su dirección en Brasil. Y aunque lo hubiera hecho, estaba completamente segura de que yo lo averiguaría si quería. En ese momento, en esos breves segundos en los que esperé, deliberando sobre cómo actuar, me maldije a mí mismo, y luego maldije al propio Noah por no habérmela ocultado.

Hacía casi dos años que no veía a Giullia. Lo sabía todo sobre ella, pero me impedía verla. Sin embargo, mi resistencia se fue por el desagüe cuando se atrevieron a volver a Brasil. En el avión, cuando aún estaba lejos de ellos, creí que el alcohol me vencería, que me dormiría y me despertaría más consciente de las tonterías que estaba haciendo.

No fue así.

Tenerla tan cerca inyectó adrenalina en mis venas, impidiéndome dormir, retroceder, darme cuenta de la magnitud de la mierda que había hecho. Por eso pasaron minutos sin que mi soldado dijera una palabra. Podía ver el movimiento de los cuatro hombres que me habían seguido en el otro vagón, esperando una orden, una palabra. Y no hice nada.

Abrí la puerta y en el mismo segundo hicieron lo mismo los cinco soldados, el que conducía mi coche y los responsables de mi seguridad. Les hice un gesto con la mano para que se quedaran en su sitio. La calle tranquila no indicaba ningún peligro y, además, nadie sabía que yo estaba allí ni por qué estaba allí.

Encendí un cigarrillo, saqué el móvil del bolsillo e hice lo que nunca pensé que haría un día: llamarla. Por un segundo deseé que hubiera bloqueado mi número, o que si lo reconocía, me ignorara. Sin embargo, bastaron tres timbres para que la voz de Giullia invadiera mi oído, entrara en mi cuerpo y me dominara.

— ¿Jean? — susurró con voz soñolienta y cierto temor.

— Giullia — dije, con la voz ronca, un miedo que odiaba sentir y que, lo sabía, activaba en mí una rabia que no me hacía segura para nadie.

— ¿Ha pasado algo? — quiso saber ella, con la voz más despierta.

— Estoy aquí abajo — le dije. — No te preocupes, nadie lo sabe. Sólo quiero... — tragué saliva y cerré los ojos. Porque sabía lo que quería, pero no podía quererlo. — Ver a Matheus.

— Son las cuatro de la mañana — susurró, pero de fondo oí su voz, la voz del hombre con el que había elegido vivir.

— No lo despertaré. Tienes mi palabra.

— Sube — dijo ella, decidida.

Protestó Noah sin miedo a que le oyera. Ignoré el enfado. No tenía sentido tomarse aquella situación como algo personal. También era mi elección. Tuve la oportunidad de matarlo, de mantenerla conmigo, de tener al niño a mi resguardo. Pero elegí no ser lo que era Joel y eliminar de una vez por todas lo que una vez fue mi padre. Elegí liberarla y la mantendría libre

aunque me costara la vida.

— Quedaos aquí — advertí a los hombres, inmediatamente después de colgar el teléfono sin esperar nada más.

— Señor...

— Quietos — gruñí.

Como era de esperar, los hombres me obedecieron. Tiré el cigarrillo y crucé la calle. En cuanto me acerqué a la puerta, un guardia de seguridad me saludó. Estaba seguro de que Noah no sería tan ingenuo como para volver con su familia a Brasil sin que unos guardias de seguridad armados se ocuparan de ellos.

Sin intercambiar una palabra, atravesamos la recepción y entramos en el ascensor, donde el guardia de seguridad activó la cubierta. No me registró, no me exigió nada y no supe si eso significaba que Giullia confiaba en mí o que Noah confiaba realmente en sus hombres. Porque si esa era la idea, debería haber consultado con su mujer sobre el entrenamiento que tenían los hombres de la familia Kuhn desde los siete años.

Maté más veces y con más agilidad de las que él podía contar hasta cinco. Si era mi voluntad reclamar a la mujer que debía ser mía y de mi sobrino, no habría Noah que me lo impidiera.

Cuando las puertas se abrieron, a pesar de que Noah estaba de pie frente a ellas, lo único que pude ver fue a Giullia con los ojos fijos en mí, atenta, pero confiada. Y casi sonreí al ver cómo los hombros del hombre que me había arrebatado a la mujer que amaba se relajaban al verme solo.

— ¿Jean? — Giullia se adelantó, frustrando a su marido. — ¿Pasó algo? — Sus manos se cerraron sobre mis brazos, como si necesitara comprobar que me encontraba bien.

No mentiré que miré a Noah sólo para comprobar sus celos. Sí, le molestaba la forma en que se preocupaba por mí. Pero era un sabor agri dulce. Noah estaba celoso, pero era con él con quien se iba a la cama cada noche.

— Le dije. Me enteré de que estabas en Brasil y quería saber cómo estaba Matheus. Lo prefería así, sin avisar y al amanecer. Así puedo mantenerla a salvo.

— Todos los que formáis parte de vuestra cúpula sabéis que tengo un piso aquí — intervino Noah.

— Sí, lo saben. Igual que saben que yo también tengo uno.

— ¿Lo tienes? — preguntó Giullia, sobresaltada.

— Te dije que nada te impediría ser feliz, *Liebe*.

En el mismo segundo me arrepentí de haberla llamado así, pero la palabra se me escapó de la lengua, como si no hubiera pasado el tiempo entre nosotros. Giullia, incluso con su larga melena oscura, era la mujer más hermosa que había conocido, con aquellos ojos azules que penetraban en mi alma y me suplicaban que me hundiera en ellos. Respiré hondo para recuperarme.

— ¿Has bebido? — me acusó.

— Vengo de una fiesta, Giullia.

Me evaluó, igual que yo cuando la vi. Mientras yo seguía con el traje puesto, aunque me había dejado la corbata, ella se presentó en bata, como quien es cogido por sorpresa en mitad de la noche.

— Adelante. Adelante.

No me soltó. Me cogió del brazo y me condujo al interior del piso. Noah no se relajó ni un segundo y lo comprendí. Para un hombre que había visto todo lo que yo era capaz de hacer

por su mujer, cada segundo contaba como un año.

— Theo está dormido — advirtió.

— Me pregunté. ¿Qué has venido a hacer a Brasil? — pregunté directamente a Noah, y sus facciones se endurecieron. — ¿No te parece demasiado arriesgado?

— Deberías saber que nadie manda a Carina — la llamó por su nombre falso, el que adoptó cuando huyó de mi hermano.

Y aunque cada detalle de su intimidad me dolía, sonreía porque me daba cuenta de lo testaruda que era esa mujer.

— Tengo que volver pronto — dije de repente, asfixiada por estar allí, delante de ella y de su felicidad que brillaba, y de él y de todo lo que me había arrebatado.

— Vamos, te llevaré a su habitación — dijo, su mano en la mía y mi maldito cuerpo se rindió.

Subimos las escaleras en silencio. Estaba seguro de que Giullia no preguntaría nada sobre mí o mi familia. Ese era un pasado que ella borraría si pudiera. Y yo... bueno, no quería saber más de lo que podía contar. Eran felices. Fin de la historia.

Caminábamos por un pasillo, ella delante, con su mano en la mía, y Noah detrás de mí, tan cerca que me molestaba, cuando nos hizo una señal para que guardáramos silencio y abrió una puerta. En la oscura habitación, sólo iluminada por una lámpara que proyectaba imágenes de planetas y lunas en el cielo, dormía un niño en una cama de matrimonio.

Matheus, me di cuenta, aunque me pareció demasiado grande para el recuerdo que tenía del niño. Agradecí la oscuridad, mientras se me humedecían los ojos. Amaba a Giullia con locura. Más que a mí mismo. Más que a mi hermano. La amaba hasta el punto de planear huir con ella, aunque sabía que toda la familia se volvería contra mí, después de todo, era la esposa de Joel el Capo, a quien debía obediencia y fidelidad. ¿Y qué hice? Asesiné a mi hermano, me quedé con su mujer y quise el hijo que tuvieron.

Y eso sería todo si todo se redujera a Giullia. Sin embargo, estaba Matheus y lo quería como a un hijo. Giullia no lo sabía. Nadie sería capaz de entenderlo. Pero cuando liberé a la mujer que amaba, liberé a Matheus. Porque ella me hizo comprender que él no podía vivir lo que nosotros vivíamos y yo no podía hacerle eso al niño que había querido que fuera mío desde que estaba en el vientre de su madre.

— Vamos — susurró, empujándome más cerca.

Matheus estaba dormido, su rostro seguía siendo infantil, pero ya no era como antes, sin los rasgos redondeados de un niño. Se había convertido en un niño, un niño adulto de ocho años. Hermoso como su madre.

— Es... — me aclaré la garganta para contener la emoción. — Ha crecido.

— Sí. Y le encanta el fútbol — dijo en voz baja, con una sonrisa orgullosa en su voz angelical.

— ¿En serio?

Noah se movió detrás de nosotros, molesto. Me dieron ganas de darme la vuelta y darle un puñetazo. ¿El hijo de puta era el padre de mi hijo porque yo se lo permitía y todavía se creía con derecho a cronometrar mi tiempo con él? Justo cuando no tenía nada, ni siquiera los ojos abiertos de Matheus para mí.

— Y tiene muy buenas notas — continuó.

— Eso es... muy bueno, Giullia.

Me sonrió en la oscuridad. Hermosa como un ángel. Y sin soltarme la mano, me condujo fuera. Se me encogió el corazón cuando Noah cerró la puerta tras nosotros y Giullia me condujo

por el pasillo, pero se detuvo ante otra puerta cerrada.

— Carina... — le advirtió Noah.

— Esta es la habitación de mi hija — dijo ella, ajena a su marido. — ¿Quieres conocerla?

— ¿A su... hija?

No es que supiera en ese momento que tenía una hija con el cretino que aún marcaba mi tiempo en aquella casa. Supe que estaba embarazada tal vez en el mismo momento en que ella se enteró. Me volví loco. Quería matarla. Quería matar a Noah Moretti. Acabar con esa desgracia de una vez por todas. Pero no pude. Incluso me convencí de que lo eliminaría y diría que el niño era mío y al final... ese fue el final. Tenían una familia, estaban a salvo, eran felices.

— Antonella — dijo orgullosa. — La hija de Robert Pattinson — susurró.

— ¡Carina! — gruñó Noah detrás de nosotros y ella se rió.

Y de eso se trataba. Aquella mujer que me cogió de la mano y me llevó a ver a sus hijos dormidos nunca fue la que había estado conmigo, ni se parecía a la que se casó con mi hermano. Giulia, o Carina, como la llamaba Noah, o incluso Paolla, el nombre que adoptó después de que fingiéramos su muerte, era una mujer nueva. Tan ligera y libre que me conmovía.

Ella nunca sería así conmigo y eso bastó para convencerme. Era hora de decir adiós a Giulia y seguir con la vida. Cogí su mano, me la llevé a los labios y la besé cariñosamente, aunque, y confieso que lo deseaba, aturdió a Noah.

— En otra ocasión — dije. — Tengo que volver. Matheus está bien y eso es lo que importa.

— Yo estoy bien.

Por el brillo de sus ojos supe que también se despedía, que comprendía mi momento y lo respetaba. Eso no sólo era importante, era necesario.

Bajé las escaleras, subí al ascensor, volví al coche, ignorando el alivio en los ojos de mis hombres, y di la orden.

— Volvamos.

Salimos de la calle sin que yo mirara atrás. Giulia viviría para siempre en mi pasado, pero murió en la explosión de la lancha y ya era hora de que abandonara el luto.

6

JEAN

Fueron las horas más difíciles y angustiosas desde que dejé marchar a Giulia. Nadie hablaba. Mis soldados conocían mi estado. Estaba bebiendo. Bebí mucho. De la clase en la que perdía el conocimiento y hacía el ridículo. La prueba era el arma en mi mano desde el momento en que subí al avión.

Y bebí mucho, más de lo que podía soportar. Mi último recuerdo fue conducir la lancha motora de vuelta al muelle, solo, porque amenacé a todo el que se atrevió a intentar detenerme, y naufragar sin apenas conseguir atracar bien. Me dormí allí mismo, en el banco, con la pistola en una mano y la botella de whisky en la otra. Y sólo en ese momento, cuando caí en un coma etílico, lo olvidé.

— ¿Jean?

Me dolía la cabeza y se me revolvía el estómago mientras levantaban mi cuerpo, aunque seguía obstinadamente en el suelo.

— ¡Mierda, tío! No me hagas llevarte al hospital por un puto trago.

Reconocí la voz de Álvaro a mi lado. Avergonzado, forcejeé para liberarme de sus manos al darme cuenta de la situación. Yo, Jean Kuhn, el Rey de las putas, el Capo, el hombre más respetado de aquella puta isla, estaba en el suelo de la lancha, con resaca tras una noche miserable.

— Quítame las manos de encima — gruñí, pero no me obedeció, sobre todo cuando intenté levantarme y no pude por el vaivén del mar y todo lo que llevaba dentro. — ¡Joder!

Inclinada sobre la borda, apoyada a decir verdad, vomité como en una película de terror. Mis entrañas se rebelaron y decidieron abandonarme. Me abandonaría a mi suerte para abusar de la bebida una vez más.

— ¡Maldita sea, Jean! — se quejó Álvaro en voz baja. — Tengo que sacarte de aquí.

— Estoy bien. Sólo necesito... — volví a vomitar, sin control, como si mi cuerpo tuviera mente propia. — Agua — añadí al darme cuenta de que la cagada era mayor de lo que había imaginado.

— Agua, una ducha y a recuperar todas las fuerzas — se quejó mi subjefe. — Ha pasado una mierda, tío. — Mantenía la voz baja, pero por el tono supe que era algo que me exigiría todo, y lo que había era sólo el resto de mí. Cómo equilibrar esa balanza.

— ¿Qué está pasando?

— Ven aquí. Te llevaré adentro.

Álvaro, y sólo él, me sostuvo sobre sus hombros y caminé por el muelle y luego por la pasarela de madera que me llevaría al interior del castillo sin miradas indiscretas que comprobaran mi estado. El sol de aquella mañana brillaba como si quisiera castigarme. Si hubiera estado en buen estado, me habría parecido un día precioso, pero la verdad era que tenía un sabor de boca horrible, el estómago revuelto, dolor de cabeza y necesitaba el apoyo de mi ayudante hasta para caminar.

En otras palabras, ¡un día de mierda!

Me di las gracias mentalmente cuando entramos en el pasillo de piedra que nos llevaría a la parte moderna del castillo. La zona poco iluminada me facilitaba la reflexión.

— ¿Qué ha pasado? — repetí, deseando que mi estado se asentara y asumiera lo que mi puesto exigía. — ¿Se ha jodido algo con el cargamento que íbamos a recibir hoy?

— Ojalá — gruñí. — Tranquilízate. Vamos.

Entramos en la habitación y pronto me di cuenta de que no era la mía, sino la de mi ayudante durante los días que permaneciera en la isla.

— ¿Por qué me has traído aquí?

— Te necesito sobrio, duchado y en posesión de tu equilibrio mental. Y lo necesito ahora.

— ¿Qué coño ha pasado, Álvaro?

— Toma una ducha. Lícia te traerá la ropa. Flavia está cuidando de la otra parte.

— ¿Está Lícia en la isla? ¿Por qué está allí?

— Yo te explico. Primero, dúchate. ¿Necesitas ayuda?

— Vete a la mierda.

Con pesadez, cerré la puerta del baño y me senté en el suelo. Álvaro tenía la obligación de contarme cualquier cosa que fuera mal. Cualquier cosa que fuera mal o una amenaza. Pero si no hablaba, si necesitaba que me pusiera las pilas, era porque la mierda era demasiado grande.

Me arrastré hasta la cabina de ducha, encendí los chorros laterales y dejé que el agua me devolviera el equilibrio. Veinte minutos después, tenía todo lo que necesitaba para mi higiene matutina, me recompuse y salí del baño, no con todas las fuerzas, pero con la capacidad de fingir

que no había estado en la mierda justo antes.

Había un juego completo de trajes para mí sobre la cama de Álvaro. Me cambié y mi hermana sólo entró cuando ya había renunciado a la corbata y me había servido una taza de café solo. Álvaro entró después de ella y con él, el médico asignado para atender a los miembros que estaban en la isla.

— No necesito un médico — dije.

— Necesitas suero, glucosa intravenosa y vitamina B1 — ordenó el médico, sin mostrar ningún temor hacia mí. — Tenemos que eliminar los restos de la bebida e hidratarte. Ya estás familiarizado con el proceso.

Molesto, me quité la chaqueta y me doblé la camisa. Me senté a la mesa preparada con todo para un desayuno que me ayudara a recuperarme, pero sólo con mirarlo se me revolvió el estómago.

— ¿Qué haces aquí, Licia? — pregunté sin mirarla. Mi hermana sabía que cuando su presencia no era necesaria, yo no la quería en la isla.

— Álvaro me pidió... ayuda.

— ¿Ayudar a curar una borrachera? — Reí sarcásticamente cuando el doctor me obligó a aceptar el suero con todo lo que él creía que me haría estar preparada para resolver cualquier problema.

— Jean... — se sentó en la silla frente a mí. Álvaro pidió al médico que se marchara, encendió un cigarrillo y se alejó. Había una tensión innegable en aquella habitación. — ¿Dónde has estado?

Me quedé mirando a Licia sin entender su pregunta. En aquellos primeros momentos en que sólo la resaca ocupaba mi mente, ni siquiera recordaba lo que había pasado hasta que llegué allí, pero el recuerdo volvió con fuerza, la risa ligera de Giulia, la cara dormida de Matheus, y luego el pavor de que mi familia descubriese la verdad por un descuido mío.

— Que yo sepa, no te debo ninguna explicación, Licia — grité.

— Tienes razón. Ni a mí ni a nadie. Pero... la situación exige que... entendamos.

— ¿Entender qué mierda?

— Ernandes dijo que te fuiste sola. En lancha rápida. Que te impidió acompañarlo. ¿Qué pasó?

Entrecerré los ojos. No tenía que responder ante Licia ni ante nadie por debajo de mi padre, el Don, a quien todos obedecían. Aun así, aquellas miradas no me interesaban, ni me hacían creer que estuvieran relacionadas con mi secreto. Alguna mierda había ocurrido en mi ausencia, algo que de algún modo podía estar relacionado con mi degradante situación de aquella mañana.

— Me fui. Fui a arreglar las cosas. Bebí demasiado y me desmayé en el barco.

— ¿Y qué pasó antes de que te fueras? — preguntó Álvaro. Le dediqué una sonrisa estúpida, a pesar de mi fastidio por el interrogatorio.

El suero pareció entrar más rápido en mis venas, mi cuerpo reaccionó, me puse más alerta, como si todo a mi alrededor me lo exigiera.

— ¿Ahora quieres una descripción de mi vida sexual, hijo de puta?

— Jean, ha ocurrido algo grave y nosotros... — miró a Licia con extrañeza. — No sabemos cómo proceder.

— ¿Y qué coño ha pasado? ¡Dilo de una vez!

— Scarlett — reveló Licia sin emoción. Se manejó y actuó con profesionalidad. — Ella está muerta.

Fue sólo un segundo, pero fue como si un túnel se abriera ante mí y me llevara de vuelta a ese último momento en el que estaba con Scarlett en mi habitación. Estaba desnuda, dormida en mi cama. Viva.

— ¿Cómo? — pregunté, aún inseguro de lo que decía.

— Escúchame — dijo Lícia con más firmeza. — Scarlett fue asesinada de forma violenta y cruel en su dormitorio esta mañana. Lo único que sabemos hasta ahora es que saliste sola, que no permitiste que Ernandes te acompañara, que bebiste mucho y desapareciste durante buena parte de la noche.

— ¿Está muerta Scarlett? — volví a preguntar, aún en estado de shock, incapaz de creer que algo así pudiera ocurrir en mi isla, en el lugar más seguro de Florianópolis, en la noche en que los hombres más importantes de mi esquema estaban bajo mi techo.

— Hermano... — Álvaro se paró delante de mí. — ¿Qué pasó?

— Un momento — dije, de repente con más lucidez de la que me había creído capaz aquel día. — No... no me digas que crees que yo maté a Scarlett.

— Nadie ha dicho eso — dijo Álvaro sin pestañear.

— Pero nadie lo dudaría — añadió Lícia.

— Hostia puta — gruñí. — ¿De verdad crees que, sin motivo alguno, mataría a una mujer con la que compartía... compartía cama? ¿Que lo haría violenta y cruelmente y luego desaparecería por la noche?

— ¿Es eso lo que hiciste? — Lícia continuó. — ¿Desaparecer por la noche?

— Eso no es asunto tuyo.

Me saqué la vía del brazo y me levanté. Por un segundo me sentí mareado, pero no dejé que eso me detuviera.

— ¿Qué tenemos del caso? — Hablé directamente con Álvaro.

— Nada — confesó con cierto pesar.

— ¿Cómo que nada?

— Hubo una avería en los paneles de control. Fue rápido y se arregló en menos de diez minutos — explicó Álvaro. — Hicieron la ronda para asegurarse de que no pasaba nada. No fue hasta por la mañana, cuando fui a su habitación para ocuparme de otro problema, que descubrí la atrocidad.

— Y la ruptura ocurrió justo después de que las cámaras te grabaran saliendo de la habitación — Lícia interfirió.

— Si insinúas una vez más, hermana mía, que yo hice esto, olvidaré lo agradecida que te estoy.

Lícia dio un paso atrás, dolida.

— No te estoy acusando. Te estoy dando los hechos para que saques lo mejor de ellos — dijo, con la voz quebrada. — Álvaro cerró la habitación y puso a dos hombres delante para que nadie se enterase. No es que nadie se atreva a exigirte explicaciones, pero hoy en concreto tenemos invitados que nos abandonarán en cuanto se filtre este embrollo.

— ¡Maldita sea! — maldije, finalmente conmocionado por la muerte de la chica con la que me había estado tirando durante tres meses. Mi exclusiva, que llevaba mi piedra al cuello y con la que me había exhibido la noche anterior.

Eso, aunque no tuviera la fuerza para hundirme, sacudiría mi negocio, quebraría la fe que los socios tenían en mí, socavaría la idea de seguridad que habíamos creado para el local. Si alguien tenía la osadía de entrar en mi habitación y matar de forma sanguinaria a la chica con la que estaba teniendo sexo, en mi cama, era porque nuestra seguridad no valía nada.

— Quiero a todos los posibles implicados en la seguridad de esta mañana — ordené. — Y quiero un culpable. ¡Mierda! ¡Estaba en mi puta habitación! Quienquiera que haya hecho esto sabía que yo no estaba allí, porque nadie con su salud mental en orden entraría en mi habitación, sabiendo que poseo un arma y tengo fama de no fallar mi puntería.

— Ese es el problema, Jean — Álvaro se colocó como un soldado, tenso y listo para la guerra. — No hay nada que nos lleve a otro que no seas tú. Y si no has sido tú, tenemos que averiguar qué coño ha pasado.

— Si me permites un consejo, hermano — Lícia se acercó, sumisa, sin la audacia de antes. — Nadie fuera de nuestro equipo puede saber lo que pasó. Si los miembros sospechan... y sobre todo porque le ocurrió a alguien bajo tu cuidado y en tu habitación, se acabó. Tienes tratos que cerrar hoy, ¿lo has olvidado? Tratos que no podemos permitirnos perder.

— ¿Y qué quieres que haga, enterrar a Scarlett en una grieta de la pared?

Ella levantó una ceja como si eso fuera una buena idea. De hecho, la idea más viable por el momento.

— ¡Estás loco!

— Tiremos el cuerpo al mar — sugirió Álvaro. — Una acción cautelosa, lejos de miradas indiscretas. Le daremos sepultura en el mar, Jean. Nadie sospechará. Tenemos paquetes que salen hoy de la isla. Puedo organizarlo todo.

— ¡Carajo!

Me negué a aceptar la única alternativa que teníamos. No era justo. Ni siquiera era humano. Sin embargo, yo no era conocido por mi humanidad y no podía empezar ese viaje con ese caso.

— ¿Y qué justificación daremos cuando Scarlett ya no aparezca?

— Que está jubilada — sugirió Álvaro.

— Nadie va a creer eso — replicó Lícia. — Además, la desaparición de nuestra mejor prostituta también podía ser un problema para el negocio. Scarlett era rara, mítica, deseada por todos los hombres que entraban en el salón principal. Digamos que cae enferma, entonces intentaré buscar yo misma una chica que la sustituya a los ojos de los hombres que no pueden tenerla porque es su exclusiva, mi hermano.

— No hay nadie como Scarlett — decidí, seguro de que tratar de engañar a los socios sería un tiro en el pie. — Mejor decir que cayó enferma y luego anunciar su muerte. Es más fácil tener un cadáver falso en un ataúd que una mujer que pueda hacer lo mismo que ella.

— ¿Y si a las chicas y a los socios les asusta la idea de que haya caído enferma aquí? ¿Y si los demás quieren visitarla? No. — Lícia se deshizo de mi posición. — Scarlett necesita aparecer una o dos veces más. Luego, de forma natural, presentar su jubilación y dejar la isla. Eso nos mantendrá en el camino.

— Poner una chica nueva entre las otras dejará claro que Scarlett ya no está aquí — advirtió Álvaro.

— Las putas son nuestras empleadas. Les diremos que Scarlett ha huido y también amenazaremos a quien diga la verdad — Lícia completó su plan.

Los tres permanecimos sentados en silencio más tiempo del que yo podría soportar en un día normal, pero lo cierto era que, aunque todo aquel plan me revolvía el estómago, Lícia tenía razón. La muerte de Scarlett, de la forma en que ocurrió y en esas circunstancias, destruiría lo que se había convertido en la niña de mis ojos durante el último año.

— Está bien, yo di la última palabra. — Asegúrate de que Scarlett tenga un entierro decente, Álvaro. No dejes que nadie más que nosotros sepa lo que pasó, pero quiero atrapar al

bastardo. No me rendiré. Lo mataré yo mismo. Y es una orden.

— Como quieras, Jean.

Mi ayudante abandonó la escena en el mismo momento, pero mi hermana se quedó. Yo no quería que se quedara. Sin embargo, tenía una deuda con ella. Fue Lícia quien se aseguró de que Álvaro me encontrara cuando Joel intentó matarme al enterarse de que yo amaba a su mujer. También fue ella quien arriesgó su propia vida al alejar a Giulia y Matheus de nuestro hermano.

— ¿Qué pasa, Lícia? ¿Vas a continuar con el interrogatorio?

— No, no voy a seguir. — Ella sonrió y bajó la cabeza, sumisa de una manera que yo sabía que no lo era. Sólo quería entender por qué bebías tanto... — Sólo quería entender por qué bebías tanto. ¿Por qué dormiste en el barco?

— Porque quería.

La dureza con que hablé la hizo estremecerse. Lícia estuvo de acuerdo.

— ¿Puedo pedirle a Flavia que comience la búsqueda de la chica que reemplazará a Scarlett?

— Sí, buena suerte con eso.

— La necesitaremos. Buen trabajo hoy.

— Gracias.

Mi hermana salió de la habitación y yo no pude hacer lo mismo. Aunque el deber me llamaba, me obligaba a actuar. No podía salir de la habitación de Álvaro y fingir que no había sucedido.

Tenía que encontrar al asesino, pero lo que nadie sabía era que yo no recordaba nada desde que la lancha rápida atracó en mi muelle privado y que, de alguna manera, existía la posibilidad de que la bestia que habitaba en mi interior se hubiera escapado mientras yo me hundía en la inconsciencia.

7

HEIDI DOS MESES DESPUÉS

— ¡Perfecto, Heidi!

La Sra. Lu Pires, propietaria de la exclusiva empresa de exposición de ropa de alta sociedad, me felicitó en cuanto aparecí entre bastidores.

Aquella mañana teníamos tres desfiles de moda para diferentes minoristas. Cada modelo presentaría dos cambios de ropa, pero la Sra. Lu Pires quería que yo mostrara dos conjuntos más, lo que significaba que trabajaba el doble y ganaba lo mismo. Aun así, me esforcé al máximo por conservar el mejor trabajo que pude encontrar en Pelotas.

Aquella empresa era tan exclusiva que venía gente de todo Brasil para hacerse con las prendas de sus tiendas. Sin embargo, no todos los días tenía trabajo, así que los días que no había desfile, servía café en una encantadora librería del mejor centro comercial de la zona.

Con los dos sueldos juntos pagaba los gastos de los bebés y me sobraba para pagar las medicinas de Ayla, pero no llegaba ni de lejos. Para ser sincera, aunque su cuerpo no hubiera aguantado diez veces más de lo que el médico había establecido, yo no habría reunido esa cantidad.

Y cada día sentía el mismo miedo, el mismo dolor y la misma desesperación. Ayla estaba callada, a diferencia de Lorenzo, pero el pediatra me aseguró que era normal. Le hacíamos pruebas con regularidad y nada apuntaba al principio del fin. Aun así, no tenía paz. Me dormía y me despertaba haciendo cálculos, planes, buscando soluciones.

Mi madre organizaba rifas semanales y todo el dinero iba a parar a los ahorros. También creamos una página de donaciones, publicitamos cómo lo habíamos conseguido y pedimos ayuda de todas las formas posibles, incluida la presentación de una demanda para que el gobierno liberara el medicamento lo antes posible. Sin embargo, la verdad era que Ayla no encajaba en la urgencia. Con dos meses, mi hija era una niña tranquila. A pesar del diagnóstico, la enfermedad no se manifestaba, y eso hizo pensar al gobierno que valía la pena esperar.

Por supuesto, no decían eso. Afirmaban que cada año nacían entre cincuenta y sesenta bebés con A.M.E., es decir, que la lista era larga, con niños en peor situación y que necesitaban con más urgencia la costosa medicación.

La señora Bertha, mi madre, no me presionó, pero tuvimos aquella conversación durante nuestra primera semana en Pelotas. Fue directa al grano.

— ¿Y el padre de los niños?

— Ha desaparecido en el mundo — comenté sin mirarla. Sus manos estaban ocupadas cambiando pañales y sus pensamientos estaban en modo bloqueo total. No podía recordarle. Piensa en él.

— Heidi, hay una posibilidad...

— Se ha ido, te lo dije. Además... era pobre. No aportaría nada.

Ella dejó el tema, pero yo sabía que nada podía engañar a la Sra. Bertha. Cuando Jean me

besó por primera vez, cuando me llevó a su cama, ella me abofeteó en la cara al día siguiente. Me preguntó si era idiota, si no sabía lo que les pasaba a las mujeres de esa familia, si quería meterme en ese mundo.

Pero a los diecinueve años, yo era un idiota. Y luego me convertí en un idiota enamorado. Sabía lo que pasaría, sólo que no quería escuchar. Así que no había razón para que volviéramos a ese mundo. Tomaríamos la medicación, Ayla estaría bien y seguiríamos con nuestras vidas.

— Mañana vamos a tener un evento... — dijo la señora Lu Pires, en ese tono bajo suyo, susurrando la invitación. Sonreí amablemente.

— Gracias, señora Lu — volví a decir, como hacía siempre que ella intentaba introducirme en aquel mundo. — Pero tengo que cuidar de mis hijos.

Todos sabían que necesitaba una medicación muy cara, que mi hija podía desarrollar la enfermedad en cualquier momento. No lo mantenía en secreto, al fin y al cabo, había rifas todas las semanas, donaciones por Internet, y cuantas más personas ayudaran, más posibilidades tendríamos.

Por eso doña Lu Pires hacía esa invitación de vez en cuando. Apenas dos meses después de dar a luz, mi cuerpo se había recuperado y transformado. Las curvas que ya existían se acentuaron, los pechos grandes no se achicaron y ni siquiera amamanté. Mi vientre era tan plano que pocos podían creer que dos bebés hubieran estado antes en su interior.

Y estaba guapísima, lo que hacía que los ojos de los clientes se agrandaran. Y como estaba desfilando, sólo era un paso a la siguiente etapa. Sobre todo porque necesitaba dinero rápido y fácil.

Fácil.

Eso es lo que me decía. Como si fuera fácil convertirse en una puta para esos cabrones que me usarían como a una muñeca por la friolera de quinientos reales. Si aún eran quinientos mil... Pero confieso que todos los días, cuando comprobaba mi cuenta de ahorros y me daba cuenta de que no conseguiríamos el dinero a tiempo, pensaba en decir que sí a aquella invitación.

— ¿Estás segura? — insistió ella, y eso no había ocurrido nunca. — Tengo a alguien muy interesado.

Me quedé callada un segundo. ¿Qué diría mi madre? ¿Y si no se lo decía? ¿Y lo aguantaría? Sí, lo aguantaría todo con tal de salvar a mi hija, pero aquella invitación, la cantidad tan irrisoria en relación con lo que aún necesitábamos, me devolvió a la realidad.

— Gracias, Sra. Lu, pero no puedo.

— Está bien, cariño.

Me dejó sola para que devolviera la ropa al perchero, me pusiera mis vaqueros raídos y mi camiseta básica y me dirigiera a casa. Y con cada movimiento, me preguntaba si debía negarme. ¿Cuántas invitaciones me había perdido? ¿Cuántas se me habían escapado? ¿Cuántas tendría que aceptar para compensar la diferencia?

— Adiós, Heidi. — se despidió otra chica que también participaba en el desfile y que siempre preguntaba por mi hija, cuando me vio llevar la bolsa.

Fue una de las pocas que recibió la invitación, pero aceptó. Por eso supe que ese día no me acompañaría a casa.

Mi bicicleta estaba fuera, sujeta por una cadena. Podía coger el autobús o volver a casa andando, pero preferí la bicicleta, ya que era mi única actividad física del día. Con las costillas aún recuperándose, no podía volver a los tejidos. Y tampoco había ningún sitio donde entrenar. Aquella era una parte de mi pasado que permanecería oculta, guardada, hasta el día en que volviera a ser libre.

Tras cuarenta minutos de pedaleo, tomando la ruta más larga pero más segura, llegué a casa con la tarde en sus últimos momentos. Abrí el portón, metí la bici adentro, la volví a trabar con la cadena, donde estaba el auto de mi madre, el mismo que había decidido poner en venta esa semana, a pesar de que lo necesitábamos para llevar a los bebés al médico y viajar todos los meses para que el doctor Ezequiel continuara sus estudios y su equipo pudiera acompañar a Ayla.

— ¿Heidi? — gritó mi madre desde el interior de la casa, incluso antes de que diera señales de que había vuelto. — Enciende la luz de la zona cuando entres.

— De acuerdo — susurré.

Entré en casa, encendí la luz exterior y vi a mis hijos, ambos en sus cochecitos, en medio del salón. Sonaba música infantil. Mi madre entró en el salón para saludarme. Llevaba un paño de cocina colgado del hombro y parecía cansada.

Era una vida difícil. Con dos trabajos y tantas exigencias que cumplir, no dábamos abasto. En dos meses, la señora Bertha parecía haber envejecido cinco años. Incluso las canas empezaban a mezclarse con sus cabellos dorados.

— ¿Cómo te fue hoy?

— Genial. Traje el dinero. La mitad irá a los ahorros — le dije.

— Lo haré mañana. Lo haré mañana. Ni siquiera te desmaquillaste.

— No había tiempo. Me lo quitaré en la ducha. Y pondré el dinero mañana antes de mi cita en la cafetería.

— Como quieras — dijo, pero no salió de la habitación.

— ¿Y los niños?

Me acerqué a mis hijos, que permanecieron indiferentes. Lorenzo levantó las manos y los pies, como si estuviera suelto en el universo y se aventurara a explorar la sensación. Ayla, callada, no se movía en absoluto, sólo miraba al techo. Me atormentaba.

— ¿Cuánto tiempo lleva así? — susurré, con los ojos fijos en mi hija.

Mi madre se acercó y miró a Ayla por encima de mi hombro.

— Casi todo el día. Se mueve mucho. No como Lorenzo, pero se mueve.

Cerré los ojos y me obligué a tragarme todas las lágrimas. No tenía sentido llorar. Si hubiera aceptado la invitación, al día siguiente tendría otros quinientos reales para ingresar en mi cuenta de ahorros.

— Hay un pediatra mañana, Heidi. Ya sabes lo que dijo la Dra. Rosana.

— Sí. Cada niño se desarrolla a su tiempo. Ya lo sé.

— Hasta ahora no hay nada de qué preocuparse. Ve a bañarte, la cena está casi lista.

Y eso es lo que hice. Sin tomar a los niños en mi regazo, aunque quería. Nunca los tocaba cuando llegaba de la calle, pero aquel día en concreto, quería sacar a Ayla del cochecito y cogerla en brazos hasta creer que no pasaría nada.

Pero no fue así.

— Están bien, Heidi — nos aseguró la doctora Rosana con una sonrisa natural en la cara. — Lorenzo es un niño rápido — se rió, yo no, a pesar de que me encanta todo de mi hijo.

— Pero doctora, ayer no se movió mucho.

— Es normal. Sólo tiene dos meses. Mire, mueve los dedos de las manos y de los pies, sus ojos se interesan por lo nuevo. Sé que debemos preocuparnos — se rindió por fin. — Es una enfermedad silenciosa, así que...

Mi madre cerró el pañal de Lorenzo y recogió su ropa mientras yo me sentaba frente al médico y mantenía a Ayla a mi lado en el cochecito.

— Vamos a hacerle unas pruebas, ¿vale? Con el SUS es más complicado, tardan un poco en darles el alta y en conseguir plaza, pero harás lo que puedas. Mientras tanto, dale todos los estímulos posibles, como ponerle juguetes de colores encima para que se interese en cogerlos. Así será más fácil identificar cuándo tu hijo quiere, pero no puede, o cuándo simplemente no quiere.

— ¿Y lo fácil que será? Ayla apenas llora — dije, tan insegura como cuando entré.

— Los niños lloran cuando quieren algo. Es su forma de expresarse.

— No pasa nada.

Pero no lo era. Podía ser cierto lo que decía la doctora Rosana, pero también podía ser sólo falta de atención o intimidación con un bebé al que veía una vez al mes. No había forma de saber cuándo la enfermedad comenzaría su maldición, cómo se revelaría.

— Caca, pis, comida, todo según la edad — continuó. — Lo que significa que todo en su interior sigue la corriente.

No dije nada más. El médico me dio mis instrucciones, me mantuvo con leche de fórmula ya que no estaba amamantando, y luego se despidió con la instrucción de que reservara mi cita de regreso para el próximo mes.

Apática, seguí el protocolo. Reservé la cita, me dieron las indicaciones para la prueba y nos dirigimos al centro comercial donde trabajaba. Mi madre se quedaría con los nietos y los cuidaría hasta que yo volviera.

— Sé que no quieres hablar de ello — comenzó. — Pero quizá ha llegado el momento de buscar a papá.

— ¿También te parece extraño que Lorenzo esté tan desarrollado y Ayla no? — pregunté con ansiedad.

Hasta entonces, la idea sólo podía haber sido fruto de mi mente llena de miedos y demonios, pero cuando mi madre mostró la misma preocupación, fue como si se volviera real, concreta, palpable.

— No lo sé, Heidi — confesó. — Pero no quiero pagar para ver, así que si su padre...

— Su padre no es nadie, mamá — dije. — Y desapareció en el mundo, ¿lo has olvidado?

— Así que es hora de conseguir ese dinero de otra manera.

— ¿De qué manera?

— Puedo volver a trabajar con la familia Kuhn y ellos...

— ¡No! — dije con firmeza, lo que, sabía, reavivaría su idea. — ¿Cómo vamos a cuidar de los niños si vuelves a trabajar con ellos? — Fue la primera idea que me vino a la cabeza. — Además, son seis millones. Licia te echará a la primera conversación. ¿Qué crees que exigirían a cambio? Porque nadie en esa familia hace nada gratis, ¿lo has olvidado? Todo tiene un precio, mamá. Y seis millones es un precio demasiado alto.

Sobre todo para salvar a una niña, del sexo débil, que no tenía ningún valor para esa familia. Así que fue no. Ninguno de los Kuhn sabría que yo tenía hijos. Sólo tenía que... empezar a aceptar las invitaciones de la Sra. Lu Pires y quizá, con suerte, encontraría a alguien dispuesto a pagar más.

8

HEIDI

— ¿Heidi? — exclamó la clienta como si hubiera leído mi nombre en la placa de identificación pegada a mi uniforme y se hubiera sorprendido. — Es usted de verdad.

Dijo, pero no preguntó, lo que me obligó a levantar la cara y mirarla. Al principio me fijé en su cara bonita, bien maquillada, enmarcada por un pelo sedoso e hidratado. Todo en la mujer indicaba dinero. Luego, cuando sonrió y la imagen de cliente de alto nivel se desvaneció, la reconocí.

— ¿Nilda?

— ¡Shiii! — dijo riendo. — Ahora es Rebeca.

— Rebeca — repetí con una sonrisa.

El cambio de nombre no me sorprendió. Yo misma había vivido como Jade durante ocho meses y sólo volví a ser Heidi porque mi madre insistió en llamarme así, además, por el trabajo y los bebés, usaba mis documentos todo el tiempo, así que nadie conocía a Jade, y yo volvía a ser la joven Heidi, pero ya no tonta y menos enamorada.

— No puedo creer que seas tú — dijo feliz. — ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Tres años?

— ¡Hum! Creo que sí.

Nilda, o Rebeca, estudió conmigo. Nunca fue buena estudiante, pero no podía juzgarla. Terminé mis estudios porque mi madre me lo exigía, pero viviendo entre los hombres de la familia Kuhn, respirando aquel universo, el estudio era lo que menos me importaba.

Fuimos amigas hasta que terminamos el colegio y ella decidió que iba a buscarse la vida, pero no iba a ser una chica cualquiera. Soñaba con ser modelo. Era lo suficientemente guapa como para hacerlo, pero sus padres no querían, así que en cuanto encontró la oportunidad, Nilda, o Rebeca, se escapó. No he sabido nada de ella desde entonces.

— ¿Cómo está? — preguntó, con los ojos puestos de nuevo en la pequeña placa con mi nombre, como si no pudiese creer que yo estuviese allí, en aquella vida perdida en Pelotas, como dependienta de una cafetería.

— Estoy bien, ¿y tú?

— Sí, estoy bien. Vine... a visitar una empresa. En realidad, vino mi novio, y yo sólo lo acompaño. ¿Tienes tiempo para un café?

Miré a mi alrededor para asegurarme de que sí, que podía sentarme con Rebeca y charlar un rato. A esas horas no subía nadie al café, el centro comercial no tenía tráfico, sobre todo dentro de la librería. Así que sentarme con una amiga y dejar a un lado mis problemas sería una gran opción.

— Por supuesto. ¿Qué desea? Haz tu pedido, te lo traigo y hablamos.

Rebeca eligió un café sencillo, sin azúcar ni edulcorante, y rechazó el sequilho que le

ofrecimos para quitarle el amargor. No eligió nada para comer. Se fue a la mesa más alejada, aunque todas las demás estaban vacías. Preparé el café con el pequeño colador que hacía el proceso tan elegante y se lo llevé a la mesa.

— Estás estupenda — le dije. — Dime algo bueno, ¿por el amor de Dios! Dime que te dedicaste al modelaje y que hoy estás viviendo lo que siempre soñaste.

Me dedicó una sonrisa extraña, vertió agua hirviendo de la tetera pequeña sobre el polvo del colador y esperó.

— Seguí el modelaje — confirmó con sencillez. — Y tengo un novio que me cuida mucho.

— Es maravilloso recibir buenas noticias de vez en cuando. — Me relajé en mi silla.

— Y trabajas aquí.

— Desfilo unos días a la semana — revelé.

— ¿De verdad? Nunca pensé que quisieras ser modelo.

— Y no lo soy — reí. — En realidad, desfilo para un distribuidor exclusivo. Es más bien para lucir la ropa y que me quede bien.

— ¡Hum! Qué interesante. Eres preciosa, Heidi. ¿Qué edad tienes ahora? ¿Veintidós?

— Veintiuno.

— Ah, es verdad. Eres más joven que yo — se rió. — ¿Así que desfilas y trabajas aquí?

— Ya está.

— Pero parece que nada de esto es lo que deseabas.

Rebeca dio un sorbo a su café mientras me observaba suspirar. No, no era lo que yo quería. Era muy diferente a todo lo que había idealizado para mí. Sin embargo, mi vida ha pasado de ser mis sueños a ser mis miedos desde que nacieron los bebés.

— No es así — admití. — Pero hablemos de ti. De cosas buenas.

— ¿Qué te pasa, Heidi?

Rebeca me cogió de la mano, lo que de algún modo derribó el muro que se había levantado frente a mí y me impidió comportarme como alguien que acepta la derrota y lamenta el fracaso.

Miré a la chica. Demasiado guapa para alguien que vivía para las peleas. Bien arreglada. Maquillaje impecable, ropa cara y elegante. Rebeca era la imagen perfecta de alguien que no tenía que preocuparse por la vida. Incluso sus modales, su manera educada de comportarse, la calma de sus acciones... había cambiado.

— Tengo dos hijos — revelé, obligándome a sonreír. — Gemelos.

— ¿De verdad? Dios mío, debe de ser delicioso y desesperante al mismo tiempo. Quiero decir... no tengo intención de tener hijos, no ahora, pero ¿a quién no le gustan los niños? Eso explica tu apatía.

— Por eso tengo dos trabajos — le expliqué.

— Me pregunto. ¿Y el padre?

¿Por qué todo el mundo preguntaba por el padre cuando una mujer decía que tenía hijos?

— Desapareció en el mundo antes de saber que iba a ser padre — mentí. Me soltó la mano y me miró como lo hacían todos cuando contaba aquella historia.

— Lo siento mucho. Debe de ser muy difícil.

— Sí, pero mi madre me ayuda y yo... hago lo que puedo.

Rebeca se mordió el labio y apartó la mirada. Dio otro sorbo a su café y, cuando me devolvió la taza, me miró con determinación.

— Pero eso no es todo, ¿verdad? Te conozco, Heidi. Éramos grandes amigas. Hicimos

planes. Soñábamos juntas. Y conozco la forma en que tus ojos se humedecen y luchas contra tus propias debilidades.

Me eché a reír. Hacía tanto tiempo que no experimentaba una amistad que había olvidado lo que era tener cerca a alguien que me conocía tan bien.

— Mi hija, Ayla, tiene una... enfermedad rara.

— ¡Ay!

— ¿Has oído hablar de la A.M.E.?

— Sí, lo he oído — dijo con resignación. — Mucha gente habla de ello en las redes sociales. Siempre hay alguien pidiendo ayuda para conseguir el dinero para comprar la medicina más cara del mundo. Sí, sé lo que es y puedo imaginar su desesperación.

— Sí, sólo tiene dos meses. El gobierno le ha negado la medicación porque aún no ha desarrollado la enfermedad.

— ¡Qué absurdo!

— Realmente absurdo. ¿Cómo pueden querer que mi hija se ponga enferma primero para que pueda hacer cola? Eso es...

— Desesperado — añade. — Así que estás intentando recaudar dinero para comprar la medicación. Es lo que hacen la mayoría de los padres — explicó mientras afirmaba la verdad.

— Lo hago, pero no es fácil. Son seis millones, Rebeca, yo no tengo ni la sexta parte.

— Lo comprendo.

Volvió a pensarlo mientras sorbía su café. Era como si esperara que le pidiera ayuda, después de todo, delante de mí había una chica que demostraba tener una buena posición económica. Sin embargo, nunca lo haría. Si Rebeca quería hacer un donativo, le daría los datos del fondo online, pero sólo si ella quería.

Nunca me aprovecharía de una amiga a la que no veía desde hacía años. Además, eran seis millones, no seis mil. Y Rebeca, por muy buena cara que tuviera, desde luego no era alguien que fuera a abrir la caja fuerte y entregarme el dinero como si no lo necesitara. Pocas personas podían hacer eso. Y una de ellas... prefería las invitaciones de doña Lu.

— Y esta empresa que organiza los desfiles de moda, ¿cómo funciona? — quería saber.

— ¡Hum! Tienen exclusividad con marcas importadas. Así que reciben las prendas y las modelos las desfilan para que los dueños o representantes de las tiendas elijan. Está bien y pagan mejor que sirviendo café.

— Pero podrías ganar más. Eres hermosa, Heidi. No parece que acabes de tener un hijo. Niños — se corrigió con una risita. — Tu cuerpo es... perfecto. Yo me mato a dieta para mantener el mío y... ya sabes.

— Bueno, no puedo hacerlo mucho mejor. No todo el mundo tiene la suerte de tener una carrera de éxito como la tuya, ¿verdad? Mírate, Rebeca — hice hincapié en el nombre que había elegido para reiniciar su vida y mi amiga sonrió. — Estás estupenda.

— No es así. Hago algunas fotos, pero... es complicado.

— Sí, imagino que lo es.

Y en ese momento, me hice una idea de lo complicado que debe ser para ella. Si conmigo, en un pueblo pequeño, desfilando para una compañía de actores, llegaban las invitaciones, con Rebeca tenía que ser aún más incisivo.

— No, no tienes ni idea — dijo con seriedad. — Yo... no debería hacer esto, Heidi, pero quiero ayudarte. De verdad que quiero. Lo que voy a decirte puede que te ayude a conseguir el dinero, pero ¿quién te dice que sea la cantidad total? Porque son seis millones, pero... nunca me perdonaría si te lo ocultara.

— ¿De qué estáis hablando? — susurré, porque de repente ésa era nuestra forma de hablar, como si un poderoso secreto estuviera a punto de ser revelado y todo fuera a cambiar en mi vida.

Rebeca se acercó, volvió a sujetar mis manos sobre la mesa, respiró hondo y comenzó su relato.

— Cuando huí de Florianópolis, me fui a São Paulo. Si quería una oportunidad como modelo, aquel era el lugar. Pero la verdad es que una carrera de modelo tiene que empezar muy pronto y yo ya estaba considerada por encima de la media. Conseguí algunos trabajos, hice algunas cosas... lo básico. Entonces conocí a alguien. No te alarmes por lo que voy a decirte, Heidi. ¡Eres hermosa! Con los cuidados adecuados, tendrías más poder.

— ¿De qué estás hablando?

— Hay una escuela de "modelos" — subrayó "modelos" y enseguida supe a qué se refería. — Es discreta, selectiva y sólo acepta a las mejores, las que saben que darán fruto.

— ¿Como modelo?

Rebeca sonrió con ironía.

— Como damas de compañía, Heidi.

— ¿Quieres decir... prostitutas?

— No. Somos damas de compañía. Esta escuela te enseña todo lo que necesitas para entrar y salir de todos los lugares donde circula el dinero. ¿Lo ves? — hizo un gesto con las manos para mostrármelo. — Te convierten en la mujer ideal. Luego te convierten en agente. Encuentran a un hombre con dinero que esté dispuesto a cuidar de ti. Es un contrato meticuloso, confidencial y no hay riesgos. Mi novio...

— Es el hombre que te cuida.

— Así es. Es un acuerdo. Él es... generoso. Va más allá de lo que dice el contrato, así que recibo mucho dinero, joyas, incluso tengo un coche increíble que me regaló por mi cumpleaños. A mi nombre.

— Pero te acuestas con él — le dije. Porque eso no era más que una forma embellecida y romántica de tratar la prostitución.

— Por supuesto — sonrió. — Pero no a todas las contratan para eso. A algunos tíos. Algunos tipos ricos que tienen problemas por su dinero, pagan para hablar contigo, para exhibirte. Pero la verdad es que los que quieren sexo pagan más, dan más.

— ¿Por qué me dijiste esto?

Quité mis manos de las suyas y no tuve el valor de enfrentarme a ella. Desde la noche anterior, cuando no podía dormir porque no paraba de vigilar que mi hija respirara, me había hecho a la idea de que aceptaría las invitaciones de la señora Lu. Otras veces me he acostado por menos. Por amor, por desesperación, por necesidad. Tener sexo por dinero sólo cambiaría el motivo.

Sin embargo, lo que Rebeca me estaba contando era más grande que cualquier plan. Sería una forma más rápida de conseguir el dinero y, quién sabe, tal vez, si había un Dios dispuesto a salvar a mi hija, podría conseguir un hombre lo suficientemente bueno como para darme el dinero o ayudarme con lo que quedara cuando llegara el momento.

Aun así, el dolor de la idea me quemaba en el pecho. No por el sexo, sino... porque tenía que ser así.

— Quiero ayudarte — dijo por fin. — Puedo recomendarte esta escuela. No es barata.

— ¿Tendría que pagar?

— Sí. Es una escuela de modales. Aprenderás etiqueta, a comportarte, a vestirte, a

maquillarte y hasta todo lo relacionado con el sexo para asegurar tu éxito.

— Rebeca... te lo agradezco, pero... no puedo dejarlo todo e irme a São Paulo. No puedo tomar nada del dinero que ahorro para comprar la medicina porque parte de ella es donada. No sería correcto hacer eso.

— Comprendo. Piénsalo bien. Puedo prestarte el dinero para la escuela, Heidi. Me lo devuelves cuando consigas tu primer contrato. Pero creo que ... tal vez esta es la única salida. Son seis millones. Y el tiempo corre en tu contra.

— Exactamente. ¿Y si hago todo esto y ella empieza a enfermar antes de que yo haya... no sé, terminado de aprender? Y luego está mi madre. Ella preferiría matarme. Dios mío, ya estoy hablando como si eso fuera posible.

Rebeca se rió.

— Es posible. Toma, este es mi número. Si te decides, llámame. Yo organizaré todo lo demás. Estaré en la ciudad hasta mañana. Volvemos a São Paulo en el jet de mi novio, así que ya tienes transporte. Decide y llámame.

Rebeca se levantó, me dio un beso en la cabeza y se fue.

Fue el día más largo de mi vida, no porque tuviera que decidirme, sino porque tenía que convencer a mi madre de que me dejara ir.

Dije que lucharía por Ayla y eso hice.

9

HEIDI

— ¿Estás loca? — gruñó mi madre.

Sabía que no me gritaba ni me pegaba porque los niños dormían al lado en sus tronas. Elegí ese momento para decirle lo que iba a hacer precisamente porque sabía que no podría armar un escándalo.

— Te crié en una casa de criminales, con mujeres que se lastimaban todos los días, con tráfico de mujeres, drogas y armas, y aun así te protegí de todo eso. ¿Para qué? ¿Para que me digas que vas a ser puta?

— Dama de honor — expliqué con calma. — ¿De verdad crees que después de todo lo que he pasado esta es la decisión que voy a tomar sonriendo?

— Esa no es la solución — exigió enfadada. — La niña está bien. El gobierno liberará la medicación en algún momento y podremos seguir con todos los planes.

— ¿Y cuáles son los planes? ¿Lo poco que hemos conseguido reunir gracias a mi trabajo, las rifas y la recaudación de fondos por Internet? Mamá, no vamos a recaudar seis millones así.

— ¿Y crees que lo conseguirás convirtiéndote en vagabunda de ricos? ¿En São Paulo? ¿Tienes idea de lo que estás diciendo, Heidi?

— Es el camino más rápido — repetí. — Voy a ir a esa agencia — dije, porque le había dicho a mi madre que sería una agencia, sin gastos iniciales, y que a través de ella conseguiría un hombre rico dispuesto a mantenerme con lo mejor que hubiera. — Seguiremos como hasta ahora, mamá. Pero podré ahorrar más dinero.

— No estoy de acuerdo.

— ¿Y qué vamos a hacer cuando Ayla ya no pueda respirar por sí misma? La medicina no deshace el daño, sólo detiene su progreso. No podemos esperar que la solución caiga del cielo.

— Y la solución está en tu prostitución — acusó.

— Sí. Porque sería una puta callejera si fuera necesario. Si eso me ayudaba a conseguir la medicación de mi hija lo antes posible, ¡maldita sea!

Me dio una bofetada que me dolió más en el alma que en el cuerpo. Las lágrimas brotaron a pesar de que las combatí de todas las formas posibles.

— Lo que me pides es que mantenga mi dignidad mientras veo morir a mi hija — dije con dolor. — ¿Harías eso si dependiera de mí? No. Porque preferiste la protección de hombres que maltrataban a las mujeres para criarme y protegerme a mí. Hiciste tu sacrificio por mí, ahora yo hago el mío por mis hijos, mamá.

Se levantó del sofá y se marchó. Sabía que la Sra. Bertha también estaba llorando. No era una decisión fácil y sencilla. No era algo de lo que pudiéramos hablar sin dramatismo y sufrimiento. Pero era lo que teníamos. Y aunque mi madre no estuviera de acuerdo, entendía que sería la forma más rápida.

— Has dicho que te van a enseñar — reanudó la conversación. — No se trata de llegar y conseguir el contrato. Eso podría llevarnos más tiempo del que tenemos.

— Me dedicaré a ello, mamá. Aprendo rápido. ¿No pude estar ocho meses en el circo haciendo algo que nunca me imaginé haciendo? Puedo hacerlo. Conseguiré la aprobación, el contrato y el dinero. Por favor, acompáñame en esto. Tendré que irme y los niños...

— Cuidaré de ellos. Cuidaré de ellos. Haré lo que acordamos — me aseguró sin mirarme.

Pasaría mucho tiempo antes de que mi madre volviera a mirarme. Ella necesitaba digerir aquella decisión y yo necesitaba afrontarla.

— Gracias, mamá.

Aquella noche no dormí. Hice la maleta. Al fin y al cabo, iba a volver a ser Jade, iba a cambiar mi vida, mi comportamiento y mi forma de ser. La vida me reconstruiría, esta vez con un propósito mayor. Acosté a mis hijos conmigo y los observé como si necesitara memorizarlos.

Amé a esos niños como nunca había imaginado que podría hacerlo. Cuando pensé que alguna vez me había planteado darlos en adopción, sentí vergüenza. Haría cualquier cosa por ellos. Daría todos los pasos, sacrificaría todos mis sueños.

QUINCE DÍAS MÁS TARDE

Me senté a la mesa y crucé las piernas de la manera correcta. Nada vulgar, nada llamativo. Llevaba un vestido que me hacía parecer una chica criada en Europa por su abuela millonaria. Todo prestado y debidamente contabilizado en los gastos que tendría que devolver a la casa cuando consiguiera mi primer contrato.

Delante de mí, la vajilla exquisitamente decorada esperaba a que la manipulara y me sirviera una taza de té, de acuerdo con todas las lecciones que había tomado y todo el entrenamiento al que me había obligado hasta quedarme sin energía. A mi lado, tres personas me observaban. La señora Clô, mi protectora, como se hacía llamar, una señora de más de sesenta años que mentía diciendo que sólo tenía cincuenta y uno.

Enseñaba de todo a las chicas que acogía en su escuela. Desde el desfile profesional, la etiqueta, la ropa adecuada, el maquillaje e incluso cómo comportarse con cada hombre. Y sí, de hecho tenía un libro organizado con los tipos de hombres que podían conseguir un contrato con la casa y sus gustos. Así aprendimos a tratar con todo el mundo, porque no sabíamos en manos de quién acabaríamos.

El Sr. K. era una especie de mayordomo y también responsable del funcionamiento de la casa. Nos mantenía bajo una estricta disciplina y una sola palabra bastaba para que expulsaran a una niña del colegio. Por eso todo el mundo le temía.

La señora Caty, la cocinera y también la profesora de cocina, al fin y al cabo teníamos que ser perfectas y no sólo diferenciar los cubiertos. En el profesorado también teníamos un entrenador personal y un profesor que nos enseñaba todo tipo de cosas relacionadas con la cultura.

Nos pasábamos el día aprendiendo, formándonos, estudiando, haciendo lo que el Sr. K. exigía, lo que la Sra. Clô organizaba y moldeándonos como muñecas listas para ser vendidas.

Y cumplí mi promesa. Lo di todo. Sacrifiqué todo mi tiempo libre para entrenar y aprender. Agoté mi cuerpo y me convertí en el mejor alumno de la escuela, una promesa, una agradable sorpresa. Por eso estábamos allí, en aquella mesa dispuesta como si estuviéramos tomando el té de las cinco en Londres.

La señora Clô tenía planes para mí, así que habían llamado a Rafael, su único hijo. Me observó mientras servía el té. Captó cada detalle sin mostrar ninguna emoción. Y yo estaba impecable. En todo.

— Háblame de ti, Jade — me preguntó y le dediqué mi sonrisa más amable ensayada. Incluso me sonrojé.

— Soy de Florianópolis y vine a São Paulo para estudiar y probar suerte como modelo — le di mi texto ensayado.

— ¿Y tu familia?

— Sólo tengo a mi madre. Todavía está en Florianópolis.

— ¿Qué planes tienes?

— Bueno... — de nuevo fingí sonrojarme mientras le servía el té y le ofrecía uno de los sequillos, que rechazó sin inmutarse. — Estoy pensando en estudiar moda y hacer carrera en ella.

— Excelente — dijo la señora Clô, rompiendo la burbuja que estábamos creando.

— Para muchos clientes, es la dulce satisfacción de deslumbrar a una chica —dijo Rafael, sin inmutarse. — Pero hay un detalle, y quizá el más importante, ya que quieres recaudar el máximo dinero posible para tu hija.

— Ahora, Rafael, ningún cliente puede saber que ella tiene hijos.

— Pero lo sabrás en cuanto la veas sin ropa, mamá. Dijiste que el parto fue por cesárea, ¿verdad? — Lo confirmé. Sabía que este detalle me causaría problemas cuando la Sra. Clô creó mi personaje sin hijos.

— ¿Qué sugieres? ¿Cirugía estética?

— Sugiero que trabajes más en el lado místico de la chica. Jade está sentada delante de mí ataviada como una muñeca y sólo puedo pensar en lo que hay detrás de esa sonrisa educada. Si la chica acepta contratos de orientación sexual, vende este misterio. Sus hijos, su pasado, su vida, no importará si es alguien que puede ensombrece los pensamientos de los hombres.

— Así que llamemos...

— El Capri, por supuesto — completó el pensamiento de su madre.

Todos en la habitación me miraron. La señora Caty con cierta lástima, pero los demás, como si yo fuera una valiosa joya a punto de salir a subasta.

— Bien, llamemos al Capri — exigió la señora Clô y el señor K. salió de la habitación.

Los Capri eran un matrimonio que prestaba sus servicios a la escuela cuando Rafael identificó entre los alumnos a alguien con más capacidad que la idea de ser un muñeco para desfilas junto a los peces gordos. Como desde que llegué había dicho que necesitaba dinero y que haría lo que fuera para conseguirlo, conocía cada paso que darían y seguiría a medida que progresara.

Por eso el Capri estaría en demanda. La pareja no necesitaba más que unos días para enseñar a la chica todas las artes del placer. Sí, me enseñarían sexo, masajes, seducción y todo lo posible para que encontrara al hombre que cuidaría de mí, pero que también se apegaría a mí de todas las formas posibles y así abriría sus arcas.

Todos saldrían ganando.

Y así, durante quince días estuve en manos del señor Capri, en manos de la señora Capri y muchas veces en manos de ambos, hasta que dieron con la tecla: estaba lista. La casa ya no necesitaba sus servicios.

La Sra. Clô me mandó llamar a su despacho al final del día. Rafael me esperaba junto a ella. Yo era plenamente consciente de lo que iba a ocurrir. Ese era el momento en que comenzarían la búsqueda del hombre que se haría cargo de mis gastos.

— Siéntate, Jade — dijo la señora Clô. — Rafael está aquí porque hoy vais a ir juntos a una reunión.

— ¿Una reunión? — pregunté.

Hasta entonces, el plan había sido concertar reuniones con hombres que se ajustaran a mi perfil, almorzar o cenar y luego elegir la mejor propuesta.

— Sí. Hablamos y tomamos una decisión que casi nunca tomamos — anunció. — Eres valioso y cuando conoces a alguien así, el proceso cambia.

— ¿Qué quieres decir?

— Necesitas dinero, Jade. Mucho dinero. Y rápido. La providencia del universo es que tú vales esa cantidad de dinero — la señora Clô habló a su manera, que no era ni grosera ni cariñosa, técnica, diría yo.

— ¿Y bien? — pregunté, inseguro por el cambio.

— Vamos a hacer una prueba contigo esta noche — Rafael tomó la iniciativa. — Habrá una reunión en un lugar llamado "La Casa".

Había oído hablar del lugar que había sugerido. Algunas de las chicas que formaban parte de la escuela hablaban de lugares donde sólo entraban los mejores y donde iban los hombres más ricos. Era como si la Sra. Clô fuera la élite de la prostitución y "La Casa" el paraíso. Impenetrable para la inmensa mayoría de las chicas.

— ¿Y qué significa que yo vaya allí?

— Que si te aprueban, conseguiremos un excelente contrato — dijo Rafael, sonriendo, como si yo fuera su olla de oro.

Y me esforzaría por serlo.

— De acuerdo — dije.

— Hay un detalle más — reveló la señora Clô. — Uno que casi nadie sabe y que tú necesitas saber.

— Mamá, es mucha presión para ella.

— Pero es importante porque la oportunidad es única.

— ¿Y cuál sería? — Les interrumpí, como no debía, pero no me reprocharon nada.

— Los propietarios del club "The House" celebran hoy esta reunión especial. No lo sabemos con certeza, pero según nuestras fuentes, una persona estará allí y se trata de la única mujer encargada de encontrar lo mejor de lo mejor. Cuando ella selecciona a alguien, esa persona pasa a otro nivel.

— ¿A qué se refiere?

— "La Isla" — dijo crípticamente, pero no me llamó la atención en absoluto. — Y eso es todo lo que sabemos, querida. En tu caso, esfuérzate por ser el elegido. Quizá sea la única oportunidad que tengas de conseguir todo el dinero que necesitas.

Y esa fue mi señal. No hacía falta decir nada más.

10

JEAN

— ¡Quiero putas respuestas!

Grité desde el calabozo del palacio, estratégicamente construido para intimidar a nuestros enemigos. Quien llegara allí como rehén debería tener como última plegaria la gratitud de tener el fondo del mar como hogar definitivo. En ese momento, dos hombres estaban retenidos en habitaciones separadas.

Uno de los míos, el responsable de vigilar la seguridad el día que mataron a Scarlett y que, con gran dificultad, admitió que mantenía relaciones sexuales con una de mis chicas, algo que yo había prohibido y que debería haber sido seguido por todos cuando el sistema falló.

Álvaro, con las mangas remangadas hasta los codos y los puños manchados con la sangre de aquel hombre, intervino cuando quiso. En general, nuestros hombres se encargaban de esa parte y mi subjefe hacía las preguntas, pero en una situación especial, como la muerte de mi compañero, en mi habitación, en una noche en la que nada podía salir mal, se nos iba la olla.

— Se lo dije. No había forma de burlar el sistema — tartamudeó el cretino, con la cara deformada. — Quien lo hizo contrató a un especialista o... era un infiltrado.

— Desde dentro, todo el mundo lo sabe seguro — dije y le hice una señal a Álvaro para que diera a los traidores un poco más de nuestra gentil bienvenida.

Observé sin emoción cómo golpeaban al hombre. Cuando tenía siete años, mi padre me inició en la mafia. Perdí la cuenta de cuántos asesinatos presencié hasta que me dio el primero como regalo de decimoquinto cumpleaños. Antes de eso, recibí todo tipo de formación, desde etiqueta hasta los lugares exactos donde perforar el cuerpo humano para causar más o menos dolor.

Mi padre, monseñor Stefan Kuhn, no era el mafioso de las novelas. Era el tipo legítimo y temible que hacía que la gente temiera respirar mal a su lado. No tenía piedad y a veces creía que se complacía en el sufrimiento. Esto explicaba las constantes palizas que recibía, que él justificaba como parte de mi disciplina.

Joel fue mi héroe durante años. Me animaba, luchaba por mí, me enseñaba para que no me pegaran. Era más mi padre que el propio Stefan. Eso fue hasta que nos hicimos adultos, me convertí en su subjefe en Brasil y mi padre quiso llevarme a Alemania para convertirme en capo allí.

Después de eso, Joel cambió. O quizá la vida lejos de los dominios de nuestro padre, con todo un país a su disposición, le cambió. Sin embargo, el verdadero cambio se produjo cuando Giulia apareció en nuestras vidas. En Brasil, sin la necesidad de una promesa de matrimonio para establecer una unión que beneficiase a la familia, Joel se perdió a sí mismo. Se volvió loco, podría decirse.

Y por eso, aún me despertaba asustado por los recuerdos. No el día que lo maté. Cuando disparé a Joel, ya estaba muerto para mí, pero cuando eligió matarme. Nunca sería capaz de olvidarlo.

— El cabrón no sabe nada — disparó Álvaro cuando el hombre volvió a desplomarse. — ¿Qué quieres que haga?

— Lo de siempre — dije. — ¿Y la otra habitación?

La noche que desaparecí para ver a Giulia, y mataron a Scarlett, hubo otro incidente. Esa isla era nuestro paraíso. Las mercancías entraban y salían fácilmente, contribuyendo al proceso de blanqueo de dinero. Esperábamos cargamentos importantes, incluso demasiado valiosos. No las cosas triviales: armas y drogas, que eran lo que normalmente negociábamos con el gobierno para tener libre acceso. Ese era el cargamento que íbamos a negociar con gente importante y se perdió, desapareció, sin que nadie pudiera explicar por qué.

Pues bien, todas las desgracias del mundo se me vinieron encima cuando decidí que valía la pena visitar a una mujer que nunca me había amado y que vivía feliz con el hombre que había elegido.

Los diamantes obtenidos de las minas ilegales que conservábamos fueron idea de Joel, que no tuvo tiempo de realizarla, así que yo la perfeccioné y la apliqué. Fue otra fuente de riqueza que hizo que mi padre y muchos de nuestros aliados me admiraran. Pero justo cuando estaban satisfechos con mi gestión, nuestros enemigos intentaron sabotearla.

Era una de esas que teníamos en la otra habitación. Dos situaciones jodidas entre manos y ambas sin resolver. Uno de los miembros de la Yakuza, la mafia japonesa, capturado en nuestro territorio, primero trató de disuadirnos afirmando ser un simple comerciante de productos falsificados que trataba de ganarse la vida en Florianópolis, pero no necesitábamos una investigación exhaustiva ni a nadie para entregarlo. La Yakuza, activa en Brasil, tenía por tradición marcar a sus miembros como ganado.

Desde entonces, seguro de que no había forma de engañarnos, pero también de que no habría piedad en nuestras manos ni en las de los miembros de su propia familia, el hombre guardó silencio. Un verdadero kamikaze. Y, no puedo mentir, me enorgullecía ver cómo esperaba la muerte con tanta dignidad. Había pocos hombres que no abrieran la boca, aunque eso significara morir rápidamente.

Sin embargo, era el hombre que teníamos para averiguar dónde habían ido a parar mis diamantes y yo los necesitaba, ese cargamento en concreto, para que el vicepresidente de los Estados Unidos, y por tanto nuestros aliados allí, pudieran ultimar el negocio de la droga que venderíamos aquí. Además de, por supuesto, quitarme a mi padre de encima.

— ¿Y la otra? — preguntó Álvaro nada más salir de la primera celda.

— Ese se queda un poco más. Vamos a por su familia.

— Pues muy bien.

Antes de salir de las mazmorras, oímos el disparo que, sin duda, había eliminado a nuestro soldado que había desobedecido las normas y, como consecuencia, me había dejado un tremendo dolor de cabeza con el que lidiar.

— ¿Dónde está Flavia? — pregunté en cuanto ganamos el pasillo por el que no pasaban los miembros. Aquel día, a mitad de semana, poca gente disfrutaba de nuestro alojamiento. Debía ser un día tranquilo.

— En São Paulo. Lícia le dijo que estuviera en el baile de esta noche para ver si encontrábamos un sustituto.

— Necesitaba a Flavia aquí — maldije mientras cerraba la puerta del despacho tras de mí y me topaba con mi hermana.

Licia, sentada en el sillón como quien espera a ser atendida después por el dentista, me miró con cara de pocos amigos.

— ¿Qué haces aquí, Licia? Ya te he dicho que no quiero...

— Lo sé — me interrumpió. — No te gusta que aparezca, pero como Flávia está en São Paulo...

— No por orden mía — gruñí. Ella miró mal a Álvaro, pero él no se acobardó.

Se comportaban así desde que eran niños. Licia era mayor, pero en presencia de nuestro primo actuaba como si fuera la más joven.

— Flavia tiene que encontrar a su sustituta cuanto antes — advirtió.

— Por orden mía — volví a enfatizar, para detenerla.

Desde que me salvó de la muerte, mi hermana actuó como si pudiera dirigir nuestro negocio junto conmigo. Y no pudo. No por mí, sino por la familia, por lo que era la *Ndrangheta* y también por las decisiones de nuestro padre. Una mujer nunca estaría a cargo del negocio. Las mujeres en nuestra familia eran adornos, objetos de intercambio.

Así ocurrió con mi hermana cuando mi padre la casó con el hijo de un socio, un magnate brasileño que invertía y cooperaba con nuestro negocio. En aquella época, demasiado joven para mi gusto, Licia no tenía elección, pero todo el mundo sabía que mi hermana se sentía rebajada y humillada.

Con tantos hombres importantes entre nosotros, con cargos superiores, nuestro padre había elegido aquella prisión para ella. Un matrimonio con un hombre que le era infiel, que no se preocupaba por ella y que, con los años, al darse cuenta de que no tenía salida del ambiente en el que estaba envuelto, empezó a subyugarse a ella.

Porque Licia era demasiado joven cuando se casó, pero nunca fue tonta ni manipuladora. Era ciertamente obediente, hasta que reconoció su poder sobre el marido y después, cuando imaginó que, salvándose, tendría el mismo sobre mí.

— Las chicas — dijo, un poco menos altanera. — Están agitadas. Después de enterarse de lo ocurrido a Scarlett, quieren abandonar la isla — advirtió.

— Tienen contratos — dijo Álvaro sin inmutarse, consciente del asunto y de cómo resolverlo. Por eso necesitaba a Flavia en la isla cuanto antes. — Y se les impide hacer pública la situación. Hasta entonces, ningún miembro ni forastero sabe lo que ha pasado, Jean.

— Que siga así.

— Pero los miembros preguntan por Scarlett — insistió Licia. — Hace cuatro actuaciones les privaron de la suya.

— Nos quedaremos con la excusa. Scarlett no se encuentra bien — fui firme en mi decisión. — ¿Dónde está Nini?

— En sus aposentos, como están todas desde que ocurrió. Sólo salen de sus habitaciones para asistir o acompañar, y las noches de función, por supuesto — me informó.

— Pídele que prepare algo más atractivo. Nini es nuestra segunda mejor chica, mantengamos la atención de los miembros en ella.

— Como quieras — Licia accedió obediente y estaba a punto de salir de mi despacho cuando me interrumpió.

Cualquier otra persona no habría visto la forma tan teatral de hacerlo de mi hermana. Me di cuenta de inmediato. Entrecerré los ojos y esperé.

— Ha llamado papá — dijo.

— ¿A mi despacho?

La información me pareció extraña. Mi padre sólo me llamaba al móvil cuando quería hablar conmigo.

— No, conmigo.

— ¿Contigo?

Una vez más, la información difería de la estándar. Papá no llamaba a Lícia. Ella casi no existía en la familia si Joel no la encargaba de cuidar a las mujeres de nuestra casa.

— En realidad, sí lo llamé — admitió. — Para tratar... asuntos privados.

— Hmm. ¿Y?

— Me preguntó por los asuntos. Ya sabes: Scarlett y los diamantes. Le dije que no tenía la información. No podía discutirlo con él sin saber cómo lo manejarías tú, Jean.

— No lo discutirías con él porque nunca lo permitiría — recalqué. Lícia se sonrojó y se mordió el labio para contener su enfado.

— Bueno, hermano mío. Papá no está contento y eso es lo que tengo que decirte. Habló de venir personalmente para controlar la situación.

Era una información que valía la pena. Tener a mi padre en Brasil fue una mala idea. En primer lugar porque solía entrometerse en todo. Debido a su posición, como Don de la Ndrangheta alemana, y como hombre que odiaba renunciar a sus poderes, sería fácil que me destituyera de mi cargo, no exactamente que me destituyera, sino que me impidiera actuar como lo hacía y convirtiera mis días en un infierno.

— En ese caso, no hay de qué preocuparse — dije como supe hacerlo, sin mostrar el impacto de aquella amenaza en mi expresión. — Me voy a Alemania. Necesito visitar a nuestro padre. Ya es hora de que llevemos a Alejandro a su iniciación — bromeé. Mi hermana me miró con dureza.

Alejandro era el hijo menor de Lícia. Debía haber sido iniciado hace un año, pero mi hermana alegó que estaba delicado de salud y por eso lo pospusimos. Era su único hijo que no estaba fuera de su dominio. Sin embargo, Lícia conocía las reglas y ya no había forma de retrasar la iniciación de Alejandro.

— En ese caso, iré contigo — dijo.

— No. Quédate y busca a esa chica enseguida. Haz todo lo posible y lo imposible, Lícia, pero quédate aquí con ella cuando regrese.

— ¿Cuándo piensas irte? — Mi hermana escondió los ojos llorosos.

Ojalá fuera diferente. Que los chicos Kuhn empezaran su carrera en Brasil, después de todo, allí vivíamos. Pero mi padre era fiel a la tradición, y en Brasil, cuando los chicos cumplían siete años, comenzaban la que sería su vida en la mafia, lejos de todo lo que pudiera impedir que se endurecieran.

Así que entendía por lo que estaba pasando Giulia, pero no podía hacer nada. Sobre todo porque, aunque despedirse de su segundo hijo para entregarlo a la mafia le dolía Licia, era su deseo que sus hijos asumieran el cargo de Capo cuando tuvieran edad suficiente, ya que ella nunca podría ocupar ese puesto.

— En dos días.

Miré a Álvaro, que no mostró sorpresa. Mi jefe no tenía ni idea de lo que me traía entre manos, pero ni siquiera tuve que decirle lo que tenía que hacer para que el viaje fuera seguro para Alejandro y para mí. Él sabía qué hacer y cómo.

11

JEAN

Desembarcar en Turingia, Alemania, más concretamente en Erfurt, donde mi padre se refugió sin miedo, siempre fue un momento tenso para mí. No por seguridad, a pesar de todo el asunto de ser un Capo, el único hijo varón del Don local. A pesar de la tranquilidad del pequeño pueblo y de la certeza de que casi nunca había peligro, seguíamos siendo la familia más influyente del país y la que muchos, incluso más de lo que yo creía coherente, sabían cómo gobernar la política.

Lo que siempre, en cada ocasión, indiscutiblemente me agarrotaba los músculos y me mantenía alerta, era estar de vuelta, enfrentándome a los recuerdos, a los días malos y a los horribles, a las cosas que me vi obligado a aprender y a fingir que aceptaba para ser un Kuhn como mi padre exigía. Entonces, como niño, nunca me habría atrevido a ser diferente; ahora, como hombre, pensaba en lo que había vivido y me preguntaba cómo no había sido capaz de actuar antes.

Mi padre quería verme, y no ocurría tan a menudo como los padres de familias normales querían estar en presencia de sus hijos. Mi padre, Stefan Kuhn, no era un ejemplo de amor y afecto. Para él, como para su padre y el padre de su padre, era necesario conocer lo peor a manos de quienes se suponía que debíamos acariciar, sólo entonces nos endurecíamos y hacíamos lo necesario por el bien de la familia.

Y la familia, en definitiva, no era quien tuviera el apellido Kuhn, sino quien formara parte de la Ndrangheta, los socios, cualquiera dispuesto a hacer posible nuestro negocio. En otras palabras, una familia disfuncional.

— ¿No echas de menos a tu hermano? — le pregunté a Alejandro, que caminaba a mi lado mientras entrábamos en la casa de piedra donde vivía mi padre y también donde entrenaban a sus hombres.

Tal vez ése era el único recuerdo que guardaba con cierto... amor. El paisaje bucólico, como si el tiempo no tuviera fuerza en aquel lugar, donde la vida no pasaba con sus prisas. Erfurt era una mezcla de pasado con un mínimo de presente. Si no fuera por la gente y su ropa moderna que les protegía del frío, sus teléfonos móviles, los colores vibrantes de las casas y las tiendas que parecían anticuadas pero ofrecían lo último, diría que era como visitar la época medieval.

Y esta sensación se acentuó al pasar por las altas e imponentes puertas que separaban las tierras de mi padre del resto de la ciudad. La casa solariega de piedra, casi un castillo, se extendía ante nosotros como si en cualquier momento fueran a aparecer caballeros con armadura para darnos la bienvenida.

Lo que sí teníamos, sin embargo, eran modernos coches blindados, negros y rápidos, y soldados armados, vigilando todo y a todos, como si pudiéramos ser atacados en cualquier momento.

Alejandro se quedó callado. A los ocho años, el niño era alto y serio. Sabía desde antes de cumplir los siete que lo enviarían a Alemania para su iniciación, había visto a su hermano Benito

pasar por el proceso, pero aun así, de niño, mostraba miedo. Y realmente quería decir que esa era la emoción correcta. Un Kuhn, criado para servir a la *Ndrangheta*, no obtendría ningún favor.

Y sentí pena por el chico.

Por eso nunca tendría hijos. No es que no amara lo que teníamos. Crecí en la mafia, viví allí demasiado tiempo como para aprender a vivir su lado bueno, y poder estar en Brasil, lejos de las garras de mi padre, era lo mejor que había. Sin embargo, no renunciaría a una continuidad propia para vivir aquello.

Conocía historias de Dons que eran fuertes y duros en su trabajo, pero cariñosos y respetados por sus hijos. Esa nunca fue mi realidad, así que casarme con una mujer sólo por interés, tener hijos porque tenía que continuar con lo que hacíamos, no estaba en mis planes.

Nunca lo estuvo.

Amé a Giulia y quise que Matheus fuera mío durante mucho tiempo. Pero lejos de eso, como en el plan inicial. Huiríamos, seríamos gente común en una vida común, hasta que todo cambiara. Y cuando me convertí en Capo, cambié lo que pude. Me enfrentaría a mi padre para que Matheus no tuviera esa iniciación, y sabía que saldría de ella muerto o con la muerte de otro familiar a cuestas.

Así que dejarlos ir fue la decisión correcta y la que, a pesar de todo, me trajo paz. Por desgracia, no pude hacer nada por Alejandro y Benito, entre otras cosas porque Lícia quería que sus hijos se convirtieran en lo que ella nunca pudo ser, sin importarle las consecuencias. Mi hermana se emocionó cuando supo que esperaba niños y no niñas, y desde muy pequeña intentó que sus hijos dependieran de ella, que creyeran en su palabra como la más importante de todas.

Entramos en la casa familiar. El parloteo de las mujeres en algunas de las habitaciones llegó rápidamente a mis oídos y me recordó a mi madre. Quise sonreír, pero no pude. Recordarla era como recordar un amor perdido y una herida que nunca cicatrizó. Porque igual que mi padre tenía mano dura con sus hijos, la tenía con su mujer.

Cuando murió, respiré aliviado.

Aun así, la casa estaba llena de mujeres. La mayoría prostitutas que servían a mi padre y a sus hombres más importantes, otras, criadas, esposas, hijas, todas las que encontraban la protección del Don tras los muros.

— Jean, ¿cómo estás? ¿Qué tal el viaje?

Hans, el Consigliere de mi padre, nos recibió como si ese fuera su trabajo. Aun así, me gustaba verle. Si había alguien allí en quien podía confiar y a quien podía pedir favores, ése era Hans, el hermano menor de mi padre.

— Cómodo — respondí respetuosamente, aunque éramos lo bastante íntimos como para saltarnos las formalidades, pero había soldados repartidos por todas partes y la apariencia era lo único que contaba en aquel encuentro.

— Este es Alejandro, imagino — dijo Hans sin inclinarse ante el niño, como haría cualquier persona normal ante unos ojos tan asustados.

En aquella casa nadie recibiría bien al nieto de Stefan Kuhn, porque el niño tendría que aprender a ser el jefe de todos, tal vez algún día.

— Sí, Alejandro. Habla alemán, pero hoy eligió fingir que no sabe hablarlo.

— Lo sé... — el chico moldeó su tono, evitando así la rebelión. — Yo sé hablar, señor.

— Oh, bien — me contuve de reír. Quería que mi sobrino tuviera un momento de relax antes de que se lo llevaran lejos de mí.

— Karl — Hans llamó a su soldado raso. — Lleva al chico al cuartel. Cuando esté listo, preséntalo a nuestro subjefe.

— Sí, señor.

Alejandro me echó una última mirada, con las lágrimas brotando pero sin derramarse. Se me hizo un nudo en la garganta.

— Nos vemos — le dije. Aceptó y salió tras el soldado. — Pensé que Stefan querría ver a su nieto antes de arrojarlo a los leones.

— No hables así — se rió Hans. — Tu padre hace tiempo que no se ocupa de eso. No te preocupes, cuidaré bien del niño.

— Y te estaré muy agradecido, tío. ¿Cómo van las cosas? Mi padre quería ir a Brasil.

— Sí, quería.

Hans me indicó el camino para que pudiera seguirle hasta la casa donde seguramente me esperaba mi padre.

— Tiene algunos asuntos que tratar contigo.

— El robo de los diamantes y la muerte de la prostituta. Yo me ocuparé de ello. Una visita que atraería tanta atención no era necesaria.

— Eso es lo que dije. Pero viniste, y con la mayor urgencia, lo que me ahorró la molestia.

— Necesitaba traer a Alejandro, igual que traje a Benito cuando le tocó. De hecho, me gustaría ver al chico antes de irme.

— Lo arreglaré, Jean. ¿Estás seguro de que nos visitarás tan pronto?

— Confío en Alvaro tanto como en mi puntería, tío, pero ya sabes cómo soy. Cuando era ayudante de Joel, nada salía adelante sin mi supervisión.

— Sí, ya lo sé.

Ese era un tema en el que nadie se detenía. Todos sabían la verdad, pero fingían creer lo que filtrábamos a los medios. Era difícil asumir que yo había matado a mi propio hermano y que estaba allí, en su papel, como si mereciera el puesto. Si me hubiera quedado en Alemania, como quería mi padre, como capo, y no hubiera seguido a Joel como su jefe, todo habría sido distinto.

Y Giulia probablemente estaría muerta y Matheus en ese campo de concentración que llamaban iniciación. No, las cosas salieron como debían.

Atravesamos multitud de lugares, puertas, jardines de invierno, pasillos... los soldados me saludaban con reverencia, hasta que llegamos a las puertas dobles del despacho donde mi padre pasaba la mayor parte del tiempo. Un soldado las abrió en cuanto nos acercamos y Hans entró con naturalidad, mientras que yo... no puedo decir que volver a ver a mi padre me alegrara o me relajara.

— Jean — dijo con cierta dificultad, un respirador pulmonar indicaba su frágil posición, sin embargo mirar a Stefan Kuhn y no tener miedo era señal de que su cordura mental no iba bien.

— Padre. — Hice una leve y breve reverencia, como a él siempre le gustaba que hiciéramos.

Mi padre era de la realeza, o le gustaba sentirse así. Dueño de aquel lugar, de su gente, de su país. La fuerza más ostentosa jamás encontrada, aunque estuviera limitado por su incapacidad para respirar sin la ayuda de un tanque de oxígeno.

— ¿Trajiste al chico?

— Como te dije que lo haría.

— Bien, señor. Tome asiento. Tenemos que tratar varios asuntos. Hans me dijo que planeabas irte hoy, pero no será posible. Tengo asuntos importantes y te necesito aquí.

— Papá...

— Está decidido, Jean — ordenó y me callé.

Podría levantarme, desenfundar mi pistola y matarlo allí mismo, delante de todos. Desde luego, no sería el primero en reclamar la posición del Don de este modo, pero estaba seguro de que, aunque le causara dolor, Hans reaccionaría contra mí, al igual que los soldados. Todos ellos. Así que hice lo que esperaban, obedecí.

— Como desee, padre.

— Háblame de la chica. La que asesinaron en tu habitación. La que dicen que tú mismo mataste en un arrebató de ira — acusó, sin ira, incluso con cierta diversión.

Sí, mi padre y Joel eran, en efecto, fruto del mismo árbol. Yo era lo que no debería haber existido.

— Yo no la maté. Si lo hubiera hecho, habría dicho la verdad. Al menos para quienes no discutieran mi decisión de eliminarla — expliqué de la forma que él esperaba oír. Mi padre sonrió y Hans permaneció impasible.

— ¿Cómo va la investigación? No podemos dejar que los miembros se enteren.

— No lo harán. Puedes estar tranquilo al respecto.

— No me importa la puta — dijo sin emoción. — Pero sí lo que hemos perdido porque alguien entró en su habitación y la mató. Los diamantes — subrayó. — El vicepresidente de Estados Unidos volvió a casa con las manos vacías.

— No dejé que ocurriera. Lo saqué de mis manos personales — le advertí. — No perdería esta negociación por ningún motivo. Lo que realmente lamentaba era no haber tenido la oportunidad de acostarse con Scarlett, la puta en cuestión.

— Te encariñaste con la chica — acusó. — Ésa es tu debilidad, Jean. Si no te hubieras encariñado...

— Habríamos tenido un problema mayor. Salí de la habitación, el vicepresidente no habría salido y habríamos tenido su muerte en nuestras manos. Brasil no es Alemania, señor. Por más que tengamos formas de ocultar un crimen, estamos hablando del vicepresidente de los Estados Unidos.

— Tiene razón, Stefan — intervino Hans. Normalmente asistía a las reuniones y escuchaba sin dar su opinión, pero cuando lo hacía era con sensatez, así que mi padre le hacía caso.

— Y no me encariñé con la chica — continué. — Estaba enferma y no quería que los miembros tuvieran ese motivo para restarnos credibilidad — mentí.

Mi padre asintió sin decir nada. Durante un rato el viejo, silencioso, no fue más que eso, un viejo que apenas podía respirar, hasta que volvió a mirarme y allí estaba toda su fuerza.

— ¿Y los diamantes?

— Yakuza — dije. — Hemos detenido a uno de sus hombres y Álvaro está tras la pista de dos más. Sin embargo, ya sabes cómo son. Prefieren la muerte y están entrenados para ello.

— No permitiré que tengas... — no terminó la frase, le sobrevino un ataque de tos que obligó a Hans a pedir que entrara la enfermera responsable de la salud de mi padre.

— Recuperaré nuestra carga — continué, para que se sintiera más aliviado. — O me llevaré la suya. Así es como funciona. No perderemos nada.

— Mátales a todos — dijo con voz débil. — Elimina a todos los que encuentres.

— Sí, señor.

— Será mejor que nos ocupemos del resto mañana, Stefan — sugirió Hans. — Deja que Jean se tranquilice y coma algo. Mañana volveremos a hablar. Necesitas descansar.

— Aún no estoy muerto, Hans — se quejó mi padre.

— Pero me vas a matar de aburrimiento si me obligas a quedarme aquí escuchándote quejarme — replicó Hans.

El hermano menor de mi padre era en general respetuoso, pero después de años de estar al lado de Dom y ser su hombre de confianza, permitía que se produjeran momentos como aquel sin sufrir represalias. Y para ser sincero, aunque mi padre consiguiera intimidarlo, dudaba que fuera capaz de reaccionar con la energía necesaria.

Salimos de la habitación y Hans me condujo hasta un grupo de soldados que me proporcionarían seguridad, sin olvidar a Ernandes, mi soldado privado, que me acompañó en el viaje y coordinó a los hombres según mis necesidades.

— Tengo que confesarte algo, Jean — me advirtió Hans en cuanto entramos en mi antigua habitación, decorada exactamente igual que siempre, a excepción de la enorme cama de matrimonio que yo había pedido a mi primer regreso de Brasil, con dieciocho años, cuando ya me veía como un hombre. — Tu padre no está bien.

— Me di cuenta.

— Así que seguro que estás preparado para lo que venga, por si nos deja más pronto que tarde — fue directo al grano.

Y no, no estaba preparado para convertirme en el Don tan pronto después de robarle el puesto de Capo a mi hermano. Además, no me apetecía nada volver a Alemania.

— Dudo que Stefan vaya a dejarnos pronto — me irrité. — Te va a dar muchos problemas, tío. No morirá pronto porque el diablo no quiere competencia en el infierno y ambos sabemos que en el cielo no hay sitio para Stefan Kuhn.

Hans se rió, pero me lo reprochó.

— No hables así de tu padre. Hizo lo que estaba hecho para hacer.

— Sí, lo sé — gruñí. — Quiero ver a Benito en la cena. ¿Puedes arreglarlo?

— Claro que puedo. Descansa un poco, Jean. Mañana tenemos asuntos importantes.

— Que sea corto. Prepararé todo para que te vayas después.

— ¿Odias tanto estar de vuelta?

— Odio dejar mis deberes en manos de otras personas, tío. Eso es todo.

Hans salió de la habitación como si creyera lo que decía, pero ambos sabíamos que mentía.

Cuando me desperté, tardé un rato en recordar dónde estaba y por qué. Según mis planes, a esas horas estaría en Brasil, pero mi padre lo hacía todo a su antojo.

La cena de la noche anterior había sido horrible. Apenas reconocí a Benito y su comportamiento. Un niño de diez años no debería ser como él y, lo confieso, me recordaba mucho a Joel, igual que Alejandro me recordaba a mí mismo. Aquella realidad me robó la paz, pero no hice ningún comentario. Hablé con mi sobrino sobre su adaptación y le di noticias de su madre, pero a él, como estaba entrenado para ser, no le importó.

Y esa era una de las razones por las que quería alejarme de allí cuanto antes. Desayuné en mi habitación, recogí mis pertenencias, les dije que las llevaran al coche y me esperaran. Desde allí encontré a mi padre en el estudio, con peor aspecto que el día anterior. Hans también me esperaba y el ambiente denotaba que la conversación no iba a ser fácil.

— Buenos días, papá. Buenos días, Hans.

— Buenos días, Joel — dijo mi padre justo cuando iba a sentarme, pero me detuve.

Miré a mi padre en busca de una respuesta y luego a Hans, que mostraba cierto

nerviosismo.

— Hermano mío, éste es Jean.

— Eso es lo que he dicho — replicó mi padre con una altanería que no dejaba lugar a discusión. Hans se alejó, pero permaneció de pie junto a su hermano. — Jean, he oído que hoy te ibas en cuanto termináramos la reunión.

Por supuesto que lo sabía. Nadie en ese castillo medieval me permitiría marcharme sin que antes mi padre diera su "bendición".

— Así que creo que debemos tener esta conversación lo antes posible. Seré directo. Quiero que te cases con la hija de Raphael Esposito.

— Raphael es *Consigliere* — le interrumpí, sin entender por qué mi padre elegiría para mí una esposa que no perteneciera a un nivel mejor.

— Es hermano de Pietro, el don de la *Cosa Nostra*. He oído que es la sobrina que más aprecia. Como ahora mismo no tenemos una hija de Pietro disponible para el matrimonio, me gustaría que encontraras a alguien que pueda fortalecer nuestra relación de una forma más... legítima con la *Cosa Nostra*.

— Papá — le interrumpí de nuevo. — No tengo intención de casarme ahora.

"Ni nunca", añadí en mi mente.

— Eres demasiado viejo — espetó. — Ya sabes cómo funcionan las cosas y yo... cuando yo... — Por primera vez vi una ligera, casi imperceptible fragilidad en mi padre. Se quedó mirando la mesa como si no supiera de qué estaba hablando.

— Esta es la chica, Jean — dijo Hans mientras me enseñaba la foto.

Joven, guapa y, sin embargo, no despertaba nada en mí.

— Sí, la chica — mi padre volvió en sí, como si aquel momento no hubiera ocurrido. — Raphaela Esposito. Una tonta, pero es mejor tener a una tonta por esposa que a una que cree que puede más que nosotros.

— Es demasiado joven — argumenté para poner fin a la conversación.

— Tiene edad para casarse — insistió. — Y tú, para tener hijos. Pronto ocuparás mi puesto y necesitarás todos los requisitos para que te respeten.

— Casarte con una tonta no hará que me respeten. Además, la chica es italiana. — Me estremecí al pensar en mi conexión con Italia, donde Giullia se escondía con Matheus. — ¿Cómo puedo llevarla a Brasil?

— Como dije: es una tonta, como muchos de la familia. Ella es la que cuida del orfanato que los Espositos están orgullosos de mantener. Es gemela. La otra es más lista, pero no queremos mujeres listas como esposas. Preferimos a las tontas — dijo sin piedad.

Poco sabía él que yo odiaba la idea de que las mujeres formaran esa familia. Y por eso no quería hijos ni nada con lo que me obligara a vivir.

— No es un buen momento, papá.

— ¿Para una boda? Nunca lo es. Pero la chica es virgen, como debe ser. Cástate con ella y ocupa su lugar.

— No es un buen momento porque no puedo recoger a una chica de la *Cosa Nostra* y llevármela a Brasil cuando acaban de matar a una prostituta en mi dormitorio y de robar una partida de diamantes — dije definitivamente. — Nos están atacando por varios flancos y ahora mismo tengo que arreglar este desastre que heredé de Joel, ¿o prefieres que haya un objetivo valioso para nosotros como una hija de Esposito o un heredero mío?

Mi padre dio un paso atrás, lo que me hizo relajarme.

— Ocuparás mi lugar, Jean. No es que me guste, pero es lo que me queda.

Y ése era mi padre, el hombre que hablaba sin miedo y decía lo que creía que podía decir. Sí, él prefería a Joel y yo maté a su protegido. Lícia era un... error, según sus palabras, y mi padre prefería convertir a un hijo en una puta antes que dejar que mi hermana pusiera sus manos en uno de nuestros trabajos.

— Los chicos, Benito y Alejandro, son nuevos. Benito mató por primera vez —dijo con una sonrisa sórdida, y recordé cuando me pasó a mí. Tragué saliva.

— Tengo una propuesta, padre mío. Tengo que volver a Brasil y poner fin al problema. Mientras tanto, envíame a los chicos.

— De ninguna manera. Nuestra familia tiene tradiciones, reglas y...

— Cuando me case y ocupe tu puesto, necesitaré a alguien de confianza que se ocupe del negocio. Benito pronto terminará su formación. Envíamelo sólo cuando Alejandro haya terminado también. Cuando los dos sean mayores de edad, tomarán mi relevo y podré volver sin miedo.

Mi padre se lo pensó y aceptó sin decir nada.

— Ahora tengo que volver a Brasil. No te precipites con esta idea del matrimonio. Primero arreglaré las cosas con la Yakuza, luego cumpliré con mi obligación.

Y que *muera antes*, pensé.

— Recuerda el asunto del cargamento de cocaína. No somos los mayores productores de Brasil, pero tenemos que recordar a América Latina quién coordina la distribución — advirtió cuando me levanté.

Algo le pasaba a mi padre, porque no había tal conflicto. Ocurrió en la época de Joel y mi hermano lo solucionó. Bajo mi gestión vivimos en paz.

— Con su permiso, padre mío.

Aceptó y salí de la habitación, pero Hans me siguió por el pasillo hasta que estuvimos lo bastante lejos.

— Tenemos que hablar, Jean — le advirtió con su tono serio.

— Se está volviendo loco, ¿verdad? — Fui directo al grano.

— Está perdiendo la memoria — me corrigió. — Sí. Tu padre está desapareciendo poco a poco en sí mismo. De eso se trata. De hecho, pronto serás Don. Sé que es mucha presión, pero no te dejaría ir sin conocer la situación real.

Y me impactó la revelación de mi tío. No porque me estremeciera saber que mi padre pronto no tendría forma de llevar el negocio familiar, sino porque yo tendría que hacerme cargo, casarme, tener hijos, todo lo que menos quería. Si hubiera tenido más tiempo, si lo hubiera aguantado más, los chicos de Lícia habrían tenido más posibilidades, pero mi padre decidió, como siempre, interponerse en mi vida.

— No te preocupes, tío. Todo se arreglará.

Y así dejé Alemania, la ciudad, la gente que me había visto crecer, y nunca antes había deseado tanto no tener que volver.

12

HEIDI

La señora Clô lo había dispuesto todo para que mi debut aquella noche fuera un éxito. Tenía todo lo necesario para convertirme en la mujer por la que los hombres se pelearían, desde manicura hasta hidratación y exfoliación por toda la piel. La reunión empezaría a medianoche, así que tras una cena ligera y temprana, me pidió que descansara.

Encerrada en mi habitación, me miré fijamente en el espejo y repetí mentalmente que todo sucedería como había determinado, que ésta sería la única y más rápida solución y que tener sexo por dinero era un acto de caridad que estaba haciendo por mi hija. Haría todo lo posible por ella, como había hecho en los últimos días, desde su nacimiento hasta los segundos que seguían pasando sin que consiguiera todo el dinero que necesitaba.

Sin embargo, la verdad que nunca diría en voz alta era que estaba aterrorizada. Una cosa era establecer que podía hacerlo, pero otra era ser realmente capaz de hacerlo. Tragué saliva y miré el móvil que había sobre el tocador. Mi madre conocía el plan y, aunque odiaba la idea, comprendía que lo necesitáramos; aun así, me dolió en el alma llamarla aquella noche, como había hecho todas las noches desde que aterricé en São Paulo, y decirle que era en serio. Aquella era la noche que lo definiría todo.

Respiré hondo. Temblando, descolgué el auricular, pero ni siquiera llegué a los datos de contacto. En ese momento sonó mi móvil y me sobresalté al ver el nombre de mi madre en la pantalla. Nunca llamaba. Nunca llamaba. El temblor aumentó, pero en lugar de acobardarme como había hecho antes, me dejé abrumar por la urgencia.

— Mamá, ¿qué ha pasado?

— Heidi... — tomó aire antes de continuar, lo que me dejó clara la gravedad de la situación.

— ¿Qué ha pasado?

— Es Ayla — dijo de repente, sin gravedad en la voz.

Sin embargo, yo sabía que esa era su forma de actuar. Mi madre era práctica. Cuando todo el mundo se volvía loco, ella mantenía la calma para proporcionar el apoyo necesario. En ese momento, sin embargo, pude notar el esfuerzo que estaba haciendo para hablar sin provocar el caos.

— Empezó a ahogarse, incluso con agua — dijo. Cerré los ojos y me concentré en su voz.

Era el tiempo, como siempre, corriendo contra nosotros, aplastándonos, gritándome al oído que tenía que ser más, dar más de mí, sacrificarme más, o se llevaría a mi niña.

— Llamé al Dr. Ezequiel. Estamos en Santa Catarina.

— Maldición — susurré. — ¿Cómo está? ¿Qué dijo el Dr. Ezequiel?

— Ella está bien. Le hicimos algunos exámenes.

— Mamá, ¿qué ha dicho?

— Que necesita pruebas más concluyentes, pero que le recetó la medicación para empezar el tratamiento, Heidi.

— Empezar — susurré de nuevo.

Lo que hace un mes era todavía una hipótesis se estaba convirtiendo en una realidad que nos lanzaría a una carrera larga, agotadora y quizá infructuosa.

— Sí — volvió a susurrar, con un leve gemido casi imperceptible en la voz. — Parece que ha empezado.

— ¿Dijo cuánto tiempo tenemos o cómo progresará la enfermedad?

— No. Dijo que necesitamos pruebas más concluyentes.

— Me parece bien.

Me miré en el espejo, esta vez sin miedo, pero con una determinación que me asustó.

— ¿Heidi? — Me llamó mi madre, robándome el momento. — Sé que ya hemos hablado de esto, pero... Si el padre es el señor Kuhn...

— No es el padre — dije apresuradamente.

— No es momento para el orgullo ni para la tristeza, hija mía.

Tragué saliva y mantuve la mirada fija en mi imagen en el espejo. Tenía las pestañas alargadas, el pelo bien cepillado, tratado y moldeado para que mi imagen fuera impecable, las cejas dibujadas con naturalidad. Yo era otra mujer, muy distinta de la que había llamado a la puerta de la señora Clô en busca de admisión.

— El señor Kuhn tiene el dinero — continuó. — No dudaré en salvar a un Kuhn legítimo.

— Jean no es el padre de mis hijos, mamá — volví a mentir. — Y además, las mujeres de la familia no se valoran. Nunca perdería seis millones para salvar la vida de una niña cuando tendría a su disposición un heredero sano.

— Eso no es cierto, Heidi.

— Incluso si no lo fuera, él no es el padre.

— Entonces miente. Di que lo es — utilizó por fin su tono ahogado, que dejaba clara la situación y su angustia. Suspiré.

— Mamá, ¿sabes lo que hará Jean si se entera de que hay alguna posibilidad de que esos niños sean suyos? Me matará por no haber vuelto. Sabes que es el último heredero y que, por el bien de su familia, tiene que asegurarse de que haya un sucesor después de él. Para su padre, como para el propio Jean, Lorenzo es todo lo que importa.

— ¿Es eso lo que temes?

— Cuando se trata de esta familia, tengo miedo de todo. ¿Has olvidado quién era Joel? ¿Has olvidado que Jean mató a su propio hermano para estar con su cuñada, y luego asesinó a su cuñada y a su sobrino? Mamá, esta gente no perdona, no bromea, no trata ninguna situación con amabilidad. Seré un blanco si Jean se imagina que esos niños existen, así que él no es su padre.

— Entiendo — murmuró, consciente del riesgo que supondría en aquel momento buscar a la familia Kuhn y revelar la existencia de Lorenzo.

— Hoy será mi iniciación. La señora Clô está entusiasmada. Deséame suerte.

— No sé si podré hacerlo, Heidi, pero espero lo mejor.

— Es suficiente, mamá. ¡Gracias, mamá!

Y así no dormí, no descansé, no cedí a la desesperación ni un segundo. Tenía que ganar, ganar esa noche. Ser la chica contratada por la casa y enviada inmediatamente al mejor cliente. Cuando eso sucediera, sería la amante más devota, la única mujer en la que este hombre pensaría, hasta que cada centavo estuviera en mi cuenta y mi hija tuviera la oportunidad de una vida decente.

JEAN

— El transportista sólo tiene que indicar en qué camión irá la mercancía. — Heitor, el representante del gobierno que se ocupaba de los asuntos que no podían figurar en la agenda del gobernador de São Paulo, tomó la palabra.

El hombre, con esa sonrisa confiada que poco me importaba, actuaba como si hubiera algo de poder en él. Eso es lo que ocurría cuando uno se dejaba llevar por el ego, cuando creía ser lo que no era. Porque Heitor no era más que un chico de los recados. Llevaba al gobernador lo que necesitábamos y la cantidad que le sugeríamos, y volvía con la respuesta, siempre positiva. Eso era todo.

Sin embargo, aquel hombre seguía recostado en su silla en aquella enorme sala de reuniones, en aquel imponente edificio, vestido con su traje caro y haciendo alarde de todo su orgullo, como si hubiera algún cargo real en su currículum. Me quedé mirándole, seria, atenta, con ganas de salir de aquella sala y volver a mi casa, la única que me había reconfortado desde... Dios, no debería haberlo pensado.

— Te lo haremos saber más tarde — respondió Álvaro por mí, como siempre hacía en reuniones como aquella. A mis espaldas, Ernandes mantenía la vigilancia, aunque no había ninguna amenaza dentro de la sala. — Mantendremos el patrón. Cada palé en su sitio, los que tienen los productos indicados en el anverso, los que tienen nuestra mercancía en juegos de 12 cajas. Sus hombres sabrán reconocerlos.

— Ciertamente lo harán. El gobernador acaba de pedirme que confirme que el Sr. Kuhn accedió al pedido especial.

Sí, así es. El hombre, el gobernador, un gay no reconocido, necesitaba mantener su imagen de semental, pero la chica que tan desesperadamente quería entre las que yo ofrecía en la isla era en realidad un chico. No es que yo tuviera ningún problema con sus preferencias sexuales, pero esa no era la propuesta de mi empresa. Podía haber elegido a cualquiera de mis chicas y pedir que le pusieran una correa para el pene, pero al parecer no le gustó la sugerencia...

— Estamos buscando a la mejor. En cuanto la encontremos, será informado —respondió una vez más Álvaro y noté una sonrisa ligeramente torcida en el rostro de mi jefe y mejor amigo.

Nunca encontraríamos a la chica porque el gobernador de São Paulo no era más que un portero para nosotros. Trabajábamos con peces gordos, no con los que se veían así, sino con los que realmente lo eran.

Me levanté, dispuesto a dar por terminada la reunión. En el mismo momento, Álvaro y Heitor se levantaron.

— Gracias por vuestro tiempo — dije sin mirarlos realmente, y abandoné la sala de inmediato.

Álvaro me siguió de cerca, en silencio, y así permanecimos hasta que llegamos a los hombres que esperaban en recepción y luego a los que supervisaban el garaje. Mi coche ya me estaba esperando. Ernandes me abrió la puerta para que subiera y me guió.

— ¿Demasiado cansado para salir por la noche? — sugirió Álvaro. Me estiré en el asiento, crujiéndome el cuello y la columna.

— Demasiado cansado.

— No has dicho nada de conocer a tu padre. ¿Cómo está el tío Stefan?

Miré a los dos hombres que tenía delante y preferí no hacer ningún comentario que generara ruido innecesario.

— Está bien. Estuvimos poco tiempo, pero hablé mucho con tu padre.

— Mi padre me llama todos los días. Es como si estuviera aquí.

Quise sonreír, pero la verdad era que, además de cansada, seguía tan tensa como cuando salí de Alemania aquella mañana. Toda la situación sobre la confusión mental de mi padre, mi responsabilidad, la idea del matrimonio y de estar de vuelta en São Paulo, me agitaba de una manera que nunca debería confiar a nadie. Un Kuhn no tiene debilidades, ni miedos, ni dudas. Y en ese momento, yo era el Kuhn que toda la Ndrangheta estaba mirando.

No era fácil ser yo.

— Y entonces... — continuó Álvaro, un poco como si quisiera que yo sacara el tema y, al mismo tiempo, como si me llevara a ello. — ¿No te has vuelto a comprometer?

— ¿Se ha convertido Hans en una chica que no sabe contener la lengua? — refunfuñé. Álvaro se rió.

— Mi padre me acaba de comentar que ya tienes edad para casarte, tener hijos, esas cosas. Además, claro, de la existencia de cierta rubia despampanante.

— Tonto, según mi padre — le informé. — La mujer perfecta para un futuro Don. — Álvaro se rió más fuerte.

— Al menos es guapa — recalcó. — Las hermanas Espósito son unas gemelas preciosas.

— ¿Las conoces?

— Sí. — Se quedó pensativo. — Sólo hemos estado una vez en el mismo ambiente.

— ¿Y nunca los has olvidado? — Me tocó tratar el tema con ironía. — ¿De verdad quieres que me case con tu enamoramiento platónico?

— ¿Enamoramiento? ¿De verdad? ¿Y platónico? No, no es nada de eso. Pero deberías pensarlo. Lo bueno de ser un Kuhn es que nadie obedece a la idea de fidelidad.

— Entonces no deberías casarte — repliqué, repentinamente aburrida de cómo iba la conversación.

Odiaba esa parte de la historia. No es que la fidelidad entre parejas fuera normal en la mafia. Algunas familias la tenían por norma, pero la mía... no. Ninguna mujer de la familia Kuhn esperaba tener tanta suerte. Incluso Lícia mantenía sus aventuras. Lo que no significaba que me tomara la idea en serio. No me casaría por amor, pero respetaría a la mujer que tomara como mía.

— Hoy estás amargado, amigo mío.

— Cansado.

— ¿Qué tal si vamos a la Casa? Lícia dijo que Flávia irá hoy para elegir un sustituto.

— Tal vez, pero no puedo estar seguro. Cuando lleguemos a casa, decidiré.

— Yo decidiré.

Pero Álvaro no se quedó callado, no me dejó a solas con mis pensamientos, no me dejó meditar todo lo que necesitaba y tal vez por eso no salí aquella noche. Solicité la presencia de una chica de la Casa y pasé la noche en mi suite, practicando sexo, purgando los fantasmas que aún me aterrorizaban.

13

HEIDI

Lo que llamaban "La Casa" era una mansión oculta al mundo, dentro de un terreno lleno de árboles altos y cerrados que impedían a los curiosos aventurarse a espiar, además de estar fuertemente asegurada. Rafael y yo, en la limusina que la señora Clô utilizaba cuando se dejaba representar en los grandes acontecimientos, recorrimos en silencio la inmensa distancia que separaba la primera puerta de la segunda.

Sólo habló de verdad cuando nuestras invitaciones fueron validadas en la segunda puerta, donde, un poco más allá, pudimos ver la mansión de estilo colonial, bien cuidada e iluminada con todo el refinamiento para recibir a sus invitados.

— Recuerda, mantente tan callado como puedas. Responde sólo a los interesados en tu contrato. Los hombres, los que están aquí buscando a la chica ideal, sólo deben tener contacto contigo después de la negociación. Mientras tanto, finge beber, sé misteriosa y amable al mismo tiempo. Estaré a tu lado todo el tiempo, no dejaré que nadie se pase de la raya.

Acepté sin decir nada. Las pocas horas que pasaríamos allí serían definitivas y cada célula de mi cuerpo concentraba toda su energía en ello.

— No hables de tus hijos. Sé que es importante y que te enterarás en algún momento, pero no antes de las negociaciones. Eres Jade, una chica que soñaba con ser modelo y sobre la que recayó nuestra atención.

Volví a asentir en silencio.

El coche se detuvo delante de la casa y los recepcionistas nos recibieron con la mayor cordialidad posible. Fuera, unas cuantas personas hicieron lo mismo que nosotros, bajaron de sus coches y entraron en la casa sin ningún tipo de conversación. Muchos hombres, algunas mujeres, ninguna de mi talla.

Rafael me puso la mano en la base de la columna sin llegar a tocarme. Le respeté. Era el hijo de la Sra. Clô, podía tomarse todo tipo de libertades, divertirse en el proceso, pero lo que hacía era tratar cada detalle con la mayor profesionalidad posible, sin insinuaciones, sin exigencias ni imposiciones. También dedicó toda su atención a su objetivo, conseguir el mejor precio posible para mí.

Nada más entrar, me invadió una oleada de nostalgia. Unas chicas hacían equilibrios sobre telas acrobáticas y hacían un trabajo precioso en el centro de la sala donde estaba todo el mundo reunido. En el suelo, acróbatas, lanzadores de fuego y magos ofrecían un espectáculo. Por un segundo me permití volver a ser Jade bailando en el cielo, la chica sin un destino correcto, con la única certeza de que no tenía corazón, pero tendría dos hijos a los que cuidar.

— Toma — me tendió una copa de champán. Fingí el primer sorbo, como me habían enseñado a hacer en la escuela de acompañantes de la señora Clô. — Vamos a dar una vuelta.

De nuevo con su mano en la base de mi columna, me condujo por la habitación. Llevaba un vestido ajustado, pero la segunda piel llena de pedrería impedía que la prenda resultase vulgar o excesivamente reveladora, además de señalar cada movimiento de mi cuerpo. Caminé como

me habían enseñado, observando y catalogando cada detalle, pero sin mostrar lo que hacía. Una buena chica no mostraría tanto interés.

Muchos hombres me miraban al saludar a Rafael, pero no decían nada. No era el momento. Sabía que necesitaba exhibirme, conseguir que la gente adecuada se fijara en mí, que los hombres adecuados me desearan, antes de que pudiéramos perseguir nuestros objetivos. Y eso es lo que hicimos al principio.

Vimos el espectáculo, yo fingí beber, Rafael charló con algunas personas mientras yo hacía mi parte, manteniéndome seria, distante y enigmática. Otras chicas desfilaban por el local con el mismo propósito, algunas ya conocidas, con sus citas, otras en busca de una, hasta que me fijé en la mujer del fondo, rodeada de otras tres personas, con los ojos fijos en mí.

— Jade — me susurró Rafael al oído. — Ha llegado nuestro momento.

Respiré hondo. Este se estaba convirtiendo en el minuto que definiría mi vida. Me condujo por un pasillo hasta que dos guardias de seguridad se apartaron para que pudiéramos avanzar, indicando que se trataba de una zona restringida y que comenzarían las negociaciones.

Una hermosa mujer, de pelo corto y oscuro, bien maquillada, con una figura impecable y un cuerpo bien esculpido, nos recibió a mitad de camino.

— Cómo estás, Rafael — dijo en voz baja pero firme.

— Sinthya — la saludó cortésmente, pero sin acercarse. — Cuánto tiempo. ¿Qué tal tú?

— He estado ocupado. Pero conseguiste lo que querías, ¿no? Se suponía que Ananda estaba en el salón con nuestros socios, pero... — su mirada se dirigió hacia mí y me examinó como si estuviera evaluando una mercancía. — Tienes buena vista, Rafael.

— Siempre — bromeó.

— Vamos.

Seguimos a Sinthya por el resto del pasillo, giramos a la izquierda y, unos pasos después, nos detuvimos frente a una enorme puerta doble, la misma que la mujer había abierto sin detener sus pasos.

— Aquí es — susurró casi imperceptiblemente.

Rafael se adelantó y yo retrocedí, sumiso en la medida justa para que la mujer viera en mi postura mi capacidad para obedecer normas y jerarquías.

— Ananda — dijo cordialmente y con una sonrisa en el rostro. — Me alegro de que hayas venido a verme, incluso en medio de un acontecimiento tan importante.

— Supongo que no tenía elección.

La mujer de mediana edad, con el pelo pelirrojo peinado hacia atrás en ondas, un maquillaje que le daba la idea de que nadie pasaba de ella y una mirada penetrante, me miró fijamente y luego, al igual que su empleada, examinó mi cuerpo, como si necesitara evaluar de cerca si yo valía la pena.

— Bueno, no es culpa mía que Jade atrajera la atención de vuestros mejores miembros — bromeó Rafael, completamente a gusto con la mujer que permanecía impasible. — Esta es Jade — explicó mientras me acercaba. — Nuestra alumna. La mejor, insisto. Aprende rápido y se adapta a las situaciones más diversas.

Me acerqué, sin embargo, no como si formara parte de la negociación. Mis dos pasos eran para que ella pudiera evaluarme mejor y para demostrarle que sí, que podía adaptarme fácilmente.

— ¿Eres nuevo?

— Completamente — señaló Rafael con una sonrisa, sabiendo que esta peculiaridad potenciaría mi valor.

— Cómo puedo saber si es...

— Haz la prueba. Abre tu subasta y evalúa — la cortó.

— Ya sabes cómo funcionan las subastas, Rafael. Si la chica no es aprobada, no recibes nada y te quedas con una chica desacreditada. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

— No dudo en absoluto del potencial de Jade — respondió, imperturbable ante los aspectos negativos de la situación.

— Háblame de ti, Jade. — Ananda, la responsable de mi destino en aquel momento, me miró fijamente.

Entrenada, no me acobardé, a pesar de que todo en mi interior gritaba y temblaba. El texto, memorizado durante días, fluyó con facilidad.

— Soy de Florianópolis y vine a São Paulo para estudiar y probar el modelaje. Sólo tengo a mi madre. Ella todavía está en Florianópolis. Estoy pensando en estudiar moda y hacer carrera.

La mujer, Ananda, seguía mirándome, imperturbable ante el texto cuidadosamente redactado para atraer a un hombre interesado en tenerme como dama de compañía. Me negaría la oportunidad. Lo sabía con certeza, así que improvisé.

— He sido entrenada y aprobada por el Capri — le indiqué.

— ¿El Capri? — miró a Rafael, como si aquel dato marcara la diferencia.

— Ya sabes que nuestro objetivo es tener chicas cualificadas, al fin y al cabo, van a desfilas con hombres notables — dijo, un poco más pagado de sí mismo. — De todos modos, ¿quieres la subasta?

La mujer no contestó. Justo cuando pensábamos que obtendríamos su respuesta, la puerta que teníamos detrás se abrió y entró otra mujer, junto con dos guardias de seguridad, con un porte más seguro y elegante, tan lleno de autoridad que silenció el ambiente.

— Yo me encargo a partir de ahora, Ananda — dijo sin mirarnos.

— Como quieras, Flávia.

Ananda se levantó y entonces la mujer, Flávia, se sentó en el lugar que antes ocupaba la otra mujer. Rafael no la conocía, me di cuenta por la rápida mirada que eché en su dirección, pero no dijo nada y se esforzó por mantener la compostura. Pero ella no le miró.

La mujer, la misma que estaba en el salón y me observaba atentamente, fijó su mirada en mí.

— Jade — dijo como si lo supiera todo de mí. — Sabes usar telas acrobáticas — dijo, lo que, en cierto modo, me agitó.

— ¡Hum! Sí.

— Lo adiviné por la forma en que observabas a las chicas, como si supieras cada paso antes de que sucediera — continuó ella. — Soy Flavia, no trabajo para esta casa, sino para la familia del dueño. Esta noche, en concreto, vengo en busca de una chica para el último empeño en este campo. No sé si han oído hablar de la "Isla".

— Sí, hemos — respondió Rafael por mí, como debía. Le brillaban los ojos por aquel giro de los acontecimientos.

— Has propuesto una subasta — comentó directamente al hombre que me dirigiría. — Yo tengo una oferta mejor. Buscamos a una chica para cubrir un puesto específico en nuestra empresa. Tu "alumna", Jade, tiene las características que buscamos, a pesar de ser rubia. Nuestra propuesta es llevarla a la persona que toma las decisiones. Son tres días en nuestro establecimiento, con dietas pagadas. Después del veredicto, cerramos el trato.

— La tendrías tres días — señaló Rafael. — Pero cómo...

— Su escuela cobrará por los días que ocupemos a su alumna. El procedimiento es el

mismo que aquí, pero "La Isla" está unos escalones por encima. Creo que tu "alumno" tiene potencial, pero no soy yo quien toma la decisión final. Este es el trato.

Uno de los guardias de seguridad le entregó a Rafael un papel. No lo vi, ni podía comportarme como una niña curiosa, aunque estuvieran decidiendo sobre mi vida. Rafael intentó no sonreír, se limpió los labios con el dedo índice para disimular su satisfacción. Finalmente, dejó el papel sobre la mesa y se encaró con la mujer.

— Después de tres días, si no la aceptan, ¿qué pasa?

— Empezará a trabajar aquí. ¿No era ése su objetivo original?

— ¿Aquí? — juzgó. — Ya veo.

— Jade, ¿estás de acuerdo? — Se volvió hacia mí, lo cual me pareció extraño.

— Puedo... — señalé el papel que había sobre la mesa y ella me hizo un gesto para que lo cogiera, lo que no agradó a Rafael.

Leí el documento con atención. Decía que iría al lugar llamado "La Isla" por voluntad propia para un evento de tres días, que podría ser contratado si las partes mostraban interés. También establecía la cantidad que ganarían la señora Clô y Rafael por las tarifas diarias, además de lo que recibirían si cerraban el contrato, y la cantidad que me entregarían a mí.

El trabajo sería el mismo, un lugar para que hombres importantes se divirtieran con mujeres educadas a sus necesidades, sólo cambiaría el lugar. El único detalle que me hizo estremecer fue que volvía a Florianópolis, aunque en una isla exclusiva, escondida del resto del mundo.

— Sí, estoy de acuerdo — respondí mientras hacía cuentas de cuánto ganaría si me contrataban. Ese era el único punto que debía importar.

— Estupendo. Firme los documentos, por favor.

El guardia de seguridad nos entregó unos bolígrafos. Rafael firmó en el lugar que le indicaron y yo hice lo mismo. Luego apareció otro hombre con un maletín, que fue entregado a mi "agente".

— Nos quedaremos con Jade. Empezaremos a viajar esta noche — anunció. — Jade, mi soldado te acompañará a la habitación donde nos esperan las otras chicas para irnos.

— ¿Otras chicas? — pregunté, un poco sobresaltada.

— Sí, pasaste por la primera selección, la mía, pero alguien más decidirá todo, así que hemos seleccionado a tres chicas que serán presentadas. Hazlo lo mejor que puedas.

Me dedicó la más pequeña de las sonrisas, sin sentimiento alguno, y salió de la habitación. Rafael se levantó y me miró.

— Está bien, Jade. Haz todo lo posible por quedarte con ellos. "La Isla", como ya sabes, es el mejor lugar para ayudarte con tu objetivo, pero si te devuelven, esta casa es tu segunda mejor opción. En cualquier caso, te hemos dado todo lo que podemos, así que aprovéchalo. Hasta luego.

Rafael también salió de la habitación. Poco después, el guardia de seguridad me indicó otra puerta en el otro extremo de la habitación, que ni siquiera miré. Cuando la atravesé, ya no estaba en la fiesta, no habría exhibición ni negociación. Caminamos hasta una sala donde esperaban dos chicas, y allí supe que la competencia iba a ser feroz.

14

HEIDI

Antes de irme, hablé con mi madre y le dije que estaría en Florianópolis para seleccionar la mejor casa que se adaptase a nuestras necesidades. Prometí que, si no era seleccionada, los visitaría antes de volver a São Paulo para saber cómo estaban mis hijos. No había noticias sobre el estado de Ayla, sólo que había empezado el tratamiento prescrito por el Dr. Ezequiel y que esta medicación ayudaría a ralentizar el proceso mientras yo buscaba el remedio definitivo.

El problema era que el medicamento que buscábamos, que era el más caro del mundo, no deshacía ningún daño de la enfermedad antes de ser administrado, sólo detenía su avance, por lo que si Ayla no conseguía ralentizar al máximo el avance de la enfermedad, lo único que conseguiríamos sería mantenerla en el mismo estado para siempre. Y eso me aterrorizaba.

Por eso subí al avión decidida a ser la elegida. Aquellas chicas, por muy guapas que fueran y por mucho que demostraran que habían recibido un entrenamiento excelente, no podrían vencerme. Y sabían que competíamos por una mina de oro, por eso, desde el momento en que nos conocimos en la sala, no dijimos nada más de lo necesario.

Y de alguna manera sabía que ellos, como yo, harían cualquier cosa para eliminar al otro. Por eso importaba cada detalle. Elegí un atuendo que podría ser básico, pero que con los accesorios adecuados y la forma correcta de combinar cada pieza, haría que me prestaran atención. Llevé joyas prestadas por la "escuela", me maquillé para resaltar mis labios, ya que mis ojos ya destacaban de forma natural, por no hablar de alargar mis pestañas y diseñar mis cejas.

Sin embargo, nada más llegar al aeropuerto, Flavia subió al avión y nos dijo que tendríamos que tomar una droga que nos dejaría inconscientes durante horas. Luego nos vendarían los ojos y así sucesivamente hasta que estuviéramos en el lugar que llamaban "La Isla". Nos explicó que estaba allí para garantizar nuestra integridad, que no nos pasaría nada y que nuestra seguridad estaba prevista en el contrato.

Aunque sentí miedo, no lo demostré. No me quitaron el móvil, sólo me explicaron que había una inmensa necesidad de garantizar el secreto del lugar y de quienes lo frecuentaban a los miembros de La Isla. Fui el primero en aceptar, tomar la medicina y poco después, cuando abrí los ojos, estaba sentado en un cómodo sillón de una habitación ricamente decorada, con el cuerpo dolorido como si hubiera dormido durante horas interminables y un sabor amargo en la boca.

— Ah, estás despierto — dijo la mujer desde algún lugar lejano.

Miré a mi alrededor sin reconocer lo que me rodeaba. La gran ventana abierta dejaba entrar la brisa y podía oír el suave sonido de las pequeñas olas rompiendo en la arena. Era un sonido tranquilo, pero hacía años que no me sentía así.

— Necesitas un baño — continuó.

Busqué la voz y encontré a Flávia sentada en otro sillón, lejos de donde yo estaba. En distintos momentos, las otras dos chicas dormían.

— Detrás de esa puerta hay un cuarto de baño. Sobre la cama hay una maleta con tu nombre, que contiene todo lo que necesitas. Antes de presentarte, vamos a hacer unas pruebas, así que necesito que seas breve.

— ¿Pruebas? — pregunté con la garganta seca y la voz arrastrada.

— Iniciales. Sólo para asegurarnos de que estás bien. Hemos recibido tu expediente y sabemos que te acaban de hacer las pruebas, pero a nuestras chicas las atienden los mejores especialistas.

— Comprendo.

Me levanté con cuidado, todavía mareada y sintiéndome extraña por haber cerrado los ojos de noche en un avión en São Paulo y despertarme en algún lugar de Santa Catarina. Mi bolso y mi móvil no aparecían por ninguna parte.

— No te preocupes — dijo suavemente. — En cuanto hagamos su presentación, recibirá sus pertenencias. No se permiten fotos ni filmaciones en nuestro espacio, pero puedes hablar con tu familia, dentro de los límites del acuerdo de confidencialidad, por supuesto.

— Por supuesto — repetí sin darle importancia.

— El baño, Jade — me indicó.

Me acerqué a la cama, donde encontré la maleta con mi nombre e hice lo que me dijo. En el enorme cuarto de baño, decorado como si allí viviera un rey, me lavé la cara, me higienicé y me di una ducha rápida. Me maquillé con sencillez y me puse la bata, lo único que llevaba en la maleta. Cuando salí del baño, las otras dos chicas ya estaban despiertas.

— Vamos, Jade — dijo Flávia con cierta autoridad. — Esta es Alessandra — indicó a una mujer de mediana edad que apenas me miró a los ojos. Llevaba un extraño uniforme, todo negro, como si formara parte de un ejército. — Ella te llevará a hacer los exámenes, luego te llevará a tu habitación donde comerás algo y te prepararás para la presentación.

Y así sucedió. Alessandra me condujo a través de muros de piedra, como si estuviéramos en un castillo medieval, con la diferencia de la luz eléctrica y el suave sonido que provenía de alguna parte. No nos cruzamos con nadie. Abrió una puerta y me pidió que entrara. Me esperaba una mujer de blanco con bata de laboratorio.

— ¿Jade? — preguntó levantando la vista de los papeles que tenía delante.

— Sí.

— Siéntese aquí, por favor.

Sin mirarme directamente, me sacó tres viales de sangre, lo que me mareó aún más.

— Es el efecto del somnífero — me explicó. — Por favor, si lleva bragas, quíteselas y tumbese en la camilla. Es un procedimiento ginecológico, no pasa nada.

Lo he hecho más veces de las que creía necesarias desde que me enteré de que estaba embarazada. En casa de la Sra. Clô me exigieron el ingreso y luego el visto bueno del Capri, así que si lo que decía Flavia era cierto, me hicieron las pruebas y aún así se empeñaron en confirmarlo.

— ¿Cuándo tuviste relaciones sexuales por última vez? — quiso saber.

— Hace unos dieciséis días — le dije.

— ¿En la fecha en que te hiciste los últimos análisis?

— Sí. Un requisito.

— Ya veo. Bueno, ya sabes cómo funciona.

Y así lo hice. Hice lo que me pedía y fingí que no me importaba que me observaran tan de cerca y con tanta precisión. Los pocos minutos me parecieron una eternidad, hasta que me soltó.

— Alessandra te acompañará a tu habitación, querida. En cuanto estén listos los resultados, Flavia te lo hará saber.

No lo puse en duda. Sabía que los resultados tardaban cuando el interés provenía de una persona normal. Pero desde que entré en aquel mundo, todo era urgente. El tiempo corría en nuestra contra y el tiempo era dinero. Por eso estaba seguro de que antes de que acabara el día

tendríamos los resultados.

Alessandra apareció en cuanto la doctora, que no había sido presentada, pronunció su nombre. Abrió la puerta y me indicó el camino. Caminamos por el pasillo hasta otra puerta donde me condujo a una gran habitación del mismo estilo que la anterior: grande, lujosa, con una enorme cama de matrimonio sobresaliente. Sin duda era el estándar de las habitaciones que utilizaban las chicas de la casa.

Había un gran desayuno en la mesa. Me senté y comí lo menos posible, porque no sabía lo que me esperaba y, como aprendí en la "escuela", en momentos así era mejor evitar la glotonería. Después de una taza de café, un vaso de zumo y algo de fruta, cogí una manzana y me acerqué a la ventana, y fue entonces cuando entró la segunda chica.

— ¿Compartimos habitación? — dijo con cierto desprecio.

— Según tengo entendido, sólo se va a quedar uno de vosotros, así que no hay necesidad de ocupar tres habitaciones.

Ella puso los ojos en blanco y se sentó a la mesa a devorar lo que encontró. Mejor para mí. Si ella se llenaba de gases y tenía la barriga hinchada, yo tendría ventaja. Así que me comí mi manzana en silencio y observé el mar unos cuatro pisos por debajo de nosotros. Había una playa a mi izquierda y un montón de rocas al otro, así que el ruido del mar era mayor allí. Me sentía sola.

Enseguida pensé en mis hijos. Lorenzo y su sonrisa abierta y fácil. En su deliciosa forma de estirarse y actuar. También pensé en mi pequeña Ayla, en su quietud, en sus ojos tan azules que hipnotizaban. Y tuve que tragarme las lágrimas al imaginarla al principio de su enfermedad.

Fue en ese momento cuando la otra niña entró en la habitación. Nos miró con la misma curiosidad que la otra niña, pero prefirió prestar atención a la comida.

— ¿Usted también se ha hecho un examen ginecológico? — preguntó tras el primer bocado de pan. — ¿Por qué te has hecho esas pruebas?

— Para que ningún cliente coja ninguna enfermedad — replicó irónicamente el otro, como si acusara al recién llegado. — Ya sabes, secreciones, verrugas.

— Yo no tengo nada de eso, ¿vale? Vengo de una casa...

La discusión siguió y siguió. La puerta volvió a abrirse y entró Flávia, acompañada de otras tres mujeres, todas con el mismo uniforme que Alessandra.

— ¿Ya se han instalado?

— ¿Vamos a compartir habitación durante tres días? — quiso saber la segunda chica en llegar.

— En realidad, dos de vosotras. La otra se someterá a una evaluación.

— ¿Quieres decir que haremos la prueba del sofá? — preguntó la tercera chica con una risita.

— Sabrás todos los detalles en un momento. Ahora, si estás satisfecha, vístete. Aquí tenemos ropa para todos y maquillaje. En cuanto estéis listas, volveré.

Cuando Flavia se marchó, cada una de las mujeres que la acompañaban se volvió hacia una de nosotras.

— ¿Jade? — Me llamó una guapa chica negra, demasiado joven para estar en un lugar como aquel.

— Por aquí.

Se acercó a mí y me mostró su ropa. Me sorprendió de inmediato, porque lo que nos entregaba a todos, sin diferencia alguna, era una prenda, una malla para ser exactos, ricamente adornada, pero visiblemente confeccionada para su presentación. Era sensual en su justa medida,

sin restarle practicidad.

"*Sabes usar las cuerdas acrobáticas*", recordé las palabras de Flavia y pronto comprendí que eso era lo que quería de nosotras. Escuchando las miles de preguntas y protestas de las otras dos, me puse lo que la chica me entregó, me maquillé a la altura de lo que el traje pedía y me coloqué en posición en el momento en que Flavia regresó a la habitación.

— ¿Qué clase de traje es ese? — preguntó la tercera chica, incómoda con la tela.

— Pronto lo sabrás. Bueno, por favor, venid aquí y poneos en fila.

Obedecemos. Mientras ellas no sabían qué hacer con lo que habían recibido, yo me coloqué en la posición adecuada y esperé. La puerta se abrió, entraron dos hombres armados y luego... ella.

Por un segundo mi cuerpo se debilitó, todo en mí tembló. Mi instinto de supervivencia gritó y quise rendirme. Pero no pude.

— Chicas, esta es la persona encargada de vuestra prueba a partir de ahora. Buena suerte y estaré con la que resulte seleccionada al final del tercer día.

Flávia se fue, la puerta se cerró y mis ojos se quedaron fijos en la figura que estaba allí de pie observándonos.

Lícia Kuhn, la hermana de Jean. La mujer más engañosa y cruel con la que tuve que convivir cuando estaba en la casa familiar. Y fue ella quien tuvo que ponerme en orden.

15

HEIDI

Lícia no me odiaba. De hecho, me veía como un perro que vagaba por la casa y calentaba la cama de su hermano casi todas las noches. En general, me ignoraba, sobre todo después de que Matheus muriera y yo perdiera mi papel de niñera. Y eso fue después de castigarme durante casi un mes por dejar que se salieran con la suya. Como si alguien fuera capaz de detener a Giullia.

Después de eso, y a instancias de Jean, me dejó en paz. Sin embargo, la verdad era que ni siquiera yo le importaba a Jean. Yo sólo era un cuerpo caliente en su cama. La persona con la que desahogaba su desesperación por haber perdido a la mujer que amaba.

Es curioso contar esto después de tanto tiempo y recordar que tardé un año en rebelarme, en querer más, en exigir más y en ser expulsada de su vida como si no hubiera valor en lo que vivíamos. Entonces me fui.

Lícia debió celebrar que su hermano me hubiera echado. Esa mujer no lo quería con nadie. Ella usaba sus mentiras para mantenerlo bajo control, para asumir un poder que ella nunca podría ejercer. Engañó a los idiotas con esa historia de que tenía que elegir a un hermano antes que a otro y que salvó las vidas de Jean y Giullia porque le quería demasiado.

Vi a Lícia por lo que era. Una mujer interesada. Ella preparó la muerte de Joel porque con Joel nunca dejaría de ser una mujer más en la casa. Con Jean ella tenía poder, decisiones y libertad. Fue ella quien me hizo niñera de Matheus. Fue ella quien me ordenó vigilar a Giullia.

Demasiado joven, me dejé llevar. Me enamoré pronto del hombre que me trataba como a una reina en la cama y luego me despreció cuando llegó su verdadero amor. Todos se aprovecharon de mí. Era hora de que yo me aprovechara de ellos.

Lícia no había cambiado nada desde que salí de casa. Mantenía aquella mirada altiva, la postura de quien no se mezclaba, la arrogancia que no engañaba. Miraba en dirección a las chicas, se acercaba todo lo necesario y las observaba, valorando cada detalle y haciendo peticiones. Cuando llegó mi turno, una pequeña sonrisa irónica dejó claro que me había reconocido.

Su inspección tenía el tono de quien pregunta "*¿qué haces aquí?*". Pensé que iba a echarme de inmediato, pero algo la contuvo. Seguramente fue el hecho de que fuera Jean quien me había echado y no yo quien había huido de su hermano, cosa que no me gustó nada.

Aun así, se alejó de mí sin decir nada. Caminó hasta el centro de la habitación y se volvió hacia nosotros.

— Estoy aquí para asegurarme de que encontramos a la mejor chica, pero no soy yo quien decide.

Sus palabras hicieron que la chica del otro extremo se removiera, pero bastó una gélida mirada de Lícia en su dirección para que se callara.

— Flavia sin duda ha explicado cómo funciona nuestra selección. Hay tres días. La persona encargada vendrá a evaluarte y elegirá una por noche para... comprobar tus aptitudes. No te

preocupes, mientras estés aquí estarás bien atendida y al final de los tres días recibirás las tarifas diarias acordadas. La chica que se quede será trasladada a la habitación que ocupará y conocerá las normas de la casa. Ahora...

Levantó una mano hacia uno de los guardias, sin mirarlo, y recibió de él una bolsa de terciopelo.

— Poneos esto — ordenó mientras sacaba tres máscaras idénticas con forma de mariposa de color azul cian, como los detalles de nuestra ropa.

En cuanto lo hubimos hecho, volvió a pasearse por la habitación, las analizó una a una y se quedó frente a mí con una expresión extraña, que me puso ansioso.

— Creo que ya basta. Espera aquí. Exactamente como estás.

Luego salió de la habitación. Los dos guardias de seguridad permanecieron en su sitio. Ninguno de los dos nos miró, pero me di cuenta de que el que estaba más cerca de mí se esforzaba por no mirar. No le conocía, así que él tampoco me reconocería.

Sin embargo, no había duda de quién nos elegiría y ése era mi mayor problema en ese momento. Porque Jean podría no quererme, podría no echarme de menos e incluso podría llevarme una noche para una prueba sin valor para él. Eso no me preocupaba.

Lo que me agitaba era el hecho de que había una cicatriz, aunque había sido suavizada de todas las maneras posibles por la señora Clô. Jean, si me veía sin ropa, sabría que tenía un hijo y, si investigaba, llegaría a la conclusión obvia.

Sería mi fin.

JEAN

— El hijo de puta está muerto — gruñí cuando me encontré con Álvaro en la entrada de la celda. — ¡Joder! Te dije que lo quería vivo.

— Cálmate, Jean.

— Cálmate de una puta vez. Esos cabrones tienen un cargamento de mis diamantes, ¡joder!

— Tenemos información. Tenemos al tipo. Los soldados llegarán hoy con el matón y comenzaremos la investigación.

— ¡Mierda! Dos mierdas que no podemos resolver — grité mientras salía del calabozo acompañado de mi subjefe. — ¿Te das cuenta de lo que es esto?

— Sólo que hasta que esto no se resuelva, no tienes que casarte — bromeó mientras encendía un cigarrillo.

— ¡Vete a la mierda!

Cogí el cigarrillo para mí y caminé hacia delante. Había una norma que prohibía fumar en el interior, pero sólo se aplicaba al personal y, sobre todo, a las chicas. Los socios podían hacer lo que quisieran y yo... yo era el rey de aquel puticlub.

— Lícia te persigue — advirtió.

— Si no estuviera casada, me casaría con ella — bromeé.

— Preferiría la muerte — replicó Álvaro, lo que me hizo reír.

— ¿Qué es lo que quiere?

— Flavia...

Pero mi amigo no terminó de hablar. En cuanto pronunció el nombre de la mujer en la que confiaba en aquella isla, Flavia apareció frente a nosotros, tan seria como siempre, pero con un poco más de enfado que de costumbre.

— Flavia — dije con severidad. — ¿Has encontrado a las chicas?

— Como me pediste — dijo sin perder su pose de mando. — A las tres. Lícia ya las ha evaluado y las pruebas son las solicitadas.

— ¡Qué bien!

— ¿Tres? — Álvaro me miró con una sonrisa estúpida en la cara. — ¿De verdad necesitabas evaluar a los tres? Puedo...

— Tiene que parecerse lo más posible a Scarlett — advertí.

— Ninguna de ellas llegará nunca a ese nivel — replicó Flavia con otro tono de enfado. — Scarlett era única. Por eso tenía tanto éxito.

Flavia protegía y cuidaba a las chicas. Era mi fiel soldado, que se aseguraba de que ni mis chicas llegaran al límite, ni de que nadie más pudiera lograr semejante hazaña. Desde la muerte de Scarlett, ella ha cambiado. Probablemente consumida por la misma culpa que yo por dejar que sucediera bajo nuestros ojos.

— Hablando de eso, Sr. Kuhn. ¿Algún progreso en la investigación?

— No. Por el momento seguimos intentando recuperar el sistema, para entender por qué falló.

— Sabes que no hay forma de que haya fallado. La contraseña...

— Pero falló, Flavia. ¿Cómo? No te lo puedo decir. Sólo Álvaro y yo tenemos la contraseña, y mi subjefe tiene una muy buena coartada.

No hablé por mí, porque no le debía ninguna satisfacción a un soldado. Sin embargo, la amnesia, el hecho de haber dejado sola a Scarlett para ir en busca de Giullia, el haber bebido tanto que ni siquiera recordaba haber llevado la barca al embarcadero, eran también cargas que llevaba.

— ¿Me mandó llamar Lícia por lo de las chicas?

— Sí, señor.

— Dile que me dará una ducha y me reuniré con ella.

Flavia aceptó y se marchó. Álvaro me acompañó a mi habitación. A mi amigo no le pareció que invadiera mi espacio, aunque yo me quejara.

— ¿Tres chicas? — repitió. — ¿Una noche con cada una?

— Esto no funciona así. Nadie conocía a Scarlett como yo, así que existe la posibilidad de que descarte a una o a todas antes de probarlas en la cama.

— ¡Tío, tienes suerte!

Entrecerré los ojos mirándole. Aunque a los soldados no se les permitía acostarse con las chicas, Álvaro no ocupaba cualquier puesto, así que pagando la tarifa diaria por cualquiera de ellas, podía elegir.

Sacudí la cabeza y me fui a la ducha. Confieso que tardé más de lo necesario. Había tenido sexo toda la noche anterior. Estaba agotado, harto de mierda sin resolver y sin ganas de probar a una chica en la cama. Sin embargo, ya era hora de que Scarlett volviera al salón y yo, como capo y anfitrión de la casa, necesitaba al menos calmar uno de los problemas.

Cuando salí del vestuario, Lícia me estaba esperando y Álvaro ya no estaba allí.

— Sabes que no me gusta que entres en mi habitación — me quejé.

— Bueno, déjate de tonterías, Jean. Tu soldado me dijo que Álvaro acababa de irse y que estabas sola.

— Haré que le den una paliza a Ernandes la próxima vez. No vengas a mi cuarto si no te llamo, Lícia.

— Volviste enfadada — señaló. — Quería saber cómo había ido. ¿Alejandro estaba bien? ¿Y Benito, cómo está?

Al mismo tiempo, me compadecí. Eran tantos los problemas que olvidé que Lícia tuvo que entregar a sus dos hijos a un abuelo cruel para un entrenamiento inhumano.

— Nuestro padre aceptó enviarme a los chicos cuando estén listos — dije.

— ¿Por qué?

Por un segundo pensé que había decepción en la voz de mi hermana, pero Lícia sonrió y la extraña sensación desapareció.

— Yo seré Don, así que tus hijos serán Capo aquí. Necesito gente de confianza que se ocupe de nuestro negocio cuando tenga que hacerme cargo de lo que hace nuestro padre en Alemania.

— ¿Entonces está decidido? ¿Realmente volverás a Alemania cuando nuestro padre entregue el trabajo?

— Espero que tus hijos hayan alcanzado al menos la mayoría de edad — gruñí. — Ahora dime. ¿Has visto a los seleccionados?

Lícia me dedicó una sonrisa misteriosa antes de contestar.

— Sí, estuve con ellos.

— ¿Y qué me dices?

— Uno de ellos es ideal, si tú lo apruebas, claro.

— ¿Sólo uno? ¿Flavia seleccionó tres y el primer día lo finalizas?

Me puse el reloj de pulsera, el collar con el crucifijo y me ajusté la camisa mientras observaba la misteriosa sonrisa de mi hermana.

— Según Flavia, la chica decía saber tela de acrobacia.

— ¡Hum!

— Su cuerpo era perfecto con el disfraz de Scarlett.

— Pero...

— Su pelo es rubio. No es que eso sea un problema. Una peluca o incluso teñirlo...

— Lo pensaremos más tarde. Te diré algo: ¿son seguros los aros en la habitación de Scarlett?

— Creo que sí. Puedo hacer que los inspeccionen.

— Hazlo tú. Primero los probaré en el ambiente que haga creer a los miembros que es realmente Scarlett, luego haré el resto.

— Como deseas, hermano mío. ¿Nos vemos en la antigua habitación de Scarlett?

— Sí, en unos minutos — dije.

Lícia se fue. Saqué el móvil y miré los mensajes, sobre todo los temporales, que borraban las huellas de lo que no debía quedar a la vista. Luego miré la hora y salí en dirección a la habitación donde Scarlett tenía su intimidad. Un lugar que rara vez visitaba y en el que no permitía entrar a nadie después de la tragedia.

Entrar de nuevo en la habitación de Scarlett fue extraño. No era un santo y no me consumía la culpa de la mierda que me traía mi trabajo, pero darme cuenta de que alguien había hecho lo que había hecho a una de mis chicas, en mi habitación, y no éramos capaces de averiguar quién lo había hecho, era una putada.

Por eso me centré en las tres figuras del fondo. Todo el espacio había sido preparado para un espectáculo privado, un sillón frente a los aros suspendidos de los que caían las telas. Lícia se había empeñado en dejar que la tenue iluminación desempeñara su papel para convencerme de

que uno de ellos podía ocupar el lugar de la chica que yo había dejado morir.

Me senté e hice un gesto con la mano para que Lícia empezara el espectáculo. La primera chica fue un desastre. Si decía que entendía el proceso, mentía. Flavia la habría sacado de la isla al final del día. Sin embargo, de lejos, con la postura correcta, ella engañaría a los ojos. Eso si seguíamos con la idea de que mi protegida seguía indispuesta.

Pero la segunda chica, la rubia que mencionó Lícia, hizo que se me trabara la respiración en los pulmones cuando trepó por las telas como si no tuviera peso en el cuerpo. Ni la propia Scarlett tenía esa facilidad. Su cuerpo engañaba, sobre todo cuando se vestía con la misma tela. Y cuando llegaba a la altura adecuada, era imposible apartar los ojos de la chica que bailaba en el aire, envolviéndose en la tela como si fueran manos, o lenguas, acariciando su piel.

Era hermosa, casi como un encantamiento, una aparición mística, un ser mítico. Y me miraba fijamente, aunque desde arriba, desde donde yo no podía ver sus ojos, me miraba como si no hubiera nadie más en la habitación que yo. Y fue... extraño.

En cuanto terminó la presentación de la chica, me levanté. La idea era acercarme a ella antes de que volviera a su posición, pero en cuanto se liberó de las telas, me dio la espalda y ocupó su lugar junto a los demás. Lícia se acercó a mí con cuidado.

— ¿Qué te pasa? — susurró.

— Lícia. Mándala a mi cuarto — le dije.

— Pero la otra chica ni siquiera...

— No la necesitarás. Como has dicho, es ideal.

— ¿Y qué hago con los otros?

— Envíalos a la habitación que ocupan. Mañana decidiré lo que haremos.

— De acuerdo. Enviaré a Jade a tu habitación, hermano — aceptó sumisa.

— ¿Jade? ¿Ese es su nombre?

— Por el que se hace llamar.

— Hasta esta noche — le dije. — Si todo va bien, mañana será Scarlett. Y que no haya ninguna duda.

— No la habrá — me aseguré.

Salí de la habitación, ignorando el murmullo a mis espaldas. De repente, todos los demás problemas desaparecieron de mi mente. Aquella chica, la versión rubia y mejorada de mi protegida Scarlett, robaba todos mis pensamientos.

16

HEIDI

— ¿Qué ha pasado? — quiso saber la chica que no se había presentado. — ¿Por qué se ha ido? ¡Era mi turno!

— Preguntó por ella — Lícia señaló en mi dirección, lo que me hizo estremecer.

Jean nunca me había visto hacer una coreografía acrobática, jamás podría imaginarme en una actuación así. Y he cambiado desde que salí de su casa, igual que él, me di cuenta. Su pelo, antaño lo suficientemente largo como para recogerlo en una pequeña coleta, ya no lo llevaba. Llevaba un corte moderno, más acorde con su nueva posición.

También noté nuevos tatuajes, a pesar de la distancia y la mala iluminación. Ningún cambio en aquel hombre me pasaría desapercibido. Sin embargo, pasaría de largo. El pelo largo y bien cuidado, el cuerpo más corpulento, el rostro oculto por una máscara... ¿qué había pasado? ¿Me había reconocido?

— Pero ni siquiera tuve la oportunidad... — continuó la chica. — ¿Cómo puede elegirla si ni siquiera sabe de lo que soy capaz?

— Mañana, quién sabe — comentó Lícia irónicamente. — De momento, ella ha sido elegida y aquí nadie discute lo que decida Jean Kuhn.

Y yo estaba segura de que ella sólo mencionaba su nombre para darme más miedo del que ya tenía.

Jean me reconocía y me mataría en cuanto descubriera toda la verdad.

— Ustedes dos irán con el soldado. Tú, Jade, ven conmigo.

En silencio, seguí a Lícia por otro largo pasillo. Al parecer, la habitación que ocupaba Jean estaba en el otro extremo de aquel castillo de piedra. No dijo nada cuando los soldados pasaron junto a nosotras, ni cuando las mujeres de uniforme negro la detuvieron para preguntarle algo.

Pronto me di cuenta de que Lícia tenía voz en aquel lugar, lo cual era peligroso, pero no me miró ni un segundo y cuando entramos en el ala que se suponía que era la habitación del gran señor, el Capo, el ambiente cambió a uno más moderno, como de hotel de lujo, de esos que sólo se conocen por las películas. Grandes lámparas de araña adornaban los techos, muebles modernos, claridad, elegancia.

Y entonces unas puertas dobles, blancas con tiradores dorados, cerraron el acceso al pasillo. Dos hombres se pararon frente a ellas. Lícia entró sin anunciarse. Los soldados reconocieron su importancia. Entramos en la habitación de Jean, o en lo que yo imaginaba que era.

Era tan grande que era imposible no imaginar que una familia podía vivir cómodamente en ella. Era más grande que la casa de mi madre. También tenía muebles finos y mostraba lujo en cada detalle.

— Antes de darte tus instrucciones, necesito saber qué haces aquí, Heidi — preguntó con ese tono que dejaba claro quién estaba al mando de la situación.

— Lo mismo que los demás — respondí, ocultando mi miedo, como si supiera que se trataba de uno más de los negocios de Kuhn. — Fui a la escuela de la señora Clô. Me entrenaron los Capri y estuve en el lugar que llaman "La Casa" para una selección, cuando Flavia me eligió.

— ¿Así que tu regreso no tiene nada que ver con tu desesperada pasión por mi hermano?

A pesar de mi enfado, esboqué una estúpida sonrisa y dejé que todo mi cuerpo se burlara de la situación.

— ¿Pasión desesperada? — me burlé. — No sé en qué estás pensando, Licia.

— Señora Kuhn — me corrigió.

— Señora Kuhn — la obedecí sin detenerme a confrontarla. — Pero busco lo mismo que los demás: dinero rápido y fácil. Me da igual que sea tu hermano o cualquier otro idiota el que esté en mi cama, mientras pagues.

Me dedicó una amplia sonrisa, que dejó claro que mi mentira había sido suficiente.

— Bien. Aquí tienes la ropa que tienes que ponerte. Cámbiate en el baño. Jean debería volver en cualquier momento.

En el sofá sólo había unas bragas y un sujetador, que no me asustaron. Las cogí y me dirigí al baño.

— Casi lo olvido. No cojas nada. Jean sabe todo lo que hay en esta habitación. Buena suerte con Jean — dijo antes de marcharse y me entraron ganas de tirar algo a la pared.

Y de hecho necesitaba que la suerte existiera, que no fuera una invención más de los hombres, una creencia. Porque en pocos minutos, Jean descubriría que yo era la chica por la que había interrumpido la selección, y sólo ese detalle le bastaría para echarme. Tal vez por eso Licia estaba tan excitada. Ese cretino se divertiría con la escena.

Enojada, fui al baño a prepararme para el hombre que una vez había sido mi gran amor, el que me había hecho creer que había un alma y un corazón en algún lugar dentro de aquel cuerpo magullado.

Me quité la malla y miré mi cuerpo en el espejo que casi ocupaba toda la pared. Había cambiado tanto en mí en tan poco tiempo. No sólo por el embarazo, sino que los agotadores entrenamientos sobre la tela, la fuerza que exigía, habían cambiado mis contornos, diseñado mi cuerpo y ni siquiera el hecho de tener dos hijos había impedido que volviera a estar en forma. Y allí, en ese lugar tan expuesto, pero casi imperceptible y que, con el maquillaje adecuado, como aprendí en la "escuela", podía incluso ignorarse, estaba la cicatriz que, aunque Jean me aceptara en su establecimiento como una de sus muchas putas, definiría mi condena.

Cuando Jean me viera sin ropa, lo sabría. Si exigía la información adecuada, sacaría fácilmente conclusiones y me condenaría a muerte por ocultarle la existencia de un heredero, un Kuhn.

Estaba perdido. Si al menos me hubiera dejado para el final, si al menos hubiera puesto a prueba a las otras dos chicas antes que a mí, tendría el valor de las tres noches, que no significaba mucho, pero ayudaría con las facturas de Ayla. Pero mi desgracia fue tal que me seleccionó primero, interrumpió el protocolo, porque, una vez más, fui demasiado ingenua, o demasiado maliciosa, para darme cuenta de que una presentación impecable me pondría en el punto de mira del hombre que no podía poner los ojos en mí.

Me agarré con fuerza al borde de la encimera de mármol y me obligué a no llorar, a no temblar. No había posibilidad de escapar. El lugar era una isla y yo estaba en el último piso, dentro de la habitación más vigilada, el dormitorio del Capo. Así que si no había forma de retirarse, tenía que seguir adelante.

Me puse la ropa que me habían dejado y me dirigí a la silenciosa habitación. La luz que entraba por las ventanas no permitiría que continuara la farsa, aunque mantuviera la máscara en la cara.

Y de espaldas a mí, impasible ante mi presencia, allí estaba. Guapísimo, todo de negro, los tatuajes de sus manos parecían bailar mientras se servía un whisky y el que le subía por el cuello

me recordaba lo mucho que me gustaba trazar cada detalle con mis dedos.

Así que tuve que admitir, ya que iba a morir ese día, que reencontrarme con Jean activó en mí un montón de sentimientos, entre ellos la herida, el dolor, el miedo, pero también el amor que nunca me abandonó, sólo se adormeció, se camufló, me permitió respirar durante los meses separados.

Amaba al hombre que me mataría.

JEAN

Cuando entré en la habitación, no vi a la chica. Lícia tampoco estaba y no había intentado acercarse a mí en ningún momento antes de aquella reunión. Seguro que estaba intentando organizar a las otras mujeres, ya que yo había roto el protocolo y le había fastidiado la organización.

El sonido del grifo abierto en mi cuarto de baño me alertó de la presencia de la chica, así que confié en ella, ya que mis hombres estaban en la puerta del dormitorio y no me alertaron de nada. Sin embargo, cuando se trataba de confianza, aunque se hubiera fortalecido desde lo sucedido con Scarlett, nunca se era demasiado precavido.

Coloqué mi pistola sobre el pequeño mueble que hacía las veces de barra y me serví un trago de whisky cuando oí abrirse la puerta. Los pasos ligeros de la chica no fueron lo bastante silenciosos como para sorprenderme. Dudó y lo comprendí. No era fácil para ninguna mujer pasar por aquello, así que me esforzaba por ser el mejor para cada una de ellas cuando estaban en mi cama.

Y especialmente quería a aquella mujer en mi cama.

Me aparté para que tuviera todo el tiempo que necesitara. Me tomé mi tiempo con cada gesto, la elección del hielo, el trago extra que vertí en mi vaso, hasta que ni siquiera pude oír su respiración. Entonces me volví hacia ella y la encontré de pie en el centro de la habitación.

Su cuerpo torneado sólo dejaba ver unas bragas negras con detalles cian y un sujetador del mismo estilo, pero lo que más me llamó la atención fue la máscara que mantenía en su rostro, y eso marcaba la diferencia, porque en ese momento no necesitábamos una prostituta más al servicio de los socios, necesitábamos misterio, y eso destilaba ella.

Bebí unos sorbos sin acercarme más. Observé a la chica y lo que había en mi interior. No era calentura, o no sólo eso. Era como si... la conociera. Como si esa intimidad, ella en lencería, dispuesta a servirme, ya existiera. Respiré hondo sin apartar la mirada de aquella máscara y me di cuenta de que era ese detalle el que me atraía. La máscara de Scarlett me hacía creer que estaba reviviendo mis encuentros con ella, aunque aquella chica de pelo rubio no fuera la morena que murió en mi cama.

Puse el vaso sobre la pieza y me acerqué a ella. La chica no se movió, pero sus ojos claros, ocultos por la máscara, permanecieron fijos en mí y no sabría decir si expresaban miedo o si estaba fantaseando con lo que le había ocurrido a Scarlett.

— ¿Conoces las normas? — pregunté, tratando de expulsar de mi mente las imágenes indebidas.

La chica asintió sin decir nada. El misterio funcionaría bien con los miembros, pero en aquel momento necesitaba que ella se desprendiera un poco del personaje, aunque no supiera la verdadera razón de su estancia.

— Sabes que no vas a convencerme sólo con el espectáculo que montaste en la otra habitación, ¿verdad?

De nuevo se limitó a asentir, lo que me inquietó.

— ¿Sabes lo que vamos a hacer? ¿Qué tienes que hacer?

No dijo nada, lo que me hizo perder la paciencia.

— Quítate la máscara — le ordené. La chica no se movió, pero pude ver cómo mis palabras alteraban su respiración.

Me acerqué más, tanto que pude quitársela yo mismo. Miré fijamente los ojos que permanecían clavados en los míos, aterrorizados.

— Quítate la máscara — dije en tono autoritario pero menos amenazador.

La muchacha tragó saliva con dificultad y levantó las manos para desatar el nudo que sujetaba el adorno a su rostro. Vi, sin querer dejarme estremecer, cuánto le temblaban los dedos. Observé su pelo bien cuidado, los rizos espesos y modelados que le llegaban casi hasta la cintura, sus pechos llenos y sus muslos firmes, hasta que entró en mi campo de visión la pieza que antes le había cubierto la cara, en su mano delicada, con una pequeña cicatriz casi imperceptible en forma de cruz, igual que...

Levanté la cara apresuradamente y la miré fijamente. Tardé más de lo debido en fijarme en aquel rostro que, aunque bien maquillado, maduro y perfilado, no me engañaría ni un segundo.

— ¿Heidi?

— Hola, Jean.

17

JEAN

— Hola, Jean.

La voz susurrada, aunque contenía miedo, tenía un tono maduro y seguro. No sonreía, no me miraba como la chica apasionada que había frecuentado mi cama durante un tiempo, con la que había ahogado mi dolor, mi pena, hasta que comprendí que nada cambiaría lo que había en mí y la alejé.

— ¿Qué hace usted aquí?

Y mi pregunta contenía más indignación que sorpresa.

Heidi no era una puta. No era el tipo de chica que se acostaría con cualquiera por dinero, aunque el precio fuera alto y atractivo. Heidi era romántica, tonta, apasionada, lo suficientemente inmadura como para desaparecer cuando yo pusiera fin a lo que había entre nosotros. Por eso no había ninguna posibilidad de que Lícia eligiera a esa chica e incluso me indujera a aceptarla.

¡Mierda! Heidi era hija de una de las mujeres que dirigían mi casa. Fue criada entre mi gente. Acabó en mi cama porque el universo se equivocó, porque era demasiado joven para darse cuenta de que el sexo y el amor no se mezclaban, porque era peligroso.

— Igual que las otras chicas — dijo con determinación.

El miedo, el temor que había identificado en sus ojos segundos antes de que se revelara, desapareció. En su lugar había una mujer decidida a ser aceptada.

¡Santo cielo!

— ¿Has hecho todo esto para volver conmigo? — acusé. — Tú...

Cerré los ojos con fuerza porque sabía cómo funcionaba el proceso desde que asumí el cargo de capo. Cuando Joel estaba al mando, secuestraban a las mujeres o las atraían con una oferta de trabajo engañosa, para luego venderlas, esclavizarlas y obligarlas a prostituirse.

Nunca estuve de acuerdo con lo que hacían mi padre y mi hermano, así que a la primera oportunidad acabé con el plan y convencí a don Stefan presentándole cifras convincentes de mis clubes de lujo y casas privadas, tan ocultas que ni siquiera los medios de comunicación sabían de su existencia. Después de eso, todo cambió.

Las mejores chicas acudían a mí por voluntad propia, dispuestas a trabajar duro por un buen dinero. Sin embargo, el camino era difícil. Muchas tuvieron ayuda, muchas pasaron por diferentes manos para llegar a ser lo que eran, y Heidi... ¡Joder! ¿Qué hizo esa idiota?

Cuando volví a mirarla, me dedicó una sonrisa irónica. A diferencia de la chica tonta y apasionada con la que había vivido casi dos años. Se sintió fortalecida por mi pánico, mi miedo a que fuera verdad. La maldita chica se reía de mi preocupación, de mi celo. Y es que no se daba cuenta de lo jodido que era estar en esa posición, ser ella la que atendía los deseos de hombres lo suficientemente canallas como para exigir sus deseos ocultos, lejos de cualquiera que pudiera juzgarlos. ¡Esto no era la puta Isla de la Fantasía!

— Si pagan bien, entonces sí — confirmó ella con altivez.

— ¿Qué ha hecho, señorita?

— ¿Qué crees que he hecho, Jean?

— Usted... — Respiré con fuerza y di un paso atrás.

— Fui a la mejor escuela de acompañantes del país — explicó sin vacilar. — Me formó el Capri.

— ¿Tú qué?

La furia que provocó aquella información la asustó, pero también a mí. Porque podía no gustarme el destino que Heidi había abrazado, podía odiar la idea e incluso podía no aceptarla en mi propiedad, aunque eso no le impidiera trabajar en otra. Pero conocía a los Capri lo suficiente como para entender lo que significaba ser entrenado por ellos.

Eso significaba que la chica ingenua que se deshacía en mis brazos y me cautivaba con la forma en que se deslumbraba con todo lo que yo hacía ya no existía. Heidi podía considerarse una profesional después de pasar por las manos de los Capri, lo que... me hacía odiarlos.

— Tengo todo lo que se requiere para trabajar aquí — replicó, aún asustada, aún llena de determinación.

— ¡No! — gruñí.

— ¿Qué?

— No vas a trabajar aquí.

— ¿Por qué?

Su tono de voz perdió parte de la fuerza que había tenido para enfrentarse a mí.

— ¡Porque no eres una puta! — grité mientras volvía a coger mi vaso y derramaba todo el líquido de un trago. Necesitaba ese trago.

— Porque eso es exactamente lo que soy. Soy la que necesitas y puedo demostrártelo. Haz tu prueba. Haz lo que necesites hacer.

— Ya he hecho lo que tenía que hacer, Heidi — le dije con desprecio para que abandonara esta locura.

— ¡Es Jade!

— ¿Jade? ¿Un nombre de puta?

— Sí. Un nombre de puta porque eso es lo que soy. Lo cual no es problema para ti, Jean Kuhn, rey de las putas.

El apodo, pronunciado por aquellos labios que una vez consideré inocentes, me enfureció.

— Eres un problema para mí — gruñí, a punto de agarrarla del brazo y echarla. No sin antes enviar a mis hombres a buscar a su madre para que cuidara mejor de su hija. — No te vas a quedar. Y me da igual que los Capri te pongan las manos encima, Heidi — escupí su nombre, lo suficientemente enfadado como para matarla. — Tú no perteneces aquí. Te vas hoy mismo.

— ¡No! — reaccionó desesperada, lo que me alertó. — No — repitió, un poco más calmada, pero con todo el cuerpo en alerta. — Puedo ser lo que tus clientes quieran que sea.

— Tú no puedes. — Y la idea me jodió la cabeza.

— Tengo que quedarme.

Durante un segundo analicé su rostro. Heidi me suplicaba con la mirada, mientras luchaba contra el dolor y la rabia que probablemente albergaba hacia mí. Crucé los brazos delante del pecho, decidido a sacarle toda la verdad.

Cuando Bertha me pidió que me marchara, ya me había imaginado que ocurriría. No era ningún secreto que su única hija frecuentaba mi cama, y no me importaba lo suficiente como para querer evitar las habladurías. Sin embargo, Heidi desapareció de la noche a la mañana, justo cuando yo, borracho y enloquecido por la falta de Giullia, la eché de mi habitación y de mi vida.

Bertha pensó que yo había matado a su hija y no tuvo miedo de interrogarme, pero la mujer me conocía desde niño, cuando desembarqué en Brasil para trabajar con mi hermano. Ella sabía que yo nunca haría daño a Heidi, al menos no de esa forma. Aun así, quería irse y hasta las últimas noticias que tuve, no había encontrado a la chica.

En ese momento Heidi se plantó frente a mí, con un cuerpo magnífico, cambiado como si hubieran pasado años desde nuestro último encuentro, hermosa como una odalisca, misteriosa y fascinante en sus telas acrobáticas, sus pechos llenos, demasiado deliciosos para ser ignorados y sin embargo... ¿Perra? Respiré agitadamente.

— Necesito... dinero — confesó.

— ¿Cuánto necesitas? Te daré el dinero y desaparecerás.

Pero lo que me pareció la mejor solución encendió un fuego en el ego de la chica y me miró desafiante.

— Yo me gano mi dinero.

— Aquí no. Y si depende de mí, así no. En ningún sitio — determiné, demasiado irritado para cerrar la conversación con cualquier resquicio.

Heidi no sería una puta, y punto.

— ¡No! —, gritó. — No puedes hacerlo.

— Yo ya lo he hecho.

— Necesito el dinero, tú... — la chica avanzó hacia mí, dispuesta a golpearme, pero a pesar de todos los cambios que podía ver en su físico, nunca sería más que yo.

En el momento en que Heidi amenazó con darme un puñetazo, la agarré del brazo, la hice girar y la inmovilicé contra el mío. No puedo mentir que los duelos me excitaban, y con ella vestida sólo con unas braguitas diminutas y un sujetador seductor, me excitaba aún más, pero la guinda del pastel era ese culo, uno que estaba más animado que la última vez que lo había tocado, más lleno también, trabajado, apoyándose en mi polla como si supiera cómo encajarla.

— ¿Te has vuelto loca? — grité mientras la sujetaba, pero Heidi no se rendía, aunque estaba atrapada y no podía alcanzarme.

Empujé a la chica sobre la cama para que no se hiciera daño, agotada por la pelea.

— Dime cuánto quieres y acaba de una vez.

— ¡Quiero el trabajo!

— ¡Quiero el trabajo!

— ¡Maldita sea, chica! No juegue con mi paciencia o haré que la sirvan a los tiburones.

Se encogió ante mi amenaza. Aunque nunca sería capaz de algo así, sobre todo con una ex amante, sobre mí pesaba la historia que todo el mundo conocía, que maté a mi hermano para ocupar su lugar y luego me deshice de su mujer y su hijo, asegurándome de que nadie me quitaría el poder de las manos. La mentira caía bien cuando se trataba de ser temido, pero me revolvía el estómago cuando me veía en los ojos de la gente que la creía.

— ¿Para qué necesitas el dinero?

Heidi respiró hondo, cerró los ojos y se tomó su tiempo para inventar una excusa. Y supe que era mentira incluso antes de que saliera de sus labios. Pasé demasiado tiempo con esa chica para conocer sus gestos, para leer sus expresiones. Por eso, y sólo por eso, no sufrió ningún castigo severo cuando Giullia y Matheus escaparon, porque yo sabía que decía la verdad cuando me contaba lo sucedido.

— Mi madre se lo inventó. — Necesito el dinero para ayudar a mi madre.

— Tu madre no necesita dinero. Yo mismo me aseguré de que tuviera una pensión segura — revelé, lo que sorprendió a Heidi.

— Está enferma. Necesito el dinero para ayudarla con su tratamiento — volvió a mentir la chica, lo que me hizo perder toda la paciencia.

— ¿Enferma de qué? — colaboré y la vi tragar saliva asustada mientras formulaba una mentira más consistente. — Voy a matarte, Heidi — advertí mientras me daba la vuelta para buscar mi pistola. Si no decía la verdad porque sí, se la sacaría.

— Diabetes — dijo apresurada, lo que me hizo reír.

Cogí la pistola y la desenfundé. Heidi se acurrucó en la cama, segura de que podía hacerlo.

— Última oportunidad.

— Cáncer — reveló con los ojos cerrados. — Mi madre tiene cáncer.

Joder, eso me estremeció durante unos segundos. Aunque todo en ella indicaba que mentía, la posibilidad de que Bertha realmente tuviera cáncer y necesitara ayuda removió algo en mí.

— Enviaré a uno de mis hombres a buscar esa información. Si es verdad, me encargaré de su tratamiento. Pero si es mentira... te usaré como blanco en mi entrenamiento.

Dos lágrimas corrieron por el rostro de la chica, que me miró furiosa.

— Estoy segura de que no dudarías en hacer eso — gruñó.

HEIDI

En ese momento, mientras le miraba fijamente, me pregunté cómo podía amar a alguien como Jean Kuhn. ¿Cómo podía estremecerme con su tacto cuando él no se lo pensaría dos veces antes de meterme una bala en la cabeza? Las lágrimas que corrían por mi rostro contenían el odio más puro y deseé con todas mis energías poder matarle.

Pero Jean tenía la pistola, los soldados, aquel castillo y el poder de hacerme desaparecer como el viento. No tenía escapatoria. Si le dejaba encontrar a mi madre, sabría lo de los niños y yo sería una mujer muerta; si renunciaba a conseguir el trabajo, no tendría dinero para el tratamiento de Ayla y todo porque ese hijo de puta no podía dejarme en paz.

Ni siquiera sería su amante y no había razón para creer que a Jean le importara que otros hombres se aprovecharan de mí. Lo hacía por pura maldad, porque se regodeaba en mi dolor, en mi desesperación.

— Yo sólo... — intenté una vez más, forzando la ira y el dolor en mi garganta. — Por favor, Jean. Sabes que puedo encargarme del trabajo, ¿por qué no dejas que me quede?

Entrecerró los ojos y amartilló la pistola. Fue brutal y severo, sin dejarme espacio para escapar. Jean apuntó el arma en mi dirección. Sabía que no erraría el blanco, aunque yo estuviera al otro lado de la isla. Era mi fin.

— Empieza a hablar — me exigió.

— Es por mi hija. — grité desesperada. No porque tuviera miedo de morir, sino porque sabía que mi muerte no ayudaría a Ayla.

Con los ojos cerrados, esperé la brutal reacción de mi ex amante, pero Jean no hizo nada, no hubo ni un solo sonido en la habitación en los segundos que pasaron mientras esperaba su reacción a la información que me había obligado a darle.

— ¿hija? — dijo, con un ligero tono de asombro en la voz. — ¿Tuviste una hija?

— Está enferma — eludí la pregunta porque sabía que si Jean quería, se le ocurriría una respuesta rápidamente. — A.M.E. Atrofia muscular espinal — le dije. — Es una enfermedad.

— Sé lo que es esta maldita enfermedad — me interrumpió.

— Entonces sabes que la medicación es la más cara del mundo. Por eso necesito quedarme. No es una cantidad que puedas...

— ¿Tenías una hija? — repitió la pregunta, un poco más molesto. — ¿Cuándo?

— Jean... No es...

— ¡Cuándo, maldita sea!

— No tiene importancia. — volví a gritar, esta vez aterrorizada.

Jean lo descubriría. Llegaría hasta Ayla y descubriría a Lorenzo, el hijo varón sano, su heredero. Me mataría, abandonaría a Ayla a su suerte y se llevaría a mi hijo a vivir a ese mundo que tanto idolatran. Y la prueba de ello fue que se subió a la cama con agilidad, me agarró por el cuello y apretó el cañón de la pistola contra mi sien.

— ¿Cuándo? — repitió, lleno de rabia, exactamente como imaginaba que estaría si se enteraba.

— No es tu hija — quise decir con rabia, pero no es tan fácil cuando estás a punto de morir y sigues mintiendo.

Jean me miró fijamente, leyendo la mentira en mis ojos, llegando a su propia conclusión. Estaba dispuesta a suplicar si eso surtía algún efecto en aquel desalmado. Sin embargo, no había sentimientos en Jean Kuhn. Su padre se encargaba de que sus hijos fueran como una piedra. Sólo una mujer doblegó a ese hombre y él la mató. Así de sencillo.

— Ya veremos — dijo mientras me soltaba y se bajaba de la cama.

— Qué te...

— Enviaré a mis hombres a por el niño — advirtió mientras abría el cajón de la cómoda que tenía al lado. — Si el niño no es mío, te pediré disculpas y te pagaré el tratamiento.

Sin que me lo esperara, Jean me agarró la muñeca y la esposó a la cama.

— ¡Jean! — grité. — ¡No! ¡No!

— Si es mi hija, te mataré por ocultármela y atreverte a aparecer aquí como una puta.

— No! — Tiré con fuerza del brazo, pero sólo conseguía hacerme daño cada vez que intentaba liberarme. — ¡No!

Sacó su móvil y no dejó de mirarme ni un segundo.

— Ven a mi habitación — dijo y colgó sin más información.

— Suéltame — le supliqué. — Por favor, Jean. Deja que me vaya.

— Facilitame el trabajo y dime dónde está — respondió a mi súplica sin piedad.

— ¡Vete a la mierda! — grité.

— ¿Jean? — Licia apareció en mi campo de visión, con cara de susto, pero yo sabía que aquella escena era todo lo que ella había esperado.

— Última oportunidad — dijo sin quitarme los ojos de encima. — O te meto una bala en la cabeza ahora mismo.

— Hazlo — me burlé.

Había una mezcla de todo en mí: miedo, rabia, humillación, valentía y ganas de acabar con todo. Jean encontraría a Ayla con o sin mi ayuda y me mataría en ese mismo momento o cuando volviera, así que que fuera cuanto antes.

— No la pierdas de vista — le dijo a su hermana.

— ¿Qué ha pasado?

Pero no hubo respuesta. La puerta se cerró con fuerza, indicando que iba a continuar como había prometido. Mi vida estaba arruinada.

18

JEAN

Puse los ojos en blanco cuando oí abrirse de nuevo la puerta y luego unos pasos que indicaban que Lícia no me había obedecido.

— ¿Jean? — dijo, intentando bajar la voz. — ¿Qué te pasa?

— ¿Por qué me has desobedecido? — gruñí. — Te dije que la vigilaras.

— La chica está atada a la cama, con dos guardias de seguridad fuera. No hay nada que temer.

— Eso es lo que pensábamos antes de que asesinaran a Scarlett.

Demasiado alterada para contenerme, y con tanta información que digerir, detuve mi paso y me enfrenté a mi hermana con toda la furia que llevaba dentro.

— ¿Qué te poseyó para aceptarla?

— No lo sabía — explicó con sinceridad. — Flavia seleccionó a las chicas.

— ¡Caramba!

— ¿Qué te pasa, Jean? Ya ni siquiera sois amantes. Si la chica ha decidido llevar su vida así...

— ¿Como una puta? Lícia, deberías haberla detenido. Heidi no era sólo mi amante, prácticamente nació en nuestra casa.

Mi hermana cruzó los brazos delante del pecho y no supe decir si se protegía de mí o me desafiaba.

— Heidi es mayor de edad — replicó. — Y si ha llegado hasta aquí, seguro que ya ha pasado por esto antes.

— No trabajará aquí — le dije.

Continué mis pasos, pero mi hermana no se dio por vencida y me siguió.

— Jean, espera — dijo apresuradamente, casi sin aliento. — ¡Espera, por favor!

— ¡No! Heidi no será una puta. No aquí, bajo mis ojos.

— ¡Por el amor de Dios! Cualquiera que te oiga hablar así pensará que estás enamorado de la chica.

— Exactamente. ¡Una maldita chica! ¡Bertha estuvo con nosotros poco más de un año, Lícia! ¿Eso no te avergüenza?

— ¿A mí? Yo no soy el que buscó trabajo como prostituta de lujo, Jean.

— La respuesta es no.

— Entonces, ¿por qué la encerraste en el dormitorio? — susurró ella, como si no quisiera que nadie más conociera esa información.

— Ese es mi problema. Ahora haz lo que te digo y no le quites los ojos de encima.

— Jean, tienes que recapacitar. Heidi podría despertar todo lo que representas. — Parecía confundida, como si fuera absurdo.

No entendía cómo Lícia, una mujer que había sentido en carne propia cómo nuestra familia trataba su género, podía actuar con tanta frialdad frente a lo que se suponía que defendía.

— Puede que te moleste tener a una ex amante como prostituta, pero Heidi es perfecta para

lo que necesitamos.

— ¡No!

— ¡Ella es la única, Jean!

— Prefiero volar este castillo — gruñí en voz baja, no quería que mi hermana oyera mi confesión. — Vuelve a tu habitación y no le quites los ojos de encima hasta que yo llegue.

— ¿Por qué iba a hacerlo?

— ¡Porque yo te lo he dicho, joder!

Avancé mis pasos y agradecí a Lícia que me dejara en paz. Mi hermana tenía buenas intenciones cuando se empeñaba en ayudar en el negocio familiar, aunque tal situación siguiera siendo impensable para nuestro padre, pero no había suficiente paciencia dentro de mí para tomármelo con calma con ella ni con nadie.

Aquel día de mierda explotó en mi regazo sin piedad. A las pocas horas, volví a encontrarme con Heidi y descubrí que probablemente había una hija mía, enferma, necesitada de mi apoyo, y sin embargo Heidi había optado por ocultármela. ¿En qué coño estaba pensando esa chica?

O tal vez decía la verdad, la niña no era mía y estaba allí porque necesitaba el dinero. Si Heidi venía a pedirme ayuda, tendría toda mi atención. Nunca me negaría a salvar a su hija. Pero la verdad era que yo había hecho tanto daño a aquella chica que prefería prostituirse antes que recibir mi ayuda, incluso a costa de la salud de su propia hija.

Una hija que podría haber sido mía.

— ¡Joder! — refunfuñé con una ligera punzada en la sien derecha.

— ¿Jean? — Álvaro me alcanzó en cuanto me vio entrar en el espacio reservado a mis soldados. — ¿Ha ocurrido algo?

— Vaya mierda — advertí.

Al fondo, los hombres disfrutaban de su descanso. Algunos jugaban en la mesa de billar, otros limpiaban sus armas o se distraían conversando, sin la preocupación que tenían cuando estaban de guardia. Llamé a Álvaro al exterior sin compartir con él lo que me preocupaba.

— ¿Qué te pasa? — quiso saber.

— Necesito que averigües dónde hay alguien.

Al mismo tiempo, mi amigo adoptó su postura profesional. Álvaro, como yo, había recibido una excelente formación, lo que le hacía estar alerta incluso cuando no estaba de servicio. Me conocía lo suficiente como para comprender la necesidad de cada situación que planteaba, así que no tuve que decirle que el asunto requería la máxima discreción.

— Bertha Melcher.

Mi amigo enarcó una ceja, al darse cuenta de quién se trataba, y no hizo falta mucho para relacionar a una persona con la otra.

— ¿Quieres volver a ver a Heidi?

— No. Quiero encontrar a Bertha — dije con firmeza, lo que le desconcertó, pero, como buen jefe, no me desafió.

— No será difícil — advertió. — ¿Sólo eso?

— Sí, pero necesito la información para ayer.

— Es extraño, pero está bien. Voy a derramar 3 — dijo. — El japonés abrió la boca. Iba a advertirte, pero Lícia dijo que estabas con la chica nueva.

— No será la chica nueva — dije, sin ganas de entrar en el tema.

— ¿No?

— ¿Qué es tan importante para que hayas dejado la isla ahora?

— Bueno, esto no te va a gustar, pero... he descubierto que el barco no se hundió, como dijeron nuestros hombres.

— ¿Qué quieres decir?

— Fue entregado. Nos traicionaron, Jean.

— ¡Maldita sea! ¿Quién carajo?

— Eso es lo que iba a buscar. Hice que los interceptaran y los llevaran al cobertizo 3.

— ¡Genial! Realmente necesito esta distracción. Vámonos.

— Creía que tenías que arreglar ese asunto con Bertha — se burló mientras me acompañaba hacia mi embarcadero privado.

— Lo tengo. Mientras tú no consigas la información, yo me divertiré un poco.

— Maldita sea, Jean, tenías una gran distracción para esta noche. Como amigo tuyo, sé que nada te sacaría de esa habitación si no hubiera un motivo mayor. Eso me preocupa.

— La hay. Pero no servirá de nada. Consigue la información que te pedí, luego tú y yo averiguaremos la verdad, ¿de acuerdo?

— No, pero ¿quién soy yo para discutir al Capo?

— Al menos alguien lo piensa — murmuré en voz baja, ansioso por olvidar o pasar página.

Álvaro ya no me cuestionaba. Antes de partir en la lancha, lo tenía todo bajo control. Su hombre de confianza averiguaría la información y nos avisaría lo antes posible. Así que nos dirigimos hacia el cobertizo 3, el más alejado de todos los que teníamos, tan escondido que ni los incautos podrían encontrarlo.

Cuando llegamos, los tres hombres que antes habíamos descartado como posibles traidores, puesto que ya teníamos en nuestro poder al responsable de la mercancía de aquella noche, no eran más que un montón de carne utilizada como saco de boxeo.

— ¿Qué tenemos? — Álvaro retomó la conversación.

— La orden vino de arriba — dijo el soldado. — Pero no saben de quién. Lo único que tenemos es el nombre del cabrón que ya ha cantado su ascenso.

Mi subjefe me miró con desconfianza. El tipo que identificamos como posible traidor murió sin darnos ningún nombre. Llegamos a sospechar que actuaba por su cuenta, comprado con el dinero del enemigo, pero el problema crecía con cada nuevo descubrimiento. Si aquellos soldados no eran más que peones en la trama y su superior estaba muerto, ¿quién era el responsable de la desaparición de mis diamantes?

Asentí con la cabeza. Era un simple gesto para que Álvaro estuviera de acuerdo conmigo. Seguramente aquellos hombres no conspirarían contra mí sin la certeza de que podrían escapar. Si cuando atrapamos al responsable de ellos aquella noche seguían sin escapar, era porque alguien con un cargo más alto que el del muerto había prometido protegerlos.

Pero, ¿quién?

Álvaro se quitó la chaqueta, se dobló la manga de la camisa y se preparó para actuar. Mi amigo tenía el método adecuado para conseguir la información que necesitábamos. Apagué mi cigarrillo, envié a mi soldado a por mi bebida y me dispuse a seguir el proceso.

El primer gemido ni siquiera llamó mi atención. Miré los papeles que había sobre la mesa con toda la información sobre la vida de los tres hombres y, mientras me ponía al día, di un sorbo a mi whisky.

— Sé que tienes un nombre más — oí gruñir a Álvaro antes de que el grito del hombre llenara el cobertizo. — Ya has tenido bastante — dijo. — ¿Merece la pena pasar por todo esto para proteger a un hijo de puta al que no le importa tu destino?

— Voy a morir de todos modos — murmuró el hombre, con una voz casi inexistente.

— Lo harás — confirmé mientras me acercaba. — Pero si mueres sin darme tu nombre, tus hermanas serán enviadas al peor burdel del mundo. — El hombre se rió y sacudió la cabeza.

— Inténtalo, Jean — dijo con desdén. — Pero todo el mundo sabe que la rabia que te ayudó a matar a tu hermano no llega a las mujeres.

— Cabrón — Álvaro se acercó al hombre, a punto de golpearle de nuevo con el pequeño trozo cortante que utilizaba para torturar, cuando le detuve.

— Manda llamar a su madre y a sus hermanas. Este desgraciado no morirá antes de saber lo que va a dejar aquí. Mata a los otros. Son inútiles.

— No le pongas las manos encima a una mujer que no te quiere. ¿No es ese tu discurso? — el hombre habló con más energía, por fin tan asustado como yo quería que estuviera.

— Yo no lo hago. Pero mis hombres sí.

Oí risas que se escapaban por los espacios del cobertizo, como si los soldados que estaban allí estuvieran realmente excitados por la idea.

Salí del cobertizo y encendí un cigarrillo. La vegetación bien cuidada que me rodeaba no me preocupaba. Mientras estuviéramos en Santa Catarina, nadie se atrevería a meterse con nada que implicara a la familia Kuhn. Al menos eso creía yo antes de que ocurriera toda aquella mierda.

El asesinato de Scarlett, la desaparición de mis diamantes, la aparición de Heidi y la posibilidad de convertirme en padre pesaban sobre mis hombros como plomo.

— Habló — Álvaro se acercó a mí, con la mano aún manchada de la sangre fresca del bastardo. — Los hemos matado a todos.

— ¿Qué ha dicho? ¿Quién es el cabrón que me ha robado?

— Esa es la mierda, Jean. Nadie sabe el nombre de nadie aparte de tu superior. Es una estafa que puede llegar al nivel más alto de nuestra confianza, pero estos hombres, estos pobres bastardos, eran sólo peces pequeños, el fondo de la cadena alimenticia. Se les dio protección y dinero para entregar la mercancía. Quien se encargó de todo con ellos ya está muerto.

— Dijiste que habló.

— Y lo hizo, pero sin nombres.

— Joder, Álvaro, ¿y dejaste morir al hijo de puta?

— ¿Scarlett tenía un amante? Quiero decir... ella era tu exclusiva y eso significa que nadie podía ponerle las manos encima excepto tú, pero...

— ¿Qué quieres decir? Por supuesto que no tenía un amante. Lo habría sabido si lo hubiera tenido. ¿Y qué tiene eso que ver con esta mierda?

— Dijo que oyó al jefe hablar de que te habían traicionado delante de sus narices.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Por supuesto, siempre estaba preparada para afrontar situaciones así. La traición a este nivel no era infrecuente entre nosotros. Maté a mi propio hermano sin ocultar la verdad a nadie. Sin embargo, en cuanto me vi envuelto en ese tipo de asuntos, me rodeé de gente a la que podía confiar mi seguridad.

Álvaro era una de esas personas. Licia, a pesar de que le impedí profundizar en nuestros negocios, era otra. Confiaba en ellos sin reservas. No podía pensar que aquella mierda les afectaría. Pero... no. A ellos, no. Entonces, ¿quién más?

— ¿Y cómo crees que la traición afecta a una relación emocional? — Me burlé. — Scarlett era mi prostituta, Álvaro, no mi mujer. Y ya sabemos que hubo traición desde dentro, de alguien tan cercano que creó una distracción con la muerte de Scarlett para desviar nuestra atención de lo que realmente ocurrió con los diamantes.

— Sí, esa es la cuestión. Quienquiera que dirigiera la trama, o la persona que debe ser

nuestro próximo nombre, no estaba contento con su insistencia en mantener a Scarlett como su amante durante tanto tiempo, siendo ella la principal atracción de la isla — informó con cuidado, atento a mis movimientos.

— ¿Cómo puede mi relación con una prostituta motivar el robo de diamantes en conjunción con la Yakuza? Esta persona seguramente sabe que no descansaré hasta encontrarla. ¿Y por qué sería ese el incentivo? Sólo si la persona es suicida.

— O... la persona obtuvo información privilegiada de Scarlett.

— Scarlett no sabía nada — respondí con firmeza. — Tuvimos sexo, Álvaro. Eso es todo.

— Jean... — mi amigo cerró los ojos y se masajeó las sienes. — Scarlett estaba callada, pero observadora. ¿Cuántas veces he estado en su habitación con ella allí? ¿Cuántas veces recibí órdenes tuyas delante de ella?

— Cierto. Si Scarlett era la informante, ¿qué tenemos? Nada. Alguien la mató dentro de mi habitación y robó los diamantes. Si hay un vínculo entre los dos hechos, bien. ¿Pero cuál sería ese vínculo?

— No lo sé. ¿Cuántas personas podemos enumerar que están insatisfechas con tu larga exclusividad con Scarlett?

— Docenas. De esa en particular, hasta tú te quejaste, ¿lo has olvidado?

Álvaro tomó aire bruscamente cuando mencioné la ocasión. Seguro que mi amigo se habría ofendido por ser uno de los sospechosos, pero ya era mayorcito para enfrentarse a situaciones así.

— Cierto. ¿Quién más, aparte de mí, mostró su descontento y sabía que la acusación se desarrollaría de ese modo? ¿Quién más, aparte de mí, por supuesto, sabía que el cargamento llegaría esa noche, a ese lugar en concreto?

— Nadie — dije sin apartar la vista de él. — Esos hijos de puta te jodieron, Álvaro. Y tú los mataste.

— Si tienes alguna duda sobre mi lealtad, esta es tu oportunidad de matarme — me desafió sin miedo.

— Ni por un segundo dudé de ti.

Nos miramos fijamente durante un rato, hasta que se relajó el ambiente.

— Entonces averigüemos quién, aparte de mí, puede ser esa persona — advirtió mientras sacaba el móvil y se lo ponía en la oreja. — Bien. — Mi amigo desconectó la llamada y volvió a mirarme. — Tenemos la dirección que nos pidió. La mala noticia es que ahora vive en Pelotas. La buena noticia es que ahora está muy cerca de aquí.

— Estupendo. Necesito cuatro hombres de confianza. Dile a Ernandes dónde encontrarme.

Partimos hacia la nueva misión, pero aunque me divertía la idea de que alguien hubiera dejado por fin en ridículo a Álvaro, me preocupaba. Porque si alguien actuaba a nuestras espaldas hasta el punto de contar con la lealtad de aquellos hombres, no cabía duda de que llegarían a mí.

Justo cuando una posible hija entraba en escena.

Eso era todo lo que necesitaba.

¡Mierda!

19

HEIDI

Volví a tirar de las esposas, pero cuanto más lo intentaba, más profunda se hacía la herida de la muñeca. ¿Cómo podía justificar esto si tenía que volver a casa?

La puerta se abrió, lo que me hizo dejar de intentar liberarme y quedarme quieto. No había tiempo para que Jean encontrara a mi madre y a mis hijos, o al menos no un tiempo que me diera cuenta de que había pasado. La idea me aterrorizaba. Estar esposada a una cama dejaba claro cómo me trataría Jean cuando descubriera la verdad.

Y ni siquiera tuve tiempo de despedirme de ellos. De abrazar a mis hijos. Justo en ese momento, la tristeza de haberlos abandonado durante tanto tiempo hacía que la idea me pareciera absurda. Mientras seguía caminando con la vista puesta en mi objetivo, cuando me di cuenta de que lo alcanzaríamos rápidamente, no pensé en los meses que había estado fuera, en lo mucho que echaba de menos abrazarlos, en las ganas que tenía de acurrucarme al calor de esos pequeños e inocentes cuerpos.

Cada segundo de mi día lo dedicaba a ser la mejor, a llegar al mejor sitio, con el mejor cliente e iniciar el proceso para detener la enfermedad que poco a poco mataría a mi hija. No podía soportar la idea. No cuando estaba completamente segura de que Jean dejaría de lado a Ayla y se haría cargo de Lorenzo.

¿Podría odiarle más?

Sí, podía. Bastó encontrarme con la mirada libertina de Lícia a los pies de la cama para que todo el odio que sentía por aquel hombre se convirtiera en algo más potente.

— ¿Qué has hecho, chica? — mantuvo su tono de burla al preguntarme, como si se alegrara de lo ocurrido.

— Tu hermano nunca ha estado bien de la cabeza — me burlé. — Se asustó cuando se enteró de lo mío.

— No seas idiota. Los dos sabíamos que se enteraría fácilmente. Si Jean no hubiera sido tan perspicaz, él no estaría en la posición en que se encuentra hoy.

Caminó alrededor de la cama hasta que estuvo cerca de mí. Luego se sentó en el colchón y me evaluó.

— Jean está disgustado.

Lícia era lista. Sabía que burlarse de mí no le daría la información que tanto deseaba, por eso tenía un tono suave, una expresión que abandonaba el libertinaje por la sororidad. Ella jugaba el juego, pero no sabía que la Heidi que conocía, la niña tonta que obedecía sus órdenes porque creía que tendría el corazón de su hermano, murió la noche en que dejó la casa de la familia Kuhn.

— ¿Qué pasó? Se negó a...

— ¿Y Jean es alguien que respetaría los deseos de una prostituta?

— Tú no eres una prostituta — comentó con cuidado. — Aún no lo eres — recalcó ella. — Y por lo visto sabes muy poco de Jean.

— Sé lo suficiente como para querer mantener las distancias.

Lícia rió, sin embargo, una risa dulce, como si fuéramos viejos amigos en una conversación de reconciliación. Eso nunca sucedería.

— Bueno... Heidi. Me ocupé de averiguar más cosas sobre ti. Hablé con Rafael y descubrí que, a pesar de tu excelente currículum académico, por así decirlo, no había ninguna experiencia tuya como chica de compañía. Aquella noche iba a ser tu debut, pero... — se encogió de hombros. — En fin... Jean está disgustada y creo que es porque tú eres la chica, teniendo en cuenta que sois ex amantes.

Fruncí los labios, segura de que el enfado de Jean iba más allá de mi presencia. No podía estar molesto porque yo estuviera en esa isla, seleccionada entre las mejores, ya que ni siquiera éramos amantes. Todo lo que Jean tenía que hacer era garantizar mi seguridad y mis ganancias, y no tendría que reunirse conmigo si quería. Y yo nunca sería una molestia para él, ya que me mantendría alejada todo lo posible.

La cuestión era que no me quería entre sus prostitutas si sabía más de ellas que nadie. Ese fue su primer punto. El segundo fue cuando descubrió la existencia de Ayla y eso cambió por completo el rumbo de esa decisión.

Me quería muerto.

— Analizando lo que he visto de tus atributos — continuó, ignorando por completo mi reacción. — Apuesto a que eres exactamente lo que necesitamos.

— Jean nunca me aceptará — dije, pero me arrepentí al instante.

— Puedo hacer que lo acepte. Sin embargo, tendrás que asegurarme que no le rodearás.

— ¿De qué estás hablando?

— Jean no volverá a ser tu amante, Heidi. Él no quiere y yo... no es bueno para el negocio. Esta casa necesita a alguien como tú, y puedo asegurarme de que así sea, siempre y cuando prometas no meterte en el camino de mi hermano. Así evitaremos su frustración y tu desahucio, ¿qué te parece?

Sería el arreglo ideal, si no existiera la realidad entre lo que teníamos y lo que deberíamos tener.

— Sólo quiero irme a casa — susurré, segura de que Lícia nunca sería una amiga, una persona que actuase a mi favor, pero también con la esperanza de que quisiera que desapareciera de la vida de su hermano, lo que podría ser mi oportunidad. — Si me dejaba, volvería a casa. Desaparecería de nuevo.

— Pero no puedes ir — explicó con cierta fanfarria, pero luego fingió que no había sentido de necesidad en su súplica. — "Jean me mataría si te dejo ir"—, añadió, como si realmente tuviera miedo de su hermano.

Lícia actuaba como si no la conociera de toda la vida. Incluso antes de convertirme en mujer, ir a casa de la familia Kuhn como sirvienta y ser elegida para cuidar del sobrino del nuevo capo, la observaba. Sabía lo que había de malo dentro de aquella mujer, la forma en que se moldeaba para conseguir lo que quería, la manera cruel en que actuaba cuando no tenía interés en conquistar a alguien.

No, Lícia no temía a su hermano, pero en aquella conversación llena de mentiras y falsedades, había algo bueno. Ella me necesitaba. Lícia me quería en ese trabajo, aunque yo no entendiera por qué, y eso me daba una ventaja.

— Jean no me quiere aquí — dije. — Aquí — le mostré la esposas que me mantenían atado a la cama. — Era su forma de asegurarse de que no me escaparía y probaría la vida en otra casa. Porque no quiere que sea una prostituta.

— Y no tienes por qué serlo — señaló con cierta excitación, que sonaba tan falsa como la sonrisa que esbozaba. — Jean pierde la cabeza por cualquier cosa. Sólo necesitamos que hagas lo que hiciste en la otra habitación. Actúa en los pañuelos acrobáticos.

Eso fue extraño. En ningún momento nos dijeron que el contrato era sólo para una función de circo. Al contrario, la idea ni siquiera formaba parte de las innumerables conversaciones que mantuvimos hasta que llegamos allí.

— Flávia me trajo para ser prostituta — le dije que siguiera hablando. — Ganaría por noche. Ese es mi interés.

— Sí, esa era la intención, pero... Necesitamos atracción más que una chica dispuesta a abrirse de piernas por dinero.

— Paso. Si no consigo lo que me prometieron, prefiero irme.

— ¿Y si me aseguro de que consigas lo que te prometieron, incluso sin convertirte en una prostituta?

Se puso aún más extraño. Lícia no era caritativa. Ella era incluso peor que el propio Jean en este sentido. Por eso, oírla prometerme la misma cantidad de dinero si me presentaba por unas noches me hizo comprender que lo que buscaban iba más allá de la necesidad de presumir de una nueva incorporación a la casa. Había un secreto en aquella historia, uno que requería la presencia de alguien como yo. Por eso Jean me rechazó, pero Lícia prácticamente me rogó que aceptara.

— "Jean nunca lo permitirá" —, advertí, demasiado cansada para aferrarme a misterios cuando sabía que, en el momento en que él volviera, nada garantizaría mi vida.

— Ajustaré esa parte. Sin embargo, necesito saber si lo aceptarías bajo esta nueva luz.

— Mientras el dinero esté en mi cuenta — me encogí de hombros.

— Muy bien. Ahora, por favor, deja de intentar liberarte de las esposas. Tienes la muñeca herida y necesito que esté intacta.

Se puso más rara a medida que se excitaba más con la posibilidad. Lícia se levantó de la cama y me miró con satisfacción.

— Voy a pedir que te traigan algo de comer. Quédate callada y pórtate bien.

Como si yo fuera tan niña para creerle a aquella mujer. Pero su salida de la habitación me dio un poco de paz.

JEAN

Sabía poco de lo que hacía Bertha. Por lo que pude saber, la mujer estaba en el hospital municipal de la ciudad. Se había alojado en un hotel sencillo y barato y se disponía a regresar a Pelotas a la mañana siguiente.

Así que cuando nos detuvimos frente al hotel donde se alojaba con el bebé de Heidi, necesité algo de tiempo para pensar qué hacer. El hecho de que Bertha estuviera en el hospital coincidía con las dos versiones que Heidi me había dado. O estaba enferma, o realmente había un niño que necesitaba cuidados especiales.

Y la verdad era que no sabía qué hacer con esta información. Por eso pedí a mi subjefe sólo hombres de confianza, aparte de Ernandes. Dos de ellos se aseguraron de que entráramos en el hotel sin llamar la atención de nadie, además de obtener de la recepcionista el número de la habitación que ocupaba Bertha. Los otros dos comprobaron el suelo e inspeccionaron la puerta de la habitación en la que yo iba a entrar. Álvaro tomó la delantera. Todo para asegurarse de que Heidi no me traicionaba y me llevaba a la muerte.

Esperé junto a la puerta, escondido, mientras mi amigo aguardaba, armado, a que alguien respondiera. Cerré los ojos al oír el llanto de un bebé y el dulce murmullo de Bertha. Sí, realmente había un niño, sólo necesitaba saber si era mío.

— ¿Quién es? — preguntó despreocupada.

— Álvaro, Bertha — advirtió mi amiga sin miedo. — Abre o entro a la fuerza.

Los segundos que pasaron antes de que se decidiera a abrir me pusieron en alerta. Sólo se oía el llanto, lo que me hizo sentir aún más aprensión. Álvaro se preparó para derribar la puerta cuando ella finalmente la abrió. Mi subjefe apuntó con su arma. No podíamos inmutarnos.

— Apartaos sin hacer movimientos bruscos — advirtió, el arma se amartilló y los dos hombres entraron corriendo a registrar la habitación.

— ¿Qué haces aquí, Álvaro? — oí que preguntaba Bertha.

— Mantén la calma y todo irá bien.

— Todo está limpio — les dijo el soldado y, con el permiso de Álvaro, salieron de la habitación.

— Siéntate en la cama — pidió Álvaro. — E intenta que el niño deje de llorar.

— Venga, vamos. Tengo que dormirlo. En eso estaba cuando has venido —refunfuñó.

Álvaro me hizo una seña y entró. Sólo después aparecí yo. Bertha, apartada de la puerta con un niño en el regazo, me miraba con miedo. Sí, ella sabía que yo no debía estar allí.

— ¿Señor Kuhn? — susurró.

— ¿Cómo estás, Bertha?

La vi mirar alrededor de la habitación, como si necesitara encontrar algo, pero luego me devolvió la mirada.

— La atrapaste, ¿verdad? — preguntó sin miedo. — ¿Has cogido a Heidi? ¿Dónde está mi hija?

— Así que ya sabes por qué estoy aquí.

— No. En realidad, no lo sé. Heidi dijo que no...

Un grito bajo a mi derecha llamó mi atención. Hasta entonces, desde que había puesto un pie en aquella habitación, me había centrado en la mujer y en el niño que acunaba con angustia. Un bebé que podría ser mío. Que me angustiaba. Sin embargo, cuando el llanto llegó desde otro punto, no podía creerlo.

En la cama, sobre un cojín entrelazado como un nido, había otro bebé. Dos. ¡Santo cielo!

— ¿Gemelos? — La pregunta se me escapó sin darme cuenta de que la hacía.

— ¿No te lo dijo? — preguntó Bertha. Asentí con la cabeza. — Señor Kuhn, Heidi me ha dicho que los bebés no son suyos y...

— ¿Dónde están los certificados de nacimiento? — la interrumpí.

Saber la fecha de nacimiento de esos niños pondría fin a la historia, o... mis pies en el camino para descubrir la verdad.

— Están en... Álvaro, ¿podrías abrir la bolsa? Esa no, la otra. Esa.

Mi subjefe se acurrucó con la ayuda. Seguro que estaba tan sorprendido como yo, pero no dijo nada, no curioseó y mantuvo su posición de defensa. Me entregó una carpeta llena de documentos, pruebas y un montón de cosas que no tenía ni idea de qué eran.

— En la última parte — Bertha me indicó que encontrara lo que buscaba. — Pero como dije, ella me aseguró que los niños no eran suyos, así que...

Levanté una mano para hacerla callar. Bertha meció un poco más al niño que tenía en el regazo, mientras que el otro simplemente dejó de llorar y se quedó callado. Levanté los dos certificados y leí cada uno de ellos. Lorenzo Melcher y Ayla Melcher. Ambos de padres desconocidos.

Habría matado a Heidi.

Con la respiración contenida, miré la fecha. Hacía casi cinco meses que habían nacido. Hice cuentas y me estremecí ante la posibilidad.

— Nacieron prematuramente — contribuyó Bertha, pero nada impidió que aquella realidad

tuviera el efecto de un puñetazo en las tripas.

Y yo odiaba los puñetazos en el estómago.

— Un niño y una niña — susurré, insegura de cómo comportarme.

— Tengo que cambiarle — advirtió Bertha, que le hizo sitio para tumbar al niño en la cama.

Y fue este punto el que me hizo dudar de todo lo que Heidi había dicho aquel día. En cuanto Bertha abrió el mono que llevaba el niño y dejó las piernecitas de lo que debía de ser el niño, a juzgar por el color de la ropa, vi aquella marca, una señal clara, como si allí hubiera habido antes una herida, algo que hubiera arrancado la piel y dejado una cicatriz. La misma que yo llevaba detrás del hombro izquierdo.

Exactamente la misma.

— Esa marca — dije con una mezcla de rabia y... algo que detuvo mis impulsos. — ¿La chica también la tiene?

— ¿Eso? preguntó Bertha con curiosidad.

— No que yo haya notado.

Entonces, como si el propio bebé me reconociera como su padre, se me quedó mirando en silencio y vi el mismo tono en sus ojos.

Santo cielo, eso me hizo jadear. Un segundo puñetazo en el estómago.

— Recoge a los bebés — le dije. — Se vienen conmigo.

— ¿Qué? ¡No! No — Bertha levantó el torso, de pronto demasiado nerviosa para continuar el proceso con el niño. — Jean, no sé qué te habrá dicho Heidi, pero estamos aquí porque...

— La chica está enferma. Eso ya lo sé. Y tu hija intentó conseguir trabajo como puta en mi mejor casa — acusé, lleno de rabia. — ¡Como puta, Bertha! ¡Incluso sabiendo que soy su padre, que puedo arreglar esta mierda, ella se ofreció como puta!

— Pero ella... Heidi dijo que...

— Ella mintió.

— Sr. Kuhn. No sé si mintió — dijo temblorosa, como si suplicara por la vida de su hija. — Sé que Heidi tiene agravios, pero le sugerí que acudiera a usted en busca de ayuda y me dijo que si imaginaba que tenía esos bebés, pensarían que eran suyos y la mataría.

La explicación me confundió. Porque eso es lo que ocurrió en realidad. Heidi me dijo que había una hija, que necesitaba ayuda y que por eso se prostituía, pero se negó a aceptar mi ayuda, como señaló su madre.

Puede que Heidi tuviera razón y... Joder, la niña tenía mi marca de nacimiento, los mismos ojos que los míos y... En ese momento me entraron ganas de pegarle un puñetazo a alguien.

— Guarda a los niños — ordené en el tono más seco y severo posible. — Esperaré en el coche — le dije a Álvaro. — Que no te engañe.

Mi amigo me lanzó una mirada dolida, pero no dijo nada.

— Tienes diez minutos — le indiqué a Bertha.

Luego salí de la habitación.

Ernandes, fuera, me siguió a toda prisa.

— Diles a los hombres que necesitamos otro coche. En diez minutos nos iremos. Vamos a...

Sólo entonces pensé en ello. No podía aparecer con Bertha y otros dos bebés en la casa donde todos la conocían. No. Eso llamaría demasiado la atención. Tenía que ser lo más discreto posible, al menos mientras no estuviera seguro.

— Vamos al hotel.

Y no necesité especificar cuál. Ernandes sabía que, entre mis negocios, había un hotel en el que me alojaba de vez en cuando, cuando los asuntos requerían discreción y sigilo.

— Dos hombres de confianza, Hernandes. Y un coche. Nada más.

— Sí, señor.

Entramos en el ascensor y no tenía ni idea de lo que sentía. No había placer ni orgullo, porque aunque todo indicaba que eran míos, no había certeza. El único sentimiento que podía identificar era la rabia creciente hacia Heidi, por su absurdo plan y por haberme ocultado la existencia de mis hijos y la posibilidad de salvar a uno de ellos.

Ella me lo pagaría.

Si Heidi no había sentido antes la furia de un Kuhn, tal vez era hora de corregir este error.

En el vestíbulo, lejos de los dos soldados que mantenían todo bajo nuestro control, llamé al médico que trabajaba especialmente para atender las necesidades de mi familia y de mis hombres.

— ¿Señor Kuhn? — respondió enseguida.

— Dr. Ornellas. Necesito que haga algo por mí.

— Lo que necesite y lo que yo pueda hacer.

— Sí, estaré en mi hotel en unos minutos. Necesito que envíe un equipo a recoger material para una prueba de DNA.

— ¿DNA? — repitió.

— ¿Hace falta que le diga que cuento con su discreción?

— En absoluto, Sr. Kuhn. Sólo necesito encontrar el material a esta hora del día, pero conozco el lugar ideal. Con el precio correcto, tendrá un equipo trabajando toda la noche para entregar este resultado.

— Envía la cantidad a Álvaro. Él hará los arreglos necesarios. Estaré esperando por usted y su equipo en mi suite.

— Allí estaremos.

Colgué cuando Ernandes se acercó.

— Acaba de llegar el coche, señor.

— Estupendo. Sube y dile a Álvaro que se ha acabado el tiempo.

Mi soldado de confianza hizo lo que le decían. Mientras tanto, volví al coche y vi cómo mi amigo conducía a Bertha y a los bebés hasta el coche que le había pedido, luego mis hombres se prepararon y, sin que yo tuviera que dar explicaciones, Álvaro subió al coche para que nos dirigiéramos al hotel.

Todo el tiempo pensaba en cómo iba a matar a Heidi.

20

JEAN

— Confieso que hasta que entramos en esta habitación, sólo pensaba en encontrar la forma de darte un puñetazo en la cara por haber sospechado de mí. Pero ahora... ¡joder!

Dijo Álvaro al entrar en mi suite del hotel. La más grande y mejor de todas, hecha, organizada y reservada exclusivamente para mí. Igual que todos los pisos de aquella planta servían a mis intereses. Así que mis soldados condujeron a Bertha y a los bebés al piso contiguo al mío, donde estaría vigilada cada segundo hasta mi próxima orden.

— ¿Así que la chica que Flavia encontró para sustituir a Scarlett es Heidi? — continuó. — Maldita sea, qué lío.

— Dímelo a mí. Si todos mis problemas pudieran resumirse en una ex amante enloquecida dispuesta a trabajar para mí como prostituta, estaría en el cielo —refunfuñé mientras me sentaba en el sofá con mi tradicional trago de whisky. — Sin embargo, Heidi reapareció con... niños, en plural, que podrían ser míos.

—Tío... no sé ni qué decir. ¿Qué harás si confirmas la paternidad?

— Mataré al cabrón — gruñí.

— ¡Cálmate, Jean! La chica ni siquiera intentó pegarte, eso debería contar como ventaja antes de matar a la madre de tus hijos.

— ¡Me los ha escondido, joder! Dos hijos, Álvaro, ¿tienes idea de lo que es eso? ¿Te das cuenta de la mierda que será descubrir que tengo dos hijos, uno con una enfermedad rara que necesita tratamiento especial, en medio de este lío?

— Podría tener una idea. ¿Pero cuántos hombres en tu posición tienen familia? No puede ser tan complicado. Más aún aquí en Brasil, donde la gente ve la realidad más cercana a la mafia, el dominio de los narcotraficantes.

— ¿Narcotraficantes? — Resoplé indignado antes de dar otro sorbo a mi bebida. — La vida de todos sería más fácil si sólo tuvieran que temer a los narcotraficantes. Ser un capo es... vivir en alerta. Y eso es porque estoy solo.

— Al menos sabes cómo debe ser cuando se trata de la familia.

— Álvaro, eres mi amigo, así que no vamos a tratar a nadie como familia hasta que demuestres este punto. Sin embargo, piensa en lo que será tener dos hijos en mi vida cuando alguien tenga la osadía de sabotear nuestro plan de vigilancia y matar a Scarlett en mi habitación, en mi cama. ¿Lo has pensado? Si consiguieran llegar hasta uno de mis protegidos, imagínate lo que harían para conseguir un hijo, una... esposa. ¡Joder!

— ¿Esposa? — mi subjefe esbozó una sonrisa escrofulosa, como si el resto de la perorata no tuviera suficiente peso.

— ¡Maldita sea! Concéntrate.

— Me dijiste que matarías a Heidi — continuó.

— Y lo haré, pero cuando tenga confirmación.

— ¡Tú no matas mujeres, Jean! ¡Joder!

— No empieces tú esta mierda. — Me levanté enfadado y me acerqué a la mesa donde estaban sirviendo varios tipos de aperitivos para compensar la falta de cena. — Mataré a quien haga falta y lo sabes.

— Entonces, si los bebés son tuyos, ¿se quedarán sin madre?

— ¡Maldita sea, Álvaro! No quiero pensar en eso. ¿Por qué no ha llegado aún el personal de la clínica? Tengo que volver a la isla hoy mismo.

Nada más terminar de hablar, un ligero golpecito en la puerta me indicó que mi soldado quería hablar conmigo. Álvaro la abrió, asimiló la noticia y me hizo un gesto con la cabeza para que pasara a la otra habitación. Me obligué a controlar mis pasos, a no actuar con ansiedad o incluso brutalidad, pero había una guerra dentro de mí. Una que me decía que enfrentarme a Heidi después de aquello no sería nada fácil.

Dejé el vaso sobre la mesa, recogí mi pistola y mi chaqueta y salí de mi suite para entrar en aquella en la que Bertha estaba sentada con los niños. Dos mujeres con bata de laboratorio acompañaban al Dr. Ornellas y me estaban esperando. En un rincón, Bertha sujetaba con fuerza el cochecito doble en el que iban los niños.

— Señor Kuhn — El doctor se apresuró a estrecharme la mano. — Siento el retraso, pero tengo exactamente lo que necesita.

— Bien — dije sin apartar los ojos de los dos espacios donde estaban los bebés.

Uno de ellos, el niño, me di cuenta por el estilo de su ropa, levantaba los pies e intentaba sujetarlos. La otra, la niña, estaba tan quieta que me angustió porque, una vez fui consciente de la enfermedad que arrastraba la niña, imaginar la posibilidad de que fuera mi hija y estuviera ya debilitada hizo que se me trabara el aire en el pecho.

Aparté la mirada precipitadamente. No podía transmitirles ningún sentimiento antes de que llegaran las pruebas. Si no eran míos, le daría a Heidi el tratamiento de la niña y los mantendría alejados. Si lo eran... No podía pensar en esa posibilidad.

— Sr. Kuhn, ¿puedo hablar con usted un momento? — preguntó Bertha, con los ojos clavados en mí. Estaba segura de que quería saber algo de su hija.

— Primero hagamos las pruebas — le dije. — ¿Qué necesita de mí, doctor Ornellas?

— Vamos a recoger un poco de su saliva. Es rápido y no molesta.

Me senté en el sillón y una de las enfermeras, la que más miedo mostraba, se acercó con un maletín. Sacó un bote con un bastoncillo gigante y me limpió la boca con él. Cuando terminó, oí los gruñidos de protesta de los bebés cuyo DNA había recogido la otra enfermera.

— ¿Eso es todo? — quise saber.

— Sí. Lo enviaremos a la clínica y un equipo especializado ya está esperando el material. Mañana tendremos la respuesta — dijo el Dr. Ornellas. Se dio cuenta de que necesitaba una respuesta lo antes posible. — Lo siento, señor Kuhn, no podemos hacerlo más rápido. Aquí no, con nuestros recursos, y enviarlo fuera llevaría más tiempo.

— No hay problema. Esperaré hasta mañana.

El hombre se marchó con las enfermeras y un soldado las acompañó. Él y su compañero montarían guardia en la clínica hasta que tuvieran mi respuesta. Ese era mi procedimiento. Con mis hombres presentes no habría ninguna posibilidad de que esa información saliera a la luz sin mi permiso.

Cuando salieron de la habitación, volví a sentarme y le dije a Bertha que se acercara.

— ¿Qué pasa, Bertha?

— Heidi. ¿Dónde está mi hija? — dijo con valentía y, al mismo tiempo, miedo.

— Encerrada en mi habitación de la isla.

— Santo cielo — murmuró. — Señor Kuhn, se lo ruego...

— Usted sospechaba que los bebés eran míos — acusé. — ¿Por qué no acudió a mí?

— Yo sospechaba, lo confieso. Pero Heidi descartó la idea con vehemencia y la creí. Esa

chica nunca fue fácil y... simplemente desapareció. Cuando la encontré, estaba en el hospital, casi muerta por una caída, embarazada de gemelos. No tenía ni idea de lo que mi hija había hecho, ni dónde había estado. Todo el mundo la llamaba Jade, se fue con un circo que se marchó en cuanto la entregó entre la vida y la muerte al hospital. Aquellos bebés podrían haber sido los hijos de cualquiera.

— Incluso los míos — seguí seria y dura. No cedería hasta que el desenlace me dejara inconsciente de ellos, o me enredara con ellos para siempre.

— Ella dijo que no. Además... — Bertha entrelazó los dedos nerviosamente. — Heidi estaba llena de pena. No quería hablar de ti, de lo que habías vivido. Actuaba como si nunca hubieras existido en su vida, y cuando le confirmamos que la niña estaba en las primeras fases de la enfermedad, se desesperó. Necesitábamos el dinero cuanto antes. Heidi no lo quería, y yo tampoco, pero no había otra forma de conseguir el dinero sin su sacrificio. No es honorable ni fácil para nadie, pero he estado con ella desde que nacieron esos bebés y sé lo mucho que mi hija luchó por ellos.

— ¿Por qué me cuentas esto?

— Porque si son tus hijos, por favor, no castigues a mi hija como si pudiera volver a enfrentarse fácilmente a ti. Lo que pasó entre vosotros, la forma en que lo llevasteis, de alguna manera desgarró el alma de mi hija y, sin embargo, ella luchó por esos niños con todas sus fuerzas, lo dio todo y cuando llegó la decisión más difícil, no pensó en sí misma ni un segundo.

— Yo ayudaría, Bertha. Aunque no fueran mis hijos, ayudaría a Heidi en lo que necesitara — dije, llena de culpa y enfadada por sentirme así.

Fue Heidi quien eligió excluirme, seguir su vida con mis hijos sin que yo supiera siquiera que existían, pero cuando recordé nuestra última noche, las cosas que le dije y la forma en que la eché de mi habitación, comprendí por qué estaba tan enfadada y sentí vergüenza por ella.

— Sabía que me ayudarías — sonrió apenada, con lágrimas que se escapaban y corrían por su rostro algo envejecido. — Y le dije que debíamos buscarte. Pero Heidi tenía miedo.

— ¿Miedo?

— Sr. Kuhn — suspiró con pesar. — Todo el mundo conoce su historia, lo que... hizo. — La mujer hizo una mueca de dolor.

— Sea más concreto.

— Heidi cree que usted... su familia, no estaría interesada en una hija enferma, ya que hay un varón como heredero, uno sano. Cree que os llevaríais a Lorenzo, la mataríais y me dejaríais sola con Ayla, sin posibilidad de tratarla a tiempo.

Quise maldecir o decir algo para desacreditar aquel argumento, pero no había forma de disipar la reputación de un Kuhn, sobre todo si se tenía en cuenta a mi padre y a mi hermano. Cómo celebraba Joel el descubrimiento de que era el hijo que Giulia había estado esperando, y el modo en que mi padre despreciaba a Licia y se mostraba reacio a involucrarla en nuestros negocios.

Yo podía ser diferente, pensar de otra manera, pero no me puse detrás de los míos cuando todo el mundo pensó que había matado a Giulia y a su hijo, y si le había hecho eso a la mujer que amaba, ¿por qué no iba a hacerle algo peor a una chica a la que utilizaba para olvidar el dolor de no ser amada?

Por supuesto que Heidi pensaría eso de mí y yo no hice nada para que dudara de lo contrario. La animé a creer en ese folclore, en las mentiras inventadas para que Giulia y Matheus tuvieran una vida lejos de todo.

— Por favor — suplicó entre lágrimas. — Devuelve a mi hija a sus hijos.

Me levanté apresuradamente, demasiado angustiado para continuar la conversación o dar respuestas a la mujer.

— Esperemos los resultados. Mientras tanto, quédate aquí con los... bebés. Pondré guardias de seguridad en la puerta y a tu disposición. Cualquier cosa que necesites, puedes pedírsela.

— ¿Soy su prisionero, Sr. Kuhn?

— Por esta noche, sí. Pero esté satisfecha, Bertha. Ahora mismo tengo prisioneros en las mazmorras de mi castillo, en peores condiciones que las tuyas. Da gracias de que sea una habitación de hotel con todas las comodidades.

Álvaro me miró con desaprobación, pero le ignoré. Había una bestia dentro de mí, luchando, arañando, peleando por salir y destruir todo lo que amenazaba con deconstruir mi mundo. Entonces Heidi, Bertha y esos... bebés, llegaron a mi vida en el peor momento posible, cuando ansiaba la sangre de los que me traicionaron, los que mataron a Scarlett y los que me robaron. Y yo, por una razón que no pude descifrar, los vi en la misma fila.

Salí de la habitación y regresé a mi suite. Álvaro se acercó a mí con cuidado.

— Di las órdenes sobre cómo tratar a Bertha — advirtió.

— No pueden salir de la habitación.

— Sé cómo funciona, Jean.

— ¡Bien! Quiero más hombres aquí. El mismo esquema de seguridad que usamos para mis sobrinos. Y volveremos a la isla hoy. Dile a Ernandes.

— ¿Hoy? Pensé que querías...

— ¿Qué? ¿Jugar a ser papá? Ni siquiera sé si son míos — mascullé, pero Álvaro enarcó una ceja, descartando mi argumento. — No sé cómo... Prefiero esperar a los resultados de las pruebas. Y lejos de aquí.

— Vale — aceptó con un suspiro. — Vaya puta mierda de día.

— Muy, muy mierda. ¿Y sabes qué es peor? Que aún no ha terminado.

Mi amigo pasó junto a mí y me dio una palmada en el hombro, luego se dispuso a transmitir las órdenes y organizar el plan para la defensa de mis invitados y mi regreso.

Necesitaba volver a la isla no sólo porque no podía pasar la noche con esos bebés, sino porque no podía hacerlo sin volver a estar con ella. Necesitaba enfrentarme a Heidi y sacarle toda la verdad antes de que la bestia que llevaba dentro la destrozara de una vez por todas.

21

JEAN

Para cuando el barco se estabilizó y pudimos zarpar hacia mi muelle privado, el alba avanzaba y el lugar estaba en silencio. Contemplar el castillo desde atrás me daba la impresión de estar fuera de mi tiempo, en una época más primitiva, más aterradora, donde cualquier cosa suponía un peligro y los combates eran constantes.

En el fondo, sabía que sólo había cambiado el tiempo. Las luchas seguían siendo constantes, pero estaban mejor elaboradas, más esquematizadas y eran tan crueles como en cualquier otro momento de la historia. Sin embargo, la modernidad, todo lo que se convertía en entretenimiento, adormecía la mente humana y nos hacía casi imperceptibles.

Mientras morían hombres en mi calabozo, otros en enfrentamiento directo y muchos más en todo el mundo, la gente se reunía en torno a sus pantallas y se enfrentaba a un mundo de ficción. Elegían qué drama querían vivir, hasta qué punto podía existir el terror, vivían los amores más imposibles como si fuera algo fácil y pacífico. En otras palabras, se dejaban engañar y se aferraban a ello como si no hubiera otra forma de vivir.

En aquel momento, tenía tantos problemas reales en los que pensar que cada paso hacia el castillo pesaba sobre mis hombros como sacos de cemento.

— Voy a la sala de seguridad — me dijo Álvaro nada más entrar en el castillo. — Quiero comprobar la recuperación de las imágenes que solicité. ¿Me necesitas para algo más?

— No. Descansa un poco, Álvaro. Mañana necesitaré todas mis fuerzas para no enterrar a Heidi en el fondo del océano, como hicimos con Scarlett.

Mi amigo negó con la cabeza, en absoluto de acuerdo con mi comentario. En el fondo, él sabía que yo no le haría daño a Heidi, ni aunque confirmara la paternidad. El problema ya no era qué hacer con la madre de aquellos bebés si eran míos. Y ese era un buen y profundo dolor de cabeza para mí.

Por eso me tomé mi tiempo en mi despacho, ordenando todos los problemas que podían esperar hasta que saliera el sol. Aplacé la confrontación todo lo que pude, pero a cada segundo me preguntaba cómo sería si los niños fueran míos. ¿Cómo debería actuar, qué debería hacer, cómo debería mostrar al mundo la existencia de unos herederos de los que no tenía conocimiento?

Y en el fondo Heidi tenía razón. A mi padre le habría encantado saber que había un heredero mío, pero no le habría importado mucho la niña. La enfermedad, la que requería recursos que no pasarían desapercibidos, también sería algo a impugnar, después de todo, ¿de qué serviría una hija defectuosa? se diría. Y luego estaba Heidi, la madre de mis posibles hijos, una chica que no era más que la hija de uno de nuestros empleados, y mi ex amante. Retenerla no generaría ninguna victoria para la mafia, como aquel matrimonio con la chica que arregló mi padre.

Así que asumir esa bomba pondría más peso sobre mis hombros y generaría malestar durante más tiempo del que era capaz de aceptar.

Cansado de limitarme a conjeturar, salí del despacho y me dirigí a mi habitación. Como era de esperar, dos hombres custodiaban la puerta. Me dejaron pasar y entré en la oscura y silenciosa habitación. Encendí la lámpara junto a la puerta y vi a Lícia apoyada torpemente en el sofá. En la cama estaba Heidi, tal como la había dejado, en bragas y sujetador. Su pelo rubio caía sobre su cara dormida y se deslizaba insinuante por su cuerpo, más deseable que cuando no era más que una niña que corría a mi cama cuando la llamaba.

— ¿Jean? — llamó Lícia suavemente, levantándose como si la posición le hiciera doler todo el cuerpo. — ¿Dónde estabas?

— Ya puedes irte, Lícia.

— Pero... ¿qué hago con Heidi? ¿Qué pasa con las otras chicas?

— Tendremos tiempo. Ahora vete.

Ella no discutió. Se levantó sin prisas y salió de la habitación sin despedirse ni intentar averiguar más sobre mi paradero. Mantuve la mirada fija en la chica de mi cama y me di cuenta de que aquella imagen me complacía. Heidi dormida ayudaba a darme paz. La miré como si fuera cualquier otra mujer dispuesta para mí. Hermosa, sensual, con un cuerpo tal como me gustaba.

Y la habría tenido sin reservas de no ser por aquel detalle, el mismo que me había molestado desde el momento en que descubrí que era la chica que había confundido mis pensamientos en telas acrobáticas. Era Heidi y ninguna cantidad de máscaras o cambios corporales podría hacer que mi mente ignorara el hecho de que había llegado allí para prostituirse.

Al acercarme, vi la marca en su muñeca e inmediatamente recordé lo que no debía. Giullia tenía marcas profundas tanto del día en que intentó abandonar este mundo como de sus intentos desesperados por liberarse de las esposas. Sujeté el brazo de Heidi y analicé el hematoma más de cerca. Fue entonces cuando se despertó.

— ¿Jean? — dijo, primero somnolienta y luego asustada.

— Quédate quieta — le advertí. — Deja de tirar de tu brazo.

Saqué la llave que siempre llevaba en el llavero y abrí las esposas. Rápidamente se apartó, con una mano en la muñeca herida, el cuerpo acurrucado como si yo fuera su peor pesadilla.

— ¿Qué has hecho? — quiso saber, tan asustada como herida.

— Conocí a tus dos hijos — acusé, pero ella no parecía asustada por este hecho porque, claro, si conocí a la niña, conocería al niño. — Están conmigo.

— ¡No, Jean!

— Tu madre también.

— ¿Qué quieres? — Gritó ella. — ¿Por qué no nos dejas en paz?

— Tú viniste a mí. No lo olvides.

— No tenía ni idea de que eras tú. I...

— Nunca vendrías a mí, ¿verdad? Dejarías que nuestra... tu hija muriera, pero no me pedirías ayuda.

— No te necesitamos.

— He hecho las pruebas. Pronto sabremos si son mis hijos — le dije, ajena a todo el daño que me estaba haciendo. — Y estoy aquí para darte tu última oportunidad, Heidi. Agradécemelo. En general, no me gustan los que me engañan.

— Si me dejas ir...

— ¿Qué harás? ¿Desaparecer para ver morir poco a poco a su propia hija? ¿Se prostituirá con la ilusión de que ganará seis millones de dólares sólo abriendo las piernas? Ni aunque fueras

la mujer más sexy del mundo, ¡tonta! ¿Estarás orgullosa de decirles a tus hijos que te hiciste puta para salvarlos?

Mi provocación no hizo que se acobardara ni que se arrepintiera de sus decisiones. Al contrario. Utilizar esa estrategia encendió llamas en Heidi que, si pudieran, me golpearían con todas sus fuerzas y me convertirían en carbón.

— Al menos les evitaré saber que su padre no es más que un asesino a sangre fría. Evitaré que Lorenzo forme parte de esta mafia, de esta locura que intentas normalizar.

Y me llegó, porque en ese momento Heidi me decía que tenía el mismo deseo que Giullia, cuando las dos sabíamos que un hijo mío no podía dar la espalda a lo que tenía que heredar.

— Es un argumento excelente — comenté mientras me alejaba, lleno de dolor y rabia. — Lástima que bajo el agua nadie entienda lo que dices.

Me levanté de la cama, enfurecida, cabreada porque aún se creyera con derecho a defender aquella decisión. Estábamos hablando de la salud de una niña. De la calidad de vida que tendría esa niña si recibía la medicación demasiado tarde. Heidi no lo pensó ni un segundo, porque el dolor que sentía por mí, por no recibir el amor que tan desesperadamente deseaba, tenía prioridad sobre la necesidad de salvar a su propia hija.

— Puede que hayas cambiado por fuera, Heidi, pero por dentro sigues siendo la misma idiota y la misma niña.

— Y tú eres el mismo cruel asesino. El mismo hombre frío y sin corazón, amargado por no tener a quien quería, hasta el punto de preferir matarla...

— ¡Cállate! — Dije, cansado de aquella conversación. — Sabes que yo no los maté. El barco explotó.

— Porque tus hombres dispararon.

— Porque... no te debo ninguna explicación. No he venido por eso. En unas horas, tendré los resultados de las pruebas. No desperdicies la chispa de compasión que aún existe en mí, niña. Te lo preguntaré una sola vez más y de ello depende tu destino: ¿son mis hijos?

Heidi se despojó de parte de su bravuconería. Sus ojos, aunque seguían enfadados, rebosaban lágrimas y no dudaron en caer por el impecable rostro de muñeca que aún sostenía. Observé y conté los segundos mientras sus labios carnosos temblaban, convirtiéndola de nuevo en la chica que suplicaba mi amor.

— Tienes tres segundos — le dije.

— Sí — dijo en voz baja. — Son tus hijos, Jean.

Tuve que vivir el shock en silencio, o esperar a que las pruebas confirmaran lo que ya era obvio para mí. Supe que eran míos cuando vi la marca en los ojos de Lorenzo y Ayla. Pero oírla confesar la verdad después de todo lo que había tenido que hacer, darme cuenta de que Heidi había elegido la prostitución antes que pedirme ayuda, saber que estaba arriesgando mi vida... maldita sea, era mi hija y esa chica...

Salté sobre la cama y, sin ningún control sobre mi ira, la agarré por el cuello y la empujé contra el cabecero. Al mismo tiempo, forcé mi cuerpo para que tanto mis brazos como mis piernas no pudieran moverse. Mis dedos se cerraron sin ningún control. La mataría. Vería morir a Heidi como tantas veces había hecho con otras, mirándola a los ojos, helándome el alma con la desesperación de mi víctima.

— Jean... — protestó, sin aliento, sus gestos casi como si la vida la abandonara lentamente.

— Dejarías morir a mi hija, así, incapaz de respirar por sí misma, sin acceso a su cuerpo, a sus movimientos, a su libertad, tal como tú estás muriendo ahora. ¿Es eso lo que querías?

— Je... yo...

— ¡Mi maldita hija! — gruñí, cerca de su cara. — Mis hijos.

Solté a Heidi y me alejé todo lo que pude o ella no podría detenerme. Podía ser el tipo que no maltrataba a las mujeres, el rey de las putas, el que exigía respeto y cuidado a las chicas que trabajaban para mí. Sin embargo, en ese instante, la mataría para pensarlo después.

Heidi lloraba sin ocultarme su dolor y desesperación, y la verdad era que no me conmovía ni un segundo. El odio circulaba por mis venas, la rabia de que ella lo hubiera decidido así.

— Nunca lo buscaría — dijo finalmente. — No sé cuál fue la motivación de Dios para traerme aquí, para hacerle descubrir la existencia de mis hijos, pero nunca lo buscaría.

— Dejaría morir a la niña — acusé.

— Robaría un banco. Secuestraría a alguien, entraría en el puto laboratorio y pondría una pistola en la cabeza del responsable hasta que mi hija tuviera su dosis, pero nunca, por ningún motivo, Jean, volvería a entrar en tu vida.

— Tu...

— Me echaste como quien se deshace de un animal — dijo sin miedo, con toda la rabia en el rostro. — Hiciste que me fuera sin preocuparte de mí ni un segundo. Y sigues sin hacerlo. No te importaría si esos niños no fueran tuyos. Así que dime, ¿por qué iba a acudir a ti si yo, más que ninguna otra mujer, sé la clase de hombre que eres?

Fue demasiado para una sola noche. Lo que habitaba dentro de mí era lo mismo que habitaba dentro de Heidi, la diferencia era que ella se convirtió en eso gracias a mí, mientras que yo... se suponía que debía comprenderla, sin embargo, la odiaba a cada momento.

— La única razón por la que no te mataré es porque mis hijos te necesitan. Pero no sueltes ninguna bengala todavía, Heidi. No sé qué clase de prisionera serás y por cuánto tiempo.

— ¿Me harás lo que le hiciste a ella?

La insinuación me hizo hervir la sangre en las venas.

— No. Porque amaba a Giullia.

Y sabía que eso era suficiente para hacerla doler aún más. Vi como las uñas de Heidi se clavaban en el edredón de la cama.

— No puedes salir de esta habitación — advertí mientras me dirigía a la puerta. — Haré que te fusilen si lo intentas.

— No puedes dejarme aquí. Mis hijos me necesitan.

— Es curioso que sólo pienses en ello ahora.

Así que salí de la habitación e ignoré sus gritos. Necesitaba un poco de paz y no la conseguiría en ese ambiente.

22

JEAN

Lo primero que hice al entrar en mi despacho y dar un portazo fue dirigirme a la barra para servirme un chupito, pero desistí en cuanto mis dedos tocaron la botella. Había algo extraño en mí. Sabía lo que era, pero no estaba preparada para reconocerlo o ponerle nombre.

— ¿Jean? — Álvaro entró como siempre, sin esperar mi autorización.

— ¿Quién ha muerto? — dije sin volverme hacia mi amigo.

— Joder, una lista — bromeó, pero su humor no me llegó. — Tío, necesitas dormir.

— Necesito... — suspiré, dejando que mi cuerpo se desplomara sobre el sillón de al lado.

Diría lo que no podía decir. Nombraría lo que aún no podía ser nombrado. Porque en el momento en que la confesión escapara de mis labios, sería real, y yo no estaba preparada para la realidad.

— Necesito luz.

— ¿Quieres que llame a un sacerdote? ¿A un pastor?

— ¡Quiero que te vayas a la mierda! Pero primero llama a Lícia.

Álvaro se rió. Nada intimidado por mi enfado.

— Tu hermana seguramente está dormida y no me atrevo a averiguar con quién.

Sí, Álvaro también sabía que Lícia no seguía las reglas de los mafiosos. No era fiel, no era íntegra y muchas veces era más injusta que cualquier Kuhn macho. Pero...

— Envía a alguien a decirle que la estoy esperando.

— Como quieras. Me voy a la cama porque... hostia, qué día más jodido.

— Ya me contarás — gruñí.

Mi ayudante se fue y me quedé ensimismado. Dos niños. ¡Joder! ¿Cómo me acostumbro a este descubrimiento? ¿Cómo proceder? ¿Cómo hacerme cargo de esos niños y dejar atrás a Heidi? No es que ese fuera realmente el problema. Niños, bastardos, nacidos fuera del matrimonio, no era nada nuevo para los mafiosos, pero... eran dos y la niña tenía una condición especial, es decir, demasiado para una sola persona.

Yo no quería, pero Heidi tendría que permanecer en mi vida al menos hasta que los niños fueran independientes. Y... maldita sea. Eso sería demasiado tiempo.

— ¿Me mandaste llamar? — dijo Lícia, y me pregunté si en algún momento habría llamado a la puerta para autorizarme a entrar.

Me acomodé en el sillón y me entraron ganas de beber, pero me contuve. Necesitaba estar sobrio para las decisiones que tomaría en los próximos días.

— Dije. Siéntate.

Mi hermana me obedeció, con los ojos fijos en mí, seria o incluso demasiado alterada para discutir nada a esas horas de la noche.

— Heidi se quedará en mi habitación hasta nuevo aviso. No puede salir ni ver a nadie. Asegúrate de que tenga lo que necesita.

— Para eso, yo también seré prisionera en esta isla — se burló.

— Como si eso te molestara, hermana.

Lícia inspiró bruscamente y se acomodó en el sillón frente a mí.

— "Elige a una de las otras chicas para sustituir a Scarlett", — dije, y esto sacó a mi hermana de su inercia.

— No son buenas.

— Son tan buenas que las eligieron.

— Ya viste qué desastre fue la primera chica en la presentación y las otras... no son buenas, Jean.

— Uno tendrá que hacer y esa es mi orden.

— Mi hermano... — Lícia se levantó con cuidado, poco dispuesta a entrar en confrontación conmigo, pero decidida a convencerme. — Escúchame, por favor.

— He dicho que no, Lícia.

— Pero dentro de tres días vamos a celebrar un acto importante y cinco miembros han dicho que no van a participar, ¿sabes lo que eso significa?

— Que te estás metiendo donde no te llaman — repliqué, demasiado molesta para permanecer impasible. — Ya te he dicho que no quiero que te metas en esta parte.

— No me he metido, sólo... he escuchado la conversación y he comprobado la lista.

— Ese no es tu trabajo.

Me levanté enojado. Lícia no aprendería. No me obedecía. No entendía que ella no podía asumir ningún papel en nuestro negocio, aunque yo no estuviera de acuerdo con la forma en que nuestro padre dirigía las cosas.

— Sólo quería ayudar.

— ¡No me ayuda cuando te entrometes en asuntos que no te conciernen!

— Si Scarlett no aparece en tres días, habrá otros rumores. Flavia me dijo que las chicas están asustadas, que han empezado a hacer preguntas. Cinco de nuestros mejores clientes no estarán en el evento y esto llegará a oídos de nuestros competidores como si fuéramos débiles.

— Sólo necesitas una chica parecida. Ponle una bota de escayola y dile que Scarlett se hizo daño en el ensayo. Flavia sabrá cómo manejar la situación.

— Flavia, pero yo no — dijo con pesar.

Cerré los ojos, tan agotada que no me quedaba ni una pizca de paciencia, ni siquiera para mi hermana.

— Flavia trabaja para mí. Cuida de nuestras prostitutas, Lícia. Tú no. Me acompañas con la excusa de que me cuidas, y así se lo hago ver a mi padre, pero ahora quiere que me case, ya eligió novia, ¿y cómo será?

Sólo le advertí para que comprendiera la fragilidad de su presencia. Si me casara, Lícia tendría que quedarse en casa, como buena hermana y cuñada. Tendría que ayudar y acompañar a mi mujer, no entrometerse en los negocios de la familia.

— Entonces pregúntale a Flavia si no tengo razón — se quejó. — Hablamos esta tarde. Flavia dijo que Jade... Heidi, es nuestra mejor opción.

— ¡No! ¡No!

— Jean. Sólo tiene que presentarse. Scarlett era su exclusiva. Llevaba su piedra. Nadie le pondrá un dedo encima a Heidi porque seguirá siendo tu exclusiva. Ella se presenta y luego vuelve a la habitación como tu prisionera, o lo que sea que es ahora.

— Eso no es asunto tuyo.

La ira en mis palabras no decía nada sobre la curiosidad de mi hermana. Simplemente no quería ceder. No quería que Heidi hiciera eso porque... maldita sea, era la madre de mis hijos, por mucho que quisiera matarla en ese momento.

— Sabes que tengo razón. Y a Heidi no le pasará nada.

— Es rubia — lo dije sólo porque quería aferrarme a cualquier cosa que me ayudara a no ceder, pero entonces Lícia se rió y se acercó a mí como quien reconoce que ha ganado la batalla.

— Vamos, hermano. Así de simple. Le teñimos el pelo de negro.

— ¡No!

me aparté.

En el momento en que mi hermana hizo la sugerencia, mi mente me llevó de vuelta a Giulia y al día en que la rescaté. Ella había cortado y teñido el pelo que tanto me gustaba. Y hasta entonces, lo había mantenido oscuro, como si la chica que amaba, la que me fascinaba, ya no existiera. Por eso no soportaba repetir aquella historia, a pesar de que Heidi no era para mí más que la madre de mis hijos y... una mujer muy hermosa.

Pero eso era todo.

— Una peluca entonces — sugirió Lícia.

— No funcionará — advertí.

— Déjame a mí, Jean. Sé cómo hacerlo. ¿Tengo tu aprobación?

Tardé un rato en contestar. Era difícil aceptar que Heidi tuviera ese papel, pero mi hermana tenía razón. No podíamos esperar más y Heidi sí sería capaz de engañar a los socios.

— Diles que actuará Scarlett — dije. — Pero déjame hablar con Heidi.

— Está bien.

Lícia salió de mi despacho y yo me quedé largo rato mirando la botella de whisky, preguntándome si realmente quería resistirme a ella.

Los soldados pasaron a mi lado cuando me detuve frente a las puertas dobles de mi habitación. Suspiré antes de abrirlas. Esta conversación no iba a ser fácil.

Heidi seguía despierta, con una bata de seda abierta, el cuerpo expuesto a la luz de la luna que inundaba la habitación a través de la ventana por la que vigilaba la isla. Se retorció los dedos, pero yo sabía que, si fueran los viejos tiempos, estaría mordiéndose las uñas, su mayor defecto. Sin embargo, esta Heidi era una mujer diferente, con unas uñas largas e impecables y un cuerpo que despertaría el deseo de cualquier hombre.

Me miraba fijamente mientras yo la observaba. Sus ojos rojos indicaban que estaba llorando, pero yo no me inmuté.

— Tenemos que hablar — le dije. Le indiqué el sofá, pero ella volvió la cara y volvió a mirar fuera.

Estaba tan desobediente como siempre.

— Quiero oír a mis hijos — su voz, aunque llena de coraje, indicaba que había estado llorando recientemente.

— Mis hijos... — corrígi mientras me sentaba en el brazo del sofá. — Están bien instalados y protegidos. Bertha también. Están esperando los resultados de la prueba de DNA, y sólo entonces decidiré qué hacer.

— Así que mientras tanto son sólo mis hijos — respondió sin apartar la vista de la imagen que había fuera de la habitación.

Conocía el paisaje. Con luna llena, la playa parecía de cuento de hadas. Las aguas tranquilas invitaban a entrar a los incautos. Cuando había algún miembro en el castillo, se organizaban salidas nocturnas, al mejor estilo provinciano y pervertido de la Inglaterra de los

siglos XVII o XVIII. Una orgía en la oscuridad de las arenas, para ser precisos. Pero no allí, no en ese pedazo de paraíso que podía ver desde la ventana.

— Tengo una propuesta para ti — fui directo al grano.

— Si tu idea es pagarme para que renuncie a mis hijos, la respuesta es no.

— En realidad es una sugerencia muy buena, Heidi, con la ventaja añadida de que ni siquiera tendría que pagarte. Lo único que tendría que hacer es servirte de cena para los tiburones.

La chica me miró fijamente, demasiado asustada para continuar con la provocación.

— Pero mi propuesta es ventajosa para los dos. Dijiste que querías el dinero y yo te lo daré.

Ella se desarmó, con los ojos húmedos de expectación.

— ¿Vas a salvar a mi hija?

— A nuestra hija. Sí. Pero a cambio de tu vida, es decir, de que sobrevivas para que Ayla esté protegida de la enfermedad, voy a pedirte un favor.

— ¿Un favor? Debí suponerlo — me lo echó en cara, de pronto sin fragilidad en sus acciones. Heidi volvía a ser la mujer fuerte y decidida que me había plantado cara desde que nos reencontramos. Y, lo confieso, esta versión era jodidamente sexy.

— Harás tres actuaciones en mi castillo. Sobre la tela acrobática, igual que cuando actuaste para mí, pero será para un público más, cómo decirlo... atento. Y sediento también.

— Los clientes. Quieres que me convierta en una de tus prostitutas durante tres noches. ¿Es eso?

— ¡No! — gruñí mientras avanzaba hacia ella. La chica no se intimidó, pero retrocedió hasta que estuvimos demasiado cerca. — ¿Estás loca? Eres la madre de mis hijos.

— Eso no cambia nada cuando se trata de decisiones sobre mi cuerpo y mis deseos.

— No me provoques — amenacé, de nuevo altiva, firme, sin el cansancio que me había invadido minutos antes.

— Digamos que es un buen intercambio. Pero ¿por qué quieres que me presente a hombres sedientos de... tus palabras... si no quieres que puedan desearme?

— Pueden desearte, pero no pueden... tocarte.

— ¡Hum! ¿Fetiché?

Presumida, se apartó de la ventana y se acercó a la cama, donde se sentó y cruzó las piernas. Su cuerpo resaltaba aún más, sus pechos casi salían de su provocativo sujetador. Heidi se había convertido en una mujer deliciosa y no podía negarlo.

— Vas a sustituir a una de nuestras chicas y te han seleccionado por este detalle.

— ¿Había aquí alguna prostituta que exhibiera sus telas acrobáticas? — entrecerró los ojos y sonrió un poco, como si tratara de imaginarse la escena.

— Sí.

— ¿Y qué pasó? ¿Le tocó uno de esos tipos ricos y protectores?

Me metí las manos en los bolsillos del pantalón para no mostrar lo mucho que me estaba molestando.

— Aquí todo el mundo conoce a tipos ricos que se empeñan en protegerlas, pero eso ya lo sabes o no habrías venido. Y no te emociones. El único ricachón que te protegerá soy yo. Para todos los miembros, tú eres Scarlett, la chica a la que vas a sustituir, eres mi exclusiva.

Heidi me evaluó, sin la sonrisa ni la mirada soñadora, pero con algún sentimiento que no supe identificar, pero que me puso en alerta.

— ¿Scarlett? ¿Quieres que finja ser tu prostituta exclusiva? ¿Es eso? ¿Voy a presentarme

como si fuera una chica a la que sólo te follas en esta isla?

— Así es.

— ¿Y eso por qué?

— No te importa el por qué, Heidi. Esto es un intercambio. Scarlett no... actuará más, sin embargo, los miembros le tienen mucho cariño y no había... tiempo para despedidas, así que necesito que te hagas pasar por ella sólo durante tres actuaciones. Como mi exclusiva, Scarlett no era parte de los otros programas sugeridos a los miembros. Estarás protegida y mientras tanto, yo cuidaré de nuestra hija.

— No lo hagas.

— ¿Qué?

No podía creer lo que estaba haciendo esa estúpida. ¿No se daba cuenta de que yo cambiaría su vida por eso?

— ¿Por qué no hubo tiempo de despedirse? — continuó, dejándome atónito. — ¿Por qué los miembros no pueden saber que Scarlett simplemente ya no forma parte del atractivo de la casa?

— Porque... — me mordí el labio, odiando tener que dar explicaciones o inventar una mentira a alguien que debería estar rogándome por su vida. — Porque se ha escapado. Y dejar que esa idea se extienda no es bueno para el negocio.

— ¿Huyó? — La chica sonrió aún con más desprecio. — ¿Tu exclusiva huyó de ti? ¿Por qué huyen las mujeres de ti, Jean?

— Por suerte para ti, no estoy dispuesto a matarte aquí, en mi habitación. Sería demasiado lío para limpiar después.

Al mismo tiempo, la imagen de Scarlett muerta sobre mi cama me hizo retroceder.

— Y tú no huiste, al contrario, todavía estarías en mi cama si yo no te hubiera echado.

Calló, llena de pena al recordarlo.

— Ahora, niña tonta, date cuenta de que es eso o haré que desnuden tu cuerpo antes de que salga el sol.

— Cuando Flavia me invitó, me dijo que podía irme cuando quisiera — dijo, todavía pedante, pero temerosa de mi reacción.

— Flavia no sabía quién eras ni qué me ocultabas.

— Pero si sois todos libres, ¿por qué iba a huir Scarlett?

¡Maldita niña curiosa!

— Huyó con algo mío. Algo valioso. Y cuando lo encuentre... — dejé que completara mi mentira con la amenaza que seguramente se formaría en esa cabeza hueca. — ¡Y ahora deja de quitarme la maldita paciencia!

— De acuerdo. Tres noches y podré recuperar a mis hijos, ¿no es así?

— Eso es.

No era así, porque eran mis hijos y como tales había un protocolo a seguir, pero no entraría en detalles con Heidi por el momento. Cuando llegara el momento, ella lo sabría.

— Y comprarás la medicina para salvar a Ayla, ¿verdad?

— Por supuesto.

— De acuerdo — repitió.

— Muy bien.

Me quité la chaqueta y me abrí la camisa sin paciencia.

— ¿Qué estás haciendo? — dijo sobresaltada. Sonreí. Era mi turno de ser grosero.

— Es mi habitación. Y necesito una ducha.

Me quité la ropa delante de la chica, sin mirarla ni un segundo, y entré en el cuarto de baño, donde podría darme una larga ducha tranquilamente.

23

HEIDI

Antes de que Jean pudiera salir del baño y mostrarme el cuerpo que nunca sería capaz de olvidar, y en el que, por supuesto, no dejé de fijarme en la incorporación de dos nuevos tatuajes en su espalda, uno escrito "liberar es sufrir", el otro un cursi e insípido corazón con un cuchillo clavado en medio, Flavia entró en la habitación, cogiéndome por sorpresa, todavía con la mirada fija en la puerta abierta del baño.

Sí, seguía jugando conmigo. Y sí, odiaba reconocer ese hecho.

— He venido a recogerte — dijo.

— ¿A hacer qué?

— Te acompaño a tu habitación.

— ¿Una... habitación?

La mujer esbozó una leve sonrisa, como para no burlarse de mi inocencia.

— Ésta es la habitación del señor Kuhn. Usted se alojará en la antigua habitación de Scarlett.

— ¡Ah! Bien.

Me subí la cremallera de la bata, sin comprender exactamente qué debía llevar o cómo comportarme. Ni siquiera tenía sandalias para caminar por los pasillos de aquel silencioso castillo a esas horas de la mañana. Aun así, en silencio, seguí a Flavia dondequiera que me llevara.

Por todas partes había soldados de la *Ndrangheta*, representada por los Kuhn en Brasil. No debería haberme sorprendido ni asustado, pero después de tantos meses alejado de esa realidad, me llamó la atención la cantidad de hombres armados y vigilantes, incluso dentro del castillo y al amanecer. Nunca había sido así, ni siquiera en la mansión donde vivía la familia Kuhn.

La habitación que Scarlett había ocupado antes de huir estaba muy lejos del ala donde Jean se alojaba en la isla. De hecho, mientras recorriamos el espacio, a través de una zona por la que sólo pasaban empleados y soldados, me di cuenta de que Jean separaba claramente el lugar donde trabajaba, el espacio por el que pasaban sus clientes y donde se alojaban las chicas. En otras palabras, mientras él se quedaba en un extremo, yo me quedaba en el otro. Separados como si no hubiera historia entre nosotros.

Yo sólo estaba allí porque él me necesitaba para ser Scarlett. Nada más.

— Al menos el muy capullo no me matará — gruñí.

— ¿Qué has dicho? — Flavia se volvió hacia mí cuando me detuve frente a una puerta sencilla pero hermosa.

— Nada. Hace frío, ¿verdad?

Me miró los pies y frunció el ceño.

— Necesitas ropa. Te la traeré.

Abrió la habitación y me dejó pasar. Al mismo tiempo, algo cambió en el semblante de la

mujer. Una mezcla de melancolía y cólera que trató de disimular.

— ¿Era ésta la habitación de Scarlett?

— Sí.

— Dejó muchas cosas atrás, ¿no?

Pasé los dedos por un tocador cercano donde algunas cajas permanecían abiertas, dejando ver joyas. También había maquillaje y cremas, todo de la mejor calidad posible.

— Lo hizo — dijo Flavia con amargura y cerró los joyeros. — Tendrás que arreglarte como ella. Yo te ayudaré. Licia te conseguirá una peluca. Scarlett era morena.

— ¿Una peluca? — Me miré en el espejo y comprobé mis cabellos dorados. — ¿No sería más fácil teñirlos? La peluca podría estorbar...

— El señor Kuhn no lo quiere así.

— ¡Ah!

¡Claro que no! ¿Quién no sabía que le gustaban las rubias porque así era Giullia antes de huir? ¿Y eso es lo que me haría? Me exigiría que siguiera siendo la sustituta de la mujer que ya no podía tener. La ira crecía y se hinchaba en mi garganta, pero no podía hacer nada. Había un trato. Sólo tres actuaciones y me devolvería a mis hijos y la medicina para Ayla.

— ¿Puedo recuperar mi teléfono móvil?

— Desafortunadamente no. Órdenes del Sr. Kuhn.

— ¡Hum!

Me aparté del tocador y miré más de cerca la habitación. Scarlett llevaba allí una buena vida, si es que podía decirse que era posible llevar una buena vida trabajando como prostituta. Sin embargo, la mujer tenía joyas, un dormitorio con vestidor, una cama enorme y todo con refinamiento.

— ¿Puedes ensayar mañana? — dijo ella con seriedad. — Quiero enseñarte cómo se comportaba y vestía Scarlett.

— Sí, puedo.

— Estupendo. Licia vendrá temprano con la peluca y tu collar único. Su piedra. La del Sr. Kuhn.

— Pensé en usar el que tenía Scarlett. ¿O es eso lo que ella le quitó? — dije como si necesitara burlarme de él, para quitarme de la cabeza la idea de que una vez más me estaba utilizando.

— ¿Lo que ella le quitó? — repitió Flavia con calma, pero no ignoré la ira que brillaba en sus ojos.

— Sí, cuando huyó. ¿No es por eso por lo que estoy aquí? La preciosa del Capo se escapó con algo de inestimable valor suyo y ahora tengo que hacerme pasar por ella para complacer a los socios.

Flavia soltó una risita cínica, pero dejó claro que la versión que yo tenía, la que Jean me había dado, no era más que otra de sus mentiras. Mi cuerpo se tensó de inmediato y me volví más observadora. De hecho, Flavia disimulaba su incomodidad por estar en aquella habitación, del mismo modo que luchaba contra la rabia que sentía al escuchar mis palabras.

— Han robado la piedra de Scarlett — advirtió, y sonó como una amenaza, como si no me estuviera permitido tocar el tema. — Pero tendrás la tuya. El señor Kuhn la mantendrá en exclusiva, para que nadie pueda pedirla.

— ¿Y qué hay para mí?

— Dinero. ¿No es eso lo que busca? Ser un exclusivo significa ganar dinero sin mucho esfuerzo, sólo cuando tu amo está presente.

— ¿Mi amo? — Me reí. Era muy gracioso que Jean fuera mi amo y que me tuviera con un collar hecho de una piedra, que impedía que cualquier hombre se me acercara. — ¿Y estamos obligados a aceptar esta exclusividad?

— No. Como te dije, aquí trabaja quien aceptamos y quien queremos. En ese orden. Pero todos conocen las ventajas de ser exclusivos. El Sr. Kuhn, por ejemplo, es muy generoso.

— Me lo imagino.

Volví a mirar las cajas, esta vez cerradas, llenas de joyas. Scarlett era la querida de Jean, como Giullia lo había sido y yo nunca lo sería. Tragué saliva y me obligué a apartar la mirada.

— Ahora descansa un poco. Mañana por la mañana practicarás, para que ninguna chica fisgonee. Luego intentaremos que te parezcas a ella.

— Muy bien, Jade.

— Buenas noches, Jade.

— Buenas noches, Jade.

Flavia se fue. Era plenamente consciente de que mi cuerpo, fatigado por todos los increíbles acontecimientos del día, debería ahogarse en un sueño profundo, pero aunque todos mis músculos me lo pedían, aunque mi mente cansada me suplicaba descanso, no pude hacerlo.

Había tanto en lo que pensar, tanto que lamentar, que los pocos minutos que pasé tumbada en la cómoda cama de una misteriosa mujer, otra vez amante del hombre... el único hombre al que he amado, el padre de mis hijos, el mismo hombre al que creí que no volvería a ver y que — qué mala broma del universo — me obligó a fingir ser su amante fugitiva, que antes de que el malestar me empujara, ya estaba en pie.

— Scarlett — susurré como si alguien pudiera oírme. — ¿Por qué has huido?

Recorrí la habitación con pensamientos contradictorios. Era la amante de Jean y todo allí parecía impregnado de ellos dos, y sin embargo había huido, igual que Giullia y había encontrado la muerte, así que... ¡cielos!

Entré en el *armario* como si necesitara averiguar algo sobre la vida de la chica y lo que había dejado atrás. Era enorme, lleno de espacios donde exhibía bolsos, zapatos, perfumes y todo lo que el dinero podía permitirse para una prostituta de lujo. La puta del Capo, del jefe, del hombre que la mantenía como su exclusiva.

Y una mierda.

Me dolía pensar que la obsequiaba como a la otra, con joyas, ropa, lujo, cuando poco hizo por mí en todo el tiempo que estuvimos juntos. No es que yo quisiera, y siempre lo dejé claro. Yo le quería. Si tenía que tener algo, sería a él, no su dinero ni sus recompensas por noches de sexo. Y sin embargo...

Otro punto que me alertó, y quizás me sacó un poco del camino del dolor por las comparaciones, fue el aspecto del armario. Ordenado, nada fuera de lugar. Ropa cara separada de la ropa de presentación, pertenencias que podía llevarse, vender, ganar mucho dinero y que habían quedado atrás, como las joyas sobre el tocador.

Aquel armario no indicaba que alguien hubiera estado allí por última vez para escapar, aunque estuviera en posesión de algo valioso para Jean Kuhn y fuera consciente de que le costaría la vida. Había algo que no encajaba en aquella historia.

Caminé tranquilamente por el bien diseñado y ordenado espacio hasta que, por curiosidad, abrí los cajones, uno a uno. Mucha lencería, accesorios sexuales para uso individual y para fetiches, todo lo que un hombre podría exigir a una prostituta exclusiva. La sola idea me hizo enfurecerme y golpear el cajón con fuerza.

Fue entonces cuando un débil clic, casi inaudible, llamó mi atención. Volví a abrir el

cajón y me di cuenta de que el fondo colgaba un poco más que antes. Con la uña levanté la madera y encontré lo que parecía un cuaderno, pero no uno cualquiera, sino uno de esos personalizados con frases motivadoras y un nombre en la portada: Gabriela Amorim.

Curiosa, saqué la libreta y abrí la primera página.

"Hoy es mi primer día. Por fin me han aceptado. Creo que he impresionado al señor Kuhn con mis telas acrobáticas. Me han llamado Scarlett. Dijeron que sonaría más místico para la propuesta que habían ideado. No importa cómo me llamen, siempre seré Gabriela. Gabi, como me llamaba cariñosamente mi abuela..."

Respiré hondo al darme cuenta de que tenía en mis manos el diario de la chica a la que Jean había acusado de huir con algo valioso para él. Y escondido como estaba, tal vez allí estaba la respuesta a todo lo que intentaba comprender y tal vez prepararme para lo que Jean había llegado a ser durante el tiempo en que yo había dejado de existir para él.

Y había un añadido a la situación. ¿Por qué había huido la chica y había dejado atrás incluso su diario?

Me llevé el cuaderno a la cama y me acomodé con él sobre las almohadas más suaves que había probado nunca. Incluso mejores que las que Jean tenía en su habitación de la mansión Kuhn. Las primeras páginas fueron aburridas. Relataba los días de entrenamiento, la rutina necesaria en el castillo, cómo cuidaban y mantenían a salvo a las chicas.

El sueño empezaba a apoderarse de mí cuando me informó de una inesperada relación con alguien. No había ninguna especificación sobre quién era ni ninguna pista que pudiera llevarme a averiguarlo. Sin embargo, según las palabras de la chica, se trataba de algo nuevo, tan sorprendente que ni siquiera podía confiar en su propio diario. Sin embargo, en cada palabra estaba la certeza de que Scarlett, o Gabriela, escribía como una mujer enamorada, encantada, como quien experimenta el amor por primera vez, o lo descubre incluso en un escenario como aquel.

Al principio, me preguntaba si no sería Jean la persona de la que estaba enamorada, porque me contaba las veces que se lo pedía alguno de los miembros y lo mucho que se esforzaba por seguir complaciéndolos cuando lo único que quería era volver a su habitación y acurrucarse en los brazos de la única persona que importaba en aquel inmenso lugar.

Hasta que, finalmente, luchando contra el sueño que me cerraba los ojos, leí sobre el día en que Jean la tomó como exclusiva. Y eso me revolvió el estómago por muchas razones. En primer lugar, porque describía a Jean tal como era, y no podía negar que me molestaba darme cuenta de lo atento y preocupado que estaba por el placer de ella, igual que lo estaba conmigo, sin duda igual que lo estaba con Giullia.

Scarlett no le temía, incluso estaba agradecida de haber sido elegida como su exclusiva, porque el Capo la complacía en todos los sentidos y por eso necesitaba sólo un año más para conseguir lo que necesitaba y abandonar la isla con su verdadero amor.

Este era el punto que más aparecía en las páginas siguientes. Como exclusiva, y especialmente para el Capo, no podía pertenecer a nadie más. Alrededor de su cuello no sólo estaba el collar con la piedra de Jean Kuhn, sino una hoja afilada, un contrato firmado que ella entendía que sólo serviría a su protector hasta el día en que una de las partes, o ambas, renunciaran al acuerdo.

Sin embargo, ella no se rindió y siguió encontrándose con su verdadero amor, un romance oculto en el que ambos conocían los peligros, los riesgos, y aun así no soportaban esperar un año para poder vivir lo que sentían.

Cerré el diario y me quedé mirando el techo. Scarlett había traicionado a Jean, igual que

Giullia, así que Jean había matado a Scarlett, igual que había matado a Giullia.
¿En qué coño me había metido?

24

HEIDI

Cuando Flavia me despertó, me pregunté si realmente me había dormido. Me dolía todo el cuerpo, la cabeza no asimilaba lo que era real y lo que no, y no tenía ni idea de dónde estaba.

— Debería dejarte dormir más, pero Lícia necesita asegurarse de que puede hacer que te parezcas lo más posible a Scarlett. — Dijo, todavía un poco alejada de la cama donde me había quedado dormida. La cama de Scarlett.

— ¿Qué hora es?

— Las siete.

— ¿Las siete de la mañana? — Refunfuñé, cansado hasta el extremo. — ¿Es así todos los días?

— Mientras estoy aquí, sí. Las chicas libres hacen ejercicio, las cuidan, hacen todo lo posible por estar impecables para nuestros socios.

— Pero yo soy una exclusiva — murmuré. — Y Jean ni siquiera se acuesta conmigo.

— ¿No quiere? — quiso saber, algo sorprendida. Entonces me di cuenta de que había dicho demasiado.

— ¡Hum! Bueno... — me aclaré la garganta y me obligué a despabilarme. — No lo creo, ya que la idea es que me presente tres veces.

— Lo siento — dijo un poco confusa. — Aún no he hablado con el señor Kuhn sobre las condiciones de tu contratación, pero Lícia lo hará...

— Ya estoy aquí con el contrato — reveló Lícia al entrar en la habitación sin llamar ni pedir autorización. — Veo que ya te has instalado, Jade. Jean me pidió que te diera el contrato y se lo llevara después de que lo hubieras firmado. Como te prometí, el precio de la habitación ya está en tu cuenta.

— ¿Ya?

— Sí — confirmó ella a regañadientes. — Ahora levántate y date una ducha. Te servirán el desayuno aquí, en tu habitación.

— ¿Aquí? — Flavia volvió a sorprenderse con las órdenes de Lícia.

— Sí. Jean no quiere que Jade se mezcle con las otras chicas para que no le hagan preguntas equivocadas.

— Ya veo.

— Después de eso, nuestro peluquero probará las pelucas.

— ¿Y el ensayo? — Flavia quería saber.

— En cuanto hayamos elegido la peluca más segura, empezaremos el ensayo. Prepara la sala donde entrenaba Scarlett.

— Ya está preparada — dijo Flavia como si fuera un soldado, uno de los hombres que trabajaban y acompañaban a Jean en su "trabajo". — Jade, cuando estés lista, dile al soldado que estará en tu puerta que podemos traer el equipo y a la peluquera.

— "De acuerdo", — dije, aún perdida.

— Firma aquí — dijo Lícia, pero le quitó los papeles de las manos y los leí línea por línea, lo que la molestó, pero no pudo discutir.

— ¿Y mi teléfono móvil? — pregunté cuando le devolví los papeles.

— Cada niña tiene acceso a su teléfono móvil un día concreto, sólo para ponerse en contacto con su familia — explica Flávia. — No permitimos teléfonos móviles en la isla para no poner en peligro la intimidad de nadie. Créanme, esto también es por su seguridad.

— Pero...

Quería hablar con mi madre, ver a mis hijos, asegurarme de que estaban bien y matar la nostalgia que me corroía a cada segundo, pero no podía decirlo delante de ellos. No cuando los niños eran de Jean y yo no sería la primera en decírselo a Lícia.

— "Está bien", — decidí, derrotada.

— Mañana será tu primera actuación — dijo Lícia. — Por eso trabajaremos contigo hoy y Jean te buscará más tarde.

Aquella información me incomodó mucho.

— Cuando estés lista, avísame — dijo Flavia antes de darme la espalda y salir de la habitación. Lícia aún se empeñó en mirarme de arriba abajo, como si mi presencia la incomodase, antes de dejarme finalmente sola.

Me senté en la cama y gemí cansada. Fue entonces cuando mi mano se metió bajo las muchas almohadas y capas de sábanas y mis dedos se toparon con el diario de Scarlett. Todos los recuerdos se agolparon en mi memoria. Agarré el cuaderno y lo llevé al lugar donde la chica lo había escondido. Había tanto por leer, por descubrir, por averiguar si Scarlett había planeado realmente la fuga, si había descubierto algo valioso de Jean o si sólo había sido otra víctima de aquel hombre al que se suponía que yo odiaba, pero que empezaba a darme cuenta de que me tocaba de un modo único.

El día pasó tan rápido que antes de darme cuenta el sol se estaba poniendo. El desayuno y la comida fueron solitarios, pero la verdad es que casi no estuve sola en todo el día y tampoco lo vi por ninguna parte.

La peluquera probó varias pelucas y Lícia se decidió por dos, una suelta y otra recogida para que yo pudiera desenvolverme mejor en las presentaciones. Con el pelo escondido y delante de mi nueva versión, dos soldados, Lícia y Flávia, me acompañaron a la sala donde entrenaría y decidirían de una vez por todas si la idea de llevar peluca funcionaría.

Me dieron muchas orientaciones sobre cómo se comportaba Scarlett, lo sensual y mística que debía ser mi actuación, qué canciones utilizaba más y, sin que ellas tuvieran que ayudarme, elaboré lo que creía que funcionaría. Durante casi cuatro horas ensayé la coreografía, memoricé cada posición, practiqué los tiempos de cada subida, bajada, acrobacias y movimientos sensuales que necesitaba para acompañar la música de la forma adecuada.

Al final, cuando ejecuté mi último movimiento, en el que me deslizaba por las telas acrobáticas como si unas manos acariciaran mi cuerpo, le vi. Jean estaba observando mi ensayo, de pie frente a la única puerta que daba acceso al recinto. Llevaba un traje oscuro completo y la imagen del hombre, su postura, los tatuajes que contrastaban con su piel clara y, al mismo tiempo, con su atuendo formal, lo hacían único.

Única, hermosa y sensual sin requerir ningún esfuerzo.

Miré aquellos ojos azules, aunque estaban lejos de mí, y por un segundo vi al hombre que me tomaba entre sus brazos con un ansia que me embriagaba, que me abrumaba con la promesa de un placer que nunca había imaginado sentir. Pero así como apareció sin que me diera cuenta, Jean dio media vuelta y salió de la habitación, sin decir nada, dominando la escena, pero llevándose toda mi atención.

— Perfecto — dijo Flavia, de peor humor que en todo el día. — Creo que nos las arreglaremos.

— ¿Y tú? — respondió Lícia con el mismo malhumor. — Necesitamos seguridad.

— La peluca no se cayó, ella está sexy, con las luces adecuadas nadie notará la diferencia. Ahora dejemos que la chica descanse y coma porque mañana la necesitamos perfecta para probar esta idea — dijo Flavia, sin mirarme.

— De acuerdo. Uno de los soldados te acompañará, Jade — me dijo Lícia, como quien despide a una criada inútil. — Recuerda que no debes salir de la habitación hasta que Jean te libere.

Sí, yo era una prisionera que ni siquiera podía tener la libertad de ver a mis hijos. A cada segundo, la única razón por la que no odiaba más la situación era porque así Ayla viviría y eso era lo único que importaba.

Dos soldados me llevaron a mi habitación. Llevaba una peluca negra porque Flavia me dijo que, para no generar comentarios entre el personal y las demás chicas, así era como debía presentarme cuando estaba en público. Y me reveló que algunas de las chicas utilizaban este artificio como forma de proteger su verdadera identidad, porque todas soñaban con el día en que tuvieran lo suficiente para no necesitar más la prostitución.

Los hombres se quedaron fuera y yo entré. En cuanto cerré la puerta, me topé con Jean, sentado en el sillón junto a la mesa donde comía. Me miró fijamente de una manera que me petrificó. Todavía llevaba puesto mi traje de ensayo, que era igual al que iba a ponerme y que sabía que revelaría mi cuerpo de forma provocativa.

No me quitaba los ojos de encima, observando mi cara, mi imagen, mi cuerpo. Sentado con una pierna cruzada sobre la otra, mantenía un brazo apoyado en el sillón y se alisaba los labios con los dedos que yo conocía tan bien, los mismos que hacían arder mi piel.

— ¿Qué haces aquí, Jean? — dije en voz baja, incapaz de ignorar el poder que aquel hombre seguía ejerciendo sobre mí.

Jean no me contestó, pero señaló una caja negra que había sobre la mesa. Por la forma, me imaginé lo que era, como si se tratara del envoltorio de un collar, una joya. Me acerqué a la mesa y cogí la caja. No me sorprendió ver que dentro había un collar con una piedra, azul, del mismo color que los ojos del bastardo.

— Es un zafiro — dijo como si dijera algo trivial. — Celebra tu primera fortuna — se burló.

— Con una correa. Una gran forma de someter y cosificar a una mujer.

— Nadie obligó a ninguna de las chicas a estar aquí, a aceptar los collares o la piedra, que por cierto, la mía, el zafiro azul, vale más de lo que podrías ganar en muchos años de prostitución.

— Qué generoso por su parte, señor Kuhn — me reí entre dientes. — Nada me hará más feliz que desfilas como su puta exclusiva.

— No como mi puta, Heidi. No vuelvas a ponerte en ese papel.

— Ah, se me olvidaba. Esa no es la voluntad de mi amo.

— Tal vez te corte la lengua, así será más fácil — amenazó, lo que me hizo retroceder.

Jean se levantó y se puso delante de mí. Hermoso, fuerte, tan lleno de confianza que su mera presencia resultaba intimidante.

— Date la vuelta. Necesito saber si te quedará bien.

Hice lo que me dijo. Jean apartó la coleta de la peluca y me puso el collar. Fuerte, casi asfixiante. Sabía que lo hacía para castigarme, pero por mucho que mi mente supiera lo peligroso

que era estar en manos de Jean Kuhn, mi cuerpo recordaba lo bien que me sentía con sus dedos en el cuello mientras me empujaba profundamente y me decía que sólo él podía tenerme.

¡Joder! No podía dejar que esos recuerdos me ablandaran. Jean era el villano de aquella historia, no el bueno. Era el hombre que me mantenía cautiva a cambio de la medicación que salvaría a su hija. Me obligaba a desfilar como su exclusiva cuando todo indicaba que él la había matado.

— ¿Y por qué? No encontraba respuesta.

— Mañana te presentarás — dijo mientras me quitaba el collar del cuello. — Llévalo sólo en público, para que todos sepan que es sólo mío. Esta piedra es la que indica mi propiedad.

— Ah, sí. Durante tres representaciones, seré de tu propiedad — lo sujeté con alfileres.

— Quítate la peluca — ordenó.

— ¿Por qué? Porque yo estoy al mando.

— Porque yo estoy al mando.

Pero sabía que las hebras oscuras hacían que Jean recordara a mujeres de las que rechazaba los recuerdos. Así que obedecí. Frente al tocador, me quité la peluca y la coloqué en el maniquí como me había indicado el peluquero, y me solté el pelo, cada pinza manteniendo ocultas mis hebras claras. No dijo nada durante todo el proceso, se limitó a observarme, pero me di cuenta de que cuando me di la vuelta, de nuevo como la Heidi que él conocía, Jean se relajó.

— Mañana no aparecerás hasta la presentación. Siempre ha sido así — continuó instruyéndome mientras yo volvía a sentarme en el sillón, en la misma posición, la misma fuerza que me hacía desear lo que no debía. — Allí estaré. Me verás pronto, pero en cualquier caso, Flavia te presentará el salón mañana temprano, para que no haya errores.

— ¿Es todo lo que tengo que hacer? ¿Hacer la representación e irme?

— No, no tengo que hacerlo. — Y este punto le enfadó un poco. — Cuando acabe la actuación, los socios querrán verte por el salón. Pero eso es todo. Tú, como mi exclusiva, tendrás que estar a mi lado, en silencio, sin quitarte la máscara.

— ¿En silencio?

— Siempre ha sido así. Como mi exclusiva, no se atreven a hablarte directamente.

— Ya veo. Ayuda a engañarlos.

— No, sólo mantiene lo que ya existía. Scarlett no podía hablar con ellos, esa fue la orden. Tú harás lo mismo.

— Menudo fetiche — volví a burlarme, con rabia, dolido y... no, no estaba celoso.

Jean no respondió a mi provocación.

— Las chicas saben que no eres Scarlett, así que no tienes que temerlas, pero no puedes hablar de nuestro acuerdo. Para todos aquellos que no son parte de nuestra realidad, estás aquí para reemplazar a Scarlett mientras mis hombres la buscan.

— Porque ella te robó algo valioso — le insistí.

— Así es.

— ¿Y qué sería eso?

— Nada que sea de tu incumbencia. — Jean se levantó, dispuesta a poner fin a la conversación.

— ¿Era tu piedra? ¿Es lo que se llevó?

Me miró fijamente, lo que me demostró mi gran error. Jean no era un hombre fácil de engañar. Sabía cuándo Giullia había conocido a su amante, igual que sabía que ella planeaba dejarle. Su perspicacia era apreciada en sus círculos de negocios, así que mi mención de la piedra que una vez perteneció a Scarlett, pero que no se quedó en la isla como tantas otras cosas

valiosas, habría llamado su atención.

— ¿Por qué crees que sería la piedra? — preguntó, con voz más firme y ojos más atentos.

— Porque tú me trajiste una — dije sin la confianza necesaria para engañarlo.

— ¿Y por qué no iba a ser la piedra que llevaba?

Y en ese momento supe que no podía mentir.

— Flavia me dijo que habían robado la piedra.

Vi cómo Jean apretaba los labios y la ira brillaba en sus ojos.

— ¿Y qué más te dijo?

— Nada. No me mientas.

— No me mientas.

— No te miento — dije, esta vez de forma correcta, lo que le convenció. — ¿Tan importante era para ti? — me aventuré a preguntar, sin saber exactamente por qué lo hacía.

— ¿La piedra?

— Scarlett.

De nuevo sus ojos se entrecerraron y le vi tragar saliva como si el tema le resultara indigesto y como si quisiera castigarme sólo por volver a sacar el tema.

— Era una puta, Heidi. Como todas las de aquí. Como tú querías ser y serías si yo no hubiera interferido.

— ¿Y eso qué significa?

— Que una puta es sólo una puta.

Tragué con dificultad, molesta, en cierto modo humillada. Pero sabía que Jean intentaba una vez más hacerme daño, hacerme pagar por haber elegido ese camino en lugar de buscarle para salvar a nuestra hija. Jean nunca me dejaría olvidar este detalle y yo nunca me arrepentiría de haber llegado tan lejos. Ayla merecía todos mis esfuerzos.

25

JEAN

Los resultados de las pruebas de DNA llegaron el día anterior y confirmaron que los niños eran míos. A partir de entonces, no pude concentrarme. Evité a Heidi y, cuando me encontré con ella, no le conté nada de la confirmación. No puedo explicar por qué. Me daba rabia que me hubiera impedido vivirla, aunque nunca había pensado en tener una experiencia así.

Era plenamente consciente de que un día tendría que cumplir mi misión, casarme, tener hijos, todo como dictaban las normas y como acordé en el momento en que me convertí en Capo, con el permiso de mi padre. Del mismo modo, me di cuenta de que no haría lo mismo que mi familia. Si mi tío Hans tenía razón, pronto sería el Don, tendría que trasladarme a Alemania, me convertiría en un marido disputado y podría convertir esto en una gran oportunidad para mejorar las alianzas.

Sin embargo, el descubrimiento de mis hijos lo cambió todo. Lo que nunca me había imaginado deseando me atormenta desde entonces. Y odié a Heidi cada minuto por no permitirme verla embarazada, por poner a mis hijos en peligro cuando se aventuró como artista de circo, por la caída que casi me los arrebató sin que yo supiera siquiera que existían, por esperar demasiado para acudir a mí cuando descubrió la enfermedad de Ayla.

Al mismo tiempo, me culpaba de todo. Heidi ya no era la chica ingenua y apasionada que una vez había huido de mi casa. A decir verdad, hasta que reapareció apenas me acordaba de la chica, pero bastó que volviera, incluso envuelta en su fantasía que me impedía reconocerla de inmediato, pero me hacía anhelarla, que no pasara un solo momento sin dedicarle mis pensamientos.

Y había todo tipo de pensamientos, pero todos me llevaban a una única necesidad: follármela. Porque me culpaba de haberla echado y de haber participado en su decisión de no acudir a mí para hablar del embarazo, y eso me hacía desear follármela con cuidado, como una disculpa que le debía, pero que sin duda nunca me atrevería a pedirle.

Esta certeza alimentó otra parte de mi necesidad, la ira, porque Heidi sabía que no podía llevar a mi hijo en su vientre sin decírmelo, y sin embargo lo hizo. Sabía que nunca me negaría a ayudarla con el tratamiento de Ayla y eligió la prostitución antes que a mí. Todos estos factores me dieron ganas de follármela como castigo, duro, con rabia... la forma exacta en que habíamos follado durante los meses que habíamos estado juntos y que nunca había asustado a la chica, al contrario, era lo que nos unía.

¡Joder! Quería follármela, era cierto, pero había tanto entre nosotros que evitaba ponerle las manos encima por riesgo a que no hubiera límites. Y no los habría, porque Heidi era la madre de mis hijos. Dos niños a los que no me permití observar bien, que en aquel momento no tenían el cariño ni la presencia de su padre y de su madre, que heredarían todo lo que yo tenía.

Pero que serían el mero fruto de una inconsecuencia. Hijos bastardos. Impuestos a la mujer que se casó conmigo, pero a riesgo de no ser queridos por ella, de sufrir el rechazo incluso de mi entorno, a pesar de que mi posición les garantizaba lo que por derecho les correspondía. Y yo sólo tenía estas opciones: un matrimonio de conveniencia en el que la mujer me diera hijos legítimos, lo que podría causar inmensas fricciones, o casarme con Heidi y asumir mis

obligaciones con los bebés, lo que sin duda haría que mi padre muriera prematuramente de pena.

Un capo no se casaba con cualquiera. Joel eligió a Giullia. No era de nuestro entorno, pero pertenecía a la alta sociedad, aunque su padre fuera una basura en bancarrota. Ella tenía el apellido que haría que la combinación de los dos abriera puertas, así que aunque mi padre no estaba orgulloso de la elección, aceptó.

Pero yo... mi padre tenía un plan para mí, aunque estuviera enmarcado en su locura, en su incapacidad para estar lúcido en todo momento. Mi padre quería una alianza, reforzar nuestra familia con alguien vinculado a la *Cosa Nostra*, con la facilidad que nos proporcionaba Alemania y la impecable organización de Italia. Un plan que correspondía a nuestro entorno, pero que me devolvía a mis hijos y a Heidi.

— Así que Scarlett actuará esta noche.

Dijo uno de los miembros, no el más importante para mi negocio, pero lo bastante influyente como para pagar su afiliación, mientras se sentaba a mi lado. Desfiló con una de nuestras chicas como hacían los demás, sin contacto vulgar o como si la mercancía no tuviera el valor por el que pagaban. En el salón, actuábamos como parejas en una cita para el espectáculo y Scarlett, o Heidi, era la atracción más esperada.

— Sí, la traje de vuelta — confirmé sin querer entrar en detalles.

— Llevarla a tierra firme como amante estable era una forma estupenda de hacer que la chica quisiera seguir con su roca. Ojalá todos pudiéramos hacer lo mismo — se burló.

— Puedes llevártelas. Lo único que tenéis que hacer es aceptar el contrato como protectores, pagar las cuotas, las dietas, mantenerlos para que puedan vivir seguros fuera de la isla. Porque, como saben, cuando una de nuestras chicas es "apadrinada", deja de ser nuestra responsabilidad y se abre una vacante para una nueva mujer.

— Scarlett no abrió el trabajo — continuó, lo que hizo que mi paciencia caminara por la cuerda floja. — Ha vuelto, ¿verdad?

— Scarlett dejó la isla por sus propios propósitos, yo sólo me aseguré de que ocurriera con todo el cuidado y la seguridad que necesitaba. Ninguna chica está aquí como prisionera, y todas tienen una vida fuera de esta burbuja de fantasía.

— Me doy cuenta de eso. Tienes razón — se redimió, pero sin ganar mi favor. — La noche es espectacular.

— Estoy encantado de complacerle — dije de mala gana, y pronto el hombre se calló mientras Heidi, o Scarlett, aparecía al final de la larga escalera de estilo clásico.

Hubo un murmullo a mi alrededor. Todo el mundo comentaba la elección de su atuendo, la forma en que se movía al bajar cada peldaño, y algunos llegaron a decir que Scarlett había vuelto más guapa, más atractiva, como si el tiempo fuera hubiera sido el remedio ideal para la muchacha.

Y es que Heidi interpretaba el papel espléndidamente. No sonreía como si quisiera agradar a los hombres allí presentes. Sus labios, pintados de un rojo vibrante, mostraban una sonrisa que confundía. Nadie allí podía descifrar si les saludaba, si reconocía su supremacía en el escenario y, por tanto, desdeñaba a los humildes mortales, o si simplemente se esforzaba por cumplir con su deber.

La suave música hizo de las suyas mientras Heidi caminaba hacia el centro del escenario. La iluminación dejó que la magia envolviera a todos los que no podían apartar los ojos de la chica. Y cuando sus seductores dedos tocaron la tela, el sonido siguió cada gesto, subiendo y bajando a medida que ella se movía.

No reconocí a la mujer que se acurrucaba en la tela como si fuera su propio cuerpo. No

me reconocí cuando una corriente eléctrica atravesó mi piel al mismo tiempo que la tela se deslizaba por la suya. Aquella no era Scarlett, aunque todo el mundo pensara que lo era. Porque Scarlett nunca tuvo ese poder sobre mí, aunque me excitara.

Con Heidi era diferente. Ella se mostraba y me tenía hechizado. Aunque estábamos a una distancia considerable, podía jurar que sus ojos me miraban, contrastando con la máscara azul cian que Scarlett llevaba para ocultar su rostro. Sin embargo, el pelo negro postizo de aquella vez me daba ganas de arrancármelo, no por los recuerdos sino porque quería ver a Heidi, no a la versión perfeccionada de Scarlett, y pensar en ello me molestaba.

El último movimiento hizo que todos contuvieran la respiración. Algunas expresiones de sorpresa llenaron la sala cuando giró y terminó a centímetros del suelo, cuando descendió suavemente, poco a poco, hasta trepar por el escenario.

Heidi nunca tuvo esa flexibilidad y... ¡joder! Odiaba desearla.

— ¡Maravilloso! — dijeron algunos, no con un grito de admiración, sino con el respeto que pocos se ganaban.

Hizo lo que habíamos acordado, y sin duda Flavia la había guiado. Caminó hacia mí en silencio, con la misma sonrisa misteriosa, sin quitarme los ojos de encima ni un segundo, igual que yo, atrapado por aquella figura que me excitaba incluso por su forma de caminar.

La odiaba y sin embargo... quería follármela hasta que mi odio adquiriera una nueva dimensión.

Heidi se sentó a mi lado y justo en ese momento perdimos la conexión. Puse mi mano sobre la suya, como solía hacer cuando Scarlett se presentaba y, con placer, me di cuenta del susto que le había causado a la chica.

— Enhorabuena, Scarlett — dijo uno de los miembros, esta vez el que más merecía los honores de la casa, lo que me inquietó. — Hoy has conseguido lo que yo creía imposible. No se puede negar que dominas el aire cuando te mueves en el espacio, como si tuvieras la capacidad de volar. Te compararía con un hada, pero es una comparación bastante infantil, así que te comparo con una ninfa, ya que se ajusta perfectamente a tu sensualidad innata.

¿Sensualidad nata? Miré a la chica a mi lado e intenté recuperar en mi mente por qué le había prestado atención cuando Giullia seguía siendo todo lo que yo quería. No, desde luego no había esa sensualidad latente en Heidi cuando la conocí, pero no cabía duda de en qué se había convertido después de abandonar mi cama.

Heidi dio las gracias con la cabeza, pero no dijo nada. No hablaba con los miembros a menos que renunciara a mi protección y el hecho de que mi piedra siguiera colgada de su cuello significaba que todos entendían a quién debía obediencia.

Sin embargo, la idea de que en algún momento Heidi supiera que podía quitarme la piedra y elegir a otro me irritaba. Sí, los niños eran míos, y ella sabía que yo no me negaría a salvar a Ayla, pero aquella mujer sentada a mi lado era plenamente consciente de su poder como mercancía en la isla y no sabía cómo iba a afrontarlo cuando estaba tan enfadada conmigo.

Y quizás esa fuera la razón de mi decisión. Con mi mano aún sobre la suya, me levanté, obligándola a hacer lo mismo.

— Caballeros, disfruten de la velada — anuncié antes de salir del vestíbulo y llevarme a Heidi conmigo hacia mi habitación.

Esto también era necesario para evitar comentarios. Todo el mundo sabía que las habitaciones de las chicas estaban en el otro extremo del vestíbulo, que la mía estaba en el extremo opuesto y que las habitaciones ocupadas por los miembros que se divertían con las chicas estaban en el centro, en grandes habitaciones con todo tipo de accesorios y muebles para

satisfacer las necesidades más extrañas.

Nada más salir del vestíbulo, pasamos junto a los soldados que esa noche velaban por la seguridad de forma más ostentosa, para que no se repitiera la historia, y nos dirigimos al ala que era sólo para mí. Heidi intentó apartar su mano de la mía, cosa que yo no permití.

— ¿Qué haces? — murmuró.

— Te llevo a mi habitación. Eso es lo que todo el mundo espera que ocurra después de una actuación de Scarlett.

Y, por supuesto, no diría que esta vez había un tipo diferente de deseo en mí.

— No vamos a tener sexo, Jean — ordenó, como si necesitara enfrentarse a mí, o como si pudiera sentir el deseo que me empujaba a ir en contra de todo lo que sentía por ella.

Abrí la puerta del dormitorio y la dejé entrar. Heidi, jadeante, caminó hasta el centro de la habitación y se encaró a mí con las manos en las caderas.

— No vas a ponerme las manos encima — me dijo.

— ¿Es eso lo que quieres?

Me di cuenta cuando la chica dudó, cómo sus ojos delataban que no estaba segura y que, como yo, luchaba contra el deseo que dejaba claro que no seguiría el mismo camino que nuestras razones.

— Quiero ver a mis hijos — nos informó, como si necesitara defenderse de algún modo para no ceder a las llamadas de nuestros cuerpos.

— Nuestros hijos, Heidi — dije con fastidio. — Y no, no los verás durante un tiempo.

— ¿Por qué? — preguntó con los ojos llorosos, llenos de dolor y añoranza.

— Porque están dormidos. — Contuve mi ira. No era justo castigarla así.

La niña se dio cuenta entonces de la verdad de mis palabras. Se secó la lágrima que se le había escapado y, jadeando, cruzó la habitación.

— ¿Cuándo?

— Aún nos quedan dos funciones.

— Esto va a ser eterno, Jean. Déjame al menos llamar a mi madre, déjame verlas por videollamada.

— Puedes tenerlo mañana. O...

Caminé hacia ella, sin prisa, con una mezcla de sentimientos que me desconectaron de mi esencia desde el momento en que dijo que no le pondría las manos encima. Y es que mi mente, a pesar de la restricción establecida, creaba mil posibilidades de tenerla sin tener que tocarla.

Lo peor fue tener que negociar para conseguir mi deseo, pero Heidi no me dejó otra opción. Sin embargo, confieso que incluso persuadirla astutamente, jugando con sus inseguridades y necesidades, me excitaba.

— ¿O no? — se burló, de nuevo llena de sí misma.

— Puedo llevarte mañana, pero...

— ¿pero? — Entrecerró los ojos, segura de que yo no le haría ese regalo sin una exigencia tan grande como la satisfacción de su deseo.

— Harás algo por mí.

— ¿Otro trato?

— Otro más.

— ¿Un trato para acostarte conmigo? Nunca pensé que caerías tan bajo.

— No voy a acostarme contigo, Heidi — determiné, tan molesto como instigado. — No sin que me lo pidas.

— Eso nunca ocurrirá.

— ¿O sí?

Se estremeció cuando di otro paso hacia ella.

— No pienso tocarte. Como sabes, aquí nadie está obligado a hacer nada.

— Entonces, ¿qué quieres?

Sus palabras ya no tenían la arrogancia de antes, pero había un leve pero casi imperceptible indicio del deseo que sentía, igual que cuando aún éramos amantes.

— Nadie duerme en mi cama sin placer, Heidi. Esa es mi regla.

— Puedo dormir en mi habitación — me desafió.

— Esta noche no. Aceptaste ser Scarlett y mi exclusiva duerme conmigo las noches de función.

Di otro paso, ella retrocedió, pero no había donde correr.

— No vamos a acostarnos — reafirmó con voz temblorosa y excitada, despertando mi deseo.

— No, no vamos a hacerlo.

— Entonces, ¿qué quieres?

— Te lo diré. Quítate esa peluca. No necesito que seas Scarlett aquí — determiné y me alejé hacia el camerino.

Sabía lo que quería, dónde lo encontraría y cómo lo haría. Quedaba por ver si Heidi cedería.

Cuando volví al dormitorio, encontré a la chica que había bailado para mí en su primera exhibición en la isla, cuando aún intentaba ser aceptada. Rubia, con el pelo largo y liso hasta la cintura, sin la máscara que ocultaba su rostro perfecto. Puse la caja sobre la mesa y me encaré a la mujer que me miraba expectante.

— Entonces, ¿tenemos un trato?

— ¿Me llevarás a verlas mañana? ¿Me lo promete?

— Te lo prometo. Pero ni siquiera sabes lo que voy a pedir.

— Mientras no me toques — se puso furiosa, pero no me di cuenta.

Sabía que Heidi me deseaba tanto como yo a ella, pero haría lo que me pidiera y doblegaría a aquella chica hasta que comprendiera que con Jean Kuhn no jugaba nadie.

— No te tocaré — le prometí.

Abrí la caja y saqué el vibrador que haría el trabajo perfectamente, sin necesidad de mí, de mi tacto, de mis manos sobre ella. Los ojos de Heidi se abrieron de par en par, pero no intentó objetar. No era la primera vez que utilizábamos accesorios para divertirnos.

— Ve al baño, quítate la ropa, déjate las bragas puestas, pero usa esto.

Le entregué el dispositivo rosa que encajaría perfectamente en su raja, estimulándola desde el interior y con la curva que se apoyaría en su clítoris, obligándola a rendirse al placer.

— Esta es tu oportunidad de rendirte, Heidi. Aún puedes conformarte con una videollamada.

Entrecerró los ojos y, reaccionando como yo sabía que lo haría cuando la desafiaban, me quitó el vibrador de la mano y se marchó al baño para hacer lo que le pedía.

No la tocaría, pero eso no me impediría hacer que se arrepintiera de habérmelo pedido.

26

HEIDI

Yo no era ingenua, ni tan tímida como para sufrir por lo que Jean me exigía. Si lo pensaba fríamente, haría eso y más por un desconocido si me pagaba, ya que el objetivo de estar en aquella isla era conseguir todo el dinero posible para salvar a Ayla. Sin embargo, lo que me enfurecía era el regateo. La forma que tenía Jean de creerse con derecho a hacer ese intercambio conmigo.

Y también la certeza que tenía en mi interior de que no sería lo suficientemente fuerte como para resistirme a él si insistía en convertirme en su exclusiva con todos los derechos que ese título conllevaba. Odiaba a Jean Kuhn y amaba a Jean Kuhn con la misma fuerza que me hacía cerrar los ojos con rabia mientras obedecía exactamente lo que me pedía y me sentía húmeda por la misma razón.

El aparato ni siquiera vibró en mí y me encontré preparada, excitada, con cada partícula de mí ser recordando lo que aquel hombre era capaz de hacerme en la cama. Y lo que es peor, deseando que lo hiciera.

¿Cómo pude ser tan tonta?

Mientras tanto, Jean podía formar parte de todos los recuerdos de mis células, pero Jade, la mujer en la que me había convertido, sería nueva para él. Por eso, cuando me miré en el espejo, maquillada, con mi larga cabellera decorando mis nuevas curvas, mi cuerpo desnudo salvo por las bragas que él exigía, mis pechos turgentes y ya hinchados, con el vibrador que no se veía pero que se insinuaba en mi interior al menor movimiento, lo deseé.

Deseaba que sucediera. Que me viera correrme sin poder tocarme. Que me devorara con los ojos como hizo cuando me exhibí en aquella sala llena de posibles patrocinadores, pero no consiguieron sacarme ni una mirada. Todo en mí se volvió hacia Jean Kuhn, aunque sólo fuera por tres noches, como estipulaba nuestro contrato.

Con una mezcla de impaciencia y petulancia, abrí la puerta del cuarto de baño y salí. Esperaba encontrarme a Jean allí sentado, dispuesto a mirarme, pero no fue así. Junto a la cama, me estaba esperando, sin camiseta, descalzo, con su maravilloso pecho tatuado de una forma única, con imágenes y refranes que le cubrían el pecho, le subían por los hombros y le bajaban por los brazos.

Yo quería, pero no podía dejar de mirarle, sobre todo porque él no ocultaba su escrutinio de mi cuerpo, ni intentaba luchar contra el deseo que se revelaba en cada uno de sus gestos. Jean se humedeció el labio inferior e hizo un gesto con la cabeza hacia la cama. Debía prestar atención a lo que me dijera, pero mi atención estaba fija en el tatuaje que llevaba detrás de la oreja, donde lucía un pequeño diamante, casi imperceptible, en absoluto pequeño ni discreto, sino nuevo. Era una corona bien diseñada que hacía honor a su nuevo estatus: rey de las putas.

La idea me enfureció y eso fue lo que me hizo mirar hacia la cama, como sutilmente me ordenó. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que iba a ocurrir. Por un segundo, el valor que me había hecho desfilas de nuevo hacia él, dispuesta a satisfacerle, desapareció. En cada extremo de la cama había una pieza que me sujetaría e inmovilizaría.

No es que lo hubiera hecho nunca con él. Jean era creativo en la cama, pero ésta era una situación diferente. Me odiaba por elegir a sus hijos y yo le temía por reconocer lo que podía hacer a las mujeres que le desafiaban.

— Tumbate — me pidió sin arrogancia, seguro de lo que quería y de lo que conseguiría. No había ninguna duda.

— ¿Vas a arrestarme?

Vi cómo sus labios se torcían en una sonrisa estúpida. Jean echó otro vistazo a mi cuerpo, esta vez de forma más libertina, y luego desvió su atención.

— No será la primera vez.

— ¿Y si no quiero?

Abrió ambos brazos, como si allí no hubiera mucho que discutir.

— Tú eliges, Heidi. Yo te muestro lo que quiero y tú me has dicho lo que quieres. Es un intercambio.

— Un intercambio basura.

— Nunca te engañé en eso. ¿Te vas a la cama?

Furiosa y, de una forma para la que nunca pude encontrar la razón, cachonda, me arrastré hasta el centro de la cama y me tumbé, permitiéndole hacer lo que planeaba. Lo peor de todo era saber que tendría éxito. Que Jean conseguiría lo que quería de mí, tantas veces como quisiera, porque mi cuerpo actuaba por sí solo, con decisión, sin necesidad de consultar mi mente.

Aseguré cada una de mis muñecas con la abrazadera que no me haría daño aunque forcejeara. Aún tenía cierta movilidad, podía levantar el torso con los codos si quería. La misma certeza me invadió cuando me enganchó los talones, dejándome lo suficientemente abierta, pero con suficiente holgura para que pudiera levantar las rodillas, pero no cerrar las piernas.

Durante todo el proceso no me tocó, como le había dicho que no quería y como me había prometido que no lo haría. No sabía si eso me aliviaba o me frustraba.

Me quedé mirando al techo, consciente de que podía verme desde cualquier ángulo que quisiera, de que mis pechos delataban mi excitación, de que mi respiración entrecortada le encantaría. Durante unos segundos, esperé a que dijera algo, a que actuara, pero no pasó nada. Nada.

Seguí mirando al techo para obligarme a no buscarlo o para demostrar mi impaciencia, que podía identificarse fácilmente como deseo, ya que la humedad de mi sexo dejaba claro lo mucho que deseaba que vibrara aquel aparato. Y no ocurrió nada. Ni pasos, ni indicios de dónde estaba, ni siquiera oía su respiración. Así que, segura de que Jean me estaba castigando, creando esa expectativa sólo para dejarme sola en la cama, atrapada, y abandonándome en aquella habitación toda la noche, apoyé los codos en el colchón y levanté la cabeza.

Y todo sucedió a la vez.

En cuanto mis ojos lo buscaron, lo encontré, de pie frente a la cama, quieto, con una mano en los labios y la otra en el móvil, que activó y, en el mismo instante, el aparato vibró con tal intensidad que me dejé caer de nuevo sobre el colchón, estimulada de un modo increíble.

Me mordí el labio para no gemir, pero si así evitaba darle a probar el sabor de la victoria, estaba regalando la partida con el resto de mi cuerpo. Con el aparato vibrando dentro de mí, frotándose contra mis sensibles y húmedas paredes y, al mismo tiempo, la pequeña parte que estaba unida a mi clítoris funcionando como si dedos o lenguas estuvieran jugando conmigo, apreté las manos en puños, las uñas clavándose en mi carne, el torso retorciéndose de placer, nada más bajo control.

Me mataba, me volvía loca, me convertía en polvo con tal facilidad que me preguntaba si

era real, si realmente estaba allí, prácticamente desnuda, atada a la cama de Jean, dejando que me arrancara el primer orgasmo.

Pero era cierto. Tan cierto como que el propio aire que escapaba de mis pulmones era el orgasmo que me desgarraba, retorciéndose a mi alrededor, avanzando por mi piel como mil labios saboreándome.

Respiré agitadamente cuando él, consciente de que estaba consiguiendo lo que quería de mí, suavizó la intensidad de la palpitación entre mis piernas, dejándola como una leve caricia, un pequeño recordatorio de que aún me tenía en sus manos, aunque no me estuviera tocando.

Me humedecí los labios y mantuve los ojos cerrados. No apagó el aparato, no cambió la velocidad, permaneció quieto, sin ningún movimiento que me alertara de su presencia más que ese zumbido oculto en lo más profundo de mí, en mi carne húmeda y rendida.

— Ha sido fácil — comentó al cabo de un rato. Su voz era tranquila, impasible.

Respiré hondo para no replicar. Si Jean no apagaba el aparato era porque iba a torturarme durante más tiempo, iba a deleitarse con mi entrega, con mi deseo, hasta exprimir todas mis fuerzas. Jugaría conmigo, me castigaría, me atormentaría hasta que correrse dejara de ser un placer para convertirse en un castigo.

La velocidad aumentó, no lo suficiente como para desestabilizarme de nuevo, pero el punto vibratorio de mi clitoris contagió el deseo a todas mis terminaciones nerviosas.

— Te gusta que te miren — señaló sin emoción. — Te gusta exhibirte.

No quería pensar en ello, pero cuanto más lo decía, más se llenaba mi mente de pura lujuria, de imágenes de cómo estábamos, después de todo lo que había aprendido de la pareja Capri, de cómo me habían enseñado a despertar mi cuerpo en puntos que nunca había imaginado que existieran, de todo lo que había hecho para ser más sexy, más segura, más buena en lo que me proponía.

Y así me sentía, aunque no quisiera admitirlo, pero sabiendo que Jean me observaba desde aquella posición, que veía cómo mi cuerpo se rendía, cómo el deseo se extendía por mí, cómo poco a poco cedía, me entregaba, gemía suave y socarronamente cuando él me daba otro nivel de vibración, otro poder.

El segundo orgasmo llegó poco a poco, el deseo creciendo en mi sexo a medida que él me daba más, haciéndome abrirme, deseando frotar mis piernas, darme la vuelta para que ese pequeño aparato dentro de mí pudiera encontrar alivio en mis paredes.

Esta vez gemí mientras me corría y fue tan delicioso que me permití olvidar la realidad que me esperaba. Cuando solté el último suspiro y Jean volvió a bajar el ritmo, sin apagar el aparato, se acabó el silencio. Cruzó la habitación, lo que me hizo buscarlo de nuevo y encontrarlo en el bar, sirviéndose un vaso de su bebida favorita: whisky, puro, fuerte y llamativo como su misma esencia.

Nuestras miradas se cruzaron. Él no se apartó y yo no me acobardé. Al diablo con la moral y mi dolor. Jean mantuvo la vibración constante que golpeaba varios de mis puntos y me estimulaba con facilidad. Le vi bajarse la bebida de un trago y luego acercarse a la cama.

Me mordí los labios para que no se me escaparan las palabras cuando se subió al colchón, arrodillándose entre mis piernas, con esa cara que ponía cuando me follaba con ganas, sin reservas, tan hermosa y tan peligrosa que sacaba lo mejor y lo peor de mí.

Aumentó la intensidad, el aparato volvía a vibrar dentro de mí, estimulando mi clitoris, enloqueciéndome sin medida. No nos quitábamos los ojos de encima, lo que me estimulaba aún más. Sabía que me deseaba, que si tuviera mi permiso, me tocaría, me tomaría para sí como siempre hacía, pero Jean no cedía, del mismo modo que yo me esforzaba, luchando conmigo

misma a cada segundo, a cada nuevo espasmo, para no rogarle que me tocara.

— Debería castigarte — dijo inclinándose sobre mí, las palabras en un gruñido sensual y delicioso que se deslizó por mi piel y se alojó en el centro entre mis piernas. — Deberías dejar que el vibrador te follara hasta que el placer dejara de llegar y sólo quedara dolor.

Amenazó, pero no había ese brillo diabólico en sus ojos, porque Jean lo intentaba, pero no podía ser así. Y aunque había un abismo enorme entre nosotros, aunque yo tenía muchas razones para odiarle, aunque no le importaba lo suficiente como para protegerme, me deseaba, no como antes, con la desesperación o la lujuria de alguien a quien le gusta sentirse deseado.

Jean me deseaba con intensidad, con un hambre que nunca antes había mostrado, con nuevos deseos. Y este fue el punto que me hizo más fuerte. Sonreí, me levanté, eché la cabeza hacia atrás y gemí suavemente, como sabía que a él le gustaba. Oí su risita baja, la forma en que me aprobaba y entonces la potencia volvió a aumentar, no a su máxima velocidad, pero lo suficiente para provocar un escalofrío que hizo que toda mi piel mostrara mi deseo y los pezones de mis pechos se endurecieran.

Se inclinó hacia uno. Contuve la respiración, anhelando el roce de sus labios, la ruptura de la frontera que en aquel momento ya no tenía sentido, pero Jean no me tocó. Sopló sobre el pezón de mi pecho y fue como si lo hiciera sobre mi clítoris. Gemí, rendida, encantada.

— Eso ya es un castigo — susurré, no segura de si estaba pensando las palabras que bailaban por mi mente o simplemente diciéndolas.

— No, no lo es — volvió a reír. Tan bonito. Tan lejos.

La velocidad volvió a aumentar y me tumbé en la cama, incapaz de sostenerme. Jean se inclinó sobre mi cuerpo, soplando su aliento caliente desde mi ombligo hasta mi cuello. Sus labios estaban cerca de mí sin tocarme. Aquello era una tortura.

— Te corres demasiado bien, chica.

Me estremecí al oírle, no por miedo o inquietud, sino por el placer que entraba en mi carne y me poseía sin dejarme elección. Aumentó su velocidad y yo me retorcí bajo él, con las piernas abiertas, nuestros cuerpos tan cerca que sólo tenía que quererlo y yo nunca sería capaz de detenerlo.

— ¡Jean! — susurré, segura de que aquello era demasiado para mí.

Mis caderas se movieron lentamente, como si quisiera recibir la vibración en cada centímetro de mis paredes sedientas. Pero esta vez, en lugar de permitirme llegar hasta el final, se ralentizó hasta convertirse en un lento y casi inexistente latido.

— ¡Ay, Dios! — murmuré, con la frustración extendiéndose por todo mi cuerpo.

— ¿Quieres correrte? — Las palabras que soplaban por mi piel, bajando por mi cuello hasta mis pechos, hicieron que mi mente se preguntara.

— Jean...

— Pídemelo.

— I...

— Pídemelo, Heidi. Pídeme que te haga venir.

La ira me golpeó fuerte, pero no cedí. No le daría ese gusto. Ya sabía que encontraría la forma de castigarme, porque le conocía, pero no tenía ni idea de la mujer en la que me había convertido. Así que en lugar de enfrentarme a él, volví a levantar el torso, cogiéndole por sorpresa. Tan cerca que podía oír su respiración.

— Ven conmigo — le ordené y observé con deleite cómo su arrogancia retrocedía.

— ¿Cómo? — Intentó poner desprecio en su voz, pero ya no podía.

Mi ataque lo desmontó, lo rindió. Porque, ¿qué haría Jean dándome otro orgasmo y

conteniendo su propio deseo? ¿Se masturbaría solo como un niño abandonado? ¿Buscaría a otra mujer para aliviar su necesidad? No. Él creía tener todo el poder en sus manos controlando cuánto vibraba su juguetito dentro de mí, pero en ese momento, yo lo dominaba.

— Me estás follando sin tocarme — dije con seguridad, sensualmente, poniendo cierta timidez en mi voz porque sabía que eso le seduciría. — Y quiero que sigas follándome. — Abrí un poco más las piernas y me revolví como si tener otro orgasmo ya no dependiera de la intensidad que él eligiera. — Entonces, ¿por qué no haces aquí lo que seguramente harás lejos de mis ojos? ¿Por qué no dejas que tu mano sea la representación de la mía, de mi boca, de mi sexo, y vienes conmigo?

— Me estás pidiendo que...

— Por favor, Jean — gimí, socarronamente, rendida. — Por favor, haz que me corra. Por favor, córrete dentro de mí.

— ¿Sin tocarte? — me dedicó una media sonrisa, torcida y hermosa, escrotal y sexy, la forma en que hacía que me mojara sin tener que esforzarme.

— Sin tocarme — susurré.

Aumentó su velocidad a máxima potencia, lo que me arrancó un gemido que superaba mi capacidad de representación. Era puro, carnal, real. Se hizo aún más intenso cuando se bajó la cremallera de los pantalones y, sin ningún pudor, se masturbó encima de mí. Yo estaba tumbada en la cama, atrapada, con las piernas abiertas, y él estaba entre mis piernas, de rodillas, sin tocarme, manejando su polla con tal maestría que me hipnotizaba.

Ni siquiera cuando Jean me descubrió en el interior de aquel castillo imaginé que volveríamos a vivir algo tan íntimo, que le vería desnudo, o mejor dicho, de aquella forma que alimentaba mi libido, con los pantalones abiertos, mostrando su abdomen, su cuerpo increíble que bajaba hasta su pelo pulcramente recortado para presentar una verga majestuosa, digna de toda mi admiración, del tamaño y grosor que me enloquecía cuando me penetraba, con venas que salían y adornaban el asta como si necesitaran asegurar que sólo placer recibiría quien de allí se aventurara.

Jean se masturbó para mí, mi cuerpo se rindió como hacía tiempo que no lo hacía, y me corrí dura, húmeda, completamente implicada en la situación, sólo para verlo derramarse en mi vientre segundos después, tan potente y sexy que me embelesó. Caliente, voluminoso. Me calentaba la piel con sus gemidos, con sus expresiones hermosas y dominantes, un alfa perfecto.

Jean se apoyó en su brazo, tan necesitada de aire como yo. Luego abandonó la cama, apagó el vibrador y se alejó. Volví a mirar al techo, porque ése era nuestro límite. No había nada para los dos, ningún camino que seguir.

En cuanto me soltó las muñecas y los tobillos, se alejó sin decir palabra y se encerró en el cuarto de baño, dejándome sola con mis recuerdos, mis miedos y mis inseguridades. Volvía a ser Jean Kuhn, el mafioso que me despreciaba.

27

HEIDI

Jean se duchó, se cambió y salió de la habitación después de decirme que no podía irme. Me frustró de una manera absurda. No esperaba que me acogiera ni que se declarara, y no quería que lo hiciera, pero cuando pasó a mi lado sin mirarme, fue como un detonante, un atisbo de lo que habíamos vivido en el pasado, de cómo se empeñó en demostrarme que yo no tenía ningún valor más allá de la cama.

Y le odié por ello.

Me levanté, me duché y lloré, lo confieso, porque me dolía saber que sería así para siempre, o hasta que se cansara de jugar conmigo y me apartara para siempre. Los bebés le obligarían a tenerme cerca un tiempo, pero ¿de qué manera, con qué exigencias y qué? ¿Y yo estaba dispuesta a vivir así?

— Piensa en Ayla — me dije bajo la ducha, con los ojos cerrados y controlando mi llanto para que no se convirtiera en una explosión de sentimientos. — Piensa en Ayla — me repetía como un mantra.

Cerré la ducha, me sequé el cuerpo y el pelo, cansada y dolorida como hacía tiempo que no estaba. El entrenamiento intensivo, la presentación y los tres orgasmos habían agotado mis fuerzas. Frente al espejo, desenredé mi larga melena. Allí no había nada para mí, sólo sus productos, todo lo que Jean necesitaba y que me recordaba lo que no quería.

Me enjuagué las últimas lágrimas, me envolví en una enorme bata, ya que no había ropa para mí ni nada que pudiera darme un aspecto decente, y volví al dormitorio. Entonces me sobresaltó su presencia. Jean había vuelto. Dos mujeres atendían las mesas mientras él daba órdenes por el móvil.

¿Qué hora era? No tenía ni idea, pero la noche avanzaba y pronto amanecería.

Las mujeres se fueron, Jean apagó el móvil y me miró, serio, frío, nada que ver con el hombre que me sedujo con una sonrisa diminuta.

— Come algo — dijo, desinteresado.

— No tengo hambre.

— Yo no lo he pedido, Heidi.

Nos miramos fijamente durante unos segundos, pero yo no tenía fuerzas ni energía para jugar a aquel juego. Me senté en la primera silla y cogí una uva, llevándomela a la boca.

— Tienes que comer o enfermarás — continuó, sin sentarse ni mostrar verdadera preocupación por mí. — Tus cosas están en la habitación de Scarlett. Mañana por la mañana puedes ir allí y prepararte para abandonar la isla.

Iba a preguntarle cómo podía dormir sin unas bragas al menos limpias, pero preferí no meterme en nada que le diera un motivo para seguir torturándome.

— Nos iremos pronto — dijo. Asentí sin decir nada.

Tal vez ése fue el hilo que se rompió para Jean. Sacó una silla y se sentó frente a mí, encendió un cigarrillo y me miró fijamente como si necesitara descifrarme. Cogí otra uva y me la metí en la boca. ¿Cuántas más necesitaba comer para satisfacerle?

— ¿Cuál es el problema esta vez? — preguntó sin paciencia. Aparté la mirada, sin entender por qué estaba tan molesto. Me quería sumisa y, al menos durante el resto de la velada,

lo conseguiría de mí.

— ¿Me estás hablando a mí?

— ¿Hay alguien más en esta habitación?

— ¡Hm! — Fruncí los labios y me abracé el cuerpo con la bata. — Estoy cansada, pero quieres que coma, así que aquí estoy, como tú quieres, obediente.

— Esta maldita obediente no eres tú. ¿Cuál es el problema? Querías ver a los niños y eso es lo que vamos a hacer. Quieres la medicina de Ayla y ya la estoy arreglando.

Dejé salir el aire de mis pulmones sin entender por qué estabas tan enfadada.

— ¿Qué quieres que te diga, Jean?

— Cualquier cosa. Cualquier cosa, Heidi, menos este silencio que nunca ha formado parte de ti.

— Hace tiempo que no sabes quién soy — gruñí.

— ¿Y te has convertido en una mujer silenciosa?

— Me he convertido en una mujer... — miré a mi alrededor, tratando de encontrar alguna forma de definirlo y sin hallar la respuesta. — Me he convertido en eso. Lo siento si no te gusta.

— Es tan... frustrante — confesó con amargura.

— ¿Por qué? ¿Porque te impide torturarme como te gustaría? Es que estoy cansado. Mañana inventarás otra forma de hacerme sufrir — dije al fin, harta.

Pero mi respuesta hizo sonreír a Jean. No una amplia sonrisa como si por fin mostrara plena felicidad. No. Sólo había visto a Jean sonreír así una vez en mi vida y fue para otra mujer, nunca para mí. Era una sonrisa de satisfacción, de alguien que por fin había encontrado la motivación que buscaba.

— No parecía estar sufriendo. Creo que me lo tomé con demasiada calma.

— Por supuesto — puse los ojos en blanco y subí las piernas, metiéndolas en el cuerpo. — Háblame un poco de Scarlett.

Jean retrocedió al instante. La sonrisa desapareció y el cigarrillo volvió a sus labios.

— Ya sabes todo lo que necesitas saber.

— Por lo visto tú no — dije, sin pensar realmente en lo que estaba haciendo.

Porque de repente despertó en mí el deseo de provocarle, de hacerle comprender que sería mejor que me dejara en paz, que me quedara callada, lamiendo las heridas que dejó en mi cuerpo cuando me apartó de aquella manera.

— ¿De qué estás hablando, chica?

— Dejé de ser una niña hace mucho tiempo.

— Sigues siendo tan tonta como para molestarme — replicó, lo cual no me asustó, al contrario, me animó.

— Dormí dos noches en la habitación de Scarlett y descubrí muchas cosas sobre ella. Sobre ti...

— ¿Qué quieres decir, Heidi? Si ya no eres una adolescente tonta, sé directa.

— Ella era tu exclusiva.

Jean cruzó los brazos delante del pecho y entrecerró los ojos como si quisiera maldecirme por repetir lo obvio.

— Pero tenía un amante — dije, lleno de alegría por ser yo quien revelara la verdad.

— Imposible — soltó de golpe.

— Encontré su diario. A Scarlett le gustaba escribir, ¿lo sabía? Ella ya amaba a esta persona antes de que la hicieras exclusiva. Por eso no se separaron, sólo fueron discretos.

— ¿Dónde está el diario?

— Escondido.

Aquello fue el colmo. Jean se levantó, me agarró del brazo y me obligó a levantarme, tirando de mí hacia la cama de nuevo.

— ¡No me tomes el pelo! ¿Dónde está su diario?

— ¿Estás enfadado porque te engañó?

— Esto va más allá de tu comprensión, Heidi. ¡Entonces dime dónde está su puto diario!

— ¿Para qué? No dice su nombre, no describe a la persona, sólo se declara todo el tiempo y cuenta las noches ardientes.

— ¡Joder!

Se apartó de mí nerviosamente, paseándose por la habitación como un animal que necesitara desahogarse.

— Voy a preguntarle una última vez...

— En su cajón. El tercero por la derecha, el segundo por abajo. Hay una forma de cerrarlo que hace que salga el falso fondo. Ahí es donde está el diario — dije al fin, molesto, cansado.

El hechizo se volvió contra el brujo, porque mientras Jean se paseaba de un lado a otro, mordido por la rabia, yo me torturaba de celos por tener que verle sufrir por una mujer una vez más.

— Se habrá ido con él — continué.

— No había nadie que se fuera con ella. No sabes de lo que hablas — me cortó enfadado.

— Dijo en su diario que ahorraría dinero durante un año para irse con su amante. Quizá con lo que te robó decidió no esperar más. Y debía de ser tan valioso y tan urgente que lo dejó todo, joyas, ropa, incluso el diario.

— Dios mío, chica, vuelve a ser una mujer tranquila. Traeré el diario. No salgas de la habitación. Vete a dormir, al menos así no me atormentarás.

Dio un portazo y volvió a dejarme sola. El corazón me latía deprisa, estimulándome el pulso. Me mordí el labio inferior con fuerza. No quería esto. No quería más días junto a un Jean enamorado de otra mujer que había decidido abandonarle. No quería volver a ser la mujer en la que ahogaba sus penas.

No quería vivir aquello y no sabía cómo salir sin perder todo lo que tenía, a mis hijos y la seguridad que Ayla necesitaba para vivir.

JEAN

La arpía tenía razón. Scarlett escondía un diario en el que revelaba la existencia de otra persona, todo delante de mis narices, sin que yo me diera cuenta. Sin embargo, lo que me estremecía no era ser traicionado por la mujer por la que había pagado demasiado para que fuera sólo mía, ni el hecho de que hubiera alguien entre mí que se atreviera a ser su amante, sino la idea de que esa persona pudiera ser la misma que asesinó a Scarlett y la dejó para incriminarme.

¿Por qué razón? No tenía ni idea. Lo único que el asesino se llevó fue el zafiro que Scarlett llevaba al cuello, mi piedra, que, a pesar de su valor, no hizo que renunciara a quedarse conmigo al cabo de unos meses. Había algo que no encajaba y que me robaba el sueño.

Cuando volví al dormitorio, diario en mano, Heidi estaba dormida, desnuda bajo el edredón, deliciosa y ciertamente lo bastante cálida como para darme ganas de acurrucarme entre sus curvas, pero no pude. Alguien había matado a Scarlett en aquella habitación. Alguien había matado a Scarlett en aquella habitación y alguien me ocultaba una relación con ella. Y sólo podía ser alguien que pudiera atravesar con seguridad los espacios destinados sólo a mí y a mis seres

de confianza.

Por eso, mirar a Heidi mientras dormía me ponía más ansioso. Ella me odiaba, aunque aún me deseaba. La misma persona se la llevaría fácilmente, la involucraría en algún complot o la mataría sólo para insultarme. Quienquiera que estuviera detrás conocía todos mis movimientos, así que recuperar a Heidi y enfrentarme a mis hijos los ponía en el punto de mira de quienes querían destruirme.

Y no podía permitir que pasara nada.

En cuanto amaneció, llamé a Álvaro a mi despacho. No sin antes dar órdenes expresas de que nadie entrara en mi habitación, fuera quien fuera.

— ¿Me mandaste llamar?

Álvaro apareció en mi puerta, dispuesto a trabajar, aunque fuera más temprano de lo habitual. Observé a mi mejor amigo y subjefe y me pregunté si realmente era posible. Si debía sospechar de él, si debía ocultar lo que había descubierto. Respiré hondo y negué con la cabeza, haciéndole un gesto para que entrara.

— ¿Ha pasado algo?

— Tenías razón — dije, observando atentamente sus movimientos. — Scarlett tenía un amante. Alguien con quien pensaba abandonarlo todo.

— ¿Cómo te has enterado?

Acercó una silla y se sentó frente a mí. Álvaro no tenía nada de temeroso; al contrario, parecía entusiasmado, como si por fin hubiéramos encontrado el hilo.

— Llevaba un diario.

Arrojé el cuaderno decorado sobre la mesa, pero Álvaro no lo recogió enseguida.

— Jean, inspeccioné la habitación de Scarlett. Cada centímetro, cada lugar, cada detalle, y no encontré ese diario. ¿Estás seguro de que es de ella?

— Sí. Por eso te llamé. Tenía que asegurarme de que era su letra. Lo he cotejado con los contratos, pero podemos solicitar los servicios de un experto.

Le acerqué la carpeta con los contratos que Scarlett había firmado bajo mi protección. Álvaro los examinó detenidamente, como si él mismo necesitara asegurarse de que no se trataba de otra pista falsa.

— ¿Qué tienes en mente? — dijo sin apartar los ojos del papel.

— No dice quién es. No describe a la persona. Así que no tenemos más que un sospechoso que puede haber utilizado a Scarlett para enfrentarse a mí.

— Sí, pensé exactamente en esa posibilidad. Aparte de mí, ¿a quién tenemos?

— Álvaro, ¿de verdad quieres estar en esta lista?

— No, pero no dejaré de incluirme hasta que me creas.

— ¡Joder, no!

Sonrió y volvió a mirar el diario.

— Me voy a pasar el día fuera — dije, lo que atrajo la atención de Álvaro. — Me llevo a Heidi a ver... a mis hijos.

Sonrió.

— Ayer lo hizo muy bien.

— A todos los efectos, es sólo mía — respondí de mala gana.

— Como si no fuera diferente. ¿Qué vas a hacer?

— Después de enterarme de esta mierda, necesito protegerlos — confesé. — No diré nada de... mis hijos, a nadie. Al menos no hasta que Ayla esté bien.

— Ayla y Lorenzo. Me gustaban los nombres. Pero le pregunté qué va a hacer con esta

mierda de aquí. — Se rió cuando señaló el diario de Scarlett, lo que me desanimó.

— Reúne a todos los que estuvieron en la sala de seguridad la noche del asesinato y saca imágenes del pasillo de la habitación de Scarlett del último mes. Averiguaremos quién más frecuentaba su habitación con regularidad.

— He pensado en eso. ¿Así que me quedaré aquí y me encargaré de esa parte y tú serás el gran papá?

— No me jodas.

Mi amigo extendió los brazos y se echó a reír, luego recogió los documentos y el diario de Scarlett y se puso en pie.

— Joder, tío, ahora eres padre. ¿Te das cuenta de lo que es eso?

— No. No. Pero pronto lo haré.

— Será mejor que te hagas a la idea.

— Creo que me he acostumbrado a la idea. No lo sé. Hace unos días discutía sobre casarme por conveniencia y odiaba la idea. Ahora tengo dos hijos, uno que me necesita mucho y... Heidi.

— Sobre todo Heidi — señaló. — Porque ella ha vuelto con todo, hermano. Si no detienes a esta mujer ahora...

— ¡Vete a la mierda!

Salió de mi despacho todavía riéndose, pero aunque estaba bromeando, Álvaro había desencadenado un gusanillo en mí. Heidi era un problema. Un delicioso problema que no quería resolver ni abandonar. Era todo un enigma. ¡Caramba!

28

HEIDI

Cuando me desperté, no había nadie en la habitación. Ni siquiera sabía si Jean había vuelto y se había ido de nuevo, sólo sentía el dolor en mis músculos, sobre todo en los más íntimos, que me llevaba cada vez más hacia él.

— ¡Maldita sea! — refunfuñé mientras me quitaba el edredón de encima y sentía el frío de la mañana sobre mi piel desnuda. — ¿Qué voy a hacer aquí sin ropa si ni siquiera me dejan salir de la habitación?

Me levanté, fui al baño y no me sentí mal ni culpable mientras me lavaba los dientes con su cepillo. Si Jean iba a mantenerme como su prisionera, al menos debería proporcionarme lo básico. Cuando volví al dormitorio y aparté la sábana para protegerme del frío, me fijé en la lencería enredada en ella. Por supuesto, cuando me desperté, no me di cuenta de que estaban allí.

— Bueno, al menos no quería dejarme desnuda todo el día.

Me puse las bragas de encaje azul, que no serían prácticas ni cómodas para el día, y pensé que el sujetador no era de la talla adecuada, pero aun así preferí ponérmelas. Jean dejó claro que él dictaba las reglas del juego y yo no estaba de humor para enfrentarme a él, así que me vestí con lo que me había dejado, me cubrí los hombros con la sábana más fina y me dirigí a la mesa dispuesta al amanecer.

El café aún caliente fue una agradable sorpresa. Me serví una rebanada de pan y un trozo de tarta mientras esperaba el siguiente pedido. Sin embargo, Jean no volvió a entrar en la habitación hasta que hube terminado mi segunda taza de café. Me estremecí cuando le oí entrar, y supe que era él, era imposible que fuera diferente, aunque estuviera de espaldas a la puerta.

— ¿Aún no te has preparado? — dijo con cierta sorpresa.

— Si crees que puedo prepararme con unas bragas escasas y un sujetador que apenas me cabe en los pechos, entonces estoy lista — bromeé.

— ¿De qué estás hablando, Heidi?

— De esto. — Bajé la sábana, dejando al descubierto el sujetador que me había dejado sobre la cama. — De hecho, ya no conoces mi cuerpo.

— ¿Quién te lo ha dado? — preguntó Jean con los ojos muy abiertos, como si hubiera algo malo en aquella historia. No sólo erróneo, sino aterrador.

— ¿No fuiste tú? — dije sin la arrogancia de antes. — Estabas en la cama cuando me desperté.

— Levántate — me ordenó.

En cuanto le obedecí, Jean apartó la sábana y, al ver el conjunto, cerró los ojos y se pasó la mano por la cara, hasta la barba pulcramente recortada.

— ¡Mierda! — gruñó. — ¿Dijiste que encontraste este conjunto en la cama?

— Sí. Entonces pensé que me lo habías dejado para que me lo pusiera.

— ¡Joder!

Su forma de actuar me confundió. Si Jean no dejó esas piezas para que yo me las pusiera, seguramente alguien que cuidaba de Scarlett o de cualquiera de las otras chicas que frecuentaban su cama tuvo la cortesía de darse cuenta de que yo necesitaría algo que ponerme cuando me despertara.

— ¿Cuál es el problema?

— Quítatelo, por favor — dijo en voz baja, haciendo todo lo posible por no estallar contra mí.

— No tengo nada que ponerme.

Sin paciencia, Jean se dirigió al armario y volvió demasiado deprisa, con una de sus camisas en la mano.

— Ponte esto. Ahora quítate la ropa — me indicó el cuarto de baño para que no le cuestionara más.

Hice lo que me pedía y, desde dentro del baño, sin que yo hubiera iniciado el proceso, le oí abrir la puerta del dormitorio y llamar a los soldados.

— ¿Quién ha entrado aquí mientras yo estaba fuera?

— Nadie, señor Kuhn — respondió uno de los hombres.

— ¿Cómo que nadie? Alguien estuvo aquí después de que yo me fuera y dejó algo que antes no estaba en mi habitación.

— Señor, le aseguro que nadie más que usted ha entrado en esta habitación — respondió el otro, respetuoso y temeroso.

— ¡Mierda! ¡Fuera!

Retiré con cuidado cada pieza, escuchando el sonido de sus pasos.

— Flavia — Jean habló desde más lejos. — Ven a mi habitación. ¡Ahora mismo! — enfatizó con rudeza.

Deslicé la camisa sobre mis brazos, cerrando lentamente cada botón, atento a todo lo que ocurría fuera. Flavia llegó unos minutos después.

— ¿Qué ha pasado? — dijo la mujer justo cuando me abrochaba el último botón.

— ¿Heidi? — gritó Jean con su rudeza. — Las prendas.

Insegura, salí del cuarto de baño y me acerqué a ellas. Flavia me miraba fijamente, como si quisiera entender lo que pasaba, pero en cuanto vio lo que tenía en la mano, sus ojos se abrieron de par en par.

— Salí de la habitación hace poco más de cuarenta minutos y esto no estaba aquí — dijo levantando las piezas para que quedaran frente a los ojos de la mujer. — ¿Cómo coño ha acabado esto en mi habitación? ¿Qué coño hace todavía aquí?

La rabia que mostraba me asustaba. ¿Qué podía significar ese conjunto de lencería para Jean, para ponerlo tan nervioso?

— ¿Las has traído de la habitación de Scarlett? — me preguntó Flavia, con el rostro serio, tan horrorizada por aquello como Jean.

— ¿Las he traído?

— ¿Por qué estaría la lencería en su habitación? — Jean volvió a llamar la atención.

— No... no lo sé, señor Kuhn — respondió Flavia, perdida. — Estaba segura de que...

— ¡Maldita sea, Flavia! — estalló Jean. — Alguien volvió a entrar en mi habitación sin mi presencia, con Heidi dormida, y puso la lencería sobre la cama a modo de advertencia.

Los ojos de la mujer volvieron a abrirse de par en par, pero sólo duró unos segundos. Pronto estaba frente a mí con la misma postura rígida de siempre.

— ¿Las recogiste en la habitación de Scarlett? — volvió a preguntar.

— ¡No! Estaban aquí cuando me desperté y...

— No mientas. Se trata de un asunto serio — me interrumpió como una amenaza.

— No miento.

Pero Jean ya me miraba como si las palabras de Flavia fueran ciertas, lo que me enfureció.

— ¿Por qué iba a hacer eso? Ayer me sacaron del salón y me trajeron aquí. ¿En qué espacio del traje que llevaba crees que podría esconder unas bragas y un sujetador?

Flavia sacudió la cabeza, confusa, y Jean entrecerró los ojos.

— Ve a ver a Álvaro — le dijo a Flavia. — Dile que quiero las imágenes de mi puerta. Averiguaremos quién lo hizo. Y llama a Lícia.

— ¿Todavía está en la isla?

— No sé. Averígualo. Y hazlo rápido.

Flavia salió de la habitación y Jean continuó mirándome, con los ojos entrecerrados, la rabia haciendo que su pecho subiera y bajara en respiraciones más pesadas.

— ¿Has traído las piezas? — repitió la pregunta de su empleado, dejando claro que sospechaba de mí.

— ¡No! ¡Maldita sea!

— Si nadie entró en la habitación, ¿quién la dejó aquí?

— ¿Cómo voy a saberlo? Tal vez tu ex-amante la olvidó entre las sábanas. ¡Qué asco! Ahora me da asco.

— Ella no... — cerró los ojos con rabia y respiró hondo. — Ella no olvidó nada aquí, Heidi.

— Así que averigua quién está intentando joderte, pero no me echas la culpa porque ella se haya escapado y alguien haga de ti el hazmerreír.

— Nadie se burla de mí sin convertirse en comida para tiburones — amenazó.

Me tocó respirar hondo. No comprendía la complejidad de la situación, pero si Jean estaba tan furioso, había una amenaza real, porque, como él mismo había dicho, alguien había entrado en su habitación mientras yo dormía y con la misma facilidad con la que habían metido la pieza sin despertarme, me habrían matado.

Por eso le miré fijamente, todo lo sería que podía estar ante tanta tensión.

— ¿Qué le pasa a esta lencería?

— No es asunto tuyo.

— Es asunto mío desde que la dejaron aquí para causar molestias. Quien la dejó sabía que me la pondría.

— O... — dio dos pasos hacia mí, sin apartar la mirada. — La trajiste y decidiste usarla para provocarme.

Me reí. De rabia, cansancio y humillación.

— ¿Por qué te lo has puesto sin que yo estuviera en la habitación y te lo dijera?

— Por la misma razón por la que te obedecí ayer. — Mis palabras salieron llenas de rabia. — Para garantizar el cambio.

— Yo no lo ordené...

— Me pondría cualquier cosa que dejaran aquí, Jean. O nada en absoluto. Porque sé lo que quiero y sé lo que tengo que hacer para conseguirlo. No hay ruido en nuestro acuerdo. Haré lo que sea para salvar a mi hija. Para estar con mis hijos. Nunca porque te quiera a ti. Espero que haya quedado suficientemente claro.

Volvió a entrecerrar los ojos, se acercó para intimidarme, pero yo no quería que me

intimidaran. Quería que este infierno terminara y que él permitiera que la medicina llegara a Ayla lo antes posible.

— Eso no es lo que vi ayer — gruñó, bajo, su tono de repente más poderoso, como si entrara en mis tímpanos y reverberara en mi intimidad.

¿Cómo podía hacer eso?

Tragué con fuerza, haciendo todo lo posible por no dejar que me doblegara. O que no me traicionara una vez más.

— Ayer no fuiste tú, fue tu jugueteito.

Y entonces sucedió tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. Jean soltó un gruñido que no supe identificar si era de rabia o de frustración, y con una mano me agarró por la cintura y con la otra me sujetó por la nuca. No esperó a que se lo permitiera, ni mi cuerpo procesó la advertencia de mi cerebro para que lo detuviera.

Cuando Jean me tomó de los labios, me ablandé.

Su boca se apoderó de la mía en un beso tan lleno de deseo que envió mensajes a todas mis terminaciones nerviosas en un revoltijo de estallidos y cortocircuitos. Me atrajo hacia él, me apretó contra la pared, pegó nuestros cuerpos, yo sólo con la camisa que me había ordenado ponerme y él completamente vestido, pero mi sexo desnudo se encontró con el suyo protegido por sus pantalones de vestir y nunca me había sentido tan excitada en mi vida.

Su lengua envolvió la mía, obligándome a recordar el delicioso beso, la forma en que sus labios me dominaban y jugaban conmigo, lo fácilmente que encajábamos.

Era imposible no gemir cuando sus manos se deslizaban sobre mí y cuando ambas llegaban bajo mi camisa hasta mi culo y me tocaban con desenfreno, me exploraban con deseo y me calentaban la piel.

Jean me levantó la camisa hasta la cintura y me hizo rodar sobre su sexo, que estaba igual de duro y me robaba el aliento, mientras sus manos me apretaban el culo, tiraban de mí, me tocaban por todas partes.

Y entonces, como si tuviera la capacidad de orquestar todo lo que ocurría, alguien llamó a la puerta. Se apartó sin prisa, con una sonrisa escrotal en los labios mientras su mano tomaba la mía y me hacía tocar su erección, la tela mojada por mi deseo.

— Ese es mi juguete, Heidi — recalcó sin mostrar la emoción de segundos antes. — Y así es como no puedes ocultar tu deseo por mí.

— Hijo de...

Me agarró ambas manos y me inmovilizó contra la pared, esta vez con rabia.

— Si quieres ver a nuestros hijos, estate lista en veinte minutos — luego se alejó. — Pasa — gritó, y en el mismo instante se abrió la puerta y apareció Flavia.

Me echó una mirada rápida y yo me recompuse, pero no dije nada.

— Licia no está en la isla. Me enteré de que volvió a casa ayer, antes del baile.

— Sí, claro. Lleva a Heidi a cambiarse. Vamos al continente. Cuando esté lista, llévala al muelle. Al mío.

— Sí, señor.

No tuve más remedio que obedecer.

29

JEAN

Miré el reloj por millonésima vez, siempre pendiente de si aparecían, pero Heidi tardaba más de la hora que yo había fijado. Y supe la razón de mi angustia. Besar a Heidi fue un error. Tocarla fue aún peor. Porque la arpía hizo desaparecer de mi mente la preocupación por lo ocurrido, aunque me sentí obligado a averiguar cómo habían dejado sobre mi cama la lencería que llevaba Scarlett cuando la asesinaron.

— Desde luego, no son las mismas prendas — observó Álvaro, apartándose de los soldados que me acompañaban. — Quiero decir... Flavia se empeñó en limpiar el cadáver, Jean. No nos dejó... ya sabes. Ella cuida muy bien de las chicas, así que quería darle a Scarlett un entierro digno.

— Entonces, ¿podría haber tomado los pedazos y quedárselos?

— Sí, pero he visto el cuerpo de Scarlett más tiempo del que quisiera y puedo asegurarte que no quedan muchos pedazos. Has olvidado que ella...

— ¡Ya lo sé! — gruñí para que dejara de hacer que la imagen ocupara mi mente. — ¿Así que crees que alguien compró el mismo juego y lo hizo para fastidiarme?

— Tiene sentido, después de todo lo que hemos descubierto. Quienquiera que esté detrás de esto ha dejado un mensaje, Jean.

— Maldita sea, Alvaro, ¿qué hago ahora? Ahí están Heidi y los niños.

Mi amigo sonrió, lo que me cabreó aún más.

— Vamos a reforzar la seguridad. Sólo los hombres en los que más confiamos estarán disponibles para protegerte. Voy a instalar, sin que nadie lo sepa, una cámara en tu habitación y otra en tu pasillo. Sólo tú tendrás acceso a las imágenes, ¿verdad? Quien esté haciendo esto sabe cómo burlar nuestro sistema, así que queda entre nosotros. Lo arreglaré todo hoy.

— De acuerdo. Pero no traeré a mis hijos al castillo. ¿Qué hago para mantenerlos a salvo?

— Nadie sabe de ellos. Usaremos a nuestros mejores hombres para cuidar de Heidi y los niños. Yo organizaré todo.

— Ernandes puede encargarse del cuidado de Heidi — sugerí, después de todo, mi soldado raso tenía toda mi confianza y en ningún momento pensamos que pudiera formar parte de ella.

— Llamaría demasiado la atención. Todos los soldados y las personas que forman parte de su ciclo conocen a Ernandes. Pongamos a Fábio.

— Una excelente elección. Fábio fue excelente cuando... — Tragué saliva al recordar cuando tuve que conseguir que los hombres de mi hermano se amotinaran y me ayudaran en la emboscada.

— Están aquí — nos dijo Álvaro. — Heidi está maravillosa de morena.

— ¡Cállate!

Sin embargo, no podía apartar los ojos de la mujer que desfilaba con elegantes ropas que en otro tiempo pertenecieron a Scarlett, peluca oscura y gafas de sol. Entre sus pechos, debido al generoso escote del vestido que había elegido, lucía mi zafiro azul, eso sí, no en un collar, como

haría una exclusiva, sino en un cordón dorado que hacía la escena aún más excitante.

Joder, Heidi me dejaría alucinado.

— He dicho veinte minutos — gruñí mientras Heidi se acercaba.

— Una mujer no está presentable en tan poco tiempo — replicó con voz dulce y educada, exactamente como lo haría una chica entrenada por la señora Clô. Y eso hizo que necesitara controlar mi ira o tiraría a Heidi al mar antes de que llegáramos a tierra firme.

— Mantenme informado — le dije a Álvaro, que seguía sonriendo a la chica que tenía a mi lado. — Vámonos.

Cogí a Heidi por el codo y la obligué a seguirme el ritmo. Para este viaje había elegido la lancha un poco más grande, que nos daría intimidad, pero quería mantenerla a salvo, no expuesta, por si alguien se atrevía a hacer un intento.

— Baja — le dije a la chica. — Tengo cosas que resolver aquí arriba.

Heidi obedeció. Pasé de largo. No tenía nada más que decir a mis hombres, pero necesitaba ver por mí mismo lo que nos esperaba, asegurarme de que nada le hiciera daño a la madre de mis hijos.

Dos lanchas rápidas más pequeñas salieron para escoltar a la que me transportaba. Una por delante, para evitar que nos sorprendieran, y la otra por detrás. Era una estrategia costosa, pero valía la pena mi tranquilidad.

Cuando bajé, Heidi me estaba esperando, sentada amablemente en el sofá que ocupaba casi todo el espacio anterior al dormitorio. Leía una revista de moda y no se parecía en nada a la chica que cuidaba de mi sobrino y mostraba sencillez en todos sus gestos.

Y cuanto más identificaba su cambio, cuanto más lo relacionaba con las lecciones que había tomado para obtener ese resultado, más me enfadaba. No es que no me gustara la nueva versión de aquella chica. Más guapa y caliente, además de atrevida y caliente. Muy caliente. Heidi había aprendido a ser sensual sin cruzar la barrera de la vulgaridad. Prueba de ello fue la forma en que me pidió que me corriera sobre su cuerpo la noche anterior.

Joder, no podía desear tanto a una mujer, y menos a esa mujer. Aun así, a cada segundo recordaba el beso de aquella mañana, la forma en que gemía en mis labios cuando mis manos manoseaban su culo rollizo, cuando mis dedos encontraban su humedad en la raja caliente que parecía suplicarme que la invadiera.

— ¿Te interesan ahora las revistas de moda? — Me burlé de ella porque necesitaba que me irritara y me quitara las ganas de hacerla entrar en aquella habitación y satisfacerme durante todo el día.

— ¿Qué mujer no está interesada?

— En ti. Al menos la "tú" que yo conocí.

— La Heidi que conocías ya no existe, Jean.

Dejó la revista a un lado sin perder su elegancia y se quitó las gafas de sol para dejar que los iris verdes se hundieran en mi alma.

— Se quedó fuera cuando entré en la escuela de modales de la señora Clô.

— Se refiere a la escuela de entrenamiento de putas de élite.

Heide no reaccionó como yo esperaba. Me dedicó una sonrisa discreta, incluso... soñadora, se mordió el labio inferior que brillaba con delicado carmín y luego se ajustó la columna.

— Si tenemos en cuenta lo que aprendí allí, sí.

— ¿Y qué crees que aprendiste allí, muchacha?

Me apoyé en la pieza que sostenía el minibar y me crucé de brazos, dispuesta a comprar

aquella pelea.

— Unas cuantas cosas — comentó inquieta, pero volvió a sonreír de esa manera que me sacaba de mis pensamientos.

— ¿Follar? ¿De eso presumes?

— No.

Heidi se levantó y caminó hacia mí con elegancia, como si no estuviera en una lancha rápida que chocaba contra las olas. Se acercó, incluso más de lo que yo podía permitir y... joder, mi polla se puso dura al instante.

— Sabes que me entrenó el Capri — susurró las palabras, como si fueran un secreto.

— ¿Y qué, los necesitabas para aprender a follar?

— No para aprender, sino... para averiguar algunas cosas. Sobre mí, mi cuerpo...

Debería encerrarla en su habitación y dejarla allí hasta que llegáramos a tierra firme. Porque la idea me hacía odiarla más y más, y sin embargo no podía actuar, atrapado en aquella conversación que me hacía querer quemar la escuela de la señora Clô y al mismo tiempo me hacía querer demostrarle a Heidi que los Capri no eran lo que ella guardaba en su mente como lo mejor en lo que a sexo se refería.

— ¿Y qué podrías averiguar sobre tu cuerpo que yo no te haya enseñado ya? — desafié, con el orgullo herido y la erección al límite.

Pero a Heidi le encantaba. Sí, a la arpía le encantaba saber que me hacía daño y me instigaba al mismo tiempo, así que se acercó, tan sensual que mi polla palpitaba de deseo. Sin apartar sus ojos de los míos, dijo.

— No lo entenderías, Jean. Porque eres un hombre — su sonrisa pícaro contrastaba con el rubor que coloreaba sus mejillas. — Nunca entenderás lo que es que te ofrezcan a una mujer que sabe lo que hace, porque ella también es una mujer.

— Tú... — tragué saliva, toda la escena formándose en mi mente, esta vez sin ira, sólo lujuria.

— Me acariciaba mientras ella me exploraba con la lengua de una forma que... — suspiró. El bastardo suspiró. — Era sexy, delicada y... tan deliciosa.

— "Tú... — tragué con dificultad. — ¿Te corriste en la boca de una mujer?

Ella me dedicó una tímida sonrisa, pero sus ojos se iluminaron en respuesta y... joder, no pude soportarlo.

Agarré a Heidi, que no intentó detenerme. Mi mano atravesó los mechones de su peluca, pero ya no tenía el control para pensar con coherencia. Mi otra mano se deslizó bajo el ajustado vestido que llevaba hasta encontrar su cuerpo terso, sin bragas. Me aparté de ella, buscando la respuesta en sus ojos, pero sólo sonrió, con la misma belleza y timidez, lo que rompió mi control.

Abrí la puerta del dormitorio y la empujé dentro sin despegar nuestros labios. Me follaría a Heidi, pero no necesitaba dar un espectáculo a mis soldados. Tiré de la peluca hasta que los mechones rubios llamaron mi atención mientras la hacía sentarse en la nevera instalada junto al mueble donde podía trabajar en los trayectos más largos.

Le bajé el vestido hasta su esbelta cintura y la dejé desnuda, con su sexo terso y húmedo brillando mientras lo tocaba con deseo y recibía sus gemidos de satisfacción. Era por mí por quien gemía y sería en mi boca donde se correría.

Mantuve a Heidi como yo quería, con las caderas apoyadas en el borde del mueble, el cuerpo recostado contra la pared, las piernas abiertas para tenerla como yo quería. Luego me arrodillé frente a ella y, sin darle tiempo a pensar, le pasé la lengua por todo el cuerpo.

Joder, me gustaba su sabor. Siempre me gustaba.

Heidi gimió y se retorció cuando le pasé la punta de la lengua por el clítoris. A aquella arpía le encantaba que una mujer se la chupara y la idea me volvía loco, pero sería mi lengua, mi boca, lo que nunca olvidaría.

Así que no tenía prisa, le daría a Heidi lo mejor de ser el rey de las putas. No podía contar cuántos coños había chupado en mi vida y cuántas mujeres se habían corrido en mi boca, así que si la señora Capri tenía la delicadeza que sólo una mujer podía tener, yo tenía la precisión de alguien con un currículum impecable.

Cerré mis labios sobre su clítoris y lo chupé poco a poco, amando la forma en que se abría, se revolvía, gemía sin control, y luego lo abandonaba para que mi lengua entrara en su raja, llegara a los puntos que yo sabía que la harían perder la compostura.

— ¡Ah! — gimió suavemente, con los dedos enredados en mi pelo, como si necesitara asegurarse de que no la defraudaba.

Y yo no se lo iba a permitir, porque me iba a meter en ese coño rosado aunque eso supusiera hacer esperar a mis soldados más de lo acordado.

Volví a burlarme de su clítoris con la lengua, luego con los labios, presionando y acariciando, excitando, explorando para que no olvidara que ya estaba caliente antes de imaginarse puta, porque ni una sola vez había puesto mi boca sobre aquella chica sin que se corriera espléndidamente.

— ¡Qué delicia! — murmuró, como confesándose a sí misma la sensación cuando tomé toda su carne en un beso profundo y sensual. — ¡Oh, Jean! ¡Qué delicia!

Joder, quería que gimiera. La quería revolcándose en mi boca, dispuesta a darme su orgasmo, pero oír la pronunciar mi nombre después de confesar con devoción que le encantaba ser chupada por una mujer, me infló el ego.

La agarré por las caderas y ella abrió más las piernas, toda expuesta, entregada a mi placer. Entonces introduje dos dedos en su caliente raja y me concentré en su clítoris. Sabía que con la curva adecuada llegaría a un punto de su carne que la volvería loca. Mientras tanto, mi lengua acariciaba el duro punto preparado para mí, tan lleno de excitación que me bastó chuparlo una vez más para que ella estallara, caliente, dura, toda su carne convulsionándose en mis dedos.

Respiró hondo, satisfecha, pero yo sabía que no acabaríamos ahí. Mis dedos continuaron en ella, estimulando los lugares adecuados, manteniéndola preparada. Heidi gimió, astuta, deliciosa.

Sin sacarle los dedos, me abrí los pantalones, liberé mi polla y froté la cabeza contra su entrada. Volvió a gemir. Y no pude aguantar más. Agarré con fuerza sus caderas y me hundí en ella, como si sólo así pudiera encontrar la paz que tanto buscaba.

Y fue increíble. Heidi seguía siendo perfecta para mí, aún se ajustaba alrededor de mi polla como un abrazo cálido y apretado, acogiéndome hasta el fondo sin molestarse. Y era tan agradable estar dentro de ella que tuve que parar unos segundos para respirar.

Pero fue en ese momento cuando la Heidi que mi cuerpo reconocía resultó ser la Heidi que nunca esperé conocer. Cuando, encantado, saqué la polla para empezar a empujar, ella me succionó con sus húmedas paredes. No tan fuerte como para detenerme, pero lo bastante deliciosa como para hacerme temblar las piernas. Era como una mamada perfecta, con labios gruesos que envolvían mi polla por completo, sin dejar ninguna parte sensible sin estimular.

— ¡Madre mía! — gemí mientras luchaba por entrar y salir, con cada movimiento ella me masajeaba de una forma diferente.

Miré a Heidi y seguía con la cara sonrosada por el deseo, los ojos brillantes como si lo deseara, pero con la sonrisa misteriosa de quien sabe que ningún hombre puede resistirse a ese

coño.

Entré con más fuerza, ella aflojó el agarre y luego me envolvió en un nuevo abrazo. Mi cuerpo ya no estaba conectado a mi mente. Todo estaba concentrado en el placer que sentía al entrar y salir de aquella mujer, en cómo se revolvió sobre mi polla, cómo se abría a mí, cómo mis manos disfrutaban del cuerpo que apretaba, a veces con fuerza, a veces con deleite.

— Heidi... ¡Joder!

— ¿Quieres que pare? — habló de una forma delicada, sumisa, que dejaba claro que verme tan delirante le daba el sabor de la victoria.

Me agarré a su cuello con rabia y deseo. Podría haberla matado, pero en ese momento sólo quería follármela, así que la atraje hacia mí, besé sus labios con la misma locura que confundía mi mente, que me desgarraba de placer, y empujé hasta que sus apretones se convirtieron en convulsiones y el orgasmo alivió mi polla.

Me corrí dentro de ella, sin pensar en los riesgos ni en las consecuencias, porque era una locura, deliciosa y extraordinaria. El placer me hizo empujar con más fuerza en su carne, hasta que los movimientos se ralentizaron, el beso se hizo más tierno y nuestras respiraciones se confundieron.

Cerré los ojos y apoyé la frente en la suya. Durante unos instantes, el único sonido fue el del mar golpeando el casco del barco.

— Era mentira, ¿verdad? — me di cuenta al fin. — Sólo contaste esa historia para excitarme.

Heidi sonrió con picardía.

— No, no es mentira. Y sabes que digo la verdad — me empujó por los hombros para que me apartara y le permitiera enderezarse. — Pero me gusta sentir la barba en la piel — se burló. Sonreí, vanidoso de nuevo, con el ego inflado.

— ¿Por qué estás sin bragas?

— Porque no había ninguna mía en aquella habitación y me niego a llevar la ropa interior de otra mujer.

Di un paso atrás, me ajusté la ropa y vi cómo se enderezaba y se dirigía al pequeño cuarto de baño para limpiar lo que pudiera el desastre que había dejado tener sexo sin condón. Mientras no volvía, me serví un trago de whisky y me lo bebí de dos tragos. Lo necesitaba para entender lo que pasó cuando aquella chica me tocó.

— Creo que lo estamos consiguiendo — dijo mientras abría la puerta del baño y se sentaba en la cama con las piernas cruzadas. Una vez más la chica perfecta preparada en la mejor escuela para putas.

Joder, necesitaba quitarme eso de la cabeza.

— ¿Tardarán mucho en encontrar a mis hijos?

— Sí.

— ¿De verdad? — La decepción en su voz me hizo querer sonreír, pero no lo hice.

— Antes de que los conozcas, te compraremos unas bragas — dije sin mirarla y me encerré en el baño.

Si veía su sonrisa de victoria, volvería a follármela, y como ella me indicó, estábamos llegando a tierra firme, así que tenía que prepararme para ese encuentro.

30

JEAN

Heidi habló muy poco durante el viaje que hicimos. Incluso en la tienda que había elegido para comprarle las bragas y algunas otras cosas, me dio una idea de lo que había sido antes. La alegría inocente había desaparecido de aquella chica, ni siquiera después de que hubiéramos follado de una forma que... no debería haber dejado que ocurriera, pero...

El hecho era que me molestaba su indiferencia. Y me confundía que me molestara, porque seguía siendo mi ex amante, la misma a la que eché borracho de mi vida de una forma poco loable, una chica que apenas tuvo mis pensamientos en ese año separados y que, sin previo aviso, irrumpió por la puerta en mi vida.

Joder, éramos padres de dos bebés y yo no sabía ni qué hacer con ellos. ¿Cómo protegerlos, cómo asumirlos, cómo ser su padre cuando su madre era Heidi? No tenía ni idea y evitaba pensar en ello siempre que podía. Sin embargo, el coche aparcó en el garaje del hotel y no pude evitarlo.

— ¿Están aquí? — preguntó, súbitamente cambiada. Nada merecía más su atención que volver a ver a sus hijos.

— Están, pero antes tenemos que hablar.

— ¿De qué más hay que hablar, Jean? — Heidi se quitó las gafas de sol y me miró con angustia.

Y aunque sabía que durante años me habían entrenado de las formas más horribles para no dejarme conmovir por los sentimientos de nadie, sabía, y ella también, que yo era el experimento fallido de mi padre. Giulia me inclinó y Heidi estaba haciendo lo mismo en ese momento. Porque necesitaba a sus hijos y estaba dispuesta a todo para recuperarlos.

— Hay mucho de que hablar, pero seré breve. Vámonos.

Me dirigí al ascensor con Ernandes delante y dos hombres detrás. En el ascensor, me dirigí al ático donde estaba mi suite y al piso donde estaba Bertha con los niños. No le dije nada a Heidi, dejé que me siguiera hasta que estuvimos solos. Ella miró a su alrededor cuando se dio cuenta de que allí nada indicaba la presencia de nuestros hijos.

— ¿Dónde están?

— Primero nuestra conversación — dije. — Siéntate.

— Estoy bien.

Me enfrenté a la mujer que permanecía de pie en medio de la suite, ansiosa, sin interesarse por ninguno de los detalles de aquella habitación ni por lo que tenía que hablar con ella.

— Tienes que ayudarme a ayudarte, muchacha.

— No me llames así — replicó ella, molesta.

— ¿Usas algún tipo de anticonceptivo?

— ¿Cómo?

La forma en que me miró dejó claro que no era la mejor manera de empezar la conversación. Sin embargo, nadie podría decir que se me daban bien las conversaciones triviales. Siempre iba directa al grano y si tener dos hijos ya me dejaba sin saber qué hacer, descubrir un nuevo embarazo por pura imprudencia hacía explotar mis neuronas.

— Anticonceptivos.

— Sé lo que es. ¿Me estás impidiendo ver a mis hijos porque temes que me quede embarazada?

— No sería la primera vez que de un encuentro intrascendente salen hijos nuestros — repliqué, tan tensa como ella. — Y no es el mejor momento para quedarse embarazada, Heidi. Créeme cuando te lo digo.

— No voy a quedarme embarazada.

Su tono de voz demostraba su seguridad sobre el tema, aunque yo no me fiaría sólo de su palabra. Entonces Heidi se bajó la manga de la camisa hasta el bíceps y me mostró una pequeña cicatriz, casi imperceptible, tan discreta que podría pasar por un lunar.

— ¿Y eso qué es?

— Anticonceptivos. Otro artículo del paquete escolar de la señora Clô. Este dura dos años.

— ¿Te enseña a usar anticonceptivos? — Mi voz contenía todo el enfado que la información me había causado.

— Qué suerte tienes, ¿eh?

— ¿Te das cuenta de lo que es? Fuiste a una puta escuela que entrena putas. Toda mujer que vive en ese ambiente sabe que el preservativo es esencial.

— A ti no te pareció esencial — se burló con una sonrisa sarcástica e inquietante.

— Porque no eres una puta de mierda. — exploté. Estaba tan enfadada que no podía ordenar mis pensamientos. — No eres una puta — repetí.

— ¿No? — dijo ella llena de dolor. — Creía que funcionaba exactamente así. Incluso me pagas.

— Joder, Heidi. — gruñí. — No me hagas perder la cabeza.

— No me pongas en ridículo — replicó ella. La miré sin comprender. — Insistes en decir que no soy una puta, Jean, pero así es exactamente como me tratas. Soy tu prisionera, cualquier concesión requiere un intercambio, incluso la puta lencería de tu ex amante hace que te vuelvas loca y la tomes conmigo.

— Yo no...

— ¿Sabes qué es lo más gracioso? — ella se acercó a mí, sin miedo, llena de rabia. — La historia se repite. Pero antes me engañaba a mí misma, soñaba, era una tonta. — Una lágrima rodó por su mejilla, pero Heidi se la secó rápidamente. — Antes, permitía que te desahogaras conmigo por no tener el amor de otra mujer. Porque yo... — una nueva lágrima corrió por su mejilla, pero esta vez se apartó. — No quiero seguir así. No voy a ser la mujer con la que desahogues tus penas por culpa de otra persona.

— ¿De qué estás hablando? — mi tono perdió parte de su ferocidad, porque no había esperado esa reacción de ella. Así no.

— Negociaste por mi libertad, utilizaste a mis hijos para tomarme como rehén y lo acepté porque lo aceptaría de cualquiera. Es por ellos, por Ayla y por esta maldita medicina que el gobierno debería proporcionarme sin que yo tenga que pasar por esto.

— Son mis hijos, Heidi. Me los escondiste y debería haberte matado por ello, pero fuiste tú quien eligió hacerlo así, yo no te obligué a nada.

— No lo hiciste, pero supiste negociar bien, ¿no?

Respiré hondo. En otra ocasión habría dejado que la ira llevara la conversación hasta el límite, pero había mucho que discutir, resolver y zanjar. No podía perder los nervios ni dejar que Heidi me sacara de quicio por estar celosa de una mujer que estaba muerta. Brutalmente

asesinada.

— ¿Qué quieres exactamente? — dije mientras la encaraba.

— Quiero ver a mis hijos.

— No es eso lo que te preocupa.

Heidi apartó la mirada, con las manos en la cintura y los pies balanceándose ligeramente, como si no estuviera dispuesta a poner fin a la conversación.

— No voy a ser tu amante, Jean — le advirtió. — No volveré a ser tu puerto.

— No eres mi amante — dije con calma.

— Entonces no vuelvas a ponerme la mano encima.

— Dudo que quieras eso — bromeé mientras me detenía frente a ella, tan cerca que nuestros cuerpos casi se tocaban.

No era la única allí que sentía deseo, así que no la dejé jugar conmigo de esa manera. Heidi era lo suficientemente mayor como para entender nuestra situación. Nunca fue una ilusa, siempre supo dónde se metía, quién era yo y qué podía esperar de mí y si antes, cuando aún creía que podría volver a tener a Giulia, no me impedí llevarla a mi cama, no sería su rabieta la que me haría dar marcha atrás.

— Si quieres que sea así, Heidi, explícame cómo puede funcionar. ¿Muéstrame un plan en el que funcione? Porque ya sabes cómo funciona, siempre lo supiste cuando te dejaste seducir por mí. Siempre has sabido el riesgo que corrías quedándote conmigo y sin duda eres consciente del que corres ahora que eres la madre de mis hijos. Así que dame una solución mejor.

— ¿De qué estás hablando? — Su tono de voz sonaba más asustado. — ¿Cómo puede influir en mi seguridad y en la de mis hijos el que tengamos o no relaciones sexuales?

— ¿Aún no lo entiendes? — Me reí con inquietud. — En esta ecuación tenemos dos soluciones: los niños son míos y la mujer que signifique el mejor trato para mi familia tendrá que aceptarlos.

— "¡No!", — contestó apenada, con los ojos húmedos de nuevo mientras no hacía ningún esfuerzo por evitar que se le saltaran las lágrimas. — Son mis hijos, Jean, ¡y no puedes quitármelos!

— La segunda solución: te casas conmigo y puedo protegerte.

— ¿Cómo?

Sí, tuve esa misma reacción, pero no la exterioricé. Desde aquella mañana, cuando me di cuenta de lo frágil que era la vida de Heidi, decidí que tenía que sacarla de circulación. Quien quisiera llegar a mí utilizaría a cualquiera, pero si hubiera tenido la información sobre la chica que dormía desnuda en mi cama, habría hecho algo peor, y si hubiera sabido lo de mis hijos... por eso era la solución más aceptable, aunque no pudiera creerme capaz de algo así.

— En el momento en que puse mi apellido en el certificado de los bebés, se convirtieron en un objetivo. Por eso tendré que protegerlos, como protegí a los hijos de Licia y a todos los niños de mi familia.

Al instante me arrepentí de haber sacado ese tema. Heidi creía que yo había enviado a mis hombres a disparar contra la lancha en la que iban Giulia y Matheus y que yo había causado sus muertes. Y yo no tenía forma de deshacer aquella mentira, así que la promesa de protección sonaba a amenaza, a condena de cárcel.

No era exactamente lo que yo pensaba que sería mi mejor propuesta de matrimonio, pero...

— En fin... — intenté salir de aquella vergüenza. — Va a ser difícil estar casado y no disfrutarlo.

— ¡Eso es... ridículo!

— ¿Casarse?

— Tener sexo — volvió a decir enfadada.

— Todavía puedo elegir una esposa que quiera tener sexo conmigo, Heidi, pero te estoy dando esa ventaja.

— ¡Idiota! — gritó, perdiendo la compostura de una vez por todas, lo que, en cierto modo, me alivió. Heidi, programada para ser la mujer perfecta, me estaba poniendo de los nervios. — ¿Otra vez estás negociando conmigo sobre mis hijos?

— Son nuestros hijos. No hay posibilidad de que se críen fuera de mi protección, no seas tonta.

— ¡No me casaré contigo, Jean Kuhn!

La miré con cierta diversión.

— ¿Estás segura? Porque mi padre ya ha encontrado a la novia ideal. Una tal Raphaela Esposito. He oído que es generosa y que trabaja en el orfanato que dirige la familia. Ciertamente no será un problema cuidar de mis hijos. Y es una chica de la *Cosa Nostra*, así que una conexión ventajosa para mi negocio.

— ¡Imbécil!

Heidi avanzó hacia mí, pero me lo esperaba. La agarré de los brazos y la empujé contra el sofá hasta que quedamos tumbados, yo encima de ella, mi cuerpo entre sus piernas, su vestido cayendo hasta sus caderas. Seguía forcejeando cuando la besé. No es que fuera el mejor momento para besarla, pero después de las experiencias que habíamos tenido tras su regreso, sabía que era la única forma de calmarla.

Y tenía razón. Heidi era reacia, pero no rechazó mis labios. Me besó con ferocidad, con ansia y rabia, pero sobre todo, con deseo. Y me sentí como un tonto por creer que sólo besándola retomaría aquella conversación, porque fue suficiente para que nuestros cuerpos se unieran, para que ella se entregara a mí, para que yo no quisiera contener mis instintos.

Ella deslizó sus dedos por mi pelo y tiró con fuerza al mismo tiempo que mi mano abandonaba sus brazos para deslizarse bajo su delicioso culo, que me estaba volviendo loco.

No puedo negar que era una situación insólita. No había tenido la intención de acostarme con ella en ese momento, sobre todo porque estábamos a punto de conocer a nuestros hijos y porque era lo que ella más deseaba, pero en cuanto empezamos, no pudimos parar. Era como el fuego en un bosque seco, se extendía con facilidad, fuerza y brutalidad.

Ella me quitó la camiseta, yo le arranqué las bragas. Ella me clavó las uñas en la espalda, yo mordí los pezones de sus pechos y chupé con tanta fuerza que me pregunté si le habría hecho daño. Y cuando por fin Heidi me bajó los pantalones, me hundí en ella con toda la locura que me impulsaba.

Durante minutos que se perpetuaron en el tiempo, como si no existiera nada más, estuvimos salvajes, sedientos, sin nada más que deseo. Empujé con fuerza, encantado con la forma en que me recibía, cómo tiraba de mí, me exigía... mecido por el beso que nunca terminaba, que nunca se cansaba. Por la lengua que me alimentaba del placer más puro, de la lujuria más fina.

Heidi era cálida, suave, deliciosa... y el orgasmo nos golpeó con toda su fuerza en el único instante en que nuestros labios se separaron, en el ansia del gemido que se escapó para reafirmarnos en lo delicioso del momento. Ella seguía arañándome con sus afiladas uñas, pero ya no había desesperación, y mantuve mi mano sobre su pecho en una caricia reconfortante.

Apoyé la frente en su cuello, seguro de que íbamos a hacer la mayor de las locuras.

Casarnos podría destruirnos, o peor aún, atarme a aquella mujer de una forma que no quería atarme a nadie más. Sin embargo, no se podía negar que la otra opción ni siquiera había sido considerada. Cualquier mujer criada por la mafia aceptaría un matrimonio de conveniencia, aceptaría a mis hijos, aunque no los quisiera, pero eso no era lo que yo quería.

Y seguía sin sentirme cómodo asumiendo lo que realmente quería, aunque estuviera a punto de casarme con ella.

— ¿Puedo ver a mis hijos ahora? — preguntó suavemente. Suspiré, levanté el cuerpo y la miré.

— Mañana por la noche volverás conmigo a la isla. Anunciaremos tu retirada y tu última actuación. Acabaremos con Scarlett de una vez por todas. Después, usted y nuestros hijos vivirán bajo mi protección.

— De acuerdo — aceptó con cierta tristeza, que me desanimó un poco.

— Date una ducha, cámbiate de ropa y vuelve. Te llevaré con ellos.

Heidi hizo lo que le dije, pero yo no podía levantarme de aquel sofá, perdido, sin saber cómo dar el siguiente paso. Y necesitaba dar ese paso o me perdería para siempre.

Necesitaba conocer de verdad a mis hijos.

31

JEAN

Cuando Heidi salió del baño, lista para reunirse con sus hijos, vestida con vaqueros, una camiseta básica y una chaqueta, sin maquillaje, sin los trucos que solía utilizar para conquistar a un hombre, pensé que estaba más guapa que en ningún otro momento desde que nos conocimos.

— ¿Y bien? — dijo algo impaciente.

— Están en el piso de al lado y...

Me indicó el camino, lo que me hizo suspirar de frustración y moverme para alcanzarla. Salimos juntas de mi suite, dejamos el piso y ella prácticamente corrió hacia la otra puerta, donde dos hombres hacían de seguridad.

— Abran — ordené y Heidi entró, casi llevándose la puerta por delante.

Frené cuando la oí jadear suavemente, una mezcla de alegría y dolor que me contuvo. Entonces vibró mi móvil y no entré, hice un gesto a mis soldados y volví al espacio entre los pisos.

— Álvaro — dije, concentrado, seguro de que necesitaba ese tiempo y algo en lo que ocupar mi mente que no fuera mi papel de padre.

— Acabo de descubrir que uno de nuestros hombres ha desaparecido. El encargado de vigilar las cámaras esta mañana, a la hora que me pediste.

— ¿Desaparecido? ¿Pero cómo?

— Se ha escapado.

— ¿Huyó? Así que él...

— Puse algunos hombres sobre el hijo de puta. No hay imágenes de su puerta desde que entró con Heidi hasta que volvió y la encontró en lencería de Scarlett.

— ¡Maldita sea, Álvaro! ¿Cómo es que no tenemos imágenes? ¿Qué coño está pasando?

— No lo sé, Jean, pero lo averiguaré. Esta mañana, entre que te fuiste a enseñarme el diario y volviste, hubo un cambio de guardias de seguridad en tu pasillo. Ya he pedido a los dos sustitutos de la madrugada que se presenten. Te avisaré en cuanto sepa algo.

— Quiero una respuesta rápida — recalqué con seriedad, decidido a no dejar que nadie siguiera jugando conmigo. — Vamos a investigar. Se acabó el tiempo. No hay más vacilaciones.

— No te preocupes, ya he reunido a los hombres que se encargarán de la seguridad personal de Heidi y los niños. Fabio ya es consciente de nuestra necesidad. Se reunirá contigo en el hotel pronto.

— No nos quedaremos aquí. Nos vamos a casa — dije, el plan formado en el último minuto.

— Gran elección. Es más fácil mantener a todos a salvo. ¿Y Heidi?

— Heidi es un problema — gruñí. — Pero voy a casarme con ella.

— ¿Casarte? — dijo Álvaro rápidamente, y luego se echó a reír. — Joder, qué rápido.

— ¿Hay alguna otra forma de meterlo todo en el mismo paquete? — respondí de mala gana. — Es la madre de mis hijos. Alguien está dispuesto a desmoralizarme y a quitármelo todo. Los bebés necesitan una madre. El matrimonio es la mejor salida.

— ¿O realmente te ha conquistado?

— ¡A mí no me conquista nadie, gilipollas! Es sólo una forma de mantener el equilibrio del universo, o cualquier tipo de venganza que me haya caído por mis pecados.

— Tu padre no estará contento con esto, después de todo, ¿quién es Heidi? ¿Qué peso tiene entre nosotros?

— Ninguno, pero mi padre se está muriendo, Álvaro, así que no podrá continuar con el negocio, así que su opinión no vale nada.

— Jean...

— Escucha lo que necesito que hagas.

Le conté a Álvaro todo mi nuevo plan, el mismo que había esbozado como hipótesis, pero que, dadas las circunstancias, era el más factible. Mi jefe tomó nota de todo lo que necesitaba y se dio cuenta de la urgencia de la situación.

Cuando desconecté la llamada, sólo quedaba un problema, el único que me robaba la paz y me hacía, por primera vez en tanto tiempo, querer retirarme. Enfrentarme a aquellos niños con la certeza de que eran míos.

Los hombres volvieron a abrir la puerta y entré con pasos lentos, diciéndome a mí misma que no había nada que temer. Sin embargo, lo que vi me dejó sin aliento. Heidi sostenía a los dos bebés, ya crecidos y que apenas cabían en sus brazos, y los acunaba con una dulzura nunca antes expresada. Había un rastro de lágrimas en su rostro, pero también la sonrisa más pura y verdadera que intentaba darles a los dos.

Le encantaban y no podía negarlo. ¿Cómo no seguir adelante con el plan cuando me di cuenta de que nadie daría a esos bebés lo que Heidi? ¿Cómo podía convencerme de que un matrimonio de conveniencia, aunque hubiera tantos agravios entre nosotros, no era lo correcto? Apenas miraba a los niños cuando estaba con ellos, no tenía ni idea de cómo ser un buen padre, no tenía modelos a seguir, excepto el tío Hans, y allí, delante de mí, estaban dos de mis bebés, con mi sangre, mi genética... mis hijos.

Y una mezcla de emociones llenó mi corazón en ese momento. Sin ser cursi, sin embargo, el conflicto dentro de mí me robó la voz. No podía entender cómo Joel podía ser tan cruel con Giulia cuando ella demostraba tanto amor a su único hijo. No entendía cómo mi padre podía hacer lo mismo. Y entendía, juro que entendía, por qué mi ex amante y cuñada no quería esa vida para Matheus.

Porque yo tampoco la quería.

No es que no quisiera que mis hijos crecieran en mi mundo. Esa no era la idea. Era de donde yo no tenía ninguna posibilidad de salir. En poco tiempo yo sería el Don más joven, con más influencia, fuerza y habilidad. Lo que no quería para ellos era el sistema que mi padre había establecido como norma para los hombres de aquella familia, que él había idealizado para las mujeres. Y poco a poco fui cambiando esta realidad.

Sin embargo, la existencia de mis hijos me obligó a cambiarlo todo en menos tiempo del que había imaginado. Porque Lorenzo no se iniciaría a los siete años, ni Ayla sería sólo una mujer a la que utilizaríamos para reforzar nuestro poder. De eso, estaba seguro.

— Toma. Alimenta a Lorenzo. Yo lo haré con Ayla — dijo Bertha, ajena a mi presencia,

mientras tomaba a su nieta de los brazos de Heidi.

Me di cuenta, aunque poca gente allí era tan sensible, de que Heidi se resistía a soltar a su hija, pero no había forma de que pudiera cuidar de las dos ella sola y ese era otro punto en el que pensar. Bertha sería necesaria y le haría bien a su hija cuando yo no pudiera estar allí, además de cuidar de los niños cuando estuviéramos fuera la noche siguiente, aunque bajo mayor protección, en nuestra casa.

Había tanto que pensar, que organizar, que me impedía acercarme. Pero justo cuando pensaba que podía quedarme donde estaba, Heidi levantó la vista y se encontró con mis ojos, y había un poco de todo en esa mirada, una mezcla de sensaciones que me obligaron a acercarme a ella y conocer por fin a mis hijos.

HEIDI

Cuando entré en la habitación, ni siquiera me di cuenta de que Jean no me seguía. Lo único que quería en aquel momento era volver a ver a mis hijos. Había pasado tanto tiempo que temía que no me reconocieran, que hubieran olvidado mis brazos, mi olor. Y me dolía imaginar que esa podía ser la realidad contra la que teníamos que luchar.

Porque Jean lo tenía claro, podía seguir siendo la madre de los niños y casarme con él o dejar que otra mujer los criara. Después de todo lo que había pasado para salvarlos, de todo lo que me había hecho pasar para que Ayla recibiera su medicación, él había vuelto a mí como si pudiera tomar esa decisión.

Y me culpé mientras caminaba hacia mis hijos y los abrazaba, a los dos, a la vez. Porque me rendí a Jean como si no hubiera fuerzas en mí para evitarlo, y porque a pesar de todo, casarme con él sería mi única opción. Y aún no sabía si era la decisión correcta, después de todo, Jean no era el bueno de los libros románticos. Era el mafioso desalmado que mató al amor de su vida por despreciarlo.

¿Qué podía esperar de esa relación? No mucho. Los hombres de la familia Kuhn no respetaban a las mujeres, no las honraban, no eran fieles. Y Jean era el rey de las putas, que reconstruyó el funcionamiento de la familia creando clubes exclusivos con las mejores mujeres que cualquier hombre pudiera encontrar en Brasil. ¿Cómo podías confiar en alguien así? ¿Alguien que ponía un collar con su piedra a una mujer para mostrarla como exclusiva?

No, Jean nunca sería una buena opción, pero ¿qué posibilidades tenía de seguir con mis hijos si no hacía lo que él quería?

Con eso en mente, lloré mientras los tomaba en mis brazos. Había tanto anhelo mezclado con miedo dentro de mí que no podía reaccionar de otra manera. Aunque mi llanto era silencioso, Lorenzo también lloraba, mientras Ayla permanecía callada, con los ojos tan azules como los de su padre, atenta a mí.

— Cálmate, mi amor — susurré. — Soy yo, mamá. Soy yo, mamá.

Abracé a mi hijo y me senté en el sofá cercano para poder apoyarlos. No quería separarme de ellos nunca más, pero Jean se empeñaba en que yo diera la última función, después de la cual sería su prisionera para siempre, con derecho a todo lo que un prisionero significaba para un hombre de aquella familia.

Y no podía decir que me obligaran. Amaba a Jean aunque odiaba amarle. Mi cuerpo correspondía al suyo, de hecho, mi cuerpo ansiaba el suyo incluso cuando no se insinuaba, y cuando lo hacía, era el único momento en que olvidaba que para él era sólo un momento, mientras que para mí era un acontecimiento que quedaría grabado en mí, en mi cuerpo, para el resto de mi existencia.

— Hija — dijo mi madre, con la emoción brillando en sus ojos.

Juraría que la señora Bertha se sintió aliviada al verme bien, sana y salva, sin indicios de tortura ni nada peor. Ella no sabía que mis marcas estaban dentro de mí y no fuera. Aun así, no tenía sentido molestarla con más problemas.

Durante meses, mi madre tuvo un poco de todo lo que su salud no necesitaba. El desastroso reencuentro, la enfermedad de Ayla, la desesperación por no poder conseguir la medicación a tiempo, mi marcha a São Paulo para convertirme, en términos correctos, en una prostituta de lujo y, finalmente, volver a estar en manos de Jean después de jurar que los niños no eran suyos.

Había mucho que decir y explicar, pero no era el momento. Besé una vez más a Lorenzo y Ayla, los olí y reconocí sus ropas nuevas. Miré a mi alrededor y nada de lo que vi para los niños se parecía a lo que habíamos comprado con nuestro esfuerzo. Todo era nuevo y de la mejor calidad, como los cochecitos dobles. Estoy segura de que Jean tuvo algo que ver, pero no me trago ese argumento.

— Jean hizo que lo trajeran — me explicó mi madre al ver la expresión de mi cara. — Vino un equipo médico para hacer las pruebas. Al día siguiente vinieron dos mujeres con ropa nueva. Casi no cabe en este piso. Hay juguetes de estimulación para Ayla que nunca imaginé que existieran — sonrió, y yo intenté hacer lo mismo, pero no pude.

Sabía que cada cosa que quedaba allí tenía un precio que pagar y lo mucho que me quitaría, mi libertad. No había elección. Le debía todo a Jean Kuhn, aunque quería liberarme de esa obligación.

— Desde entonces no hemos podido salir del piso — confiesa. — Ha venido un médico, ha analizado las pruebas y los informes, ha rehecho algunos. No sé qué ha encontrado, porque nunca me han dicho nada. Los soldados que se turnaban para asegurarnos trajeron de todo para que no nos faltara de nada, pero yo ni siquiera podía acercarme a la ventana.

— Jean tenía que protegerlos. Ya sabes cómo funciona — intenté defenderle, al fin y al cabo, ésta sería pronto nuestra realidad y teníamos que empezar a acostumbrarnos a ella.

A pesar de todo, a pesar del peso de cada detalle impuesto por el hombre que me mantenía cautiva a cambio de la salud de mi hija, me conmovía saber que tenía ese celo, incluso antes de saber que los niños eran suyos.

— ¿Qué ocurrió? — quiso saber. — Me dijiste que Jean...

— Mentí — revelé. — Quería proteger a los niños. Pero no te preocupes, todo está bien. Lo peor ya pasó.

— ¿Qué quieres decir? — Su voz alarmada, que no era suficiente para atraer la atención de nadie en el piso, no me pasó desapercibida.

— Jean se asustó un poco cuando se enteró de que le había escondido a los bebés, pero ya lo ha superado. Nos cuidará y Ayla tendrá la medicación que necesita.

— ¡Alabado sea Jesús! Te dije que nunca se negaría a sí mismo. Jean puede haber tomado malas decisiones, Heidi, pero no es como Joel. Él al menos respeta a las mujeres y no las trata como objetos. Jean no es un sádico, hija mía.

Eso es porque la señora Bertha no tenía ni idea de lo que era Jean, de lo mucho que me amenazaba, de lo mucho que me exigía y aún me exige. Era un peligro, a pesar de ser el padre de mis hijos y el único en aquel momento que podía permitirse la medicación que Ayla necesitaba.

— Ahora no pienses en eso. Lo importante es que Ayla se pondrá bien. ¿Cómo están ellos? Han crecido mucho. ¿Cuánto tiempo estuve fuera? ¿Dos meses? No es posible que hayan crecido tanto.

Mi madre sonrió orgullosa y acarició la cabecita de Ayla.

— Crecen muy deprisa — dijo emocionada. — ¿Y cómo será ahora?

— Aún no lo sé — admití. — Hicimos un trato. Mañana tengo que volver con él, pero será la última vez, sólo mientras cuida de Ayla. Después de eso...

No pude terminar. Mi madre miró a alguien detrás de mí y se levantó, como para indicar su presencia. Ni siquiera era necesario. Jean era como un imán, se acercó y mi cuerpo se agitó.

— Toma. Dale de comer a Lorenzo. Yo lo haré con Ayla.

Minha mãe me entregou a mamadeira para que eu pudesse alimentar meu filho e retirou Ayla dos meus braços. Eu não queria deixá-los, contudo não havia como fazer aquilo sozinha. Fingindo indiferença, observei Lorenzo sugar o bico da mamadeira como deveria ter feito em meu peito e me senti só. Fora poucos meses e eu quase não convivi com eles.

— Eles não mamam? — Jean constatou ao parar diante de mim.

Se eu não tivesse qualquer noção da sua presença, da sua proximidade, teria me asustado, contudo, não aconteceu. Eu suspirei, resignada com a minha situação enquanto Lorenzo sugava os últimos goles da sua mamadeira nova.

— Eu sofri um accidente — confessei. — Por causa disso, anteciparam o parto. Quebrei algunas costelas e tive problemas nos quadris, o que me obrigou a tomar remédios fortes que me impediam de amamentá-los, mas que também secaram meu leite.

— ¿Has tenido un accidente? — Nuestras miradas se encontraron y no había ira en la suya, sólo preocupación.

— Me caí. Lorenzo y Ayla tomaron leche del banco de leche donada del hospital durante los dos primeros meses, pero después el médico optó por la leche de fórmula.

— Ya veo.

Miró al bebé en mi regazo, casi somnoliento, su manita en mi dedo que sujetaba el biberón en el ángulo correcto.

— Se parece a mí — susurró Jean.

— Tiene tus ojos.

— De verdad — sonrió, tan hipnotizado como yo lo había estado durante mis primeros días con aquellos bebés. — "Y tiene la misma marca de nacimiento que yo", — reveló. — La vi cuando... — tragó saliva con dificultad. — Cuando los traje aquí.

— Sí, la tiene. Ayla también.

En ese mismo momento, se volvió hacia la niña que mi madre tenía en las manos y que nos observaba sin miedo. Jean se levantó y se acercó a ella. Ayla mamaba más despacio y, aunque también sujetaba el dedo de mi madre, como su hermano, no se quejaba.

— Es tranquila — comentó en voz baja.

— También lo era Heidi cuando era un bebé.

Coloqué a Lorenzo en la posición correcta para hacerle eructar y lo levanté para poder darle el pecho. — Ayla estará aquí un rato, pero si quieres coger a tu hijo en brazos... — sugirió mi madre, sin miedo a encararse con él.

— ¡Mamá! — intenté detenerle, pero Jean no tardó en ponerse delante de mí. — No tienes experiencia — argumenté.

— No parece una tarea difícil.

Ante la imposibilidad de apartar a mi hijo de mí, vi cómo Jean lo levantaba con cuidado y lo acunaba contra su pecho, con su carita girada como yo, apoyada en mi hombro. Con una mano mantenía erguida la columna de Lorenzo y con la otra dibujaba ligeros círculos, igual que me había visto hacer a mí.

Y era la escena más hermosa que había visto en... ¿años? No sabría decirlo. Nunca lo había imaginado. Nunca había imaginado a Jean sosteniendo a nuestro hijo con tanto cuidado y, lo que es más, conmoviéndose al hacerlo.

Jean era duro, no cedía, no se doblegaba. Haría cualquier cosa por mantener su reputación y el orden de su negocio, pero en una fracción de segundo, Lorenzo lo doblegó. Y lo vi olfatear la cabeza de nuestro pequeño, abrazarlo, mecerlo hasta que mi madre me dijo que le quitara de los brazos a un bebé dormido después de eructar y que hiciera lo mismo, esta vez con su hija.

Puse a Lorenzo en la cuna del dormitorio y me quedé en el umbral de la puerta, encantada de ver a Jean en esa posición. Un padre. Un padre de verdad. Amable, gentil, preocupado y lleno de amor para dar.

Quizá me equivocaba. Quizá casarse no fuera un problema, porque sabía que pasaría la vida al lado de ese hombre. El que cuidaba de Ayla como si quisiera protegerla con su propio cuerpo.

Y sabía que cualquier sacrificio valdría la pena.

32

HEIDI

— ¿Estás segura? — pregunté cuando mi madre salió del salón para cambiar a los niños y Jean me obligó a seguirle hasta el otro piso.

Y sólo allí supe todo lo que tenía en mente.

— Es el lugar más seguro en este momento, Heidi. En mi casa tendrán toda la seguridad que necesitan, aparte de la habitación del pánico, donde nadie los encontrará si alguien se atreve a invadir nuestro terreno.

— ¿Y existe esa posibilidad?

— Siempre la hay.

Sin embargo, lo que leí en sus ojos fue algo así como *"en este momento concreto"*, y quizá por eso acepté sin pestañear que el mejor lugar para dejar a los niños era su casa. La casa que había heredado de su hermano, donde vivía con Giullia, donde me habían contratado para cuidar de Matheus y mantenerlo bajo vigilancia constante para que su madre no intentase nada.

En cualquier otra circunstancia, jamás volvería. Jamás me permitiría volver a poner un pie allí. No entraría en la habitación de Jean, de donde me había echado. Pero, ¿qué otra opción tenía? No cabía duda de que era el lugar más seguro del barrio y de que nadie se atrevería a crear esa guerra tan abiertamente, ante tantos ojos.

— De acuerdo. Hablé con mi madre. Según tengo entendido, hay mucho que aguantar.

— Nos tomaremos nuestro tiempo. Iremos con lo esencial. Mis soldados harán el resto.

No dije nada. Era una vida a la que tenía que acostumbrarme. El trabajo pesado ya no quedaría en manos de personas como mi madre y yo. La obligación de ser ágiles y perfectos pasaría a otras personas y no me cabía duda de que tendríamos todo lo que necesitáramos a los pocos minutos de nuestra llegada. Siempre fue así para los Kuhn, simplemente cambié de bando.

— Bien, pero necesito ayudar con las cosas de los niños y...

— Siéntate, Heidi. Todavía tengo que aclarar algunos detalles contigo.

El tono frío y serio dejaba claro que iba a tratar con Jean Kuhn, el Capo, el señor de todo, al que todos debían obediencia. Y yo odiaba eso, así que volví a sentarme, aunque todo en mí me decía que volviera con mis hijos.

— He enviado a unos hombres a decírselo a tu madre. Todo se arreglará.

— Entonces, ¿de qué quieres hablar? ¿Es sobre Ayla? Mi madre me dijo que la visitó un médico y que le hicieron pruebas.

— No. Quiero decir... sí. Sobre Ayla y Lorenzo.

— ¿Cuál es el problema? — pregunté ansiosa. No era posible que después de tanto tiempo descubriéramos que Lorenzo también era portador de A.M.E. Era demasiado para mi cabeza.

— En primer lugar, le pedí a Álvaro que hiciera el papeleo lo antes posible.

— ¿Papeleo? — repetí sin comprender. Jean suspiró, sin mostrar paciencia ante tantas explicaciones.

— Los certificados de nacimiento de los niños y nuestro matrimonio. Al menos por lo civil. Mi abogado se encargará de eso.

— ¡Ah!

Tragué con dificultad. La idea, aunque salió mejor de lo que había imaginado, seguía dejándome un extraño sabor de boca y sabía por qué. Jean dejó morir a Giullia cuando se rebeló, ¿qué me haría a mí?

Me encogía cada vez que lo pensaba, pero no dejaba que perdurara. Me decía a mí misma que sería un padre excelente y que eso debería bastar, pero la verdad era que, aunque quería que mis hijos tuvieran lo mejor de él, temía por mí y por la incertidumbre de casarme con alguien que todo el tiempo amenazaba con darme de comer a los tiburones que criaba en algún lugar para librarse de las molestias.

— Pero eso sólo puede ocurrir después de que nos hayamos ocupado de Ayla — reveló, lo que me dejó confusa.

— ¿A qué te refieres?

— Llamé a un... aliado. Tienen un hospital y ahí es donde ocurre todo lo que tiene que ver con las necesidades médicas de la mafia. Al menos para la *Cosa Nostra*. Joel quería hacer lo mismo, pero mi padre dijo que atraería demasiada atención en Brasil.

— La *Cosa Nostra* opera en Italia, ¿verdad?

— Ya está. Nos iremos cuando anunciemos tu jubilación. Están al tanto y han accedido a hacerme el favor. Sin mi apellido, aunque haya toda la seguridad para que pueda cuidarte sin miedo, no llamaremos la atención.

— Pero se supone que estás prometido a una chica de la *Cosa Nostra* — añadí con cierta molestia. Jean puso los ojos en blanco. — ¿Por eso prefieres ocultar la existencia de tus hijos?

— No seas idiota — dijo sin paciencia. — Me casaré contigo y mi palabra no se doblará.

— No necesito tu palabra para eso. Sólo comprométete con Ayla.

Lo intenté, pero era imposible no dejar traslucir lo mucho que me daba mala espina estar en Italia, al lado de esa prometida, en un hospital que pertenecía a su familia.

— Eso es lo que haré. Tienen la medicación disponible — anunció Jean, lo que atrajo mi atención.

— ¿Disponible?

— Habrá un trato, pero eso es entre la *Ndrangheta* y la *Cosa Nostra*. Lo importante es que después de que Scarlett se retire, nos iremos a Italia y Ayla recibirá la medicación.

— Eso está bien.

Empecé a levantarme cuando me agarró la mano para detenerme.

— Mientras eso no ocurra, nadie puede saber que soy su padre. ¿Lo has entendido?

Un sabor amargo hizo retroceder mis papilas gustativas. ¿Por qué Jean necesitaba esconder a sus hijos si había un acuerdo de paz entre las dos mafias? Aunque la respuesta permanecía como una imagen de luz en mi mente, me negué a prestarle la atención que merecía y me obligué a pensar que lo importante era que Ayla recibiera la medicación y estuviera a salvo.

— Una cosa más — añadió. — Licia estará en casa.

— Así que no sé cómo ocultar la paternidad de los niños — dije con cierto desafío. — ¿O prefieres que diga que me ayudas por caridad?

— Confío en Licia. Mi hermana tiene sus razones para ser como es. No es fácil ser mujer en esta familia. — En el mismo momento, retrocedí. — Voy a cambiar eso. Te lo prometo. Pero por ahora, no digas nada sobre la enfermedad de Ayla.

— ¿Por qué no?

— No quiero que mi padre lo sepa.

Jean no necesitaba decirme nada más. Yo misma sabía que era necesario, siendo Stefan Kuhn quien era. Por eso acepté sin decir nada. Además, Jean confiaba en Lícia, no en mí. La mujer me daba escalofríos con su falsedad, su forma de hacerse la dulce para engatusar a su hermano. No sabía si Lícia sólo sentía placer torturando psicológicamente a la gente o si tenía capacidad para ir más allá. Sin embargo, no pagaría por verlo.

— Toma tus cosas y déjalas en la habitación. Los soldados se encargarán de todo. Mientras tanto, necesito resolver un problema.

Jean salió del piso. No sabía si visitaría a nuestros hijos, si dejaría el hotel, si tardaría en venir. Pero los soldados no me impidieron ir al otro piso, lo que me dio un poco más de paz, y pude, después de dos meses fuera, volver a ser mamá de esos niños.

JEAN

Quedé con Álvaro en el sótano de mi casa. Aparqué el coche, di una vuelta por el recinto y me dirigí a la zona reservada, evitando así que Lícia me encontrase primero y me acribillase a preguntas.

— ¿Y bien? — Le di una calada a mi cigarrillo al comienzo de la fría noche, dándome cuenta de que el humo que salía de mi boca no era sólo de fumar.

— El cabrón dijo que había estado bebiendo durante la noche. Que todo iba bien, pero de repente se desmayó. Bebía demasiado, incluso en el trabajo.

— ¡Hijo de puta! — grité, tan enfadado que quería ponerle las manos encima al miserable bastardo que dejó que la amenaza llegara a Heidi. — Voy a matarlo.

— Tranquilízate. Hay más. — Álvaro me impidió pasar a la pequeña habitación donde el hombre estaba colgado, con los pies arrastrándose por el suelo para que el cansancio y el dolor hicieran más efecto.

— Dijo que justo antes de desmayarse, Flavia estaba en la sala de seguridad.

— ¿Flavia?

— Sí. Según el testimonio de algunos soldados, a veces aparece, como para asegurarse de que las chicas están a salvo. Pero esta vez, apareció al amanecer, a una hora diferente, cuando el castillo estaba en perfecta paz.

— ¡Maldita sea! ¿Flavia?

— No sabemos si fue ella, Jean. Flavia siempre ha sido fiel. ¿Por qué mataría a Scarlett? ¿Y el robo de los diamantes? ¿Cómo relacionas una cosa con la otra?

— Todos son fieles hasta que son tentados. Scarlett murió porque necesitaba eclipsar el robo de diamantes y desacreditarme.

Álvaro negó con la cabeza.

— Aunque nadie estaría tan loco como para ir contra el Capo, no podemos negar que así cayó Joel.

Miré a mi amigo con atención. Álvaro sabía tan bien como yo que si yo caía, no había nadie que tomara el relevo. Los chicos de Licia eran demasiado jóvenes. Mi padre se estaba volviendo loco y pronto no podría mantener su posición de Don y Lícia no era una opción. Así que la amenaza de dentro tenía órdenes de fuera. Porque no había razón para que alguien quisiera sacar a la familia Kuhn del poder a menos que quisieran tomar el poder.

— ¿Qué piensa usted? En Alemania hay otros que pueden reclamar, pero aquí en Brasil la disputa es feroz por el territorio. Como dominamos prácticamente toda Sudamérica y Centroamérica, hemos sido el blanco de quienes no se aliaron —comenté, demasiado ansioso por

encontrar el camino que nos condujera al culpable.

— Creo que hay que atrapar a los que actúan desde dentro y sólo entonces atacar a los de fuera — sugirió Álvaro, en su mejor estilo de subjefe.

— ¿Flavia entonces? Crees que deberíamos...

— Pediste las imágenes del pasillo de la habitación de Scarlett. Las analizaremos. Por ahora, fingiremos que no sabemos nada. ¿Ya llegaron Heidi y los bebés?

— No. Mis hombres están esperando a que dé la orden.

— Cuidaremos de su seguridad. ¿Estás seguro de que quieres a Heidi en la isla otra vez?

— No tengo elección — respondí con toda mi rabia contenida. — Es la única manera de no hundir el negocio. Nadie puede saber que Scarlett ha muerto, así que vamos a jubilarla.

— No te preocupes, lo tengo todo bajo control. No les pasará nada.

Confíe en mi amigo porque, en ese momento, no había nadie más de quien me atreviera a desconfiar.

— ¿Vas a terminar el trabajo? — preguntó Álvaro, pero en ese mismo momento sonó mi móvil. Miré la pantalla y vi el nombre de Lícia.

— No. Tengo que arreglar otras cosas. Termínalo por mí.

— Como quieras.

Salí del sótano y volví a la entrada de la casa. Lícia había visto mi coche, se había enterado de mi llegada y de la orden que había dado de arreglar y organizar el cuarto de huéspedes más grande para que cupieran dos catres. Era hora de afrontar otro problema.

En cuanto entré, me estaba esperando en la primera habitación de la mansión, donde sólo podían alojarse las personas autorizadas, un recinto creado para impedir que nadie rondara mi casa. De hecho, la antigua casa de Joel.

— Jean — dijo con cierta ansiedad. — ¿Qué te pasa?

— Nada. ¿Qué haces aquí? ¿Qué haces tú aquí? No pregunté por ti.

Caminé directamente hacia el despacho, aunque sabía que ella me seguiría y tendría esa conversación aunque preferiría no hacerlo.

— ¿Y bien? — dijo ella en cuanto hubo cerrado la puerta tras de sí.

— ¿Y qué?

— Les pediste que hicieran sitio para dos catres en nuestra habitación de invitados más grande.

— En *mi* habitación de invitados más grande, Lícia. Tú no vives en esta casa, ¿lo has olvidado?

No, no lo había olvidado, pero el hecho de que todos viviéramos en el mismo terreno hacía que mi hermana se sintiera con derecho a inmiscuirse en mi casa. Y la verdad era que hasta entonces no me había importado. No tenía tiempo para preocuparme por detalles que no me incumbían, pero pronto llegaría Heidi, sería mi esposa y eso sin duda causaría conmoción en mi hermana.

Así que tenía que establecer los límites de una vez por todas.

— Siéntate, Lícia — ordené. Mi hermana obedeció. — Seré breve porque no tengo tiempo. En los últimos días, he descubierto que soy padre.

— ¿Padre? — Lícia se llevó la mano a los labios, horrorizada ante la idea.

No me horrorizó. Hasta yo me horroricé cuando lo supe, pues ni siquiera me lo había planteado.

— ¿Estás seguro?

— Absolutamente. Hice las pruebas de DNA.

— Dijiste "las pruebas" — señaló ella.

— Son gemelos. Un niño y una niña.

No pude evitar la sonrisa que brotó de mis labios. Era pequeña, casi inexistente, pero estaba ahí, como si hablar de bebés me devolviera la sensación de tenerlos en mis brazos.

— ¿Dos niños? — Se reclinó en la silla y me miró con los ojos muy abiertos. — Hijos ilegítimos, Jean.

— No. Me casaré con su madre.

— ¿Lo harás? Mi hermano, yo...

— Eso no está en cuestión — la interrumpí antes de que pudiera molestarse en intentar convencerme de lo contrario. — Heidi es la madre de los niños.

— ¿Heidi? — Lícia casi gritó. — Una criada. ¡Una prostituta, Jean!

— Cuidado con lo que dices — amenacé. — Heidi nunca se prostituyó. Llegó a nosotros por un golpe de suerte, sin haber trabajado nunca.

— Eso no importa. No cambia el punto. Eres un capo. Tu matrimonio debe ser...

— No me atormentes con esta pregunta.

Me levanté, fui al bar y me serví un trago doble. Por la forma en que oí alejarse la silla, estaba seguro de que Lícia también se había levantado.

— No tienes por qué casarte con ella. Con el trato adecuado, tendremos una mujer criada para servir a un Capo, el futuro Don, y ella acogerá a sus hijos. Puedo ayudarte con eso. Puedo...

— ¡Basta ya!

Lícia retrocedió ante mi respuesta en el tono justo para que se diera cuenta de que esa era mi decisión.

— Por ahora, lo que quiero de ti es que mantengas todo en secreto.

— ¿Secreto? Pero eso escandalizaría el nombre de la familia.

— Secreto, Lícia. Lo que significa que nuestro padre no tiene por qué saberlo. Por el momento. Tengo que hacer un viaje importante. Después de eso, se lo diré a nuestro padre y al mundo. Mis hijos no serán criados por cualquier mujer. Heidi es su madre. Puede que no sea la hija trofeo que muchos mafiosos adoran, pero sabe cómo funciona, creció en esta casa, conoce los riesgos y lo que somos. Es mi última palabra.

— Muy bien, Jean.

Lícia dio un paso atrás. Sus maneras sumisas no me hacían creer que aceptaría fácilmente a Heidi como dueña de aquella casa y estaba seguro de que a menudo tendría que mediar entre las dos, pero aun así, Lícia haría lo que le ordenara, no se lo diría a mi padre ni a nadie mientras yo decidiera mantenerlo en secreto.

— Ya puedes irte. Todavía tengo que poner a mi familia a salvo.

"Mi familia" sonaba diferente, como si no hubiera nada más correcto o agradable que decir.

Y eso me asustó mucho.

— Lo que sea.

En cuanto Lícia se fue, llamé a mis hombres y di las órdenes. Pronto, aquella casa volvería a tener niños, y vida, como hacía mucho que no tenía.

33

HEIDI

Jean no volvió a por nosotros. Mientras esperaba en el piso donde se alojaban mis hijos y mi madre, llegó un equipo de mudanza real, mezclado con un equipo de rescate, para llevarnos con él. No sabía si la angustia que sentía en mi interior se debía al repentino cambio de los acontecimientos o a que él no nos había acompañado en este nuevo viaje.

Sabía que el mundo de la mafia exigía un comportamiento así, aunque siempre comprendí que en Brasil no había necesidad de tanto miedo. La familia Kuhn lo dominaba todo, desde los medios televisivos hasta los políticos más influyentes. Aun así, la forma en que los soldados actuaron para sacarnos disparó un gatillo en mí y tuve miedo. Por mí, por mis hijos y mi madre, pero sobre todo por él, Jean.

Había algo que no iba bien y que el padre de mis hijos no decía, no compartía conmigo. ¿Y qué pensaba yo? No éramos una pareja de verdad. Lo que teníamos era lo mismo que él habría tenido con cualquier otra chica, un matrimonio de conveniencia, aunque conmigo no añadiera nada a su negocio, sólo la tranquilidad de tener a sus hijos criados por su propia madre.

Y yo debería estar agradecida, pero no podía estarlo. Porque mis sentimientos me molestaban. Amar a Jean era como ir a la guerra desarmado. No había posibilidad de victoria.

— Jean tiene razón, Heidi. La mansión Kuhn es el lugar más seguro para los niños — intentó animarme mi madre. — Y cuando vuelvas, Ayla tendrá por fin la medicina. ¿No es eso lo que queríamos?

— Sí, eso queríamos.

Sonreí, porque no había nada que pudiera decir para justificar mi apatía. Estaba segura de que Jean hacía lo que podía con lo que tenía entre manos. Y que no debía maldecir las oportunidades que se me habían presentado para estar en aquel punto, a punto de salvar a mi hija. Aun así, me dolía, me molestaba, como una herida mal curada que se abría sin cesar y sangraba mi pena.

Conocíamos el protocolo, la necesidad de tantos hombres para garantizar nuestra seguridad, el esquema utilizado por la familia Kuhn, pero me parecía demasiado. Entendía que los hijos de un Capo, un futuro Don, el hombre a punto de hacerse con el control de la mafia en Alemania y Brasil, eran un objetivo doble, pero el esquema me parecía extraño.

— ¿Dijo dónde se alojarían? — quiso saber mi madre. La pregunta me cogió por sorpresa. Lo único que sabía era que volveríamos al clan, pero cómo sería eso también era nuevo para mí. — Jean había dejado hacía tiempo la casa más grande, en la que Joel vivía con Giullia, pero no creo que quiera alojarlos en la suya porque es más pequeña y está menos fortificada. También está demasiado cerca de donde entrenan los soldados.

Me encogí de hombros, aunque pensé que volver a la casa donde antes había vivido con Jean como su amante, bajo el mismo techo donde él amaba a otra mujer, exigiría lo máximo de mí.

— Hija, tienes que decirme lo que sabes — insistió la señora Bertha.

— No sé nada más que lo que te he contado. Nos vamos a Italia para que Ayla reciba su medicación. Hasta entonces, sólo seremos alguien a quien él intente ayudar. Sólo entonces presentará a los niños a su familia y les dará su apellido.

— Aunque suene mal, comprendo su preocupación — dijo por fin mi madre.

Al final, yo también lo entendí, pero había algo que no encajaba en la historia y no podía dejar de pensar en ello.

El coche se detuvo en el garaje interior de la mansión, tal como había dicho mi madre. La casa que una vez perteneció a Joel, de la que Jean se había apoderado cuando le quitó no sólo su trabajo, sino a su mujer y a su hijo. Definitivamente no quería estar allí. Ni siquiera por una noche, como ella había dicho que sería.

En cuanto el coche se detuvo, cuatro soldados nos escoltaron hasta la primera habitación y luego algunos miembros del personal, a algunos de los cuales ya conocíamos, se acercaron a saludarnos.

— Bertha — Suyane, una de las empleadas que también se había criado allí, unos años mayor que yo, nos dio una calurosa bienvenida. — Heidi — dijo contenta, pensé que no la volvería a ver.

— Así es.

— ¿Y esos niños? ¡Dios mío, qué bonitos son!

— El Sr. Kuhn nos ayudará con un problema de salud, Suyane — mi madre se hizo cargo de la situación. — Y eso es todo lo que podemos decir. Ya sabes cómo funciona.

— Por supuesto — asintió ella. — Acompáñanos. La señora Lícia pidió los catres de la habitación de invitados más grande. Nos quedamos con la cama de matrimonio por orden del señor Kuhn.

— Bien — continuó mi madre, como si fuera ella la responsable de que estuviéramos allí, no yo.

Conocíamos el camino, pero nos dejamos guiar por la chica. Presté poca atención a la cordial conversación que mi madre mantenía con la chica. Mis ojos reconocían los detalles, recordaban los momentos y empeoraban mi dolor.

— El señor Kuhn le ha pedido que le espere en casa — dijo Suyane con cierta inquietud.

Porque ella también sabía que Jean no pedía nada. Él ordenaba. Así que el mensaje correcto era que no podíamos salir de casa, aunque estuviéramos en las tierras de la familia.

— Y... Heidi... — dijo un poco incómoda. — Pidió que le llevaran sus cosas a su habitación.

— No te preocupes, Suyane — dije con calma. — Haz lo que te ha ordenado el señor Kuhn. En cuanto haya calmado a los niños, me iré. Mi madre no puede cuidar sola de mis hijos.

Inmediatamente le dirigí a mi madre una mirada severa para que no se atreviera a decir nada distinto de lo que le había ordenado. Ella sonrió, se acercó a los bebés, uno a uno, con esa sonrisa tonta de quien ama tener niños en casa y luego salió de la habitación con la advertencia de que si necesitábamos algo sabríamos cómo llamarla.

Me sentí fatal. Salí de aquella casa como una criada, aunque me encantaba el Capo. Mi madre era una de las responsables de la organización y el cuidado de los que vivían en las dos casas. Tenía un buen trabajo y ganaba suficiente dinero para no oír ni ver nada, y así lo hizo hasta que decidió dejarlo todo y buscarme por el mundo.

Hasta que volvimos, esta vez delante de todos, como invitados, como antiguos empleados a los que Jean ayudaría, pero que nos alojó en su mejor habitación de invitados, a pesar de que había una casa reservada para ello. Ahora la gente nos servía, y eso era rarísimo.

— Ayla está dormida — advirtió mi madre. — La pondré en la cuna.

— Yo cuidaré de Lorenzo.

Saque a mi hijo del cochecito, con cara de cansancio, como todos los niños después de un

cambio brusco de entorno. La habitación no le estimulaba, no había sido preparada para ello, aunque en los rincones había cajas con todas las cosas que Jean había proporcionado.

Amamanté a mi hijo en silencio. Desde la ventana de la habitación podía ver el paisaje del fondo de la finca, el mismo que nunca imaginé que volvería a ver. El mismo que podía ver desde la ventana del dormitorio de Jean. No nos apartó como si necesitara mantener la farsa, al contrario, aunque sabía que ocultar su paternidad ayudaría a proteger a los niños, nos mantuvo cerca, en el mismo pasillo, a pocos metros de distancia.

En un momento dado me di cuenta de que Lorenzo estaba dormido y no tenía ni idea de cuándo había ocurrido. Aferrada a mi hijo, me dejé llevar por los pensamientos, los miedos y los recuerdos. Para refugiarme, puse a mi hijo en la cuna recién instalada junto a su hermana y me alejé.

— No sé tú, pero yo necesito un café — me advirtió mi madre.

— Estoy bien.

— Vuelvo en unos minutos.

Bertha salió de la habitación y el silencio que ya se cernía sobre nosotros se hizo sofocante. La noche dominaba toda la habitación. Encendí las dos lámparas de las mesitas auxiliares y estaba a punto de volver a la ventana cuando se abrió la puerta. Por un segundo imaginé que era mi madre de vuelta, pero lo que vi me hizo quedarme estática.

Lícia se me quedó mirando libertinamente, cerró la puerta sin que la invitara a entrar y se acercó lo suficiente para que yo pudiera ver u oír todo lo que tenía que decir.

— ¿Así que tuviste a los hijos de Jean? — Su tono de voz sarcástico dejó claro que no me creería tan fácilmente.

— No he visto los resultados de las pruebas, pero si Jean los vio y los certificó... — me encogí de hombros.

Podía decir que no había dudas sobre la paternidad, que los bebés incluso tenían la misma marca de nacimiento que el padre, pero no quería hablar con Lícia, darle explicaciones ni permitir que se inmiscuyera en un asunto que no le concernía.

— ¿Puedo verlos?

— Están dormidos — dije, a la defensiva. — En otra ocasión. No faltará la ocasión.

Aunque estaba seguro de que aquella mujer jamás cumpliría mis órdenes, Lícia aceptó y no se insinuó en dirección a los catres donde estaban los niños.

— Por lo visto, la mudanza es grande — señaló mientras miraba las diversas cajas dejadas en los rincones de la habitación.

— Los niños necesitan muchas cosas.

Y no tenía ni idea de lo que quería Jean. Si aquella sería la habitación definitiva de los niños, si mi madre seguiría con nosotros, si realmente tenía intención de vivir en aquella casa. La única información que tenía era que volvería a la isla al día siguiente y dejaría a mis hijos en aquella mansión donde Lícia reinaba como si pudiera asumir alguna posición en aquella familia.

— Puede que no lo parezca, Heidi... — me dedicó una sonrisa amable que no me convenció en absoluto. Cualquiera confiaría en Lícia para ser su amiga, cualquier incauto, menos yo. — Pero me alegra saber que Jean por fin le dará algo a mi padre. Un niño como heredero era todo lo que mi padre esperaba. Cuando Matheus murió, pensé que no había esperanza, después de todo, Jean rechazó la idea del matrimonio, de tener herederos, hasta que volviste no con uno, sino con dos.

Y estaba toda la acusación que ella no tenía el coraje de hacer en voz alta. Si Jean no tenía herederos, aunque eso molestara a Stefan Kuhn, los hijos de Lícia serían los siguientes en la

línea. Ella seguía creyendo que yo era el mismo idiota ingenuo, dispuesto a obedecerla en la creencia de que estaría un paso más cerca de conquistar a su hermano.

Pero no había error más grande que ese. Lícia no era mi amiga. No era una aliada. Era alguien que mentía, fingía y engañaba de todas las formas posibles para aprovecharse de la situación. Y yo estaba inmunizado contra ella.

— Eso es todo lo que dije.

Ella sonrió, todavía de forma amistosa, y se acercó un poco más.

— Sabes, después de lo que pasó con Giullia, tuve que recuperar a mi hermano. Te acuerdas de cómo estaba.

Sí, recordaba y odiaba recordar. Jean sufrió por la muerte de la mujer que amaba, pero yo sufrí por dejar que Matheus huyera con su madre, por no ser más despiadada con los planes de Giullia y aferrarme a él con todas mis fuerzas. Jean nunca se quedaría conmigo, pero no cargaría esa muerte sobre mis hombros.

— Y después de Scarlett entonces — continuó. — Fue terrible. Justo cuando creía que se estaba recuperando.

— ¿Intentas provocarme insinuando que Scarlett huyendo de Jean le hizo sufrir como Giullia? — Fui directamente al grano. — Si tu objetivo es darme celos, déjalo.

Pero ya estaba ahí, la pulga que me picaría, que me haría pensar en ella todo el tiempo. La serpiente que me tentaría hasta llevarle el problema a Jean y crear otro roce más con Jean. Y por eso odiaba a esa mujer. Lícia era una serpiente con forma de persona, siempre lista para atacar.

Sonreía con picardía.

— ¿Scarlett huyó? ¿Quién te ha dicho semejante tontería?

No dije nada, sorprendido, aunque todo en mí me gritaba que no escuchara lo que iba a decir.

— Scarlett ha muerto — anunció sin una pizca de dolor, sin remordimientos, sin sufrimiento.

— ¿Muerta?

— ¿No te lo había dicho? Todo el mundo en ese castillo, aparte de los miembros, por supuesto, sabe lo que pasó.

— ¿Y qué pasó?

Mordí el anzuelo como un pez ingenuo que sabe que va a ser enganchado y aún así paga por ver.

— Si Jean no te lo ha dicho...

— ¿Qué pasó, Lícia? Si querías decirme la verdad, hazlo de una vez.

— Bien, pero fuiste tú quien exigió saber. Scarlett fue asesinada la noche de su última actuación, después de ir al cuarto de Jean.

— Pero si ella estaba en su habitación...

— Exactamente. Jean bebió mucho, dejó su habitación para... ocuparse de sus asuntos. A la mañana siguiente, dormía borracho en el barco y Scarlett yacía en su cama. Brutalmente muerta. Violada, torturada con la mayor crueldad.

— Pero si Jean estaba en el barco... si él salió y la dejó sola...

— Eso es lo que dice el Capo y la palabra del Capo no puede ser refutada. Sólo Jean tenía acceso a la habitación.

Sonrió, victoriosa, llena de sí misma.

— Me estás diciendo que...

— No! — me señaló con el dedo, seria, con toda su altivez. — Yo no te he dicho nada. Scarlett fue asesinada y ésa es la verdad. Jean habría sido el indicado para explicarlo, pero se durmió borracho. Así que no hay nada que explicar. Fin de la historia.

— Lícia...

Mi madre abrió la puerta de la habitación llevando una bandeja con algunas cosas, supuestamente para hacerme comer. Se detuvo al ver a Lícia, pero volvió a sonreír, amistosamente.

— Volveré en otra ocasión para conocer a mis sobrinos. Bienvenida a la familia, Heidi.

Y salió de la habitación, pero no se llevó con ella mis dudas, mis miedos y, sobre todo, mis incertidumbres.

— ¿Qué quería? — La señora Bertha puso la bandeja sobre la mesa.

— Conocer a mis hijos. ¿Ya llegó Jean?

— Sí, pero no sé dónde está, sólo que el coche está en el garaje. Come algo.

— No tengo hambre, mamá. Voy a... — Miré a la puerta, sin saber qué hacer. — Voy a buscar a Jean.

Salí de la habitación sin más explicaciones y me dirigí a la que nunca había imaginado que volvería a entrar en mi vida.

34

JEAN

Hace treinta minutos llegaron y los llevaron a la habitación donde se quedarían Bertha y mis hijos. Quería, juro que quería, ir con ellos, volver a tener a los bebés en mi regazo, verlos dormir, pero no podía. A pesar de toda la emoción de tener a uno de mis herederos en brazos y abrazar a Ayla con la certeza de que se pondría bien lo antes posible, la idea seguía asustándome.

Eran tan pequeños. Tan frágiles. ¿Cómo podría defenderlos? ¿Cómo podía la gente involucrada en la mafia alegrarse de los niños y los matrimonios cuando sabía que serían su mayor debilidad y su mayor temor para el resto de sus vidas?

Porque temía por ellos. Por todos ellos. Por los bebés, por Bertha, por Heidi... Les temía como nunca imaginé posible en mi vida. Incluso cuando Giullia huyó con Matheus y tuve que esperar a que todos me quitaran los ojos de encima para intentar rescatarlos, no sentí tanto miedo. Era como si estuviera seguro de que nadie estaría tan loco como para intentar matarme a mí o a mi familia.

Sin embargo, me equivoqué. Tanto que Scarlett murió en mi cama. Tanto que se atrevieron a dejar la lencería idéntica junto a Heidi cuando me atreví a salir de la habitación con la certeza de que no pasaría nada. ¿Qué otra cosa pasaría? ¿Cuándo podría mirar a esos niños y ser feliz?

Creía que nunca. Y quizá por eso los hombres de aquella familia se volvieron tan duros, fríos y poco sentimentales. Quizá por eso la tradición era convertirse en alguien capaz de todo, de matar y morir, de perder a quien fuera, sin importar a quién. Lo que importaba era el poder, el control, el negocio familiar.

Pero ya no podía hacerlo. No después de tenerlos en mis brazos.

Después de ver cómo los soldados cumplían las órdenes de Álvaro y desaparecían con el cadáver del hombre que no había cumplido su misión y había permitido que Heidi corriera peligro, me despedí de mi amigo y entré en la casa decidida a ir directa a mi habitación.

De pie frente a la puerta donde estaban mis hijos, no sabía cómo actuar. Me acordé de Heidi y de cómo cambiaba delante de sus hijos, de lo dulce y cariñosa que era, de lo mucho que los quería. Y aunque no lo aceptaba, la comprendía. ¿Cómo podías tener una parte de tu corazón fuera de tu cuerpo y no poder hacer nada por ella? ¿Cómo puedes tener a tu hija en brazos, sabiendo que su cuerpecito lleva una maldición y que poco a poco nos la arrebatará, y no poder hacer nada para cambiar esa realidad?

Heidi recorrió caminos tortuosos, tomó decisiones difíciles y el destino se encargó de que esa broma nos reuniera de nuevo. ¿Cómo sería si no me hubiera encontrado? ¿Si no sospechara de sus intenciones? ¿Si no hubiera hecho la prueba? Ayla no tendría mi ayuda. No sabría que existían.

Respiré hondo, llamé a la puerta y la abrí sin esperar permiso. La habitación, a oscuras, pero con las dos lámparas encendidas, que iluminaban la antesala, sólo indicaba la presencia de Bertha, sentada en el sofá, con la mirada perdida en la ventana, y los catres donde estaban mis

hijos.

— ¿Jean? — dijo ella, algo sorprendida. — Los niños duermen.

— ¿No cambian la noche por el día? — susurré lo poco que entendía de bebés.

— Ya han superado esa etapa. Se despiertan al amanecer para tomar el biberón, pero después se duermen. ¿Quieres verlos? — Se levantó, dispuesta a hacer lo que yo decidiera.

— ¿Y Heidi?

— Dijo que iba a salir a buscarte.

Volví la vista hacia la puerta y me pregunté por un segundo si sería tan estúpida como para salir de casa. Luego me acerqué al catre donde estaba Ayla y la miré dormir.

— Está más tranquila. Apenas se mueve — dijo Bertha. — Pero el médico dijo que no era por su enfermedad, sino por su naturaleza.

Temerosa de despertarlos por el parloteo, pasé al otro catre, donde Lorenzo dormía más inquieto, con espasmos que me hacían estremecer, como si pudiera despertarlo con mi sola presencia.

Luego volví a la antesala y esperé a Bertha. Se unió a mí sin miedo. La mujer había trabajado conmigo durante tantos años que la veía como de la familia y no como una amenaza.

— ¿Se siente cómoda? — quise saber.

— Sí, lo estoy. Gracias.

— Le pedí a Licia que buscara dos chicas para cuidarlas. Así no estarás sobrecargado.

— Te lo agradezco, pero ya los cuidé hasta ahora. Heidi tuvo que trabajar temprano. Ella estaba ansiosa por juntar el dinero y yo me quedé con los bebés.

— Lo entiendo, Bertha. Pero no será necesario sacrificar tanto ahora. Cuando volvamos, lo reorganizaremos.

— Como quieras.

Sí, porque nunca podría impedirme que buscara niñeras para mis hijos cuando su propia hija lo hacía cuando cuidaba al hijo de mi hermano.

Y pensar en ello me hizo sentir insegura de nuevo.

Cada vez aceptaba mejor la idea del matrimonio, de la existencia de aquella familia recién creada, pero con todo lo que podía tener de bueno un Capo, que era: una esposa obediente, un hijo varón y una hija mujer que sirviera para sellar la paz cuando fuera necesario. Y de eso se trataba. Porque me casaría con una mujer incapaz de obedecer, tendría un hijo varón que no quería seguir la tradición y una hija que nunca usaría como moneda de cambio.

En otras palabras, cuando mi padre se enterara, me desheredaría. No es que echara de menos su fortuna. Creé mi propio imperio, pero si no asumía el cargo de Don, nada cambiaría y los niños seguirían con la tradición y toda la mierda que convirtió a Joel en un monstruo, a Giulia en alguien capaz de cualquier cosa con tal de alejarse de nosotros y un montón de mentiras que nunca podrían revelarse.

No, yo tendría que hacerme cargo de ese trabajo, cambiar nuestra forma de actuar y asegurarme de que Lorenzo y Ayla tuvieran una vida mejor que la mía.

Con este pensamiento entré en mi habitación, dispuesto a ducharme y a tener una conversación más seria con Heidi, una que me ayudara a contener a mi padre y a garantizar el futuro de nuestros hijos, pero nada más entrar oí el ruido de la ducha.

Y, maldita sea, imaginar que Heidi era la persona que estaba bajo aquel chorro, recibiendo el agua caliente sobre su fabuloso cuerpo, me excitó de una manera increíble. Todavía no entendía por qué su regreso había cambiado todo en mí. No es que antes no hubiera esa deliciosa atracción. La había, tanto que no me lo pensé dos veces cuando la joven de diecinueve

años se me ofreció.

Sin embargo, era diferente. La Heidi hembra tenía una fascinación, un encanto, una magia que hacía que me dolieran los huesos sólo de imaginar la forma en que lo aprendía todo. Habría dado mi brazo izquierdo por que nunca hubiera pasado por aquello, sin embargo, me encantaba todo en lo que se convertía y hacía que el sexo fuera más delicioso, más adictivo, más...

No. La verdad es que pasé tanto tiempo llorando la pérdida de Giullia y luego culpándome por haber dejado marchar así a Heidi que, tras la muerte de Scarlett, la vi como una ofrenda de paz. Era eso y sólo eso. Casarme con Heidi me garantizaría buen sexo y criar a mis hijos como yo quería. No había sentimientos ni nada de lo contado en las novelas que las niñas leían y soñaban.

Yo era un puto mafioso, que había matado a más gente de la que podía recordar, que se deshizo de su propio hermano y se quedó con su mujer y su hijo. Yo no era el tipo simpático, el bueno de los libros, el hombre que traspasaba todos sus muros y se enamoraba del primer chochito caliente con el que se cruzaba.

Yo era el malo y Heidi tendría que acostumbrarse a ello.

Aun así, recordar nuestros encuentros, nuestras folladas, la forma en que encajaba en ella, cómo se revolcaba, cómo el sonido de sus gemidos me llevaba al cielo... Sí, viviría con ello sin darle importancia.

Decidido, me dirigí a la puerta del baño e intenté abrirla. Estaba cerrada. Quería formar parte de aquel baño y perderme un poco más en aquel cuerpo que me hacía desear volver a casa. Pero, conscientemente o no, me dejó fuera y no pude hacer otra cosa que esperar.

HEIDI

Cuando llegué al dormitorio, Jean no estaba. Encontré en el armario todas las bolsas con la ropa que me había proporcionado para poder visitar a nuestros hijos. En lugar de empaquetarlas como haría cualquier mujer que aceptara su destino, las metí en mi maleta, con bolsas de la compra y todo, y salí de allí a toda prisa.

No encontraba un pensamiento que tuviera sentido. ¿Por qué me asustaba la idea de que Jean hubiera asesinado a su mejor prostituta a pesar de ser su amante? Eso fue lo que hizo con su cuñada y su sobrino. ¿Era así como actuaba con cualquiera que le engañara y se cruzara en su camino?

Eso no es lo que hizo contigo, Heidi. La voz en mi cabeza sonaba fuerte y decidida. ¡Maldita sea! Aún no es lo que ha hecho, sentí ganas de gritar, pero me contuve. ¿Cuántas veces me había amenazado Jean? Me inmovilizó en la cama, luego me obligó a usar su juguetito a cambio de su permiso para visitar a nuestros hijos, fue él quien dijo que no podía poner su apellido a los niños hasta que Ayla estuviera a salvo y todo eso se mezcló en mi cabeza y me dijo que Jean estaba ganando tiempo para matarme y criar a nuestros hijos con la esposa perfecta, la elegida por su padre, la adecuada para su cargo.

Sí, eso es lo que haría. Cuando llegara el momento, Jean se desharía de mí como se deshizo de Giullia cuando se dio cuenta de que no la tendría y como torturó a Scarlett cuando descubrió la existencia de un amante, la traición más pura que existía en el contrato de exclusividad que ella firmó.

¿Y qué era yo? Yo era su ex amante, que desapareció en el mundo con sus hijos en el vientre, que ni siquiera con la enfermedad de Ayla acudió a pedirle ayuda. Yo era su última posible víctima, nada más. Así que cuando oí pasos en el pasillo, corrí al baño y me encerré.

Encendí la ducha, aunque no me metí bajo ella de inmediato. Me senté en el suelo y me dejé pensar, elaborar el mejor plan. Todos me habían visto en aquella casa con los niños, incluso a Lícia le habían contado lo de la paternidad, y luego estaba mi madre. ¿Sería capaz de eliminarla incluso a ella? Podría. Jean era capaz de todo.

El tiempo pasaba y yo no conseguía levantarme del suelo, hasta que el picaporte de la puerta fue forzado. Jean estaba allí y no me permitiría decidir mi destino. En ese mismo momento, me quité toda la ropa y me metí en el agua caliente que hizo que todo el enorme cuarto de baño se llenara de vapor. Me até el pelo, cogí un poco de jabón líquido y me froté el cuerpo con la esponja. Así creería en el baño.

— ¿Heidi? — llamó desde fuera.

Fingí no oír. No me sentía preparada para enfrentarlo, para confrontarlo con lo que Lícia me había revelado o para fingir que no sabía nada. Había en mí un miedo paralizante al mismo tiempo que una fuerza inusitada, una voz que gritaba que no podía creerlo, que conocía a Jean, tanto su lado malo como su lado bueno, que era capaz de cambiar todos sus planes para ayudar a la hija que incluso podía repudiar.

Así que la verdad era que no tenía ni idea de qué hacer. Tal vez por eso seguía restregándome el cuerpo, sin preocuparme realmente de mi limpieza, sino más bien organizando mis pensamientos para lo que sería nuestro próximo enfrentamiento.

Sin embargo, Jean no se rindió. Siguió llamándome, su voz primero calmada, luego angustiada, después temerosa, hasta que me vi obligada a apagar la ducha, envolver mi cuerpo en una bata de gran tamaño y abrir la puerta antes de que él la bajara.

Con el vapor entre nosotros, me miró fijamente como si buscara en mi rostro la razón para no contestarle cuando llamaba. Aparté la mirada, insegura, y crucé los brazos delante del pecho.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó después de lo que me pareció una eternidad.

— Oh, nada. ¿No puedo ducharme en paz?

Jean no se dejó intimidar por mi respuesta, pero dio unos pasos hacia delante, dejándome sin opción de escapar del cuarto de baño.

— ¿No vas a bajar a cenar? — quiso saber, con la mano en la camisa de botones que llevaba como estilo, siempre doblada por la manga para que sus tatuajes fueran siempre visibles.

— No tengo hambre.

— Tienes que comer, Heidi.

Continuó, desvestiéndose, como si esta intimidad entre nosotros fuera normal, a pesar de los recientes acontecimientos. Jean actuaba como si no hubiera pasado ni un día entre nuestras terribles despedidas. Se quitó la ropa con tanta naturalidad, como si yo no fuera una extraña, o al menos una nueva extraña en su vida.

Aparté la mirada, no por vergüenza, sino porque me di cuenta de que mirarle me desconcentraba. Porque me encantaba ese cuerpo bien definido, con los tatuajes armoniosos, con el pecho y el abdomen que dejarían a cualquier mujer pensando cosas inapropiadas. Me encantaba cómo se retraían sus músculos, cómo se movía, cómo parecía ignorarme cuando lo que realmente hacía era buscar mi atención.

Y me encantaba, sobre todo, la forma en que sus caderas sobresalían del resto de su cuerpo, con un recorrido diseñado para hacer que la más pura de las chicas anhelara el pecado.

Y yo no tenía nada de pura.

— Gracias, pero ya he tenido un padre en esta vida, no necesito otro.

— Tuviste un padre imbécil — dijo sin preocuparse de herirme, a pesar de la verdad. —

Pero tendrás un buen marido y un buen padre para tus... nuestros hijos.

— ¿Buen marido?

Habría dicho más, pero bastó que me volviera hacia Jean para rebatir aquella afirmación para que todo en mí se desconcentrara. Estaba demasiado cerca, demasiado felino, dueño de todo en aquel espacio que antes era amplio, pero que con su presencia se volvía asfixiante.

Jean no esperó mi respuesta, abrió mi bata sin encontrar resistencia por mi parte, y había una voz en mi interior que decía "aléjate", pero la que me suplicaba que me acercara dejaba a cualquier otra voz sin palabras.

— ¿Qué estás haciendo? — dije sin reaccionar, incapaz de detenerlo o de encontrar un pensamiento conectado en mi mente.

— Te llevo a la ducha — contestó mientras se inclinaba y me besaba el cuello.

Y, maldita sea, había algo extraño en que Jean se acercara a mí. Porque él era una amenaza, un arma letal, pero cuando besaba mi piel no había nada más delicado, puro y verdadero. Y me ablandé. Sí, me ablandé en sus brazos, que se alzaron para rodear mi cintura desnuda.

— Yo sólo...

Me besó los labios. No con la urgencia que me había embargado antes, sino con la delicadeza de alguien que quería un poco de paz y que quería dar todo lo que pudiera de sí mismo, lo mejor de lo que entendía que era lo mejor entre un hombre y una mujer.

Pero me besó, me envolvió en sus brazos, su dulce lengua llena de poder imponiéndose e instigando la mía, su erección abultándose en mi vientre, sus manos rodeando mi piel, calentándome, embriagándome. Y me fui con él, porque no había nada más que quisiera en ese momento.

Jean me llevó a la ducha sin dejar de besarme. Chorros de agua golpeaban distintas partes de nuestros cuerpos y una canción que yo conocía pero no podía identificar sonaba en algún lugar de aquel baño sin que yo tuviera la menor idea de cómo lo había hecho posible. Incluso la luz adquirió un tono diferente, dándonos intimidad sin ocultarnos.

Me tomó, me alisó, tocó mi cuerpo con tal conocimiento que despertó puntos dormidos durante mucho tiempo. Húmeda, no hubo sobresalto cuando Jean me levantó en brazos contra la pared, mis piernas rodearon sus magníficas caderas y me llenó de esa manera que hacía que todas mis terminaciones nerviosas dirigieran su atención a un solo lugar.

No había prisa, ni falta de control. Era como si conociéramos cada paso, como si la música nos guiara, como si lo que estaba vivo dentro de nosotros se fusionara y armonizara. Y era tan delicioso que no podía parar. Mi cuerpo se movía para recibirle, Jean entraba en mí y salía con empujes seguros y firmes, mientras sus manos exploraban mi piel, todo lo que quedaba expuesto en mí.

Era como si nos fusionáramos, y puedo decir sinceramente que nunca había sido así. Jean sabía follar de todas las formas conocidas. Te seducía, te convencía para que le permitieras volverte del revés. Sabía cuándo follar sin cuidado, cuándo dejar que la locura nos consumiera y cuándo ser suave y cuidadoso. Sin embargo, él nunca fue... eso.

Y nunca quise que terminara.

Me corrí con él tan dentro que parecía haber accionado un interruptor que me hacía convulsionar y gemir ante el placer que estallaba en mi cuerpo. Esperó, observando mi rendición con gusto, besando mis labios y mi cuello sin separarse de mí. Duro, dispuesto a prolongar el juego.

Entonces me hizo poner los pies en el suelo, me dio la vuelta, me agarró del pelo como

pudo y me levantó el culo para que quedara frente a él. Obedecí, de repente dispuesta de nuevo, deseosa de tenerlo así. Apoyé los brazos en la pared, húmeda por los chorros calientes que seguían golpeándonos por todas partes, y entonces volvió a penetrarme.

Mi cuerpo lo acogió como si no acabara de tener un delicioso orgasmo que me ablandaría y me daría una buena noche de sueño. Sin embargo, todo en mí despertó cuando una mano grande apretó mi pecho, tan dentro de mi intimidad que quise gritar, no de dolor, sino porque era tan delicioso que arrancó mis sentimientos más confusos.

Los empujones comenzaron de nuevo, fuertes, seguros, firmes, rítmicos, siguiendo la música como si ésta tuviera la capacidad de guiarnos. Jean entraba y salía de mí, una mano tirándome del pelo hacia atrás, obligándome a sacar aún más el culo, la otra en todas partes, en mi piel, en mi cuerpo, haciéndome seguirle.

— ¡Ah! — gemí en la embestida más fuerte, cuando me agarró por las caderas y gimió con fuerza.

— "Aprieta" — me pidió sin aliento. — Apriétame la polla.

No hubo más explicaciones. En mi primer intento de usar el pompoir con Jean, no pensé que le sorprendería, ya que algo tan ampliamente discutido y difundido entre las mujeres seguramente sería trivial para alguien como el rey de las putas, pero resultó que me equivocaba.

Encantada, succioné a Jean hacia mí, presioné su polla, apreté los anillos intermedios y vi cómo flaqueaba, apoyaba la frente en mi espalda e intentaba regular la respiración. Su mano abandonó mi pelo y ambas uñas se clavaron en mis caderas.

— Otra vez — ordenó.

Saqué el culo, miré detrás de mí buscando su expresión y se la chupé con fuerza. Jean gimió fuerte, pero no cedió. Empujó con más fuerza, tanta que me pregunté cuánto tiempo podría aguantar. Y así estuvimos durante incontables minutos, durante un tiempo que sólo existía dentro de aquel cuarto de baño, para los dos, cuando todo lo de fuera perdía su importancia y desaparecía.

La sensibilidad de mi cuerpo me hacía estremecer con cada nueva embestida, con cada nueva contracción, cada vez que lo sujetaba y lo dejaba escapar, no sin que cada centímetro de mis paredes lo sintiera. Entonces nos corrimos juntos, alucinando, tanto que no puedo decir si gritamos, o si siquiera nos oyeron. Pero puedo decir que Jean estuvo inspirado aquella noche y que aquellos no fueron nuestros únicos orgasmos.

35

HEIDI

Aunque habíamos tenido sexo esa mañana, tranquila y deliciosamente, volví a dormirme poco después. No sin que él me recordara que esa mañana teníamos que volver y que no podía pasarme el día en la cama. Sin embargo, me dormí y no soñé. Fue reparador.

Cuando me desperté, me dolía todo el cuerpo, pero aun así me di una ducha rápida, me sequé el pelo sin demasiado cuidado, elegí un atuendo práctico que además combinaba con mi nuevo personaje y fui directa a la habitación de los niños. Pero no estaban allí.

Bajé a donde se servía el desayuno y me encontré con Jean, más interesado en su Ipad que en lo que tenía a su disposición, Lícia, como si fuera la matriarca de la familia, y en un rincón, mi madre, disgustada de estar allí. Y la comprendí. Por primera vez estaba allí alguien que no tenía que ser tan discreta para que los demás no se dieran cuenta.

Durante años había servido a la casa, asegurándose de que nadie se equivocara en sus pasos y en sus funciones para que todo funcionara. No servía mesas, pero vigilaba, sin molestar a nadie, que el personal hiciera su trabajo. En ese momento, mi madre se avergonzó de estar sentada a la mesa, de ser atendida en lugar de servir.

— "Buenos días" — dije al acercarme, sin poder evitar que se me escapara un largo bostezo y que mi cuerpo dejara claro lo malhumorada que me había dejado la noche.

Jean me dirigió una breve mirada, casi como si no quisiera mirarme, pero pude ver su sonrisa orgullosa mientras se llevaba la taza a los labios y fingía averiguar lo que tuviera que analizar durante el desayuno.

— ¿Dónde están los niños? — pregunté a mi madre, que miró insegura en dirección a Lícia, luego a Jean, para volver a mirarme a mí.

— Están con las niñeras — respondió Lícia con altanería, como si le correspondiera a ella definirlo.

— ¿Niñeras? — pregunté a mi madre, ya que Jean ni siquiera se había detenido a escuchar la conversación.

— Son buenas chicas. Hijas de la casa, como lo eras tú, hija — me dijo la señora Bertha.

— Fueron elegidas por su lealtad — Lícia seguía interrumpiendo.

Por más que comprendiese que mi madre sola no podría cuidar de dos niños, odiaba la idea de que Lícia lo hiciese, porque era como si la historia se repitiese. Un día me eligieron por mi lealtad, tenía que vigilar al heredero de Joel, el niño que un día sería el Don, el que se haría cargo de todo. Pero todos sabían la verdad: Jean utilizaba a Matheus para mantener a Giullia en la casa.

¿Es eso lo que me estaba haciendo a mí?

Y Lícia me utilizó para castigar a la ex mujer de su hermano muerto, el amor de la vida de su hermano menor, por no ser servil, por no ceder y no aceptar su mandato.

Poco después ya estaba en la cama de Jean y tan enamorada que no pensaba en lo que era, la prisión sin rejas que habían creado para Giullia, la tortura sin que tuvieran que ponerle una mano encima. Y yo era su arma. El dolor me humedeció los ojos, pero no me permití llorar.

— Jean — le grité, sin importarme si todos pensaban que era absurdo. Levantó la vista y me miró fijamente.

Y eso me bastó para saber que Jean no interferiría en aquella conversación, que no le importaría que Lícia utilizara a nuevas chicas que seguramente también arrojaría a la cama de su hermano, sólo para mantenerme bajo su control.

— Me gustaría estar informada cuando haya alguna decisión sobre mis hijos — anuncié, rebelde, algo atípico en las mujeres de Kuhn.

Dejó su Ipad sobre la mesa y me miró fijamente.

— Nuestros hijos — respondió secamente. — ¿Y cuál era tu plan? ¿Dejar que tu madre cuidara sola de los niños mientras nosotros arreglábamos las cosas? Las niñeras son necesarias, Heidi. Y Lícia sólo quería...

— Cuando se trata de *nuestros* hijos — enfatiqué "nuestros" para que no lo tomara como un desafío. — Yo tomaré la decisión.

Lícia colocó la taza en el platillo con cierta dureza, como si yo la afrentase.

— Soy su mamá. Soy su futura esposa — dije, tomando a Lícia por sorpresa. — A partir de ahora me ocuparé de todo lo que concierne a nuestra familia. Cuido de mis hijos y mi madre me ayuda.

Jean lo intentó, pero me dedicó la más mínima de las sonrisas mientras apartaba la mirada y volvía a centrar su atención en el iPad que había cogido de la mesa y en la taza de café.

— Lo siento, Heidi — dijo Lícia con su falsa amabilidad. — Comprendo tu postura, pero llevas tantos años trabajando en esta casa que deberías saber cómo funciona. La mujer de un capo debe...

— No me digas lo que debo o no debo hacer — dije, agotada. — ¡Yo no soy Giullia!

Y tal vez ese fue mi error. Jean volvió a dejar el Ipad sobre la mesa, esta vez con más fuerza. Hizo lo mismo con la taza antes de levantarse con los ojos fijos en mí. Y lo que vi en ellos me heló la sangre.

— Las niñeras se quedan. Tienes mucho en lo que ocuparte durante los próximos días. — Ahora siéntate y come. Volveremos a la isla en una hora.

Y salió de la habitación. Lícia me dedicó una sonrisa de victoria que intentó disimular como si quisiera mostrarme su solidaridad, pero era tal como ella decía, había vivido en aquella casa durante muchos años, sabía cómo funcionaba ser la esposa de un capo, especialmente de uno de la familia Kuhn.

Así que obedecí, no porque él me lo dijera, sino porque sabía que toda victoria exigía una retribución y si eso era lo que Jean esperaba de mí, así sería. Pero él no había contado con mis planes. No me sometería con sexo, no me mantendría prisionera en aquella familia, no me sometería a Lícia y no viviría con un hombre capaz de matar a sus amantes.

Así que aquella mañana, cuando me desperté, sólo tenía una certeza: tenía que alejarme de Jean Kuhn.

Jean mantuvo las distancias durante todo el trayecto hasta la isla. Con su peluca negra y sus gafas de sol, nadie se extrañó de nuestra llegada concertada de antemano. En la entrada exclusiva para las actividades ilícitas de la que parecía ser la mayor y mejor empresa de mi futuro marido, me esperaba Flávia y, tras mis pasos, el soldado contratado para mi seguridad.

Hice mi papel, pero no pude evitar sentir en mis entrañas que la historia se repetía, y a cada segundo. Lo sentía por Giullia, por lo que le había hecho por celos, por querer lo que ella tenía y despreciarlo, sin darme cuenta del horror que había detrás.

Estaba prisionero, como lo estaba el gran amor de su vida. ¿Cómo me las arreglaría?

¿Cómo escaparía de Jean con mis hijos? La idea me parecía cada vez más ridícula e imposible. Sobre todo cuando recordaba la despedida. La forma en que llevaba a cada uno de nuestros hijos, con tanto cuidado como si pudiera partirlos por la mitad si empleaba un poco más de fuerza.

Por mucho que intenté olvidar, anular esa sensación, no pude evitar recordar cómo miraba a Lorenzo con asombro. La sonrisita que se permitió mostrar cuando vio que mi hijo movía las manos como si quisiera tocarlo. ¿Y con Ayla? Se me hizo un nudo en la garganta. La cargó, la miró con la misma devoción que le había dedicado a Lorenzo, pero antes de devolvérsela a la chica que ayudaría a mi madre con sus cuidados, susurró algo al oído de mi hija.

Y así partimos hacia la que sería mi última actuación, mi última noche como Scarlett. No tenía ni idea de lo que pasaría después. ¿Qué posibilidades tenía? ¿Era prudente arriesgar tanto y acabar como Giulia, muerta por intentar salvar a su propio hijo? ¿O debía soportar una vida de sumisión y castigo, con Licia dictando mis pasos, con mis hijos alejados de mí cada vez que no seguía una norma?

Sinceramente, no podía decidir qué destino sería peor.

— ¿Cómo estás, Jade? — preguntó Flavia cortésmente mientras indicaba a dos criados que subieran mi maleta, con las cosas nuevas que Jean me había comprado, a la habitación que ocuparía.

— Cansada — dije, insegura de cuál sería la mejor respuesta.

Luego me callé. Podía haberle preguntado cómo estaba, cómo había sido la noche anterior sin la presencia de Scarlett o cualquier otra cosa que hubiera podido establecer un hilo de amistad entre nosotras, pero había una tormenta en mi interior que me silenciaba y se desataba en busca de respuestas.

— He reservado tu ensayo para media tarde — dijo. — Y tres trajes han sido ordenados para que puedas elegir el adecuado.

— Gracias, gracias.

Me dejó en la habitación, con Jean de pie delante de la puerta, esperándome. Flavia se marchó y los guardias de seguridad se alejaron todo lo posible, lo cual era tan extraño que me alarmó.

— Álvaro instaló esta nueva cerradura — dijo sin mirarme. — Hizo lo mismo en mi habitación.

— ¿Por qué lo hizo?

— Por tu seguridad.

Estuve de acuerdo. Sabía que había cierta tensión por garantizar la seguridad de la mujer del capo, así como de sus herederos.

— Se abre con la contraseña que estableceremos ahora y con tu huella dactilar y la mía.

— ¿Tendrás libre acceso a mi habitación?

— No pasarás una noche en ella, Heidi, y mientras estés ahí, necesito asegurarme de que puedo entrar.

— Está bien.

Jean estaba de muy mal humor, lo que me impidió generar conflictos innecesarios. Todavía le necesitaba para conseguir la medicina de Ayla, así que no tenía sentido empezar ese lío antes de tiempo.

— Presta atención. Anota los números, no los escribas en ningún sitio — advirtió, comprobando la ubicación antes de colocarse frente a la puerta, protegiendo la nueva cerradura de miradas indiscretas.

Le observé teclear cuatro números, sin secuencia, nada que me recordara a nada para facilitar su memorización.

— Ahora mete el pulgar — ordenó.

Hice lo que me pedía y al cabo de unos segundos una luz verde, seguida de un pitido, me indicó que el proceso se había realizado con éxito. Entonces él hizo lo mismo. Introdujo su contraseña y puso su huella dactilar. Esperamos a que la luz y el pitido lo confirmaran antes de que abriera la puerta y me dejara pasar.

— Dos soldados estarán fuera. La única persona que puede entrar es Flavia. Ella te traerá la comida y todo lo que necesites. Cuando llegue el momento, te recogerá para el ensayo y luego para la representación.

Frustrado, acepté. Me dio el visto bueno, dijo a los soldados que metieran mi maleta dentro, esperó a que se marcharan y, sin más explicaciones, cerró la puerta.

Solo, cansado, con un millón de pensamientos confusos que no me daban paz, me tumbé en la cama y me quedé mirando el techo. Y así pasó el tiempo hasta que llamaron a la puerta.

— Señorita Scarlett — llamó uno de los hombres desde fuera. — La señorita Flavia le ha traído el almuerzo.

No tenía hambre, pero sabía que tenía que comer o en algún momento mi cuerpo no podría soportarlo. Así que abrí la puerta y Flavia entró con una bandeja, que puso sobre la mesa. La puerta se cerró y ella recorrió la habitación con atención, una mirada triste, un suspiro que me alertó.

— Debe de ser difícil estar aquí después de todo lo que ha pasado — comenté, segura de que si utilizaba las palabras adecuadas obtendría la información que necesitaba.

Flavia suspiró, se acercó a la mesa y abrió la tapa de la bandeja para mostrarme el ligero y nutritivo almuerzo.

— ¿Y qué ha pasado? — indagó, con toda su atención en la mesa, en la organización de todo lo que componía mi almuerzo.

— Licia me lo contó — fui directo al grano. — Me dijo que Scarlett fue asesinada en la habitación del señor Kuhn y que la muerte sigue siendo un misterio hasta el día de hoy. Como usted es la responsable de las chicas y Scarlett trabaja aquí desde hace tiempo, pensé que podrían ser amigas.

— Sí, lo éramos — dijo mientras se alejaba. — El señor Kuhn me ha encargado que me haga cargo de todas las actividades que le conciernen por hoy.

— Imagino que debe de ser frustrante para ti, con tantas otras chicas de las que ocuparte.

Me dedicó una sonrisa amable. Para nada como si estuviera ansiosa por hablar, pero menos tensa.

— Es una noche especial. Tu última presentación — me indicó el plato para empezar a comer. — No sé qué ha cambiado, ya que tu contrato estipula tres presentaciones, pero... ¿quién puede discutir con el Capo?

La frase sonó como una amenaza en mi interior.

— Siéntate un rato, Flavia — le pedí en mi mejor forma dulce y necesitada. — Paso tanto tiempo encerrada en esta habitación, sola... Me pregunto qué habrá pasado y... — me estremecí. — No puedo ni imaginarme la escena.

La mujer acercó una silla, se sentó y sacó un cigarrillo electrónico del bolsillo trasero.

— No huele — explicó como si tuviera que disculparse. — Intento dejarlo.

— No hay problema. — Ensarté unas vainas y me las metí en la boca. — Hoy pareces diferente. Más triste. Perdona si me entrometo en un tema del que no quieres hablar, es que

aunque siempre estás serio, nunca te había visto tan... nostálgico. Supongo que esa es la palabra correcta.

— Sí, tal vez esa sea la palabra adecuada. — Dio una calada a su cigarrillo mentiroso y después de un rato soltó el humo. — Es tu última noche como Scarlett, la última noche que veremos un espectáculo como el que ella montó y... — La mujer volvió a mirar alrededor de la sala, como si de eso se tratara. — Cambiarán todo el ambiente. La ropa será donada, las joyas... Creo que se las quedará la familia Kuhn. Y pronto otra chica se hará cargo de esta habitación y la organizará según sus deseos. Así que... es otro adiós.

— Comprendo. ¿Puedo confesarle algo? — aceptó, más concentrada en su cigarrillo electrónico y en lo que yo tenía que decirle. — Encontré el diario. — Y eso dirigió toda su atención hacia mí. Flavia me miró con los ojos muy abiertos.

— ¿El diario de Scarlett?

— Sí. Era...

— En el cajón con el fondo falso. Sí, lo sabía. No está. ¿Qué ha hecho?

— Je... El señor Kuhn lo descubrió y se lo llevó.

Respiró agitadamente, un poco pálida, y traté de encontrar alguna parte de aquella retahíla de palabras apasionadas y llenas de planes que me dijera algo sobre Flavia, pero no había nada, ni siquiera su nombre, lo cual era extraño puesto que eran amigas.

— Creo que por eso el señor Kuhn canceló la última función. Después del episodio de la lencería, ya sabe... para mantenerme a salvo — comenté, segura de que mi confesión la haría hablar.

— ¿Tiene miedo de que te pase lo que le pasó a Scarlett?

— Puede que sí.

Fingí interesarme por la comida, pero antes de poder saborear el pescado rosado bellamente presentado en mi plato, me sorprendió la risa irónica de Flavia.

— Así que Jean sabe que Scarlett amaba a otro — dijo, sin darse cuenta de que había abandonado la formalidad con que siempre trataba a su jefe. — Sabe que su exclusiva le engañaba.

Flavia se mordió los labios y sacudió la cabeza como si por fin algo le cuadrara.

— Ahora tiene sentido — dijo por fin.

— ¿Qué sentido tiene?

— Él sabía que ella planeaba irse de la isla, que quería vivir con otro — continuó, como si yo ya no estuviera allí. — Y siendo Scarlett exclusiva, rompió un contrato. Así que debería ser expulsada, pero como amante de Capo...

— Yo... no entiendo.

Me temblaban las manos, así que tuve que ocuparme de la servilleta. ¿Confirmaría Flavia lo que Licia me había dicho? ¿Era Jean realmente el asesino de Scarlett?

— Jean se hizo un nombre entre las chicas. Siempre fue amable y generoso. No maltrata a las mujeres — soltó, pero volvió a reírse al pronunciar la última frase. — Se ha convertido en el rey de las putas.

— Así que eso justifica el cuidado que tuvo conmigo.

— No, muchacha. Scarlett fue asesinada en su dormitorio, en su cama, de un modo horrible e... incalificable.

— Lo sé. Licia me lo dijo — desvié la mirada, renunciando por completo a la comida. — Dijo que el Sr. Kuhn salió de la habitación en algún momento.

— Así es como se crean las leyendas — ironizó. — Salió de la habitación, se fue en la

barca, nadie sabe a qué hora volvió, sólo que estaba demasiado borracho para acordarse de lo que hizo.

— ¿Y qué hizo? — pregunté en voz baja, como si no quisiera volver a oír aquella historia.

— ¿Conoces la historia de Jean Kuhn? — me dedicó una amplia sonrisa, pero no alegría, sino tristeza y pena. — ¿Sabes cómo se convirtió en el Capo? — Asentí sin decir nada, un bulto incómodo bloqueaba mis palabras. — ¿Sabes que mandó matar a su cuñada, su ex amante, y al hijo de ésta, de seis años, cuando ella intentó huir?

De repente, la habitación se hizo pequeña y sofocante. Sabía que estaba allí. Fui el primero en darme cuenta de lo que iba a hacer. Intenté detenerla, no por miedo a que pasara algo, sino para complacer a Jean. También fui responsable de aquellas muertes, pero ni Flavia ni nadie lo sabía. Matheus escapó de mis manos y encontró la muerte en el mar de Florianópolis. Nunca olvidaría eso.

— A Jean Kuhn le gusta ocuparse de las mujeres siempre que estén dispuestas a obedecer. Porque, en el fondo, es cruel, vengativo. Todos aquí saben de lo que es capaz. Su frialdad a la hora de torturar a alguien, la técnica que utiliza para que la persona sienta el máximo dolor durante el máximo tiempo, hasta que le dé lo que quiere o renuncie a la vida.

— Pero... — Estaba sin aliento, confuso y lleno de sentimientos que me mareaban. — ¿Nadie intentó averiguarlo? ¿Y las cámaras? ¿Y los soldados?

— Todo convenientemente borrado — señaló con una mirada llena de dolor. — Ahora te lo digo yo, chica. Te ha convertido en su amante para siempre. Elige bien o tu destino será el mismo que el de todas las demás, un entierro en el fondo del mar.

Entonces Flavia se levantó a toda prisa, como si no quisiera permanecer ni un segundo más en aquella habitación ni en aquella conversación. Abrió la puerta y se fue. Pero yo me quedé, con sus palabras resonando en las paredes y el miedo que me hacía temblar el cuerpo y me helaba hasta los huesos.

— ¿Qué estás haciendo? — susurró Álvaro mientras se acercaba a mí.

Miré la imagen de la cámara de seguridad del pasillo de la habitación en la que Heidi se había encerrado desde que llegamos y me aseguré de que estaba bien. Sólo había una cámara dentro de su habitación, que no la expondría de ninguna manera, pero que captaría a cualquiera que entrara. Álvaro hizo lo mismo en mi habitación y sólo yo tuve acceso a las imágenes, que en ese momento estaba viendo en mi teléfono móvil.

Fuera de la habitación, Fabio montaba guardia y yo sabía que Ernandes, mi soldado raso, no estaría lejos de mí. El hombre alto con entrenamiento especial en guerra y grandes escapadas era mi esperanza para mantener a Heidi a salvo aquella última noche.

— ¿Nadie más tiene la contraseña? — pregunté por millonésima vez. Álvaro soltó una risita molesta, pero no me miró.

Mi amigo y jefe, vestido con la misma elegancia que los hombres que pasaron por el salón principal aquella noche, entre ellos el gobernador de São Paulo, que por fin había conseguido de mí su preciada petición, a cambio de la cual me pondría por delante de toda América Latina en materia de armamento.

No es que el estado de São Paulo pudiera suministrarme esos productos, pero facilitaba la entrada y el tránsito cuando el gobierno hacía la vista gorda y mojaba las manos de la gente adecuada. Aquella noche recibimos un valioso cargamento y mis soldados, los hombres en los que habíamos confiado, tenían en sus manos las armas más letales. Si alguien intentaba acercarse a mí, a Heidi o a nuestros hijos, sería abatido con facilidad.

— Vosotros dos elegisteis juntos las contraseñas — explicó en voz baja. — Ni siquiera yo sé la contraseña de tu habitación ni la de la suya, Jean. Relájate. Scarlett hará su presentación habitual y luego anunciarás que se retira. Y ya está. Sigue adelante.

— ¿Y Flavia? — pregunté aún más tranquilo. — Me preguntó por qué había instalado cerraduras con contraseña en una de las habitaciones de las chicas cuando las demás no recibirían el mismo trato.

— Por supuesto. Ella cuida de las chicas y garantiza la paz entre ellas. No es ninguna novedad que la chica elegida para ocupar el lugar de Scarlett se ha convertido en su favorita.

— Asegúrate de vigilar todos sus movimientos. Sobre todo cuando Heidi esté actuando — le ordené.

— Sé cómo hacer mi trabajo.

Álvaro no se apartó, pero dio un sorbo al refresco con hielo que tomaba aquella tarde, para que nada le hiciera perder la concentración. De vez en cuando echaba un vistazo a los hombres bien situados, aunque poco llamativos, y también vigilaba con el móvil los movimientos en los alrededores del castillo o en la playa.

— ¡Jean!

Edgard, uno de los mayores hombres de negocios del planeta, conocido por su genialidad y que presumía de figurar en la lista de los cinco hombres más ricos del mundo, se acercó a mí

con esa naturalidad que nunca le faltaba. Hacía poco que se había hecho socio, después del asesinato de Scarlett, así que había venido aquella noche para conocer a la chica de la que todo el mundo hablaba, aunque ella desfilaba con una preciosa oriental que le satisfaría igual... no, ninguna de aquellas chicas era como Heidi. Nunca serían como ella en la cama, me di cuenta en cuanto algo en el estómago me molestó.

— ¿Cómo estás, Edgard? ¿Has venido a repartir honestamente parte de tu fortuna entre las chicas de la isla? — rió, divertido. Nunca se aburría ni demostraba ser otra cosa que eso.

Sin embargo, aunque no tenía nada que utilizar contra él para que me bloqueara la afiliación, fue de él de quien obtuve uno de nuestros productos más rentables. Por suerte o por desgracia, en otra de sus aventuras financieras, Edgard descubrió en una de las minas que compró para jugar a la excavadora, el elemento que daba a los medicamentos actuales su mayor potencia. Fue casi como encontrar oro y gasolina al mismo tiempo.

Sin embargo, Edgard no quería problemas, nunca se había dedicado a otra cosa que a asustar al mundo con sus inversiones en inventos, así que con el contacto adecuado — el vicepresidente de los Estados Unidos — con el regalo ideal — los diamantes que necesitaba sacar de mi colección — y el trato estaba hecho. A todos los efectos, la mina pertenecía a un grupo de empresas que buscaban explotar aquella parte del país, tan desierta que nadie se arriesgaría a hacerlo.

En otras palabras, la mina era mía. Sin embargo, ni siquiera se lo hice saber a mi padre. Y al primer vistazo de su potencial, tuve todo lo que necesitaba para que mi trato con Heidi funcionara. Una inmensa fortuna construida sobre el dolor de muchos. ¿Pero para hacer qué? Yo no era Dios. Yo no era el Diablo. No hice las drogas y no las ofrecí, sólo... negocié.

— He venido a ver el espectáculo de la chica que baila en el cielo — comentó con una sonrisa amable. — Y he oído que es tan preciosa que lleva meses siendo tu exclusiva.

— La gente habla demasiado — refunfuñé.

— Y también... — se acercó, confiado. — Me he enterado de que la chica ya no formará parte de tu grupo de bellas mujeres.

Me estremecí. Sólo Álvaro, Lícia y Flávia lo sabían, del mismo modo que sólo mi mejor amiga y yo sabíamos que nos íbamos a Italia aquella mañana. Y si esa información llegaba a oídos del miembro más nuevo de la isla, uno de ellos era el traidor. *Que sea Flavia*, pedí mentalmente. No podía soportar perder a mi subjefa o ponerme en contra de mi hermana.

— Ella lo decidió así. Ya sabes cómo funciona esto. Nadie está aquí contra su voluntad. Tenemos las mejores chicas del mercado porque les ofrecemos lo mejor, pero todas son libres. Scarlett ha hecho su parte, ha ganado lo suficiente para rehacer su vida en otro lugar. Donde pueda descansar en paz — murmuré esa última parte.

No podía concentrarme. Álvaro velaba por nuestra seguridad, Lícia estaba en nuestra casa, lejos, y Flávia, en algún lugar lejos de mis ojos. Me estremecí y volví a mirar la cámara del móvil.

— Es una lástima. Pero tienes razón. Me encanta la libertad y me encanta este amor libre — Edgard dio un beso entusiasmado en la mano de la chica que lo acompañaba y ella hizo bien su parte, sonriendo y mostrando timidez. — Perdona, amigo mío.

— Disfruta de la velada, Edgard.

Miré el móvil y vi cuando Heidi, con la peluca negra y el traje que más le gustaba a Scarlett para sus actuaciones especiales, salía de la sala acompañada de Flavia, seguida de cerca por Fabio y otros dos soldados, lo que me tranquilizó.

Mientras seguía cada uno de sus pasos, previsiblemente por el camino que llevaría a

Heidi hasta lo alto de la escalera, donde descendería por el arco envuelta en la tela, como una gran estrella, no pude evitar admirarla, a pesar de que iba disfrazada de Scarlett, lo que debería haberme aterrorizado. Pero Heidi estaba preciosa en aquella malla que parecía ser su cuerpo desnudo con una fina capa de oro. Brillaba sin exageración, con discretos diseños que insinuaban sus curvas y las partes que debían cubrirse para despertar el deseo de los hombres.

Llevaba una máscara azul cian y mi piedra al cuello. Después de aquella noche, ya no necesitaría llevarlo, pero me encantaría que lo hiciera para mí, sólo para mí, en nuestros momentos juntos. Entonces me di cuenta de que pronto sería mi esposa, que dormiría en mi cama y calentaría mis noches.

Y nunca lo había deseado tanto.

La idea, la sensación, me asustaron. Aparté la vista del móvil y centré mi atención en el lugar donde aparecería ella. Todavía confuso, incapaz de entender por qué me sentía bien pensando en nosotros dos atados a un matrimonio para el resto de nuestras vidas, apenas me di cuenta cuando cambiaron las luces y empezó la música, la música que Heidi había elegido para aquella última actuación.

Y puedo decirte que, aunque conocía aquel cuerpo como nadie, aunque sabía que era mío y que lo sería durante muchas noches, me molestaba la forma en que aquellos hombres miraban asombrados a la mujer que sería mi esposa dentro de unos días. Me ponía enfermo pensar en todo lo que querían hacer con ella y en la forma en que se comportaban al insistir en que los aceptara, a pesar de que era sólo mía.

Me mantuve firme durante toda la actuación, que, confieso, eclipsó todo lo demás que la rodeaba. Durante unos segundos, también me dejé seducir, hechizar y desear por aquella mujer, hasta que me di cuenta de que el sentimiento era el mismo que el de todos los demás y me obligó a esperar el final de la representación, a pesar de que yo quería terminarla antes de tiempo.

Hasta que, siguiendo la suavidad de la música, Heidi le puso un cierre espectacular. Todo el mundo se puso en pie y aplaudió. Duró más de lo que yo podía soportar. Así que esta vez rompí el protocolo. No esperé a que se acercara a mí, me levanté de mi asiento y me acerqué a ella, lo que provocó el murmullo de todos.

Heidi no entendía lo que había hecho, pero no dijo nada. Al acercarme, le cogí la mano y me la llevé a los labios.

— Has estado maravillosa — susurré. Parpadeó varias veces, confusa, insegura. — Acabemos con esto de una vez.

Levanté el cuerpo y, sujetando a mi compañera por la cintura, alcé la voz para que me oyeran todos.

— Amigos míos, ésta es una noche especial. Evitamos comentarlo de antemano porque no queríamos alboroto, pero de alguna manera siempre te enteras de lo que pasa en este castillo.

Se rieron y yo fingí hacer lo mismo, porque era una terrible mentira. Ninguno de ellos sabía que la chica que tenía en mis brazos no era Scarlett y no tenían ni idea de cómo la habían matado.

— Scarlett se despide de nosotros esta noche — anuncié.

Algunos, cogidos por sorpresa, murmuraron y tuve que esperar a que dejaran de hablar para continuar el discurso y sacarla de allí cuanto antes.

— Como ya os he dicho a algunos, todas las chicas de esta sala son libres. Y como tiene ese derecho, Scarlett ha expresado su deseo de acabar con este ciclo y...

— ¿Por qué razón? — quiso saber uno de los miembros.

— Perdona que sea tan atrevido, Jean, pero ¿Scarlett se va de esta isla comprometida con

alguien? Ya sabes... ¿ha encontrado a alguien dispuesto a mantenerla de una forma... digamos... más lujosa? — preguntó otro miembro.

— No. Scarlett quiere volver a empezar la vida de otra manera — dije, furioso por dentro, con los dedos casi enredados en la cintura de Heidi, como si quisiera llevármela, pero por fuera con una sonrisa cordial. — Así que esta noche nos despedimos de ella.

— Pero esa última noche, ¿seguirá siendo sólo tuya? — preguntó alguien desde el fondo de la sala.

— Eso es lo que ella quiere — confirmé, casi sin paciencia.

Miré a Álvaro, que me hizo una señal para que diera por terminada la velada y abandonara la sala.

— Así que...

Estaba a punto de sacar a Heidi del escenario cuando un excéntrico millonario que vivía en el Este habló en inglés.

— Durante meses Scarlett fue su exclusiva, Sr. Kuhn. Y durante meses frecuentamos su isla con la esperanza de que un día ella aceptara otra. Como ésta es la última noche de Scarlett, ¿por qué no la libera para que al menos uno de nosotros pueda ver realizado ese sueño?

— Ella no... — empecé a replicar, estallando de ira, cuando otro miembro continuó lo que el imbécil estaba sugiriendo.

— Podría elegir a uno de nosotros o, si no es demasiado agresivo para la bella mujer, subastar su última noche. Así, Scarlett cierra su participación por todo lo alto, con un valor que representa lo que fue para cada uno de nosotros y con uno de los miembros teniendo la suerte de disfrutar de ese último momento a su lado.

— ¿Una subasta? — dije en voz alta, ofendida, en portugués. En el mismo momento Heidi se tensó. — No hago subastas con ninguna chica de esta isla. Eso es...

— Acepto — dijo Heidi alto y claro, cogiendo a todos por sorpresa.

Entonces, sin que yo pudiera predecir lo que haría, Heidi sacó mi piedra y me la tendió.

— Con el derecho a mi libertad tan defendido por el señor Kuhn, acepto que subasten mi última noche.

Sujeté mi piedra con mano temblorosa. Quería estrangularla allí mismo, delante de todos, pero no pude. Ni siquiera pude mostrar mi disgusto. Ni siquiera podía mostrar mi disgusto. Sin embargo, aproveché el murmullo y el alboroto del pasillo para estrecharla entre mis brazos.

— ¿Estás loca? — le gruñí al oído.

— ¿Cuánto pagarían por mí? Quiero decir, ¿por Scarlett? — continuó ella.

— Nada. Ninguno de ellos pasará la noche contigo — determiné.

— ¿Seis millones? ¿Algún caballero de esta sala me ofrecería el valor de mi libertad?

Y entonces me di cuenta y deseé más que nunca matarla, pero Álvaro se acercó, Flávia pidió calma a todos y pronto volvería con lo acordado para la subasta y mi amiga nos condujo fuera antes de que yo enloqueciera delante de todos.

37

HEIDI

— ¡Estás loco! — gritó Jean en cuanto se cerró la puerta del despacho. Ni siquiera permitió que Álvaro o Flavia entraran con nosotros.

— No — respondí con calma, segura de que no podría hacer nada contra mí una vez que hubiera anunciado la subasta. — Como usted ha dicho, soy libre, o Scarlett lo era. Puedo tomar esta decisión y luego abandonar esta isla.

— No, no puedes.

— Sí que puedo.

— ¡No eres una puta de mierda!

Jean estalló, tan alterado que me pregunté si no habría sido impulsivo y había aprovechado la oportunidad equivocada. Si, de algún modo, no conseguía la cantidad deseada, Ayla se quedaría sin medicación o él me mataría al segundo siguiente.

— Soy lo que me da la gana — gruñí, mirándolo fijamente como si realmente tuviera esa capacidad. — Y no voy a ser una puta de mierda metida en una casa, dirigida por tu sádica hermana, con mis hijos arrebatados cada vez que a ella le parece gracioso o tú te enfadas.

— Te has vuelto loca — dijo como una fiera, avanzando hacia mí y agarrándome por la mandíbula, obligándome a bajar la mirada y no desafiarle, pero la mierda ya estaba hecha. — Iba a casarme contigo, a dejar que criaras a nuestros hijos y ahora piensas, ¿de verdad crees que voy a dejar que otra se acueste contigo? ¿Que la madre de mis hijos se convierta en prostituta?

— Son mis hijos. Flavia ofrecerá el mínimo de cuatro millones. Esos hombres tienen dinero y...

— Voy a pagar por el tratamiento de mi hija — me gritó en la cara. — Ellos no. Ninguno de ellos.

— Porque no quiero deberte nada. Ni favores, ni obligaciones. ¡Nada! — grité.

— Te mataré antes de eso — amenazó. — Te mataré, Heidi. Me llevaré a mis hijos.

Me reí, a pesar del miedo absurdo que me revolvía el estómago.

— No lo dudo. ¿No fue eso lo que le hiciste a Giullia? ¿Y no fuiste tú el último que estuvo con Scarlett antes de que la mataran de un modo incalificable?

— ¿Qué... quién te dijo eso?

— ¿Acaso importa?

— ¿Quién coño lo hizo?

— ¿Mataste a Scarlett?

— No necesito responder a eso.

Pero la forma en que habló, el tono que utilizó en su declaración, contenía más dolor que ira.

— No tienes por qué hacerlo. Un Kuhn no tiene que responder ante nadie. A un Capo no se le desafía.

— No eres más que una idiota. Una idiota que mete la pata cuando lo tiene todo.

— Puedo ser una tonta, pero no pasaré mi vida subyugada a ti.

— No. ¿Quieres la subasta? Haremos la subasta. Sácales todo el dinero que puedas a esos hombres, Heidi. Lo necesitarás. Porque me llevaré a mis hijos y no volverás a ponerles los ojos

encima.

— No — dije, tratando de mantener la compostura. — Son mis hijos.

— Son unos hijos de puta. ¿No es gracioso?

— ¡No, Jean!

Pero no me hizo caso. Jean fue a la puerta y la abrió; tanto Álvaro como Flávia esperaban, asustados.

— Está lista — le dijo a Flavia. — La puja mínima es de cuatro millones. Haz que consiga seis. El resto ya sabes cómo funciona.

— ¿Jean? — Le llamé, desesperada, pero siguió ignorándome.

— Álvaro, ven conmigo.

Y se fue a toda prisa, sin mirar atrás, sin importarle mi desesperación. Y sólo entonces me di cuenta de la tontería que había cometido.

JEAN

No necesitaba mostrar mi satisfacción a los hombres de aquella sala, ansiosos por poner sus manos sobre Heidi. Había demasiada rabia en mí como para pensar en ponerme en personaje y complacer a los socios. Porque me ahogaba en mi interior, en todas las emociones, la culpa y el dolor que me obligaban, en cierto modo, a dar algo de crédito a la insensata que prefería prostituirse antes que aceptar mi ayuda.

Mi ayuda.

¿En qué coño estaba pensando? No era mi ayuda, ¡era mi puto deber! Ayla era mi hija y yo no sólo iba a poner mi granito de arena, quería poner mi granito de arena, pero Heidi no lo entendía, no lo aceptaba y yo tenía mucha culpa de eso. Mucha. Porque ella conocía la misma versión que la mayoría de la gente. La Jean fría, capaz de todo, asesina, cruel. La Jean que mató a su cuñada y a su sobrino y ahora, para destruir su confianza de una vez por todas, la Jean que asesinó a su amante.

Y yo sabía todo esto, a pesar del odio que me ahogaba. Comprendí que me tenía miedo y que no se lo ponía fácil cuando intentaba someterla con amenazas. Comprendí que Heidi se enteró de la historia de la peor manera posible, y que no quise defenderme simplemente por mi fuerza y mi posición. Un capo no se justifica y si lo hace, se debilita.

No podía debilitarme, sobre todo porque ya no era sólo yo y mi culpa. Debilitarme me hundiría y se llevaría consigo a mis hijos, a la propia Heidi, a todos los que dependían de mí.

— ¿Jean? — Álvaro habló mientras me entregaba otro vaso de whisky. — Podemos arreglar el desenlace.

— ¿Qué dices?

— Puedo hacer la oferta más alta, poner fin a la subasta y a las tonterías de Heidi. Los socios estarán satisfechos y tú...

— Olvídalo — repliqué furiosa, sentándome de nuevo en mi sillón, tan molesta que nadie se atrevió a ponerse a mi lado, con la clara excepción de mi mejor amiga y subjefa. — Heidi tiene razón, tiene derecho a ello.

— No hablas en serio, amigo — gruñó, sin alertar a los demás asistentes al salón. — Jean, te conozco. Sé que esto se va a ir a la mierda.

— ¿Por qué? ¿Crees que soy un loco que mata a sus amantes?

— Heidi no es tu amante — dijo con calma. — Es la madre de tus hijos.

— Hasta esta noche.

— ¡Maldita sea, Jean! Sabes que no...

— Buenas noches — dijo Flavia después de que la orquesta se detuviera sin que esperáramos a que empezara. — Pido disculpas por el retraso, pero es la primera vez que subastamos una noche con una de nuestras chicas, así que... tenía que ultimar los detalles y el contrato.

— Hagan sus apuestas — murmuré, cabreado, lleno de odio, seguro de que nadie me oiría.

— Todos sabéis lo valiosa que es nuestra Scarlett — continuó Flavia. — Y por eso, y también porque creemos en vuestra generosidad — bromeó. — Empezaremos con una puja de cuatro millones de reales. Es un precio justo para inaugurar esta velada histórica. — Dijo después de que un murmullo de asombro llenara la sala.

Confieso que por un segundo mi alma celebró aquella reacción. Habría sido estupendo que Heidi supiera que no le iba a salir a cuenta, pero sólo me engañaba a mí mismo. Los hombres que frecuentaban "La Isla", además de tener el poder financiero para hacerlo, tenían la "excentricidad" necesaria para aceptar la puja alta como un desafío.

Flavia ni siquiera tuvo que preguntar quién haría la primera puja y uno de los miembros levantó la mano, comenzando lo que sería mi perdición.

— Así que tenemos la primera puja — animó Flavia. — ¿Alguien más?

— Cuatro millones trescientos mil — ofreció otro miembro.

— Cuatro millones quinientos mil — oí otra puja, que me estremeció. Sucedió muy deprisa, sin que tuviera ocasión de prepararme.

Las pujas subieron y cuando llegaron a cinco millones doscientos cincuenta mil, quedaban dos hombres en liza.

A pesar del ambiente climatizado, mis manos sudorosas indicaban mi límite. La falta de corbata no aliviaba la presión sobre mi cuello. Me mantuve al margen de la puja, me negué a participar y sabía la verdadera razón. Cualquier movimiento por mi parte desencadenaría una disputa y haría que la velada acabara en desastre. Si es que había mayor desastre que saber que Heidi pronto estaría en manos de otro, y por dinero.

— "Seis millones" — dijo Edgard, rompiendo el poco a poco que los dos miembros iban añadiendo a sus ofertas.

— "Seis millones" — dijo Flavia con cierto asombro. — ¿Alguien más?

Los tres segundos de silencio hicieron que mi cuerpo temblara, mi ira aumentara y se me escapara el control. Sin embargo, antes de que pudiera actuar, pujar más alto y entrar en la locura o poner fin a esta mierda aunque peligrara mi negocio, escuché lo increíble.

— Diez millones — dijo Álvaro, cómodo a mi lado, lo suficientemente alto como para que todos le vieran, incluido yo.

— ¿Qué estás haciendo? — susurré, insegura de mis sentimientos.

— Acabar con esta tortura.

Álvaro se levantó, caminó hasta el centro de la sala y abrió los brazos.

— Diez millones. ¿Me das más?

Nadie habló. Yo, porque no sabía qué pensar, qué hacer, qué exigir a mi subjefe.

— Diez millones — repitió Flavia. — Creo que tenemos un ganador. ¡Felicidades!

Los hombres aplaudieron como si aquel absurdo fuera un verdadero espectáculo y vi a mi amiga corresponder a la alegría de todos con reverencias que desviaron toda la atención de mí y de mi reacción. Entonces, aburrido hasta el límite, me levanté y salí de la sala. Me apresuré hacia el despacho sin saber dónde Flavia había escondido a Heidi, pero Álvaro me alcanzó antes de que pudiera poner la mano en el capaporte.

— Cálmate — dijo, dándose cuenta de que mi cuerpo estaba a punto de atacar a cualquiera. — Hablemos.

— No tienes diez millones disponibles — acusé.

— Y no los daría por una noche con ninguna mujer — replicó. — Pero los tienes. Y lo daría por la que está ahí.

— ¿Qué coño has hecho? — gruñí. — ¿De verdad crees que voy a darle diez millones? ¿Por qué iba a hacerlo?

— Tú sabes por qué. — Me miró fijamente como si pudiera ver en mi alma la verdad, lo que me alteró aún más.

— No voy a pagar diez millones por una noche sólo porque usted crea que así aplacará mi ira.

— Bueno, eso es un problema, Jean. Porque tengo que pagar la oferta o Flavia se verá obligada a reabrir la subasta. Y si admito que no tengo el dinero, todos sabrán que lo hice por ti, así que valdrá más.

— Hijo de... — Me tragué la maldición, tan al límite que un fino dolor empezó a palpitarme en las sienes. — ¡Me las vas a pagar, cabrón!

— No si te casas con ella — se burló.

— No voy a casarme con ella — decidí. — Voy a darle a Heidi lo que me ha pedido.

En ese momento se acercó Flavia, con los ojos fijos en mí, pero habló con Álvaro.

— Necesito un comprobante de pago.

Mi amigo me miró fijamente, se humedeció los labios y esperó. Saqué el móvil, tan enfadado que pensé que mis dedos romperían la pantalla. Marqué el número correcto, aunque no tenía la estabilidad suficiente para actuar en consecuencia.

En cuanto contestó el director de mi banco, y sí, mi banco, fundado por mi abuelo, mantenido por mi padre y gestionado por mí para las transacciones que necesitaban estar fuera del radar, di la orden.

— Transfiera diez millones de reales a la cuenta de Álvaro, y luego de su cuenta a la de la "Isla". Inmediatamente.

Y colgué sin tener que justificarme. Todos mis empleados sabían cómo funcionaba. No di explicaciones, ordené y obedecieron.

— ¿Dónde llevo a la chica? — preguntó Flavia dudando de cuál sería el trato.

— Al calabozo — ordené.

— ¡Jean! — objetó Álvaro.

— Lo has comprado esta noche con mi dinero. Es mío y haré con él lo que quiera — le dije.

— Pero, Sr. Kuhn. No llevamos a nuestras chicas al calabozo. Tenemos una política... — intentó Flavia.

— Sé cuáles son nuestras normas. Yo las hice. No discutas conmigo, Flavia. Ya tengo demasiadas razones para dudar de tu lealtad.

La mujer retrocedió asustada y, aunque molesta, aceptó.

— Ya sabes cómo proceder — le dije a Álvaro.

— Jean, no...

— ¡Haz lo que te digo, joder!

Di media vuelta y salí en dirección a mi habitación. Esta vez Álvaro no me siguió, nadie intentó detenerme y nada calmó mi ira.

38

JEAN

Había planeado quedarme en mi habitación lo menos posible, pero sabiendo lo que les había ordenado hacer con Heidi, cuanto más tiempo me quedara, mejor sería el efecto, así que me di una larga ducha, revisé mi arma, me puse ropa cómoda y, evitando pasar por la zona de los miembros, me dirigí al calabozo.

Algunos soldados hacían la ronda, otros mantenían la seguridad del lugar. Entré y enseguida me di cuenta del ambiente extraño que había entre los hombres, a pesar de estar lejos de las celdas. Sin duda habían visto entrar a Álvaro con Heidi y Flávia, y eso era noticia para todos.

Todavía molesto, pero con la rabia aplacada, me dirigí a la última celda, donde Álvaro me esperaba fuera. La mesa que debía estar dentro de la celda, con nuestro arsenal de torturas, había sido retirada y colocada en la pared opuesta a la puerta. Con cualquier otro soldado habría explotado, pero sabía que nunca entraría en esa pelea con mi mejor amigo, él nunca me permitiría hacerle daño a Heidi.

Nos miramos fijamente durante un rato mientras me acercaba a la mesa y miraba los utensilios que estábamos utilizando, como si realmente pudiera pensar en hacerle algo así. Luego saqué mi pistola y la puse sobre la mesa, bajo la atenta mirada de mi amigo.

— Diles a los hombres que se queden fuera — dije, sin dejarle espacio para objetar.

Álvaro hizo una señal a los soldados que custodiaban la puerta de la celda donde estaba Heidi. No necesité comprobar si habían acatado la orden. Las pisadas en el suelo de cemento dejaban claro que nadie se atrevería a desobedecerme.

— ¿Jean? — gritó Álvaro cuando nos quedamos solos. — No hagas tonterías.

— ¿Hiciste lo que te pedí o se lo pusiste fácil?

A mi amigo se le escapó el aire de los pulmones.

— ¿Tú qué crees?

— Que se lo pusiste fácil.

— ¿Y por qué se lo iba a poner fácil?

— Porque ahora ya no me obedeces. — Me enfrenté a Álvaro con toda mi rabia. — Cuando te dé una orden, hazla.

— Lo siento, hermano, pero esta vez no.

— Álvaro...

— Puedes odiarme por lo que digo. Puedes hacer que me arresten como haces con cualquiera que se atreve a desafiarte, pero yo seguiré hablando. Sabes que lo que hiciste fue una locura y sabes a quién le conviene ese tipo de actitud.

El impacto de las palabras de Álvaro me hizo estremecer.

— No me compares con Joel. Mi hermano ha perdido la cordura.

— Que Joel siempre ha estado inclinado a la perversidad no es nada nuevo para los dos, pero ya sabes... recuerdas cuando empezó realmente su locura.

— No hagas eso — le advertí. — Son situaciones diferentes.

— ¿Lo son?

— Joel no sabía cómo amar a Giullia — defendí el argumento que utilicé para justificar

el hecho de que quería a la mujer de mi hermano, y creí que aunque caminara junto a la muerte, merecía la pena mi esfuerzo.

Lo valía, pero así fue.

— No amo a Heidi — dije sin la fuerza y convicción que necesitaba, porque sabía la respuesta, cuánta mentira había en mis palabras y cuánta locura arrojaba ese sentimiento en mis acciones. — Yo no soy... como Joel.

— Lo sé, hermano — dijo, más relajado. — Tú no haces daño a las mujeres, por mucho que a veces te destroce. Los dos sabemos la verdad, Jean. Tú no eres el malo, aunque esta vida te lo exija y hayas convivido con la crueldad más que con la bondad.

— A veces creo que olvidas quién soy.

— O que has dejado de verte como realmente eres — replicó. — Hermano, Heidi metió la pata, pero sólo es una chica asustada que se enamoró de un chico que amaba a otra persona. No sabe la verdad. Es la madre de tus hijos, y por mucho que te moleste enterarte en una circunstancia tan surrealista, ahora ya lo sabes. Y quieres saberlo.

— Quiero a mis hijos — dije como escapatoria. — No intentes convencerme de lo contrario, Álvaro. Heidi no confiaba en mí y eligió venderse mientras yo intentaba ser el bueno que le daría una vida mejor.

— ¿A qué precio?

— Hay un precio que pagar cuando entras en este mundo. Heidi nunca se dejó engañar.

— Jean... — Dio un paso hacia mí y me encaró con firmeza. — Heidi desapareció cuando te volviste loco porque necesitabas liberar a Giullia — susurró. — Esa chica no sabe lo que pasó. Vio explotar la lancha. Vio el entierro de la mujer que amabas y de Matheus y creyó, como todos, que la orden venía de ti. Ahora ha descubierto que Scarlett fue asesinada y que tú fuiste el último en estar con ella. No sabe por qué saliste y dejaste sola a Scarlett aquella noche, así que se ha enterado de lo que muchos dicen, que asesinaste a tu propia amante.

— Tenía que confiar en mí.

— ¿Te das cuenta de lo que pasó aquí o te dolió tanto imaginar que Heidi estaba en la cama de otro hombre que bloqueaste la verdad de tu mente? ¡Maldita sea, Jean! Le hiciste a ella lo que intentaste hacerle a Giullia, o así lo entendió ella, y ya sabes cómo terminó esta historia. Si no quieres que Heidi siga huyendo, deja de arrestarla.

— ¡Son mis hijos, Álvaro! Tengo que protegerlos y...

— Lo harás, hermano. Pero de la manera correcta y por las razones correctas. Como tú. Cuando estés listo para aceptar lo que sientes por ella.

— No jodas, Álvaro, y déjame en paz.

Saqué la pistola por ósmosis. Después de tantos años, se había convertido en parte de mí, parte de mi cuerpo. Pero la actitud no le sentó bien a mi amigo. Álvaro movió la cabeza negativamente. Por rabia, elegí uno de los cuchillos que había sobre la mesa.

— Jean...

— Puedes irte, Álvaro. Yo me haré cargo a partir de ahora.

Le di la espalda y caminé sin prisa hacia la puerta de la celda. La llave de fuera me tranquilizó. Entré en el cubículo y cerré la puerta. Aun rápidamente, vi a Heidi en medio de la pequeña habitación, con los brazos extendidos y atados con una cuerda fina con nudos, aunque no detenía el flujo de sangre y no le hacía daño en las muñecas, al menos hasta que intentaba liberarse.

Lo normal sería hacerla ponerse de puntillas, para que el peso de su cuerpo no tardara demasiado en causarle dolor, sin embargo, tal y como había advertido mi subjefe, se lo tomó con

calma con mi actual prisionera y Heidi le mantuvo los pies en el suelo, lo que no detendría el dolor, pero tardaría un poco en producirse.

Y aunque sólo había comprobado la imagen y le había dado la espalda para cerrar la puerta, pude ver la angustia en los ojos de la chica.

El tiempo de espera me obligó a abandonar la idea de hacerle pagar un intercambio justo, sin más remedio. Ella abandonaría la isla esa noche con los diez millones y yo me iría con mis hijos a Italia, como estaba previsto. Pero las palabras de Álvaro hicieron un excelente trabajo sobre mi conciencia, así que no renuncié a castigar a Heidi de esta manera, pero tampoco nos casaríamos. Encontraríamos la manera de cuidar a los niños sin necesidad de contacto. Ella sería libre.

La idea me incomodaba, pero no volvería a pasar por lo mismo. No volvería a hacerle eso a una mujer. Y Heidi, esa noche, dejó claro que no quería una vida conmigo. ¿Y quién la querría? Yo era una bomba de tiempo, un blanco andante. Tan frágil que hizo matar a su amante en mi propia cama. ¿Cómo podía culparla?

Sin embargo, el más mínimo intercambio de miradas al entrar sacudió todo en mi interior, y ya no tenía ni idea de lo que debía hacer con aquella chica. Porque Álvaro tenía razón. No podía nombrar el sentimiento ni aceptar la idea porque ya había sufrido demasiado por las decisiones que había tomado. Así que no podía amar a Heidi. Esa era la definición más cercana que mi mente podía soportar.

Me volví hacia ella y en el mismo momento Heidi empezó a llorar. No un llanto en el que las lágrimas caían sin más y ella aguantaba la pose, impulsada por la ira o el deseo de enfrentarse a mí. Sino un llanto desesperado, la más cruda muestra de miedo. Y eso me estremeció hasta la médula.

Me acerqué lo suficiente a ella para darme cuenta de que la chica temblaba demasiado, como si su mente no pudiera soportar la presión, el horror que anticipaba lo que le iba a ocurrir. Y la certeza de cómo me veía Heidi.

— Jean — dijo sin ocultar el temblor de su voz. — Yo... ¡por favor! — susurró con más lágrimas. — No pensaba... yo... es que no quería...

— Confía en mí — terminé la frase por ella.

— Jean, por favor, por favor, no lo haré más, te... te lo prometo. Haz lo que quieras conmigo, pero no me quites a mis hijos, por favor... No quiero el dinero.

— Ya está en tu cuenta.

— Te lo devolveré — suplicó desesperada. Suspiré. — Me da igual. Si quieres hacerme daño, no me importa. Pero no me los quites, ¡por favor!

Más llanto desesperado. Suficiente para que rogara que la torturaran, pero no que la dejaran sin nuestros hijos. ¡Mierda! Levanté la mano con el cuchillo, olvidándome por completo de ella, pero el gesto asustó a la chica, así que le suavicé la cara con las yemas de los dedos. Heidi se encogió, temblando más, llorando más.

— ¿Te he hecho daño alguna vez?

La suavidad de mi voz la hizo mirarme rápidamente, sólo para apartar la vista a toda prisa, como si no pudiera seguir enfrentándose a mí. Heidi asintió.

— Mírame — le pedí. Obedeció de inmediato, confirmando su palabra. — Ahora contesta.

— No. Nunca — susurró entre lágrimas.

— Entonces, ¿por qué creíste que podía herir tan cruelmente a Scarlett?

Heidi cerró los ojos y tomó aire, como si tratara de controlar su llanto para darme la

mejor respuesta posible.

— Por Giullia — reveló, lo que me hizo dar un paso atrás. — Y tú la querías.

Sí, por supuesto. Sopesaba el hecho de que Giullia era la persona por la que me volví loco de amor y que Heidi era la que se interponía entre nosotros cuando necesitaba dejarla marchar y mantener viva la idea de su muerte.

— Y ella nunca me quiso — señala. — La ecuación es obvia. Amabas a Giullia y permitiste que tus hombres le dispararan. Tú... elegiste a Scarlett y ella murió en tu cama. No soy nadie, Jean. Sólo soy una chica que se engañó a sí misma creyendo que algún día podría conquistarte. — Hizo una pausa cuando me quité sutilmente la peluca que me ocultaba a la verdadera Heidi.

— Nunca fuiste sólo una niña — confesé mientras soltaba los mechones rubios y los dejaba fluir en ondas por su cuerpo. — Pero entiendo tu miedo. Tenía que decidirme. — Inspiré profundamente. — No fui justo contigo entonces y después de lo de Giullia... tomar la decisión fue como apuñalarme en el pecho una y otra vez. Y dolió mucho. No pude ser el hombre que necesitabas y lo siento.

Me miró con cierta sorpresa, pero no expresó nada más que tristeza.

— Cuando me fui... — dijo en voz baja, pero luego se interrumpió.

— Continúa.

— No sabía que estaba embarazada y cuando me enteré... no tenía sentido volver.

— Porque pensaste que te mataría.

Asintió, sin decir nada cuando me aparté para verla mejor.

— No hice que mis hombres dispararan a la lancha — revelé. — Y no maté a Scarlett. Creerme es una opción, Heidi, pero eso es todo lo que puedo decirte. No tengo forma de probarlo, lo cual no me exonera.

Me acerqué a la pared y aparté las dos sillas del rincón, acercándolas a donde estaba sentada Heidi. Ella jadeó cuando levanté el cuchillo, pero corté la cuerda con facilidad y a tiempo para soltar el cuchillo y sostener a Heidi, debilitada, en mis brazos.

Por un segundo la abracé, no como si quisiera abrazarla, sino con la necesidad de deshacer aquella mierda. Entonces senté a Heidi en la silla frente a ella y empecé a deshacer el nudo de la cuerda.

— Cuando Flavia y Lícia te eligieron, buscábamos una forma de mantener la muerte de Scarlett en secreto para los miembros. Ya sabes quiénes son esas personas y cuánto pagan por seguridad y confianza, y huirían a toda prisa si se supiera la noticia. Sobre todo porque era mi exclusiva y estaba en mi cama. Nunca dejé de buscar al asesino, pero quienquiera que lo hiciera consiguió dañar nuestro sistema de seguridad e impedir que tuviéramos acceso a las imágenes.

— Así que...

— Quienquiera que hizo esto quería hacerme daño. Todavía lo quieren. Estamos haciendo todo lo posible y aún así esta persona sigue en ello. Scarlett estaba en mi habitación, por eso me fui esa noche. Nunca imaginé que alguien se atrevería a entrar allí, asesinarla entonces... pero eso es lo que pasó.

— La lencería...

— Era la que llevaba puesta cuando la encontraron.

— ¡Dios mío!

— Ponerte de nuevo en mi vida te ha convertido también en un objetivo. Me esfuerzo por protegerte a ti y a nuestros hijos, pero no es justo. No quiero encarcelarte ni someterte. No quiero obligarte a quedarte o a irte. Pero no puedo aceptar que sigas con esta loca idea de la

prostitución. No cuando eres la madre de mis hijos. No estás obligada a quedarte conmigo, Heidi. Sé que te lo impuse, que te empujé al borde del precipicio para que cumplieras mis órdenes, pero te libero.

— ¿Qué quieres decir con que no tienes que casarte conmigo?

— No tienes que casarte conmigo. O dormir conmigo. Sólo... quédate y cuida de nuestros hijos. Ni tú ni yo podemos hacerlo solos. Te necesitan porque soy un objetivo y no puedo hacer nada al respecto, y me necesitan porque puedo garantizar su seguridad y calidad de vida. Yo... — tragué saliva con dificultad, incómoda con la emoción, desacostumbrada a ella. — Quiero ver crecer a mis hijos, quiero cuidarlos, seguir cada proceso, cada paso.

— ¡Ah, Jean! — escondió la cara entre las manos y lloró, esta vez suavemente, sin desesperación.

— Todo va a salir bien.

Me levanté a toda prisa. Angustiado, sin saber qué hacer. Porque quería consolarla, atraerla hacia mí, besar sus labios y tomar su cuerpo. Quería decirle a Heidi que la haría feliz, que la cuidaría como ningún hombre podría cuidar a una mujer y que... pero no podía.

— Enviaré a los soldados a llamar a Flavia y escoltarte a tu habitación. Recoge tus cosas para que podamos irnos.

Estaba a punto de salir de la celda cuando ella me volvió a llamar.

— ¿Jean?

Me volví hacia Heidi, aunque deseaba no haberlo hecho, porque no tenía ni idea de lo que sería verla y no tenerla.

— Gracias — dijo con una sonrisa pequeña pero sincera.

— Daos prisa. Hemos quedado con nuestros hijos en el aeropuerto.

Fue todo lo que alcancé a decir antes de salir a toda prisa de la celda.

No podía quererla, pero lo descubrí demasiado tarde.

39

HEIDI

Jean no volvió a hablarme. Aquella mañana cruzamos el mar en la lancha rápida. Él estaba en la cima con sus soldados, yo en el fondo, protegida, confundida como nunca, después de sobrevivir a lo que creía mi fin.

No había llorado desde que me dejó sola en la celda, aunque mi mente suplicaba esa escapatoria, pero a pesar del impulso, no podía, porque no tenía ni idea de qué había impedido a Jean matarme o castigarme. Cuando dije que aceptaría la subasta, no pensé en todos los puntos, como por ejemplo cómo podría salir de la isla después de mi decisión. Simplemente decidí que era la mejor salida y actué, quedando así una vez más en la punta de la espada, a punto de ser empalado.

Y cuando sucedió, cuando me di cuenta más plenamente de lo que mi precipitada elección me haría, me invadió la desesperación. Jean podía matarme, pero ése no era mi mayor temor, sino lo que había jurado hacer, arrebatarme a mis hijos y no dejarme verlos nunca más.

No es que esa amenaza fuera algo nuevo, porque no lo era. Desde mi regreso, él se había dado cuenta de que tenía esa ventaja sobre mí. Pero como aquella vez supe que no mentía, que Jean Kuhn nunca se dejaría contradecir, y menos por mí. Por eso estaba seguro de que, con suerte, sólo sobreviviría para lamentar aquella noche el resto de mi vida.

Y una vez más, me sorprendí.

Morir y vivir en tan corto espacio de tiempo me sumió en un estado difícil de describir. Mi mente simplemente me dejó suspendido, como si estuviera al borde del abismo, con los dedos en el borde, mirando hacia abajo, sin saltar, pero sin retroceder. Porque no tenía ni idea de lo que pasaría después.

No después de que Jean entrara en la habitación y no me matara. Peor aún, después de que me dejara viva y libre. Y no tenía ni idea de cómo vivir esa libertad, o si quería hacerlo.

Él no se casaría conmigo. Esa parte la entendía bien, no necesitaba otra advertencia, pero ¿cómo funcionaría? ¿Cómo iba a ser la madre de sus hijos sin ser su esposa? ¿En qué convertiría eso a los niños? ¿Ilegítimos? Y la pregunta más importante de todas: ¿realmente quería eso? ¿No ser nadie para Jean más que la madre de sus hijos?

No, no quería. Aunque no pudiera o no quisiera admitirlo, tener a Jean tan cerca y mantenerme alejada fue el mayor sacrificio de todos. Y el alejamiento me dolió aún más cuando me di cuenta de que una vez más venía de él. Me estaba abandonando, no me quería como suya, a pesar de lo que vi o creí ver en sus ojos durante nuestro último enfrentamiento.

En el coche, por teléfono, habló todo el tiempo en alemán. Algunas noticias que le molestaron y le hicieron trabajar hasta que llegamos al aeropuerto. Y esta fue la única vez que se molestó en hablar conmigo. Un simple *"los niños están dentro. Ya os alcanzaré"*, fue todo lo que dijo antes de despedirme.

Cansada, obedecí, subí al avión y encontré a mis hijos, las niñeras y tres soldados en posiciones de defensa. Busqué con la mirada a mi madre, sin encontrarla en los lugares visibles

de aquel avión que tantas veces me había cobijado cuando un día sólo fui la chica encargada de evitar que Giullia desapareciera con su hijo.

Suspiré ante el triste recuerdo.

— ¿Dónde está mi madre? — pregunté a la chica que sostenía a Ayla, antes de acercarme a ver cómo estaba mi hija.

Las chicas se miraron, un poco asustadas, un poco engreídas. Seguramente, Lícia intentaba hacer con ellas lo mismo que hizo conmigo cuando estuve en esa situación, asegurarse de que la línea de sangre estuviera a su alcance y fuera del mío.

— Pregunté dónde estaba mi madre — hablé, decidida a impedir que la historia se repitiera.

— Ella... no va a venir — respondió la chica, insegura de cómo comportarse. — Eso es todo lo que sabemos — dijo.

— ¿No va a venir?

La pregunta me salió más a mí, a Jean, que a las niñeras elegidas por la hermana mayor del padre de mis hijos. Mi corazón se aceleró de inmediato. Jean me sacaría del país con los niños, no con mi madre, sino con dos chicas extrañas que no me conocían y no me debían nada. Desesperada, no sabía si bajarme del avión para enfrentarme a Jean después de haber sobrevivido a aquella noche, o coger a mis hijos en brazos y encerrarme en algún sitio para evitar que me los arrebataran.

— ¿Señorita Melcher? — La voz femenina detrás de mí me obligó a mirar hacia atrás y comprobar quién era la azafata que me llamaba.

— Sí.

— El señor Kuhn ha pedido su documentación.

— Ah... claro.

Abrí mi bolso y saqué el DNI y el pasaporte. Efectivamente, tenía la documentación necesaria para los niños y no me necesitaba para nada más que la presencia de una persona responsable de la salida del país de dos menores. Aunque yo conocía lo suficiente los negocios de la familia Kuhn como para saber que si quería sacar a Lorenzo y Ayla de Brasil sin presentar documentación alguna, podía hacerlo.

— Toma.

Con mano temblorosa, entregué mis documentos a la mujer, que sonrió satisfecha y abandonó el avión.

Sin saber qué hacer, me acerqué a Ayla y cogí a la niña de las manos de la niñera. Mi hija murmuró un poco, sumida en el sueño. Revisé su cara y su ropa nueva, de calidad, digna de un heredero de la familia Kuhn, que yo no compré ni elegí. El corazón se me estrujó en el pecho al darme cuenta de que la vida me estaba devolviendo lo que le había hecho a Giullia. Estaba viviendo su papel y, al igual que ella, veía cómo todo lo que perdí quedaba sin respuesta.

Acuné a Ayla mientras caminaba hacia Lorenzo para ver cómo estaba mi hijo. El mismo patrón, ropa nueva, una niñera que vigilaba de cerca lo que hacía y la sensación de que tal vez la muerte que no me encontró esa noche sería menos dolorosa.

Y entonces el sonido de su voz, imponente, grave, pero incisiva, llenó el avión como si no hubiera espacio suficiente para todos los que estábamos allí al mismo tiempo. Jean entró en el avión hablando por teléfono en alemán. Inmediatamente, varios soldados entraron también y se colocaron en posición. No me miró ni un segundo, su atención en el móvil y sus ojos en Ayla en mis brazos. Sus dedos tocaron ligeramente la cara de su hija, luego hizo lo mismo con Lorenzo y finalmente se sentó, sin interrumpir la llamada.

— Vamos a despegar — dijo la azafata detrás de mí. — El bebé tiene que estar en la cuna.

Acepté, pero no fui yo quien llevó a Ayla a su asiento. La chica, y no tenía ni idea de cómo se llamaba, ya estaba de pie, esperándome cuando la azafata recorrió el espacio para comprobar que todo el mundo estaba bien acomodado. Me quitó a Ayla de los brazos sin encontrar resistencia y luego me dio la espalda.

Había perdido toda importancia dentro de lo que se suponía que era mi familia. Y no veía la forma de cambiar la situación, ya que Jean había cancelado la propuesta de matrimonio y me había dado el trabajo de... Ya no sabía cuál era mi trabajo.

— ¿Señorita? — volvió a gritar la azafata, lo que me hizo caminar hasta el primer asiento disponible y acomodarme para esperar el despegue.

Y en cuanto el avión aceleró, Lorenzo gimoteó, refunfuñó, como mostrando su desagrado por estar suspendido en el aire, sólo para que su llanto se convirtiera en escándalo a los pocos minutos. Angustiada, tuve que ver cómo la niñera intentaba calmar a mi hijo, sin que pudiéramos levantarlo o quitarle el cinturón para tranquilizarle.

Lorenzo lloró durante lo que me pareció una eternidad, pero solo cuando la niñera desabrochó el cinturón de seguridad y se inclinó sobre él me di cuenta de que Ayla también lloraba, pero en un lamento menos escandaloso. Me desabroché el cinturón y me acerqué a ellos, decidida a ocupar mi lugar aunque fuera por la fuerza.

— ¿Qué le pasa? — oí que le preguntaba la niñera de Ayla a Lorenzo cuando lo levantó e intentó calmarlo.

— No lo sé — comentó antes de que agarrara a mi hijo y se lo quitara de las manos.

— Es la presión — le expliqué mientras me balanceaba con mi hijo en el regazo. — Si nos molesta a nosotros, les molesta a ellos.

Miré a Ayla en el regazo de la otra chica y vi que mi hija no gritaba como su hermano, pero sufría igual. Y me di cuenta por su cara roja con tono de preocupación.

— Ayla — susurré, asustada.

Miré a mi alrededor. Algunos soldados seguían la situación sin mostrar ningún interés en detenerme y Jean... apenas podía verle mientras tecleaba apresuradamente en su *portátil*.

— Traed las maletas — dije a las niñeras. — Traedla.

Caminé con Lorenzo por el pasillo. Al fondo había un dormitorio, el mismo en el que Jean se había encerrado con Giulia cuando fuimos juntos a São Paulo y despertó mis celos. En una situación normal, no me habría atrevido a entrar allí, ya no por los mismos sentimientos sino por la culpa, pero esta no era una situación normal y no podía pensar en nadie más que en mis hijos.

— Vamos — hablé con más firmeza antes de abrir la puerta y encarar la habitación. — Pasa. Cámbiale el pañal a Lorenzo — le dije a la niñera mientras le entregaba a mi hijo. — El movimiento ayuda a calmarlo.

En cuanto mi hijo me dejó, levanté a Ayla, atenta a su cara, a su llanto bajo mientras su cuerpo parecía suplicar otra reacción. ¡Dios! Podía ser sólo la angustia de una madre rezando para que las señales no llegaran, pero también podía ser exactamente la enfermedad manifestándose, impidiendo que mi hija reaccionara como necesitaba para que prestáramos atención a su dolor.

— Hola, Ayla — dije suavemente. — No pasa nada, mi amor. Mamá ya está aquí. Todo va bien.

Lorenzo, a pesar de los sollozos, se distrajo cuando la niñera sacó de su bolso un

pequeño osito de peluche que al encenderlo emitía una melodía tranquilizadora. Es el que compré, lo reconocí enseguida y con cierta satisfacción.

— ¿Cómo están? — Jean habló detrás de mí, sobresaltándome.

Le miré a él y luego a las chicas, que sonrieron y se sonrojaron, pero no dijeron nada. Me aparté en el mismo momento, aún acunando a Ayla.

— Es la presión — advertí. — Desde luego, las has asustado.

— Sí, claro — confirmó sin atreverse a mirarme.

Jean se acercó a Lorenzo en la cama y jugó con nuestro hijo de forma ligera y tranquila. Yo lo miraba aún acunando a Ayla, que se dormía lentamente en mis brazos. Las niñas siguieron observando a Jean, tan encantadas como yo, sin duda, cuando me tocó estar tan cerca del hombre más imponente y misterioso de la casa.

— Salid fuera — ordené sin dejar traslucir la antipatía en mi tono. — Si os necesito, os llamaré.

Las chicas se sobresaltaron ante mi orden y miraron a Jean en busca de confirmación sobre cómo proceder. Él se limitó a mover la cabeza en señal de acuerdo y sólo entonces abandonaron la habitación.

Aburrida, me senté en el sillón y observé a Ayla, con la respiración tranquila por el sueño.

— Eres una buena madre — dijo en voz baja, sorprendiéndome de nuevo.

— Díselo a Licia — refunfuñé. — Por lo visto no se me da bien cuidar de mis hijos.

— ¿Por culpa de las niñas?

Había cierta ironía en la forma de hablar de Jean, que me obligó a mirarlo. La forma en que se desarmaba, cuando no hacía ademán de ser el Capo, el señor de todo, era exactamente lo que me confundía y me dejaba sin saber cómo reaccionar.

— ¿Por qué no vino mi madre?

— Para no llamar la atención — respondió después de apartar la mirada de nuestro hijo. — Se va a dormir.

— Mi mamá y yo nos encargaríamos de ellos — insistí, pero sin rebelarme.

— Bueno, no había sido mi intención ponerla tan a disposición. Pero eso era antes, cuando el plan era otro.

Sí, cuando iba a casarse conmigo, me di cuenta con el dolor de vuelta, el mismo dolor que humedecía mis ojos y avergonzaba mis palabras.

— Jean...

— Dormía — me susurró, como para dejar claro que no quería esa conversación.

— Ayla también. Llamaré a la chica.

— No hace falta — advirtió.

Para mi asombro, Jean se quitó los zapatos con el reposapiés y acomodó cuidadosamente a Lorenzo en el colchón, tumbándose a su lado.

— Vamos. Trae a Ayla.

Sin oponerme, llevé a mi hija a la cama y la puse junto a su hermano. Jean mantuvo una expresión neutra, casi tranquila.

— Te pondré aquí las maletas...

— Quédate, Heidi — me interrumpió al darse cuenta de lo que iba a hacer para evitar que Ayla se cayera. — Vamos a dormir un poco. Va a ser un viaje muy largo.

— No cabemos los cuatro en la cama — dije, sin saber qué hacer. — Será incómodo para ti.

— Te aseguro que he dormido en situaciones peores.

Eso pensaba yo. Aunque no había seguido los acontecimientos de cerca, sabía que Jean fue enterrado vivo por su hermano cuando descubrió su aventura con Giulia. Después de eso, Lícia lo escondió y protegió hasta que pudo regresar, matar a Joel y tomar lo que creía que le correspondía.

— Acuéstate. Protegeremos a los niños.

Incierto, hice lo que me dijo. Me tumbé de lado, temiendo quedarme dormida y hacerle daño a mi hija en algún momento, pero Jean me tapó con la almohada y se acomodó mejor, también de lado. Por un segundo nuestras miradas se encontraron y durante ese tiempo, tan rápido y lento, quise que el plan continuara, que mi catastrófica decisión dejara de existir.

Sin embargo, la realidad era otra y ya no existían Jean y Heidi como pareja.

40

JEAN

No tenía intención de dormir tanto tiempo. De hecho, ni siquiera tenía intención de dormir cuando entré en la habitación, preocupado por los niños. Pero en cuanto Heidi se tumbó en aquella cama, en cuanto su imagen se unió a la de nuestros hijos dormidos, mi cuerpo encontró la calma que necesitaba.

Aunque me mantuve alejado de ella todo el tiempo que pude, mis pensamientos seguían girando en torno a esa mujer decidida que tomaba el control cuando se trataba de sus hijos. Quizá por eso las noticias que llegaron antes de subir al avión no me pusieron tan tensa.

En los últimos meses, vivir con la idea de que mi padre pronto estaría fuera de combate me había atormentado sólo porque me obligaba a regresar a Alemania. Y fue exactamente con este sentimiento con el que reaccioné cuando Hans me llamó aquella madrugada en Brasil para decirme que apenas quedaba cordura en el hombre que me vio nacer y que eso me obligaba a tomar partido si no cambiaban todos los planes.

La última vez que me reuní con Stefan Kuhn, le prometí una respuesta sobre el matrimonio, una solución al problema de la muerte de la prostituta y encontrar a los hombres que robaron nuestros diamantes. No tenía nada de lo que había prometido desentrañar para él, y volvía con dos hijos y una mujer con la que no tenía ni idea de qué hacer.

Stefan no aceptaría a Heidi si yo no llegaba a Alemania con ella como esposa y los niños debidamente registrados. Y yo no me casaría con Heidi y la empujaría al infierno contra el que estaba luchando. Cómo sería, no tenía ni idea, pero tenía que averiguarlo en poco tiempo o el viejo loco Stefan lo estropearía todo de nuevo.

Y la situación, la presión, la necesidad de estar en Alemania cuando no entraba en mis planes, sobre todo con los niños y Heidi, deberían haberme robado el sueño, sin embargo bastó con que mis hijos se durmieran y yo me encontrara encerrado en aquella habitación con ellos y la chica que estaba jugando con mi vida, para que la calma improbable me encontrara a mí.

Así que me dormí. Dormí tan profundamente que cuando me desperté tuve que recordar dónde estaba y por qué. Heidi estaba sacando a Lorenzo de la cama cuando levanté el cuerpo de golpe, sobresaltada al recordar que había estado tumbada con mis hijos y que, dada mi posición, sin duda los había aplastado. Al darme cuenta de que no había pasado nada, me quedé mirando a la chica que me miraba con cierto asombro. Me pasé la mano por la cara para evitar el sueño y miré la hora.

— ¿Primera parada?

Heidi sostuvo a Lorenzo con cuidado y aceptó.

— ¿Cuánto tiempo?

— Treinta minutos.

— Maldita sea — gruñí. — ¿Dónde está Ayla?

— Con su nuevo admirador.

— ¿Fan?

Me miraba fijamente. Intentó mantener una expresión en la cara que no indicara celos, pero no pudo, lo cual me divirtió.

— ¿Llevas a Lorenzo con la niñera?

— Sí. Entonces te despertaría, porque tienes que sentarte y ponerte el cinturón, pero ya que estás despierto...

— Déjalo y vuelve. Tenemos que hablar — hice una seña cuando me di cuenta de que iba a oponerse.

Maldita sea, quería sentirme mejor con ella, pero sólo podía pensar en lo mucho que me afectaba Heidi y en las ganas que tenía de mandarla a la mierda y solucionarlo como me habían educado a mí.

Me senté en la cama y miré mi camisa arrugada. Tenía que cambiarme. Me levanté, me quité la camisa y abrí la maleta en busca de mi bolso. En cuanto lo saqué, entró Heidi. Nos quedamos mirándonos un rato. Yo seguía con el bolso en la mano y ella... No sabía qué significaba aquel rubor, pero hice un inmenso esfuerzo por ignorar mi polla.

— Tengo que cambiarme de camisa — dije. — Creo que me he dejado la chaqueta fuera.

— Puedo...

— No hace falta. No tenemos mucho tiempo y tenemos que tomar una decisión ya.

Abrí la maleta, busqué la camisa que había elegido para la segunda etapa del viaje y la dejé sobre la cama para guardar la maleta. Heidi se acercó, se sentó en la cama y me esperó. Hermosa de una manera única, me hechizó con aquellos vaqueros ajustados y la camisa de manga larga que no debía serlo, pero tenía un escote que se colaba entre sus pechos y dejaba ver la piel clara y tersa que mis dedos habían recorrido tantas veces.

— ¿Qué ha pasado? — quiso saber, a la defensiva, asustada.

— Heidi, si ya no vamos a casarnos, necesito saber qué hacer con los niños.

La chica se removió, como si la conversación le molestara, y se quedó mirándose los dedos en el colchón en lugar de mirarme a mí y hacer que me doliera menos.

— ¿Por qué?

— Quiero hacerme cargo de ellos. Quiero que tengan toda mi protección. Eso no cambia nada para mí, pero si incluyo mi apellido en ellos, ya sabes el nivel de responsabilidad con el que tendrás que vivir.

Heidi aceptó sin decir nada. Se mordió el labio inferior mientras pensaba en ello y mantenía la mirada fija en sus dedos, que ahora se cerraban y abrían sobre la sábana.

— En... — tragué saliva con cierta dificultad mientras volvía a pensar en ello. — Pronto tomaré el relevo de mi padre. Tendré que compaginar mis obligaciones entre Alemania y Brasil, al menos hasta que los hijos de Licia tengan edad para hacer algo.

— ¿Y qué tenías pensado? — dijo en voz baja, casi un susurro. — ¿Deberíamos casarnos entonces?

— No, no deberíamos.

¡Joder! Debería decir que sí, que el matrimonio sería la mejor salida. Pero no podía. Especialmente después de que ella había ido tan lejos para deshacerse de mí. No volvería a tomar ese camino. Y además, no estaba siendo sincero con Heidi. Había una cosa que me preocupaba de que yo tuviera dos hijos, registrados, y ella sólo fuera su mamá, y era Stefan Kuhn.

Mi padre seguramente sabría de mis hijos, después de todo, Licia lo sabía y no dejaba de contárselo cuando le convenía. El problema era lo que Stefan le haría a Heidi para asegurarse de que yo me casara con la chica que él había elegido sólo para fortalecer la alianza. Así que tenía

que quitar de en medio al Don, ocupar su lugar y darle a Heidi la seguridad que necesitaba.

— Quédate tranquila, Heidi. El matrimonio ya no es una opción.

Ella aceptó y volvió a mirarse los dedos en el colchón.

— Se trata de incluir mi apellido en mis hijos — continué.

— Porque te casarás con la otra chica — concluyó.

— No. Ése es el menor de los problemas. Por ahora, tengo otras preocupaciones.

Tú, por ejemplo, quise decir, pero me tragué las palabras cuando la idea de casarme con cualquier otra mujer me revolvió el estómago. ¡Maldita sea!

— Quería hacerlo sin alertar a mi padre. Stefan Kuhn no es una persona de fiar. — Heidi volvió a mirarme, esta vez con verdadero miedo. — Pero, como ya he dicho, pronto le sustituiré y no tendremos que pasar por esto.

— ¿Crees que puede hacer algo contra los niños?

— ¿Contra ellos? No. Son mis herederos. En cierto modo, Stefan se sentirá aliviado.

— Así que lo haría contra...

Heidi se llevó las manos a la boca y me miró con los ojos muy abiertos. Quería abrazarla, tomarla en mis brazos y protegerla. Asegurarme de que nadie se atreviera a ponerle un dedo encima, pero mentiría. Porque yo sólo era el Capo. Todos los hombres que trabajaban para mí trabajaban para Stefan, lo que significaba que si él ordenaba la ejecución de Heide, si yo no tenía suficientes aliados para hacer la guerra contra el Don, sucedería.

— "Jean..." jadeó.

— Podemos esperar hasta que yo asuma el poder — dije apresuradamente para intentar calmarla. — Cuando me convierta en Don, nadie se atreverá a desafiar mi decisión.

— Que es hacerme cargo de los hijos de una relación no legítima.

— Sí, pero que yo tenga el control no cambiará nada.

— Lícia se lo dirá — murmuró temblorosa. — Lícia se lo hará saber a tu padre en cuanto le digas que...

— No. Hará lo que yo diga.

— ¡Dios mío, Jean! La única manera de que esto funcione es casarse.

¡Mierda! Dimos vueltas y vueltas y terminamos en el mismo punto.

— No nos vamos a casar, Heidi. Sólo necesitamos...

— ¿Vas a dejar que me mate? — Dijo ella, horrorizada.

— ¡Claro que no!

— Sabes que don Stefan se asegurará de que no haya ninguna mujer que se interponga en su camino, porque sabe que será difícil casarse, estando yo tan cerca.

— ¡Heidi, para!

— Yo seré el problema y él... él...

— No se casará.

— ¿Por qué no quieres casarte conmigo? ¿Por qué prefieres que tu padre... que esta droga nos golpee? ¡Ya te he pedido perdón! Te he dicho que no volveré a desobedecerte. Y yo... yo...

— ¡Heidi, para!

Agarré a la chica por los hombros y tiré de ella hacia mí, entre mis brazos. Y me maldije al sentirla temblar, tan aterrorizada que me hizo sangrar el corazón.

— Por favor, Jean — murmuró, los suaves sollozos dominando su voz. — Por favor, cástate conmigo.

— No te encontrará — le advertí, tan asustado por su reacción como por mis ganas de decir que sí a aquella mierda. — Me aseguraré de ello.

Heidi no siguió suplicándome, pero el llanto continuó, como si se hubiera convencido a sí misma de aceptar la sentencia de muerte. Y me odié por ello.

— Mírame — le pedí cuando se resistió a mi intento de encararla. — Heidi, no necesitas esto. Es mejor que te mantengas al margen, porque como Don garantizo tu protección como madre de mis hijos, pero si nos casamos será para siempre. Ni mi posición, ni que yo sea la voz cantante dentro de la *Ndrangheta* en Alemania y Brasil, permitirán una separación.

— No me importa — dijo con voz mansa y sumisa, lo que me golpeó con fuerza, tanto para bien como para mal.

Heidi no era una mujer que obedeciera y eso... me gustaba de ella. Al mismo tiempo, encontrarla sumisa era como un permiso para sacramentalizar aquel matrimonio y definir que nada ni nadie me la arrebataría jamás. Lo que también apestaba, porque estaba luchando contra esa realidad.

Ella no quería esa vida, no me quería como marido, no quería a nuestros hijos metidos en la mafia, así que casarme con Heidi para salvarla de mi padre era lo mismo que imponerle una pena de cárcel, y yo sabía cómo acabaría eso.

— No me importa que sea así, Jean. Comprendo que tú... no me quieras como esposa — dijo con una especie de dolor en la voz que me hirió. — Sé que no existe la fidelidad para los hombres de la familia Kuhn. Sé cómo funciona y no me importa.

¡Sí, eso fue jodidamente frustrante! Porque Heidi sólo quería salvarse a sí misma, aunque eso significara encadenarse a mí para el resto de su vida. Y lo peor era saber que a ella no le importaba la infidelidad, porque no había amor en esa conversación, sólo su deseo extremo de seguir viva.

La aparté de mí y me reí, porque quería golpear una pared y no quererla más.

— ¿Tienes tanto miedo de morir que prefieres aferrarte a esta mierda?

— No tengo miedo a morir — reveló, mirándome fijamente sin su atrevimiento.

Frente a mí estaba Heidi sin barreras, sin disfraces. Sus ojos enrojecidos eran un golpe bajo para un hombre enamorado.

¿Enamorado?

¡Santo cielo!

— Hubiera muerto esa noche. Casi muero en el parto. Morí cuando te enteraste de lo de nuestros hijos. Me he encontrado cara a cara con la muerte tantas veces que he aprendido a no temerla. Pero tengo miedo. Porque una cosa sería morir en tus manos, con tus razones, siendo quien eres. Otra es morir a manos de Stefan Kuhn, de la forma en que él elegiría mi muerte.

Me estremecí. Conocía la verdad detrás de esas palabras. Conocía la crueldad de mi padre y su placer en ciertos casos. Puede que se estuviera volviendo loco, pero eso no lo hacía menos peligroso, por mucha cordura que quedara en su mente enferma.

Hans quería que volviera e iniciara el proceso de relevo de mi padre, pero fue sincero conmigo, mientras Stefan no perdiera toda su capacidad, no le cedería el puesto, sobre todo tratándose de mí y no de Joel, cuestión que se acentuó tras su enfermedad.

Permitir que supiera lo de Heidi, lo de mi negativa a casarme aunque me hiciera cargo de mis hijos, era como darle a mi padre un motivo para vengarse de mí. Y yo no podía soportar ese dolor.

— Así que preferiste hacer un pacto con el diablo. ¿Vender tu alma para salvarte?

Heidi me miró como si buscara en mi rostro la respuesta a una pregunta que yo ignoraba. Me dedicó una sonrisa triste que tenía la misma intensidad que arrancar la costra de una herida.

— Si eso me garantiza poder cuidar de mis hijos y verlos crecer, sí. Haré lo que haga

falta.

Otro puñetazo en las tripas. Un matrimonio en el que estaría atado a una mujer que quería, deseaba, que despertaba sentimientos que creía que nunca volvería a sentir, y nunca tendría lo mismo de ella. La única ventaja era mantenerla viva.

¡Mierda! La misma situación, la misma necesidad de elección. Amaba a Giulia y tuve que dejarla ir, esconderla para que pudiera ser feliz. Amo a Heidi, pero la única forma de liberarla es atarla a mí, la única persona con la que no querría estar.

— ¿Seguro?

Me levanté de la cama, inquieto, necesitando un poco de distancia para comprender la situación. Cuando liberé a Giulia, supe que no tendría que volver a verla, y cuando lo hiciera, sería por decisión mía. Liberar a Heidi me obligaría a mirar todos los días a la mujer que deseaba, sin poder tenerla realmente.

¿Qué había hecho tan mal para merecer eso?

¡Maldita sea, Jean! No le hagas esa pregunta a Dios porque te presentará una plétora de archivos con todas las atrocidades que has hecho.

— Lo he hecho — respondió ella sin intensidad en la voz. Es una forma de salvarte, eso es todo.

— De acuerdo. Le pediré a Álvaro que nos proporcione lo que necesitamos.

Y así salí de la habitación, fui a mi sillón y fingí trabajar. Si de verdad iba a hacerlo, tenía que aprender a alejarme de ella.

41

HEIDI

El viaje a Italia fue un tormento. Hice todo lo que pude para no pensar en ello. Pero era imposible. A veces me angustiaba la amenaza que representaba Stefan Kuhn y me sentía atrapada por Lícia. Jean no podía ver lo que era esta mujer. En el momento en que Lícia pensara que podía sacarme del juego, actuaría, y si el Don ordenaba mi ejecución, así sería. Ni siquiera Jean podría salvarme.

Por eso tenía miedo, terror de no saber qué pasaba mientras viajábamos sin tener ni idea de lo que ocurría durante aquellas horas de incomunicación. Incluso podía desembarcar y que me cogiera por sorpresa la orden dada.

Jean había seguido trabajando cada segundo desde que me había aceptado misericordiosamente como esposa. Y ésa era la parte que me dolía. Morir de forma despiadada hacía que mi cuerpo perdiera el control del miedo, que a menudo me dejaba temblando. Pero casarme con un hombre que nunca habría sido mío si no hubiera habido una guillotina alrededor de mi cuello, que nunca me había amado y nunca lo haría, consciente de que yo le había liberado de la fidelidad y de que de ninguna manera podía creer que Jean se detendría sólo para satisfacerme, era también una muerte, lenta, dolorosa y cruel.

Aterrizamos como estaba previsto en el aeropuerto de Palermo, en Sicilia, y a partir de entonces ya no formé parte de nada, aunque estuve allí todo el tiempo. El desconocimiento del idioma me limitaba, me obligaba a pasar más tiempo del que me hubiera gustado con las niñeras y a aceptar todas y cada una de las órdenes que me daban los soldados, ya que Jean no se empeñaba en ser nuestro intérprete.

En cuanto salimos del avión, en el hangar donde los aviones privados solicitaban aterrizar, los soldados se pusieron alerta. Cuatro coches nos esperaban y había hombres, soldados de la *Cosa Nostra*. Puede que no supiera casi nada de cómo funcionaba aquello, pero como me explicó Jean, la *Cosa Nostra* eran aliados, el Don sabía de nuestra presencia e incluso había puesto el hospital a nuestra disposición, así que no corríamos peligro, aun así, estar en medio de ellos, sin tener ni idea de lo que decían me asustó un poco más.

Me fijé en Jean, en sus gestos, en sus expresiones, mientras él se comunicaba sin esfuerzo, como si aquel fuera su idioma oficial. Al mismo tiempo, mantuve a los niños detrás de mí, como si hubiera alguna posibilidad de protegerlos si decidían actuar contra mí.

Lo más extraño fue cuando un soldado me dijo que yo, las niñeras y los niños debíamos ir en un vehículo, Jean en otro y que todos debíamos reunirnos en el hospital. No había ninguna explicación, pero ni siquiera pude cuestionar la orden. En cuanto el soldado terminó su explicación, nos llevaron al coche. Poco después, con nuestro equipaje y bien acomodados en aquellos coches que seguramente llamarían la atención allá donde fuéramos, nos pusimos en marcha.

— Ayla necesita que le cambien el pañal — nos informó la niñera y me sentí agradecida de poder hablar con alguien.

— ¿Cómo te llamas?

La chica se sorprendió por mi interés, pero ya que se quedaría con nosotros, necesitaba saber su nombre al menos, o trabajar en la construcción de un mínimo de amistad para que Licia no me afectara tanto.

— Valesca — dijo, con el rostro aún sonrojado.

— Valesca, le revisaste el pañal antes de salir del aeropuerto, ¿verdad?

— Um, sí. Estaba seco.

— Bien. Entonces podemos esperar hasta que lleguemos al hospital. Entonces podemos esperar hasta que lleguemos al hospital — dije.

— ¿Al hospital? — preguntó la otra niñera, la que cuidaba de Lorenzo. La miré a ella, que estaba más dispuesta a entablar conversación. — Me llamo Raika, señora.

¡Hm! Señora. Me gusta más así. Sería más fácil atraerla a mi lado.

— Vamos al hospital, pero eso es todo lo que puedo decirte ahora.

Después de todo, no tenía ni idea de por qué Jean los había elegido para mi madre, si no se había molestado en explicarme qué íbamos a hacer en Italia.

Como los niños estaban callados, probablemente cansados por el largo viaje, me concentré en observar el paisaje. Sicilia no se parecía a nada de lo que había imaginado, tan hermosa y... romántica, que hacía que mi corazón se hinchara y doliera al mismo tiempo. Me encantaría estar allí con Jean, en otra ocasión, viviendo otra realidad.

Intenté con todas mis fuerzas no llorar. Por mucho que palpitara en mí recordar que sólo me iba a salvar con el matrimonio, había un peso y un papel que desempeñar al ser la futura esposa del jefe, y en ello estaba la no fragilidad, la importancia de evitar hablar o alimentar habladurías que no debían existir. Sobre todo cuando me convertí en una Kuhn. En esa familia no había lugar para sentimentalismos.

Después de lo que me pareció una eternidad, en la que el miedo y la preocupación fueron formando un nudo en mi garganta, el coche entró en un espacio inmenso. Parecía un palacio histórico, pero más grande, más alto y tan bien cuidado que me recordó a un museo, uno de esos famosos a los que la gente viaja sólo para verlos.

— ¿Qué es este lugar? — susurró Valesca, tan interesada como yo.

— El Hospital San Francisco de Asís — respondió Raika mientras pasábamos por delante de la señal que había en medio del jardín y que hacía las veces de rotonda para la entrada y salida de coches.

— ¿Cómo lo has sabido? — pregunté.

— Está en el cartel.

— ¿Hablas italiano?

— No, pero no es tan diferente de nuestro idioma — se rió, como si fuera la pregunta más tonta que alguien pudiera hacer.

— Pone Ospedale — la interrumpió Valesca. — Podría ser un hotel, una posada, algo así. Raika abrió los ojos como sorprendida por la respuesta de su colega.

— ¿Con hombres de bata blanca en la puerta? ¿Un hostel para médicos? — Y volvió a reírse.

— ¡Eres tonta, Raika! — dijo Valesca, molesta.

— Muy bien, vamos a callarnos o vas a alborotar a los niños — dije, prestando atención a la ruta que seguía el coche.

No nos detuvimos en lo que parecía la entrada del hospital, sino que seguimos conduciendo hasta que el coche entró en lo que resultó ser el garaje. Como el vehículo de los soldados de la *Cosa Nostra* estaba delante, no nos pararon. Entonces el coche en el que íbamos

aparcó delante de donde estaban los ascensores. Esperamos, como sabíamos que debíamos hacer, hasta que uno de los soldados de Jean nos dejó salir.

— Uno de vosotros llevará el coche con el chico al hotel, el otro se quedará para hacer turnos — dijo el soldado.

Yo no sabía qué pensar. ¿Dejaría Jean a Lorenzo solo con la niñera en un hotel? ¿Por qué lo haría? El temblor regresó y me impidió actuar, pero antes de que pudiera decir nada, Raika volvió al coche con mi hijo, una de mis maletas, la que había dejado separada para mi estancia en el hospital, junto con lo que parecía la de Ayla, fue sacada del coche y colocada en un elegante carrito. Luego la puerta se cerró y el coche se alejó, llevándose a mi hijo a un lugar que no tenía ni idea de dónde.

— Por aquí, señoras — me indicó el soldado.

Sólo entonces me di cuenta de que Fabio, el mismo soldado que había estado conmigo desde que Jean se enteró de lo de nuestros hijos, me estaba esperando. ¿Dónde ha estado? ¿Cómo ha viajado? Busqué a Jean sin encontrarlo.

— El señor Kuhn los encontrará en su habitación — dijo Fabio, como si necesitara tranquilizarme.

Hicimos lo que nos dijeron. Nadie nos paró ni nos pidió identificación. Era como si nos estuvieran esperando y no necesitaran hacernos ninguna pregunta. Y así, Ayla, Valesca y yo entramos en la enorme habitación, que sólo se parecía a un hospital por toda la parafernalia que requería.

Había un catre y dos camas de hospital que debían de ser grandes camas individuales. Almohadas que daban la impresión de que allí encontraríamos comodidad. Había un enorme televisor, una mesa de comedor, cuatro sillas, dos cómodos sillones y un sofá para tres personas. Había un armario empotrado en la pared de enfrente y, al otro lado, una puerta que daba al cuarto de baño. Y junto a la cuna, había una zona destinada a cambiar y bañar a Ayla, donde Valesca acostó a mi hija para cambiarle el pañal.

Me acerqué a la ventana situada frente a la puerta y corrí un poco la cortina. El hospital estaba en una pendiente lo suficientemente pronunciada como para que se pudiera ver el pueblo, sus casas coloridas y ordenadas, y la playa a lo lejos. Un paisaje precioso.

La puerta volvió a abrirse y la voz de Jean, que hablaba en portugués, captó mi atención.

— ¿Qué tan pronto? No tardaré. Gracias, Álvaro — y colgó.

Su primera atención fue para Ayla. Se acercó a nuestra hija y sonrió. Pocas veces había visto a Jean sonreír así, sin miedo a mostrar lo que sentía, libre. La imagen me conmovió. Porque sólo por eso merecía la pena. Casarme con un hombre que no me quería, saber que viviría ese amor sola, sin esperar nunca nada de él aparte de velar por mi seguridad o hablar de nuestros hijos, podía ser un infierno, pero valía la pena cuando veía a Jean mirar a nuestra hija con ese cariño.

Entonces me miró, se puso serio y caminó hacia mí, sin prisa o como si no quisiera.

— ¿Cómo estás?

— Mejor. ¿Por qué ha ido Lorenzo al hotel?

Jean suspiró con pesar, miró hacia donde la niñera daba de comer a Ayla y sólo entonces volvió a mirarme.

— No necesita estar aquí. Sólo Ayla recibirá la medicación. Según las pruebas, no hay ninguna posibilidad de que Lorenzo desarrolle la enfermedad.

— No la hay — confirmé, sólo porque no sabía qué decir, cómo actuar, qué esperar de él.

— No te preocupes, está a salvo. Mis hombres se encargarán de todo. Centremos nuestra

atención en Ayla, ¿de acuerdo?

— De acuerdo. ¿Cuándo recibirá su medicación?

— No lo sé, Heidi. Pietro dijo que nos acompañaría un médico especializado en el tema.

— Me parece bien.

— Le pedí a la niñera que se quedara para no agobiarte, pero no te preocupes, me quedaré todo el tiempo que pueda.

— Entonces llegará un momento en que no estarás aquí — acusé. — Jean se rascó una ceja, miró hacia atrás y luego hacia mí.

— Voy a reunirme con Pietro para hacer unos negocios. Eso alejará la atención de la *Ndrangheta* de mí y te dará un poco más de libertad.

— Ya veo.

Jean vaciló, se mordió las mejillas y carraspeó antes de volver a hablar.

— Quiero que te pongas esto.

Sacó un pequeño joyero del bolsillo de su chaqueta. Un anillo, seguro. Me temblaban las piernas, pero no podía mostrar mis emociones. Jean se casaría conmigo para garantizar mi seguridad, no por amor.

— Ahora mismo, uno de mis hombres de confianza está volando para reunirse con nosotros. Traerá toda la documentación necesaria para reconocer a los niños como míos y para... la boda.

Volvió a dudar. Aquello era el infierno.

— Pero aunque no esté firmado, lleva el anillo y actúa como si fueras mi mujer.

Sacó las dos piezas de la caja y me las mostró en la palma de la mano. Eran gruesas, chapadas en oro, una pequeña y delicada, con una piedra engarzada que me recordó a un diamante. Probablemente era un diamante. Madre mía.

Jean me cogió la mano izquierda, pero no me puso el anillo enseguida. Yo temblaba incontrolablemente y me avergonzaba de ello. Me cogió los dedos y me miró fijamente.

— ¿Estás segura? No tienes que hacerlo si no quieres. He dicho que me las arreglaré.

— Estoy segura. Estoy segura, Jean.

Intenté poner toda la seguridad que pude en mi voz, pero sonaba avergonzada y no le convencí. Aun así, Jean deslizó el anillo en mi dedo y se tomó unos largos segundos para analizar la escena, lo que me inquietó. Luego cogió el anillo que iba a ser suyo y, sin permitirme cumplir mis expectativas, lo deslizó en mi dedo. Así, sencillo y al grano.

Y listo. Yo era, aunque extraoficialmente, la Sra. Kuhn. La mujer que sostendría esa mentira el resto de su vida.

42

HEIDI

Jean quiso decir algo cuando por fin me encaró después de ponerse su propio anillo de boda, pero la puerta se abrió y entró en la habitación una doctora, una mujer preciosa con el pelo largo recogido en una coleta que dejaba al descubierto su cuello y su bronceado, con unos ojos azules sorprendentes y unos labios carnosos.

— *Buona notte* — dijo, dejando claro que iba a dirigirse a todo en italiano, lo que me frustró.

Y después de eso no entendí nada más. La mujer, con toda su confianza, se dirigió hacia nosotros dos y fue saludada por Jean, que mantuvo el idioma al saludarla y luego me presentó a mí sin molestarse en traducir.

A continuación abrió su maletín y empezó a charlar de todo lo relacionado con mi hija, imaginé. Hablaba en tono profesional, aunque yo no tenía ni idea de lo que decía, y de vez en cuando Jean la interrumpía sin unirse a ella.

Me frustraba tanto que a los pocos minutos ya no podía prestarles atención. Miré a Valesca con Ayla, tan confusa como yo, que evitaba mirarnos directamente para que Jean no la castigara por interesarse por asuntos que no le incumbían. Al menos así leí a la chica que amamantaba a una Ayla dormida.

— *¿Tre giorni?* — dijo Jean, un poco sobresaltada, y luego entabló una rápida conversación con el médico.

Yo ya no sabía qué hacer ni qué pensar. No entendía nada y aunque algunas palabras se podían entender, no lograba captar el significado de ninguna de ellas debido a la rapidez de la pronunciación. Hasta que Jean decidió incluirme.

— ¿Qué te parece? — me preguntó, como si yo hubiera participado realmente en cada proceso de aquella conversación.

— ¿Sobre qué?

— De lo que ha dicho el médico, Heidi — respondió un poco impaciente.

— ¿Cómo voy a saber lo que ha dicho el médico si has hablado en italiano?

Un segundo de silencio bastó para que ambos nos diéramos cuenta de lo mucho que me irritaba que me excluyeran de toda la conversación.

— Heidi... — intentó Jean, pero el médico fue más rápido.

— ¿Es usted brasileña? Disculpe. — Dijo en un portugués muy acentuado. — Pietro me dijo que el señor Kuhn era alemán, pero que hablaba bien el italiano, así que supuse que a usted le pasaría lo mismo.

— ¿Habla portugués? — Jean tomó la iniciativa, tan sorprendido como yo, pero después de pasar tanto tiempo explicándole el proceso, el doctor decidió que me tocaba a mí entender de qué estaban hablando.

— Soy el Dr. Rissi, especialista en casos de A.M.E. de tipo 1. Como le dije al señor Kuhn, la medicación se administra por vía intravenosa, gota a gota. Todo el proceso dura una hora por término medio, pero me gusta mantener a mis pacientes en el hospital unos días más para poder controlar su evolución.

— Tres días — dijo Jean, dejando claro que era esa parte la que le molestaba.

— ¿Tres días? — Le pregunté directamente a la Dra. Rissi.

— He recibido las pruebas recientes de Ayla, pero necesito rehacer algunas otras. Tienes prisa, he oído.

— ¿Ah, sí? — pregunté a Jean, que no dijo nada, pero se mordió los labios con fastidio.

— Pero necesito realizar algunas pruebas a Ayla y con estos resultados en la mano, le administraremos la medicación mañana, luego esperaremos veinticuatro horas para garantizar su seguridad.

— ¿Es realmente necesario? — Jean intervino y su prisa me dejó confuso.

— Así es como trabajo, señor Kuhn. El señor Esposito le prometió lo mejor de la zona y aquí estoy. En caso de que no se sienta cómodo con mi procedimiento...

— No — dije apresuradamente, sobre todo porque hablaba portugués y pude participar en toda la conversación. — Estamos satisfechos.

No miré a Jean para confirmarlo. Me daba igual que tuviera cosas que resolver. Me quedaba para asegurarme de que aquel infierno llegaba a su fin.

— ¡Bien! Empezaremos las pruebas entonces. ¿Puedo mirar con el paciente?

— Sí, por favor.

Acompañé al doctor que analizó cuidadosamente a Ayla. No omitió ninguna parte. Analizó las reacciones, hizo lo que hace todo médico, pero también ordenó pruebas más específicas.

— Va a ser una noche ajetreada — advirtió. — Debido a la premura del tratamiento, el Sr. Esposito nos pidió que no perdiéramos ni un segundo. Por eso llevaremos a Ayla a hacerse algunas pruebas y recogeremos otras aquí.

— De acuerdo — acepté, ajeno a los deseos de Jean.

— Haré las gestiones necesarias. Con permiso.

dijo la doctora Rissi y salió de la habitación. Miré a Ayla, con náuseas por el sueño interrumpido, y cargué a mi hija.

— Espera fuera, por favor — le dijo Jean a Valesca, que obedeció de inmediato.

Con Ayla en brazos, me quedé mirándole de repente, temiendo haber hecho algo que él no quería. Jean se metió las manos en los bolsillos y mostró su tensión.

— ¿Cuál es el problema? — Tomé la iniciativa para iniciar la conversación.

— Llamaremos la atención si nos quedamos tres días. Necesito... — respiró con fuerza. — Tengo que estar en Alemania mañana.

— Pero ella no recibirá su medicación hasta mañana.

— Ya lo sé. Ése es el problema. Aunque confío en Pietro, aunque creo que la *Cosa Nostra* nunca hará nada para romper la alianza con la *Ndrangheta*, me preocupa dejarlos aquí, solos, mientras voy a hablar con mi padre y le explico toda la situación.

Me estremecí. Estábamos entre aliados que nos protegerían porque así se lo habían prometido a Jean, pero si Stefan no estaba de acuerdo, si determinaba que ése no era su deseo para su único hijo vivo, ¿iría a la guerra? ¿Cumpliría la *Cosa Nostra* su alianza o se pondría de nuestro lado en la lucha?

— "Dijiste que esperarías a asumir el cargo" — susurré.

— Lo hice, pero antes insististe en casarte. Ahora, mientras hablamos, uno de nuestros hombres está viajando para hacer válido el matrimonio, para que los niños puedan inscribirse a mi nombre, y no hay forma de ocultárselo al Don. Mi padre lo sabrá en cuanto firmemos los papeles.

— Y tú crees...

— No. — Se interrumpió, aún alterado y tenso. — Cuando Stefan se entere de que me he casado con la madre de mis hijos, esta mierda se habrá acabado. Tendrá que aceptarlo, sobre todo porque es delante de un aliado importante. Y yo soy el único heredero. Los hijos de Lícia aún son niños, no pueden hacerse cargo de nada hasta los dieciocho, soy el primero en la línea.

— Entonces, ¿por qué estás tan tenso?

Me miró, su rostro con una expresión dolorida, angustiada de una forma que no podía explicar.

— Cosas del trabajo — explicó por fin. — El juez y el notario llegarán mañana y formalizaremos el matrimonio inmediatamente, así como los certificados. Después tendré que marcharme. Fabio se quedará contigo y con algunos de mis hombres, tanto en el hotel como aquí.

— ¿Cuándo podré ver a Lorenzo?

Se pasó una mano por el pelo, otra muestra de lo nervioso que estaba.

— Cuando quieras, pero me gustaría que no salieras del hospital sin Ayla. Sólo son tres días, Heidi. Ayla es ahora nuestra prioridad.

— Lo entiendo — murmuré, aunque me dolía volver a estar lejos de mi hija. — ¿Y hoy qué?

— ¿Y hoy?

— ¿Te quedas para seguir las pruebas?

La pregunta le pilló por sorpresa. Jean se me quedó mirando un rato, tragó saliva varias veces y sacó el móvil, aunque no tenía nada que hacer con él.

— Te dije que tenía que reunirme con Pietro.

— ¿Ahora? ¿A esta hora?

— No hay hora ni lugar para la mafia.

Sin embargo, sabía por su forma de actuar que no sería una reunión ordinaria. Jean era un capo y Pietro era un don de diferentes mafias. Una conversación entre ellos podía tener lugar en cualquier sitio, incluso en uno de los muchos clubes nocturnos que los mafiosos utilizaban para blanquear dinero y divertirse con prostitutas. Pensar en ello me endureció, porque esa sería mi realidad y no podía exigirle nada a alguien que se casaba conmigo para salvarme la vida.

— De acuerdo.

Me alejé, de vuelta a la cuna que acogería a mi hija.

— Heidi...

— Está bien, Jean, te lo dije.

No quería, pero era imposible no dejar que la frustración dominara mi voz. Era un falso matrimonio, sin obligaciones, sin exigencias. Aun así, era mi boda. Aunque fuera en un hospital, y fuera mentira hasta que firmamos los papeles, era mi matrimonio. Lo menos que quería era que estuviera a mi lado esa primera noche en un país en el que no entendía ni una palabra del idioma.

Y la verdad era que no podía desear nada, ni siquiera eso.

— Estás pensando un montón de tonterías — me acusó, sin acercarse más.

— Que yo sepa, no tienes poder para averiguar lo que pienso.

Jean se rió, pero no como si me divertiera, sino con la misma frustración que me invadía.

— No hace falta leer la mente para conocerte. Voy a cenar a casa de Pietro. Una invitación que no pedí, pero dado todo lo que ha hecho por mí, no podía rechazar.

— Sí, claro. Pero te olvidas de una cosa — dije sin volverme. — No me debes ninguna explicación, Jean. Fui sincera cuando dije que no me interpondría en tu camino, que no te

desobedecería ni limitaría tu diversión.

— ¿Diversión?

— No importa. A eso me refiero.

Permaneció en silencio durante lo que pareció una eternidad. No se oyó ni un ruido en la habitación hasta que por fin habló.

— No salgas sin Fabio. No deambules por el hospital. Pasa todo el tiempo posible dentro de la habitación.

Y entonces el sonido de sus pasos alejándose de mí y luego la puerta cerrándose. El aire se me escapó de los pulmones sin darme cuenta y se me llenaron los ojos de lágrimas, pero no las derramé. Respiré hondo varias veces hasta que la puerta volvió a abrirse y entró Valesca.

— ¿Necesitas que haga algo? — dijo con un respeto que no había existido hasta entonces. Aquella chica le debía obediencia a Licia, pero bastó que Jean pusiera el anillo en mi dedo para que todo cambiara.

Un rayo de esperanza en medio de una infinidad de problemas.

JEAN

Me quedé mirando el anillo en el dedo, sin poder dejar de concentrarme en él mientras el coche me llevaba al hotel, donde me ducharía y me cambiaría para reunirme con Pietro. La cena tardía tendría lugar en un club nocturno, donde sin duda Heidi había imaginado que ocurriría. Pero ni yo quería estar en casa de Pietro, ni él atormentaría a la familia con mi petición especial.

Así que su despacho en su mejor club nocturno sería el lugar ideal para encontrarnos. Sólo Ernandes y yo, él y todo el ejército de la *Cosa Nostra*. Me sentí aliviado al comprobar que no había desavenencias entre los dos grupos.

Volví a pensar en Heidi, en cómo reaccionó a todo lo sucedido. Con qué facilidad cedí al matrimonio, cómo me molesté conmigo mismo por empezar a preguntarme si no le había dicho esa verdad a la chica para conseguir lo que quería de ella y era una mierda. Porque Heidi se casó para salvarse, mientras que yo...

Debía seguir con mi vida, aceptar a una de las chicas que seguramente Pietro dejaría a mi disposición, ya que él no sabía nada de la boda, y de hecho no había boda, o no la habría hasta que firmáramos los documentos, pero cuando pensé en alguien que pudiera satisfacerme de una manera que no dejara que mi mente se hundiera en mis problemas, ninguna otra persona me pareció más adecuada a mis necesidades.

Y yo quería montar un buen follón. El desprecio de Heidi me obligó a volver a convocar a Giullia en mis pensamientos y así fue como me di cuenta de que, independientemente de lo que alguna vez había sentido por ella, ya no quedaba nada. Ni deseo, ni amor, ni siquiera pena. En el fondo, estaba agradecido de que Giullia hubiera seguido adelante, de que hubiera encontrado el amor, de que hubiera construido su familia junto al hombre que amaba.

Yo nunca sería así, y después de Heidi y mis hijos, me di cuenta de que no quería nada más de eso. Tenía algo propio que me hacía feliz y me completaba. Sin embargo, Heidi seguía siendo la parte de mí que se enfrentaba a mí, que me limitaba y me devolvía a esa situación de mierda en la que amaba sin ser amada.

— El amor es una mierda — murmuré en voz baja, sin querer llamar la atención de mis hombres. — Joder, Jean, ¿en qué te has metido?

Al día siguiente, todos sabrían que estaba casada y se sorprenderían, al igual que yo, de que tuviera dos hijos. La enfermedad de Ayla seguiría siendo un secreto, me aseguró Pietro. El medicamento aún era nuevo. Los científicos hablaban de que duraría diez años, pero no sabían si

haría falta una nueva dosis, y aún quedaba el tratamiento que tendría que tomar de por vida.

Antes de viajar, hablé con un grupo de médicos que me pusieron al día de todo el proceso. Ayla era joven, tenía cinco meses y los primeros síntomas cuando conocí a Heidi, así que darle la medicación significaría que no habría avances y que tenía muchas posibilidades de llevar una vida normal. Sin embargo, ni siquiera eso me impedía temer por mi hija.

El problema consistía en mantener a mi padre alejado de ellos durante el tiempo que necesitáramos estar en Italia y luego, con el apoyo del tío Hans y de la junta médica, mantenerlo alejado de sus actividades, y podía jurar que no sería nada fácil. Este problema también debía mantenerse en secreto o toda nuestra familia se resquebrajaría.

Me froté la cara, demasiado cansada. Había tantos secretos, tantas mentiras que tenía que sostener, las amenazas, las cosas que no había averiguado y necesitaba averiguar... Todo pesaba más sobre mis hombros aquella madrugada en Italia.

El coche se detuvo en el garaje del hotel. Ernandes bajó primero, como hacía siempre, pero yo estaba seguro de que allí no pasaría nada, bajo la protección de Pietro Esposito. Subimos a la planta reservada exclusivamente a mi familia y a mi seguridad. Debía ir directamente a mi suite y adelantarme para no hacer esperar al Don de la *Cosa Nostra*, pero no pude resistirme a detenerme en la puerta de la habitación donde se alojarían los niños y las niñas.

Dos hombres custodiaban la puerta, como de costumbre, y se apartaron cuando me acerqué. La abrí sin pedir permiso. La chica elegida, la niñera, sabía cómo funcionaba. Nunca llamaría a la puerta, nunca le daría la oportunidad de ocultarme nada.

Estaba sentada en el sofá, con la televisión encendida y un sonido casi inaudible. En cuanto entré, la chica se levantó a toda prisa, en camión. Me fijé en su cuerpo, pero no encontré deseo en el mío, así que aparté la mirada.

— ¿Dónde está Lorenzo?

— Durmiendo, señor.

La mujer se adelantó y abrió la puerta de la habitación donde dormía mi hijo. Junto a su cuna estaba la que recibiría a Ayla cuando saliera del hospital. Me acerqué y vi a mi pequeño. ¿Era cosa mía o crecía con cada parpadeo que le daba? Lorenzo era precioso. Tenía mis ojos, pero todo lo demás era de su madre. Tan sereno, con su cuerpo desarrollándose de la forma correcta, sano, con pequeños pliegues que me encantaba comprobar.

Cuando reía, no cualquier risa, sino las risas que dan los niños de su edad, con gritos de alegría y babas que goteaban sin control, sonreía y le quería más. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía querer tanto a alguien que acababa de conocer? Alguien que no sabía quién era yo, que no me entendía, que lo único que hacía era llorar, reír y ensuciarse los pañales. Y, sin embargo, le quería tanto que se me encogía el corazón al imaginármelo en mi lugar, con la educación que yo había tenido, haciendo las cosas de las que yo no me sentía orgullosa.

Me incliné sobre la cuna, aunque mi poco tiempo me obligaba a ser rápida. No quería despertarlo, entre otras cosas porque no podía quedarme con él, así que le acaricié la piernecita bajo la sábana y sonreí cuando se retorció, a gusto, inquieto, como yo cuando dormía.

— ¿Necesitas algo? — susurró la niñera detrás de mí.

— No, gracias. ¿Se encuentra bien?

— Sí, señor. Lorenzo toma bien la comida y está progresando muy bien.

— ¿Y Ayla? — Levanté el cuerpo y me encaré a la chica, que se encogió ante mi atención.

— A Ayla le cuesta un poco tragar, pero con paciencia y la cantidad adecuada, se las arregla — dice la niñera. — Y no es quisquillosa como su hermano, sino que tiene el desarrollo

adecuado para un bebé de cinco meses.

Pensé en ello. Sabía que la enfermedad había empezado en el cuerpo de mi hija, pero que no había progresado hasta el punto de asustarnos, por lo que a la mañana siguiente estaría lo bastante bien como para crecer como cualquier otro niño. Entender esto me calentó el corazón y me dieron ganas de volver al hospital y tener a mi hija en brazos.

Pero no podía, así que lo que hice fue lo que haría cualquier capo que pide un favor al Don de una mafia aliada: seguí el protocolo y fui a reunirme con Pietro en el lugar acordado.

43

HEIDI

Fue una noche ajetreada, tal y como nos había advertido la Dra. Rissi. A Ayla le hicieron tantas pruebas que me pregunté por qué todo aquello, pero la doctora me explicó con cuidado y atención la importancia de cada prueba. Así que acepté, seguí y me mantuve activa, sin pensar en lo que Jean estaba haciendo en ese momento y con quién.

Me ayudó a olvidar que existía cuando me di cuenta de que más de la mitad de las personas con A.M.E. no podían permitirse ni la mitad de un chequeo tan detallado.

— No cambia en absoluto la aplicación de la medicación — me dijo la doctora en una de sus visitas. — Ayla la recibirá independientemente de lo que encontremos en las pruebas.

— ¿Y por qué todo esto?

— Porque este medicamento es nuevo — explicó. — Sin duda, Ayla estará controlada de por vida. Pero la verdad es que esperamos, y en esto ponemos toda nuestra fe en la ciencia, que sólo sea necesaria una dosis, sobre todo si tiene el seguimiento correcto y complementa los otros medicamentos. Pero muchos científicos creen que durará diez años.

— Así que en diez años ella tendrá...

— No. En realidad, aún no sabemos nada. Como he dicho, todo es muy nuevo. Este medicamento tiene una función muy específica y fundamentalmente importante. Ayuda al cuerpo a producir suficiente proteína que es esencial para la supervivencia de la neurona motora. Pero no recupera lo que ya se ha perdido, ¿me entiende?

— Comprendo. ¿Ayla ya ha perdido algo?

— Eso es lo que estoy analizando, pero por las pruebas ya realizadas, no. Tal vez tiene un poco de dificultad para tragar.

— ¿Tragar?

— Tragar. El informe del Dr. Ezequiel dice que se atragantó. Aunque es natural a esta edad, reconoció el inicio de una discapacidad. Sin embargo, Ayla sigue comiendo, aunque a un ritmo más lento de lo normal.

— Sí.

Me abracé a mi cuerpo, no porque tuviera frío, sino porque echaba de menos tener a alguien ahí que me abrazara y me dijera que todo iba a ir bien. Sin embargo, no había nadie. Estaba sola. Sin mi madre y sin Jean. Y tal vez debería quedarme con esa idea. Pronto Jean sería Don, volvería a Alemania y yo... nosotros... no tenía ni idea de cuál sería nuestro destino.

— Volveré cuando la prueba esté lista — dijo, marchándose de mi lado inmediatamente.

Miré hacia atrás sólo para ver a Fabio haciendo su trabajo. No me consoló y ni siquiera me hizo sentir segura. Volví al dormitorio con Valesca guiando la cuna con ruedas que utilizaban para llevar a Ayla delante de mí. En cuanto entramos, lo vi.

Jean, de espaldas a la puerta y con otra ropa, esperaba frente a la ventana, con las manos en los bolsillos y la postura de quien tiene el mundo a su disposición. Aun así, era el hombre más

hermoso que había conocido. Cuando se volvió hacia mí, sus ojos angustiados buscaron a Ayla y no se relajaron hasta encontrarla.

Fue hacia ella hacia donde caminó Jean.

— ¿Cómo está? — preguntó sin especificar a quién se lo preguntaba, ya que sus ojos y sus manos estaban puestos en la chica.

Sin pedir permiso, Jean sacó a Ayla de su cuna y la cargó. Mi hija... nuestra hija, dijo levantando la cabeza, lo que supuso un alivio infinito para mí, y mirándole como si le reconociera. Jean sonrió y aquello valió cada minuto que pasé sola en aquel hospital.

— ¿Cómo estás, Ayla? — dijo con voz seria, pero como un padre que habla con su hija.
— ¿Una noche ajetreada?

— Sí — respondí acercándome a los dos. Él me miró con atención y me dedicó la más pequeña de las sonrisas. — Ayla tenía muchos exámenes.

Jean hizo una mueca y entregó la niña a la niñera.

— Será mejor que duerma un poco — advirtió. — Y los dos tenemos que hablar.

Jean me cogió de la mano y me sacó de la habitación.

— Quédate, Fabio. Si aparece alguien para más pruebas, avísame enseguida. Ernandes, vamos.

Me llevó sin soltarme la mano. Detrás de nosotros, su soldado raso mantenía la distancia, pero también vigilaba todos los movimientos a nuestro alrededor. Jean me guió hasta una zona increíble, adecuada para las personas ingresadas en el hospital. Era un gran jardín de invierno de colores, con mucho espacio y una cúpula de cristal que permitía ver la noche.

Estaba prácticamente vacío debido a la hora del día. Incluso podía ver, si prestaba la suficiente atención a los primeros rayos que amenazaban con iluminar el cielo y acabar con la noche. Jean se detuvo junto a un rosal y se crujió el cuello y los hombros, dejando claro su cansancio.

— ¿Qué te pasa? — quería saber.

— Nada, pero no quería hablar delante de la niñera — dijo mientras me hacía sentar en el banco como si estuviéramos disfrutando de un momento romántico.

— ¿Qué tal la velada?

Se suponía que iba a hacer esa pregunta de forma trivial, pero había algo que me pasaba, algo que impedía que mi mente se comunicara correctamente con mi habla, así que la pregunta salió como una provocación o una acusación.

— Muy diferente de lo que te puedes imaginar.

— I...

— No importa, Heidi — me cortó. — El doctor Rissi te preguntó si querías averiguar cuál de los dos tiene la genética que causó el... problema de Ayla.

— ¿Descubrirlo? No. ¿Es posible?

— Al parecer, sí. Mapeo genético — explicó de mala gana.

— ¡Hum! — Me acomodé en el incómodo asiento y no tuve valor para enfrentarme a él.
— ¿Quieres hacerlo?

— ¡Maldita sea, Heidi! — soltó Jean. — No, no quiero.

— ¿Por qué no?

— Porque... no.

— Pero...

— ¿Te haría sentir mejor saber que has transferido esto a nuestra hija?

La pregunta me pilló desprevenida y me estremeció. Así que sabía la verdad, pero había

algo más en la negación de Jean. Aun así, preferí dejar morir el asunto.

— Entonces no lo haremos.

— Bien. — suspiró aliviado a mi lado y se dejó reposar en el incómodo asiento. — Enviaré a la chica al hotel. Necesita descansar — dijo.

— ¿Valesca? — Jean, con los ojos cerrados y la cara estirada hacia el cielo, sonrió de la forma más pequeña, pero más odiosa.

— ¿Ahora sois amigos?

— La chica tiene nombre. Si quieres enviarla al hotel, no me importa. Puedo cuidar de mi hija yo solo. — Sonrió un poco más.

— Me quedo — anunció.

— ¿Aquí?

— Sí.

— ¿Está segura?

Jean se acomodó en su asiento y escondió la cara entre las manos. Una clara señal de cansancio.

— Los padres cuidan de sus hijos, ¿no es así como tiene que ser?

— ¿En esta familia? No lo sé — dije. — Pero si quieres quedarte, será mejor que duermas un poco. No sirves para nada.

Estaba a punto de levantarme cuando me cogió de la mano y me obligó a quedarme.

— Mañana, en cuanto hayamos firmado los papeles, me voy a Alemania.

— Lo sé — susurré, no por lo delicado del tema. Sino porque Jean me cogía de la mano y estaba tan cerca que todo mi cuerpo temblaba.

— Por favor, prométeme que te comportarás.

— Ya lo he hecho.

— Lo digo en serio, Heidi. Pase lo que pase, habla conmigo primero.

Su intensa mirada me robó el desafío, me mareó y me confundió.

— No pasa nada.

— Cuando vuelva todo estará arreglado.

— De acuerdo.

Jean se levantó entonces, con su mano en la mía, y tiró de mí hacia la habitación que ocupábamos. Cuando llegamos, dio instrucciones a Valesca. Le dijo a qué hora debía volver y pidió a uno de sus soldados que llevara a la niña al hotel sana y salva.

Así que sólo quedábamos nosotros dos y Ayla, dormida en su catre. Él revisó las dos camas mientras se quitaba los zapatos y yo, sin tener ni idea de qué hacer, cogí mi bolso y me encerré en el baño. Me di una ducha rápida y me cambié de ropa. No me puse una para dormir, sino una que fuera lo más cómoda posible y que no se arrugara demasiado por si necesitábamos ir a otro examen.

Cuando abrí la puerta, me sobresalté. Jean, sin camiseta, con su pecho definido y sus tatuajes que parecían bailar en la oscuridad de la habitación, nunca había parecido tan imponente, mirándome fijamente de esa manera que me intimidaba y, al mismo tiempo, despertaba un hambre insaciable en mi interior.

— ¿Jean?

— ¿Quién iba a ser si no? — dijo irónicamente. — Si has terminado...

— Por supuesto.

Me hice a un lado y le dejé pasar. Todavía embriagada por su magnánima imagen, elegí la cama más cercana al catre y me acomodé en ella. Era acogedora y cálida. Las almohadas

daban la sensación de estar en un hotel. Me tumbé de espaldas a la zona del baño y de cara al catre, pero toda mi atención estaba puesta en cualquier ruido que pudiera oír al otro lado.

Jean no tardó mucho. No tardó en abrir de nuevo la puerta y pasearse por la habitación. No quería mirarle, codiciar lo que no podía ser mío. Pero no se tumbó en la cama a mi lado. Oí el ruido del sillón cuando se sentó y luego silencio.

Como no quería parecer una curiosa, me levanté de la cama y me acerqué a la nevera, que estaba junto al sillón donde, en teoría, se sentaba él, pero me sorprendió ver a Jean apoyado en la ventana, junto al electrodoméstico que yo quería alcanzar, sin camiseta, con las manos apoyadas en el alféizar y la atención centrada en mí.

En el mismo segundo, desaprendí a respirar. Era imposible no mirar su pecho cincelado, los tatuajes que delineaban su cuerpo y lo hacían más deseable. Era imposible no permitirme recordar la forma en que ese abdomen se retraía cuando me la chupaba, o la... ¿era una erección? Aparté la mirada al instante, sin saber si continuar en busca de agua o volver a mi cama.

— He cerrado la puerta — dijo, sin prisa, con voz grave.

— ¿Por qué? — susurré.

— Porque quería sentirme como en casa — reveló. — Y darte derecho a hacer lo mismo.

— Jean indicó mi ropa con la mano, dejando claro que me prefería en camión.

¡Caramba! ¿Qué ha sido eso?

— Ha amanecido. Pronto vendrá alguien a administrarle la medicación a Ayla — dije, más como escapatoria que para informarle.

— Lo suficiente.

— ¿Para qué? — volví a susurrar, todo lo ansiosa que podía estar, a pesar de que toda la realidad pesaba sobre nosotros.

Jean dio un paso despreocupado hacia mí, como si no hubiera intención en su actitud, pero se detuvo frente a mí, tan cerca que, si me esforzaba, podía saborear su aliento. Y eso fue todo lo que necesitaron mis células para enloquecer. Mi sangre se aceleró, mis glóbulos se aceleraron, todo en mí se calentó, mi piel se volvió más sensible y mis ansias más pronunciadas.

— Para poder besarte y que me mandes lejos — ronroneó allí mismo, casi en mi boca, a pesar de la diferencia de tamaño entre nosotros.

Yo quería responder. Quería abrazar mi orgullo y echarle. Dejarle claro que no le estaba permitido estar con otras mujeres y luego buscarme, pero mis labios se abrieron y no salió nada. Nada más que la necesidad de tener sus labios sobre mí.

Jean me dedicó una sonrisa pícaro y provocativa que en tiempos normales me habría hecho contraatacar. No allí, en ese momento, en ese minuto y con todo lo que había pasado desde entonces hasta llegar a ese punto.

Allí, lo deseaba de tantas maneras que me dolía el cuerpo de imaginar no tenerlo.

Jean me sujetaba la cara con una mano, sus labios rozaban los míos, anticipando el sabor inolvidable de su lengua, de su esencia, de todo lo que podía ser cuando quería complacer a una mujer. Y yo también quería luchar contra él. Eso era lo que él ofrecía a todo el mundo y lo que yo quería que fuera sólo mío. Sin embargo, no luché, no me negué, no me aparté ni me impedí tocarle.

Mi piel añoraba la suya y mi cuerpo suplicaba ser llenado por el hombre que me alejaba de mí misma y, al mismo tiempo, me daba todo lo que yo era.

— Quítate los pantalones — me ordenó, pero no como si fuera una imposición. Era el tipo de orden que reverberaba en lo más profundo de mí, que me humedecía, que hacía temblar mis piernas y mi sexo anhelar el acto.

Aún sin apartarme, deshice el nudo que sujetaba el pantalón a mi cuerpo y con unos toques la prenda se deslizó por mis muslos y se abultó a mis pies. Entonces Jean, con un movimiento rápido e inesperado, invirtió nuestras posiciones, dejándome entre su cuerpo y la ventana del dormitorio. Sus labios seguían casi pegados a los míos, como una promesa.

Su mano libre recorrió el costado de mi cuerpo, las yemas de sus dedos acariciaron mis muslos y subieron por mis caderas, moviéndose por dentro de la holgada camiseta que llevaba sin sujetador. Se desvió hacia mi trasero, recorrió con sus dedos el borde de mis bragas hasta que sus dedos estuvieron demasiado cerca de toda mi intimidad. No podía dejar de mirarle porque eso era lo que hacía. Jean me miraba fijamente, captando mis expresiones, analizando mis labios sedientos.

— Ahora voy a besarte — anunció mientras sus dedos rozaban mis bragas hasta llegar a mi clitoris, tan sensible que me hizo estremecer.

— Jean...

— Después del beso — dijo con su mano firme en mi mejilla y sus labios en los míos, sin más movimiento que sus palabras.

Cerré los ojos y deseé el beso. Pero no se produjo. Antes de darme cuenta, Jean se arrodilló frente a mí, levantó mi muslo derecho para apoyarlo en su hombro, apartó mis bragas y hundió sus labios en mí.

— ¡Ah!

Gemí en voz alta, sorprendida por todo, por la forma en que me tomaba, por lo delicioso que era tenerlo así, por el calor de su lengua recorriendo mi carne y la forma en que me perdía cuando aquellos labios se cerraban sobre mí y me succionaban.

Había mucho que alabar de Jean cuando se trataba de sexo. Antes, cuando sólo él me tenía a mí, lo veía como alguien lo suficientemente experimentado como para mostrarme ese mundo de una forma única. Después, tras haber estado en manos de otros hombres y haber sido entrenado por el Capri para ser implacable en la cama, imaginé que Jean perdería su encanto, pero eso nunca ocurrió. Seguía sin tener rival.

Eché la cabeza hacia atrás y rodé sobre mi lengua, que tocó todos los puntos adecuados en el momento justo. Había tanto en ese acto que nadie podría imitar jamás. Jean no sólo chupaba, se apoderaba de todo, dominaba, actuaba como alguien que había estudiado antes su cuerpo y descubierto cada pequeño secreto. Por eso los desentrañaba, los golpeaba, los intensificaba. Tenía la manera ideal de pasar la punta de su lengua sobre mi clitoris, luego avanzar hasta mi entrada, alcanzar mis paredes, extraer de mí un placer imposible de explicar.

— Dios mío... ¡Jean!

gemí cuando intensificó la presión y su mano subió por dentro de mi blusa hasta alcanzar mi pecho. Jean lo era todo a la vez. Me hacía desear cosas que no habría deseado por mí misma, y conducía mi cuerpo al ritmo que él quería. Y eso era todo, yo era tan suya, pertenecía tanto a sus órdenes, que mi placer llegó en el mismo momento en que él dijo:

— Ven.

Y me derrumbé, loca, frotándome contra su boca, mis células licuándose, mi sangre hirviendo, mi cuerpo deshaciéndose, evaporándose, convirtiéndose en partículas del más puro placer.

Jadeando, sentí que me abandonaba, que me levantaba y volvía a mis labios.

— Ahora puedes echarme — advirtió, con la voz llena de lujuria.

No. No sería exactamente así.

Cogí a Jean por sorpresa cuando le empujé para que nuestros cuerpos invirtieran de

nuevo la posición. Él, aunque no respondía, no me detuvo cuando le bajé los pantalones del pijama y liberé su erección.

— Heidi...

— ¡Cállate! — Fue todo lo que conseguí decir.

Me arrodillé frente a él y en el mismo segundo la cabeza de su polla ya estaba entre mis labios. Ejercí una suave presión para lograr la succión perfecta y sentí cómo Jean se estremecía de placer. Pensé que intentaría detenerme de nuevo cuando sus manos, las dos, invadieron mi pelo, pero lo único que hizo fue darme el espacio que necesitaba y la libertad de hacer con él lo que quisiera, igual que él hacía conmigo.

— ¡Joder! — gruñó, bajo, contenido, consciente de que, incluso con la puerta cerrada, aquel no era el mejor lugar ni la situación más favorable, pero nada le impidió hundir sus dedos en mi pelo e inclinarse hacia mi boca para que yo pudiera tomarlo por completo.

Jean era grande, de los que ahogan a las chicas tanto en tamaño como en grosor. Tenerlo así requería práctica y técnica, y yo tenía ambas, porque, lo odieran o no, los Capri nunca fallaban en su objetivo y cuando se les ordenó que me enseñaran lo necesario para convertirme en la mejor, no se anduvieron con chiquitas.

Así que, aunque esperaba un buen momento y que me apartara en algún momento — al fin y al cabo, no era la primera vez que hacíamos oral, pero sí la primera después de nuestro reencuentro —, Jean jadeó cuando me lo tragué sin hacer ningún esfuerzo.

Al mismo tiempo que lo deslizaba por mi garganta, le acariciaba los huevos y disfrutaba del temblor de sus piernas. Jean tenía un sabor especial y un olor único. El recuerdo que debía ser un detonante, pero me cegó, me impidió pensar con coherencia, comprender cada punto de aquella relación. Lo tenía en mi boca de una forma que nunca imaginé que volvería a suceder y eso me hacía grande, fuerte, poderosa como nunca.

— Heidi — susurró devotamente mientras lo chupaba con cuidado, mis labios acariciando la carne dura y deliciosa que pasaba sobre mi lengua. — ¡Joder! — gruñó mientras la succión cobraba una nueva fuerza, en el punto justo, de la forma justa.

Esa podría no ser nuestra realidad. Podía no ser lo que viviríamos en aquel matrimonio. No cambiaba nada de lo que nos separaba y nos hacía opuestos. Aun así, chupar a Jean así, con tanta dedicación, en un lugar prohibido, como habíamos hecho tantas veces antes, hizo que mi mente olvidara los miedos, el dolor, las incertidumbres, el hecho de que no fuéramos realmente el uno para el otro cuando yo sabía que siempre sería suya.

En ese momento, con Jean en mi boca, sólo había un sentimiento: poder. Porque él se rindió, se entregó, se deshizo en mis labios, abandonó su arrogancia, su necesidad de ser el que dictaba las reglas, y vivió, con intensidad, lo que yo le ofrecía.

En ese momento, Jean no era más que un hombre sin fuerzas para detenerme, o para conducirme según su voluntad. Porque su voluntad, mientras mi boca permaneciera en su polla, era la mía. Ese fue el momento en que gané cualquier disputa.

Cuando sentí el primer sabor del pre-cum, unido al placer que él gemía sin contenerse, puse mis manos en acción. Pajeé a Jean en mi boca, presioné como sabía que debía hacerlo, me burlé, me entregué con tal ímpetu que mi cuerpo reaccionó.

Excitada, con las bragas increíblemente mojadas, consciente de que él observaba todos mis movimientos, introduje una mano en las bragas y acaricié mi sexo con los dedos. Sin embargo, no fue más que una pequeña muestra de lujuria que hizo que una corriente eléctrica se extendiera fácilmente por mis células. Entonces, de repente, fue como si mi lengua estuviera conectada directamente a mis dedos, como si mis labios en su carne tocaran también los míos.

El placer adquirió una proporción inexplicable y todo se convirtió en una sola línea, un solo cuerpo, un solo placer. Mi sexo palpitaba en mis dedos en el momento exacto en que el suyo palpitaba en mi boca. Gemí, él imitó mi gesto. Y me corrí, encantada, porque en el mismo instante, Jean se derramó en mi boca, en mí, uniéndonos como nunca.

— ¡Mierda! — gruñó, cansado, rendido, ebrio de placer.

Me aparté a pesar de que las piernas me flaqueaban y amenazaban con desequilibrarme. Me quedé mirando a Jean sin saber cómo terminar. Con el orgasmo que fatigaba mi cuerpo, con su sabor en mi boca, volvíamos a estar como antes y yo no quería eso.

Cogió mi mano, seleccionó los dos dedos que habían estado trabajando en mi sexo y se los llevó a la boca. Y... ¡Dios! ¿No tenía fin? ¿Ese deseo no desaparecería nunca? ¿Por qué mi cuerpo necesitaba responder al suyo con tanta intensidad? ¿Por qué la más mínima cosa que él me daba tenía tal efecto?

No podía explicarlo, pero cuando Jean se llevó mis dedos a la boca y los chupó, me di cuenta de que nunca podría resistirme a aquel hombre. No sabía si eso me tranquilizaba o me preocupaba.

— Buenas noches, Jean — susurré, aún sin saber qué hacer.

Me soltó la mano y me dejó marchar. Y ahí estaba el punto que debía iluminarse en mi mente cada vez que Jean se acercaba. Porque llegaba, tomaba lo que quería de mí y luego me dejaba ir. Un patrón que no significaba nada para él, pero que me hería como si me hubiera disparado él mismo, en el pecho, sin piedad ni misericordia.

Volví a la cama, cerré los ojos y lloré en silencio, porque ésa era la vida que había suplicado tener y que no podía recuperar.

44

HEIDI

No puedo decirte cuánto tiempo rodaron las cálidas lágrimas por mis mejillas mientras fingía dormir. No puedo medirlo, porque es complicado. En el dolor se alarga, en la felicidad se acelera, así que no podría confirmar si fueron cinco minutos o cincuenta. Pero duró lo suficiente para que se acercara, levantara el edredón que habían puesto sobre las camas para nuestra comodidad y se tumbara acurrucado a mi lado.

Allí, sin la magia que derramó sobre mí cuando me tomó, quise echarle, quise reclamar mi derecho a la intimidad y echarle, pero no pude. Jean acercó su cuerpo al mío y me abrazó de un modo que me reconfortó. Y el infierno fue que, debilitada, nuevas lágrimas rodaron por mis mejillas y tuve que hacer un esfuerzo anormal para no dejar escapar los sollozos.

— Esto podría funcionar — susurró detrás de mí. Si por lástima o por sentido práctico, nunca podré decirlo.

— Esta cama es demasiado pequeña para los dos — murmuré, aprovechando para resoplar sin llamar su atención. Pero Jean se acercó más y me abrazó con más fuerza.

— Ninguna habitación será nunca demasiado pequeña para los dos — replicó.

Su voz sonaba como una promesa, pero no quise aferrarme a ella. Ya no. Porque no había razón para soñar, para idealizar, para fingir que aquella no era mi realidad. Le rogué a Jean que se casara conmigo para que su padre no me pusiera las manos encima. Me casaría con él sin esa amenaza, pero él no quería. Así que era inútil llorar, obligándole a comprometerse a lo que no iba a cumplir.

Jean salvó la vida de Ayla y la mía. Eso era más que suficiente.

— Convencer al colchón — me burlé de su promesa, así como de mi sufrimiento. Pero Jean se rió, suavemente.

— Eres complicada, Heidi — dijo con un fuerte suspiro.

— No tienes que hacer nada más por mí, Jean. Ya te estoy agradecida por todo. Y te seré fiel el resto de mi vida.

— No es lo que espero, pero... — Se movió, abandonando mi cuerpo, pero sin levantarse de la cama. Yo hice lo mismo y nos quedamos en la misma posición, panza arriba, mirando al techo.

— ¿No esperas que te sea fiel?

— No es eso. Es que... es frustrante.

— Imagino que lo es.

Jean se quedó callado un momento y pensé que se había quedado dormido, pero en el silencio de la habitación su voz sonó firme, aunque grave.

— Estabas enamorada de mí — explicó de nuevo, su voz revelaba un poco de pesar.

Tragué saliva y no pude contestar. Tenía miedo de abrir la boca y que se me escapara todo. De reafirmar mi amor, de exponerme de nuevo, de revelar que ese sentimiento nunca retrocedía, sólo crecía y me dominaba, a veces hasta asfixiarme.

— ¿Tan mala fui para ti?

— No — respondí, con la voz quebrada. — Hiciste lo correcto, Jean. No había ninguna posibilidad de seguir conmigo cuando Giullia seguía en tu corazón, incluso después de... — las

palabras murieron. — Y para ser sincera... —forcé la mente para tomar otro camino. — No sé si podría seguir así, con tanto dolor y culpa. Cada segundo contigo me recordaba que yo también era responsable por lo que le pasó a Matheus.

— ¡No, Heidi! — dijo suplicante, girando el cuerpo hacia mí y atrayendo mi cara hacia sí con la mano libre. — Tú no tuviste la culpa de nada.

— Era mi deber cuidar de él. Impedir que Giullia volviera a arriesgarlo todo, aunque... — cerré los ojos apenada. — Muchas veces quise que se fuera, pero nunca imaginé que sería así y...

— No te hagas esto — me suplicó.

— Yo estaba allí. Corrí hacia la playa como si pudiera detenerlos. Vi a Giullia en esa lancha rápida y entonces... — el sollozo se escapó sin que pudiera controlar mi cuerpo. — Sigo soñando con ello. Sigo viendo, escandalizada, la explosión, y es tan... es horrible.

— No llores.

Jean me tomó en sus brazos y me acunó como no pudo hacer en el momento en que todo sucedió. Y yo, ante lo que buscaba desde que le fallé a Matheus, me aferré a él y lloré.

— No fue culpa tuya — susurró mientras me acariciaba el pelo.

— En cierto modo, lo fue.

— No. Giullia... ella... Olvidemos esta historia.

— Es imposible.

— ¿Por qué? Porque seré tu esposa, Jean.

— Porque voy a ser tu esposa, Jean. Y ser la mujer que llevará tu apellido me pone en medio de todo esto — revelé.

— Giullia es el pasado.

— ¿Y Scarlett?

Jean suspiró, pero esta vez no me abandonó. Me besó la coronilla y me acarició la espalda.

— No tienes ninguna relación con lo que le ocurrió.

— Pero tú sí — susurré, temerosa de volver a entrar en ese terreno.

— ¿Todavía te asusta? ¿Todavía crees que podría hacerlo?

— No. No creo que la mataras, pero nadie sabe dónde estabas cuando dejaste a Scarlett sola en su habitación.

— Fui a resolver un problema — dijo, sin querer seguir con el tema. — Esa misma noche me robaron una partida.

Suspiré e intenté alejarme, pero Jean se dio cuenta y me retuvo. Me levantó la cara y me obligó a mirarle, a pesar de que las luces estaban apagadas y había una tenue luz procedente de los aparatos que no estaban conectados a nuestra hija, pero que, por alguna razón, estaban preparados para cualquier eventualidad.

— No me crees — dijo.

Quise decir que sí, que todo estaba bien y que sólo necesitaba dormir, pero la verdad era que no podía mentir. No en aquel momento, con la conversación fluyendo así, con toda la buena voluntad de Jean para tranquilizarme y hacerme sentir cómoda en aquel matrimonio.

— Sólo te enteraste del robo la otra mañana, cuando te encontraron borracho en el barco. Esa noche saliste de tu habitación tan aturdida que incluso impediste que Ernandes te acompañara. Así que no puedo creerte, Jean, aunque sé que no serías capaz de hacer daño a Scarlett.

— Entonces eso debería bastar.

— Pero no lo es. Ojalá lo fuera. Pero no lo es. Nunca podré exigirte una explicación. Lo

has hecho todo por mí al tomarme como esposa y protegerme incluso después de decidir que no nos casaríamos. Sin embargo, diré la verdad. Siempre me pesará el hecho de no saber dónde estuviste aquella noche, lo que involuntariamente te sitúa sin coartada y como principal sospechoso.

Carraspeó, pero no se movió; sin embargo, Jean estaba tenso, rígido en su posición, luchando contra algo que yo no tenía ni idea de qué era.

— Yo no maté a Scarlett, pero nadie sabrá nunca lo que hice aquella noche.

— ¿Por qué? — susurré, angustiado.

— Porque... — dudó, con la mandíbula tensa. — Porque hago promesas y las cumplo, Heidi. Igual que asumí nuestro matrimonio para protegerte de mi padre. Mi palabra es una y no se dobla. Y eso es todo lo que voy a decirte. Ahora vete a dormir. Pronto volveremos a nuestra rutina y necesitas estar bien.

Me puso boca arriba, me abrazó y se quedó callado. No dije nada, no podía. Creía a Jean cuando decía que no había matado a Scarlett y, sin embargo, me dolía no saber qué había hecho aquella noche. Por eso, cuando sus ronquidos llegaron hasta mí, no me dormí, no dormí aquella noche y cuando por fin el doctor volvió a nuestra habitación, cuando Jean se despertó para permitir que Ayla continuara con sus pruebas, yo estaba preparada, ordenada, impecable y destruida por dentro.

Ayla se había sometido a su última exploración y tendríamos que esperar unas horas para que recibiera la medicación. Valesca llegó poco después de que apareciera el médico para hablar de los primeros resultados y explicar que los necesitaba para que Ayla pudiera estar totalmente controlada.

Jean no se quedó con nosotros. Sólo se apartaba del móvil o del portátil cuando la doctora entraba en la habitación, o cuando volvíamos, y sólo para enterarse de las novedades, nada más.

Incluso me sentía más tranquila, aunque deseaba un poco estar con Lorenzo. Todo lo que sabía de mi hijo era lo que Valesca me contaba de buena gana. Incluso me mostró una foto que Raika había enviado, a pesar de advertirme que no les estaba permitido tomar fotos, así que sería borrada o Lícia los castigaría.

Y Lícia volvió a ser mi dolor de cabeza. Porque aunque estuviéramos separadas por un océano, ella seguía dando las órdenes, era la que ordenaba a las niñeras, la que decidía lo que estaba bien o mal para mis hijos. Por eso, cuando Ayla se hubo bañado, alimentado y dormido, salí de la habitación y fui en busca de Jean, con Fabio a cinco pasos detrás de mí, como estaría el resto de mi vida.

Dónde estaba era un misterio, pero estaba segura de que Jean no había salido del hospital sin avisarme, así que no estaría lejos. Por eso tomé el camino de la madrugada y busqué el jardín de invierno donde habíamos estado antes, y allí lo encontré. No me vio enseguida. De espaldas a mí, apoyado en lo que habría sido la pared de cristal de la cúpula, Jean hablaba por teléfono en portugués. Y así fue como oí lo que no debía.

— Quiero las imágenes disponibles inmediatamente — dijo enfadado, pero sin cambiar el tono. — ¡No, Álvaro! ¡No esperemos a que vuelva, joder! Podemos averiguar quién ha hecho esta mierda hoy mismo y todavía tengo que ir a Alemania y no sé cuántos días estaremos aquí en Italia, así que quiero estas imágenes ya.

Y, como si supiera que alguien le estaba observando, Jean se volvió en mi dirección y me sorprendió escuchando la conversación. Su expresión se endureció.

— Avísame cuando el juez esté disponible. Luego hablamos.

Terminó la llamada sin ocultar lo mucho que le molestaba encontrarme allí.

— ¿Qué ha pasado? — quiso saber.

— Nada.

— ¿Por qué saliste de la habitación? Heidi, te lo dije...

— Vine a buscarte. Ayla está dormida y necesito hablar.

Jean se relajó un poco, pero no lo suficiente como para que me sintiera segura para abordar el tema de " Lícia ".

— ¿Puedo preguntar qué ha pasado? — me atreví a decir. Hizo una mueca de disgusto antes de hablar.

— Tenemos una imagen de la noche en que mataron a Scarlett. Álvaro dice que no puede reconocer a la persona porque es el reflejo del espejo en un ángulo complicado. Ha llamado a un experto. Álvaro quiere que espere al análisis, pero yo quiero ver las imágenes inmediatamente.

— ¡Ah! — dije, esta vez avergonzado de haber acudido a ti para resolver algo tan ingrátido como identificar al asesino de Scarlett y quitarte esa muerte de encima. — Dijiste que te ibas a Alemania esta mañana — disimulé.

— En cuanto lleguen el juez y el notario para arreglar nuestras diferencias.

Asuntos pendientes, pensé, un poco triste por la forma en que trataba nuestro matrimonio. Sin embargo, era sólo eso, un acuerdo, un pendiente como todo lo demás con lo que tenía que lidiar. Yo no era más que otro problema a punto de encontrar solución.

— De acuerdo.

— ¿Necesitas algo? — preguntó antes de que me diera la vuelta para dejarle solo.

— No. ¿Por qué?

— ¿No quieres un vestido, un conjunto especial para la ocasión? — Una pequeña sonrisa brotó en la comisura de sus labios y me hizo suspirar.

Me encantaba esa versión de Jean, la que se preocupaba pero fingía no hacerlo.

— Un vestido de novia llamaría mucho la atención — comenté, un poco soñadora y bastante enamorada de la idea. — Y pronto Ayla empezará su tratamiento, así que... puedo encontrar un vestido decente entre los que he traído.

— Hazlo tú. — Luchó contra una sonrisa, pero sus ojos delataban su satisfacción. O eso quería creer. — Y arréglate el pelo. No todos los días se casa un hombre — bromeó.

— Lo haré lo mejor que pueda.

Todavía en las nubes, volví al dormitorio y elegí el vestido que mejor representaría la ocasión. No era ajustado ni lo bastante largo para ser un vestido de novia. Era rosa claro, casi nacarado, pero sin el brillo que delataría la ocasión. Me dejaba la espalda libre y pensaba cubrir esta parte con una chaqueta mientras estuviera en presencia de otras personas, pero para la boda, dentro de aquella habitación, quedaría excelente.

Me maquillé por completo. No sólo porque tenía todo lo que necesitaba, una vez recogidas mis cosas de la isla, sino porque quería sentirme guapa para Jean y tener buen aspecto para dar lo mejor de mí en la ocasión. No había mucho que pudiera hacer con mi cabello, sin embargo, tenía un hermoso accesorio que había usado para maquillar al personaje de Scarlett, así que sujeté parte de él y dejé que el resto cayera recto sobre mi hombro izquierdo.

Era lo máximo que podía conseguir con lo que tenía, así que no había nada más que pudiera hacer, así que tras una última mirada en el espejo del baño de la habitación del hospital, salí y me topé con Valesca y Ayla. La chica seguía con el uniforme de niñera, pero se había peinado y maquillado ligeramente y Ayla estaba... preciosa.

No tenía ni idea de cómo aquel vestidito había formado parte de los trajes elegidos para mi hija, pero en aquel momento no importaba si Lícia o Valesca habían hecho la elección, sólo podía mirar a mi hija vestida como una princesa, lista para asistir a la boda de sus padres.

Podría haber sido un matrimonio de conveniencia. Podría haber sido una forma de que Jean consiguiera todo lo que quería, de garantizar la seguridad de sus hijos y también la mía, pero nada de eso eclipsó el momento ni le restó importancia, porque una vez que te casabas con un Capo, ya no había vuelta atrás.

Y yo no volvería atrás aunque tuviera la opción.

Respiré hondo, segura de que en cualquier momento Jean entraría por la puerta con el juez de paz que traería los documentos para que los firmáramos y un notario para que firmara los papeles de nuestros hijos como paternidad, pero no sucedió como estaba previsto. Unos minutos más tarde, mientras yo seguía babeando por Ayla, Fabio dio dos golpecitos en la puerta y abrió.

— El señor Kuhn me ha pedido que les acompañe — dijo con su tono serio y profesional, casi sin mirarnos.

Me miré con aquel vestido que no encajaba en absoluto con el ambiente del hospital sin chaqueta, pero eso estropearía la idea del matrimonio. Pero Jean tenía otros planes y yo no tenía ni idea de en qué consistían.

No tuve más remedio que acompañar a Fabio. Uno de los soldados nos siguió y otro se quedó en la puerta de la habitación, haciendo guardia. Yo, Valesca y Ayla seguimos a mi guardia de seguridad personal sin tener ni idea de adónde íbamos. Salimos de la sala en la que habíamos estado desde el día anterior y bajamos a la planta baja, caminando por una zona abierta hasta que vi, aún lejana, una capilla.

Inspiré bruscamente, sin saber si creer que sí, que íbamos a celebrar una boda de verdad. Jean era imprevisible y yo una tonta enamorada, así que mi mente me protegía de cualquier posible ilusión. Sin embargo, íbamos en esa dirección y nos acercábamos a toda prisa.

Me di las gracias mentalmente por haber elegido un par de tacones adecuados, aunque no fueran cómodos. Una cosa era casarse en la habitación de un hospital, con sólo un documento que firmar, y otra era tener una capilla, y aunque no había sacerdote, Jean estaba allí, guapo con su ropa clásica, un traje completo, esperándome como un novio espera a su futura esposa.

Y al otro lado, acunado por Raika, Lorenzo, también vestido de invitado especial, alborotaba la escena, queriendo acapararlo todo, con sus gritos infantiles y su llamativa presencia. Se me humedecieron los ojos cuando nos detuvimos frente a la capilla.

— Creo que será mejor que entre — dijo Valesca, marchándose de mi lado sin esperar mi autorización.

Me quedé en la puerta sin saber cómo comportarme. ¿Qué tipo de boda era aquella? ¿Haría la marcha de la novia? ¿Caminaría al compás que sólo existía dentro de mí, ya que no había música, sólo dos hombres extraños en el lugar donde se suponía que estaba el cura y algunos soldados custodiando el lugar? ¿Qué esperaba Jean que hiciera?

Paralizada, le vi caminar hacia mí y supe que aquello no podía formar parte del guión de una boda, pero se me congelaron las piernas y no pude decidir cómo actuar hasta que se detuvo frente a mí. Hermoso, único, con ojos que hipnotizaban, con labios que prometían sin necesidad de palabras, con una postura que me decía que con él sólo tendría protección, apoyo, seguridad y... ¿amor?

No, Heidi. No hay amor. exigí mentalmente y sentí que el nudo en la garganta me ahogaba. No había amor, pero Jean sabía ser amable, gentil, considerado y yo tendría paz mientras supiera ser lo que él necesitaba, intenté convencerme.

— ¿Heidi? — llamó, suavemente, con el rostro serio, preocupado. — ¿Qué te pasa?

Parpadeé un par de veces hasta que me di cuenta de que no estaba caminando, no estaba haciendo lo que se esperaba y le estaba preocupando.

— Esto es una boda — dije, todavía mareada por todo lo que estaba pasando. Jean me dedicó esa sonrisa de lado, casi inexistente, un poco libertina, un poco irónica.

— Eso parece — dijo sin perder el humor.

Sacudí la cabeza, deseando que mis pensamientos se aclararan.

— Y estás preciosa — añadió, lo que hizo que mi pecho se inflara y mi cuerpo reaccionara de forma inapropiada. Me mordí el labio inferior para contener una sonrisa.

— "Si hubiera sabido que íbamos a tener capilla, me habría desvivido por conseguir un traje mejor", — comenté, torpe, tonta, tan enamorada que me avergonzaba no poder ocultarlo.

— ¿Esperabas que me casara en la habitación de un hospital?

— ¡No! Quiero decir... — reí, incapaz de contenerme. — Sí, eso es lo que esperaba.

— Lo confundes todo, Heidi. Me estropeas los planes, eliminas mis proyectos y lo dejas todo así, improvisado y de cualquier manera.

— Lo siento — susurré.

— Se suponía que iba a ser una boda de verdad, con nuestras familias, con toda la pompa que exige mi cargo, pero... — hizo una mueca. — Me subí a bordo creyendo que no ocurriría y me bajé con la necesidad de comprar un par de anillos, encontrar una iglesia y arreglar el papeleo.

— ¡Ah, Jean! ¡Lo siento! — dije con más énfasis, culpable de estropearlo todo.

— No pasa nada, Jean. Esta es mi idea de una boda — sonrió y de repente fue como si el sol se enfocara en aquella capilla. — Odio las fiestas pomposas, con cada paso cronometrado y gente a la que no soporto invitada sólo para cumplir con mi obligación. Esto es mejor y más fácil.

— Yo también lo creo — confesé. — Aparte de evitar las preguntas...

— Sí, evitar las preguntas. Menos mal que eso nos lo hemos saltado... hoy.

— Hoy — repetí como una adolescente enamorada.

— Entonces... ¿vamos? Hay un juez de paz esperando tu sí.

Jean me ofreció su brazo y yo le di mi vida.

Y aquella madrugada, con un cielo azul despejado, con el día mostrándose en todo su esplendor, su belleza, me casé con Jean Kuhn y creí que podría hacerlo funcionar, tal y como él me había sugerido al amanecer, cuando me abrazó.

Pero estar enamorado me nublaba la mente y fantaseaba con lo que veía. Por eso no me di cuenta de que no era un cuento de hadas, de que en la vida real el mafioso nunca sería el príncipe azul, de que un Kuhn no aprendería a ser el hombre adecuado para la familia adecuada. No sabía que el amor no lo perdonaba todo y que poner mi nombre en un papel, hacer realidad aquella unión, me enviaría directamente al infierno.

Porque Jean era un hombre apasionado, pero era un Kuhn, y como tal, haría valer su apellido.

45

HEIDI

Jean me siguió de la mano hasta la puerta de la habitación que ocupábamos. Las niñeras nos acompañaban con los niños y dos soldados estaban justo detrás de ellas. Delante de nosotros, Ernandes y Fábio cumplían sus funciones, ambos con sus estrategias para que no nos pasara nada, aunque estuviéramos en territorio seguro.

Mi marido me retuvo fuera mientras Valesca y Raika entraban con Lorenzo y Ayla. Los soldados mantuvieron la distancia adecuada mientras Jean permanecía en la puerta, con los dedos entrelazados. Tanto el juez de paz como el notario ya habían abandonado el lugar y se dirigían a Brasil para formalizar nuestro compromiso.

— Me gustaría quedarme — dijo en voz baja. — Para acompañar a Ayla y también para ofrecerle una luna de miel en condiciones.

La idea hizo que mi cuerpo se agitara, que mi interior se animara, aun sabiendo que, incluso con sexo, nuestro matrimonio no sería más que una formalidad, una forma de ayudarme a conservar a nuestros hijos y protegerme de Stefan Kuhn.

— Pero tengo obligaciones que me impiden quedarme.

— Creía que nada ni nadie podía impedir que un capo hiciera lo que quisiera — bromeé.

Sonrió y me besó la mano de una manera formal que hizo que una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo y se alojara en mi sexo.

— Por desgracia, Heidi, hay muchas cosas que impiden a un capo hacer lo que quiere.

Jean me soltó la mano y me sentí sola, como si la ruptura del contacto hubiera levantado una barrera entre nosotros. Incluso su rostro se endureció.

— Me voy a Alemania — dijo. — Volveré mañana. Quédate en la habitación. Lorenzo y la niñera se quedarán aquí contigo hasta que vuelva. Pietro Esposito es un hombre honorable y cumplirá nuestro acuerdo, así que no hay amenaza, aun así... Haz lo que te digo.

— Hasta luego.

— Hasta luego.

Jean me dejó así, sin una despedida que indicara que éramos recién casados, sin un beso ni nada que mostrara su voluntad de que funcionara. Simplemente me dio la espalda y se alejó, acompañado por su soldado raso y, más allá, por dos de sus hombres de confianza.

Y yo era, una vez más, la niña tonta que creía en los libros románticos, en el *chico malo* que se desvivía por la chica, en un matrimonio que empezaba como un acuerdo y terminaba como un amor imposible de ignorar.

Realmente era una idiota.

Con un suspiro, volví al dormitorio. Lorenzo estaba jugando con su hermana mientras las niñeras se divertían como si en realidad estuvieran jugando a un juego. No me apetecía participar, así que me senté en el sillón junto a la ventana y, con una manta en el regazo, dividí

mi tiempo entre observar el exterior del hospital y la forma en que las niñeras interactuaban con mis hijos.

Una vez más me vi a mí mismo en la época de Matheus, la frialdad con la que actué con el niño sólo porque veía en él la razón por la que Jean no renunciaba a Giullia y se quedaba conmigo. En aquella época, creía que era imposible que un hombre me quisiera en la cama como Jean y se aferrara a la ex mujer de su hermano, que no quería saber nada de él.

Por lo tanto, creía que la única razón para que Jean insistiera en esa historia era Matheus, el heredero de su hermano, que, por sucesión, asumiría el cargo de Don cuando llegara el momento. Vi la situación como una jugada interesada, pero sabía que era a ella a quien amaba.

Entonces fracasé, Giullia huyó con su hijo y Jean... Cerré los ojos, temeroso de lo que me mostrarían mis pensamientos. Matheus se había ido. El dolor, la culpa y la tristeza ocuparon su lugar. Y cuando miraba a mis hijos, cuando veía a las niñeras jugar con ellos como si fueran sus propios muñecos, me sentía resentida. Quería ser mejor para Matheus, pero no podía, porque Lícia no lo aceptaba, Giullia me fastidiaba porque tenía todo lo que yo quería y seguía prefiriendo la muerte y porque amaba al hombre que no debería haber amado.

Abrí los ojos y miré afuera. La mañana había terminado en Sicilia a su manera, clara y fría a la vez, hermosa y solitaria. Miré el horario y me pregunté cuánto tardaría Ayla en recibir su medicina. Pero justo cuando intentaba levantarme e ir en busca de la doctora Rissi, mi teléfono móvil vibró y captó mi atención.

Lo busqué bajo la manta, en algún lugar entre mis muslos y el sillón. En mi mente, o bien era mi madre que quería saber las noticias, ya que no había llamado para decir nada desde que llegué — una injusticia por mi parte, lo reconozco, o bien Jean. Y asumo la culpa por desear que fuera él, que me dijera algo, que deshiciera la frialdad con la que me dejó en aquella habitación tras nuestra boda.

Pero el número de la pantalla, a pesar de ser de Brasil, no me era conocido, no estaba guardado en mis contactos, ni indicaba quién podía ser. Confundida, contesté.

— ¿Heidi?

Era la voz de Flavia al otro lado, lo que me produjo curiosidad, pero no tensión ni preocupación. Ella sabía mi verdadero nombre desde hacía mucho tiempo. Si era por Lícia o porque Jean confiaba en ella lo suficiente para eso, no sabría decirlo, pero recibir la llamada de la mujer de confianza de Jean no me puso en alerta.

— Flavia, ¿cómo estás? ¿Pasó algo?

— ¿Está el señor Kuhn con usted?

La pregunta me dejó un poco inseguro de la respuesta, así que miré alrededor de la habitación y observé a las dos niñeras con los niños en sus momentos, sin prestarme atención.

— De momento, no. ¿Has llamado para hablar con él?

— No. Gracias a Dios que no está a tu lado — dijo, con voz retumbante. — Le he llamado para decirle que corre un gran peligro.

— ¿Cómo?

A pesar de mi sorpresa, no me desesperé. Cuando Flavia llegó a mi vida y me reclutó, pensé que sólo era la encargada de las chicas que formarían parte de la nueva empresa de Jean, pero con el paso de los días me di cuenta de que iba más allá. Flavia tenía libre acceso al castillo, conocía cada paso del camino y quería a Scarlett como a nadie allí.

Entonces, como si se hubiera encendido una luz delante de mí, me di cuenta. Flavia era la persona de la que Scarlett se había enamorado, con la que pensaba abandonar la isla cuando tuviera suficiente para empezar una nueva vida, lejos de los ojos de quienes podían destruirla.

Flavia era el amante que Scarlett ocultaba mientras seguía siendo exclusiva de Jean.

El aire quedó atrapado en mis pulmones. Levanté la manta, como si necesitara ocultar mi alboroto. Porque, de repente, todo el mundo a mi alrededor era un enemigo en potencia.

— ¿Qué ha pasado? — susurré.

— Han encontrado nuevas imágenes — advirtió, con la voz tan contenida como la mía, consciente de que estaba cometiendo una traición de no poca magnitud. — Jean te alejó por alguna razón que aún no he descubierto. Nunca lo había hecho con ninguno de ellos.

Un escalofrío helado me recorrió la espina dorsal. Flavia no sabía lo de los niños, no sabía lo de la boda, así que comprendí que no todo estaba perdido. Al menos no mientras siguiera siendo la única chica del jefe.

— ¿Qué había en las imágenes?

Mientras esperaba su respuesta, recordé las palabras de Jean.

Álvaro dice que no se puede reconocer a la persona porque es el reflejo del espejo en un ángulo complicado. Han llamado a un especialista. Álvaro quiere que espere a ese análisis, pero yo quiero ver las imágenes inmediatamente.

Sólo es un reflejo en el espejo, pero semejante descubrimiento le quitó el sueño. Jean se puso nervioso cuando se enteró del descubrimiento. No quería esperar. Quería las imágenes inmediatamente. ¿Por qué?

— Jean dijo a todo el mundo que había salido de la habitación de madrugada y sus hombres confirmaron su marcha. Pero ahora tienen una imagen de Jean regresando poco después. Se quedó en la habitación durante unas horas y luego se fue de nuevo, sólo para volver temprano en la mañana, lo suficientemente borracho como para reclamar amnesia.

— Estás diciendo...

— La cámara captó el reflejo en un espejo — advirtió. — No habría forma de incriminar a nadie si sólo fuera eso.

— Pero estás diciendo que fue él.

— Te estoy diciendo que sólo el Capo tiene el anillo de la *Ndrangheta* para tal cargo. Nadie más. Y el anillo fue la única pieza que pudieron identificar claramente.

— El anillo...

Las palabras desaparecieron. Sí, Jean tenía el anillo, como Joel antes que él. Era la joya que significaba la importancia de su posición dentro de la mafia, que mostraba a todos hasta qué punto debía ser temido, respetado, no cuestionado.

— Sólo él tiene el anillo, Heidi. Jean Kuhn mató a Scarlett y encontrará la forma de desaparecer con estas imágenes, así que ten cuidado.

— ¿Señora Kuhn? — me llamó Valesca, como si necesitara sacarme del trance en que me encontraba.

Parpadeé varias veces, aturdida, sin saber qué hacer, cómo reaccionar, qué decir. Miré a la niñera, que me miraba preocupada, y sólo entonces me di cuenta de que el médico y otras dos enfermeras estaban en la habitación.

— Tengo que irme — dije, pero no esperé su respuesta.

Temblaba, mis ojos llorosos amenazaban con echarse a llorar y mi cuerpo no respondía a mis órdenes. Mientras mi mente me decía que siempre había sabido quién era el hombre del que me había enamorado, que hubiera matado a su amante exclusivo no debería haber pesado en mi elección, ya que antes de eso había matado a su hermano, a su cuñada y a su sobrino, y sin embargo yo me había entregado a él cada vez que lo había querido.

Que me alejara, que me dejara desaparecer, que me maltratara y me metiera miedo

cuantas veces creyera necesario, que me hiciera desearle hasta llegar a ese punto, casados, sin posibilidad de disolver el matrimonio, sin posibilidad de que yo huyera. Aun así, no podía ocultar el pavor de estar casada con un hombre capaz de tales atrocidades.

— Señora Kuhn — la llamó el doctor Rissi, algo preocupado. — ¿Se encuentra bien?

— Sí — confirmé, pero mi voz sonaba como un grito de auxilio. Resoplé y me obligué a mantener la farsa. — Sí, lo siento.

Me levanté, me arreglé la ropa y me acerqué a ella.

— Me han hecho las pruebas y ahora puedo empezar con la medicina de Ayla — sonrió como si me estuviera haciendo el mejor regalo de todos.

Y así era. Desde que acepté la invitación de mi antigua compañera, fui aceptada en la escuela de la señora Clô, me dejé llevar a "La Casa" y luego a "La Isla", ese había sido el objetivo. Así que dejé salir las lágrimas, aunque no fueran de felicidad. Ayla merecía todo mi sacrificio y si eso significaba que me acostaría todos los días con un hombre que podía matarme cuando quisiera, eso haría.

— Gracias — dije, con la voz aún quebrada.

— Necesito que firmes aquí.

El médico me entregó los papeles mientras las enfermeras tumbaban con cuidado a Ayla y comenzaban el proceso de monitorización con sus dispositivos y cables. Firmé con mi nombre junto al de Jean, cuidando de insertar mi nuevo apellido en el papel, aunque no había tiempo para hacerlo válido en Brasil.

Jean lo controlaba todo, lo sabía todo y se adelantaba a todos los pasos. La prueba de ello era su firma en el papel. Respiré hondo, buscando el valor dentro de mí. Necesitaba digerir lo que había descubierto y saber qué hacer al respecto. Al fin y al cabo, se trataba de un matrimonio de conveniencia en el que su único interés era estar cerca de sus hijos y garantizar la seguridad de su sucesión. Así que, si me callaba, si mantenía la distancia con sus ojos, tal vez nada de esto me afectaría.

Pero, ¿era eso lo que quería? ¿Cerrar los ojos y permanecer a salvo? ¿Creer que un día no se volvería contra mí? ¿Dejar que Lorenzo se convirtiera en sucesor y que Ayla acabara un día en manos de alguien peor que su padre?

No tenía ni idea, pero en aquel momento no podía hacer nada. Así que, sentado junto al catre donde estaba inmovilizado el bracito de mi hija para que no hubiera ningún error en la administración de la medicina, me enfrenté a ella y le prometí que encontraríamos una solución.

Tenía que haber una solución.

46

JEAN

— Cuando supe que estabas en Italia, pensé que por fin habías comprendido tu destino. Mis hombres me confirmaron que tú y Pietro habíais hablado.

Stefan Kuhn, mi padre, el hombre que se agotaba poco a poco pero fingía no darse cuenta de lo frágil que era, me miraba así, con altanería, a pesar de que era necesario un respirador para que sobreviviera y sus palabras se interrumpían ligeramente.

— No — dije con cuidado, pero preparada para el lío en el que estaba a punto de meterme. — Estoy en Italia de luna de miel. Tus hombres saben que estuve con Pietro, ¿pero no pudieron averiguar que me casé con la madre de mis hijos?

— ¿Hijos?

Habría dicho más. Hubiera volcado todo su enfado en mí por no llevar a cabo sus planes, pero la debilidad le venció y le obligó a buscar en el aire. Hans, su *Consigliere* y hermano menor, se acercó, pero mi padre le espantó y sólo la enfermera, que esperaba al fondo, pudo ayudarle.

Mi tío me dirigió una mirada acusadora, como si prefiriera que esperara a que mi padre saliera del despacho y me lo transmitiera para que yo pudiera revelar lo que había sucedido. Sin embargo, Hans sabía tan bien como yo que Stefan Kuhn sólo dejaría ese puesto muerto, independientemente de que fuera para otra persona o para toda la vida.

— Hijos ilegítimos. ¡Bastardos! — acusó mi padre, lo que me dio la certeza de que Lícia había hecho su trabajo de decir la verdad. — Hijos de la criada — continuó. — Eres el capo de la *Ndrangheta*. No dejarás que nuestra sangre se mezcle con...

— Ya basta, padre mío — dije con más dureza. — Heidi fue mi amante durante mucho tiempo y cuando descubrí a mis hijos, Lorenzo y Ayla, no tuve ninguna duda sobre mi obligación.

— ¿Obligación? — gruñó, con voz apenas audible. — A los hijos de vagabundos no los aceptamos. Un capo se casa para que el negocio prospere y las amantes se mantienen en su sitio.

— Yo me casé con ella — dije. — Heidi es mi esposa, la madre de mis hijos y no hay nada más que hacer. Pietro Esposito es testigo.

— ¡Traición! — gritó mi padre como si, de un momento a otro, hubiera recuperado toda su energía.

— Stefan... — intentó mi tío.

— Estamos en guerra con la *Cosa Nostra*. No lo admitiré.

— Padre mío, no estás en posición de empezar nada — fui brusco, seguro de que si no actuaba mi padre sería capaz de cualquier cosa. — Y no es la primera vez que se celebra un matrimonio en la mafia sin que haya negocios de por medio. Joel se casó con alguien de fuera de nuestro entorno.

Mencionar a Giullia fue una sorpresa. Nunca antes me había imaginado poder hablar de ella sin que el dolor me punzara el pecho, sin embargo, en aquel momento, no me pasaba nada. Me dolía más pensar en Heidi y en la negativa de mi padre, así como en la traición de Lícia por

haber tomado la iniciativa de revelar a mis hijos.

— Joel... — Mi padre se reclinó en la silla y sus ojos perdieron el foco. — Tenemos a su heredero. Tú no serás Don, Jean. Matheus es el legítimo.

Hans me miró con tristeza y movió la cabeza en señal de negación, como pidiéndome que no dijera nada. Pero no podía.

— Matheus ha muerto, padre mío — dije, y de nuevo vi que su expresión cambiaba. — Soy su sucesor y después de mí, Lorenzo.

— Lorenzo... — divagó, perdido en la confusión de su mente, lo suficientemente loco como para ser destituido de inmediato. — ¿Quién es Lorenzo?

— Mi hijo.

— ¿Jean? ¿Tuviste un hijo? ¿Un hombre? ¿Con la sobrina de los Espositos?

Dejé salir el aire de mis pulmones, aquella conversación me estaba volviendo loco. Hans se acercó y esta vez mi padre no impidió que lo tocara.

— Stefan, es hora de que descanses — advirtió Hans. — Ya es tarde.

Mi padre miró por la ventana. Era de día, pero seguía estando de acuerdo. Frágil, una nada, loco, perdido en sí mismo.

— Has hecho un buen trabajo, Joel — dijo mientras mi tío lo acompañaba a la salida. — Pronto ocuparás mi lugar.

No dije nada y en cuanto la puerta se cerró tras de mí, dejándome solo en el despacho de mi padre, solté un suspiro agudo. ¿Cómo podía organizar mi vida para que no cayera sobre nosotros con furia? Cuando se difundiera la noticia, los enemigos se movilizarían. No importaba si allí, en aquel lugar, nadie se atrevía a desafiarnos. Nuestras armas estaban repartidas por todo el mundo, en innumerables negocios, con diferentes aliados y, todo el tiempo, alguien intentaba sacudirnos, combatirnos e incluso romper algunos lazos.

Con mi padre fuera de sí, no tenía otra opción, tenía que quedarme, tenía que hacerme cargo, pero ¿cómo? ¿Qué le diría a Heidi para que se quedara? ¿Y en Brasil? ¿Cómo mantendría nuestro negocio en Latinoamérica en conflicto directo con la Yakuza y sin una solución definitiva?

Me levanté de golpe cuando mi tío regresó. Estaba tan tenso que mi mano se dirigió inmediatamente a la pistola que llevaba en la funda. Cuando Hans se dio cuenta de mi actitud, levantó las manos en señal de paz y me di cuenta de la tontería que había cometido. Volví a sentarme, escondí la cara entre las manos y suspiré.

— No me habías dicho que era tan malo — le reproché.

— Cada día está peor. La velocidad de su demencia asustó incluso a nuestro médico. Estamos haciendo pruebas. Por lo que sabemos, la inflamación puede causarla, pero...

Hans se sirvió un whisky, acercó la silla a mi lado y se sentó sin la formalidad que asumiría si otros estuvieran allí. Bebió un largo sorbo, lo que me puso aún más tenso, ya que mi tío no solía beber, al menos no sin una ocasión especial.

— La situación es grave, Jean. Tu padre se despertó en mitad de la noche y atacó a la cocinera.

Me levanté, me serví un chupito más y me lo bebí de un trago. No sería la primera vez que mi padre ataca a una mujer, sobre todo dentro de sus dominios.

— La llamaba Ruth — dijo Hans, seguro de que así llamaría mi atención.

— ¿Ruth?

Hans asintió y tuve que cerrar los ojos y obligarme a no dejar que la bebida volviera a bajar por mi garganta. No podía entender cómo, después de tantos años de maltratar a mi madre,

de humillarla de tantas maneras, mi padre podía llamarla en el colmo de la locura.

Y de nuevo, la imagen de Giullia llenó mi mente. No la que solía presentarse cuando pensaba en ella, la chica sonriente y feliz junto al hombre que amaba, sino la prisionera de Joel de la que me enamoré. Porque era la misma historia. Locura, perversidad, ego y arrogancia disfrazados de amor. Justificado como amor.

— ¿Y la mujer?

Puse mi vaso sobre la mesa, inseguro de si realmente quería oír lo que mi padre le había hecho a la pobre cocinera.

— Llegué a tiempo — me informó Hans. — Por suerte.

— ¿Qué quieres que haga, Hans? ¿Quieres que encierre a mi padre en su habitación y ocupe su lugar? Así, sin más, sin una justificación que no destruya nuestro nombre en la *Ndrangheta*. No podemos alegar demencia. Mi padre, en vida, debe pasarme el cargo, o yo heredarlo a su muerte. Así es como funciona.

Mi tío me lanzó una mirada llena de significado y, al mismo tiempo, de vergüenza por demostrar aquella solución. ¡Joder! Yo no haría eso, por mucho que la idea me repugnara. Maté a mi hermano no por su posición, como todo el mundo creía. Nunca haría daño a Joel si no estuviera seguro de que nos destruiría, nos mataría a todos en su falta de cordura.

Joel perdió la cabeza igual que mi padre. ¿Y quién podía juzgarlos? El nivel de crueldad que nos obligamos a vivir, todas las cosas que presenciamos, causamos, la gente que matamos... cualquiera se volvería loco. Yo mismo sentí que perdía la cabeza muchas veces después de liberar a Giullia y Matheus, y la verdad era que sólo volví a pensar a pleno rendimiento cuando Heidi regresó, cuando descubrí a mis hijos y la necesidad de Ayla.

Volví a sentarme en el sillón y acuné la cabeza entre las manos.

— Temo por ti, Jean — empezó Hans. — Cada día tu padre llama más a Joel y cuando se da cuenta de lo que ha pasado... cuando se da cuenta de que ya no hay heredero de Joel y de que Joel estaba a su cuidado...

— Yo no hice que los mataran — repetí sólo porque entendía a dónde quería llegar mi tío y no quería lidiar con esa mierda ahora mismo. — Mis hombres no sabían que iban a volar el barco.

— No me debes esa explicación. No hay vuelta atrás de lo que pasó, lo que necesitamos saber es ¿qué hacer ahora?

— No voy a matar a mi padre, Hans, si eso es lo que sugieres.

Mi tío cerró los ojos y dejó escapar un suspiro mientras se recostaba en el sillón.

— ¿Qué pasará si Stefan sigue así en el poder? No aceptó tu matrimonio, dijo que la *Cosa Nostra* nos había traicionado. ¿Has pensado en lo que podría hacer si tiene otro arrebató? No renunciará a su posición por ti.

— Lo destituiremos. Diremos que es por motivos de salud, pero no revelaremos la razón — sugerí.

— Sabes que las cosas no funcionan así, Jean.

Sabía que esto era lo peor que me había pasado desde que disparé a mi propio hermano. Porque ni siquiera saber que Joel intentó quitarme la vida primero, que también me disparó, que cuando pensó que moriría después de su paliza, hizo que me enterraran vivo, me estremeció más que ser yo quien diera el último disparo y salvara a Giullia y Matheus.

— Pensemos en una salida, tío. Necesito descansar, luego hablar con mi padre. Tal vez pueda convencerlo de hacerlo pronto.

— Buena suerte, Jean, y siento advertirte que fracasarás.

Hans también puso su vaso sobre la mesa y se levantó. Salí de la habitación, pero no fui a mi cuarto. Había tantos problemas, tanta confusión, que me preguntaba si acabaría como mi padre, loco. Entré en la habitación que solía ser el despacho de Joel. Sabía que mi padre nunca se desharía de las pertenencias del hijo que más quería. Entonces, en su locura, creyó que Joel volvería y que necesitaría todo lo que pudiera ayudarle en su trabajo.

Por eso se equipó la oficina con ordenadores avanzados y toda la seguridad que necesitábamos para las conversaciones por Internet. Antes de llegar a Alemania, le pedí a mi tío que me lo organizara todo. Le pedí el técnico de mayor confianza y Hans organizó un pequeño equipo, elegido por él, sin el peso de mi padre, para que me hiciera el trabajo.

A la hora acordada, Álvaro, Flavia y los demás soldados de nuestro bando aparecieron en la pantalla durante la llamada que íbamos a mantener para comentar lo que mostraban las imágenes. Álvaro mantuvo la postura de quien ocupa mi lugar en mi ausencia y los hombres de la sala tenían nuestra confianza. Sólo Flavia llamó mi atención. No sólo mostraba su fastidio, sino que mi confianza en ella se iba erosionando poco a poco, sobre todo cuando la información comenzó a filtrarse.

— ¿Has visto la imagen? — preguntó Álvaro delante de todos, aunque yo estaba seguro de que sí, vi la imagen en el momento en que me la envió.

— Sí. ¿Quién es el experto? — Fui directo al grano.

— Marcos — Álvaro señaló al empollón que se ajustaba las gafas a cada segundo.

— ¿Conseguiste la mejor definición?

El hombre, de pelo castaño liso y un flequillo que casi le ocultaba los ojos, tenía que ajustarse el pelo y las gafas todo el rato, como si le aterrorizara estar delante de mí.

— Sí, señor. Conseguí acercarme todo lo posible, aunque lo único que sabemos es que la persona llevaba una manta negra con capucha para ocultar su rostro.

— Pero eso quedó claro sin necesidad de su servicio. — Mantuve la calma, sin cambiar el tono de voz para no provocar el pánico en el muchacho.

— Enséñale — ordenó Álvaro.

— Sí... sí, señor.

El chico tecleó rápidamente y compartió conmigo la pantalla de uno de los monitores. Vi la imagen ampliada, toda pixelada, que poco a poco, segundo a segundo, fue tomando forma. Lo primero que apareció fue el anillo, que me revolvió el estómago. Aun así, sabía que no era yo el que estaba ahí dentro y me sobraban razones para mantener la calma ante aquella locura. El anillo que pesaba sobre mi dedo estaba sobre un tatuaje, la piel del dedo que lo sostenía estaba desnuda.

— "Es el anillo destinado a los capos de la *Ndrangheta*, señor", — anunció Flavia, con la voz llena de pena.

¿Qué le pasaba a aquella mujer?

— Gracias por la información, Flavia. Amplía un poco más la imagen — ordené.

El joven volvió a teclear con rapidez y conté los segundos hasta que pude ver la mano entera portando el anillo que llevaba en el supuesto dedo.

— Es mi mano derecha — le informé. — Que claramente no es la mía.

— Pero, señor, el anillo... — insistió Flavia.

— "No te debo ninguna satisfacción, Flavia", — dije con rudeza, harto de su intromisión, como si estuviera allí para alentar la idea de que yo había matado a Scarlett. — Álvaro. Eso es mano de hombre, creo que está claro para todos.

— Por supuesto — asintió mi jefe y se acercó un poco más a la pantalla, como

intentando reconocer la mano. — ¿Podría ser el anillo una réplica?

— No — dije, seguro de que era imposible olvidar aquel anillo. — Es el anillo de Joel — dije.

— Pero... — me miró Álvaro dubitativo. — El anillo pasa de heredero a heredero.

— Pues sí. Yo no era el heredero de Joel.

— Así que quedó en manos de... — intentó comprender Álvaro, pero mientras mi mejor amigo lo hacía, yo me quedé observando a Flavia y su reacción.

— Pero tú llevas el anillo — recalcó ella, llena de seguridad.

— El zafiro del anillo de Joel se resquebrajó el día... — tragué saliva, pero me obligué a mantenerme firme frente a los hombres que observaban la escena. — El día en que murió. No quería heredar la joya, así que Licia lo enterró con ella en el dedo.

— ¿Con un zafiro? — refunfuñó Álvaro, como si eso cambiara algo en la investigación.

— Mandé hacer una réplica y me puse este anillo. — Levanté la mano y se lo enseñé. — Desde entonces nunca se ha movido de mi dedo.

— Tenemos que averiguar de quién es esta mano — exigió Álvaro, volviendo al plan que necesitábamos. — Y está claro que pertenece a un hombre.

Miré a Flavia, seguro de que en ella encontraría una respuesta.

— Álvaro, tú tienes el diario de Scarlett. Sabes que tuvo un amante. Ahora sabemos que un hombre estuvo en mi habitación, que la puerta estaba sin vigilancia y que ese hombre en cuestión llevaba el anillo de Joel.

— ¿Estás seguro de que esto no es sólo una réplica para incriminarte? — me advirtió mi jefe, pero mantuve la mirada fija en Flavia, que jadeó y apartó la vista.

— Nadie se atrevería a incriminarme, Álvaro. Muchas mujeres han muerto a manos de un Capo, de un Don, sin que nadie exigiera justicia. Quienquiera que haya hecho esto quería enfrentarme, demostrarme lo fácil que es llegar hasta mí. Y usaron a Scarlett para dejar claro nuestro fracaso.

— ¿Qué quieres que haga, Jean? — Álvaro asumió el papel que yo esperaba de él.

— Abre la tumba de Joel y averigua si el anillo sigue con él — le ordené. — Y quiero una copia de esa mano con todos los detalles que podamos conseguir.

— De acuerdo.

— Otra cosa — añadí cuando todos creían que la reunión había terminado. — Pregunta a Flavia.

Todos se sorprendieron. Álvaro entrecerró los ojos sin entender mi orden.

— Flavia era la responsable de las chicas, así que era la que mejor conocía a Scarlett. También estuvo en la habitación antes de la avería que nos impidió acceder a las cámaras que mostraban mi habitación. Es más, ella filtró información importante.

— ¡Sr. Kuhn! — intentó contraatacar, pero la detuve cuando mis soldados cumplieron mi orden y se colocaron detrás de ella. — Jean, no soy una traidora — dijo ella.

— ¿Entonces por qué llamaste a mi mujer y le dijiste que yo había matado a Scarlett?

La información tomó a todos por sorpresa. Ninguno de ellos había previsto mi actitud, pero yo sabía que si alguien allí dentro intentaba fastidiarme por creer que yo había matado a Scarlett, sin duda tratarían de poner a Heidi en mi contra, así que, en contra de todo lo que creía correcto, permití que instalaran un programa espía en el teléfono móvil de mi mujer, y así descubrí que Flavia, más que nadie en la sala, quería que me derrotaran.

47

JEAN

Ni siquiera llegué a mi habitación y mi móvil sonó con una llamada de Álvaro. Me lo esperaba. Desde que me hice cargo, no era habitual que utilizáramos nuestras técnicas con mujeres. En general, ni siquiera llegaban a una posición de confianza.

Flavia creció en la mafia. Era sobrina de un socio muy involucrado. Trabajó con Joel cuando la reclutó para seleccionar chicas, llevarlas al extranjero y esclavizarlas. No se lo pensó dos veces cuando tuvo que elegir bando y desde entonces está tranquila con la idea de dejar de engañar a las mujeres y hacer que trabajen y estén bien cuidadas.

Desde entonces nunca hemos tenido problemas. Flavia se convirtió en alguien en quien yo confiaba, despertando incluso los celos de Licia. Hasta que Scarlett murió y ella cambió toda su actitud.

— Álvaro — dije mientras respondía a la llamada de mi ayudante y entraba en mi habitación para tener más intimidad.

— ¡Maldita sea, Jean! ¡Es Flavia!

— ¿Y qué? Ha filtrado información importante. Va a mis espaldas para intentar inculparme.

— ¿Te lo dijo Heidi?

— No. Seguramente ahora Heidi está formulando un plan perfecto para alejarse de mí.

Y la idea me volvió loco, porque no podía dejar Alemania y volver a Italia sólo para asegurarme de que ella no estuviera tan loca como para desaparecer.

— Y como sabes... ¡Maldita sea, Jean! No lo hiciste.

— Tuve que hacerlo.

— Heidi se volverá loca cuando se entere.

— Un día se dará cuenta de que no puedo jugar limpio para protegerla.

Álvaro murmuró algo que no entendí, y luego decidió dejar el tema.

— ¿Y Flavia? No puedo hacerle lo que le hacemos a los traidores — dijo en voz baja, como si necesitara ocultar el asunto a todo el mundo.

Suspiré. No torturábamos a las mujeres. No matábamos mujeres, pero siempre había la excepción de que la mujer en cuestión fuera una amenaza. Aun así, por mala que fuera la idea, yo no veía a Flavia de esa manera. Había algo extraño en todo aquello.

¿Traicionó Flavia mi confianza? Absolutamente. Llamó a Heidi y la envenenó contra mí. Y ese era un problema que necesitaba manejar lo antes posible. ¿Pero por qué? ¿Qué razón tenía Flavia para arriesgarse así por la muerte de Scarlett? Sentía algo por las chicas, de eso estaba seguro, al fin y al cabo, estaban en el mismo barco, intentando sobrevivir al mundo de perros que les esperaba fuera.

Cuando Flavia se puso de mi lado, con la promesa de que las mujeres ya no serían esclavizadas, devaluadas o tratadas como moneda de cambio, vi el alcance de su alivio y gratitud. Por eso confié en ella hasta que tuvo libre acceso al castillo y a las muchas otras

empresas de mi propiedad.

Flavia no me traicionaría por una razón burda. Y ella creía, o se aferraba a la idea, de que sólo yo podía haber asesinado a Scarlett. Por eso mantuve mi atención en ella, en su reacción cuando le revelé que el anillo que llevaba no era el mismo que llevaba Joel, y vi su asombro. Así que Flavia sabía algo, pero no sabía quién se lo había hecho a Scarlett.

Ella quería venganza igual que yo quería una solución. Así que sólo había una razón para que saliera como yo había planeado.

— Presta atención, Álvaro — advertí sin vacilar. — Flavia traicionó mi confianza, pero no es la persona que buscamos.

— Entonces, ¿por qué hiciste que la detuvieran?

— Sabes que nadie que se mete en mis asuntos sale vivo después de una traición.

— Pero es Flavia.

— No haría una excepción con ella. Flavia sabe mucho. Estuvo entre mi gente durante mucho tiempo. Sabía cómo entrar y salir sin llamar la atención.

— ¿Quieres que la mate?

— No, no quiero.

— Jean, no entiendo. Si no vamos a matar a Flavia, ¿qué vamos a hacer?

— Cambiemos las tornas. Escúchame. No quiero a nadie más en la celda de Flavia. Sólo tú y ella.

— Sigo sin entenderlo.

— Flavia era la amante de Scarlett que estábamos buscando.

— ¡De ninguna manera, Jean! Flavia...

— Escúchame. Es ella. Por eso está tan decidida a encontrar al culpable, a vengar la muerte. Flavia está hirviendo de venganza. Y ahora sabe que no fui yo.

— ¡Maldita sea, Jean! ¿Quieres que la haga confesar?

Dijo mi jefe con cierta inquietud. A Álvaro, como a mí, no le gustaba la idea de utilizar ningún tipo de tortura contra una mujer. Especialmente nuestras técnicas de tortura.

— Confesará. Y será rápido. Alguien alimentó ese dolor en Flavia. Alguien la hizo querer que yo pagara. No lo habría pensado sola. No sin la certeza de que alguien grande estaba detrás.

— ¿Y quién sería tan grande como para enfrentarse a ti? Eres el Capo. Aunque descubriéramos quién mató a Scarlett, no te pasaría nada. E incluso si intentaran hacerte pagar, ¿quién ocuparía tu lugar? Eso es ilógico.

Lo pensé, pero la idea ya estaba formada. Aunque no tenía todas las piezas, estaba seguro de que era el camino correcto.

— Scarlett murió el mismo día que me robaron los diamantes.

— Pero eran situaciones diferentes — intentó argumentar.

— ¿Y si no lo eran? ¿Y si la idea de que fuimos atacados por enemigos junto con los nuestros es sólo una forma de despistarnos mientras me debilita?

— Jean, de nuevo, no hay nadie que te sustituya. Sacarte de acción sería como entregar nuestro negocio al enemigo. Licia no será aceptada. Sus hijos aún son jóvenes. Y tu hermana no te traicionaría. No después de traerte de vuelta.

Licia no me traicionaría, yo quería creer eso, sin embargo, ella ha roto mis órdenes muchas veces aprovechándose del hecho de que me salvó la vida. Incluso cuando llamó a mi padre y le habló de mis hijos y de mi posible matrimonio. No entendía qué quería decir mi hermana con eso, pero ya llegaría el momento de interrogarla.

— Hacer hablar a Flavia. Hazle saber que estoy dispuesto a perdonarla si me da todo lo

que sabe.

— ¿De verdad vas a perdonarla?

— Eso dependerá de lo que ella tenga para darme. Consigue todo lo que puedas.

— Mierda, Jean.

— Es una orden.

— Joder, ya lo sé. — Álvaro respiró hondo y el sonido que hizo me hizo imaginar que estaba encendiendo un cigarrillo. Yo quise hacer lo mismo. — ¿Ya está?

— No. Ha pasado algo. Seguro que tu padre te lo contó.

— No. Me dijo que el tío Stefan no estaba bien. ¿Qué le pasa? ¿Alguna enfermedad grave?

— Algo así — murmuré. — Álvaro, necesito que estés preparado.

— ¿Preparado para qué?

— Para ocupar mi lugar mientras mis sobrinos no puedan.

— Jean... — guardó silencio un rato, digiriendo el tema. — ¿Tan serio es?

— Lo suficiente como para exigir que me quede.

— ¿Y Heidi y los niños?

— Se quedarán conmigo, bajo mi protección.

— Me parece bien. Estoy listo para apoyarte y hacer lo que sea necesario. Sabes que puedes confiar en mí.

— Lo sé, pero hasta que decida cuándo actuar, mantendremos esto en secreto.

— No te preocupes, te llamaré cuando tenga una respuesta de Flavia.

— Gracias. Y, Álvaro...

— ¿Sí?

— Cuando Flavia confiese, haz que todos piensen que fue un error.

— Sigo sin entender tu plan, pero haré lo que decidas.

— De acuerdo, hablaremos más tarde. Luego hablamos.

Colgué el teléfono, encendí un cigarrillo y me tumbé en la cama. Tenía mucho que organizar en mi mente antes de ponerlo en práctica.

Nadie se atrevería a llamarme a mi habitación a menos que ocurriera algo, como que mi padre se volviera loco o que nos atacaran, pero nada de eso ocurrió y tuve tiempo suficiente para elaborar cada paso de mi plan. Sin embargo, lo más importante era Heidi, y no podía acudir a ella en ese momento para deshacer el entuerto que Flavia había provocado.

Por eso opté por llamar. La tarde seguía su curso y hasta entonces, ocupado con todos los problemas que tenía que resolver y las decisiones que debía tomar, no había tenido tiempo de seguir el proceso de Ayla en el hospital. Sin embargo, creía que Heidi me avisaría en algún momento, pero no fue así. Y, por supuesto, sabía que Flavia formaba parte de los motivos de mi mujer.

Cogí el móvil, ignoré algunos mensajes, incluidos los de Lícia, y llamé a Heidi. La llamada sonó hasta que saltó el buzón de voz, por lo que supuse que o bien se había dejado el móvil en la habitación del hospital para acompañar a Ayla a la intervención o para hacerse una nueva prueba.

Sin sentirme culpable por la aplicación espía que había puesto en su dispositivo, accedí a sus actividades y descubrí que unos minutos antes había llamado a su madre. Podía escuchar la grabación, pero no tenía tiempo. Había tanto que hacer, sin embargo, que intercepté la foto que

había enviado Heidi, del bracito de Ayla inmovilizado, en la intravenosa recibiendo medicación, con el siguiente pie de foto: ahora es real. Ayla está a salvo.

Por un segundo sonreí y sentí alivio. La medicación era nueva, no había certeza sobre el futuro de nuestra hija ni sobre la necesidad de una nueva dosis, pero sabíamos que durante diez años, con los cuidados adecuados, tendríamos la paz que necesitábamos.

Pero mi alegría duró poco. Heidi le contó a su madre que había empezado a tomar la medicación, pero a mí no me dijo nada. Y por mucho que estuviera disgustada o asustada por las cosas que Flavia le había metido en la cabeza, ese era el tipo de información que no podía ocultarme.

Me levanté molesto, dispuesto a llamar a uno de los guardias de seguridad y pedirle que pasara la llamada a mi mujer, o, para ser más dramático, que ordenara a Fabio que no dejara que Heidi sacara a los niños de la habitación y que, si era necesario por orden médica, mis soldados se aseguraran de que ninguno de ellos se atreviera a salir de aquel hospital sin mi orden.

Pero justo cuando intentaba actuar, unos débiles golpes en la puerta llamaron mi atención. Volví a guardar el móvil en el bolsillo, comprobé la pistola en la funda que ni siquiera me había quitado y dejé pasar a quienquiera que fuese. Era el tío Hans.

— ¿Puedo pasar?

— Por supuesto. ¿Alguna novedad?

— No por el momento. Puede que no te guste lo que voy a decir, pero he estado sedando a tu padre a ratos. Por mi cuenta, sin ayuda de nadie. Sabes que estamos entrenados para eso.

— No me importa lo que hagas, Hans. Tal vez esta sea la mejor solución.

Pasó por mi habitación, como si no hubiera estado allí desde hacía años, y luego me miró con perspectiva.

— ¿Así que tienes dos hijos? — Hans sonrió sin el peso que arrastraba desde mi llegada.

— Lorenzo y Ayla. Tienen cinco meses.

— Gemelos — hizo una mueca como si le asustara la idea. — No puede ser fácil. Pero un niño y una niña ayudarán a aliviar los problemas.

— Hans, si me hago cargo o cuando me haga cargo, todo cambiará — dije con cierta inquietud.

— Imagino que así será. No estás de acuerdo con iniciar a los chicos a una edad tan temprana, ni con las técnicas que hemos estado utilizando durante tantas generaciones.

— No estoy de acuerdo — confirmé, pero porque necesitaba dejar claro cómo sería desde el momento en que me hiciera cargo y mi tío, como *Consigliere*, necesitaba entender que si aceptaba lo que me pedía, también tendría que seguir mis propias reglas. — Hay otras maneras.

— Pasé por el mismo proceso que tu padre y sé que, aunque nos convirtamos en hombres capaces de todo, de soportar cualquier dolor y darlo todo por nuestra familia, no es el método más eficaz.

— No lo es. Joel y Stefan demostraron que no lo es. No seguiré sus pasos.

— Estaré aquí para apoyarte, Jean. Sé el riesgo que corremos y cuánto exige la situación una respuesta rápida.

Sí, no estaba allí porque necesitara hablar o saber de mis hijos. Hans Kuhn quería, una vez más, asegurarse de que hiciera lo necesario y lo antes posible.

— Tengo que volver a Italia — le dije. — Y luego a Brasil.

— No tenemos todo ese tiempo.

— Lo necesitaremos. No te preocupes, tengo un plan. Stefan se mantendrá fuera de combate mientras yo esté fuera.

Hans aceptó sin decir nada, pero tampoco salió de la habitación.

— Hay algo más que tengo que decirte — dijo, sus ojos clavados en mí con cierto temor.

— No es apropiado, sobre todo porque Alejandro y Benito están a nuestro cuidado.

— ¿Cuál es el problema, Hans?

— Lícia está aquí. Acaba de llegar. Vino sin avisar y se sorprendió cuando le dije que tú también estabas aquí.

— ¿Lícia? ¿Pero qué hace ella aquí?

Hans se apoyó y se rascó con cuidado el labio inferior. Mi tío nunca fue un hombre temerario. No hablaba sin seguridad o sólo para llenar el silencio. Como *Consigliere*, escuchaba, analizaba y luego discutía el asunto con mi padre. Pero mi padre ya no existía, sólo era un hombre loco, más loco de lo que había estado nunca durante su etapa al frente de la *Ndrangheta*.

— Creo que se ha dado cuenta de la situación de su padre — comenta, manteniendo la cautela. — Como Stefan no está en sus cabales, Lícia ya no es la hija de la que se deshizo y podría convertirse en su favorita.

— ¿Crees que quiere ser Don? — me mofé. — Ni en el peor momento de mi padre una mujer asumiría un puesto de responsabilidad en la mafia. Puede que sea injusto, pero así es como funciona. Y Lícia lo sabe.

— Quizá quiera intervenir por sus hijos — sugirió.

Me lo pensé. Yo me ocupaba de los asuntos de los hijos de Lícia y ella lo sabía, igual que sabía que no podía presentarse en casa de nuestro padre mientras sus hijos estuvieran en iniciación.

— ¿Dónde está ella?

— En su habitación. Le dije que su padre estaba durmiendo porque no se sentía bien y ella decidió irse a la cama.

— Voy para allá.

Sin que Hans me lo impidiera, salí de mi habitación y fui en dirección a la que ocupaba mi hermana, a pesar de que nunca había sido deseo de mi padre mantener su habitación en la casa. Mientras caminaba, intentaba encontrar una verdadera razón para que ella estuviera allí. ¿Qué quería Lícia? ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué insistía en actuar sin mi permiso cuando vivía bajo mis órdenes?

Llamé a la puerta como una mera formalidad, pero no esperé su orden para entrar. En cuanto abrí la puerta, la encontré al teléfono. Colgó inmediatamente, alarmada y sin despedirse. Luego me sonrió como si fuera bueno que volviéramos a encontrarnos en aquella casa donde nunca había sido feliz.

— ¡Jean!

— ¿Qué haces aquí, Lícia?

Mi hermana miró alrededor de la habitación como buscando la respuesta más plausible. Luego soltó el aire de sus pulmones y se sentó en la cama. Cerré la puerta y me quedé de pie frente a ella, esperando una respuesta.

— Creía que estarías en Italia con Heidi y los niños. No me había dado cuenta...

— ¿Qué haces aquí? — repetí, esta vez con más energía. Sus ojos se abrieron de par en par ante mi falta de afecto.

— No quería preocuparte, pero cuando hablé con papá para saber de tus hijos...

— Sí, me enteré de que, sin mi permiso, le habías informado de la existencia de los niños.

— ¡Jean! No sabía que...

— No tienes por qué saber nada. Si hubiera querido que te convirtieras en mi portavoz, te

habría dado el puesto, pero no recuerdo haberlo hecho.

Lícia bajó la cabeza, respiró apresuradamente, como buscando la forma de no llorar delante de mí, y cuando habló tenía la voz entrecortada.

— Nunca me has hablado así — acusó, con voz dulce.

— Acostúmbrate. Será así o peor cada vez que desobedezcas una de mis órdenes o vayas a mis espaldas.

— ¡Jean!

Mi hermana se llevó la mano al pecho, mostrando conmoción ante mis palabras e incluso una lágrima, una sola lágrima, rodó por su mejilla.

— Yo te protegí. Lo hice...

— Basta ya de hablar. Sé muy bien lo que hiciste y por qué, no necesito que me lo recuerdes cada vez que me desobedeces y tengo que ser duro contigo. Ahora respóndeme de una vez: ¿qué haces aquí?

Ella accedió, todo su cuerpo mostraba fragilidad.

— Como te dije, no quería preocuparte porque de repente viajaras con Heidi y los niños, así que supuse que te tomarías un tiempo para ti, para acostumbrarte a la novedad. Y Álvaro, como siempre, se hizo cargo de tus actividades durante tu ausencia.

Lícia no ocultó, como nunca hizo, que mi elección de Álvaro en lugar de su marido, un idiota que tenía un cargo en mi dirección sólo porque ella me lo pidió, no le agradaba.

— Pero cuando hablé con papá, me di cuenta de que no estaba en su mejor momento. Quiero decir... Por el amor de Dios, Jean... Nuestro padre habló de Joel y dijo que Matheus tenía edad para estar aquí. ¿Ha olvidado lo que pasó? Y se dijeron tantas tonterías, tantas cosas absurdas, que me preocupó. Así que vine. Quería observarlo mejor para avisarte cuando tuviera una idea más clara de la situación.

— Así que ya puedes volver a Brasil. Nuestro padre está bien, sólo viejo y cansado. Ya me he ocupado de todo. No te queda nada que hacer aquí.

— Si él está viejo y cansado, entonces... ¿te harás cargo?

Sonrió, pero no pude ver nada de verdad en su rostro, ni en las lágrimas que fluían como si fueran lágrimas de alegría. Y por primera vez, vi en Lícia lo que nunca había sido capaz de ver. Mi hermana no me amaba lo suficiente como para elegirme a mí antes que a Joel. Me eligió porque yo sería la opción más fácil, la más vulnerable, manipulable, la única que le permitiría actuar sin desafiarla.

Y así fue, hasta ese día. Hasta ese momento.

— Coge tus cosas y vuelve a Brasil — le dije.

— Pero Jean...

— ¡Ahora, Lícia! — Hablé con firmeza, con toda la autoridad que mi posición me permitía. — ¿O prefieres que envíe a mis hombres a hacer el trabajo?

Ella tragó en seco, sus ojos mostrando el dolor que de hecho había, pero Lícia no se dio cuenta de que además de ese sentimiento, también estaba mostrando rabia. A partir de ese momento, Lícia ya no sería alguien en quien podría confiar.

48

HEIDI

Como Jean no volvería hasta el día siguiente, después de que Ayla se durmiera, agotada tras recibir la medicación y estar monitorizada más tiempo del que había imaginado, cogí a Lorenzo y decidí dar un paseo con mi hijo. Llevábamos horas encerrados en aquella habitación, empezaba a anochecer y no podía soportar más el silencio. Sin embargo, me sorprendí cuando abrí la puerta para salir y me detuvieron.

— Órdenes del señor Kuhn — explicó Fabio, todavía con su manera firme y mecánica, con los dos soldados delante de él, haciendo una barrera en la puerta de la habitación.

— Lorenzo necesita dar un paseo. No puede dormir porque lleva todo el día encerrado en esta habitación — le expliqué. — Y Ayla se durmió. Si Lorenzo llora, acabará alterando a mi hija, lo que no sería agradable para nadie.

Imaginé que Jean tomaría alguna medida drástica dejándonos solos en el hospital, sobre todo porque estaba en Alemania, enfrentándose a su padre. Tuvo la decencia de compartir conmigo sus temores y de protegernos en su ausencia, pero impedirnos transitar por el espacio donde estábamos a salvo era demasiado.

Sin embargo, después de ignorar su llamada tres veces, insegura de cómo tratarle o de qué podíamos hablar, sobre todo después de lo que Flavia me había contado, no pude resolverlo con una simple llamada a mi marido.

— Lo siento, señora, pero nos dio órdenes explícitas de no salir de la habitación. Excepto cuando lo solicite el médico.

Eso apestaba. Estaba tan aburrida que me cambié de ropa tres veces. Y Lorenzo estaba tan agitado que, si no salía pronto a dar un paseo, empezaría a encontrarse mal y despertaría a Ayla.

— Fabio — dije con confianza. — Sólo quiero pasear por el hospital. Quiero ir al jardín de invierno para que Lorenzo se distraiga un poco. No pasará nada malo. Además, puedes acompañarnos mientras los otros dos vigilan la puerta.

Fabio mostró dudas y comprendí su motivo. Giullia huyó de Jean cuando estaba con dos guardias de seguridad y bajo mi vigilancia. Si ella hizo eso y el resultado fue tan desastroso, todos los soldados tendrían miedo de una sugerencia como la mía. Sin embargo, yo tenía una ventaja, no mostré ningún deseo de engañar a Jean, al contrario, todos allí fueron testigos de mi deseo de que la boda se celebrara, y yo nunca huiría sólo con uno de mis hijos.

— Ayla se quedará en la habitación — insistí. — Si aparece el médico, Valesca o Raika se pondrán en contacto conmigo y volveré enseguida.

— Espere un momento, señora — dijo y cerró la puerta.

Atónito, ninei Lorenzo, que de hecho empezaba a tener náuseas y amenazaba con un ataque de llanto. Los colores del jardín de invierno ayudarían a distraerlo, además de cansarlo.

— ¿No podemos salir de la habitación? — preguntó Raika.

— Parece que no — confirmé, pero no quise entrar en detalles. — Son los hijos del Capo. No se puede ser demasiado cuidadoso.

Estuvieron de acuerdo y volvieron a prestar atención a la serie que estaban viendo en la televisión. Unos minutos después, Fabio llamó dos veces a la puerta y abrió.

— Señora Kuhn, ¿aún quiere la visita?

— Sí, por supuesto.

Llevé en brazos a Lorenzo cuando empezó a llorar y Raika se levantó conmigo, pero le hice una señal para que se quedara.

— Lo he dispuesto todo para que puedas llevarlo al jardín de invierno, pero sólo podemos quedarnos quince minutos — dijo.

Pasé junto a los soldados que custodiaban la puerta y me di cuenta de que habían pedido dos hombres más. No dije nada. Si Jean necesitaba tantos guardias de seguridad para un simple paseo por el interior de un hospital en el que confiaba, que así fuera.

— ¿Has hablado con Jean? — pregunté a Fabio, que iba dos pasos por delante de mí.

— No hace falta, señora — dijo simplemente, sin volverse hacia mí ni darme la oportunidad de continuar con mis preguntas.

Fabio no tuvo que pedirle a Jean que me autorizara a salir, y sin embargo fue el propio Jean Kuhn quien había dado la orden de no dejarnos marchar. Así que la historia se volvía cada vez más confusa. A eso se añadía el hecho de que, aunque ya era de noche, a primera hora para ser más concretos, no había nadie en los pasillos por los que pasábamos. Y en general, el hospital estaba tranquilo, al menos en la sala en la que estábamos, aunque siempre había una o dos personas paseando o trabajando, lo que no era el caso en aquel momento.

La aprensión me embargaba a cada segundo. Con Lorenzo entre mis brazos, cada vez más apretado, como si necesitara mantenerlo allí, me preguntaba qué pasaría. ¿Sería alguien capaz de desafiar así a Jean? ¿Actuaría el propio Jean contra mí como Flavia había sugerido?

No tuve tiempo de formular una respuesta. Con pasos rápidos que me obligaron a seguirle, entré en el jardín de invierno. Fabio se detuvo ante la puerta, me dejó pasar y la cerró, dejándome sola dentro con mi hijo en brazos. Sin su protección ni la de los otros dos hombres que nos habían acompañado hasta entonces.

Temerosa, permanecí inmóvil durante largo rato, observando el espacio, tratando de divisar algún movimiento en las zonas más alejadas o en aquellas en las que mis ojos no distinguían lo que había detrás. Entonces apareció él. Jean, vestido todo de negro, con una gorra que ocultaba parte de su rostro, se detuvo al final del espacio que abarcaba todo el jardín. Con las manos en los bolsillos, me miró seriamente.

Sin más remedio, consciente de que no llegaría hasta donde yo estaba, caminé sin prisa hasta una distancia prudencial de donde él se encontraba. A estas alturas, estaba completamente seguro de que no había nadie y de que el propio Jean se había asegurado de ello. Lo que quisiera conmigo allí, no habría testigos. La idea me hizo abrazar más fuerte a Lorenzo y a mi hijo protestar.

— ¿Jean? ¿Dijiste que no volverías hasta mañana? — Me atreví a decir.

— Llamé. — Su voz fría y dominante me heló el cuerpo. — Tres veces.

— Ah... ¡hum! He estado ocupado. Ayla recibió la medicación, pero el doctor...

— Lo sé — me interrumpió dando un paso hacia mí.

Mi corazón se aceleró y mi instinto me gritó que huyera, que saliera de allí cuanto antes, pero no podía, porque ¿adónde iría? ¿Dónde me escondería si Fabio nos encerraba allí?

— Y tú dijiste que necesitabas arreglar las cosas, así que no quería entrometerme.

Jeanladeó ligeramente la cabeza, como si analizara mis expresiones, palabras y gestos. Sabía que estaba mintiendo y yo no sabía qué más hacer ni cómo actuar. Así que se aprovechó de mi miedo y dio dos pasos más, deteniéndose frente a mí. Sin decir una palabra, me quitó a Lorenzo de los brazos y acunó al pequeño.

Por un segundo, sólo por ese pequeño segundo, tuve un atisbo de esperanza. Seguía siendo su mujer, la madre de sus hijos, alguien a quien había jurado cuidar. A menos... a menos que Jean viajara a Alemania para, al igual que hizo con Joel, eliminar a quienquiera que le impidiera hacer lo que quería.

¡No, Heidi! No seas idiota. Si Jean tuviera la más mínima intención de causarte la muerte, habría dejado que lo hiciera su padre y no se habría casado contigo para evitar lo peor, gritó mi mente.

Tomé una fuerte bocanada de aire, renovada en mi esperanza, aunque culparle de todas las muertes que conocía me hacía temerle, o incluso no tenerle el mismo nivel de respeto que había desarrollado durante nuestro tiempo juntos.

Jean cerró los ojos mientras olfateaba el pelo de su hijo y sus manos, capaces de las mayores atrocidades, eran suaves y cariñosas. Me confundió.

— ¿Cómo te fue con tu padre? — Sólo pregunté porque no soportaba su silencio, aquel misterio y todos mis miedos.

— Sé que Flavia te llamó — dijo en voz baja, como quien tararea para dormir a su hijo.

Me temblaron las piernas y el corazón se me aceleró tanto que se me dilataron los tímpanos.

— ¿Cómo lo has sabido? — susurré.

— ¿Cuándo pensabas decirme que estabas envenenada por sus mentiras?

Jean no levantó la voz, no se excitó, no actuó de un modo que me desesperara. Aun así, esa era la mejor definición de lo que me pasaba por dentro.

— Quizá cuando me cuentes lo que has encontrado en la grabación — dije sin rebelarme, pero siendo sincera con él. — No me fui. No hice ninguna estupidez. Cumplí todo lo que te prometí.

— Sin embargo, crees que fui capaz de matar a Scarlett.

No dije nada, porque no sabía qué responder. ¿Yo creía eso? Antes de que Flavia me llamara, habría dicho que no. ¿Pero después? Ella me dijo que era el anillo de Capo el de la foto y que sólo había un anillo que pasaba de generación en generación. No quería que fuera verdad, pero ¿cómo podía refutar semejante prueba?

— ¿Qué había en la grabación? — insistí.

— Ya sabes lo que había.

Con Lorenzo apoyado en su hombro, Jean acunaba al pequeño, que poco a poco cerraba los ojos, como si tuviera la costumbre de dormirse en brazos de su padre. La imagen me calentó, pero la situación me heló.

— Has oído la llamada — dije.

No había otra forma de que Jean supiera de qué habíamos hablado Flavia y yo. Y si decía que yo sabía lo que había en la imagen, entonces tenía la información de que yo conocía el anillo.

— Era su anillo — dije, triste y dispuesta a ser sincera. — Era tu anillo el del grabado, el que se reflejaba en el espejo. No voy a volverme loco ni a hacer ninguna tontería, Jean, pero si vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos, déjame conocerte, déjame saber quién eres realmente. Porque insistes en que no hiciste que tus hombres dispararan a la lancha rápida y ahora me dices que no mataste a Scarlett cuando era tu anillo el que aparecía en la foto — espeté.

— "No" — explicó rotundamente, aunque por la forma en que sujetaba a Lorenzo me di cuenta de que Jean se esforzaba por no estallar contra mí. — Era el anillo de Joel, en la mano de otra persona, pero no el mío, y eso estaba bastante claro, incluso para Flavia.

— Pero...

— Yo no quería el anillo de Joel. No después de lo que hice. El mío es una réplica. Con el mismo valor comercial, por supuesto, pero sin el arrastre de generaciones. Lícia se aseguró de que Joel fuera enterrado con el suyo.

Y entonces, como si aquellas palabras le aclararan algo, Jean dio un paso atrás, pensó en algo, sacudió la cabeza y volvió a mirarme.

— Voy a hacer que lleven a Lorenzo a su habitación — dijo con cierta urgencia.

— ¿Por qué? — Me alarmé. Lorenzo era lo que me mantenía a salvo, segura de que Jean no se volvería loco conmigo, o de que... no, él nunca haría eso.

— Está dormido. Y necesito... quitarlo de nuestro camino.

Aunque quería detenerlo, no había manera. Jean abrió la puerta del jardín y ordenó a uno de los soldados que fuera a buscar a Raika. No me moví durante el tiempo que tardó en aparecer, y se me pasó como una eternidad. ¿Qué quería Jean, por qué nos retenía en aquel jardín, por qué no quería a Lorenzo entre nosotros?

Todas las inseguridades volvieron a mi mente, pero en el fondo sabía que si Jean quisiera matarme, ya lo habría hecho.

JEAN

La chica que cuidó de mi hijo tardó más de lo que yo quería. Estuve a punto de hacer yo mismo el viaje para traer a Lorenzo al mundo. Necesitaba sacarlo de mis brazos, y sobre todo de los de su madre, para que mis pensamientos cobraran fuerza y mi cabeza funcionara mejor.

En cuanto llegó la niñera, asustada e incapaz de enfrentarse a mí, di mis órdenes.

— No podéis salir de la habitación — aceptó ella. — Vosotros dos, id con ella y uníos a los que ya están allí hasta mi segunda orden.

Los soldados accedieron de inmediato; al fin y al cabo, les habían enseñado a obedecer sin rechistar, aunque la orden fuera matar a la niñera. Me estremecí al recordar que Flávia estaba en manos de Álvaro. La necesitaba para confesar lo que se estaba formando en mi mente, pero ya no necesitaba ninguna confesión para identificar al asesino de Scarlett.

Y sólo pensar en desentrañar aquel misterio me ponía eléctrico. En cuanto se fueron, Ernandes y Fábio esperaron mis órdenes.

— Ernandes, trae mi coche y alquila un jet. Partiré en unos minutos. Sólo yo y Heidi. Ustedes dos quédense y asegúrense de que nadie tenga acceso a los niños.

— ¿Ni siquiera el médico? — preguntó Ernandes.

— Sólo ella, y bajo su supervisión.

— ¿Y el destino, señor?

— Se lo comunicaré cuando llegue al aeropuerto de Palermo.

Mi soldado raso aceptó y se marchó. Sabía cómo funcionaba y no le costaría encontrar aliados que pudieran hacer lo que yo pedía sin alertar a nadie. Fabio se quedó esperando las órdenes que le daría.

— Quédate aquí hasta que nos vayamos — le dije.

Entré, cerré la puerta y me enfrenté a Heidi. Ella luchaba contra el pánico, pero todo en su cuerpo demostraba el miedo que me tenía en aquel momento.

— No me tengas miedo — le supliqué, plenamente consciente de que no podía ser dulce ni amable en aquel momento. Mi mente trabajaba horas extras.

— Si no fuiste tú, ¿entonces alguien también hizo una réplica para intentar incriminarte? — intentó disimular el miedo que le producía la conversación.

— Nadie me incriminaría. Lo hizo porque... Aún necesito pruebas, Heidi.

— Dijiste que bebiste mucho esa noche. No recuerdas cómo ni cuándo volviste — acusó.
— ¿Dónde estabas aquella noche?

Me enfrenté a mi mujer, seguro de que tenía razón. Si Heidi iba a estar conmigo el resto de mi vida, y si la quería a mi lado durante todo este tiempo, no había forma de ocultarle toda la verdad.

— Te voy a enseñar no dónde he estado, sino con quién.

Levanté la mano para que aceptara la mía, pero Heidi dudó, temblorosa, insegura de lo que podría hacerle si la sacaba de allí, de aquel lugar donde, a pesar de no haber nadie, ninguna acción violenta por mi parte pasaría indemne.

— Dijiste que querías saber quién era realmente. Eso es lo que te ofrezco. No sé qué lados de mí son realmente buenos, pero has conocido los peores, los que siempre pesarán entre nosotros y te harán dudar. No soy un ángel, Heidi. No soy el héroe de esta historia. Tengo las manos manchadas de sangre y eso no cambiará.

Me miró con duda, pero sin el miedo de antes, sólo el miedo de querer descubrir mi verdad, sin saber que eso la liberaría.

— Hace un tiempo hice una elección y una promesa. La primera me dolió de una manera que no creí humanamente capaz de soportar, pero sobreviví. La segunda creí que nunca la rompería, lo haré por ti, como prueba de mi confianza, pero también como petición para que seas la piedra que silencie el ruido entre nosotros. Después de esta noche, confiaremos el uno en el otro. ¿De acuerdo?

Mantuve mi mano extendida, entonces ella, a pesar de su miedo, puso la suya sobre la mía, accediendo a lo que yo haría, confiando en mí por primera vez desde que nos reencontramos.

E hice lo que tenía que hacer, porque después de aquella noche, la vida cambiaría para todos nosotros y yo, sólo yo, comprendí cuánto dolor volvería a invadirme.

49

JEAN

No solté su mano en todo el camino hasta mi coche. Tenía motivos para temer un ataque en Sicilia. No por mis aliados, sino por las cosas que había descubierto y que me dejaban desconcertado, sin entender de qué lado y en qué momento se produciría el ataque. Aun así, mantuve a Heidi a mi lado y respiré aliviado cuando la encerré en el coche blindado, construido para resistir incluso un enfrentamiento con un carro de combate.

— ¿No van los soldados? — preguntó, con la voz aún baja, llena de miedo.

— No. Igual que no fueron conmigo aquella noche.

— ¿Y quién va a protegernos?

— Yo.

Arranqué el coche y dejé atrás el hospital. Recorrí la distancia hasta el aeropuerto de Palermo en menos tiempo del que pensaba, debido a la agitación que sentía en mi interior. Tenía tanto que hacer, tantas obligaciones que cumplir, y lo dejaba todo atrás para que, por fin, hubiera paz entre Heidi y yo. O eso esperaba.

— ¿Nos vamos de viaje? — me preguntó cuando me vio arrancar el coche en la entrada del aeropuerto.

— Sí, nos vamos.

— ¿Y los niños?

— Ni siquiera nos echarán de menos.

Eso esperaba.

Cuando Ernandes me dijo que el coche estaba disponible y en qué hangar nos esperaba el jet, otra cortesía de Pietro, le encomendé la misión de llevar a los niños al hotel y reforzar la seguridad hasta mi regreso. Lo hice sin que Heidi sospechara, pues no quería alertarla.

Mis hombres me aseguraron que Licia había subido al avión y salido de Alemania rumbo a Brasil, y no regresé hasta estar seguro. Sin embargo, Álvaro aún tenía que darme el informe y recibir nuevas órdenes mías, pero no podía transmitírselas hasta que aterrizáramos en Trieste, en el norte de Italia.

Aquello era lo más loco que había hecho nunca, y aun así me mantuve firme en mi decisión. Heidi se culpaba demasiado y me atormentaba con su sufrimiento sólo porque yo tenía que guardar aquel secreto. Por eso me la llevé. Necesitaba conocerme de verdad para confiar en mí y darme la paz que necesitaba para hacer lo que era necesario.

— ¿Adónde vamos? — dijo asustada cuando aparqué cerca del hangar y uno de los soldados de Pietro Esposito nos saludó.

No llevábamos equipaje porque no pasaríamos allí más de una hora, pero sólo tardaríamos cuatro en llegar a nuestro destino.

— No nos iremos de Italia — dije.

Esa vez no necesitamos ningún documento. Cuando se trataba de discreción, todos en la mafia sabían qué hacer. Aquel jet estaba autorizado a despegar con dos pasajeros, una azafata, el piloto y el copiloto. Me daba igual el nombre que utilizaran. Lo más importante era que nadie supiera que habíamos salido de Sicilia ni nuestro destino.

Heidi se sentó en uno de los asientos, se abrochó el cinturón y esperó. Pude ver cada vena alterada en ella, la forma en que se sujetaba para no pelarse las uñas, la mirada asustada en sus ojos, aunque intentaba disimularlo, y el temblor de sus piernas. Me senté a su lado, puse mi mano sobre la suya y esperé.

No pasó mucho tiempo hasta que el vuelo se adueñó del cielo italiano y se unió a la oscuridad de la noche. Estaba agotado, hartado de volar, de esperar, de tantos problemas. Heidi no se movió, ni siquiera cuando nos elevamos lo suficiente como para desabrocharle el cinturón de seguridad.

Entonces apareció el auxiliar de vuelo y se acercó a nosotros.

— ¿Qué les sirvo?

— Champán, por favor — le pedí.

Necesitaba que Heidi bebiera y se relajara. Si hubiera habido una habitación en aquel pequeño espacio, la habría llevado allí, pero Pietro utilizaba aquel jet para viajes cortos, sin necesidad de descansar, así que lo único que teníamos era el cubículo del váter y los sillones.

— ¿No me vas a decir adónde vamos? — quiso saber en cuanto se fue la azafata.

— Trieste — dije.

— ¿Trieste? ¿Qué es eso? ¿Una ciudad? — Me reí, aunque no me hizo ninguna gracia.

— Ahí es donde vamos. Ahora bebe y relájate.

Le tendí el vaso que el camarero acababa de servir. Heidi dudó, pero lo sostuvo, y luego aceptó el que me ofrecía.

— Deja la botella con el cubo — le dije. — Y cierra la puerta cuando salgas. Si necesito algo, te avisaré.

El chico aceptó sin sorprenderse. Sin duda había estado en situaciones así, no sólo para los que disfrutaban del sexo en las alturas, sino para reuniones en las que se prescindía de una oreja de más. Cuando miré a Heidi, me miraba fijamente, con el vaso en la mano sin dar un solo sorbo.

— Bebe — le ordené.

— ¿Qué crees que vas a hacer?

— Tener sexo con mi mujer — fui directo al grano. Di la vuelta a la copa y me bebí todo el champán, deshaciéndome finalmente de la copa.

— ¿Qué? ¡No! ¡No!

— ¿Qué?

Le incliné el vaso hacia los labios y le hice beber al menos la mitad del líquido. Heidi me apartó y dejó el vaso sobre la mesa frente a nosotros.

— Por supuesto que no. Acabas de ordenar al comisario que nos dé intimidad, ¿qué crees que va a decir?

— ¿Es eso lo que te importa?

Me quité la chaqueta y la tiré en el sillón de al lado, luego abrí los botones de la camisa que me asfixiaba.

— Jean, ¿qué haces?

— Será mejor que te quites esos pantalones. Hubiera preferido el vestido que llevabas antes, pero...

— No vamos a tener sexo — cedió ella.

— Créeme, lo necesitas.

Me quité la camisa y la dejé sobre la chaqueta, pero cuando empecé a bajarme la cremallera de los pantalones, la mano de Heidi me detuvo.

— Para — dijo muy seria. — ¿Quieres volverme loco? Primero te vas justo después de la boda, luego Flavia me llama y me dice que es tu anillo el de la foto, pero vuelves, sin avisar, y me explicas que no es tu anillo sino el de Joel, y luego, sin ninguna información, me metes en un avión para un viaje a un lugar que no tengo ni idea de dónde es.

— Trieste. Está en el norte de Italia.

— No importa — me interrumpió, tan confusa que me hizo sonreír. — Dijiste que este viaje era para que conociera al verdadero Jean y si el verdadero tú es el tipo que tiene un fetiche por tener sexo en los aviones, especialmente en los que no tienen privacidad, puedes dejarlo.

Sonreí, aunque estaba a punto de explotar por dentro. Necesitaba sexo. Heidi necesitaba sexo. Los dos necesitábamos entregarnos para que funcionara bien. Y la verdad era que... ¡joder! Me moría de ganas de ponerle las manos encima para que Heidi entendiera cuánto la deseaba, para que viera mis ojos, mis sentimientos, mi verdad.

Porque si ella no veía lo que había de verdad en mí, no tendría sentido dar ese paso. Por eso quería estar dentro de ella, mirándola a los ojos, para que ninguna verdad permaneciera oculta.

— Heidi... — empecé a hablar, pero no pude, porque no sabía cómo decirlo, no antes de haberla desnudado de todas las formas posibles. — Ven aquí.

Le agarré la cara y tiré de ella hacia mí. No nos besamos de inmediato, pero nuestros labios se rozaron, nuestra respiración delataba el nivel de deseo que sentíamos. Pasé los dedos por su pelo sedoso y suave, agradecido por no tener que volver a verla con su peluca negra. Sentí su nuca en las yemas de mis dedos, su aliento en la punta de mi lengua.

Entonces besé a mi mujer. Besé a Heidi como debería haberla besado aquella mañana, con todos mis sentimientos, con todo el deseo que tenía de ser visto por ella. Visto como realmente era, sin la coraza que había aprendido a llevar en mi cuerpo por muy fuerte que me golpearan, sin el dolor que pesaba sobre mis hombros. Quería que viera en mí lo que era cuando estaba con ella y sólo con ella.

Sus dulces labios se abrieron para darme la bienvenida y enloquecí de deseo cuando la sentí relajarse entre mis manos, su delicada lengua acariciando la mía, la suavidad de su carne prometiéndome el sabor del pecado. En ese momento quise una cama en la que tumbarme y amarla como Heidi se merecía, pero eso no era lo que teníamos. Así que tuve que trabajar con lo que tenía.

Mientras la tenía cautiva en mi boca, seduciéndola y dejándome seducir por el beso que me endurecía sin necesidad de que ella me tocara, moví una de mis manos hacia abajo y metí la mano en la camisa suelta y larga que llevaba puesta. No era masculina ni poco estilosa, sino con un corte espectacular que permitía que el volumen de sus pechos llamara mi atención, además de insinuar las curvas del cuerpo que había aprendido a amar y desear con tanta intensidad.

Heidi jadeó cuando mis dedos tocaron ligeramente su esbelta cintura, su piel suave y delicada, y se estremeció cuando subí mis dedos hacia su sujetador. Gimió suavemente cuando acaricié un pecho aún por encima de la tela, pero cuando mi otra mano se unió a la diversión de liberarla de la prenda, intentó apartarse, con los ojos puestos en la puerta que yo había ordenado que permaneciera cerrada.

— Jean... no.

Pero su voz delataba su voluntad. Era como si me pidiera que lo hiciera. Que fuera discreto, pero que no me detuviera. La sonrisa se ensanchó en mis labios.

— ¿No?

Le abrí el sujetador, desabrochando la cremallera que lo sujetaba por delante.

Inmediatamente sus pechos quedaron libres, los pezones asomando a través de la fina camisa de tela.

— ¡Jean!

Intentó protegerse, pero fui más rápido. Mi mano rodeó un pecho y la otra tiró de ella para acercarla.

— ¡Oh, Dios mío! — susurró cuando le acaricié el pezón hinchado.

— Voy a meter la lengua aquí — le advertí.

— "Jean... yo... ¡ah!", — gimió cuando levanté la tela y cumplí mi promesa.

Heidi se apoyó en la ventanilla del avión, arqueada, con su pecho en mi boca, el sabor indescriptible junto con el delicioso olor de la crema hidratante que estaba usando. Podría hacer esto toda la noche, chupar esos pechos uno a uno, poco a poco, con distintas intensidades, hacer que se corriera así y deleitarme con el espectáculo, pero sólo teníamos unas horas, así que tenía que ser práctico.

Deslicé mi mano por el interior del ajustado pantalón que llevaba. Demasiado ajustados para mi gusto y mi prisa, y con dificultad deslicé mis dedos dentro de su vagina húmeda y suave, lista para tenerme. Me volví loco cuando Heidi me cogió del pelo y se abrió para que yo tuviera más espacio en ella.

Joder, qué delicioso sería sentir ese calor expandirse, jugar con su cuerpo, llevarla al límite. Pero no podía tentar a la suerte. Así que saqué mi mano de sus pantalones y me aparté. Antes de que Heidi pudiera objetar, subí sus piernas a mi regazo y empecé a desatar la puta bota que había elegido ponerse justo esa noche.

— ¿Qué haces?

— Necesito quitarme estos pantalones, — le dije.

— Jean, no podemos y...

La cogí de la mano y la llevé hasta mi polla. Heidi soltó un fuerte suspiro y me miró fijamente, como para evitar mirar lo que tanto deseaba también. La obligué a acariciarme y, cuando por fin cedió, le quité las botas, una a una. Luego me encargué de los pantalones.

— Vamos — le dije mientras la levantaba para que quedara frente a mí.

— ¿Me vas a quitar los pantalones aquí? — Ya no protestó; al contrario, su cara roja y su respiración jadeante indicaban cuánto lo deseaba. Sin embargo, Heidi volvió a mirar hacia la puerta cerrada.

Antes de que pudiera responder, le bajé los pantalones y las bragas hasta las rodillas. Heidi se estremeció. Acaricié sus muslos rollizos y fuertes. Deslicé los dedos hasta llegar a su entrada melosa. Heidi se estremeció, pero no me detuvo. De pie frente a mí, se dejaba tocar, acariciar y yo quería más. Cuando le acaricié el clítoris y la sentí convulsionarse, supe que no nos quedaba mucho tiempo.

— Quítate los pantalones — ordené, encantado con todo lo que ella era.

Mientras la veía deshacerse de su ropa y quedarse sólo con la camiseta larga que cubría su cuerpo sin dejarme, me maravillé de su desnudez y, al mismo tiempo, me deleité con la fantasía.

— Vamos.

Guié a Heidi hasta que estuvo sentada sobre mí, con las piernas junto a las mías, abiertas, dispuestas a recibirme. Me levanté la camiseta por delante para tener aquella vista espectacular y froté la cabeza de mi polla contra su rosada entrada. Heidi gimió de placer, tan excitada que se olvidó de todo lo demás. Y cuando se lo permití, cuando sujeté sus caderas y la guié, me recibí con sus paredes apretadas, listas, hechas como si sólo mi polla pudiera entrar en ella.

Fue caliente, delicioso y... diferente. Diferente incluso de las muchas otras veces que habíamos tenido sexo. Tiré de sus caderas e hice que me recibiera por completo. Su delicioso gemido me erizó la piel cuando la cabeza de mi polla encontró su límite.

Entonces hice lo que ni siquiera yo podía imaginar. Sin que Heidi se moviera, atraje su cuerpo hacia mí y la besé con toda mi pasión, agradecido, encantado, encantado por su entrega, por su dulzura, por el amor que siempre me ofrecía y que yo, ciego, no quería.

Sin embargo, en aquel momento, sólo era lo que yo quería. El amor de Heidi cuando me miraba y me aceptaba. El amor que no podía evitar cuando se movía sobre mí, que brillaba en sus ojos e invadía mi alma. El amor que la mantenía allí, conmigo, en el acto, entregándose no sólo porque era lo que yo quería, o porque nuestros cuerpos lo querían, sino porque me amaba lo suficiente como para darme su cuerpo, su entrega, lo más profundo de su alma.

Heidi se revolcó lentamente, probando nuestros cuerpos, el espacio, deshaciéndose en el placer que sentía al tenerme dentro de ella. Acaricié su cuerpo por dentro de la camiseta, toqué su culo redondo y turgente, animé sus embestidas, subí por su espalda, llegué a sus pechos y jugué con ellos como sabía que la volvería loca. Luego, con la camisa levantada delante de ella, con la imagen de nuestros sexos juntos, con ella revolviéndose, recibíendome y expulsándome, chupé un pecho, luego el otro.

Heidi gemía, los empujones adquirían otro ritmo, sus paredes ganaban otra temperatura. La sentía vibrar, palpar, sujetándome, dejándome pasar, deslizándose arriba y abajo. Este era el punto en el que perderíamos todo el control y no podía dejarlo pasar.

Sujeté su cara con ambas manos. Heidi no podía parar de revolcarse, de volverme loco, de entregarse. Pero aun así, a pesar de estar vencida por la locura del deseo, me miraba fijamente, como siempre hacía, y fue en ese momento cuando pude verla de verdad, cuando pude ver su amor. Sonreí, mantuve mis ojos en los suyos, sin detenerme, asimilando el cuerpo que me ofrecía, consciente de que en unos segundos se acabaría.

— "Jean..." — se estremeció, esta vez emocionada, con una avalancha de sentimientos recorriendo nuestros cuerpos.

— Te quiero, Heidi — dije por fin.

Ocurrió en el último segundo, cuando ella perdió la concentración, cuando su cuerpo se convulsionó sobre el mío, cuando su carne apretó la mía y me hizo hundirme con tal presión que mi espíritu se liberó. Me corrí, pero no sólo de placer. Lo que liberé en ese cuerpo fue el sentimiento más puro, real y verdadero que había en mí, que sabía que sólo se liberaría de esa manera, en ese momento, antes de llevarla a conocer mi verdad.

Heidi se estremeció una vez más, su cabeza sobre mi pecho, su cuerpo rendido y suave. La abracé con ternura, consciente de que necesitaba ese tiempo para comprender y creer. Porque ése era el primer paso hacia la verdad y Heidi sólo me creería cuando descubriera el segundo.

50

JEAN

Heidi no dijo nada. A decir verdad, no esperaba que dijera nada, porque si entrábamos en esa conversación, necesitaríamos más y mientras ese avión estuviera en el aire, no tendríamos más. Así que nos quedamos con el silencio, y con mis palabras que resonaron aunque sólo fuera en nuestras mentes.

Amaba a Giulia. La amaba de una manera que nunca creí que hubiera algo más allá. Era la princesa que quería salvar, la niña agraviada y sufriente que necesitaba ser protegida. Cuando la perdí, acepté que también perdía mi oportunidad de amar.

Y nunca me equivoqué tanto.

Porque Heidi estaba allí. Nunca fue la niña frágil, aunque se deshiciera en dulzura. Nunca fue la princesa que espera que el príncipe la rescate. Heidi era tan villana como yo cuando necesitaba serlo, tan ingenua e infantil como su edad le permitía. Y, al igual que me ocurrió a mí, recibió todos los golpes posibles en la vida para darse cuenta de sus errores y buscar la redención.

El problema era que, antes de que ella volviera, yo creía que mi redención residía en permitir que Giulia y Matheus permanecieran muertos por mi familia. Me decidí por esta idea. No miré atrás y eliminé todo lo que pudiera llevarme a ellos de nuevo.

Pero mi redención estaba en ella. En el amor que no vi, en la chica que no necesitaba ser salvada, en la mujer que se enfrentó a un mundo de perros, con dos hijos, con un problema que volvería loco a cualquiera, en la fuerza, que renunció a sí misma para alcanzar un objetivo loable.

Heidi fue mi redención. Heidi era la única mujer que podía estar a mi lado y la única que luchaba por estarlo. Y yo la amaba. No era una frase soltada en un momento de placer, no era un sentimiento recién descubierto. Supe que la amaba desde el momento en que descubrí por qué había vuelto. Sabía que la fuerza, el poder, la potencia de aquella mujer me golpeaba como nunca antes y me derribaba al suelo.

Eso era lo que me asustaba, lo que me impedía comprender o decir algo. Pero una vez más, la vida me empujaba, me obligaba a enfrentarme a la verdad. Y si no le mostraba a Heidi lo más profundo de mí, mis secretos más importantes, la perdería.

Y yo no quería perderla.

No la perdería nunca más.

Compuesta, sentada en el sillón a mi lado, se quedó mirando el cielo oscuro del exterior durante más tiempo del que me hubiera gustado. No quiso rechazarme. Tumbada sobre mi pecho, con sus dedos entrelazados con los míos, supe que no había paz en su corazón, que Heidi no creía en mí, o al menos no del todo. Sin embargo, yo estaba dispuesto a llegar hasta el final.

Así que cuando el piloto nos dijo, sin que la azafata volviera a nuestro espacio, que íbamos a aterrizar, nos acomodamos en nuestros asientos y esperamos en silencio, el mismo silencio que me angustiaba y, al mismo tiempo, me tranquilizaba lo suficiente como para hacer lo que quería hacer.

Un coche nos esperaba en cuanto salimos del avión. Heidi no hizo ningún comentario, no preguntó qué íbamos a hacer, qué quería ni nada. Y supe que su silencio era la demostración más pura de su sufrimiento. ¿Le dolía saber que la amaba o no creer lo que decía? ¿Le dolía amarme

por lo que era, o ser amada por un hombre capaz de hacer las cosas que ella creía que yo hacía?

Durante el viaje, que no fue largo, me preparé. Era tarde, no me esperaban. El silencio dentro del coche me hizo pensar en un sinfín de reacciones y no estaba preparada para ninguna, esa era la verdad. Aun así, aunque nunca había estado en la dirección a la que el chófer había recibido la orden de llevarnos, sólo los minutos contaban entre lo que estábamos viviendo y la verdad que ella descubriría, así que rompí el silencio, cogí la mano de Heidi, la izquierda, con el anillo que le había puesto en el dedo el día anterior y me la llevé a los labios. Por fin me miró.

— Quieres conocer mi verdad — dije en portugués, consciente de que el chófer enviado por Pietro no nos entendería. — Hoy vas a conocer mi mayor secreto, Heidi. Y lo hago porque necesito que confíes en mí para lo que vamos a vivir después de esto.

— Me das miedo — confesó en voz baja, su voz casi inexistente debido al largo silencio.

— Lo sé, lo sé. Este es mi mundo. Y no puede asustarte porque siempre ha sido el tuyo también. Estamos aquí — le dije cuando el coche aparcó delante de la casa que conocía por las fotos.

— ¿Qué es este lugar? — preguntó, ya sin miedo de mí o de lo que yo pudiera hacer, sino temerosa de lo que descubriría.

— Pronto lo descubrirás.

Salimos del coche y entramos en la calle, poco iluminada y vacía por la hora. Introduje la contraseña de la puerta. Noah seguramente se asustaría cuando se enterara de que yo tenía las contraseñas de su casa, pero no tenía tiempo para pensar en él. Tiré de Heidi hacia el interior y crucé el jardín con ella temerosamente, sin soltarme de la mano.

Podía abrir la puerta si quería, pero mi objetivo no era invadir su intimidad ni afrentarla. Así que saqué el móvil y marqué el número al que había jurado no volver a llamar. Aquella vez, para mi deleite, nada se agitó en mi interior. No había sensación de fracaso, ni de tristeza por verme obligado a ver su felicidad. Sólo la necesidad de liberar a Heidi de aquella culpa.

— ¿Jean? — respondió Giullia con voz soñolienta. De fondo, oí la voz de su hija murmurando algo.

— Sé que no es un buen momento — dije con los ojos fijos en mi mujer. — Pero, ¿podrías abrirme la puerta?

— ¿Estás aquí? ¿Aquí, en mi casa? ¿En Italia?

No había miedo en su voz, sólo sorpresa. Sin embargo, oí a Noah en alguna parte, acercándose a toda prisa. "*¿Qué hace aquí?*", dijo, molesto. "*Quiere que abra la puerta*", advirtió. "*No te enfades. Jean es un buen amigo*", le dijo Giullia a su marido con firmeza. "*Te pone en peligro cada vez que decide aparecer*".

Tenía razón. Era plenamente consciente del riesgo al que les ponía cuando aparecía, pero no renunciaría a demostrarle a Heidi que no tenía por qué cargar con esa culpa, a hacer que se sintiera en paz desde que se la quité cuando acepté que cuidara de mi sobrino. Y yo tenía el control de la situación. Nadie corría peligro.

— Quédate ahí. Ahora bajo — advirtió Giullia.

Apagué el móvil y miré a Heidi, que me miraba sin miedo.

— ¿Quién era? ¿Por qué llegamos tan tarde?

— Ten un poco de paciencia — sonreí levemente para tranquilizarla, pero por dentro estaba tan aprensiva como cualquiera en aquella reunión.

Oí pasos cerca de la puerta, otro gruñido de Noah y finalmente, la puerta se abrió, apareció, me miró fijamente sin mostrar ninguna satisfacción, luego se dio cuenta de que Heidi estaba allí.

— ¿Ha pasado algo? — quiso saber.

— Noah Moretti — dije sin la mueca que siempre me acompañaba cuando necesitaba hablar con él. — He venido a ultimar la última parte que quedaba de nuestro acuerdo.

— ¿De qué estás hablando?

— Esta es Heidi, mi mujer. Ella era...

— ¿Esposa? — Giullia explotó en algún momento que no pude ver. Su voz salió con una cierta alegría, como si supiera que esto iba a suceder de alguna manera. — ¿Dijiste que Heidi es tu esposa?

Por fin apareció. Tenía a su hija llorando en brazos, aferrada a su cuello, y una enorme y sincera sonrisa en la cara. Heidi, sin embargo, cuando vio a Giullia, se llevó la mano a la boca y gritó como si hubiera visto un fantasma.

— Cálmate — le dije mientras la apoyaba.

Heidi me miraba horrorizada, con lágrimas en los ojos.

— Jean... eso... qué...

— ¡Dios mío! — dijo Giullia al darse cuenta de la situación. — Sube. Vámonos.

— Amor...

Noah intentó detenerla, como siempre hacía, pero Giullia nunca dejaría que su marido sacara lo mejor de ella y eso fue motivo para que sonriera. Sabía lo que significaba intentar dominar a la mujer que amaba. No sería diferente con él.

— Vamos. Antonella se encuentra mal hoy — dijo mientras se dirigía a la primera habitación, donde nos despediría.

Heidi apenas podía andar. Temblaba incontrolablemente, miraba fijamente a Giullia y luego me miraba a mí como suplicando una explicación. La obligué a sentarse en el sofá, frente a Noah y Giullia. El ambiente se volvió lo bastante incómodo como para hacerme reír.

— Lo siento, pero no puedo avisarte cuando decides aparecer. Así es más seguro. Y te garantizo que después de hoy, no volveremos a aparecer — dije, lo que hizo que Noah se relajara un poco. Sólo un poco. — ¿Dónde está Matheus?

Giullia miró a Noah, como pidiéndole que dejara bajar al niño. Su marido se levantó, sin mostrar ninguna buena voluntad, se dirigió a las escaleras que llevaban al segundo piso e hizo una señal. Entonces oí sus pasos, tímidos, tal vez temerosos. Al parecer, sólo Giullia no temía mis visitas en aquella casa.

— Jean... — susurró Heidi, con los ojos bajos, fijos en mis dedos. — Matheus...

— Está bien — añadió Giullia con cuidado. — Ven, mi amor. Tu tío quiere verte.

Matheus apareció en la puerta, inseguro, me miró a mí y luego a su madre, pero cuando vio a Heidi, se echó hacia atrás. Detrás de él, Noah le puso la mano en el hombro, como para asegurarle que no pasaría nada. Sin embargo, lo que realmente llamó la atención de todos fue el llanto de Heidi al ver al niño. Y eso me impidió observar mejor a mi sobrino, fijarme en sus rasgos cambiados, en la forma en que había crecido, como si el tiempo hubiera pasado demasiado deprisa.

A pesar de ello, de la añoranza y del deseo de abrazarlo, acogí a Heidi. Abracé a mi mujer y le acaricié la espalda.

— No murieron como creías — revelé con cuidado. — Giullia y Noah fingieron su muerte. Enterramos a dos desconocidos y así seguirá creyendo mi familia —determiné, para que supiera que aquel secreto también moriría con ella. — Giullia y Matheus siguieron a Noah. Viven aquí, en Italia.

— Pero yo... yo... ¡Dios! — se lamentó, y luego, aún temerosa, llevada por la emoción, se

encaré con Matheus. — He llorado por ti todos estos días — dijo. — Me culpé tantas veces, porque... ¡Dios mío! — Luego miró a Giullia. — Creía que no había sido capaz de detenerlos y que eso los había llevado a aquella lancha, a la muerte.

Giullia miró a mi mujer con comprensión, su hija un poco más tranquila en su regazo, con la cara recogida en el cuello, pero sus ojitos atentos a lo que ocurría.

— Jean nos ayudó — explicó como si supiera que eso era exactamente lo que yo buscaba. — Nos liberó, Heidi.

Mi mujer me miró de otra manera, más ligera, aún conmovida y con insistentes lágrimas bañando su rostro. Y entonces comprendió. Todo lo que Heidi sabía de mí era lo que yo me empeñaba en mantener para mi imagen. No había posibilidad de que Giullia viviera y yo siguiera como si ella no formara parte del esquema trazado desde que Joel la tomó por esposa. Iba más allá de mi amor por ella, de mi necesidad de tenerla. Liberar a Carina y Matheus fue la forma que encontré de darles lo que yo no tenía: una opción.

Y eso es lo que hice con Heidi. Le di a elegir. Y ella lo entendió sin que yo tuviera que explicárselo. Por eso mi mujer, incluso entre lágrimas, con dedos temblorosos, los entrelazó con los míos y me dedicó la más pequeña sonrisa.

Y ya estaba hecho.

Matheus se acercó, Noah a su espalda para animarle, o tal vez poner fin a aquella visita. No le culparía, pero había un lado perverso en mí que se deleitaba con su enfado. Un lado que me decía que era estupendo saber que aún tenía miedo de perder a la mujer que amaba. Porque yo quería que Giullia lo tuviera todo y eso era lo menos que Noah podía hacer.

— Matheus — dije mientras me levantaba a su encuentro. Me agaché frente a él y, emocionada, me di cuenta de que era más alto que yo cuando me agaché para verlo. — Has crecido.

— Hola, tío Jean — dijo con inquietud. — ¿Has venido a recogernos?

La mano de Noah sobre el hombro del chico era más firme, como si estuviera dispuesto a luchar por la familia que había creado. Yo respetaba eso, así que sonreí a mi sobrino.

— No. Te prometí que serías libre, ¿no? — aceptó sin decir nada. — Sólo quería verte y demostrarle a Heidi que estabas bien.

— No le caigo bien — susurró, casi como una confesión.

— Eso no es cierto — dijo Heidi sin levantarse ni atreverse a acercarse al chico que la temía. — No es verdad, Matheus. Aún eres demasiado joven para entenderlo, pero yo cumplía órdenes.

Asintió de nuevo, sin mirarla, sin querer el contacto.

— Y me sentí fatal cuando el barco explotó porque pensé... Me culpé todo este tiempo. Todo lo que quería era salvarte, de alguna manera no dejar que pasara. Y yo... — sollozó. — Me alegra mucho saber que estás vivo y bien. Por favor, perdóname por lo que fui. Y te prometo que seré una gran aliada en este secreto. Nadie sabrá nunca nada de ti. Te prometo que lucharé junto a tu tío para mantenerte a salvo y feliz.

— "Gracias, Heidi", — dijo Giullia con cuidado.

— "Quiero a mi padre Noah", — me dijo Matheus, como si necesitara asegurarme que seguía siendo su elección. — Y ahora tengo una hermana, Antonella. Necesito quedarme y ayudar a mamá a cuidarla.

— Hazlo tú — confirmé con una sonrisa llena de emoción. — Cuida de tu madre y de tu hermana, pero no olvides nunca que este tío tuyo te quiere.

— Yo también te quiero, tío — la voz infantil me calentó el corazón. — Pero es con ellos

con quienes quiero quedarme.

— Y así será, Matheus.

Me levanté, miré a Noah y luego a Giullia.

— Tenemos hijos — dije con orgullo, por primera vez dándome cuenta de aquel sentimiento. — Gemelos. Lorenzo y Ayla.

— ¿Gemelos? — Giullia jadeó de alegría.

¿No se cansaba de enseñármelo? ¿De mostrarme lo bien que me sentía al volver con Noah? ¿Y estar aún más guapa que antes? Pero a pesar de darme cuenta, miré a Heidi y suspiré enamorado, seguro de que si existía un Dios, alguien responsable de los planes para la humanidad, liberar a Giullia era lo mejor que había hecho, igual que casarme con Heidi y desear una vida nueva y diferente con la familia que habíamos creado.

— Me alegro por ti, Jean — continuó. — Por ti, claro.

Y la conversación no duró mucho más. Una vez que Heidi se hubo calmado, ya no había nada más que decir. Volví a despedirme de ellos. Matheus me abrazó y supe que sería nuestro último abrazo. Heidi lo miró con cariño, pero no se acercó más. Y salimos de la casa, para tranquilidad de Noah Moretti, que por fin tendría paz.

Subimos al coche que aún nos esperaba, el conductor emprendió el camino de vuelta al aeropuerto y Heidi se reclinó en su asiento, con los ojos cerrados, unas lágrimas aún resbalando por la comisura, arrastrándose por su cuello. Respiró hondo varias veces, como si lo necesitara para calmarse.

Observé a mi mujer, esperando el momento en que me hablara de ello, y duró más de lo deseado, hasta que abrió los ojos, me miró y sonrió. Pero Heidi no habló. Se acercó a mí con suavidad, me abrazó el cuello posesivamente y me besó los labios con pasión.

— Te quiero, Jean Kuhn — dijo, todavía en mis labios.

Rodeé su cintura con los brazos, atraje a mi mujer hacia mí y profundicé el beso. No hacía falta decir nada más.

51

HEIDI

No fuimos al hospital como pensaba. Jean me llevó al hotel donde se alojaron Raika y Lorenzo en nuestro primer día en Italia. Allí también conocí a Ayla y Valesca. No sabía que mi hija recibiría el alta ni que saldría del hospital sin la presencia de uno de sus padres, pero me di cuenta de que en el mundo de la mafia nada tenía que seguir un guión. Bastaba con que Jean lo quisiera así.

En el hotel, todo el mundo estaba dispuesto a que volviéramos inmediatamente a Brasil. Me sentía cansado. Demasiado agotada después de descubrir que había creído en un Jean que no existía, que no era más que un personaje. Jean, mi marido, era un hombre nuevo ante mis ojos y saber que me amaba hacía que no me lo pensara dos veces antes de cumplir sus deseos.

Por eso nos amamos en el avión de vuelta. Con mi entrega total, sin miedos ni recelos. Me quedé mirando a Jean cada segundo mientras me ganaba, se hundía en mí, me agotaba. Y todo lo que vi fue su amor, su necesidad de mí.

Sin embargo, quiso que nos marcháramos inmediatamente y prometió explicármelo una vez que estuviéramos en el avión. Después de lo que fue capaz de revelarme, era imposible que no confiara en aquel hombre. Organicé a las niñeras y en pocos minutos estábamos repartidos en los coches y rumbo al aeropuerto de nuevo.

Dormí casi todo el vuelo, a pesar de que quería acompañar a mis hijos, pero Jean tenía razón, las niñeras cuidarían bien de ellos y yo necesitaba descansar. Antes me había contado lo que estaba pasando con su padre y la decisión que tendría que tomar, así que primero iríamos a Brasil y luego, una vez solucionada la sucesión y convertido en el Don, empezaríamos nuestras vidas.

Sin embargo, a pesar del cariño y el afecto que me demostró, había algo más en la historia y no tuve el valor de enfrentarlo. Especialmente después de que compartiera ese secreto conmigo.

Cuando pensé en Giullia y Matheus, vivos, bien, en una vida feliz y tranquila, no pude evitar llorar. Jean era capaz de aquel acto, de dejar que Giullia viviera con el hombre que amaba y permitir que el único heredero de su título, el que usurpó a su hermano, no tuviera que convertirse en sucesor.

Y lo más importante de todo era saber que él sería capaz de hacer lo mismo por mí. No porque no me quisiera, o porque no quisiera vivir a mi lado como mi marido, sino porque me amaba lo suficiente como para darme a elegir, y eso era suficiente.

Quizá por eso dormía tanto. Hacía siglos que no me sentía así, como si nada me faltara, como si nada pudiera ocurrir que me quitara la paz. Y así pasaron volando las largas horas del viaje. Jean trabajó buena parte del tiempo, los niños se portaron bien. Ayla no mostraba nada malo, pero su proceso era lento, de observación y exámenes constantes, y las niñeras me trataban con más lealtad y respeto.

De este modo, tenía todo lo que necesitaba y luchaba para que nada saliera mal.

En Brasil, aterrizamos en São Paulo. Jean no me habló de los planes, probablemente porque no estaba acostumbrado. Sin embargo, cuando vio la expresión de mi cara de sorpresa al

ver dónde habíamos aterrizado, me dijo en voz baja, apasionadamente, sin tocarme para mantener su imagen ante los soldados que ya nos esperaban.

— Tengo una reunión importante aquí, *Liebe meines Lebens*.

— ¿Y eso qué significa? — bromeé.

— Pasión de mi vida — susurró. — O algo así para ajustarse a la traducción.

Sonreí y me sonrojé como si aún fuera una adolescente. Jean suspiró, con los ojos brillantes.

— No tienes ni idea de lo que quiero hacer cuando me miras así.

— Pues hazlo — bromeé.

— Lo haré — prometió. — Vámonos.

Nos fuimos juntos en el mismo coche y los niños con sus niñeras en otro. Nunca había estado en el coche que Jean había elegido para llevarnos al piso que tenía en São Paulo, así que me sorprendió cuando pulsó un botón y una pantalla oscura nos separó del conductor y de Ernandes, que iba en el asiento delantero. Las ventanillas estaban oscurecidas, pero yo seguía viendo la imagen del exterior.

En cuanto el coche se puso en marcha, sonó una música sensual y no supe si los dos hombres de delante podían oírla o si era sólo privilegio nuestro. Pero Jean se acercó, con un brazo sobre el asiento y el otro acercándose.

— Jean... — susurré.

— No pueden oírnos, no pueden vernos.

— Todavía. "Tú..." — me quedé mirando sus ojos indescritiblemente azules y se me perdieron las palabras.

Amaba a ese hombre. Era capaz de amarlo cuando sólo era crueldad, cuando era una amenaza. Y le amé más intensamente cuando dejó de ser todo eso y se convirtió en mi marido, enamorado, sediento de deseo por mí.

Entonces supe que ningún argumento podría detenerme, no por su bien, sino por el mío. Quería serlo todo para Jean, ser suya, por él y sólo por él. Por eso, cuando sus dedos se insinuaron por mi falda hasta mis rodillas, no le detuve.

Jean me besó con la calma de quien sabe que no hay que precipitarse, que todo lo que ha planeado sucederá en el momento justo, en aquel coche y a su satisfacción.

Mientras me besaba, con labios dulces, su lengua seductora jugaba en mi boca, provocándome, instándome a seguirle. Sus dedos me quemaban la piel, el interior del muslo, subiendo poco a poco, de forma agónica, porque yo ya me sentía preparada para todas las formas y gestos que él quería.

Pero Jean tenía su manera de hacer del sexo algo más que eso. Manipuló mi cuerpo hasta que ya no hubo resistencia, hasta que me convertí en una masa de ansiedad y deseo.

Suspiré con ardor cuando abandonó mis labios y descendió con besos que acariciaban mi cuello y amenazaban con llegar a mis pechos. Inmediatamente los pezones se endurecieron y apuntaron a la blusa que había elegido para maquillar mi llegada a Brasil.

Mis dedos subieron más, llegando al límite de lo soportable, acariciando esa unión que ni siquiera toca la parte sensible, sin abandonar la idea. Me subí la falda para que la tela ajustada no lo limitara. Si Jean quería tocarme, me tendría así, lista, suya, deseosa de la más mínima caricia.

Me lamió el cuello, mordisqueó la piel en el momento exacto en que dos dedos jugaban sobre mis bragas. Jadeé, tan excitada que me pregunté si eso lo hacía el amor. Porque estar en el estado de ánimo de Jean no requería sentimientos, sólo lujuria, pero estar con él mientras el amor ardía por mis venas hacía que todo fuera diferente, las sensaciones, los deseos, los anhelos... todo

era nuevo.

— "Jean..." — susurré, mi cuerpo haciendo los leves movimientos de alguien que no puede evitar ser tocado de la forma en que él lo era.

— Bájate un poco las bragas — me susurró al oído y me mordisqueó el lóbulo.

La sensación reverberó en el centro entre mis piernas, donde las yemas de sus dedos jugaban sin mostrar ninguna intención de hacer nada diferente. Y gemí, demasiado contenta para callarme.

Hice lo que me pedía, bajándome las bragas lo menos posible, lo justo para que pudiera tocarme a su antojo. Y sólo la idea me excitaba mucho. Jean rozó con sus dedos mi sexo húmedo y gimí con gusto en mi oído. Las yemas de sus dedos acariciaban suavemente, pero lo justo, en los puntos precisos. Me retorcí y él aprobó mi reacción.

— Bájate un poco la blusa y deja un pecho fuera — me indicó, no como una orden, sino como una petición que necesitaba en ese momento.

De nuevo, hice lo que me dijo. Tiré del tirante del lado izquierdo hasta que quedó sobre mi brazo. Me llevé el sujetador, de modo que mis pechos quedaron al descubierto. Jean murmuró unas palabras, tan bajas que sólo pude sentir las, entumecida por los dedos que me acariciaban y el aliento caliente que precedía a lo que iba a hacer en mi pecho.

Y entonces actuó, sin dejarme otra opción que gemir en voz alta. Sus dedos entraron, profundos y seguros, alcanzando el lugar donde la caricia arrancaría todo de mí. En el mismo paso, sus labios se apoderaron de mi pecho, tan sensible que mi piel ardía, el pezón haciéndome estremecer cuando sus dientes se cerraron sobre él y tiraron de él hacia arriba.

— ¡Jean! — gemí más fuerte mientras él me succionaba y luego introducía los dedos rítmicamente, como si aquello fuera el montaje perfecto para un entrante, lo primero que se sirve a un hambriento.

— Date la vuelta sobre mis dedos — gruñó mientras se acomodaba para que su palma rozara mi clitoris mientras seguía deslizando sus dedos dentro y fuera de mi carne apretada, retorcida y palpitante.

Por supuesto, obedecí. Con las piernas limitadas por la falda y las bragas, me revolví en sus manos, recibí sus dedos, bendije sus labios en mi pecho, un todo en perfecta armonía. Ya no pensaba en dónde estábamos, ni en nuestro pasado, ni siquiera en lo que pasaría después. Todo mi cuerpo pedía a gritos la liberación, el alivio, el orgasmo que Jean nunca me negaría.

— Ven, *Liebe meines Lebens* — susurró la orden y ni siquiera necesitó oírla.

Cada palabra entraba por mis poros, viajaba en una frenética carrera hasta hincharse en mi sexo y explotar como si nada más importara. Con la cabeza echada hacia atrás, el cuerpo contorsionado para que sus dedos alcanzaran mis puntos más sensibles, la piel en su conjunto en otra vibración, sensible y llena de lujuria, me corrí de una forma deliciosa.

Jean apoyó su frente en mi cuello, también jadeante, sin duda excitado por todo lo que había hecho y visto, pero sus dedos me abandonaron y me ayudó a volver a ponerme la ropa. Cuando volví a estar lo bastante decente para las miradas indiscretas, me besó los labios y me hizo una promesa.

— Cuando lleguemos, te quiero en mi cama.

Y eso fue suficiente para prepararme de nuevo. Durante el resto del viaje, sólo pude pensar en eso. Cada vez que teníamos sexo desde mi regreso, era una sucesión de locuras que desembocaban en sexo, pero esta vez fue diferente. Volví a la cama de Jean, al espacio donde él dominaba, pero también se dejaba dominar, donde éramos libres.

Dios, deseaba tanto ese momento. Aunque necesitaba ver a mis hijos, hablar con mi

madre, entender cuánto tiempo estaríamos en São Paulo y organizarme al respecto, todo en mí me llevaba a la cama de Jean, no a la que ya conocía, sino a la del piso que él ocupó después de mi marcha.

Una nueva vida. Una nueva cama.

Me mordí el labio inferior para contener mi excitación. Y ya estaba mojada, por el placer y la nueva necesidad.

El coche entró en el garaje de un edificio sofisticado y elegante, con todo el refinamiento que necesitaba una persona de la posición de mi marido. Aunque me esforzaba por dejar que el recuerdo de Giulia perdiera peso en mi mente, era imposible no pensar que aquel era el tipo de lugar que él elegiría para vivir con ella.

Sacudí la cabeza, ahuyenté los pensamientos que no debían formar parte de aquel día, de aquel momento, y acepté la mano de mi marido cuando me abrió la puerta y me hizo bajar del coche.

— "Nuestros hombres ya han desalojado el ascensor, señor", — dijo Ernandes en voz baja, y Jean se limitó a asentir.

Comprobé cómo estaban los niños en el ascensor mientras nos dirigíamos al ático. Lorenzo estaba cansado, después de todo, tantos viajes le hacían sentir que siempre era el mismo día y su cuerpo le pedía descanso y normalidad. Ayla permanecía callada, pero sus ojos atentos y las manos que intentaban coger algo de vez en cuando me hacían creer que, al menos durante un tiempo, mi hija se desarrollaría como una niña sin las limitaciones que tenían las personas en su estado.

Cuando entramos en el piso, Jean cogió a Ayla en su regazo y yo hice lo mismo con Lorenzo, que nos guió hasta la habitación preparada para nuestros hijos. Evidentemente no se había hecho ninguna obra con este fin, sólo lo básico: dos cunas improvisadas, dos camas individuales y unos cuantos juguetes todavía empaquetados.

— Era lo mejor que podía hacer — nos explicó, mientras miraba a su hija de esa forma tan apasionada, enganchado por el virus del amor por ser padre. Y era hermoso verlo.

— No hay problema — dije mientras colocaba a Lorenzo en su cuna, echándome hacia atrás y apoyándolo con cojines para que pudiera sentarse.

Él lo hacía mejor que Ayla, pero esperaba que mi hija también pudiera hacerlo pronto.

— Todo lo que necesitan los niños está aquí en esta habitación o, en el caso de la comida, en la cocina — les dijo a las niñeras, y luego se volvió hacia mí. — Creo que deberíamos buscar un nutricionista que los acompañe. He leído en un artículo que...

— ¿Has investigado sobre la alimentación infantil? — bromeé.

— Más que eso. No te hagas la graciosa. Te lo dejo a ti, Heidi, pero te he pedido una lista de los mejores especialistas.

— Qué eficiente — continué, lo que hizo que entrecerrara los ojos mirándome.

— Creo que será mejor que terminemos esta conversación en otro sitio.

— Como quieras, marido mío.

Me mordí el labio para no sonreír. Quería que Jean me presentara nuestra habitación, no una lista de expertos en nutrición. Me cogió de la mano y me llevó en dirección contraria a la habitación de los bebés. Pasamos por delante de dos habitaciones que claramente habían sido decoradas por un especialista y luego, girando a la izquierda, un pequeño pasillo mostraba puertas dobles.

Jean la abrió con cierta ceremonia, me dio el visto bueno y cerró las puertas tras nosotros. Observé el lugar. Una pared de madera que ocupaba parte del espacio tenía un enorme televisor y

un conjunto de cómodos sofás. Esto separaba la sala en dos zonas. Sólo dos escalones más arriba, pude ver la enorme cama, cuyo tamaño nunca había imaginado, y en la misma pared de madera, pero a un lado de la cama, había otro televisor del mismo tamaño que el otro.

Jean me acompañó sin decir nada. A un lado, otra pared del mismo color que la madera con luces empotradas que indicaban que había algo detrás de ellas y al otro, una enorme ventana protegida por gruesas cortinas.

— Tu habitación es preciosa — le dije cuando me di la vuelta y le vi mirándome fijamente.

— Nuestra habitación. Todo lo mío es ahora tuyo.

— Nuestra habitación. — Probé la idea y todo me pareció demasiado surrealista.

— Y esta es nuestra cama — añadió, con esa voz ronca que removía mis puntos sensibles.

— ¡Hum! Tenemos un problema.

— ¿Qué te pasa? ¿Algo que no te gusta? Puedes cambiar lo que quieras.

— Dijiste que me querías en tu cama, pero esta es nuestra cama.

Jean sonrió con picardía y me atrajo hacia él. Esta vez no hubo cautela, ni miedo, ni calma. Me subió la falda, pero la tela no ayudaba, así que desistió y me quitó la blusa mientras yo desabrochaba los botones de la suya. Todo el tiempo estuvimos tocándonos, besándonos y acariciándonos. Estábamos tan cachondos que mis bragas se mojaron rápidamente.

— Quítate esa falda — gruñó en mis labios. — Te quiero desnuda en nuestra cama.

— Quítate los pantalones — le ordené. — Necesito verte desnuda antes de olvidarme del mundo en nuestra cama.

Nos separamos y juntos, cada uno a su manera, nos quitamos las prendas que nos impedían estar piel con piel. Me desabroché la cremallera lateral de la falda y la dejé caer a mis pies para apartarla de un puntapié. Al mismo tiempo, Jean se echó la camisa hacia atrás y se quitó los zapatos, y yo hice lo mismo, desabrochándome los tacones y perdiendo un buen puñado de centímetros que me habrían ayudado si no hubiera estado completamente segura de que Jean era lo bastante fuerte como para llevarme con un solo brazo, y yo tenía el equilibrio adecuado para poder apoyarme en su cuerpo.

No había forma de mantener nuestras miradas cruzadas. Quería verle, comprobar el cuerpo que me iba descubriendo poco a poco, los tatuajes que le hacían tan peligroso y atractivo al mismo tiempo, el abdomen torneado como una promesa pecaminosa. Y Jean hacía lo mismo conmigo, no apartaba los ojos de mi cuerpo, de lo que mostraba, de la forma en que me exhibía.

Bajé la mano hasta la parte inferior de mi sujetador y lo desabroché. Él se quitó el cinturón y se bajó la cremallera del pantalón. Me los quité y él jadeó con tal deseo que se me puso la piel de gallina. Jean se desabrochó entonces los pantalones, quedándose sólo con los calzoncillos puestos, y enarcó una ceja cuando me vio mirando fijamente la deliciosa erección que pronto tendría en mí. Así que, sin ceremonias, me deshice de mis bragas y esperé a que él hiciera lo mismo, pero Jean me miró con esa cara que me ponía cachonda sin necesidad de tocarme y manipuló su polla por encima de mis bragas, como si necesitara provocarme.

— Eres preciosa, *Liebe meines Lebens*.

— Tengo que aprender alemán para encontrar tu apellido.

Sonrió ligeramente.

— *Mein König* — sugirió con aquel acento que me seducía. — Mi rey — tradujo.

— Muy petulante, ¿verdad?

Jean se acercó a mí con todo el aplomo de un hombre que sabía lo que hacía, con la

seguridad que casi ningún hombre podía mantener frente a una mujer que no se sintiera intimidada.

— Todo el mundo me llama el rey de las putas — abrí la boca para objetar, pero él me detuvo cuando pasó las yemas de sus dedos por el espacio entre mis pechos. — Pero tú no eres una puta, *Liebe*. Eres mi mujer, la que elegí y la única con la que quiero estar el resto de mi vida. Así que sólo soy tu rey, *Dein König*.

— Lo que me hace...

— *Meine Schlampe*, mi puta, pero sólo en mi cama. En la calle, siempre serás *Meine Königin*, mi reina.

— Claro, *Mein König* — dije con una sonrisa tonta en la cara. — Quítate las bragas.

— Con mucho gusto.

Jean se bajó los pantalones y reveló la erección que nunca dejaría de impresionarme. Luego me tiró de la cintura y juntó nuestros cuerpos. Un escalofrío me recorrió la espalda y se me secó la boca. Mi cuerpo se elevó, mis piernas rodearon sus caderas y pude sentir la deliciosa sensación de su sexo frotándose contra el mío.

Mi marido se subió a su regazo conmigo y me tumbó en el cómodo colchón, entre las suaves almohadas. Toda la escena daría para una encantadora novela romántica, pero estábamos demasiado cachondos para pensar en ello. Jean y yo siempre habíamos sido fuego y gasolina, incluso cuando no había amor. Parábamos y encendíamos un fuego. Esta vez no sería diferente.

Me mordió el labio inferior y se frotó entre mis piernas, su saco alisó mi sexo, sus manos exploraron mi cuerpo. Lo deseaba de tantas maneras que no podía definir y siempre era así, Jean me tomaba y yo me perdía.

Por eso la penetración no se hizo esperar. No había razón para retrasar la consumación. Pasaríamos los minutos del acto en movimiento, en entrega, en exploración. Pasé los dedos por su pelo, acaricié su espalda encogida mientras él entraba y salía, sin prisa, con embestidas tan cortas que notaba cómo me rozaba el clítoris.

— ¡Oh, Dios, Jean! — gemí, encantada, abierta, recibéndole, dejando que se hundiera en mí.

Y aunque la carne gritaba más fuerte que nuestros sentimientos, nuestros labios se buscaban de vez en cuando, nuestras miradas se comprobaban mutuamente. Jean se movía, me excitaba, me volvía loca, me recorría con sus manos, me colocaba como él quería, me enloquecía con su lengua recorriendo mi piel.

— Eres deliciosa — gruñó cuando todo se convirtió sólo en deseo.

Los movimientos se hicieron más intensos, las manos más exigentes, la piel sudorosa y sensible. Mis paredes se contrajeron, atrapando a Jean en mi interior para liberarlo de una forma deliciosa. Él gemía, satisfecho, dándome lo mejor de sí, empujando dentro y fuera de mí con fuerza, alcanzando ese punto que pocos conocían, que era tan profundo y estaba tan protegido que, una vez desencadenado, ya no había vuelta atrás.

— ¡Jean! — grité al correrme de nuevo, sin previo aviso, sin preparación. Bastó que llegara allí, a ese lugar que sólo él conocía en mí, para que mi cuerpo se convirtiera en salvado, en polvo de placer.

Sentí que me deshacía, que vibraba, que explotaba y, de repente, volví a ser yo misma, como si una fuerza mayor tirara de mí. Jean se movía muy despacio, sólo para mantener el ritmo, sus ojos clavados en mi cara, una sonrisa de suficiencia en aquellos labios carnosos.

— Todavía puedo llegar — dijo casi sin aliento, lleno de sí mismo, lo que me hizo sonreír. — Llegar así.

Como si fuera una muñeca de trapo, sin fuerzas para guiar mi cuerpo, Jean me puso boca arriba. No a cuatro patas y mucho menos sin poder verle. Me abrió las piernas y me penetró de nuevo. Gemí socarronamente, porque sabía, y él también, que así sería más fácil alcanzar de nuevo el botón. Acomodé mi cuerpo mientras sus manos se deslizaban por mi vientre y se alojaban en mi sexo. Nuestros labios se sellaron en un beso que era pura lujuria.

Y entonces comenzaron de nuevo las embestidas. Me invadió, me abrió las piernas para dejarme sitio, me penetró profundamente, tan profundamente que pronto entré en el juego. Sus dedos, los cuatro, masajeaban mi clítoris en exclusiva y su otro brazo, el que pasaba por debajo de mí, me exploraba, acariciaba mis pechos, mi cuerpo, todo lo que me rodeaba.

Jean gimió de una forma deliciosa. Tan fuerte y varonil que me dieron ganas de eternizar el momento, de grabar el sonido para no olvidarlo nunca. Mantuvo el ritmo, los empujones, las caricias en mi clítoris, en mis labios sensibles, frotando con la sabiduría de quien conoce el cuerpo de una mujer, mi cuerpo en particular.

Y allí estaba yo, sumida de nuevo en el placer. Tan cerca del orgasmo que mi sexo se convulsionó, apretando a Jean en mi carne, calentando la suya.

— ¡Joder, Heidi! — gruñó.

El semen llegó de una forma deliciosa, como si me llenara y me liberara. Y oírle correrse, apretándose contra mí, derramando su deseo en mi sexo, acrecentó mi placer. Nos corrimos intensa, firme, deliciosa y eternamente. Al menos eso me pareció a mí. Porque Jean no me soltaba.

Poco a poco las caricias perdieron la tensión del sexo y el placer y dieron paso al amor. Poco a poco los besos se volvieron apasionados, las caricias cuidadosas, los deseos modificados.

Y así hasta que volví a dormirme. En paz, feliz y dispuesta a vivir en aquel mundo como su reina.

52

HEIDI

Me desperté sola en aquella cama enorme. No había una nota de Jean en un papel con letras bonitas, pero se había preocupado de enviarme un mensaje cortés, haciéndome saber que estaba en la reunión de la que me había hablado antes y que volveríamos a Florianópolis al día siguiente. También me recordó que debía elegir un nutricionista para los niños.

Sonreí ante la pantalla del móvil. Jean nunca iba a ser el tipo romántico que dejaba flores junto a la cama o declaraciones en la almohada. Jean era el tipo que sonreía apasionadamente a sus hijos y me amaba en la cama sin necesidad de declaraciones, porque para él los hechos valían más que las palabras.

Y esa era la verdad. Ninguna mentira se escondía en una mirada en el momento de la entrega. Así que supe que me amaba y eso fue suficiente.

Me levanté con el cuerpo dolorido, me di una ducha tonificante, elegí ropa ligera y salí en busca de mis hijos.

— ¿A quién le gusta la remolacha? — oí decir a Valesca antes de entrar en la cocina.

Los niños estaban experimentando con el alimento, aceptándolo como batido o triturado. Ayla tenía un poco de retraso, ya que tragar se convirtió en un problema, por lo que sus verduras se procesaban después de la cocción y se servían en un biberón en pequeñas tomas.

El Dr. Rissi me aconsejó que mantuviera esta dieta hasta que no hubiera más riesgos. Por eso necesitaba ver a un nutricionista.

Entré en la cocina y encontré a Lorenzo sentado en una silla de comer que desentonaba con la decoración y a Ayla en el regazo de Valesca, haciendo muecas y escupiendo lo que le ofrecían. Junto a la cocina, una señora que no conocía, pero que parecía conocer bien la casa, preparaba lo que parecía un almuerzo.

— ¿No quiere comer? — dije, haciendo que Valesca casi saltara del susto.

— Creo que es la remolacha.

— Cualquier niño rechaza la remolacha si no tiene algo para disimular el sabor — comentó la señora, caminando hacia mí. — Hola, soy la señora Barbosa. Ayana Barbosa, encargada de organizar la azotea y dar de comer al señor Kuhn.

— ¿Cómo está usted?

Estreché la mano de la señora, todavía torpe, sin saber cuál era mi papel en aquella familia, aparte de cuidar de mis hijos y satisfacer mi cuerpo con mi irresistible marido.

— El Sr. Kuhn dijo que su familia estaría aquí. Por cierto, felicidades por la boda. Ya era hora de que Jean se casara.

La intimidación con la que le trató no pasó desapercibida, pero no hice ningún comentario al respecto.

— No suele dejar recomendaciones para comer o cenar, así que pensé que tendría algo especial en su menú, pero a medida que avanzaban las horas me tomé la libertad de preparar una pasta carbonara. Al menos así no me equivoco con el menú. A todo el mundo le gusta la pasta carbonara. A menos que seas intolerante al gluten o vegetariano.

— No — dije riéndome por lo bajo. — La pasta carbonara me parece bien.

— ¡Estupendo! Pronto estará lista. ¿Te traigo algo antes?

— No, gracias.

Me bajé del banco y me acerqué a Lorenzo, que se estaba embadurnando de comida.

— ¿Te gusta la remolacha, mi amor? — bromeé con mi hijo, que sonrió e intentó cogerme con las manos sucias.

— La escupe casi toda, pero no deja de comerla — advirtió Raika.

Quería tener un momento con las niñeras, explicarles cómo funcionarían las cosas, ya que al día siguiente volvíamos a Florianópolis y no quería que Lícia se entrometiera en mi vida, pero no podía tener esa conversación ahora mismo, así que decidí llamar a mi madre. Estoy segura de que estaría harta de que la mantuvieran en aquella casa sin noticias de sus nietos ni de mí durante más tiempo del que le gustaría, a pesar de que yo llamaba y enviaba fotos constantemente.

Sin embargo, mientras paseaba por la propiedad, que aún desconocía por completo, dispuesta a encontrar un despacho o un lugar más tranquilo, lejos de oídos indeseados, uno de los soldados me interceptó.

— ¿Señora Kuhn? — dijo sin perder la postura segura de quien sabe lo que hace. — La señora Lícia Kuhn la espera en la sala principal.

¿Lícia? pensé. ¿Qué hacía Lícia allí? ¿Por qué Jean no me había dicho que vendría? A pesar de mis dudas y confirmando que no había ningún mensaje de mi marido, seguí al guardia de seguridad hasta que llegamos a lo que él llamaba la sala principal. Lícia me esperaba con su dulce y falsa sonrisa. Con la postura de alguien que tiene poder suficiente para disputarme esa posición.

— "Lícia" — dije cordialmente. — Jean no me dijo que estabas aquí, en São Paulo, ni que vendrías a visitarnos.

— ¿Cómo estás, Heidi? — La mujer me cogió por los hombros y me besó la mejilla como si fuéramos amigas. — Estabas de viaje y no sabía cuándo volverías. Acabo de enterarme de que estabas en la ciudad y, qué casualidad, he venido a elegir a la chica que sustituirá a Scarlett.

Sabía que todo aquello sonaba falso, pero aun así, Lícia trabajaba en la isla con Jean, era la responsable de aprobar las elecciones de Flávia y sólo después de ella entró en juego Jean, de una forma que no quería ni pensar, pero en la que necesitaba interferir cuanto antes.

Como dije, nueva casa, nueva vida, nuevas reglas.

— No sabía que Jean iba a sustituir a Scarlett — dije, a falta de una palabra mejor. Se rió y se sentó, aunque no estaba invitada.

— Claro que sí. Tenemos varios miembros y necesitamos mantener a varias chicas para que siempre tengan opciones y variedad.

— Ya veo. ¿Así que Jean no sabe que estás aquí, en... nuestra casa?

Me corregí tan rápido que eso le permitió a Lícia mostrar un poco de lo mucho que le disgustaba.

— Por cierto — añadió después de humedecerse los labios. — Felicidades por la boda. ¿Fue un viaje de luna de miel? Jean lo ocultó mucho.

— Sí. Lo elegimos así — mentí.

Si Lícia no sabía nada de la enfermedad de mi hija, no lo sabría. Seguiría el plan de Jean costase lo que costase.

— ¡Qué maravilla!

Ella sonrió, yo sonreí y el tema se apagó, dejando el ambiente demasiado incómodo y confuso. Lícia se frotó las manos, se puso el bolso sobre el regazo y volvió a mirarme.

— Vine porque quería ver a mis sobrinos. Están aquí, ¿verdad? Echo de menos cuando

mis hijos eran sólo niños, como los tuyos. Sólo en este momento son nuestros, luego se los llevan, iniciados y cuando vuelven, ya no nos pertenecen.

Lo intentó, pero no vi dolor ni tristeza en su rostro. Entre otras cosas, porque Lícia nunca ocultó su orgullo de saber que un día sus hijos serían Capos, o tal vez algún cargo superior. No le importaba que se los arrebataran de sus brazos siendo niños, sólo que el poder permaneciera en manos de su familia.

— Sí, están en la cocina — dije.

Miré al soldado que permanecía en el borde de la habitación, en su postura profesional, exactamente como debía ser. Y sabía que otros dos estaban vigilando la sala y algunos más el edificio, así que no había posibilidad de que Lícia intentase nada contra mí o mis hijos.

Se levantó, con la mano en la bolsa que mantenía pegada al cuerpo.

— ¿Puedo verlos?

— Claro que sí.

Caminé hacia delante, atento al sonido de sus tacones detrás de mí, pero antes de llegar a la puerta de la cocina, un agudo pinchazo me puso rígido el cuello y luego caí, la imagen borrosa, oscurecida. Aún oía el sonido de un disparo casi silencioso y a alguien cayendo al suelo.

Quise gritar, llegar a la cocina y salvar a mis hijos, pero mis ojos se cerraron y me ahogué en la oscuridad de la inconsciencia.

JEAN

Le mentí a Heidi, pero no había forma de contarle esa parte de la historia. Al menos no mientras no supiera en quién podía confiar. Y, por supuesto, confiaba en mi mujer, pero esto era más grande que ella y no podía llegar a ella.

Álvaro se reunió conmigo en la oficina de una de mis empresas, que yo dirigía desde lejos y dejaba que otra persona se encargara. La llegada de mi amigo y subjefe a São Paulo también se hizo de forma sutil. Álvaro no se lo dijo a nadie. Dijo que tenía negocios que hacer y ni siquiera los hombres que le acompañaban sabían que se reuniría conmigo allí. Así, mantuvimos el factor sorpresa.

Mi subjefe, aunque se esforzaba por aparentar tranquilidad ante el plan que habíamos trazado, no podía ocultarme lo mucho que le desestabilizaba.

— Flavia aceptó todo lo que le pedí — dijo con cierta reticencia.

— No sé por qué te molesta tanto esto, Álvaro. Ni siquiera tuviste que ponerle un dedo encima.

Álvaro me miró molesto, como si quisiera insultarme o maldecirme, pero se contuvo. No era momento para eso.

— Llevaba casi un día entero atrapada en el calabozo, sin agua ni comida. Atada por las muñecas con una cuerda que duele, levantada hasta que apenas puede poner los pies en el suelo — informó sin sabor en sus palabras. — Eso es peor que golpearla hasta conseguir la información que necesitaba.

— Al menos habló.

Me disgustó tener que hacerle eso a Flavia hasta que se dio cuenta de su delirio. Sin embargo, actuando así conseguiríamos lo que necesitábamos, de la forma en que lo necesitábamos.

— ¡Joder, Jean! ¿Qué carajo? ¡Es la maldita Flavia!

— Mi amante exclusiva. No lo olvides. Flavia sabía el riesgo que corría. Es más. Si entendiera la lealtad, se abriría a mí en vez de dejarse enardecer por...

Me detuve antes de decir el nombre de la persona que probablemente me estaba engañando. Me dolía creerlo. Y ni siquiera sabía qué hacer con esa información.

— Vayamos a la parte que preferías tratar personalmente — me cortó, demasiado molesto para dejarme seguir hablando de la culpabilidad de Flavia en la historia. — Sabemos que Flavia era amante de Scarlett, así que no fue ella quien la mató.

Asentí sin decir nada.

— También sabemos que Lícia sabía de la aventura y la alentaba.

— Lo arreglaré con Lícia.

— Jean, Lícia le dijo a Flavia que tenía que sacar a Scarlett de la isla, alejarla de ti, antes de que le hicieras daño — enfatizó sin paciencia.

— No era la mano de Lícia la que estaba en esa puerta y sabemos de quién era, así que Lícia también podría ser una víctima, una persona engañada y que jugó en mi contra.

— Eso no debería impedirnos interrogarla.

— Sucederá, Álvaro. ¿No es por eso que volvemos a Florianópolis?

— Flavia sabe que no fue Lícia, pero le costó creer a nuestro sospechoso —reconoció.

— ¿Es eso un problema? Porque si lo es, tendremos que encontrar una manera de callar a Flavia.

— Eso no será necesario. Flavia se ha dado cuenta de que no fuiste tú y está de nuestro lado. Lo que hicimos fue suficiente — intervino Álvaro con firmeza. — Se quedará en la isla, con las niñas, como si nada hubiera pasado, hasta nuevo aviso. Y sé que no puedo ser ingenuo — argumentó cuando abrió la boca para objetar. — Hice que uno de mis hombres la vigilara e interviniera su teléfono móvil. Tenemos el control de todas las acciones de Flavia y ella sabe que no habrá otra oportunidad.

— Mejor así. Así que vamos a repasar el plan. Volveremos a Florianópolis hoy sin alertar a nadie. Heidi y los niños se quedarán aquí con buena seguridad. Llevaremos a nuestro sospechoso al galpón 3.

— ¿Y Lícia? — quería saber.

— Lícia estará prisionera en su propio cuarto, pero será cuando lleguemos. Mantendremos el factor sorpresa.

— ¡Bien! Sólo cuando lleguemos les contaremos el plan a los soldados. Ya tengo todo planeado.

— Ahora a lo nuestro. — Encendí un cigarrillo, le di una calada y me enfrenté a Álvaro. — Sabes que ahora sólo te tengo a ti, hermano. Y que necesito volver a Alemania.

Álvaro aceptó, pero no le gustó la idea. Por primera vez en años, estaríamos separados. A mí también me entristeció, pero no había otra solución.

— Es temporal. Hans necesita jubilarse. Lo haría en el momento en que yo quitara a mi padre del puesto de Don y asumiera el mando, pero entonces tendría que llevarte conmigo y ¿quién quedaría para dirigir las cosas aquí en Brasil? Los hijos de Lícia todavía son niños.

— Cuando Benito cumpla dieciocho años, ¿te harás cargo?

— Veintiuno. Tenemos que cambiar algunas reglas. Él aprenderá todo lo que necesita de ti y, si Benito quiere, Alejandro será su suplente, pero si no, me llevaré al chico para ser Capo en Alemania. Necesitaré uno cuando dejes los dos puestos.

Álvaro asintió, de nuevo sin añadir nada.

— Y cuando eso esté resuelto, hermano, le darás a tu padre la jubilación que se merece y te harás cargo de mi *Consigliere*.

Mi subjefe me miró con extrañeza.

— ¿Estás seguro de esto?

— Nunca he tenido dudas, Álvaro. Asegúrate de que Benito no sea lo que fueron mi padre y Joel, luego ve a Alemania a ayudarme.

— De acuerdo, Jean. Será como tú y mi padre crean conveniente.

— Será lo mejor. Créeme. Ahora voy a llamar a Heidi. Tengo que advertirle que no me espere despierta.

Álvaro finalmente me dedicó una sonrisa libertina.

— He vivido para ver a Jean Kuhn hacer pasar un mal rato a una mujer.

— ¡No jodas!

Álvaro se rió y salió de la habitación. Y yo me quedé con la extraña sensación de que no debía viajar sin estar antes con mi mujer y mis hijos. Esa mentira tendría más peso del que podía imaginar.

53

JEAN

Solo en el despacho, consciente de que nadie se interpondría en mi camino, llamé a Heidi. Necesitaba todo mi poder de persuasión para mentir y hacer que me creyera. Le diría que la reunión se retrasaría, que no se preocupara y que no me esperara despierta, pero sabía que, después de tantas cosas que habíamos pasado, ganarme la plena confianza de mi mujer sería una tarea ardua.

Y la amaba demasiado como para que simplemente no me importara si eso la hacía perder el sueño, crear las teorías más absurdas, sufrir por seguir creyendo que estaba casada con un hombre capaz de gastar mucho dinero en una mujer para que fuera su exclusiva cuando era dueño de varias casas de prostitución, con muchas chicas a su disposición.

Heidi tardaría en darse cuenta de que yo sólo la quería a ella, pero en aquel momento no había otro camino. Necesitaba ir a Florianópolis, pero dada la magnitud de lo que ocurriría, tener a mis hijos y a mi mujer en el mismo lugar sería estúpido. Necesitaban estar protegidos, seguros. Y cuando volviera, con todos los asuntos resueltos, les contaría la verdad, para que después de eso pudiéramos ser lo que tanto deseaba: una familia de verdad, incluso en medio de toda aquella podredumbre.

Busqué el contacto y marqué. Esperé mirando el atardecer de São Paulo, con todos los coches atascados en la ciudad, las luces que no se apagaban y la gente con sus pasos apresurados, como hormigas en un hormiguero, marchando hacia su regreso.

La llamada saltó al buzón de voz, lo que me desconcertó. Volví a intentarlo, y luego una tercera vez, hasta que me di cuenta de que Heidi no estaría contestando en ese momento. Podía estar en la ducha o con los niños. Podía haberse dejado el móvil en su habitación mientras estaba distraída con su nueva rutina. Así que, al principio, no vi motivos para preocuparme. Tenía otras formas de encontrar a mi mujer.

Así que busqué entre mis contactos el número de la primera niñera. Tenía que acostumbrarme a sus nombres. Marqué y esperé. Ella tampoco contestó. Ese fue el primer punto de preocupación. Llamé a la otra y ocurrió lo mismo. Nervioso, abrí la aplicación que me indicaba dónde estaba Heidi e indicaba exactamente la dirección de mi ático, donde la había dejado a primera hora de la tarde.

Si todos estaban en casa, ¿por qué no contestaban?

Abrí la puerta del despacho y salí en busca de Álvaro. La angustia crecía en mi pecho y ya había pasado por suficiente mierda como para darme cuenta de que cuando ese sentimiento me rodeaba, algo iba mal. Mientras caminaba, llamé a Fabio. Él sería mi última opción. El soldado contratado especialmente para mantener a salvo a mi mujer y a mis hijos no tenía derecho a alejarse de mi teléfono móvil, ni siquiera a ignorar una llamada mía. Pero no contestó.

Mi adjunto estaba en la habitación del otro lado del despacho, al teléfono. Abrí la puerta y le hice señas para que se reuniera conmigo mientras yo repetía el proceso e intentaba, sin éxito, hablar con Fabio cuando Álvaro me alcanzó. Me detuve delante de Ernandes para dar mi primera orden.

— Nos vamos inmediatamente. Quiero diez hombres armados y mi coche en el garaje en dos minutos.

Mi soldado personal no preguntó por qué, ni podía hacerlo. Apagué el móvil y caminé con Álvaro hasta mi despacho, donde había dejado el maletín con el portátil.

— ¿Qué ha pasado? — quiso saber Álvaro.

— Una mierda. — Recogí la carpeta y salí de nuevo del despacho. — Heidi no contestaba. Las niñeras no contestaban. Ni siquiera Fabio contestaba.

Eso bastó para que Álvaro se diera cuenta de la gravedad del problema. En el mismo momento, mi amigo empezó a dar órdenes.

— Envía dos coches al ático inmediatamente. Nosotros iremos detrás. Os quiero allí cuanto antes — dijo a alguien que no intenté averiguar quién era. Luego hizo otra llamada mientras entrábamos en el ascensor. — Saca las imágenes de las cámaras de seguridad del ático donde se aloja el señor Kuhn en São Paulo. Quiero todo desde cuatro horas antes. Sí. Envíalo a mi dirección de correo electrónico. Lo comprobaré.

— Gracias — dije nervioso, inseguro de cómo me sacudiría aquella mierda.

Ya no era una puta prostituta muerta en mi cama, ni un cargamento de diamantes robados delante de mis narices. Eran mi mujer y mis hijos, las personas a las que más quería en aquel puto universo. Cerré los ojos y respiré hondo.

— Cálmate... — empezó Álvaro.

— No me pidas que me calme — advertí, aún con los ojos cerrados. — Y no te atrevas a ponerte delante de mí. Porque si pasa algo, mataré a los que quedan y se supone que deben proteger a mi familia.

— Jean, no ha pasado nada o lo habríamos sabido.

— ¡Ha pasado algo, joder! — grité.

— Cierto — asintió en tono tranquilizador. — Algo pasó, pero eso no significa que fuera lo peor.

Seguimos conduciendo en silencio. En aquel momento la ciudad era un caos, había mucho tráfico, mucha gente en las calles y yo sólo quería pasar de todo el mundo y llegar enseguida a mi destino. *Debería haber pedido el helicóptero*, pensé preocupada. Mientras tanto, Álvaro trabajaba, charlaba con los hombres que iban delante de nosotros y tomaba una ruta diferente, más larga pero más libre.

— ¿Y las imágenes?

— Ya sabes que lleva su tiempo. Y yo pedí cuatro horas — advertió.

Me contuve, porque era la reacción que había aprendido a tener cuando todo iba mal, pero cuanto más avanzábamos, y no llegaban noticias, me moría por dentro, sangraba, y me aferraba con todas las fuerzas que tenía a la bestia furiosa que me arañaba, ansiosa por salir y destruir el mundo.

Y el tiempo que pasé atrapada en el coche, esperando a llegar a mi dirección y confirmar que mi familia estaba bien, fue como estar en el infierno, en un charco de sosa cáustica, con todo el cuerpo atado por grapas que tiraban de mi piel para que la herida permitiera que la carne se disolviera.

Viví los peores minutos de mi vida. Ni siquiera cuando Joel me abandonó en una tumba poco profunda, ni cuando tuve que soportar los días previos a mi regreso. Nada igualaba aquello.

Hasta que llegamos. Lo primero que vi fueron los dos coches de mis soldados aparcados de cualquier manera. Bajamos al garaje, pero Álvaro ya estaba atendiendo la llamada que nos indicaría lo que encontraríamos al llegar al ático.

— Sí — dijo de forma dura y práctica. — ¿Estás seguro? ¿Has mirado todo el lugar? Ahora subimos al ascensor.

Y colgó.

— ¿Qué han encontrado?

— Nada — dijo Álvaro con los ojos entrecerrados, sus pensamientos buscando una respuesta.

— ¡Como la puta nada! ¿Dónde se han metido?

— No lo sé, Jean. Tenemos que entrar ahí para intentar encontrar alguna pista.

La puerta se abrió y salté como un animal enjaulado. Dos hombres vigilaban la entrada y muchos otros registraban la casa desde dentro.

— El móvil de Heidi está aquí — les dije a todos. — Buscad cualquier pista, señales de un disparo, sangre, lo que sea.

Corrí al dormitorio con el corazón destrozado. ¿Heidi se había ido con mis hijos? En cuanto abrí la puerta y encontré la cama deshecha, otra herida me golpeó con más fuerza. Si se había marchado, lo había hecho a toda prisa, segura de que tenía que actuar antes de mi regreso. Así que corrí hacia el armario y un segundo de alivio hizo que mi cuerpo doliera menos. Todo estaba allí, su maleta aún desordenada, su neceser sobre el lavabo, algunos productos e incluso su cepillo de dientes.

No, Heidi no se había escapado. Aun así, fui a la habitación de mis hijos, tropecé con algunos hombres, pero no me detuve. Allí encontré lo mismo. Las bolsas con todo lo que habíamos traído de Italia y las maletas de las dos niñas. Desde luego, Heidi no me había abandonado. Luego estaba la otra alternativa, y eso me jodió aún más.

— ¿Jean? — gritó Álvaro desde abajo. — En el pasillo antes de la cocina — dijo apresuradamente.

Bajé corriendo las escaleras como un loco. Pasé a toda prisa junto a mis hombres y me dirigí hacia donde estaba mi ayudante. Álvaro, agachado, estaba analizando algo.

— ¿Qué has encontrado?

— Hay un líquido aquí. No mucho. Viscoso.

— Podría ser cualquier cosa, Álvaro. Mis hijos estuvieron aquí.

— Jean, presta atención. Conozco esta mierda. Si no me equivoco, la usamos en nuestras operaciones.

Entonces mis ojos se desenfocaron durante un segundo. Sólo un segundo mientras me daba cuenta de que alguien se había atrevido a secuestrar a mi familia. Si Álvaro tenía razón, aquella era una sustancia que utilizábamos cuando queríamos inutilizar a alguien sin armar jaleo, pero quien la aplicaba no tenía práctica. O apretaba la jeringuilla antes de clavar la aguja en la piel, o la sacaba sin derramar todo el contenido sobre el cuerpo, de modo que parte quedaba en el suelo.

Estábamos trabajando con un aficionado y no sabía si sentirme aliviado o consternado.

— ¿Señor? — Un soldado apareció por el pasillo. — Hemos encontrado algo. Será mejor que lo comprueben.

Nos levantamos a toda prisa y nos dirigimos a la sala principal. Un soldado estaba agachado, levantando la alfombra que cubría casi toda la habitación y dejando al descubierto lo que parecía sangre. De nuevo mis ojos perdieron el foco y por un segundo, la bestia se apoderó de mi carne. Llegué a meter la mano en la funda en busca de mi pistola.

— ¡Por aquí! — gritó alguien más, esta vez desde algún lugar alejado de la sala.

Todos le seguimos a toda prisa y un soldado entró en mi campo de visión.

— Señor, en el armario. Tres cadáveres.

Pensé que no podría soportarlo, que me derrumbaría allí mismo, que me rendiría, pero algo en mí me impidió caer y supe que era la sed de muerte, la locura que me haría eliminar primero a quien la hubiera causado antes de acabar conmigo mismo. Porque no merecía seguir en ese mundo. No después de perderlos.

— Dos de nuestros hombres y su ama de llaves — anunció sin darse cuenta de lo mucho que yo pendía de un hilo.

— Bien — Álvaro tomó la delantera.

Me apoyé en la pared y respiré agitadamente. No eran ellos, repetí tantas veces que entré en trance y no pude oír nada más.

— ¿Jean? — me llamó Álvaro.

— Son dos soldados y el ama de llaves — repitió. — Lo que significa que, o bien Fabio nos ha traicionado, o bien se lo han llevado para intentar sacarle alguna información.

Asentí sin poder decir nada más. Álvaro sacó el móvil y consultó un mensaje.

— ¡Joder! — dijo, sin importarle lo mal que me haría sentir.

— ¡Qué pasa esta vez, joder! — gruñí.

— Recibí la respuesta de las imágenes.

— Vamos a comprobarlo, entonces — dije con una nueva energía corriendo por mis venas. Pero Álvaro me miró como si no supiera cómo decirme la verdad. — Habla de una puta vez.

— No hay imágenes — confesó. — Han vuelto a piratear nuestro sistema.

— ¡Me cago en la puta! — gruñí.

Y no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarlas.

La casa estaba llena de mis soldados. Los mejores, incluso el especialista que Álvaro había enviado para averiguar por qué las cámaras no habían grabado nada desde que me fui aquella tarde.

Me mantuve en la oficina. Evité la bebida. Necesitaba toda mi concentración para seguir al pie del cañón. Sabía que no se trataba de un secuestro cualquiera, por lo que no habría petición de rescate. Al igual que sabía que la misma persona de la que habíamos sospechado antes podía ser la responsable de esta acción. Por eso estaba allí, lejos de todos, con Álvaro de pie frente a mí, en silencio.

Nada me indicaba lo que íbamos a hacer cuando saqué el móvil y llamé a Lícia. Sonó cuatro veces antes de que ella contestara.

— ¿Jean? — habló mi hermana con sorpresa, pero sin ningún atisbo de miedo.

— Lícia, ¿cómo estás?

— ¿Te ha pasado algo? Nunca llamas para ser amable — se burló con cierta ironía en la voz.

— No. Estoy en São Paulo, atrapada en una multitud de reuniones — mentí. — Dejé a Heidi y a los niños en el ático, pero no podré volver pronto. Así que pensé en ti.

— ¿En mí? ¿De verdad quieres que controle a tu mujer? Sabes que Heidi no me soporta.

Lícia actuó como si no supiera nada y su voz tenía el tono justo para convencer a cualquiera.

— Después de todos los ataques, me preocupo por ella. Puedes hacerlo mejor si estás en São Paulo, por supuesto.

— Estoy en casa, Jean, como ordenaste, ¿lo has olvidado? — y ahí estaba el dolor que necesitaba.

— ¿En Florianópolis?

— ¿Y dónde si no iba a estar mi casa?

Me reí, sin ganas ni placer, pero había un papel que cumplir y tenía que atenerme a él.

— Pensé que estaría buscando a la chica nueva. Te gusta tanto ese poder.

— Flavia lo hará — me informó.

— ¿Flavia? Pero le dije que se quedara en la isla y cuidara de las chicas.

— No sabía lo de tus órdenes, hermano. La llamé hoy temprano y le di el trabajo de encontrar a alguien que atraiga más que Scarlett, o Heidi.

— Ya veo.

Escribí en un papel para que Álvaro comprobara dónde estaba Flávia y accedió en silencio.

— Muy bien. Ya que Flávia está en la ciudad, le pediré que se quede con Heidi. Conoceremos a la chica nueva en otro momento, cuando yo vuelva.

— ¿Seguro? Hoy...

— Ella hará lo que yo diga, Lícia — mi voz sonó lo suficientemente autoritaria como para que ella creyera que yo actuaba como de costumbre, sin alteraciones ni sospechas.

— Está bien, mi hermano. ¿Me necesitas para algo más?

— No. Hasta mañana.

— ¿Hasta mañana? — dijo con cierta fanfarria. — ¿Vuelves mañana a Florianópolis?

— Necesito resolver algunas cuestiones sobre mi sucesión y cuándo asumiré como Don — le dije sólo para que diera ese paso en falso. Justo lo que necesitamos.

— Entendido. Mis hijos son los sucesores más adecuados en este momento — intentó argumentar.

— Tus hijos son hijos, Lícia. Pero no te preocupes, tendrán lo que necesitan cuando llegue el momento. Ahora vete a dormir o haz lo que estabas haciendo. Necesito volver a la reunión con el gobernador.

— Como quieras.

Terminé la llamada y Álvaro me miró como si estuviera listo para actuar.

— Lícia no está en Florianópolis — dije con seguridad.

— ¿Cómo sabes eso?

— De la misma manera que sé los movimientos de todo el mundo. — Álvaro entendió inmediatamente y aceptó.

— Flavia está aquí en São Paulo. Lícia no mintió sobre eso. Ella está en "La Casa" buscando a la chica nueva.

Saqué mi móvil y llamé a Flávia enseguida. Contestó al segundo timbrado. Su voz era fría y distante, propia de alguien que había experimentado mi furia y no se atrevería a desobedecerme de nuevo.

— Señor Kuhn — dijo sin emoción.

— ¿Qué hace en São Paulo?

— Lícia me envió a elegir a la chica. Dijo que tenías prisa por encontrar a alguien que hiciera sombra a Heidi y Scarlett en la isla.

— Flávia, escúchame — dije con firmeza y seriedad. — No me mientas y no vuelvas a hacer el idiota. ¿Cuándo te dio Lícia esta orden?

— Esta mañana, señor — fue objetiva. — Me llamó y me pidió que viniera enseguida. Y

luego se reunió conmigo para pasar la información.

— ¿Dijo adónde iba?

— Dijo que tenía un asunto importante que atender.

— ¿A dónde?

— No pregunté, señor.

— Bien, señor. Esto es lo que vas a hacer sin tener que explicar mis órdenes a nadie. Sal de ahí, sube al coche y ven a mi ático. Si alguien pregunta, dile que pregunté por ti.

— Ha pasado algo, señor. Yo no...

— Haz lo que te digo. Dos hombres estarán aquí en el ático. Cuando lleguen, no contesten ninguna llamada que no sea mía y no se vayan hasta que yo lo autorice. ¿Está claro?

— Sí, señor.

— Bien. Hazlo ahora.

Colgué el teléfono e inmediatamente activé el móvil de Lícia para rastrearla.

— Tenemos una dirección — dije, poniéndome de pie y listo para moverme.

— Vámonos. Tenemos todos los soldados que necesitamos y sé cuál es la mejor estrategia para que entremos en acción — dijo Álvaro, con su aire centrado, seguro de que idearía el mejor plan para que venciéramos.

Pero sabíamos quién estaba detrás y sólo eso ya me dejaba claro que no iba a ser como habíamos imaginado.

54

HEIDI

Despertarme fue como un shock. Un segundo no existía, borrado de mi mente, y al siguiente, un chorro de agua fría lanzado con fuerza contra mi cara me despertó con la sensación de estar asfixiándome. Respiré agitadamente, luchando contra el pánico, intentando recuperar mis recuerdos y averiguar qué estaba ocurriendo, cuando la segunda oleada me golpeó.

Entonces oí dos sonidos que me despertaron definitivamente: una risa repugnante de alguien que tenía delante y el llanto de Lorenzo en algún lugar cercano a mí. Parpadeé varias veces, deseando situarme, centrarme y averiguar qué estaba pasando.

Mi primer impulso fue localizar a Lorenzo, averiguar por qué lloraba y calmarlo, y fue en ese momento cuando me di cuenta de que estaba atrapada. Sentada en una silla, con una lámpara encima como en las peores películas de mafiosos, tenía el cuerpo, las manos y los pies atados con cuerdas, de una forma firme que me impedía escapar con facilidad.

El llanto constante de mi hijo me angustiaba, pero empecé a entender lo que estaba pasando, y recordé los últimos minutos consciente. La visita de Lícia, su insistencia en ver a mis hijos, el aguijonazo que me hizo caer y desmayarme y el disparo que seguramente mató a alguien que intentó defenderme.

Respiré hondo y centré mi atención en el hombre que estaba delante de mí. No se le veía la cara, pero su cuerpo, sus manos, su risa e incluso su forma de comportarse me dejaban claro quién era.

— Amadeu — dije, y en el mismo momento, una fuerte bofetada me golpeó la cara.

O intentaba impedir que confirmase su identidad, o me estaba castigando por haberle reconocido tan fácilmente. Entonces, segura de que no había forma de predecir lo que ocurriría con mi destino, ya que no podía decir que Jean nos encontraría antes de que me pusiera las manos encima a mí o a mis hijos, ni resignarme a la idea de que me mataría rápida y misericordiosamente, hice lo que había aprendido a hacer viviendo con la mafia.

— ¿Es eso lo que mejor se te da? Por eso Lícia prefiere a otros hombres antes que a ti.

Otra bofetada me golpeó, esta vez más fuerte y más furiosa. Incluso oí cuando intentó decir algo impropio, pero una mano se lo impidió. Y no era la que iba a salvarme.

Lícia apareció, sin miedo de dar la cara. Se inclinó sobre la silla, con la cara cerca de la mía, y luego sonrió.

— Seremos breves. Jean pronto empezará a buscarte — me informó.

Entonces, como si quisiera que mi vida acabara pronto, pero no sin antes hacerme ver el daño que ya había hecho, Lícia hizo una señal y se encendieron dos lámparas más, ambas iguales a la que estaba sobre mi cabeza y debajo de ellas, las dos niñeras, Raika y Valesca, tan magulladas que me revolvían el estómago. Incluso sus ropas estaban desgarradas, sus cabellos revueltos y sus rostros ensangrentados.

Sin embargo, a pesar del dolor que seguramente sentían, ambas sostenían a mis hijos como si tuvieran que protegerlos. Lorenzo lloraba mientras Raika lo mecía en voz baja para

calmarlo y Ayla permanecía quieta, como una muñeca en el regazo de una mujer que acaba de ser atacada.

— Jean te matará — dije sin dejar traslucir la desesperación. Lícia se rió con ganas.

— ¿Y cómo podías saberlo? Nunca dejaste de ser la imbécil que calentaba su cama.

Tragué saliva con dificultad. No quería volver a pensar en Jean así, ni permitir que Lícia minara lo que habíamos empezado a confiar el uno en el otro. Aún así, me impactó.

— Soy la madre de sus hijos. La mujer del Capo. Jean no descansará hasta descubrir...

— No te preocupes, Heidi. Sé exactamente quién es mi hermano. Sé cómo guiarlo, conducirlo por el camino que quiero. Jean es un tonto, un débil. Intenté ayudarlo, le di el puesto de Joel y creí que hacer que Giullia lo aceptara lo satisfaría hasta el punto de que se daría cuenta de que entre los tres, los hijos legítimos de Stefan Kuhn, yo, la única mujer, tenía la fuerza para dirigir nuestro negocio.

— Nunca podrás hacerte cargo, Lícia. Ni siquiera matándome. Ríndete.

— No puedo, tienes razón. Pero mis hijos merecen el trabajo más que los tuyos, ¿no? ¿Qué tenemos aquí? Un chico al que Jean seguramente no dejará iniciarse como a todos los demás y una chica con una anomalía, que nadie sabe si sobrevivirá lo suficiente para hacer un buen negocio para la familia.

— ¡Cállate, hijo de puta! — grité cuando dijo eso de Ayla. Pero también porque sabía que cuanto más tiempo ganara, más conseguiría que uno de los dos sobreviviera.

Y tenía razón, porque cuanto más me defendía, me enfadaba y luchaba contra sus planes, más quería Lícia exponer lo que pretendía hacer.

— Jean será lo que siempre ha sido. Un hombre débil que necesita de mí, de mi apoyo, para soportar otra tragedia en su vida. Si mi hermano fuera un poco menos romántico... — divagó, como si realmente se sintiera triste por lo que pasaría su hermano si ella triunfaba en su locura. — Pero es un tonto. Basta que una mujer lo complazca para que se ablande.

— ¿Mataste a Scarlett? ¿Fuiste tú, entonces?

Me dedicó una cálida sonrisa, incluso pude notar que contenía más orgullo que cualquier otro sentimiento.

— ¿Yo? No. Yo no — volvió a reír. — ¿Has olvidado que Scarlett murió torturada y violada?

La idea hizo que me temblara todo el cuerpo.

— Lo hizo por mí — señaló a su marido, Amadeus, aún oculto en la oscuridad del lugar, como si pudiera disimular su presencia. — Todos querían a Scarlett y no pudieron tenerla porque mi hermano es un imbécil. Él la protegió. Prefirió tomar de su propio bolsillo para que la muchacha tuviera paz, antes que entregarla a hombres con deseos más... digamos, salvajes.

— Me das asco, Lícia — reaccioné, verdaderamente asqueado.

A aquella cretina, una loca con problemas de carácter, no le importaba entregarle a su marido una mujer para hacer aquella atrocidad. Al instante sentí ganas de volver a mirar a las chicas, pero me contuve. No podía soportar confirmar lo que me torturaba en aquel momento.

— Scarlett era nuestro mejor producto y él lo estropeó todo — continuó Lícia. — De hecho, Jean lo estropeó todo cuando intentó recuperar a Giullia. Luego, cuando enloqueció mientras tú intentabas consolarlo. El rey de las putas pasó a ser visto como lo que era, un débil. Y nunca pensó, nunca se dio cuenta de que para vencer a Joel, me necesitaba a mí, mi fuerza y mis hombres.

— ¿Tus hombres? — me burlé.

— ¿A quién crees que le deben lealtad? ¿A quién crees que temen?

— Seguro que ningún soldado de la *Ndrangheta* te seguiría, Lícia.

— Todo el mundo tiene un precio, Heidi. El tuyo fue de diez millones de reales. ¡Mierda!

— Se rió desdeñosamente. — Esa es la mayor prueba de que Jean nunca cumpliría. De que lo destruiría todo y acabaría con mis planes.

— Me cuesta creer que de verdad pienses que eliminar al último capo de la familia Kuhn te va a dar alguna seguridad — seguí hablando, segura de que mientras ella hablara, teníamos una oportunidad.

— Lícia, manos a la obra — le advirtió Amadeo. — Eliminemos a todos y sigamos el plan o Jean se enterará de que han desaparecido.

— ¿Vas a matar a mis hijos? — gruñí, esta vez sin ocultar el dolor que la idea me causaba.

Lícia se rió. Nada afectaba a aquella mujer. Nada.

— No soy tan tonta para eso. Jean no pararía hasta descubrir quién lo había hecho. Si no conociera a los niños, si no hubiera confirmado que eran suyos... pero tú hiciste la estupidez de aparecer con dos niños. ¡Dos! Así que tuve que replantearme el plan. Voy a cuidar a los niños. Ayla es una carga, pero dejaré que Jean se ocupe de ella y de todo lo que necesite para que esta niña sobreviva y quizá haga algo por la familia. Lorenzo será mi hijo. Mi querido y amado hijo, y cuando llegue el momento, Benito tomará el relevo como Don y aceptará a su primo hermano como su *Consigliere*.

— Así no es como funciona la jerarquía. Lorenzo es hijo de Jean, será Capo y luego Don. Lo más que su hijo conseguirá es la posición de *Consigliere*, si Lorenzo realmente confía en él.

— Si Lorenzo sobrevive para hacerse cargo — admitió finalmente. — Pero Jean no estará vivo para ver este pequeño... inconveniente.

— Él te matará primero. Jean sabrá lo que pasó. Igual que sabe quién mató a Scarlett — repliqué, sin estar nada segura de lo que estaba confirmando, pero cuando Lícia narró su plan, las imágenes y las palabras de Jean se juntaron en mi mente, tuve esa intuición.

Sí, Jean sabía que Amadeo había entrado en la habitación aquella noche. Fue la mano de su cuñado la que reconoció, a pesar de que ocultaba el cadáver. Del mismo modo, Jean tenía idea de quién había facilitado que Amadeo estuviera allí, y del fallo del sistema de seguridad, para que la culpa recayera sobre él.

Y yo nunca había deseado tanto que Jean llegara. No para salvarme, sino para confirmar quién era la mujer que se hacía pasar por amiga y hermana caritativa, la que decía haberle roto el corazón para salvarle la vida y que, en aquel momento, estaba tramando no sólo mi muerte, sino la de todos nosotros, la mía, la de mis hijos y la de mi marido, así como la de las niñas.

— "Él no tiene cómo saberlo" — dijo Lícia sin sonreír de nuevo, pero con la molestia de quien no admitiría que le desbarataran otra vez su plan.

— Sí que lo sabe — confirmé, llena de confianza. — El anillo que llevaba Amadeo no es de Jean. Joel fue enterrado con el anillo que llevaba, mientras que Jean exhibe una réplica. Lo sabe, tanto que mandó abrir la tumba y saquear el cuerpo de su hermano.

— ¡Licia! — Amadeo habló para que su mujer no continuara la conversación, pero mi revelación le hizo perder la noción del tiempo.

— Lo sabría si fuera cierto — intentó ella, aún con un vestigio de esperanza.

— No lo sabrías. Porque Jean sabe de tu implicación. Así que Lícia, si quieres matarnos, hazlo pronto. Luego huye. Desaparece. Jean no actuará de la misma manera que cuando lo ayudaste a eliminar a Joel. Te perseguirá hasta el infierno y no tendrá piedad cuando necesite

meterte una bala en la cara, como hizo con su propio hermano — me burlé.

— Te crees muy listo, ¿verdad? — dijo ella, repentinamente enfurecida. — Entonces invirtamos el trato. Ayla muere primero.

— ¡Lícia! — grité mientras se acercaba a mi hija y se la arrebatava de las manos a Valesca, que, aunque herida, intentó detenerla.

Ayla lloró más fuerte de lo que la había oído llorar en toda mi vida. Tenía sangre en el brazo, pero yo sabía que no era suya, sino de la niñera. Lícia cogió un cuchillo, acercó la niña a mí y le puso la hoja en el cuello.

— Veremos si tu arrogancia continúa cuando veas a tu hija ahogarse en su propia sangre, zorra.

— ¡Lícia, no, por favor!

De repente, ya no tenía fuerzas para luchar contra ella. Ayla lloraba y se movía peligrosamente, sostenida sin miramientos por aquella loca que mantenía la afilada hoja en el cuello de la niña.

— No lo hagas. Apégate a tu plan. Mátame. Quédate con mis hijos. Hazle creer a Jean que intentaste salvarnos — le supliqué.

— Si lo que ha dicho es cierto... — intervino Amadeu, esta vez sin miedo a dar la cara. — Matémoslos a todos y desaparezcamos cuanto antes.

— No. Esa golfa tiene que ver morir a sus hijos. — No le importó la advertencia de su marido, mirándome fijamente con la certeza de que eso era lo que había que hacer.

— Lícia... — Amadeu intentó discutir, pero todos callaron al oír los disparos afuera.

No tenía idea de dónde estábamos, quién disparaba, quién respondía, si iban a poder salvarnos. Mis ojos permanecían fijos en Lícia con el cuchillo en el cuello de mi hija, agitada, dispuesta a cometer cualquier locura si Jean cruzaba aquella puerta.

— La mataré — me advirtió la mujer. — I...

Y un disparo efectuado desde algún lugar dio exactamente en la cabeza de Amadeu, que cayó de rodillas y luego boca abajo en el suelo. El ruido me hizo pensar que donde estábamos había agua y tierra, o barro.

— ¡Voy a matarla, Jean! — gritó Lícia, nada conmovida por la muerte de su marido. — Estoy con Ayla y le cortaré el cuello si vuelves a disparar.

— Por favor — gimoteé. — Soy tu problema. Úsame como escudo.

— ¡Cállate! — gritó Lícia.

— ¡No dispaes, Jean! — Grité para que él estuviera seguro de que su hermana realmente lo haría. — Por favor, está con Ayla.

Entonces se oyó el destello de una puerta que se abría, pero la luz que entraba, como si un foco estuviera delante de la habitación, oscureció nuestra visión. Lícia se escondió en algún lugar que yo no podía ver, en la oscuridad, y los gritos de Ayla permanecieron. Esa era la única certeza de que mi hija seguía viva.

— ¡No disparen! — volví a gritar, con la luz brillante en los ojos obligándome a girar la cara.

No había forma de que esto funcionara. Todos perderían, porque Lícia no perdería sin dejar una profunda marca en su hermano y sabía que no habría piedad.

Era el final de mi sueño encantado.

55

HEIDI

— Voy a entrar — la voz de Jean nos llegó sin que tuviéramos idea de dónde estaba.

— La voy a matar, Jean. Te juro que la mato — le gritó Lícia.

— No entres — grité desesperado. Estaba segura de que Lícia empezaba a lastimar a mi hija por sus fuertes gritos. — ¡Por favor! Va a hacerle daño a Ayla.

El aterrador silencio que siguió no duró más que unos segundos, pero fue como si toda mi vida bailara delante de mí. Y lo reviví todo. Como un castigo, me vi impidiendo que Giullia se llevara a Matheus, me vi corriendo tras ellos, desesperada, loca de miedo por perderlos y tener que enfrentarme después a Jean. Y sentí, llena de dolor, culpa y pena, lo que ella seguramente sintió cuando tuvo que poner en riesgo la vida de su hijo para intentar salvarlo de aquella locura.

Yo no viví lo que Giullia experimentó con Joel, pero para nadie que frecuentara el territorio de los Kuhn era un secreto lo mucho que sufrió. Como tampoco era un secreto lo mucho que Jean la amaba y lo mucho que luchó por liberarse de las garras de Lícia.

— Dios mío, perdóname — susurré. — Por favor, perdóname. Llévame a mí, no a Ayla. Cubre mis pecados, mis errores, pero no dejes que mi hija pague por ellos.

— Estoy desarmado, Lícia — volvió a gritar Jean.

— No te creo — le contestó a gritos la hermana de mi marido y Ayla gritó más fuerte de lo que la había oído en toda mi vida. Lícia estaba haciendo daño a mi hija y eso me desesperó.

— Soy la única que tiene que perder — continuó Jean. — Estás con todos ellos. No le hagas daño a mi hija.

Y entonces apareció, en la entrada de lo que en aquel momento parecía un cobertizo. Sólo podía ver el contorno de su cuerpo, pero estaba segura de que era Jean. Sus manos extendidas eran un signo de paz.

— No estoy armado — reafirmó con calma. — Hablemos, Lícia. Somos hermanos. No hay nada que no podamos resolver juntos.

— No intentes convencerme con tus palabras mentirosas — replicó Lícia sin miedo, dejando claro que no habría negociación.

Ella moriría porque no había ninguna posibilidad de que Jean la dejara con vida después de todo esto, pero la misma certeza se aplicaba a Ayla. Lícia caería y se llevaría a mi hija con ella.

— Dios, por favor — supliqué en voz baja.

— No quiero lastimarte, Lícia. Por favor. — continuó Jean, pero su tono frío y duro dejaba claro que eso era lo que haría si su hermana no cedía en aquel momento.

— Ya me has hecho daño — reveló ella dolida. — Después de todo lo que he hecho. Después de dedicarme a hacerte comprender las necesidades de esta familia, a mantener nuestro negocio, a convertirte en el Capo, Jean Kuhn, respetado y lo bastante fuerte como para eternizar nuestros nombres. Después de necesitar actuar en tu lugar, de despejar tu camino para que pudieras continuar, ¿qué hiciste? Dejaste embarazada a una vagabunda. Una chica que no tiene sangre para llevar nuestro apellido, que dio a luz a una niña enferma y a un niño al que nunca permitirá ser lo que necesitamos. Deshonraste a nuestra familia cuando te casaste con Heidi y te hiciste cargo de estos niños y ahora yo, tengo que limpiar tu desastre otra vez.

Así que sucedió todo a la vez. Las luces se encendieron, cegándonos a todos. Cerré los

ojos, simplemente incapaz de mantenerlos abiertos, pero en el proceso, los movimientos a mi alrededor volcaron mi silla en el mismo segundo en que oímos un disparo, el grito de Ayla y el jadeo de Jean.

Desesperada, en el instante en que mi brazo tocó el suelo, aún sujeto a la silla, no sentí ningún dolor. Con los ojos abiertos, vi a Jean sujetando a Ayla, a Licia con los ojos muy abiertos cayendo sin vida a cámara lenta y la sangre brotando de la camisa de Jean. Luego cayó de rodillas junto a su hermana. Álvaro apareció en mi campo de visión y se agachó junto a Jean.

Yo gritaba, luchaba, suplicaba que me liberaran, que cogieran a mi hija en brazos y se aseguraran de que estaba bien, pero sobre todo quería correr hacia Jean, porque en cuanto Valesca se acercó para coger a la niña, temblorosa y llorando sin parar, vi cómo Álvaro sujetaba a mi marido y lo tumbaba en el suelo. Gritó a sus hombres, dio órdenes, alguien se esforzó por cortar las cuerdas que aún me impedían estar con ellos.

Miré a Jean, que se esforzaba por mantenerme la mirada. Sus manos, como las de Álvaro, cubrían su abdomen y estaban bañadas en sangre.

— No — grité, intensificándose mi llanto. — No, Jean. Por favor, no.

Las cuerdas cedieron, me arrastré hasta él, le sujeté la cara, no quería mirar la herida, no quería creer que aquello estuviera pasando.

— Ayla... — dijo en voz baja, como si tuviera que esforzarse para decir un nombre simple y corto.

— Jean... — no pude responder. No tenía valor para buscar a mi hija y descubrir que también me abandonaba.

— Está bien — oí decir a Valesca. — Tiene un pequeño corte, pero no es profundo y no la pone en peligro.

— Gracias... — intentó decir, pero tosió y después todo empeoró.

Álvaro gritó órdenes que no pude identificar, mis ojos estaban clavados en los de Jean, que luchaba por mantenerlos abiertos. Después, cuatro hombres se llevaron a mi marido. Les grité que no lo hicieran, pero Álvaro me apartó de un empujón.

Se llevaron a Jean, luego alguien tiró de mí y me enfrenté a la playa. ¿A quién? Nunca sería capaz de identificarla, pero estaba desierta y estábamos en un cobertizo. Identifiqué cuerpos en el suelo, pero no sabía a quién pertenecían. Me metieron en un coche, luego Raika subió con Lorenzo y Valesca con Ayla.

— Está bien — me aseguró la mujer terriblemente herida, con los ojos llenos de lágrimas.

Me enfrenté a mis hijos, los abracé a ambos y revisé sus cuerpos. Luego miré fijamente a las dos mujeres que iban conmigo en el coche, sin darme cuenta de adónde nos llevaban. Pensé en Jean con la certeza de que perdería a mi marido. Y aunque me mataba por dentro, aunque me daban ganas de soltar el grito desesperado que me ahogaba, no lo hice.

Yo era una Kuhn. Quizá la última de aquella generación de mujeres a las que habían hecho tanto daño que distorsionaron lo que debía ser llevar ese apellido. Y eso era lo que Jean quería de mí. Su fuerza, su capacidad para mantener el equilibrio incluso cuando todo se desmoronaba a nuestro alrededor.

Así que me tragué mi dolor, mi desesperación y volví mi atención hacia aquellas dos chicas, dolidas por estar conmigo, por cuidar de mis hijos. Las miré como quien rescata a sus propias hermanas. Entonces les cogí de la mano. Alguien tenía que hacerlo.

— Se acabó — les aseguré con voz entrecortada. Raika sonrió aliviada y Valesca lloró un poco más. — Os pondréis bien. Os lo garantizo.

Y nos abrazamos, con los niños entre nosotros, en una promesa, un vínculo que no nació

allí, sino que se hizo más fuerte.

Yo era una Kuhn, y cambiaría para siempre la historia de las mujeres que se relacionaban con aquella familia.

Estaba dispuesto a todo, a matar o morir, para que mis hijos y Heidi salieran ilesos. Pero en cuanto llegamos, con la organización y la impecable estrategia de Álvaro, sorprendimos a los pocos hombres que Lícia y Amadeu mantenían fuera para asegurarse de que nadie se interpusiera en su camino.

Álvaro quería dejarme atrás, protegida por nuestros soldados, pero oía llorar a mi hijo y me volvía loca. Yo tenía entrenamiento, sabía cómo moverme sin llamar la atención, tenía la mejor puntería de todos los que estaban en la operación y si alguien tenía que detenerlos, era yo.

Mis soldados no usaban silenciadores. Otra estrategia. Señalar nuestra presencia les haría luchar por sus vidas. Especialmente Fabio, que estaba a cargo de esa operación por orden de mi hermana. El hombre que me traicionó, que jugó con mi confianza y que tenía una excelente manera de hacer que nuestro trabajo se viera en problemas.

Perdí a muchos hombres en el proceso, pero pagarían por todas esas vidas. A pesar de que todo en mí me rogaba que irrumpiera en el cobertizo y salvara a los que amaba, me di la vuelta, hice una señal a Álvaro y él me cubrió. Escondiéndome como sabía, encontré a Fabio por detrás, justo cuando creía que iba a eliminar a mi jefe.

— Mírame, cabrón — dije furioso. — No voy a dispararte por la espalda.

Fabio hizo lo que le pedí, pero cuando me miró, sonrió. Le complacía traicionarme, ponerme en aquella situación. Pero por mucho que mis células me rogaran que eliminara a ese bastardo, tenía planes para él y no podía darle una muerte instantánea. Le disparé en la rodilla y luego en la otra. El hijo de puta gritó y se desplomó en la arena. Tuvo la audacia de intentar levantar su arma para dispararme.

Tenía una cualidad que merecía mi respeto. Fabio habría muerto en el intento. Pero no en aquel momento. Álvaro disparó al desgraciado en el hombro, obligándole a soltar el arma. Cada disparo había sido efectuado con precisión, con el objetivo de mantenerlo con vida el mayor tiempo posible. Entonces, para asegurarme, me acerqué, agarré la mano del traidor y le disparé en el centro. Ya no era una amenaza.

— Ve y haz lo que acordamos — enfatizó Álvaro mientras se acercaba e inmovilizaba las manos y las piernas de Fábio, sin preocuparse por sus gritos.

Inmediatamente aparecieron otros hombres y llevaron al enemigo al punto donde habíamos acordado. Álvaro me hizo una señal de que era el momento de seguir adelante con el plan.

Amadeu no se atrevería a ponerles las manos encima a mis hijos y a mi mujer, sabiendo que yo estaba fuera esperándoles. Así que sabíamos que, a partir de ese momento, o huían o intentaban negociar.

A pesar de todo, en el fondo yo quería que Lícia negociara. La idea de eliminar a mi única hermana, cuando fue ella quien me salvó de Joel, me aterrorizaba. En la oscuridad que

guardaban, miré a través de uno de los agujeros hechos por las balas que atravesaron el cobertizo, uno que Amadeo guardaba, creyendo que me lo ocultaba, por sus acciones. Lo permití porque quería averiguar hasta dónde llegaría, qué le motivaba, qué le hacía actuar a mis espaldas.

Hasta que me di cuenta. Amadeo nunca fue un mafioso. Era un idiota, hijo de un hombre de negocios, millonario, con la influencia adecuada para abrir puertas. Su padre era nuestro socio y sólo por eso, mi padre entregó a su única hija a aquel matrimonio.

Y no pasó mucho tiempo antes de que Lícia se hiciera cargo. Yo no la juzgué. Amadeu era débil, lo bastante tonto como para conformarse con los atractivos que la mafia ofrecía para enganchar a gente como él. Y Lícia, aunque nunca se inició, tenía todo lo que nosotros teníamos. Cuando se mudó a Brasil, conquistó su libertad. Tomó clases de tiro, tenía facilidad para los negocios, un gran sentido de la percepción y la dosis justa de astucia para hacer que los más débiles se convirtieran en sus seguidores, y a menudo también los más fuertes.

Amadeu disfrutaba con lo que le ofrecíamos y Lícia... ah, soñaba a lo grande. Tardé mucho en darme cuenta, en entender el tipo de juego que ella estaba jugando. Hasta que llegó ese video y conecté todos los puntos. Entonces, cuando miré a través del agujero de bala oculto por la oscuridad que mantenían, vi la primera oportunidad.

No veía a Lícia, ni a Ayla, pero sí a Heidi en el centro, atada, y en otros dos puntos, a las niñeras heridas de una forma que yo les había prohibido hacer con las mujeres. Todos los hombres bajo mi mando, aliados, socios, familiares o no, seguían lo que yo había determinado, y yo había determinado que ninguna mujer sería lastimada mientras yo fuera Capo. Amadeo rompió esa regla, así que no me lo pensé dos veces cuando apunté y le di en la cabeza. Un solo disparo, sin posibilidad de sobrevivir.

La mierda estaba hecha.

Después de eso fue una sucesión de eventos. Intenté engañar a Lícia, hacerle creer que no haría nada, que sólo quería que llegáramos a un acuerdo en el que nadie tuviera que salir herido. Sin embargo, yo sabía, y Álvaro también, que mi hermana no deseaba dejarlos con vida. Lícia entendía cómo funcionaba. Ella quería un poder que no podría asumir si no era a través de sus hijos, pero cuando mis propios hijos entraron en juego, sus planes se vinieron abajo.

Entonces mi hermana moriría. No porque yo quisiera. Cuando maté a Joel, lo hice por dolor, ira, asco por en lo que se había convertido, por lo que me había hecho a mí, su hermano, su jefe. Lo maté queriendo que muriera. Pero no a Lícia. La vi con el cuchillo en el cuello de mi hija, que lloraba como si la hubieran herido.

Eso me ablandó, pero me hizo rogarle a mi hermana que se rindiera, que aceptara un castigo en el que perdería todo, incluso la libertad, pero seguiría viva. No tenía fuerzas para matar a Lícia y Álvaro lo sabía.

Por eso estaba delante del cobertizo, con el helicóptero impidiéndole tener una visión adecuada. Aun así, Lícia estaba en la oscuridad con un cuchillo en el cuello de mi hija y eso me hacía estar cada vez más segura de que o moría mi hermana o moriría Ayla.

Álvaro era el hombre que se encargaría de esa parte. Cuando se encendieron los faros, estaba tan aturdida que no se dio cuenta cuando actué. Mi misión era quitar a mi hija de las manos de mi hermana, y la de Álvaro inutilizarla, pero algo salió mal.

Lo que habíamos planeado y revisado al descubrir cómo actuaban, se salió de contexto. Cuando mis soldados irrumpieron por detrás y por delante, derribaron a Heidi. Verla caer me desorientó, así que Lícia, que sujetaba el cuchillo de Ayla, avanzó hacia mí. Y todo fue demasiado rápido.

Sé que Álvaro disparó. Lo planeamos. Debía golpear el hombro de Lícia y obligarla a

soltar el cuchillo, pero ella soltó a mi hija en cuanto me vio avanzar. Ayla habría caído al suelo. Corrí a sujetarla y Lícia, en el momento en que le dispararon, corrió a matarme.

Eso fue todo, mi hermana me clavó el cuchillo. La misma que se enorgullecía de decir que me prefería, que yo sería el mejor jefe y hermano que podría tener, que era más devota de mí que de su propio marido. Lícia me golpeó como sabía que lo haría. Incluso con un tiro en el hombro, me apuñaló y giró el cuchillo para que no hubiera dudas.

Jadeé con Ayla en mis brazos. Desarmado, como había prometido que estaría, y mirando a Lícia con incredulidad. Vi como mi subjefe le disparaba de nuevo en la cabeza. Viendo como la vida abandonaba a mi hermana antes que a mí y después de eso, solo tenía que asegurarme de que todos estaban bien. Ayla, Lorenzo, Heidi, mi familia. Eso era todo lo que importaba.

Me iría de aquel mundo con muchos remordimientos, con toda la culpa, más feliz por haber hecho de Heidi una mujer libre y por saber que tanto mi tío Hans como Álvaro se encargarían de que mis hijos estuvieran a salvo. Y, por misericordia divina, fue a ella a quien miré antes de que la oscuridad se apoderara de mí. Fueron sus ojos los que miré fijamente, dispuesto a contener la imagen de la mujer que amaba para toda la eternidad.

Estaba listo para morir, pero la muerte no estaba dispuesta a llevarme.

Un día después me desperté en el hospital. Reconocí inmediatamente mi estado y el lugar. No era la primera vez que sufría algo así; al fin y al cabo, tenía una larga lista de anécdotas que contar sobre haberme lesionado, pensar que iba a morir y despertarme un rato después con un aparato pegado al cuerpo y la boca reseca como si llevara días sin beber una sola gota de agua.

— ¡Maldita sea! — refunfuñé cuando intenté levantar el cuerpo para observar mejor la habitación y mi abdomen me hizo retroceder, como si algo en mi interior estuviera a punto de desgarrarse por completo.

— ¡Jean!

Oí a Heidi, pero mantuve los ojos cerrados, aunque quería abrirlos para mirarla y asegurarme de que estaba bien.

— No puedes...

— Estoy bien.

Le cogí la mano en cuanto me tocó para asegurarme de que no mentía. Sin embargo, mi intención no era detenerla, sino mi anhelo de tocarla, de mantenerla cerca de mí, de no dejar que nadie se atreviera a llevársela nunca más.

Abrí los ojos y la encontré mirándome fijamente, con sus ojos rojos, húmedos y ansiosos analizando mi rostro. Era innegable que Heidi había llorado más que en todo el tiempo que llevaba a mi lado desde nuestro reencuentro. No era para menos, por lo que habíamos pasado aquella noche... No podía ni pensar en ello.

No quería pensar en ello.

— ¿Te encuentras bien? — pregunté con dificultad, con la garganta irritada y una sed insoportable.

Heidi se rió y se secó las lágrimas que le corrían por la cara. A pesar de estar sufriendo, asustada, con todos los traumas, era la criatura más hermosa que había conocido en mi vida.

— ¿Casi te mueres y me preguntas si estoy bien? — se quejó, todavía sonriendo y llorando. — No. Estoy fatal. Quiero recuperar a mi marido, una luna de miel, una casa lejos de aquí y...

— ¿Heidi? — susurré como si me doliera.

— ¿Sí?

— Quieres demasiadas cosas — murmuré y conseguí sonreír. Ella me dedicó una tímida sonrisa y entrelazó nuestros dedos. — Quiero casarme contigo con todo lo que me corresponde — le dije.

— ¿Sólo eso? Porque no tienes muchos derechos.

— ¿No los tienes?

— No.

— ¡Maldita sea!

Cerré los ojos, preguntándome si era real, si realmente estaba vivo, y si lo estaba, si merecía ser feliz junto a la mujer que amaba, con mis hijos sanos, después de haber hecho tantas cosas malas. Después de matar a mi hermano y dejar que mi jefe matara a mi hermana.

No era más que un bastardo. No merecía la felicidad, la vida... y entonces, justo cuando me hundía en la culpa y la depresión, Heidi apoyó la cabeza en mi hombro, suavemente, como si pudiera romperme aún más. Y tenía ese mismo olor dulce que tanto me gustaba, su pelo con una fragancia inolvidable, con la suavidad que me hacía sentir como en casa.

No quería, pero en silencio una lágrima rodó por mi mejilla. Cargaría con ese peso el resto de mi vida. Tendría pesadillas, me culparía, nunca sería capaz de olvidar ni de tener la plenitud de la paz. Aun así, por horrible que fuera, Heidi y mis hijos merecían todos los sacrificios. Giulia y Matheus también, y lo mismo Alejandro y Benito.

Porque mi padre supo putrefactar lo único que debía florecer entre nosotros, el amor entre hermanos. Y así Joel se convirtió en un sociópata capaz de herir a la mujer que decía amar y a su único hijo, y Licia en una mujer dispuesta a todo por el poder, incluso a herir a un niño indefenso. Ni siquiera supo amar a sus hijos, defenderlos de aquel plan brutal, como si el destino que nos esperaba no fuera suficiente para eso.

Así que besé la parte superior de la cabeza de mi esposa e hice una promesa silenciosa. Criaría a esos niños para que se quisieran y se respetaran, aunque todos tuvieran que vivir con lo que requería ser miembro de la familia Kuhn. Se querrían, se cuidarían, conocerían el amor y lo que debía ser una familia de verdad.

Allí, solos Heidi y yo, tumbados en una cama de hospital, decidí que lo cambiaríamos todo. Reconstruiríamos esa familia, transformaríamos lo que nos habían enseñado a ser, nos resignificaríamos y seríamos felices.

— Te quiero, *meine Königin* — le dije suavemente.

Ella apretó sus dedos entre los míos. No podía verle la cara, pero sentí toda su emoción mientras me respondía.

— Y yo te quiero, *mein König*.

Y entonces el mundo no fue perfecto. Nunca lo sería. Pero mientras ella estuviera conmigo, todo valía la pena.

57

HEIDI

Vi morir a Jean ante mis ojos y eso cambió toda mi noción del mundo. Porque le quería demasiado para aceptar una muerte así. Lo amaba demasiado para perderlo antes de tenerlo realmente. Y no dije lo mucho que lo amaba muy a menudo.

No era justo, era cruel y desleal conmigo.

Cuando Dios me salvó de aquella caída y permitió que mis hijos vivieran, cuando descubrimos la enfermedad de Ayla y eso me llevó a tomar las decisiones más difíciles de mi vida, cuando volví, incluso en contra de mi voluntad, con Jean, y experimenté toda la locura que era volver a estar a su lado, se suponía que era el pacto de Dios conmigo, el momento en que me dijo: *aguanta, pronto sólo habrá amor en tu vida*. Ese era el pacto que debía hacer conmigo.

Por eso no lo acepté, no lo quise, no lo acepté.

Cuando mi madre llegó al hospital para cuidar de Ayla, que tenía dos pequeños puntos en el cuello, en una zona que no la ponía en peligro, le entregué no sólo a mis hijos, sino mis obligaciones temporales. Tenía que cuidar de Valesca y Raika y asegurarme de que recibían los mejores cuidados.

Así que, segura de que mis hijos no me necesitarían, corrí a la sala donde estaban operando a Jean y no me separé de él ni siquiera cuando Álvaro me dijo que alguien tenía que representar a la familia en el funeral de Licia.

Quería que ardiera en el fuego del infierno.

Jean me quitó más tiempo del que podía soportar. Fueron las peores horas a las que me había enfrentado en toda mi vida. Aunque no nos pusieron al corriente de su estado, lo único que podíamos imaginar era que el cuchillo se le había clavado en el estómago, en algún lugar a la derecha, en la región inferior.

La herida no era pequeña, se notaba, y sangraba sin dejarnos detenerla. Surgieron muchas hipótesis. Álvaro dijo que lo más probable era que le hubiera dado en el apéndice, pero yo investigué un poco y descubrí que era una cosa tan pequeña e insignificante que no habría hecho tanto daño, así que, dada la localización y el tiempo que tardaron en ponernos al corriente, empezamos a sospechar que le habían dado en el intestino y que Jean corría varios riesgos, tantos que ni siquiera podía enumerarlos.

Pero cuando el médico apareció para decirnos que estaría en observación en la UTI, y que yo podía entrar a verlo aunque siguiera sedado, me di cuenta de que Dios no había mentido en su trato. Licia quería matar a Jean. La forma en que clavó el cuchillo lo dejó claro, pero Álvaro tenía razón y, aparte del corte que complicó la operación, Jean sólo perdió el apéndice y sufrió un corte en el intestino, pero no lo puso en peligro y necesitaría un período de cuidados especiales.

— ¿Vas a entrar? — preguntó el médico.

Me quedé mirando a Álvaro, con todo el cuerpo temblando, el alivio y el miedo actuando con la misma fuerza. Luego me hizo una señal y me fui.

En total fueron cinco días. Uno para la operación, otro en el que pasó todo el día dormido, abriendo los ojos sólo por la noche, y tres más para que pudiera volver a casa.

Durante ese tiempo, me quedé a su lado. Así, lo sabía todo. Álvaro aparecía todos los días por la mañana y a última hora de la tarde. Nos dijo que Alejandro y Benito estaban en Brasil para el funeral de sus padres. También nos dijo que todos los medios de comunicación estaban interesados en la nueva tragedia de la familia Kuhn y que la versión esta vez era que Amadeo secuestró a su mujer para matarla a causa de las deudas, Licia murió a manos de su marido y Jean lo mató cuando intentó defender a su hermana, de ahí su herida.

Nadie podía discutir lo que el Capo, el futuro Don, había ordenado.

Esa misma noche, al salir del cobertizo, Álvaro ordenó a los soldados que limpiaran el lugar para que no hubiera dudas sobre la versión ofrecida, y así descubrieron el cargamento de diamantes que le habían robado a Jean la noche en que Scarlett fue asesinada por Amadeo.

Así, el ciclo se cerró. Licia comandó el robo y Amadeo asesinó a Scarlett para desacreditar a Jean y que, llegado el momento, sus hijos tomaran el poder. Y todo terminó con la confesión de Fabio, el hombre que se había ganado la confianza de Jean, pero que en realidad era amante de Licia y le daba acceso a todo, incluso al sistema de seguridad.

Y, por supuesto, Álvaro, ocupando el lugar de Jean mientras él no podía, consiguió todas las confesiones y, al final, eliminó a los implicados. Todos los que no necesitaban ser denunciados, los que habían traicionado a la *Ndrangheta* y que no merecían clemencia.

Seis meses después, aquella historia sólo existía en nuestras pesadillas, en la oscuridad del dormitorio, cuando Jean se despertaba sobresaltado, sudoroso y dolorido. Era en mis brazos donde se calmaba, creía que no volvería a ocurrir y se dormía de nuevo.

Aquella mañana, observé desde el balcón del primer piso cómo mi madre y Lorenzo yacían en el suelo de piedra del inmenso castillo que se había convertido en nuestro hogar en Erfurt, Alemania, desde que Jean había demostrado que su padre ya no tenía juicio para ocupar el cargo de Don, y todos vivíamos allí desde entonces: Jean, yo, nuestros hijos, Valesca y Raika, que no nos abandonaron ni siquiera después de lo que habían pasado, Alejandro, que había sido apartado de la iniciación en cuanto regresó a Brasil para el funeral de sus padres, y Benito, que desgraciadamente pasaba demasiado tiempo en aquel montaje, y aunque aún no había cumplido los diez años, vivía pegado a Jean, dispuesto a convertirse en el mejor Capo que tendría la *Ndrangheta* en su historia.

Lorenzo hacía de todo y era curioso, por eso mi madre lo vigilaba de cerca, a pesar de la presencia constante de Raika. Mientras tanto, Valesca y Ayla jugaban con Alejandro, un niño dulce y apacible que disfrutaba pasando el tiempo con sus primos y no mostraba ningún interés por el negocio familiar. Allí sólo era un niño y yo estaba muy orgullosa de ello.

Luego, mientras Valesca estaba sentada en una mullida alfombra, a pesar de que el día era caluroso, con Ayla de pie, pero siempre bajo la protección de sus brazos, vi con inmensa emoción cómo mi hija daba sus primeros pasos. Alejandro le enseñó una flor y mi pequeña, que crecía sin ningún signo de la enfermedad, se arriesgó a intentar alcanzar a su prima.

— ¡Dios mío! — Me tapé la boca con la mano, temerosa y orgullosa al mismo tiempo.

Ayla dio dos pasos y se sentó en el suelo, tendiendo la mano para que su prima le diera la flor.

— Hazlo otra vez — dije más deprisa. — Maldita sea, ¿dónde está mi móvil?

— ¿A qué viene tanto alboroto?

Jean me pasó el brazo por la espalda y me rodeó la cintura con los suyos. En general, en aquel castillo no estábamos acostumbrados a ser tan intensos delante de los soldados, pero ésta era la parte del castillo que guardábamos para nosotros, para poder ser libres. Me besó en la coronilla y me volví para robarle el móvil.

— ¿Qué te pasa, Heidi? — se rió Jean mientras me impedía confiscarle el móvil.

— Ayla. Ha venido andando — dije emocionada. — Tengo que registrarlo.

— ¿Caminó?

Así que ya no soy tu centro de atención. Jean sacó el móvil, encendió la cámara y se apoyó en el balcón.

— Hazlo otra vez, Alejandro — dije.

El chico sonrió a su tío, que ya lo estaba grabando todo. Entonces Valesca levantó a Ayla y su primo volvió a captar la atención de la chica, haciéndola dar unos pasos más hacia la flor.

— ¡Madre mía! — dije, emocionado. — ¡Ha caminado! ¡Ha caminado!

Jean giró el móvil hacia mí, captando mi emoción, las lágrimas que caían y la sonrisa que no podía ocultar.

— Para — advertí mientras ponía la mano delante del móvil. — Estoy llorando.

— Y riendo — añadió.

— Tengo muy mal aspecto. ¡Deja de grabarme!

— Estás preciosa, *meine Königin*. — susurró, y dejando el móvil a un lado, me acercó y me besó.

Y el beso que nos habíamos dado desde que ocurrió todo tenía un sabor diferente. Había un amor real, verdadero, tan único y especial que me conmovía, me motivaba, me hacía vivir. Jean me mostró su otra cara, la que me ocultaba cuando sólo éramos amantes, pero que a veces dejaba ver sin darse cuenta.

Era un hombre increíble, apasionado, tan entregado a su familia que a menudo me preguntaba si esas manos que sólo mostraban afecto y cariño a sus hijos y sobrinos eran las mismas que dirigían la *Ndrangheta* con puño de hierro, el hombre más temido entre sus enemigos y el más aclamado entre sus aliados.

Era Jean Kuhn, la leyenda, el hombre que destronó a todos e hizo su propio imperio, que mató a todo aquel que osó cruzarse en su camino, que no tuvo piedad, al fin y al cabo, mató a sus hermanos, a su cuñada y a su sobrino, a su amante que osó traicionarle, encerró a su padre... estas y otras historias rodearon el nombre de mi marido.

Pero en casa era Jean, *mein König*, el padre cariñoso, el tío amable, el hombre sensible con las mujeres, que no les hacía daño y castigaba a quienes lo hacían. Todavía había quien decía que lo hacía porque era "el rey de las putas" y a mí me daba igual. Tras los muros de aquel castillo vivía el verdadero Jean, y nunca tendría suficientes adjetivos para describirlo.

— Todos están dormidos — anunció al entrar en nuestra habitación.

Me eché a reír. Por supuesto que todo el mundo estaría dormido. Era tarde y sólo estábamos despiertos yo y los soldados que se ocupaban de la seguridad en aquel momento.

— Es bueno que te tengan a ti para asegurarse todas las noches.

— Casi todas las noches — dijo mientras se quitaba la camisa sin miramientos y la dejaba caer sobre el sillón.

Me senté en la cama y observé a mi marido moverse por la habitación como siempre hacía. Jean tardaba en desconectar la energía que circulaba por su cuerpo. Permanecía alerta incluso cuando se adentraba en aquellos muros que conformaban nuestra seguridad y, si no era así, la ciudad estaba tan tranquila que no había motivos para temer.

— ¿Qué has hecho hoy? — quiso saber.

— Lo de siempre. Fui a la Casa de Amparo, luego al orfanato, me quedé con los niños y

decidí renovar parte de nuestro terreno. Voy a hacer un hermoso invernadero y tal vez redecore el comedor. Está anticuado.

Jean se ríe mientras se quita los zapatos y los tira a la basura. Le gustaba deshacerse de su ropa cuando llegaba, así que no me importaba el desorden que hacía en su habitación, impecablemente ordenada.

— Por eso trabajo tanto. Alguien tiene que pagar tus necesidades — gruñó cuando se bajó la cremallera de los pantalones y me vio observándolo con avidez.

La cicatriz, el eterno recordatorio de lo que habíamos vivido, resaltaba en mis ojos. No me gustaba mirarla, el resto de su cuerpo merecía mi atención con más detenimiento.

— ¿Y cómo te ha ido el día?

Jean hizo una mueca. Nunca hablaba de su día. Jamás. Por mucho que le preguntara o intentara sonsacarle información.

— La Casa de Amparo que fundaste va muy bien — cambió de tema. — Me alegra que parte del dinero que ganamos de una forma tan... mala, vuelva a una buena causa.

— ¿Eso tranquiliza tu conciencia?

— En absoluto. Pero salva tu alma y eso es suficiente.

Fue mi turno de reír.

— ¿Intentas salvar mi alma?

— Desde que te arrastré al infierno...

Se subió a la cama de rodillas, gateó hasta mí y me dio un beso lleno de promesas.

— Necesitas una ducha — le chisté. Me lanzó una mirada acalorada, tal y como yo esperaba.

— Ahora vuelvo.

Jean abandonó la cama y eso me frustró un poco. Cruzó al otro lado del muro de piedra que había detrás de la cama y entró en el cuarto de baño. Confundida, oí el sonido del agua y luego oí la esencia que le gustaba poner en la bañera.

Mi cuerpo se encendió de inmediato. Me subí el camisón y me quité las bragas. Luego me tapé con el edredón y me abrigué. Mi marido apareció unos minutos después, todavía en ropa interior.

— ¿Te vas a dormir?

— Tal vez.

— ¿Sin ducharte?

— Ya me he duchado y...

Jean metió la mano bajo el edredón y me agarró con sus manos frías. Grité, pero él me miró con ese brillo en los ojos al ver mi cuerpo desnudo.

— Heidi, Heidi... ¿qué voy a hacer contigo?

Dijo mientras jugaba con su piedra, el zafiro azul, que siempre estaba alrededor de mi cuello en una gran cadena de oro que bajaba hasta el centro entre mis pechos.

— Lo que mejor sabe hacer, *Mein König*.

— Con mucho gusto, *Meine Schlampe*.

Se levantó conmigo en su regazo, me llevó a la bañera y me calentó no sólo con el agua que nos esperaba, sino con todo su cuerpo.

Tenía muchas ganas de decir que aquella noche hicimos el amor sin descanso, que Jean era tierno y apasionado, y de describir la escena de las mejores novelas de los libros que leía. Pero la verdad era que cuando Jean llegaba así, el amor seguía ahí, pero lo que nos impulsaba era el deseo, la carne, la locura de estar el uno en el otro tantas veces, de tantas formas y maneras,

que no cabría en ninguna novela para niñas enamoradas.

Después de todo, Jean Kuhn nunca fue un príncipe. Era el villano, pero qué irónico que incluso los villanos se dobleguen por una chica. Hasta los lobos malos aceptan un collar un día, y el suyo tenía mi piedra, un rubí rojo sangre, que lo convertía en mi exclusivo. Mi rey. *Mein König*.

AGRADECIMIENTOS

Dar las gracias es una tarea complicada. Siempre hay alguien que se queda fuera, no porque no lo aprecie, sino porque es un proceso largo y poco a poco la ayuda se queda en un punto lejano de mi mente.

Así que empezaré por Ary Nascimento, por hacerme entender este mundo del romance con trasfondo mafioso. Gracias, mi hermana del alma. Te quiero.

Con todo mi amor, me gustaría agradecer a mis "chicas" de FC Tatiana Amaral y Tatiana Amaral Oficial por todo su apoyo y por volverse locas mientras esperaba a Jean. Ya está aquí y es todo vuestro.

A mis betas, Gllauce Brandão, Jana Perla, Marcira Lima, Livia Guanabara, Sheila Pauer y mi CEO Winnie Wong, que no sólo hicieron de este libro una obra más ligera y bonita, sino que también me volvieron loca de tanto amor por Jean. ¡Sois únicas!

Me gustaría dar las gracias a Editora Unicorn por creer en esta obra y por hacer realidad este sueño. Y también a todos los autores de la familia Unicorn por poner una energía increíble en cada obra que publican. Gracias por ser tan acogedores.

Y por último, gracias a ti, mi lector habitual o el que me está conociendo. Espero que hayas experimentado todas las emociones que yo he vivido al escribir cada capítulo y que haya sido una bonita experiencia.

Muchas gracias. ¡Gracias a ti! ¡Gracias!